


LIBRARY OF PRINCETON
MAR 0 3 1999
THEOLOGICAL SEMINARY

BIBLIOTECA MISTICA CARMELITANA

OBRAS

DEL

P. JERONIMO GRACIAN
DE LA MADRE DE DIOS

EDITADAS Y ANOTADAS
POR EL
P. SILVERIO DE SANTA TERESA, O. C. D.

TOMO I

DILUCIDARIO — MISTICA TEOLOGIA
ORACION MENTAL — VIDA DEL ALMA
MODO DE PROCEDER EN LA ORACION



BURGOS
Tipografia «El Monte Carmelo»
1932



BIBLIOTECA MISTICA CARMELITANA

OBRAS DEL P. JERONIMO GRACIAN



Fr. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, C. D.

(Retrato directo, hecho en Sevilla por el pintor Cristóbal Gómez cuando el Padre tenia treinta y ocho años de edad).

BIBLIOTECA MISTICA CARMELITANA

— 15 —

OBRAS

DEL

P. JERONIMO GRACIAN

DE LA MADRE DE DIOS

EDITADAS Y ANOTADAS POR EL

P. SILVERIO DE SANTA TERESA, O. C. D.

TOMO I

DILUCIDARIO – MÍSTICA TEOLOGÍA
ORACIÓN MENTAL – VIDA DEL ALMA
MODO DE PROCEDER EN LA ORACIÓN



BURGOS
TIPOGRAFIA DE «EL MONTE CARMELO»
1932

ES PROPIEDAD



APROBACIONES

NOS FR. GULIELMUS A STO. ALBERTO, PRAEPOSITUS GENERALIS FRATRUM DISCALCEATORUM ORDINIS BEATISSIMAE VIRGINIS MARIAE DE MONTE CARMELO EJUSDEMQUE STI. MONTIS PRIOR.

Cum opus cui titulus "Obras del P. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios" a R. Adm. P. Silverio a S. Teresiae Ordinis nostri sacerdote professo, Prov. Burgensis, adnotationibus illustratum, deputati censores examinaverint, praeloque dignum probaverint, concedimus licentiam ut typis edatur, servatis de jure servandis.

Datum Romae, ex Aedibus nostris Generalitiis, die 21 octobris anni 1932.

Fr. Gulielmus a S. Alberto.
Praep. Gnlis.

Fr. Fridericus a SSmo. Sacramento.
Scrius.

Nihil obstat:
Dr. Daniel T. Garrido
Censor Eccus.

Imprimatur:
Burgis 18 Octobris 1932.
† EMMANUEL, Archiep.

De Excmi. ad Rmi. Domini mei, Archiepiscopi mandato
Dr. Josephus Ortega
Can. Scrius.

INTRODUCCION [1]

Listos como ellos solos, blandos de condición, mansos, afables y de mucha finura y cristiandad, fueron los hermanos Gracián y Dantisco. De entre los veinte alumbramientos que tuvo su madre doña Juana, mujer de Diego Gracián, secretario del Emperador y luego de Felipe II, se lograron quince, aunque sólo queda memoria de once o doce hermanos del P. Jerónimo. Fray Ambrosio Mariano de San Benito, que mantuvo estrechas relaciones con esta familia, hombre de dichos ingeniosos, muy celebrados en su tiempo, tuvo uno muy afortunado cuando, refiriéndose a ella, dijo que los hermanos Gracianes parecían hechos todos de mantequilla. Así lo parecen en verdad cuando se lee su correspondencia u otros escritos que conocemos de ellos. Pocos modelos tan acabados de culta ciudadanía y religiosa formación podrán presentarse de la época de los Felipes como esta familia dichosa, verdadera gloria de la sociedad madrileña de su tiempo.

En modesta y alegre pasadía, a pesar de desempeñar secretarías reales cuando la Monarquía española se hallaba en el apogeo de su grandeza, el hogar de D. Diego rendía culto profundo y sincero a la Religión católica y a la venerable y clásica Antigüedad, cuyas lenguas sabias se cultivaban en él con amor y rara competencia. Fueron todos hijos del Renacimiento cristiano, y de piedad tan profunda, que muchos de ellos vistieron hábito en Religiones muy austeras, experimentaron encendidos efectos del poder divino, y hasta contempla-

---

1 Antes de las obras del P. Gracián debían haber figurado en esta *Biblioteca*, algunos tomos más referentes a los santos Reformadores del Carmen. Los acontecimientos que vienen ocurriendo en España desde abril de 1931 han desarticulado no poco los planes al desorganizar en buena parte la Tipografía *El Monte Carmelo*, cabalmente cuando, a fuerza de sacrificios, se había logrado material de imprenta suficiente para dar mayor rapidez a la impresión de los volúmenes que deseamos formen parte de la *Biblioteca Mística Carmelitana* y a otros trabajos que tenemos preparados. Pocas veces habrá podido decirse con tanta razón como en este caso, que las circunstancias mandan.

ciones místicas, puras y sublimes, que Dios reserva para los mejores siervos de su amor (1).

Sobresalió entre todos el padre Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, hombre extraordinario, de una actividad prodigiosa, infatigable en el trabajo y de cultura vastísima en todo linaje de conocimientos, aunque muy principalmente en los eclesiásticos, a los cuales se dió con marcadísima predilección desde sus años mozos. Gloria de la Universidad de Alcalá, de las patrias letras y del púlpito español, fuélo también de la Descalcez Carmelitana, que ayudó a consolidar a la Madre Teresa, de quien fué brazo ejecutor, obediente y eficaz, en cuanto la célebre Reformadora necesitó de las brillantes y excepcionales cualidades del hijo del secretario de Don Felipe el Prudente. Dios providencialmente fundió en una estas dos almas para llevar al cabo una de las obras más grandes y trascendentales que se han realizado en la espiritualidad universal, y para servirse de mutuo apoyo y consuelo en los períodos difíciles por que hubo de pasar antes de conducirla a feliz acabamiento.

Nació el P. Gracián en Valladolid, a 6 de junio de 1645, de don Diego Gracián, como es dicho, hijo de Diego García de Alderete, armero que fué de los Reyes Católicos, y de doña Juana Dantisco, hija del embajador don Juan Dantisco, que vino de Polonia con la embajada del rey Segismundo sobre el principado de Bari, y de Isabel Delgado, viuda de D. Miguel Navarro, hermano del célebre jurista doctor Martín Navarro de Alpizcueta. Recibió las aguas bautismales en la parroquia de Santiago, donde todavía se conserva la partida de bautismo. Muy niño aún, frecuentó la escuela de un tal Medina y Gaona, que en Valladolid gozaba fama de excelente maestro. A los diez años estudiaba aquí Gramática con el bachiller Torres de Cazorla, y continuó con el bachiller Juan Galán en Astorga, donde hubo de residir algún tiempo por causa de su salud resentida a orillas del Pisuerga.

De vuelta en Valladolid, prosiguió los estudios con distintos preceptores y comenzó la Retórica y Griego con el maestro Bustos, el

---

1 En la Descalcez teresiana, además del P. Jerónimo, vivieron el P. Lorenzo de la Madre de Dios, María de San José, Isabel de la Madre de Dios y Juliana de la Madre de Dios, en los conventos de Consuegra, Cuerva y Sevilla, las tres últimas. A las tres menciona la Santa en su correspondencia y las tres fueron excelentes religiosas y muy queridas en la Descalcez. También Pedro Gracián intentó profesar en la Reforma, y ya llevaba once meses en el noviciado de Pastrana cuando hubo de salir por lo delicado de su salud. Luego se hizo sacerdote. Adriana entró en las recoletas de S. Jerónimo de Madrid, llamadas de la Concepción Jerónima.

cual perfeccionó, como su hermano Antonio, bajo la férula paterna, pues sabido es que Don Diego era aventajado helenista, y procuró lo fuesen también sus hijos. Con el cultivo de las letras alternaba Jerónimo el de la virtud. Desde la infancia acostumbró confesarse a menudo con los padres de la Compañía, y siempre fué de conciencia muy delicada y de inclinaciones muy piadosas. Sus padres, por razón del cargo que tenían, seguían a la Corte, y cuando ésta se trasladó a Toledo fué también a la ciudad del Tajo Jerónimo Gracián. Prosiguió el griego con el maestro Alvar Gómez, y aquí mostró afición decidida al estudio de la Filosofía. Su padre se inclinaba más a que sirviese en la Corte con su pluma—por eso había puesto singular empeño en que escribiera con grande perfección y primor caligráficos—en alguno de los muchos cargos civiles que el Rey necesitaba y para los cuales no se exigían grados académicos, ni muchos conocimientos.

El empeño del joven en cursar Filosofía le llevó a Alcalá, y la estudió principalmente con el maestro Uzquiano. Quince años tenía cuando comenzó las Artes, y terminado el primer curso, hizo oposiciones a una colegiatura y la ganó. Con esto alivió a sus padres, que no andaban sobrados de dineros. Aquí continuó con sus hábitos piadosos, y al cumplir los dieciséis años de edad quiso entrar en la Compañía de Jesús y ya lo tenía negociado todo para cuando se graduase de bachiller. Al recibir la colación de este grado académico, que abría las puertas de la esperanza y de la fama a los más aventajados escolares universitarios, se enfrió en sus deseos de vestir la sotana de San Ignacio, aunque no ciertamente en el servicio de Dios, que continuaba progresando notablemente en el joven artista.

De ingenio agudo y despierto, inteligencia clara y profunda y de memoria que un escritor antiguo calificó de monstruosa, fácilmente se puso a la cabeza de todos sus condiscípulos y fué uno de los más brillantes escolares que en muchos años pasó por la Universidad de Cisneros. Como a la eminencia de estas prendas sobresalientes de inteligencia unía un carácter dulce y candoroso, todo afabilidad, finura y condescendencia, y una virtud muy sólida y verdadera, pero sin aparato ninguno externo, era el ídolo de los demás estudiantes, que apetecían su conversación y trato y se honraban con su amistad.

En la licenciatura en Filosofía hizo ejercicios tan brillantes, que fué el primero que la alcanzó entre los cuarenta y ocho que la pretendían. Graduóse poco después de maestro, y los grandes esfuerzos que realizó para adquirir estos grados le acarrearon una grave enfermedad cuando contaba diecinueve años. Emprendió luego el estudio de la Teología, siendo colegial en el Colegio de la Madre de Dios. Al comenzarla, leía el tratado de gracia el célebre P. Deza, de la Compañía

de Jesús, y sus explicaciones le encendieron más el deseo de adquirirla. Tomóle por confesor, y desde esta fecha se dió al ejercicio de la oración mental durante una hora diaria por los libros del padre Granada. Con ella y la frecuencia de Sacramentos, preservó a su alma de la aridez que suelen causar los estudios, si el corazón no se precave a tiempo.

Los cuatro años que cursó la Teología fueron de una intensidad científica abrumadora. Además de las tres lecciones que oía de esta Facultad, debía leer con frecuencia otras tres de Artes, supliendo a catedráticos que por distintas causas no podían asistir a las aulas. Al propio tiempo que la Teología, estudió Escritura con los doctores Méndez, más tarde arzobispo de Granada, y Alonso de Mendoza, y el Hebreo con el doctor Hernando Díaz, médico de profesión.

En 1566 comenzó a recibir las órdenes sagradas. Tres años después, el subdiaconado y diaconado, y al año siguiente cantó misa. Por ser bachiller en Teología comenzó a predicar al recibir el diaconado. Su primer sermón lo predicó en Canillejas, pueblecito entre Madrid y Alcalá. Ordenado de sacerdote, tuvo confesonario en la iglesia de Santa María de esta última ciudad. Aún perseveró en la Universidad hasta el año de 1572, preparándose para el doctorado en Teología, que a la sazón era largo y difícil, y opositar luego a cátedras, que era la mayor ilusión que se brindaba entonces a un estudiante tan aventajado como don Jerónimo. También acompañó algún tiempo al hijo del Conde de Chinchón, que luego fué obispo de Segovia y arzobispo de Zaragoza, don Andrés de Bobadilla.

Algunos disgustos que tuvo con ocasión de las votaciones a cátedras, que, como es sabido, hacían los estudiantes—algo parecido ocurrió a San Juan de la Cruz en Salamanca—, y su mucha oración, que le iba desaficionando del mundo e inclinando a la vida retirada del claustro, le infundieron deseos de dejar aquella carrera que tan halagüeño porvenir le ofrecía, y darse a Dios en alguna Religión observante y austera. No dejó de argüirle la conciencia esta determinación, porque comprendía los sacrificios que sus padres habían hecho en educarle, y cuando podían esperar algún alivio a sus apuros económicos, se les desvanecía totalmente la esperanza. El propio padre Gracián da cuenta de estas luchas que sostenía consigo mismo en las siguientes palabras: «Tomé el hábito en Pastrana, año de 1572, habiendo peleado casi año y medio con la vocación (que no es pequeño tormento), porque todas las razones naturales eran contrarias en mí a este estado: falta de salud, flaqueza natural, o cansancio de estudios, obligación a mis padres y hermanos; porque los que siguen la Corte, especialmente mis padres, no tienen otras viñas

ni rentas de su patrimonio más de las mercedes que el Rey hace a sus hijos en pago de sus servicios, cuando ellos no lo desmerecen; y por tener yo doce hermanos, y uno en oficio de secretario del Rey que me podía ayudar para conseguir rentas de iglesia con que favorecer a los otros—que ya el Rey tenía cuidado de mí y preguntaba cuándo me hacía doctor, quizá para proveerme—, había estudiado y experimentado algunas dificultades que hay en las Religiones, que me ponían muy lejos de esta voluntad» (1).

Entretenido con estas luchas e indeciso para tomar ninguna resolución, acertó a enterarse de la existencia de una comunidad de Carmelitas Descalzas que la venerable María de Jesús había fundado en Alcalá, poco después que la M. Teresa había hecho el suyo de San José de Avila. Por una casualidad entró un día en su iglesia y enteróse de lo pobres que estaban, pues ni capellán que les dijera misa tenían. Trabada conversación con la M. Priora, quedó muy agradado de ella, y allí concertaron que de cuando en cuando predicaría a la Comunidad. La Madre le habló de la antigüedad de la Orden del Carmen y del culto que daba a la Santísima Virgen, y como el joven sacerdote era devotísimo de ella, comenzó a cobrar a dicha Religión cariño entrañable. Quiso confesarse una religiosa con él, y como éste alegase ignorancia de sus Reglas y Constituciones, se las dieron en secreto para que se enterase. Su lectura le aficionó más a la Orden y vino en conocimiento de la M. Teresa de Jesús, por dichas Constituciones, ya célebre reformadora. Con el amor, le entró la curiosidad e interés de conocer la historia de la Orden de la Virgen, que llegó a dominar pronto con los libros que le dieron los Calzados de Alcalá, principalmente el P. Hernando Suárez. Un viaje a Pastrana acabó de resolverse en sus propósitos, y el mismo año de 1572, a los veintisiete de edad, vestía en la villa de los Príncipes de Eboli el hábito reformado de la M. Teresa.

La austeridad de vida de la nueva Recolección y su devoción a la Virgen fueron los dos anzuelos que prendieron al aprovechado estudiante de Alcalá en el árbol de la Descalcez cuando ésta daba sus primeros vagidos y necesitaba de hombres de sus condiciones y talentos que arrullasen su cuna y velasen su infancia. Con palabras llenas de emoción habla el P. Gracián de su despedida del mundo en esta forma: «Todo esto peleaba, de una parte, contra un encendido deseo que tenía de servir a Nuestra Señora; de la otra, y como comenzaba entonces la Reformacion de esta su Orden, parecía-

1 *Peregrinación de Anastasio*, Diál. I, págs. 19 y 20.

me que me llamaba mi señora para ella. Y era con tanta fuerza este pensamiento, que me acaeció muchas veces tener cubierta con un velo una muy hermosa imagen de la Virgen que tenía, porque parece que visiblemente me hablaba para que en este nuevo ministerio la sirviese. No me ayudaban nada los confesores, especialmente uno a quien yo tenía gran crédito y obediencia, diciéndome ser ésta tentación clara. Mas por otra parte, como después oí de boca de la M. Teresa, le costé un año de oraciones para traerme a la Orden, entendiendo que la había de ayudar» (1).

Ya en la Reforma, es muy conocida su actuación intensa y preponderante desde el mismo noviciado hasta la muerte de la Santa, y aún algunos años después; pero no es intención nuestra hacer historia completa de este hijo ilustre de la Reforma descalza—lo hemos hecho con la extensión que nos ha parecido oportuna en otro lugar más propio (2)—; sino sólo lo que más directamente se refiere con los

---

1 *Peregrinación de Anastasio, ib.*

2 No entra en nuestros planes hacer un estudio biográfico completo del P. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios. Su personalidad es muy varia y compleja y no fácil de reducir a pocas páginas. Por otra parte, hay cuestiones acerca de este insigne religioso que no pertenecen a los lectores en general, y tienen más bien interés de familia. Nos ceñiremos, por lo tanto, a las noticias que tienen relación con el P. Gracián como escritor. El estudio completo del primer Provincial de la Reforma, bueno o malo, lo tenemos ya hecho en uno de los tomos de nuestra *Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América*, que, Dios queriendo, saldrá pronto a la luz. Creemos que éste es el lugar adecuado para estudiar al confesor de Sta. Teresa en los múltiples aspectos de su prodigiosa actividad.

La biografía más completa que se ha dado hasta el presente a las prensas de este religioso, es la que en 1619 publicó Andrés del Mármol quien en atención a los Descalzos, según él mismo advierte y también el P. Lorenzo Gracián, hermano del P. Jerónimo, no salió todo lo noticiosa que el autor hubiera deseado. Con todo, el mejor biógrafo del P. Gracián es y será siempre Santa Teresa de Jesús. Las Crónicas de la Reforma, así españolas, como italianas y portuguesas, hablan con alguna extensión de este religioso, así como otros muchos libros donde se hace mérito de la Santa y de su Descalcez. Los escritos del propio P. Gracián contienen copioso y selecto caudal biográfico. No faltan tampoco defensas e impugnaciones del gobierno del primer provincial de los Descalzos, escritas en los siglos XVI, XVII y XVIII. Todas, o casi todas, yacen polvorientas en los archivos. El P. Gregorio de San José, conocido por la traducción al francés de las Obras de Santa Teresa, publicó en el mismo idioma un opúsculo titulado *Gracián y sus Jueces*, que en 1904 salió de la Tipografía "El Monte Carmelo", puesto en español por el P. Angel María de Santa Teresa. En él se defienden y justifican algunos aspectos de la vida del P. Jerónimo Gracián. El mismo fin se propuso en su erúdito discurso de entrada en la Academia de la Historia (1918) D. Bernardino de Melgar y de Abreu, marqués de San Juan de Piedras Albas. El P. Crisógono de Jesús Sacramentado estudia doctamente los escritos del P. Gracián, en sí considerados y en sus relaciones con otros autores de la Re-

numerosos escritos que nos dejó su pluma, una de las más fecundas de nuestra lengua, si bien se ha perdido gran parte de lo que produjo.

Doce años de universidad complutense en una de sus épocas mejores, a la cual llegó con las Humanidades bien sabidas, eran disposición y preparación magnífica para escribir luego de materias relacionadas con sus conocimientos. Además, el dinamismo intelectual de este hombre fué tan portentoso, que ni la predicación continua y comprometida, ni el laberinto de negocios graves en que siempre estuvo metido, fueron parte para que rompiera la pluma y abandonase los estudios. Poco o mucho, estudió de por vida, con el ardor juvenil de un aspirante a bachiller. Su memoria felicísima se encargaba luego de proporcionar materia de escritura a su pluma, con erudición que asombra, aunque no siempre agrade. «Comencé a estudiar»—escribe—«de diez años de edad; acabé la Gramática, Retórica y Griego de quince; a los diecinueve me hice maestro, habiendo oído las Artes en cuatro, y en otros cuatro oí Teología, hasta ser de veintitrés, y los cuatro restantes, hasta veintisiete, gasté en pasar la Teología y hacer los nueve actos que se hacen en Alcalá para ser doctores (1). El mismo año entré en la Religión, y con las muchas ocupaciones que se me ofrescieron en ella de fundar y gobernar los monasterios y el continuo ejercicio del púlpito, confesiones y otros negocios, pude estudiar poco de propósito; mas nunca, poco o mucho, dejé el estudio».

Devoto desde su niñez, muy bien educado en religión por doña Juana Dantisco y los padres de la Compañía, redobló su fervor en

---

forma, en *La escuela mística carmelitana* (pp. 128-133). Los artículos insertos en Revistas sobre el P. Gracián—entre ellos los que publicó el P. Froilán de la Inmaculada en *El Monte Carmelo*, 1929-1930—son muchísimos. En general no proporcionan datos nuevos. Se limitan a manifestar su opinión, sobre los asuntos que dilucidan, casi siempre favorable al Director de Santa Teresa. Afortunadamente, tenemos allegado del P. Gracián mucho caudal biográfico, interesante no menos por la calidad que por la cantidad. Confíamos en que pronto será del dominio del público leyente.

1 En unas notas autobiográficas que poseo de letra del P. Gracián dice, aunque en tercera persona, hablando de estas pruebas: "Acabó los estudios de Teología año de 68, y luego comenzó a hacer actos para doctor entrando en el mismo Colegio teólogo; y desde la tentativa, que es el primero, llegó hasta el año de 72 haciendo lo demás. conviene a saber: primer principio, segundo principio, tercer principio, Alfonsina, y no faltaban sino los Quodlibetos para graduarse de doctor. En estos actos públicos, que por lo demás duran cinco horas cada uno, salvó la Alfonsina que dura todo el día, desde las ocho de la mañana hasta la noche, le favoreció el Señor y dió gracia que ayudase a los doctores y a toda la Universidad". Por estas palabras se ve harto claramente, levantado el velo de humildad que las dictó, que la actuación del P. Gracián fué brillantísima, y habría podido ostentar la borla de doctor en una época que este grado gozaba, con razón, de un prestigio que no ha vuelto a recobrar.

el austerísimo noviciado de Pastrana, el cual se había fundado por el patrón sanjuanista de Duruelo y Mancera, que el propio autor retocó, mejorándolo, en la villa ducal, haciendo de él el primer noviciado de la Descalcez, donde se formaron sujetos que luego habían de propagarla por toda la Cristiandad. Las buenas referencias que la M. Teresa tenía del reciente carmelita y lo complacida que había quedado de sus cartas, le movieron a confiarle, novicio aún, sus monjas de Pastrana, con ser ella tan cuidadosa y precavida en punto a la dirección espiritual de sus hijas, que las había substraído de otros religiosos más antiguos y no faltos de espíritu. Este rasgo de la Madre Fundadora evidencia la grande estima que hacía del P. Gracián desde muchos años antes de conocerle personalmente. El trato con las Descalzas le hizo más espiritual aún y que afinase mucho más en la vida interior, y su comunicación con ellas decidió del empleo predilecto de su pluma, que fué sobre materias místicas y de edificación.

Desde sus años juveniles, y más particularmente desde que se ordenó de sacerdote, sintió una sed continua y devoradora de salvar almas. En un escrito suyo, hablando de las perplejidades que experimentó antes de abrazar la vida religiosa, escribe: «Acaesció cuando andaba en esta batalla dar el Rey a un su hermano (1) un oficio muy allegado a sí, de secretario, a quien sucedió Mateo Vázquez, y en él pudiera en lo que es mundo adelantar y favorecerle mucho. Con esto le parescía que ya se veía demasiadamente engolfado en el mundo si esperaba, y el ser pobre y andar bajamente vestido era más conforme al ministerio de las almas, que entonces era la cosa que mayor ímpetu deseaba su espíritu, y repetía muchas veces aquellas palabras de Raquel a Jacob: *Da mihi liberos, alioquin moriar* (2). Señor, dadme hijos de almas que yo gane para ti, si no, moriréme».

El apostolado de almas que el P. Gracián ejercitó hasta morir con intensidad siempre creciente, fué doble: de pluma y de púlpito. Sólo del primero nos incumbe decir alguna cosa en estos preámbulos breves a sus obras. Del campo que con dilección especial cultivó, habla el propio Padre en los términos siguientes. «Estando una vez en Sevilla pensando si escribiría algo para provecho de las almas y luz de la Iglesia, ofresciόse salir de la oración mental fray Francisco de Jesús, el Indigno, hombre de gran espíritu, como después diré, y con un gran fervor y el rostro encendido me dijo estas palabras: Nuestro Señor Jesucristo me ha dicho que os diga de su parte que escribáis libros para provecho de las almas, o cosa semejante. Yo, no haciendo tanto caso de su revelación como de mi deseo

---

1 Antonio Gracián. 2 Gen., XXX, 1.

y de no esconder el talento de las letras que el Señor me había dado, me determiné a escribir, y tratando en mi pensamiento y con el Señor en qué doctrina haría fruto más a las almas y agradaría más al Maestro Cristo Nuestro Bien, pensé que escribir Teología escolástica (aunque la había oído y pasado bien y tenía muchos papeles de ella), no me convenía, porque los que han de sacar semejantes libros a luz es mejor que estén actualmente leyendo y disfrutando en Escuelas, y en aquel tiempo habían salido a luz obras de doctísimos escolásticos. Teología positiva y declaración de la Sagrada Escritura no me parescía sería necesario escribir yo, porque quien se ocupase en leer mis libros sería mejor que gastase su tiempo e ingenio en leer los de los sagrados Doctores. Nunca fuí de opinión de escribir ni imprimir sermones, aunque tengo algunos cartapacios de ellos, pero no están limados; porque, según mi opinión, el verdadero sermón es el que sale del deseo de aprovechar a almas a propósito del tiempo y personas a quien se predica, y nunca estuve bien con sermones impresos en vulgar, que si algunos se han de leer, son los que escribieron los Santos.

»Parescíame tiempo mal gastado el que emplease en escribir historias, como otros han hecho. De Lógica y Metafísica tenía buenos papeles, pero parescíame ser volver atrás ocuparme en ellos. Di en escribir Teología mística y cosas de devoción y oración, y el trato interior entre el alma y Dios, porque esta materia aprovecharía más a mi alma; y con el ejercicio de la oración mental y haber tratado con mucha particularidad el espíritu de la M. Teresa de Jesús y examinado muchas almas espirituales, tenía más experiencia y había leído algunos libros que tratan de esto; y así, hasta agora, tengo impresos los libros siguientes» (1).

En el corto inventario que a continuación nos da, hace mérito de la *Lámpara encendida*, *Josefina* (2), *Tratado del Jubileo del año santo* (3), *Disciplina regular*, *Dilucidario del verdadero espíritu*, *Ar-*

---

1 *Peregrinación de Anastasio*, Diál. XII, págs. 187-189.

2 Por Breve de 17 de septiembre de 1597, Clemente VIII concedió al P. Gracián la venta exclusiva por diez años en los Estados Pontificios de esta obra, así en latín, como en italiano y español. *(Bull. Carmelitanum*, t. II, p. 290).

3 Otro privilegio análogo al anterior, otorgó al P. Jerónimo por esta obra el mismo Clemente VIII, con fecha 29 noviembre de 1599. (Cfr. *Bull. Carm.*, t. III, p. 320). Terminando nuestros estudios en Roma en los primeros años del siglo actual, vimos en la Biblioteca de nuestra Casa generalicia un ejemplar de esta obra en italiano. Su título: "*Trattato del giubileo dell' Anno santo, del P. M. Fr. Girolamo Gratiano, Carmelitano, e Teologo dell' Illustris. Card. Deza*... In Roma. Appresso Luigi Zannetti 1599."

bol prodigioso, Cerco espiritual, Estímulo o propagación de la fe, Redención de cautivos, Mística Teología, Vida en Cristo, y *El devoto Peregrino.* Estas obras habían salido de las prensas cuando él escribía éstas líneas, y algunas habían merecido ya los honores de la reedición y traslación a varias lenguas.

Hablando de los escritos que tenía aparejados para imprimir, cita: *Jubileo del año santo,* en español, porque su primera edición salió en italiano; *Disciplina regular,* en español también; *Flores Carmeli, Consuelos y Desconsuelos interiores de las almas atribuladas, Sufragios de las almas del Purgatorio, Opúsculos, donde está lo de la guerra, cifra y anatomía, Excelencia y valor de nuestra santa fe católica* (diálogos de cosas acontecidas en Berbería); *El soldado católico,* (trata de la excelencia de la fe y abominación de la herejía luterana); *De la ceguedad de Babilonia contra la más nueva herejía de nuestros tiempos, que es la hipocresía herética*; *De potestate Papae contra el libro de D. Fernando de las Infantas*; *Vida y doctrina de Nuestra Señora colegida de palabras que la misma Sacratísima Virgen dijo, que se leen en los libros de revelaciones que ella ha hecho a sus devotos.*

Además de estas obras, había reunido en tomos muchos opúsculos manuscritos, para evitar se le descabalasen por su pequeñez y abundancia. Uno de los tomos comprendía los siguientes: *Antiquitas carmelitana, Suma del Libro de Juan, Patriarca XLIV de Jerusalén*; *Exposición de la Regla, por Juan Soret*; *Sermón del título de la Religión, Cronología Carmelitana, Reforma de Religiones.*

En otro había cosido los siguientes opúsculos: *Los cinco talentos, Lo de la hipocresía contra las hijas del amor propio, Consejos breves, Sumario de devociones, Las alas del Aguila, Jeroglífica sacra, Discurso de la Disciplina de bondad, Arbol prodigioso, Paternoster.*

Otro contenía las vidas de *San Angelo carmelita, San Andrés, Remedio de Tribulaciones, Copia de cartas, Collationes Patrum, Corona de doce estrellas, Altar de Elías, Arado de Eliseo, Matrimonio espiritual entre el libre albedrío y su pasión, Pastor bueno, Torre de fortaleza de Sión, que trata del estado de las religiones.* Debajo del número nueve, añade, tenía los tratados: *Noviciado de los Carmelitas Descalzos, Tratado de la Melencolía, llamado el cerro, Octavas y rimas de la Orden*; así como debajo del décimo se guardaban: *Diálogos entre Anastasio y Eliseo, de la perfección*; *Tratado de oración mental, Tratado del relajado contra el cerro, Diálogos entre Angela y Eliseo, Examen del Espíritu, Recopilación de los estatutos de la Orden por lugares comunes.*

Tal es el catálogo que de sus propios escritos nos dejó el Padre

Gracián pocos años antes de morir. El mismo nos dice que algunos de los que menciona no estaban aún del todo preparados para las prensas, aunque a la mayor parte le faltaba muy poco. Esta corta labor que aún quedaba, la llevó al cabo en algunos, pero la dejó sin concluir en los más. El Indice no es completo, ni mucho menos, como se infiere del que años más tarde remitieron a Nicolás Antonio desde Roma, hecho a la vista de los escritos que había dejado el Padre Gracián a su muerte en los Carmelitas Calzados de Bruselas. El insigne bibliógrafo en su *Bibliotheca H. Nova* publicó los títulos de otras tantas obras y escritos sueltos del P. Jerónimo Gracián, que éste tenía agrupados y cosidos en cuatro grandes volúmenes, advirtiendo que el índice no era completo, puesto que aún quedaban obras por ver (1). Juzgando por ellos, no parece temerario asegurar que compuso más de quinientos trabajos entre discursos, memorias, opúsculos y obras propiamente dichas, sin contar los numerosos sermones que escribió, aunque tuvo el buen acuerdo de no imprimir casi ninguno (2).

Su preparación remota para escribir libros fué excelente. Bien sabido es con cuánta solidez se estudiaban en su tiempo las disciplinas eclesiásticas y humanísticas en Salamanca y Alcalá. El Padre Jerónimo Gracián hizo una de las carreras más brillantes que se registran en los anales universitarios de la segunda. Al suplir en diversas facultades a catedráticos doctísimos, se acreditó de profesor de inteligencia clara y profunda, grande facilidad de exposición, erudición vastísima y soberano dominio de las disciplinas que regentaba. De haber continuado en la Universidad complutense, no hay duda de que habría alcanzado fama de catedrático eminente y habría dado días de gloria a la genial creación del Cardenal Jiménez de Cisneros. Presumo que sus condiciones de profesor eran más brillantes aún que las de escritor y hombre de negocios.

Su vocación le apartó de aquel centro del saber, para colaborar al lado de la M. Teresa en la magna obra en que ésta se veía em-

---

1 Cfr. *Biblioteca Hispana Nova*, t. III, págs. 576-585.

2 En la citada *Biblioteca* de Nicolás Antonio, página 585, después de haber copiado los títulos de los escritos que contenían los cuatro mamotretos mencionados, añade: "Tomo V et ultimo continentur: *Sermones de Adventu, de Quadragesima, et de Tempore.*" De muchos sólo tenía cuadros sinópticos, entre ellos, de los predicados en Valencia y Alicante.

Los escritores de la Orden que han tratado sobre bibliografía carmelitana no nos dan catálogos tan nutridos de los escritos del P. Gracián como Nicolás Antonio, pero sí referencias más exactas de algunas de sus obras. Si alguna vez nos decidimos a escribir una monografía extensa de este gran religioso, hallarán en ella cabida éstas y otras muchas referencias a su abundante producción bibliográfica.

peñada, y con grandes apuros. La oportunidad con que el maestro por Alcalá abrazó la Descalcez, encarécela Sta. Teresa por estas palabras: «¡Oh, sabiduría de Dios y poder!: ¡Cómo no podemos nosotros huir de lo que es su voluntad! Bien vía Nuestro Señor la gran necesidad que había en esta obra, que Su Majestad había comenzado, de persona semejante. Yo le alabo muchas veces por la merced que en esto nos hizo; que si yo mucho quisiera pedir a Su Majestad una persona para que pusiera en orden todas las cosas de la Orden en estos principios, no acertara a pedir tanto como Su Majestad en esto nos dió» (1). Y un poco más adelante añade: «Porque aunque no fué él el primero que la comenzó, vino a tiempo que algunas veces me pesara de que se había comenzado, si no tuviera tan gran confianza de la misericordia de Dios» (2).

Desde su ingreso en la Reforma, a pesar de sus ocupaciones de púlpito y de gobierno, no dió tampoco paz a la pluma, la cual empleó en las más varias necesidades espirituales, según las circunstancias lo demandaban de su celo ferviente por la vida de perfección religiosa y por la perseverancia en la fe, contra infieles y herejes. No hubo espiritual indigencia en su tiempo a la cual no ocurriese presuroso con su predicación o con su pluma; y aunque a ellas atendió con preferencia, no dejó de ocuparla tampoco en otras materias, si bien en forma pasajera y esporádica. Escribió de mística, de ascética, de misiología, de dogmática y moral, de hagiografía, mariología e historia, de exégesis, patrística y controversia religiosa, de gramática y de ortografía, de astrología (3), de alquimia y física, *de re bellica* y crematística y de otras muchas cosas, sin exceptuar el arte dramático, aunque en sentido muy cristiano. Poseía grandes facultades asimilativas, y su pluma ágil pasaba con grande facilidad de un tema a otro. Al principio se dió con grande ardor al estudio de la historia de la Orden del Carmen, de la cual dejó algunos escritos; luego compuso obras de ascética y mística. Cautivo en Túnez, compuso trabajos encaminados a preservar de la apostasía en la fe a muchos cristianos. Cuando se puso en contacto con los herejes de los Países Bajos, escribió mucho para rebatir sus errores y en defensa de la Religión católica. En esta ocupación y en la tarea de reimprimir libros suyos y dar otros nuevos a los tórculos le sorprendió la muerte en Bruselas, el 21 de septiembre de 1614, a la edad de sesenta y nueve años.

---

1 *Las Fundaciones*, cap. XXIII.

2 Ib.

3 También hizo un estudio muy curioso, que cita Nicolás Antonio, sobre la estrella casiopea.

Uno de los primeros libros que compuso—acaso el primero—fué sobre la antigüedad de la Orden del Carmen, que remitió luego manuscrito a la M. Teresa antes que tomara el hábito en Pastrana. Hablando de esta obra, escribe su autor: «Pues el *Speculum Ordinis* entre manos, en pocos días le estudió y puso en punto todo el suceso de esta Orden, desde que comenzó de Elías hasta el estado en que estaba; y con esta curiosidad andaba a buscar todos los libros que tratasen de esto y estudiábalos, y de aquí le dió Nuestro Señor una gran luz que le parece que claramente le decía que Dios quería en estos tiempos ser muy servido en esta Religión y que en ella había de haber grandes cosas... Parescíale que se serviría de esto, y comenzó con este cuidado a escribir cosas de esta Orden, y sobre la Regla la escribió un tratadillo de la vida de los Profetas de la Orden, que envió a la M. Teresa de Jesús» (1). Otra obrita compuso en el noviciado con ocasión de algunas tentaciones que tuvo, de la cual se expresa así la Madre Fundadora: «Y para que no le faltase expiriencia en todo lo que hemos menester, tuvo tres meses antes de la profesión grandísimas tentaciones; mas él, como buen capitán que había de ser de los hijos de la Virgen, se defendía bien de ellas; que cuando el demonio más le apretaba para que dejase el hábito, con prometer de no le dejar y prometer los votos, se defendía. Dióme cierta obra que escribió con aquellas grandes tentaciones, que me puso harta devoción, y se ve bien la fortaleza que le daba el Señor» (2).

Nombrado visitador apostólico a poco de profesar, no tuvo tiempo ni vagar para continuar componiendo libros, porque los negocios que se le ofrecieron fueron muchos y difíciles. Su principal ocupación en los ocho años siguientes fué la de sacar adelante con la M. Teresa la reformación que ésta había emprendido y que muchas veces pareció iba a zozobrar, según eran de revueltas y desatadas las tempestades que azotaban a la barquilla descalza. Los documentos que durante este tiempo hubo de redactar en defensa de la obra de la M. Teresa, no es fácil reducirlos a número. Como hijo de secretario, tenía para ello grande habilidad, facilidad y perfección. Hasta su letra, varia y primorosa, le ayudaba. A nadie confió la redacción de ellos; únicamente la Santa era sabedora de su contenido para que le opusiese los reparos que tuviera por conveniente hacer, puesto que siempre procedieron en cariñosa armonía y perfecta concordia. Aun quedan algunos trabajos de índole burocrática de esta época debidos a la pluma del P. Gracián.

---

1 Autobiografía, cap. II.

2 *Las Fundaciones*, cap. XXIII.

Ella encabezó también la mayor parte de los Libros de Profesiones y Elecciones de los conventos primitivos de las Carmelitas Descalzas, dando así el modelo de las actas que se debían asentar en dichos libros. En algunos de ellos se ve además, de su puño y letra, un pequeño resumen histórico de la fundación de la casa. En este terreno, los beneficios que el primer Provincial de la Reforma hizo a las Descalzas fueron incalculables. En cualquier negocio que se les ofreciera, acudían a él para que les diese consejo y borrador o formulario de cuantos documentos hubieran de redactar. Siempre hallaban estas peticiones en el P. Gracián acogida dulce y benévola. Claro es que la más beneficiada en este servicio fué la propia Santa.

A estos favores hay que agregar las innumerables cartas de espíritu que escribió a las Descalzas, las consultas que les satisfizo de palabra, las pláticas casi continuas que les echaba en el bastidor o en la iglesia, las confesiones que con grande y suave paciencia les oía y las muchas jóvenes que por sus sermones llevó a los palomares descalzos. La M. Teresa, que por cuantos medios podía cercenaba el trabajo excesivo y agotador del P. Gracián, en este sector de su actividad no reparaba tanto, por el gran fruto que hacía en sus hijas. El P. Gracián llegó a ser en vida de la Santa algo así como el agente universal de las Descalzas. Unicamente en la dirección interior de ellas le superó Fr. Juan de la Cruz. En lo demás, nadie tan servidor y esclavo de las necesidades de las hijas de la M. Teresa como el P. Gracián. Si es permitido hablar así, el P. Gracián y la cariñosa fundadora, de gobierno muy maternal entrambos, las tenían hasta mimadas. Por eso, muerta ella, y menguada rápidamente la influencia del P. Jerónimo en las Descalzas, éstas se vieron un tanto desconcertadas y en muchos años tuvieron harto que sufrir. ¡Qué extraño es que la memoria del insigne polígrafo se conserve agradecida entre ellas después de tres siglos largos y tan fresca como si Fr. Jerónimo acabase de expirar! ¡Cuándo volverían a tener otro Padre Gracián!

Sin embargo de tantas ocupaciones, aún halló tiempo para componer en 1578 su obrita titulada *Fuente de Helías, que es exposición de la Regla primitiva de Nuestra Señora del Carmen, dada por S. Alberto, Patriarca de Hyerusalén,* que comprende en veintidós hojas en folio, seis capítulos. El último es una paráfrasis de la Regla. Dirige esta obrita a los novicios de la Reforma y comienza así: «Días había, carísimos hermanos, que tenía deseos de declararos la Regla primitiva del Carmen, mas las ocupaciones ordinarias me detenían, y la vergüenza de atreverme a cosa tan grande con tan pocos talentos me ocupaba; pero habiendo agora salido de un piélago de trabajos muy graves y enfadosos, para descansar un poco el espíritu, quise

respirar con este gustosísimo ocio, saludable para mi alma, y espero en el Señor será provechoso para vuestras consciencias si el favor y gracia divina y la intercesión de la dulcísima Virgen nos favorece mediante vuestras devotas y continuas oraciones» (1). El P. Gracián volvió en lo sucesivo varias veces sobre este tema, aunque sus trabajos nunca pasaron de ensayos más o menos extensos y afortunados.

Después de la muerte de la Santa, el P. Gracián, sin remitir nada de su apostólica predicación, tuvo mayor desembarazo para escribir libros y opúsculos, según las circunstancias los iban reclamando a su celo por la causa de Dios. No es intención mía escribir la génesis de cada libro de este ingenio fecundísimo. De muchos no podría darla, porque la desconozco. En sus escritos, singularmente en su correspondencia, se hallan noticias muy interesantes de muchos de ellos, y como entra en nuestros propósitos publicarla en la *Biblioteca Mística Carmelitana,* aquí podrá leerla el que se interese por estas curiosidades. Advertimos, sin embargo, que sus escritos respondían todos a necesidades advertidas por el P. Gracián en su apostolado de almas. Otros apóstoles se contentaron con satisfacerlas mediante su palabra, consejo y ejemplo; el P. Jerónimo añadió a estos medios el de la pluma, siempre más permanente y, en ocasiones, más eficaz. Adelantándose a su siglo, gustó de escritos cortos, que se leen más fácilmente y con más provecho. Sólo así se explica el número increíble que de ellos produjo.

No se propuso en ellos asombrar al mundo con su sabiduría. Fueron fruto de su celo apostólico, compuestos al correr de la pluma, con escasísima preparación próxima, por falta de tiempo, o por especial idiosincrasia del autor, comoquiera que el P. Gracián fué un verdadero *specimen* de vulgarizador de las buenas doctrinas. En nuestros tiempos habría podido ser notabilísimo periodista. Teniendo en cuenta estas observaciones es como se debe juzgar de los escritos gracianescos. Naturales, sencillos, de índole popular muchos, no se advierte nunca el esfuerzo del autor. En esto se da la mano con Fr. Luis de Granada, aunque en otros respectos esté muy por bajo del autor de la *Guía de Pecadores.*

La facilidad con que escribía y el poco tiempo o ninguno que invertía en corregir sus escritos, le hacen frecuentemente descuidado, algunas veces más de lo que uno quisiera, a pesar de la simpática benevolencia con que se inclina el ánimo al juzgar al P. Gracián como escritor. Ni en mística ni en ninguna disciplina de las que cultivó puede ser considerado como escritor de primer orden. Inferior a

---

1 Vid. Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. 2.711, fols. 321, 343.

los santos Reformadores en grado no calificable, lo es también a muchos autores de la Reforma teresiana que después de él escribieron de tema análogo. La robusta personalidad del Padre Gracián hay que valorarla teniendo a la vista no una sola manifestación de ella, sino el conjunto, ya que se trata de una de las más ricas, variadas y de más fuertes contrastes que hayan podido desenvolverse en los claustros. Sin embargo, páginas hay en sus escritos, que ni en profundidad ni en claridad y belleza de exposición ceden a las de los mejores escritores de su época, salvo San Juan de la Cruz.

El estilo de sus escritos es siempre sencillo y en ocasiones infantil y poco cuidado; su lenguaje puro, fácil, corriente y popular, de ricos matices a veces, de fácil comprensión y de una transparencia que nunca se nubla. Bebió la lengua nativa en fuentes muy puras bajo la dirección de su padre D. Diego Gracián, y, con alguna precaución, puede leerse con gran provecho para aprender a manejarla con pureza, soltura, fluidez y naturalidad. De haberlo pretendido, con los conocimientos profundos que poseía del griego y latín, habría podido ser uno de los más aventajados artífices del habla castellana, en época que tan eximios los tuvo. Pero esto no se casaba bien con su celo apostólico y su ideal de la salvación de las almas, que no le permitían detenerse en estas minucias de ociosos estilistas. Tampoco sus santos Reformadores repararon en ellas.

Una de las preocupaciones más constantes del P. Gracián en el último tercio de su vida fué la impresión de aquellos libros que prefería para la estampa. Sus cartas están llenas de referencias a este asunto, que indican el interés que ponía en su resolución. No pocas veces se lamenta de falta de dineros, aunque raro fué el caso que por escasez de ellos dejara de dar a la luz sus escritos. Su excepcional don de gentes, que tan buenas amistades le ganó, le sacaban con facilidad de sus apuros económicos. Ninguna de sus obras ha llegado a ser popular, cosa harto difícil y concedida a muy pocos ingenios, aunque algunas han merecido varias veces la reimpresión y aun la traducción a otras lenguas vernáculas. El mismo, en su afán de hacer bien a las almas, procuró estos trabajos. Entre los que alcanzaron diversas reimpresiones se cuentan: *Dilucidario del verdadero espíritu, Lámpara encendida, Disciplina regular, Josefina, Mística teología* y otras. Algunas de estas obras se publicaron también en italiano y francés en vida del mismo Autor (1).

1 Algo escribió también en la lengua de Lacio, aunque poco y no muy conocido.

Todas ellas, y algunas más, se reimprimieron en Madrid, dos años después de su muerte, en la viuda de Alonso Martín (1616), con este título: *Obras / del P. Maestro / Fr. Gerónimo Gracián / de la Madre de Dios, de la Orden de / N. Señora del Carmen. / Dirigidas a Juana / del Corpus Christi, fundadora y priora del / Monesterio del Corpus Christi de esta / villa de Madrid de Descalzas / gerónimas*. La edición se hizo por el licenciado Andrés del Mármol, biógrafo y grande admirador del P. Gracián, a quien le unían, además, lazos de parentesco. En la dedicatoria a la M. Juana del Corpus Christi, monja jerónima, escribe: «Saliendo a luz impresas las obras del P. Maestro Fr. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, para gloria y honra de Dios y aprovechamiento de las almas, por quien él tanto padeció, no se pueden dedicar a nadie con más justo título que a Vuestra Reverencia, porque con esto muestro al mundo, puesto en práctica, los frutos desta santa doctrina; pues por haberse Vuestra Reverencia criado con ella, por ser el Padre Maestro su confesor y de mi señora la Condesa del Castellar, doña Beatriz Ramírez de Mendoza, madre de Vuestra Reverencia, y del señor Conde del Castellar, D. Gaspar Juan de Saavedra, y de los demás hermanos de V. R., se ve cuán buena semilla es esta doctrina, pues tales frutos ha sacado de menosprecio de todo lo que el mundo estima...».

La edición hace un volumen en folio, de 436 hojas (por hojas se hace la paginación), sin los preliminares de aprobaciones, tasas, privilegio de impresión e índices. La impresión es a dos columnas y no muy esmerada. Desde luego, es inferior a las hechas en Flandes por el mismo P. Gracián. Según costumbre de la época, Mármol no da cuenta de su trabajo, que fué bien poco. Se limitó a reproducir las ediciones antiguas de los libros que publica y añadir algunos escritos más que le parecieron convenientes. La edición contribuyó a que se leyeran algo más en España las obras del P. Gracián. Todos los conventos de la Descalcez en la Península y América las adquirieron, y aún se conservan los ejemplares donde no fueron saqueadas sus bibliotecas en los años de 1835 y siguientes. Conforme al Expurgatorio publicado por la Inquisición en 1640, se arrancó del volumen el libro titulado *Conceptos de amor del divino amor sobre los ocho libros de los Cantares de Salomón*, no porque tuviera nada reprobable, sino por el criterio que sustentaba a la sazón el Santo Tribunal respecto de los comentarios y glosas a dicho Libro inspirado.

Este fué el mayor esfuerzo editorial que se ha realizado hasta el presente de los escritos del P. Jerónimo Gracián. A partir de esta fecha se ha hecho tal cual edición de alguno que otro libro su-

yo, como la *Josefina* (1), pero muy raras y de escasa circulación. En realidad, el P. Gracián desde el siglo XVII al XX, puede decirse que ha estado ausente del comercio de librería. Si se leía algo en este período, era probablemente en los conventos antiguos que habían adquirido sus libros, y en algunas familias, pocas, que sentían devoción por el insigne director de Santa Teresa.

Si la reedición de sus obras ha sido muy pobre, no lo ha sido tanto la publicación de escritos suyos inéditos en el siglo que corremos. En 1905 publicó en la benemérita Tipografía El Monte Carmelo (Burgos), el interesante escrito *Peregrinación de Anastasio*, el P. Angel María de Santa Teresa, hace muchos años venerable y celoso Arzobispo de Verápoly, en la India inglesa. *Peregrinación de Anastasio* es la obra más rica en noticias históricas de la Descalcez que salió de la pluma del P. Gracián y una autobiografía casi completa suya. En la misma imprenta publicamos nosotros (1913) otra obra del mismo escritor, titulada *Diálogos sobre la muerte de la M. Teresa de Jesús.* Se compone de siete Diálogos, relativos todos a la Santa, a cual más interesante. En el mismo año, y en el número correspondiente a Enero-Febrero de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, y luego en opúsculo aparte, dió a conocer nuestro llorado amigo D. Juan Menéndez Pidal, el breve escrito que se rotula *Diálogo de un pastor y una pastora sobre el gobierno de cierto ganado.* Media el diálogo entre Angela y Eliseo, o sea entre la Santa y el P. Gracián, sobre la impresión que a éste le causó, estando en Beas, la muerte de la primera. En 1917 publicamos en *El Monte Carmelo* parte del opúsculo del mismo P. Gracián, comentario de las Siete Palabras, a que puso por título *De los siete tesoros de la Perfección, colegidos de las siete palabras que Cristo habló en la Cruz.* Don Miguel Mir, en su obra *Santa Teresa de Jesús, su vida, su espíritu, sus fundaciones* (Madrid, 1912), sacó a la luz las preciosas ilustraciones con que el P. Jerónimo Gracián enriqueció de su puño y letra un ejemplar de

---

1 Poseo una edición costeada por el Doctor Francisco Xavier Conde y Oquendo, racionero de la Santa Iglesia de la Puebla de los Angeles (Méjico), e impresa en Madrid en 1780. Posteriormente se ha hecho en España alguna otra edición. En la imprenta de Gómez Fuentenebro (Madrid, 1878) publicó la Asociación de Católicos de Madrid el *Arte breve de amar a Dios e Itinerario de los Caminos de la perfección*... La España Editorial, S. A., reeditó luego, sin fecha de impresión, *Los Caminos de Perfección.* En 1927 el culto catedrático D. Eduardo Juliá Martínez sacó nuevamente de las prensas la obra titulada *Luz de la perfección religiosa*, según la edición de Lisboa de 1586, de la que ha hecho nueva edición en 1931. Ambas ediciones son lindísimas, con un erudito prólogo del editor y un interesante epílogo del P. Julián de la Sagrada Familia, C. D.

la *Vida* de Santa Teresa por el P. Ribera (edición de 1590), con noticias que ampliaban y completaban muchos pasajes del docto y piadoso primer biógrafo de la Virgen de Avila. Tales anotaciones son en número de ochenta y siete. El ejemplar, propiedad hoy de una familia particular, perteneció en otro tiempo a los Carmelitas Descalzos de Alcalá y luego a los de Madrid. No menos interesantes para ilustrar la biografía de la Madre Reformadora son los *Escolios y Adiciones a la Vida del Padre Ribera* por el mismo P. Jerónimo Gracián, que ya aprovecharon el autor del *Año Teresiano* y el citado académico de la Española. A estas anotaciones del Padre Gracián debemos agregar las que él mismo puso en un ejemplar de la Autobiografía de la Santa de la edición de Fray Luis de León (Salamanca, 1588), que tuvimos la fortuna de dar a conocer en nuestra edición crítica de las Obras de Santa Teresa (1). Otras cosas de menos cuantía, como alguna que otra carta del prolífico escritor, han salido también; pero, si la memoria no nos es infiel, las mencionadas obras son las más notables que han visto la luz después de la edición de 1616.

Aunque el P. Gracián no tuviera méritos propios—los tiene muy sobrados—para figurar en la *Biblioteca Mística Carmelitana*, sólo por su dirección espiritual de la M. Teresa en los últimos años de su vida y la buena y cariñosa amistad que tuvo con los dos Reformadores del Carmelo bastarían para que hubiéramos publicado sus principales escritos a continuación de las obras de los dos santos. Se nos figura que la Madre Fundadora nos habría hecho algún mohín de desagrado de no tener esta consideración con su Eliseo. Sin contar que tal puesto se le debe por derecho de antigüedad, y aún de justicia, no quisiéramos pecar de ingratos con este hombre que tantas ingratitudes gustó en la tierra, sobre todo después de muerta la Santa.

Tres volúmenes de la *Biblioteca* pensamos conceder a estos escritos. No es posible ya publicar todo lo que escribió, porque se ha perdido.

---

1 Vid. *Biblioteca Mística Carmelitana*, tomo I, donde se leen en los mismos lugares que él las puso, y en el tomo II, págs. 510 y 511. En dos artículos publicados en *El Monte Carmelo* (15 de octubre y 1 de diciembre de 1917), dimos curiosos pormenores del ejemplar donde puso estas notas el P. Jerónimo, propiedad hoy de las Carmelitas Descalzas de San Bernardo, junto a la capital de la República de Chile. Cuando en 1924 tuvimos el honor de acompañar al Emmo. Cardenal Benlloch a este gran pueblo del Pacífico, gozamos la dicha, por la bondad de aquellas amables Descalzas, de tener el ejemplar en nuestras manos y testimoniar a vista de ojos que las notas eran autógrafas del venerable Padre. Ya hemos dicho que éste gozaba de una memoria portentosa, y como fué archivo donde guardó en vida sus secretos Santa Teresa, nos pone en estas apostillas en conocimiento de cosas de la Madre que sólo el conoció.

Aun de lo que conocemos habrá que prescindir, aunque en pequeña parte, por ser de menor importancia y como repetición de otras composiciones suyas, o por estar muy incompleto. Damos preferencia a las obras que el P. Gracián positivamente prefirió y editó con cierto empeño. En su impresión observamos el orden que nos ha parecido más conveniente, comenzando por las místicas. Algunas de las que publicamos son inéditas como oportunamente se advertirá. Por primera vez daremos a conocer en el tercer volumen (17 de la *Biblioteca*) el rico Epistolario del Padre, lleno de noticias curiosísimas e importantes las más, ya para la historia de los primeros años de la Reforma descalza, ya para la biografía del propio P. Gracián. En ellas, como en espejo terso y reluciente, se refleja el alma candorosa, optimista y buena del coadjutor eximio de Santa Teresa. ¡Qué alma tan admirable la de este caballero andante de la fe cristiana! ¡Qué temple el de este apóstol de Cristo!

Comenzamos el tomo I por el *Dilucidario del verdadero espíritu*. Por él dió comienzo también la edición de 1616. Es una verdadera enciclopedia de la vida interior y una de las principales obras del P. Gracián. Con ocasión de justificar a la M. Teresa el haber escrito libros, después de un interesante prólogo, modelo de elegancia en el escribir, vierte a raudales en los primeros capítulos su erudición subiendo hasta los tiempos más remotos de la antigüedad, con el fin de darnos los nombres de escritoras célebres que ilustraron el mundo con sus obras, así cristianas como de la paganía, para hablar luego de cuán útil y aprobada por sabios varones fué la doctrina de la Reformadora del Carmen. Divide el *Dilucidario* en dos partes. Trata en la primera del espíritu verdadero, y de los estorbos que se le oponen. En la segunda, de las grandes misericordias de que Nuestro Señor usa con algunas almas, y expone de paso su doctrina acerca de la unión del alma con Dios, y de los éxtasis, raptos, visiones y revelaciones, gustos y regalos espirituales y las ilusiones que el alma puede tener en ellos, con los males gravísimos que causan a la verdadera perfección. Es obra que se lee con mucha utilidad. Da en ella doctrina muy sana. Ensalza sobre todo el ejercicio de las virtudes y encomia aquellos criterios fijos y seguros que en materias tan delicadas experimentó en la M. Teresa. La lectura que la obra denuncia es formidable, y con frecuencia se trasluce también lo impuesto que se hallaba en las doctrinas de los Reformadores del Carmelo y el caudal que hacía de sus enseñanzas.

Del *Dilucidario* escribe el P. Gracián en *Peregrinación de Anastasio*: «Este se imprimió en Madrid y después en Bruselas, aunque lo

escribí en Roma con intención de declarar el verdadero trato de la oración y los engaños que hay en falsos espíritus, tomando ocasión de defender la doctrina de la M. Teresa de Jesús». Hemos visto en algunas bibliotecas ejemplares de la primera edición de esta obra, editada en Madrid, año de 1604 (1). Para la presente edición nos hemos valido de la hecha en Bruselas en 1608, bajo la inspección inmediata del autor. Su título: *Dilucidario / del verdadero / espiritv, en que se / manifiesta la verdadera oración, / pureza, luz, charidad y trato / del alma con Dios. / Y se declara la doctrina / de la Madre Theresa de / Jesús y de otros libros espirituales...* Con privilegio. En Bruxellas, en casa de Juan Mommarte. Anno M.DC.VIII. Un volumen de 19 por 14 cms. Las dos partes de que consta el *Dilucidario* llevan paginación propia por hojas. La primera tiene 142, y la segunda 128. Como tantas otras obras impresas del P. Gracián, ostenta ésta el escudo predilecto suyo, que consta de un corazón con una cruz en el centro. Dos pies sostenidos con cadenas, que le recordaban su cautiverio, cuelgan de la parte inferior. Doce estrellas le coronan. En *Peregrinación de Anastasio* da amplias explicaciones de todas las partes de que el escudo se compone.

Mística Teología se titula el siguiente tratado de este tomo, mucho más breve que el anterior, donde dilucida con su habitual claridad y erudición las tres vías clásicas de la perfección cristiana: purgativa, iluminativa y unitiva. Como estudio complementario, publicó a continuación el *Itinerario de los Caminos de Perfección.* Hablando de esta obra se expresa así el P. Gracián: «*Mística Teología,* colegida de San Buenaventura con un *Itinerario* de la perfección, que le añadí para mayor declaración de aquella doctrina. Imprimióse primero en Madrid y después en Bruselas» (2). Dedicó esta obra impresa en Madrid en 1601, a la Condesa del Castellar, doña Beatriz Ramírez de Mendoza. El mismo Padre la reimprimió en Bruselas y le añadió una dedicatoria a las Carmelitas Descalzas de Francia y Flandes. Rotúlase: «*Mystica / Theologia, / collegida de lo qve / escriuio S. Buenauentura del verdadero cami- / no del Cielo, con un Itinerario de la perfe- / cion, que es declaración y recopilación de las tres vias, Purgativa, Illuminativa y Vnitiva...* En Bruxellas, en Casa de Roger Velpio, en la Aguila de oro, cerca de Palacio. Año de 1609». Del mis-

---

1 Diál. XII., pág. 189. Salió en la imprenta de Pérez Madrigal. Lleva en la portada un grabado de la limpia Concepción entre azucenas y otros adornos. Da 140 hojas, sin las Aprobaciones y Tablas que lleva al principio sin paginación.

2 *Peregrinación de Anastasio,* Ib., p. 190.

mo formato que la anterior, con el mismo escudo en la portada y la misma paginación por hojas. La *Mística* cuenta 95, y el *Itinerario* 63. Al frente del segundo puso un grabado en madera, que representa un peregrino. En diversas partes de sus ropas lleva escritas las virtudes. En el pie derecho se lee: *Diligentia*; en el izquierdo: *Pax*. En el bordón: *Intentio recta, sancta, perfecta*. Al margen superior, coronándolo todo: *Vias tuas demonstra mihi*; *et semitas tuas edoce me*. (Psalm. 24) (1).

De lectura muy útil es su tratado de la *Oración mental y de sus partes y condiciones*, materia que desenvuelve con mucha competencia y maestría en trece capítulos. Los tres últimos los dirige a la contemplación, donde vuelve a tratar de éxtasis y visiones y de las cautelas que deben tener con ellos los contemplativos para no ser engañados. En la impresión de esta obra nos hemos valido de la edición de Bruselas, que se publicó en casa de Roger Velpio: *De / la oración / mental / y de svs partes y condiciones*. En cuarto, como las anteriores, y con análoga presentación en todo. El tratado da 92 páginas, mas una hoja de portada y otra de prólogo, sin paginar.

A rectificar muchos errores que en los Países Bajos corrían respecto de la meditación y contemplación y aficionar a los fieles —como buen discípulo de Santa Teresa—, a la meditación de la Humanidad de Cristo, dirigió el P. Gracián su obra titulada *Vida del Alma*, que dedicó al P. Prior de la Cartuja de Bruselas. En el *Prólogo* explica el motivo que tuvo para componer este libro interesantísimo y a la sazón de grande oportunidad. Salió de la imprenta de Juan Momarte (*sic*), «detrás de la Casa de la Villa», en Bruselas, año de 1609. Dióle el título siguiente: *Vida del alma. / Libro que trata de la imitación / de Christo y de / los grandes frvtos / spirituales del qve / vive y obra con amor / de Dios, y de los medios por don- / de esta vida se alcanza...* Un tomo de 19 por 14 cms. y 39 hojas, sin portada y prólogo, que hacen dos. A continuación, en ocho hojas más, publicó su *Apología contra algunos que ponen la summa perfición en la oración unitiva inmediata con anichilación total del alma, con que siembran doctrinas mal sonantes y peligrosas contra la santa fe, católica romana*. Dedica la *Apología* a D. Juan de Quintanadueñas Bretigny, famoso por sus trabajos para la fundación

---

1 Acerca de la *Mística Teología* de San Buenaventura en España, véase el erudito trabajo del sabio franciscano P. Anastasio López: *San Buenaventura en la Bibliografía Española* (Madrid, 1921).

de las Carmelitas en Francia. La edición bruselense ha servido para la actual (1).

Completamos este primer tomo con la obra inédita, que el propio P. Gracián tituló así: *Espíritu y modo de proceder en la oración que ha llevado* (2), *desde el año de 1580 hasta 1590, dividido en diez materias.* Contiene esta obra mucho de autobiografía y lo restante de materia de oración y de otras cosas más o menos relacionadas con ella. En el capítulo VIII habla de la devoción al Santísimo Sacramento, y en el siguiente a la Stma. Virgen, devociones muy regaladas ambas para el P. Jerónimo desde la infancia. Hállase este escrito en un cuaderno de folio menor, forrado de raso encarnado, que guardan las Carmelitas Descalzas de Consuegra, con otras muchas cosas del venerable Padre. Consta de 75 hojas, pero le faltan los capítulos III y IV, que no hemos podido suplir con ningún otro manuscrito. Todo él es de letra del P. Gracián. Las iniciales de párrafo están escritas en letra encarnada. La copia está hecha con mucho primor y limpieza, cualidades no desusadas en su autor (3).

En los demás volúmenes daremos breve cuenta de los escritos que contengan.

Para todos hemos procurado ediciones dirigidas por el P. Gracián, cuando existen y las hemos podido haber a las manos, o manuscritos de su letra. Fiado en su memoria, fué el P. Gracián muy

---

1 El mismo P. Gracián.

2 A la *Vida del Alma* puso un capuchino algunos reparos, con aquel espíritu nimiamente sutil y celoso con que muchos tropezaron hasta con notables herejías en los más célebres teólogos de la Iglesia. El P. Gracián le contestó en una carta muy moderada, que aún se conserva. La censura española tan rígida entonces en las cosas de fe y costumbres, nada halló en la edición de 1616 que condenar en esta obra, ni lo halló tampoco la Inquisición en los dos expurgos que hizo de ellas, así como de otras de parecido argumento. Dos ejemplares poseyó de la citada edición de 1616 expulgados, uno por Fr. Jerónimo Frígola, (2 de enero de 1641), y otro por Fr. Martín Nieto, en virtud del edicto del Santo Tribunal de 26 de junio de 1777 y otro de 1 de noviembre de 1787. Los reparos del P. Capuchino, así como la mencionada carta del P. Gracián se guardan en el Archivo de los Padres Capuchinos de Iseghem (Bélgica). Debo de ellos una copia a los padres Anastasio de San Pablo y Antonio de Jesús. En el mismo convento existe otro trabajo con el título de: "Apologie generale de la vie spirituelle touchant l' Union de l' esprit avec Dieu par divers corrections faites a un certain F. Hierôme Gracian, espagnol, hernomé de la madre de Dios, carmelitain, sor disant docteur en Tèologie." El tono despectivo con que trata al P. Gracián dice ya mucho del valor de este escrito, que consta de 52 páginas que comprende diecinueve correcciones.

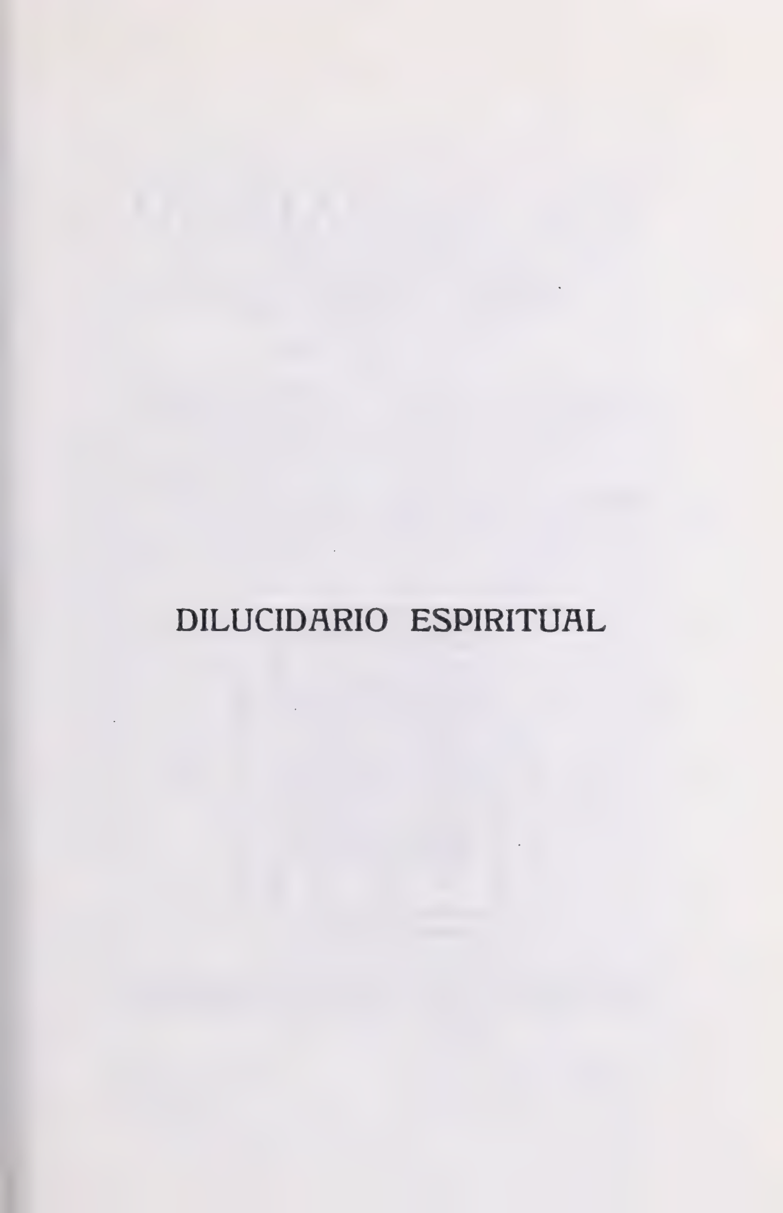
3 Nuestras religiosas de Consuegra nos han dado para su impresión todo género de facilidades, que agradecemos. ¿Cómo no, si fué éste el convento predilecto del P. Gracián, aun después que murió su santa hermana María de San José?

descuidado en citas. Muchas de ellas no corresponden a los lugares a que se hace referencia. Se han rectificado cuantas ha sido posible. A veces sus remisiones son tan imprecisas, que no se ha logrado el intento. Es fácil que las circunstancias anómalas en que esta edición se está haciendo, por la presente situación de España, nos obligue a dar más explicaciones en otros volúmenes. En atención a los lectores a quienes principalmente se ordena este trabajo, modernizamos la ortografía.

Publicamos un interesante retrato del P. Gracián desconocido hasta el presente, que se guarda en las Descalzas de Sevilla, hecho al año siguiente de morir la Santa, por el pintor hispalense Cristóbal Gómez. Contaba a la sazón el Padre Gracián treinta y ocho años. El confesor de la insigne Reformadora hállase aquí en toda la plenitud de sus energías, calvo—así era *mi Eliseo*—, bien proporcionado de cuerpo, simpático y bondadoso. En la mano izquierda sostiene un libro; con el índice de la derecha, un poco elevada y la manga del hábito un tanto caída, apunta a la Santísima Virgen, que aparece en lo superior del cuadro en un rompiente de gloria. La flámula que arranca de los labios del P. Gracián lleva la leyenda: *Accessi ad Prophetisam*. La indumentaria del P. Jerónimo es la usual en la Reforma. El cuadro, de tamaño superior al natural (2,44 por 1,24 mtrs.), está bien ejecutado y nos presenta al verdadero primer Provincial de la Reforma teresiana. Mi contento es grande al ofrecer este obsequio a sus admiradores y devotos.

Fr. Silverio de Santa Teresa, O. C. D.

Festividad de nuestra M. Santa Teresa, 15 de octubre de 1932.



DILUCIDARIO ESPIRITUAL

DILVCIDARIO DEL VERDADERO SPIRITV; EN QVE SE manifiesta la verdadera oracion, Pureza, luz, Charidad, y trato del alma con Dios.

Y SE DECLARA LA DOCTRINA DE LA MADRE THERESA DE Iesus, y de otros libros Spirituales.

Compuesto por el Padre Maestro Fray GERONIMO GRACIAN *de la Madre de Dios, de la orden de nuestra Señora del Carmen.*

PRIMERA PARTE.

Bonum mihi quia humiliasti me, vt discam iustificationes tuas. Psalm. 118.

16 08.

CON PREVILEGIO.
En Bruxellas, En casa de Iuan Mommarte.
Año M. DC. VIII.

DILUCIDARIO DEL VERDADERO ESPIRITU

PROLOGO

Dice Nuestro Señor Jesucristo, benigno lector, que el reino de los cielos es semejante al mercader que trata en perlas, y cuando halla una preciosa, vende todo su caudal y la compra (1). Y las prudentes vírgines aconsejan ir por aceite a los mercaderes que le compran y venden (2). No hay cosa más parecida al verdadero espíritu, de que se trata en este libro, que el aceite y la perla. Porque el aceite sube y nada sobre todos los licores, cunde y penetra donde es derramado; sana, ablanda, purifica y acicala; arde y sustenta la luz. La perla es una que se llama en latín *unio*, y es preciosa cuando es fina; y, según se colige de S. Isidoro (3), Plinio (4), Solino (5) y Dioscórides (6), nace del rocío, cuando abriéndose por la mañana el nácar, le recibe, y cerrándose, le guarda y congela con su calor, hasta que viene a hacerse perla de la color del cielo, de donde el rocío bajó. El verdadero espíritu sube y se levanta sobre todos los licores de los buenos deseos; cunde y penetra con paz, quietud y silencio inefable todo el corazón en quien es derramado; sana el alma, ablanda la condición por áspera que sea; acicala lo interior, purifica la conciencia, enciende el fuego de la caridad, sustenta la luz del desengaño, hace unión con Cristo, es la más preciosa joya de las virtudes; y engéndrase del rocío de las divinas inspiraciones, cuando abriéndose el corazón por la mañana con los deseos que nacen de la oración, las recibe, y después con el recogimiento y fervor las conserva y pone por obra; de donde resulta la perla de verdadero espíritu, que vale todo cuanto el alma posee.

Sujeto de este libro.

El mercader abre tienda para todos, alaba sus mercancías, da noticia de lo que vende colgando una tabla a la puerta de su tienda, pide precio por ello y a quien no quiere nada, ruega se la desembarace y no le desacredite; y con mil bendiciones da lo que tiene para vender al que algo le quiere comprar. Quien imprime y saca a luz un libro, abre tienda para todos. *Graecis, ac barbaris, sapientibus, et insipientibus* (7). No cierra puerta a sabios ni a ignorantes, a dis-

---

1 Matth., XIII, 45-46.
2 Matth., XXV, 9.
3 ML. 82, 575.
4 Plin., lib. IX, cap. XXXV.
5 Solin. de Insula Trapobana.
6 Dioscor. de Margarit., Cant. I.
7 Ad Rom., I, 14.

cretos ni a prudentes, espirituales o los que no lo son, émulos o amigos, benévolos o maldicientes; todos pueden leer, juzgar y hablar del libro impreso, a nadie se cierran los ojos, detiene el juicio ni tapa la boca para que no juzguen y digan como les pareciere, que harto trabajo es haber de andar en lenguas de corredores; pero licencia tengo, pues me llaman mercader y he abierto tienda de loar mi doctrina. Lo mejor que de ella puedo decir, que quizá alguno calumniaría, es, que *mea doctrina non est mea* (1): no es mía, sino de la Sagrada Escritura, Santos y graves Doctores, como leerás citado en las márgenes. *Homo de se non habet*, dice el Concilio Arausicano, *nisi peccatum et mendatium* (2): No tengo otra cosa de mi cosecha sino pecado y mentira; ni es necesario, que el que vende aceite, tenga olivares propios. Y si alguna luz se da en este Dilucidario para declarar lo que otros escribieron, agradécela al «Padre de las lumbres, de donde viene todo bien y dádiva perfecta» (3). De una cosa puedes estar muy cierto, amigo lector, que te vendo mercaduría y doctrina segura; pues ha pasado por las aduanas del Consejo Real de Castilla, Aragón y Flandes; y la han registrado y examinado mis Prelados y los Padres de la Compañía de Jesús, a quien el Consejo Real de Castilla le remitió; que en negocios de juzgar cuál sea espíritu verdadero, tienen muy buen voto; y en lo que se escribió en Roma puso los ojos el maestro del Sacro Palacio y otros graves letrados. No me desprecies por verme vejado, perseguido y cautivo, que antes puedo decir: *haec scribo ego vinctus,* ya sabes que dice Isaías: *Vexatutio dat intellectum* (4). Lee el libro, entra en la tienda y verás lo que contiene; y si no te quieres cansar tanto, ahí hallarás colgada una tabla de lo que en él se trata. Si te contenta algo, no quiero otro precio sino lo que me movió y tuve por fin de escribir este libro; que es la mayor honra y gloria de Dios y provecho de tu alma; y si no quieres comprar, vete con Dios, desembaraza la tienda, no digas mal de la doctrina, que no me menospreciarás a mí, sino a cuya es, a quien la aprobó y consintió imprimir; y si por tu boca quedare yo juzgado por ignorante, por la misma te condenas tú por calumniador y maldiciente. Al que le leyere y de él se aprovechare, la bendición de Dios sea con su alma, que desde ahora me obligo de encomendarle al Señor.

Aprobación de la doctrina.

---

1 Joan, VII, 16.
2 Con. Araus., c. 22.
3 Jacob., I, 17.
4 Isai., XXVIII, 19.

PRIMERA PARTE

De la excelencia, aprobación, certidumbre, estilo y provecho de la doctrina que contienen los libros de la Madre Teresa de Jesús, y del espíritu verdadero y sus partes.

PROLOGO DE ESTA PRIMERA PARTE

Cuánto importan libros buenos.

Filón (1), declarando las palabras del *Exodo*, en que mandaba Dios cortar todos los árboles que no diesen fruto y plantar buenos frutales en la tierra de Promisión, declara ser los árboles los libros; y, a la verdad, según San Clemente papa (2), nuestro entendimiento es como la tierra, que por más fértil, bien labrada y regada que sea, si los árboles que en ella se plantan no son buenos, nunca darán buen fruto: que por más ingenio, estudio y luz que uno tenga, si los libros que leyere no fueren provechosos, no se aprovechará: *Y el mal árbol,* dice el Señor, *no puede dar buen fruto, ni el bueno malo* (3). Ningún provecho mejor puede tener nuestra alma que el conocimiento y amor de Dios; pues, como dijo San Juan, *esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, Dios vivo, y a Jesucristo, a quien tú enviaste* (4); y el fin de todo lo que está escrito, *y de todos los preceptos,* como dice San Pablo, *es la caridad* (5). De aquí es que los libros que, descubriendo el camino de oración, nos guían a mayor conocimiento y amor de Dios, como hacen los de la madre Teresa de Jesús y otros libros espirituales, se han de tener en mucha estima y leer con mucho cuidado.

Pero, porque puede ser que tenga alguno escrúpulo que por ser mujer la madre Teresa que los escribió, no sea doctrina tan alta como si fuera de un gran letrado, y porque declara algunos raros y extraordinarios efectos de oración como raptos y revelaciones, etc., no sea tan segura, si no se examina y aprueba con mucho cuidado, y por no haber ella estudiado en escuelas no sea tan cierta, y no llevando estilo según las reglas de retórica, no sea tan apacible, y tra-

1 Philo. lib. de agricul.
2 MG. 1, 1347.
3 Matth., VII, 18.
4 Joan., XVII, 3.
5 I. ad Timoth., I, 5.

tando de cosas particulares de su oración, no sea tan provechosa; para quitar este escrúpulo me pareció al principio de este libro, antes que comience a tratar qué sea verdadero espíritu, decir que muchas mujeres han tenido luz, así natural como sobrenatural, para escribir y enseñar altísimas doctrinas, y que ésta de estos libros ha sido muy examinada y aprobada, y que de más de las ciencias oídas de maestros, leídas en libros y estudiadas con propio ingenio, hay sabiduría inspirada y revelada en la oración, y que el estilo llano y sin retóricas es más claro y apacible, y que estos libros y doctrina han hecho y pueden hacer gran fruto en las almas; y que puede decirse ser doctrina inspirada de Dios, y que la llaneza y modo de hablar da a entender no ser artificio ni fingimiento, y pues tantos y tan graves varones los han aprobado, no hay para que nadie dude en los leer.

CAPITULO PRIMERO

EN QUE SE PRUEBA HABER HABIDO MUJERES SAPIENTISIMAS EN FILOSOFIA Y SER PERMITIDO QUE ESCRIBAN LIBROS.

Si es bien que las mujeres escriban libros.

Dicen algunos que la doctrina alta y de espíritu, no se había de escribir por mujeres, o si la escribiesen, no es bien que salga a público y se impriman sus libros; porque las mujeres no tienen tanto talento, ingenio y sabiduría que puedan leer y enseñar. *Callen las mujeres en la Iglesia,* dice el Apóstol (1).

Esto cuenta Teodorico en la III p. de la Vida de Santa Hildegardis.

Este punto se disputó muy de propósito delante del papa Eugenio III, hallándose en Tréveris en un Concilio, por ocasión que santa Hildegardis, que floreció en los años de mil y ciento, desde que fué niña de tierna edad, tuvo muchas visiones y revelaciones, en que la enseñaron la declaración de los Profetas y Evangelios, y doctrinas de filosofía y teología muy alta, mandándole interiormente en el espíritu que las escribiese y comunicase para provecho de las almas, con amenaza que si no lo hiciese, la castigarían muy bien, como sucedió; porque deteniéndose de escribir con título de humildad, le dió una muy extraordinaria dolencia, que la llegó al cabo de la vida: y viéndose tan apretada, se determinó de escribir, si sus superiores le diesen licencia, y al mismo punto que esto propuso quedó sana. Con este suceso su confesor y prelado la mandaron que escribiese, y mostrando en secreto los papeles al Arzobispo de Maguncia, él los comunicó con el papa Eugenio III, que mandó traer ante sí todos aquellos escritos, remitiendo a Cardenales y a San Bernardo, que se halló presente, que los viesen y examinasen, y de parecer de todos se mandaron publicar.

---

1 I ad Cor., XIV, 34.—Mulieres in Ecclesia taceant.

La misma disputa hubo sobre la doctrina de Santa Brígida, en presencia de los papas Gregorio II, Urbano VI y Bonifacio IX; y habiendo sido muy examinados los libros de sus revelaciones por el cardenal Torquemada y otros Cardenales, y por el arzobispo de Génova, Alfonso, y por el arzobispo Ursalense, y Pedro, prior de Albastro, y Pedro Olano, y Matías de Suecia, gravísimos maestros en Teología, que la habían confesado, y por otros muchos letrados se mandaron publicar. Y como refiere el papa Pío II en la Bula de la canonización de la gloriosa Santa Catalina de Sena (1), habiendo tenido su doctrina muchos contrarios, por ser de mujer, especialmente los doctores, fray Gabriel de Volterra, de la Orden de San Francisco, y a Fr. Juan Tertio de Sena, de la Orden de San Agustín, y a fray Lazarino de Pisa, también franciscano, y a muchos cardenales y prelados, y otros letrados, que por burla llamaban caterinos a los que la leían; después de haber sido vista, examinada y oída la misma Santa, no solamente los Papas dieron licencia que se publicasen e imprimiesen sus libros, sino que lo que nunca se ha visto, el papa Urbano VI la mandó predicar en su presencia y de todos los cardenales, para que persuadiese la paz de la Iglesia; y fué enviada por embajatriz del papa Gregorio II a Florencia, y el papa Urbano la enviaba a Nápoles con mensaje a la reina Juana, fiando de ella los negocios más graves que entonces había en la Iglesia Católica. Dejo aparte las aprobaciones de otras muchas Santas que han escrito, y lo que en ellas ha pasado, que habría mucho que decir.

Esto se colige del prólogo lib. revel. S. Brig.

Sta. Catalina de Sena.

Porque el alma del hombre y la de la mujer no difieren en otra cosa más que en estar encarceladas en prisiones de diversas hechuras, pues no es otra cosa el cuerpo, sino cárcel y castillo, donde el alma está encerrada, y todas son de naturaleza inmaterial, divina y del cielo, *y poco menores que los ángeles* (2), entre los cuales no hay diferencia de sexo; y si por causa del cuerpo, con cuyos órganos e instrumentos las almas ejercitan sus operaciones, en los hombres se hallan virtudes muy diferentes que en las mujeres, porque ordinariamente son dotados de mayor fortaleza, firmeza, magnanimidad y sabiduría; y, en las mujeres suele resplandecer más la blandura, compasión, piedad y devoción (pues que la Iglesia ruega *pro devoto foemineo sexu*), algunas veces se han visto y ven cada día mujeres muy varoniles y sabias, como también hombres afeminados e ignorantes.

No quiero tratar aquí de las muchas que se escriben haber sido muy valerosas, magnánimas, fuertes y constantes: porque sólo voy hablando de las sabias, que en doctrina y sabiduría son innumerables las que podría contar, así en tiempos pasados, como en los presentes. Sapientísima fué Diótima, a quien llamaron maestra de Sócrates, el cual Sócrates también oyó muchas lecciones de Aspasia, que leía filosofía en Atenas. De Dama, hija de Pitágoras, refiere Diógenes Laercio que sola ella acertó a declarar en escuelas la intrincada filosofía de su padre; como también leyó Areta, hija de Aristipo, la altísima filosofía

Mujeres filósofas: Diótima, Aspasia, Dama, Areta, Lastemia, Manti-

1 Pius II, in Bulla Canonizat.
2 Ps. VIII, 6.—Minuisti eum paulo minus ab Angelis.

mia, Agiotea, Filasgia, Tarsalia, Hiparcha, Teano, Perialia, Atirtia, Craco, Simaca, Santa Catalina, mártir.

de Sócrates. Lastemia, Mantimia, Agiotea y Filasgia, doctísimas filósofas, que fueron discípulas de Platón, leían y enseñaban en la academia la filosofía platónica.

¿Qué diré de los libros que escribieron Tarsalia, Hiparchia y Teano, natural que fué de Creta, sobre la filosofía y metafísica, que admira su doctrina a quien la leyere? Y las sapientísimas princesas Perialia, hija de Cedaso, rey de los espartanos, sacerdotisa mayor de Delfos, y Atirtia, hija de Sisostes, rey de Egipto, de quien habla Diodoro; y Craco, hija del rey Libisa de Bohemia, de quien escribe Volatarrano y Simachia, a quien encarecen Celio y Nicolao Leoncico, que con ser princesas nobilísimas, no fueron menos doctas que las que he contado, juntamente con santa Catalina mártir, hija del rey Costi de Alejandría, que con admirables razones y autoridades convenció públicamente cincuenta de los mayores sabios del mundo, en presencia del tirano Majencio. No me quiero detener en contar de Marpesia, Safo, Demo, Brigo, Fénix, Carmenta, Manto, Fitia, Femone, Deifobe, Marcia y otras, que por su raro ingenio y altísima sabiduría se llamaron hadas. Admira la rara habilidad de la Emperatriz Eudoxia, que escribió en verso griego toda la vida de Cristo, tomando de los versos de Homero que hacían más a su propósito: así como Proba Falconia, mujer de Adelfio, senador romano, recopiló de Virgilio en verso la creación y redención del mundo, y de las de nuestros tiempos que nunca acabaría si quisiese contar todas las que ha habido, adornadas de toda suerte de letras dotadas de grandes ingenios y raras habilidades.

Las Hadas.

Eudosia.

Proba Falconia.

CAPITULO II

EN QUE SE DA LA RAZON DE LA SABIDURIA INFUSA DE LAS MUJERES. TRATASE DE LAS SIBILAS Y DE LAS CRISTIANAS QUE HAN ESCRITO EN MATERIA DE ESPIRITU.

Esto que he dicho, es hablando de la sabiduría y doctrina alcanzada por las fuerzas naturales del ingenio y luz del propio entendimiento, que si queremos tratar de la sabiduría que Dios sin medios humanos infunde, y de los altísimos conceptos que con la luz sobrenatural se alcanzan, ¿qué razón hay para que no la pueda Dios comunicar tanto a las almas de las mujeres, como a las de los hombres? *El espíritu donde quiere inspira* (1), dice el Señor. Y cuando dice por Oseas a su esposa: *Llevaréle a la soledad, y hablaré al corazón* (2). O cuando dice San Juan: *La unción os enseñará toda verdad* (3); y por David: *Llegaos a él, y recibiréis luz* (4), pregunto yo: ¿Qué Doctor sagrado ni escolástico hay que declare que estas hablas de Dios al

1 Joan., III, 8.—Spiritus ubi vult spirat.
2 Ose, II, 14.—Ducam eam ad solitudinem et loquar ad cor ejus.
3 I Joan., II, 27.—Unctio docebit vos omnem veritatem.
4 Ps. XXXIII, 6.—Accedite ad eum, et illuminamini.

corazón y estas verdades dadas en espiritu, y esta luz de que participan los que se llegan a Dios, sean de solos los hombres, y queden excluídas las almas de las mujeres, si con afecto, caridad, devoción, y pureza de alma, más continuamente tratan con el Padre de la luz, *donde viene todo bien y se deriva cualquier don perfecto* (1), ora sean dones de voluntad, ora sean de entendimiento? Porque, así como en la otra vida donde se ve a Dios *facie ad faciem* (2), aquel alma que tuviere mayor lumbre de gloria por haber tenido en esta mayor caridad, mejor entenderá la esencia divina, y en ella percibirá mayores misterios, siquiera sea hombre, siquiera mujer, así en esta vida presente puede Dios, que no está atado a las reglas de la naturaleza, comunicar mayor luz sobrenatural a quien con mayor amor y pureza a él se llegare; y con esta mayor luz, dársele más a entender y representarle mayores secretos en el espejo enigmático, que es el modo como ahora le podemos conocer.

La luz sobrenatural es como la luz del sol, la natural como de candela.

Porque la luz sobrenatural, que es semejante a la luz del sol, no se mide con la grandeza o bajeza de nuestra natural virtud, ingenio y fuerzas naturales: que son como la cera y pábilo con que se sustenta la luz natural, comparada a la candela o antorcha, sino con la voluntad divina, que sobrenaturalmente la comunica. Entre todos los filósofos antiguos, con ser tan sabios, ninguno hubo a quien Dios comunicase tan altos secretos de su Hijo Cristo Jesús, como a las sibilas, llamadas Cumea, Almtea, Perfica, Elespontica, Libica, Samia, Delfica, Frigia, Tiburtina, Albumea y Eritrea: de las cuales escriben grandes cosas Clemente Alejandrino, que dice que el apóstol San Pablo mandaba se leyesen sus libros con mucha atención, y San Clemente papa, Justino filósofo, mártir, San Jerónimo, Eusebio, San Agustín, Lactancio Firmiano y otros muchos autores (3). Y lo que me admira es, que con ser los romanos antiguos tan hijos de la prudencia humana de este siglo, estimaron en tanto los oráculos de las sibilas, como se ve en la gran suma de dineros que Tarquinio Prisco dió a la sibila Eritrea por uno de sus tres libros, habiendo ella quemado los dos, porque no le daba el excesivo precio que demandaba por todos.

Sibilas.

MUJERES CRISTIANAS QUE HAN ESCRITO EN MATERIA DE ESPIRITU

Pues si a sibilas, mujeres gentiles, comunicó Dios con luz sobrenatural, tan altos y soberanos conceptos de Cristo Jesús, ¿por qué no comunicará el mismo Cristo Jesús, y su eterno Padre y el Espíritu Santo, soberanas doctrinas de espíritu y gracia para declararlas a las mujeres cristianas, que con fervor de *espíritu, y bálsamo y unturas de devoción se levantan antes de amanecer* (4), y perseveran mucho

---

1 Jacob., I, 17.—Omne datum optimum, et omne donum perfectum de sursum est, descendens a Patre luminum.

2 I ad Cor., XIII, 12.—Videmus nunc per speculum in anigmate.

3 MG. 8, 775; MG. 6, 310; MG. 20, 1286. 1287; ML. 41, 579-581; ML. 6, 506 507.

4 Marc., XVI, 1-2.

tiempo en la oración mental, buscando a su Esposo, para ungirle con sus deseos, *y lavarle los pies con tiernas y piadosas lágrimas de devoción*? (1). Cuánto pudiera yo ahora decir de la altísima doctrina de Sta. Macrina, hermana de San Basilio, de las reglas y admirables constituciones que daba a sus monjas Santa Melania, de la felicísima memoria de Santa Febronia, que sabía de coro el Salterio en tres lenguas, y declaraba la Sagrada Escritura en Tebas, leyendo lección de ella en los domingos y fiestas de la tarde, a las cristianas que a su monasterio acudían; y de lo mucho que supo Marcela, matrona romana, que fué maestra de las vírgenes, Asela y Eustochio. Si por abreviar no lo dejara, pregunto: ¿Qué daño han hecho en la Iglesia de Dios los libros de santa Catalina de Sena, de santa Angela de Fulgino, Sta. Brígida, Sta. Metildes, Sta. Isabel Escomagense y otras muchas; y en nuestros tiempos los tres libros de unión que escribió doña Bautista Bernachia, genovesa, y los libros de Angela Noguerola, veneciana; y de Angélica Antonia Paula de Nigris, milanesa, y de otras a quien los Papas y Concilios han dado licencia para que puedan salir a luz? Pocos días ha se imprimió en Nápoles un libro de la señora Isabel Campeche, gentil dona, y Patricia napolitana, del sexo de Gnido, que siendo casada, y murió de edad de ventiun años, compuso unas meditaciones sobre la pasión de Cristo y sobre la Concepción de Nuestra Señora, con tanta doctrina y espíritu, que después de su muerte mandó el Arzobispo de Nápoles se imprimiesen para provecho de todos, que me holgué harto de las leer. Muchas cosas dice acerca de comunicar Dios altísimos conceptos a mujeres, que se dan a la oración. La gloriosa santa Hildegardis que nombré al principio, en muchas partes de sus libros y en las epístolas que escribe a los papas Eugenio III, Anastasio IV, Adriano IV y Alejandro III, les da a entender que no se ha de despreciar la doctrina que Dios comunica al alma, aunque sea de mujer; y en la epístola que escribe a San Bernardo, toca algo de lo mucho que ella alcanzó, y entre otras muchas dice estas palabras: «Descúbreseme en el texto de la Biblia la interior declaración del Salterio y Evangelios y de algunos otros libros que se me declaran en esta visión, que toca y abrasa mis entrañas y alma, como llama de fuego, enseñadome misterios profundos de las divinas letras, etc.» (2). En este lugar y otros muchos dice con más particularidades, que estando ella un día en oración, le puso el Señor delante del entendimiento toda la Sagrada Escritura, y la exposición de ella, tan clara como la luz del sol; y así se ve ser doctrina dada de Dios en unas cuestiones que hace sobre el *Génesis*, y casi en todo lo que escribe; porqué lleva estilo tan alto, tan grave y profundo, que, después de San Dionisio Areopagita, no he leído doctor que con tanta atención y estudio sea necesario leerse para alcanzar sus conceptos.

Mujeres cristianas St. Macrina, Sta. Melania, Sta. Febronia.

Marcela.

1 Luc., VII, 38.

2 ML. 197, 188: "Scio in textu interiorem intelligentiam expositionis Psalterii, Evangelii, et aliorum voluminum, quae monstrantur mihi in hac visione, quae pectus meum tangit, et animam sicut flamma comburit, docens me haec profunda mysteria expositionis, etc."

Y según esto no es maravilla, que la Madre Teresa de Jesús, que tanto tiempo comunicó y trató de oración, aunque mujer, alcanzase tan altos y soberanos conceptos como se leen en sus libros. Y que pues se ha dado licencia a las que he nombrado y a otras muchas para sacarlos a luz, se dé para imprimirse. Que es muy bien que callen en la Iglesia (1) y que no prediquen en púlpitos, ni ejerciten actos de jueces, como hacen los hombres, sino que se estén recogidas y encerradas en sus monasterios, como estaba la Virgen después que Cristo subió al cielo, aunque tenía ciencia, gracia y palabras para poder predicar y hacer más fruto que los apóstoles; pero estándose en aquel su recogimiento, dice Ruperto (2), que era maestra de maestros y enseñó a los Apóstoles altísimos secretos, como declaran S. Bernardo (3), Eusebio Emiseno (4) y otros santos, y de su boca supo S. Lucas el Evangelio, como refiere el humilde Idiota (5), y por esa causa la dejó Dios en la tierra algún tiempo, para que viniesen a consolarse y aprender de ella los apóstoles y sus discípulos, como vino San Dionisio Areopagita desde Atenas. Y así concluyó con decir, que cuando Dios da luz a alguna mujer, y sus confesores y prelados, que están en lugar del mismo Dios, la mandan que lo escriba para provecho de almas, no va contra lo que dice el Apóstol: *Mulieres in Ecclesia taceant* (6).

Cuánto supo y enseñó la Virgen.

Callen las mujeres en la Iglesia.

CAPITULO III

QUE LOS LIBROS, DOCTRINA Y ESPIRITU DE LA MADRE TERESA DE JESUS HAN SIDO VISTOS Y APROBADOS POR MUCHOS VARONES DOCTISIMOS Y GRAVISIMOS.

Parecerále a alguno, que no ha sido bien que estos libros de la madre Teresa se impriman y esta doctrina se publique, sin ser primero muy bien examinada y aprobada; porque tratando de revelaciones, éxtasis, raptos y oración de unión, que son materias extraordinarias, si no se examinan muy bien, pueden ser ocasión de algunas ilusiones y engaños. Miran en Roma el maestro del Sacro Palacio y a quien Su Santidad comete el examen de los libros que se imprimen, con tanto cuidado y con tantas letras, diligencia y rigor la doctrina que en ellos se contiene, que después de haberlos ellos aprobado, es de creer que no tienen cosa de peligro; y pues que se han impreso en Roma en lengua italiana, no hay en ellos qué tropezar. Pero para quitar de todo punto el escrúpulo a los que los leyeren y parecerme que estoy obligado a ello, quiero referir lo que sé acerca del examen y aprobación de estos libros, y de toda la doctrina y espíritu de la madre Teresa, como testigo de vista.

Cuan examinada ha sido esta doctrina de la madre Teresa de Jesús.

Ordenó el Señor, que esta su sierva fuese muy humilde, muy

1 Et mulieres in Ecclesia taceant.
2 ML. 168, 850, 1340.
3 Bernar., hom. IV, in Cant.
4 Euseb. Emis. in fest. Assump.
5 Idiota in revelat. B. Virginis.
6 I ad Cor., XIV, 34.

temerosa y desconfiada de sí misma y de su ingenio, más que cuantas he conocido. Permitio asimismo, que tuviese estas impresiones y cosas extraordinarias de espíritu, de que trata en estos libros, y las escribiese a tiempo que en España había engaños entre mujeres ilusas, de suerte que ninguna mujer que hablase en semejantes materias, dejaba de ser perseguida, dándole en cara con las que salieron al auto de la Inquisición, cuando lo de Cazalla. Fué demás de esto su Divina Majestad servido, que a los principios se confesase con confesores los más temerosos y detenidos en creer cosas sobrenaturales que yo he conocido. De aquí nació, que ni la Madre ni sus confesores se aseguraban de las cosas de su espíritu, y andaban buscando cuantos letrados podían, para que las examinasen, con temor y deseo de no ser engañada. Y así primero buscó varones de mucho espíritu y oración, con quien comunicó esta doctrina, entre otros fué el padre fray Pedro de Alcántara, fundador de los frailes franciscos descalzos de España, y el maestro Daza y otros muy espirituales. Y no se contentando con esto, pareciéndole que eran menester para entender estas cosas muchas letras y entereza juntamente con el espíritu, buscó hombres gravísimos de la Compañía de Jesús, a quien dió parte de todo su modo de proceder; y entre otros fueron el padre Francisco de Borja, que después fué General de la Compañía; y el padre Araoz, comisario de la misma Compañía; y el padre Gil González, provincial, uno de los cuatro señalados para los negocios de su Orden; y el padre Baltasar Alvarez, siendo rector de Salamanca, que después fué provincial y la confesó seis años; el padre Juan Suárez, provincial de Castilla, el padre Santander, rector de Segovia, el padre Ripalda, rector de Burgos, el padre Gutiérrez, rector de Salamanca, el padre Rodrigo Alvarez, que en Sevilla examinaba todos los casos de espíritu. Estos Padres fueron en su tiempo de los más aventajados en espíritu y letras que había en la Compañía de Jesús en España, y ella procuraba con mucha diligencia en sabiendo que venía alguno de los que tenían nombre a los pueblos donde ella estaba, a comunicarle y darle noticia de su modo de proceder.

Varones espirituales que examinaron estos libros.

Buscó religiosos de Santo Domingo, de quien se informó ser de los más aventajados en letras, y especialmente a los que entendió la murmuraban por las novedades de espíritu que de ella se decían. Y así dió parte de su alma y de todo su interior a los padres fray Felipe de Meneses, rector del Colegio de San Gregorio, de Valladolid, al padre Lunar, prior de Santo Tomás de Avila, al padre fray Diego de Yanguas, lector de teología de Valladolid, al presentado fray Diego Suárez, que también fué rector del Colegio de Valladolid, al padre Chaves, que fué confesor del Rey, al padre Salinas, que fué provincial de su Orden; al padre fray Domingo Bañes, catedrático de Prima de Salamanca, y al padre fray Bartolomé de Medina, también catedrático de Prima de la misma Universidad; con el cual le acaeció una cosa digna de considerar, y fué, que sabiendo que este Padre estaba muy mal con ella sobre estas cosas, le envió a llamar, y puesta a sus pies, le conjuró de parte de Dios, que con todo el rigor de sus letras examinase lo que ella diría. Con-

Letrados de la Orden de Sto. Domingo.

fesóse generalmente con él, y dióle cuenta de su espíritu y habiéndola oído y estudiado muy bien estos casos, aprobó toda esta doctrina y la confesó mucho tiempo. Y no contenta con esto dió también parte a otros seglares, doctores de teología, muy grandes letrados, como al doctor Velázquez, que fué obispo de Osma, el doctor Castro, canónigo de Toledo, que después fué obispo de Lugo y de Segovia, y al doctor Manso, obispo de Calahorra. Y no se satisfaciendo con el examen y aprobación de varones graves, doctos y espirituales, porque le parecían que eran negocios del Santo Oficio, procuró consultores de la Inquisición que la examinasen y viesen su modo de proceder. Y así buscó al padre doctor Pablo Hernández, de la Compañía de Jesús, consultor del Santo Oficio en Toledo, y al padre maestro fray Vicente Barrón, de la Orden de Santo Domingo, también consultor del Santo Oficio. Estos dos la examinaron muy despacio y aprobaron su espíritu y doctrina. Pero todavía deseando satisfacerse de todo punto en este caso, fuese al inquisidor don Francisco Soto de Salazar, que después fué obispo de Salamanca, diciéndole: Señor, yo tengo algunas maneras de proceder en el espíritu extraordinarias, como éxtasis, raptos y revelaciones, y no querría ser ilusa y engañada del demonio, ni admitir cosa que no sea muy segura; yo me pongo en las manos del Santo Oficio, para que me examine y vea mi modo de proceder, sujetándome en todo a lo que me mandaren. El Inquisidor la respondió: Señora, la Inquisición no se mete en examinar espíritus ni modos de proceder de la oración en las personas que la siguen, sino en castigar herejes. Vuestra merced escriba todas estas cosas que le pasan en su interior con toda llaneza y verdad, y envíeselas al padre maestro Avila, que es hombre de mucho espíritu y letras, y muy entendido en estos negocios de oración, y con la respuesta que él diere, asegúrese que no tiene que temer. Ella por este mandado del inquisidor y de otros confesores que la habían mandado lo mismo, y por ruego de muchos amigos suyos, escribió toda la relación de su vida que es ésta de que trata su libro, y envióla, lo primero al padre Francisco Salcedo, confesor suyo, y de allí al maestro Avila, autor del libro llamado *Audi filia*. El maestro Avila respondió después de haberle leído, una carta, que yo tengo original en mi poder, en que aprueba y declara esta doctrina: la cual por parecerme que hacía al caso y que declara cosas de esta materia de espíritu, la quiero trasladar aquí de *verbo ad verbum*, que es la que se sigue.

Doctores seglares.

Consultores del Santo Oficio.

CAPITULO IV

EN QUE PONE UNA CARTA DEL MAESTRO AVILA A LA MADRE TERESA DE JESUS, EN LA CUAL SE DA LUZ DE MUCHAS COSAS DE ESPIRITU Y SE TRATA DE COMO SU DOCTRINA FUE EXAMINADA EN LA INQUISICION Y APROBADA POR EL PAPA SIXTO V.

»La gracia y paz de Jesús sea con vuestra merced siempre. Cuando acepté el libro que se me envió, no fué tanto por pensar que yo era suficiente para juzgar las cosas de él, como por pensar que podría con el favor de Nuestro Señor, aprovecharme algo con la doctrina de él; y gracias a Cristo, que aunque lo he visto, no con el respeto que era menester, heme consolado y podría sacar edificación, si por mí no queda; y aunque harto me consolara con esta parte, sin tocar en lo demás, no me parece que el respeto que debo al negocio y a quien me lo encomienda, me da licencia para dejar de decir algo de lo que siento, a lo menos en general.

El libro no está para salir a manos de muchos, porque ha menester limar las palabras de él en algunas partes, en otras declararlas; y otras cosas hay que al espíritu de vuestra merced pueden ser provechosas y no lo serían a quien las siguiese; porque las cosas particulares por donde Dios lleva a unos, no son para otros; y estas cosas o las más de ellas me quedan acá apuntadas para ponerlas en orden cuando pudiere, y no faltará cómo enviarlas a vuestra merced, porque si vuestra merced viese mis enfermedades y otras necesarias ocupaciones, creo le moverían más a compasión que a culparme de negligente.

La doctrina de la oración está buena por la mayor parte y muy bien puede vuestra merced fiarse de ella y seguirla; y en los
Raptos. raptos hallo las señales que tienen los que son verdaderos. El modo de enseñar Dios el alma sin imaginación y sin palabras interiores, es seguro y no hallo en qué tropezar, y San Agustín habla bien de él.

Hablas interiores. Las hablas interiores han engañado a muchos en nuestros tiempos y las exteriores son las menos seguras; el ver que no son de espíritu propio, es cosa fácil; el discernir si son de espíritu bueno o malo, es más dificultoso. Dánse muchas reglas para conocer si son del Señor; y una es, que sean dichas en tiempo de necesidad o de algún gran provecho ansí como para confortar al hombre tentado o desconfiado o para algún aviso de peligro. Porque como un hombre bueno no habla palabras sin mucho peso, menos las hablará Dios, y mirado esto y ser las palabras conforme a la Escritura divina y a la doctrina de la Iglesia, me parece las que en el libro están, ser de parte de Dios.

Visiones imaginarias o corporales son las que más duda tienen; y éstas en ninguna manera se deben desear, antes se han de huir lo posible, aunque no por medio de dar higas, si no fuese cuando de cierto se sabe ser espíritu malo; y cierto a mi me hizo horror

las que en este caso se dieron y me dió mucha pena. Debe el hombre suplicar a Nuestro Señor, no le lleve por camino de ver, sino que la buena vista suya y de sus Santos se guarde para el cielo, y que acá le lleve por camino llano, como lleva a sus fieles; y con otros buenos medios debe procurar él huir de estas cosas.

Mas si todo esto hecho, duran las visiones y el ánima saca de ello provecho y no induce su vista a vanidad, sino a mayor humildad, y lo que dicen es doctrina de la Iglesia, y tiene esto por mucho tiempo y con una satisfacción interior que se puede tener mejor que decir, no hay para qué huir de ellas; aunque ninguno se debe fiar de su juicio en esto, sino comunicarlo luego con quien le puede dar lumbre; y este es el medio universal, que se ha de tomar en todas estas cosas, y esperar en Dios que si hay humildad para sujetarse al parecer ajeno, no dejará engañar a quien desea acertar.

Y no se debe nadie atemorizar ni condenar de presto estas cosas, por ver que a la persona a quien se dan, no es perfecta; porque no es nuevo a la bondad del Señor, sacar de malos, justos; y aun de pecados graves, grandes bienes, con darles muy dulces gustos suyos, según lo he yo visto. ¿Quién pondrá tasa a la bondad del Señor? Mayormente que éstas no se dan por merecimiento ni por ser uno más fuerte, antes se dan a algunos por ser más flacos, y como no hacen a uno más santo, no se dan siempre a los más santos.

Ni tienen razón los que descreen estas cosas, porque son muy altas; y parece cosa increíble abajarse la Majestad infinita a comunicación tan amorosa con una su criatura. Escrito está, que Dios es amor (1), y si amor, es amor infinito y bondad infinita, y de tal amor y bondad no hay que maravillar que haga tales excesos de amor, que turben a los que no le conocen; y aunque muchos los conozcan por fe, mas la experiencia particular del amoroso y más que amoroso trato de Dios, con quien él quiere, si no se tiene, no se podrá entender bien el punto donde llega esta comunicación; y así he visto muchos escandalizados de ver las hazañas del amor de Dios con sus criaturas, y como ellos están de aquello muy lejos, no piensan hacer Dios con otros lo que con ellos no hace, siendo razón, que por ser la obra de amor y amor que pone en admiración, se tomase por señal que es de Dios, pues es maravilloso en sus obras, y muy más en las de su misericordia, y de allí mismo sacan ocasión de descreer de donde la habían de sacar de creer, concurriendo las circunstancias que den testimonio de ser cosa buena.

Paréceme, según del libro consta, que vuestra merced ha registrado ya estas cosas, y aún más de lo justo. Paréceme que le han aprovechado a su alma, y especialmente le han hecho más conocer su miseria propia y faltas y enmendarse de ellas; han durado mucho, y siempre con provecho espiritual; incítanle a amar a Dios y a propio desprecio y a hacer penitencia; no veo por qué condenarlas. Inclínome más a tenerlas por buenas, con condición que siempre haya cautela de no fiarse del todo, especialmente si es cosa no acostumbrada, o dice

---

1 I Joan., IV, 16. Deus charitas est.

que haga alguna cosa particular y no muy llana. En todos estos casos y en semejantes se debe suspender el crédito y pedir luego consejo. Iten, adviértase, que aunque estas cosas sean de Dios, se suelen mezclar otras del enemigo, y por eso siempre ha de haber recelo. Iten, hasta que se sepa que son de Dios, no debe el hombre parar mucho en ellas, pues no consiste la santidad, sino en amor humilde de Dios y del prójimo; y estotras cosas se deben tener en menos, aunque buenas, y pasar su estudio en la humildad verdadera y amor del Señor.

También conviene no adorar visiones de estas, sino a Jesucristo en el cielo y no al que se me representa en la imaginación, sino como a imagen para llevarme al representado por ello. También digo, que las cosas de este libro acaecen, aun en nuestros tiempos, con algunas personas y con mucha certidumbre que son de Dios, cuya mano no es abreviada para hacer ahora lo que en tiempos pasados y en vasos flacos, para que él sea glorificado.

Vuestra merced siga su camino, mas siempre con recelo de ladrones, y preguntando por el camino derecho; y dé gracias a Nuestro Señor que le ha dado su amor y propio conocimiento y amor de penitencia y de cruz; de esotras cosas no haga mucho caso; aunque tampoco las desprecie, pues hay señales, que muy muchas de ellas son de parte de Nuestro Señor; y las que no lo son, con pedir consejo no le dañarán. Yo no puedo creer que he escrito esto con mis fuerzas, pues no las tengo; creo que la oración de vuestra merced lo ha hecho; pídole por amor de Jesús Nuestro Señor, se encargue de le suplicar por mí, que él sabe que lo pido con mucha necesidad; y creo basta esto para que vuestra merced haga lo que le suplico y pido licencia para acabar esta, pues quedo obligado a escribir otra. Jesús sea glorificado de todos y en todos, amén. De Montilla, a doce de Setiembre de mil y quinientos y sesenta y ocho años. Siervo de vuestra merced por Cristo, *Juan de Avila*».

Esta es la carta del padre maestro Avila, cuya vida escribió el padre fray Luis de Granada, que en sus tiempos fué de los más aventajados en espíritu que había en España; la cual, demás de aprobar la doctrina y espíritu de la madre Teresa, declara con breves palabras la seguridad que se puede tener en las hablas interiores y exteriores y en las revelaciones y visiones, y cuán más seguro camino es el del amor de Dios y del prójimo y humildad alcanzada por la vía ordinaria, que es lo que deseo persuadir a todos en este mi Dilucidario.

También comunicó la Madre su espíritu con el padre fray Luis Beltrán, de la Orden de Santo Domingo, que estaba en Valencia y le envió esta relación, y él aprueba su espíritu como se verá en una carta suya, que anda en el libro de la vida del mismo fray Luis Beltrán. Con esta carta y la del maestro Avila, se quietó la Madre por entonces; y dejó de andar solícita, como solía, buscando quien examinase su doctrina y espíritu; mas Nuestro Señor que quiso que fuese examinada con mayor rigor, ordenó, que teniendo una señora principal de España en su poder el libro que ella misma escribió de su mano, por cierta ocasión, le envió al Sto. Oficio, diciendo, que en

aquel libro había visiones, revelaciones y doctrinas peligrosas, que sus señorías le viesen y examinasen. Estuvo en la Inquisición más de diez años, en el cual tiempo, entre otros muchos, le examinó por comisión del Santo Oficio el padre maestro fray Hernando del Castillo, autor de la historia de Santo Domingo. Al cabo de estos años acaeció, que estando en Toledo la Madre en presencia mía, porque yo entonces era su Provincial, pidió licencia al cardenal Quiroga, arzobispo de Toledo, presidente de la general Inquisición para fundar un monasterio de monjas en su arzobispado, bien sin acordarnos del libro. El Cardenal le dijo estas palabras; mucho me huelgo de conocerla, que lo deseaba, y tendrá en mí un capellán, que la favoreceré en todo lo que se ofreciere; porque la hago saber, que ha algunos años, que presentaron a la Inquisición un su libro, y se ha examinado aquella doctrina con mucho rigor; yo le he leído todo, es doctrina muy segura, verdadera y muy provechosa; bien puede enviar por él cuando quisiere y doy la licencia que pide, y ruégola me encomiende siempre a Dios. De estas palabras dichas de un hombre, que, demás de su oficio y dignidad, era de los más graves, rigurosos y enteros que ha habido en España, nos alegramos mucho; y luego la Madre quisiera que diéramos memorial a la Inquisición para que nos diera el libro; yo le dije, que pues sabíamos de boca del Inquisidor general ser aprobado, era más fácil ir yo, como fuí, luego al duque de Alba, don Fernando de Toledo, que tenía una copia de aquel libro, y le leía con licencia de la Inquisición, a pedírsele. El Duque me le dió y hice hacer algunos traslados para que anduvieran en nuestros monasterios de frailes y monjas. De estos traslados vino uno a manos de la Emperatriz, la cual deseó que se imprimiese; y por mandado del Consejo Real, se cometió al padre maestro fray Luis de León, catedrático de Sagrada Escritura de Salamanca, y se sacó de la Inquisición el original que estaba de mano de la misma Madre, para que lo impreso fuese más correcto; y después Su Majestad del rey don Felipe II, tomó este original con el otro de *Las Moradas* y el libro llamado *Camino de Perfección* y los mandó encuadernar muy bien, y que se llevasen a su librería de San Lorenzo el Real del Escorial, donde ahora están.

La Emperatriz Doña María procuró se imprimiese.

El Maestro Fray Luis de León.

De éstos, impresos en España, llevó uno a Italia el doctor Bernabé del Mármol, juntamente con las Constituciones de las monjas, pidiendo al santísimo Padre Sixto V, confirmase las Constituciones. Su Santidad lo cometió al cardenal Santa Severina, el cual se holgó mucho de ver el libro, y ha parecido muy bien a otros muchos prelados y personas principales, y a varones espirituales y devotos de Italia, y entre otros al obispo Castellón, que le tradujo de español en italiano.

El Cardenal Santa Severina.

Y Su Santidad habiendo sido informado por el cardenal Santa Severina dió su Breve, en el cual confirmó las Constituciones, y entre otras cosas loa a la madre Teresa de Jesús y a su doctrina y documentos, diciendo éstas palabras:

«Habrá ventiocho años, que una mujer llamada Teresa de Jesús, natural de Avila, noble de linaje e ilustre de virtudes y santidad, habiendo despreciado los regalos del mundo, se dedicó toda

a Dios, su celestial esposo, y con su buen ejemplo y doctrina ha traído a muchas vírgenes a la misma religión» (1).

Y pues que tantos y tan graves varones han aprobado esta doctrina de la madre Teresa, no tiene nadie para qué tener escrúpulo de leerla.

CAPITULO V

DEL ESTILO Y ORDEN QUE LLEVAN ASI ESTOS LIBROS DE LA MADRE TERESA COMO OTROS QUE TRATAN DE ESPIRITU. DECLARASE QUE NO SON DE MENOS FRUTO AUNQUE NO VAYAN CON ESTILO Y LENGUAJE DE ESCUELAS, POR SER DOCTRINA QUE MAS SE SABE POR EXPERIENCIA QUE POR CIENCIA, Y QUE LOS NOMBRES Y VOCABLOS DE QUE USAN SON VERDADEROS Y PROPIOS, ENTENDIENDOSE COMO CONVIENE.

Dúdase si es bien que escriba libros espirituales quien sabe de espíritu, por sola experiencia.

Hay algunos que dicen que el estilo de estos libros y de algunos otros autores que escriben doctrina de espíritu, sabida por sola experiencia, no llevan método cual conviene para enseñar; y algunas veces la madre Teresa en sus libros interrumpe el razonamiento que llevaba con otras pláticas, y entremete unas exclamaciones con que se olvida de lo que iba diciendo, y unos paréntesis prolijos que hace oscuro el sentido; al fin, como quien no sabe los preceptos de la retórica y el orden que ha de llevar el buen libro. Y demás de esto dicen que usa de vocablos que no son propios ni verdaderos para declarar su concepto: como es, llamar unión al éxtasis, teología mística al rapto y cosas semejantes; y que este trastrocar los vocablos que en la escuela se usan, podría hacer daño en quien lo lee y causar error en la doctrina. Y que, aunque es verdad que ella no tiene culpa, porque no sabía más, ni había estudiado, dicen que fuera bien no dejarla escribir, o a lo menos, que sus escritos no anden públicos; y que no habían de dejar escribir cosas espirituales a quien la sabe por sola la experiencia sin letras.

Persuadíale yo estando en Toledo a la madre Teresa de Jesús con mucha importunación, que escribiese el libro, que después escribió, que se llama de *Las Moradas*. Ella me respondía la misma razón que he dicho, y la dice muchas veces en sus libros casi con estas palabras:

Palabras de la M. Teresa excusándose de escribir.

«Para qué quieren que escriba? Escriban los letrados que han estudiado, que yo soy una tonta y no sabré lo que me digo: pondré un vocablo por otro, con que haré daño. Hartos libros hay escritos de cosas de oración: por amor de Dios, que me dejen hilar mi rueca y seguir mi coro y oficios de religión, como las demás hermanas, que no soy para escribir ni tengo salud y cabeza para ello, etc.»

Convencíla con el ejemplo de que algunas personas suelen sanar de enfermedades más fácilmente con las recetas sabidas por experiencia que con la medicina de Galeno, Hipócrates y de otros libros de mucha doctrina; y que de la misma manera puede acaecer en

1 Bul. Carm., tom. III, pág. 281.

almas que siguen oración y espíritu, que más fácilmente se aprovechan de libros espirituales escritos de lo que se sabe por experiencia, que no de lo que han leído y estudiado en doctores. Porque así como quien ha de andar un camino peligroso y lleno de barrancos y malos pasos, más le aprovecha la luz que le da quien le acaba de andar y ha experimentado lo que en él hay, aunque no sepa los nombres propios, como sepa decir por algunas señas dónde está el peligro, que no la luz y noticia que le da el que lo sabe por haberlo leído y por sola relación; así acaece en las almas que siguen el camino áspero de la oración. Porque como estas cosas del espíritu sean prácticas y que se ponen por obra, mejor las declara quien tiene experiencia que no quien tiene sola la ciencia, aunque hable en propios términos.

Más vale la experiencia que la ciencia para declarar espíritu.

El libro llamado *Contemptus Mundi*, que parece que no lleva estilo ni orden, se apega mejor al espíritu que otros libros muy artificiosos y metódicos. Y esta misma falta de artificio que llevan estos libros de la madre Teresa de Jesús, descubre no ser invención suya, sino doctrina, dada del espíritu, que no aguarda al artificio humano para entrar en el corazón. Y en ir en aquel estilo muestra con llaneza la verdad, sin composturas, retóricas, ni artificios; aunque, si bien se mira, el estilo es altísimo para persuadir y hacer fruto; el lenguaje purísimo y de los más elegantes en lengua española, que quizá muchos letrados no acertarán a decir una cláusula tan rodada y bien dicha, como ella la dice, aunque borren y enmienden mil veces; y ella lo escribió sin enmendar papel suyo de los que escribía y con gran velocidad, porque su letra, aunque de mujer, era muy clara, y escribía tan a priesa y velozmente, como suelen hacer los notarios públicos, que me admiraba las muchas cartas que cada día escribía de su mano a todos los conventos, y respondía a cualquier monja o seglar en los negocios de la Orden o en los puntos y dudas de oración que la preguntaban.

Los términos y vocablos que usa son propios y verdaderos.

Y en lo que toca a los términos y vocablos que usa, como ella declare bien su concepto y se deje entender lo que quiere decir, poco hace al caso que lo diga por unos términos o por otros; y bien mirado todos son verdaderos, entendidos como se han de entender. Acaece que una señora principal tiene una joya muy rica, hagamos cuenta que es un collar de rubíes guarnecido con perlas y lleva algunos diamantes; diósela su marido en arras; suélesele poner cuando va a las bodas; es la más rica joya que tiene, etc.; cuando ella se la pide a su camarera, de cualquier manera que llame aquella joya dice bien: ora sea, dadme mi joya la rica, o dadme el collar de las bodas, o dadme las arras de mi marido, dadme los diamantes finos, etc., porque cualquier nombre de aquellos es verdadero, según diversas razones. De la misma manera acaece en las cosas del espíritu. Pongamos por caso un éxtasis: en cuanto en ella se junta nuestra voluntad con la de Dios, se llama unión; en cuanto eleva las potencias y las levanta, se llama vuelo del alma; en cuanto es altísimo conocimiento de Dios, se llama mística teología, etc. Todos estos nombres son verdaderos y declaran algo de este espíritu, como después diré más en particular. Porque así como Dios no tiene nombre

Los términos y vocablos que usa son propios y verdaderos.

que le comprenda y tiene muchos que declaran alguna de sus excelencias, y todos son verdaderos, ahora sean los nombres propios, como omnipotente, infinito, etc., ora sean los figurados, como cuando se llama piedra, león, cordero, etc.; así los afectos interiores del alma ningún nombre tienen que del todo los comprenda y declare; y algunos de sus nombres, ora sean propios, ora sean figurados, son verdaderos. A la unión podemos llamar junta con Dios, imitación, apegamiento, desposorio, transformación con Dios, etc. Y quien leyere atentamente estos libros de la madre Teresa, verá que ningún nombre dice de estos afectos interiores, que no se pueda colegir de la Sagrada Escritura, o se halle escrito en los santos y autores graves, como declararé.

CAPITULO VI

DEL FRUTO QUE HAN HECHO LOS LIBROS ESPIRITUALES Y ENTRE OTROS LOS DE LA MADRE TERESA DE JESUS CONVIRTIENDO PECADORES, MOVIENDO A SEGUIR ORACION A LOS QUE NO LA TENIAN, AFERVORANDO TIBIOS Y PERFECCIONANDO FERVOROSOS QUE LOS HAN LEIDO.

Paréceles también a algunos de los que no son muy aficionados a la oración, que libros de estas doctrinas espirituales no harán fruto saliendo a público, antes daño; porque tratan de cosas tan secretas y escondidas, que no todos los entendimientos que las leyeren, alcanzarán el sentido de ellas aunque sean verdaderas, y por no las entender, vendrán a dar en algunos errores. Demás de esto, trátase en estos libros de los raptos, revelaciones y otros modos de oración sobrenatural, de que habrá quien tome ocasión para con artificio humano buscar estos afectos extraordinarios de espíritus, pretendiendo arrobarse y tener revelaciones, y quizá con fin de ser tenidos y estimados por santos: y este es el principio más cierto de las ilusiones y embaucamientos que tanto daño han hecho en la Iglesia de Dios.

Todo el tiempo que vivió la madre Teresa, nunca su pensamiento, ni aun el mío, fué que estos libros se imprimiesen y viniesen tan a público y a manos de todos los que los quisiesen leer, sino que anduvieran escritos de mano en nuestros conventos, para que hicieran fruto en los frailes y monjas; y cuando mucho los leyeran personas graves que entendieran de oración. Yo me movía por aquella doctrina de las Pitagóricos, que mandaban esconder las cosas altas y sagradas para que no viniesen en manos del vulgo; y por la costumbre de los egipcios, que sus secretos escribían en hieroglíficas porque no los entendiesen sino los muy doctos. Hacíanme fuerza unas palabras de San Dionisio Areopagita (1) con que encarga a Timoteo, a quien envía su libro de *Mística Teología*, que no descubra aquellos secretos sino a muy pocos, y esos muy doctos y espirituales que los entiendan y estimen en lo que es razón; y mucho más me mo-

Los Pitagóricos.

Egipcios.

1 MG. 3, 999.

vían las palabras de Cristo nuestro Bien, que dice a sus discípulos: *No querais dar las cosas santas a los perros ni derramar las perlas entre los puercos, porque no las acoceen* (1). Y no podía sufrir que viniesen las cosas altas de espíritu que aquí se declaran, a bocas de perros murmuradores, que, no entendiendo lo que es, les parezcan herejías; o a gente engolfada en el cieno de los vicios, que no les parece que puede haber otros deleites mayores que los sensuales; los cuales aunque lean estos libros, los pondrán debajo de los pies.

Pero después que he visto por experiencia el fruto que esta doctrina ha hecho en toda suerte de personas, he mudado de parecer; porque sé que muchos pecadores muy obstinados se han convertido leyendo estas doctrinas espirituales, y viendo los grandes regalos que aun en esta vida comunica el Señor a quien le ama de todo corazón, demás de la bienaventuranza del cielo. Porque sabiendo que no hace Dios estos regalos y mercedes a sus enemigos, ni se pone este esmalte divino de dones espirituales sobre lodo y cieno hediondo del pecado, sino sobre oro de la gracia, con golosina de que puestos en estado de ella, se darán a la oración y podrán alcanzar algo de tantos bienes, han salido de pecado, y por solo un pecador que se convierta por esta vía, ha sido bien hecho el publicarse. Que las almas no solamente se convierten por el temor de la pena del infierno, sino también por el amor de la gloria y por la golosina de los gustos y regalos espirituales que Dios da en esta vida a sus amigos. Muchas personas hay que viven bien, conténtanse con no pecar, sin quererse meter en camino de espíritu y oracion mental; mas leyendo esta doctrina se han animado y determinado a darse al espíritu, y por esa vía han subido a más alto grado de virtudes y merecimientos.

El fruto que se ha experimentado.

Pecadores se convierten con deseo de los dones espirituales.

Almas buenas sin oración se animan a ella.

Personas hay que tenían oración tibia, y leyendo estos libros se han afervorado y levantado el espíritu a más alta contemplación, desengañadas de los estorbos que suelen impedir para que el alma no camine a la perfección que desea. Las que ha muchos años que tratan de oración y por ella han alcanzado grandes bienes, con la luz que se descubre del alto grado a que el espíritu llega, se han resignado y asegurado de muchas dudas que no se entienden bien, sino dichas por boca de quien de ellas tiene experiencia. Y estima Dios tanto que una alma de las que pretenden perfección se perfeccione; y tiene en tanto precio a sus verdaderos amigos que fervorosamente le aman, que por solo el provecho de uno de éstos no quiere que se haga caso de otros inconvenientes, como se ve en preciarse de su Job, que era uno solo, y estimarle en tanto, que aunque *Satanás se paseaba y rodeaba toda la tierra* (2), no se le daba nada, contentándose con su Job perfecto.

Personas de tibia oración se afervoran. Los de buena oración se purifican.

Y si estas cosas altas no hubiesen de salir a luz, ¿por qué se han consentido imprimir las revelaciones de San Metodio, Santa Brígida, Santa Catalina de Sena, Santa Metildis, Santa Isabel Escomagense,

---

1 Matth., VII. 6.
2 Job., I, 7.

Hermas, el discípulo de San Pablo, y otros innumerables que han escrito libros de sus revelaciones y visiones?, que si no es por su boca ¿de quién otro las pudiéramos saber, siendo secretos que pasan entre Dios y su corazón? de que están llenos todos los libros que tratan de vidas de Santos, como se pueden leer en Surio, Lipómano y otros muchos.

Respóndese a las razones contrarias.

Bien seguros estarán estos libros de ir a manos de los puercos, que son los carnales, que los acoceen; porque ni ellos gastarán dineros en los comprar, ni tiempo en los leer; ni fatigarán su ingenio para los entender, contentos con su cieno de los gustos y regalos del mundo; que por nuestros pecados más gustan estos tales de leer libros de caballerías y de vanidades que libros de espíritu y devoción. Y cuando alguno los leyese y menospreciase o calumniase, como hayan sido parte de salvar o hacer algún fruto en alguna alma, bien lo sufrirá quien los compuso, acordándose que el Señor, cuya gloria y honra se pretende, por el provecho de las almas quiso ser maltratado y crucificado de la gente más vil y más abominable del mundo.

Estos libros no enseñan otros artificios para tener altezas de oración, más que la pureza, humildad, amor de Dios y perseverancia en la oración; y en muchas partes enseñan con grandísima instancia que no se ha de hacer caso de estas impresiones extraordinarias o cosas sobrenaturales; y que por el mismo caso que una alma cristiana las pretenda o las desee o procure, ellas se huyen y esconden, o si vienen, no son verdaderas y seguras; y así están lejos de ser causa de ilusiones y engaños, que antes no se yo qué libros haya que más aprovechen para huir de los engaños e ilusiones.

Y si alguno, por falta de entendimiento o malicia de la voluntad errare o se escandalizare en esta doctrina espiritual, eche la culpa a su propia malicia e ignorancia, y no a los libros que dan la luz a los que tienen buenos ojos, que los que los quieren leer, teniéndolos llenos de las lagañas de amor propio no se ciegan con la doctrina de los libros espirituales, así como no es por falta del sol que se ciegue el murciélago, sino de la falta de sus ojos, pues que el águila sin cegarse le mira de hito en hito. Muchos herejes toman ocasión para sus herejías del mal entendimiento de la Sagrada Escritura, y no por eso habemos de decir que la Sagrada Escritura hace daño y que no se había de leer.

DEL VERDADERO ESPÍRITU Y SUS FUENTES

CAPITULO VII

EN QUE SE TRATA QUE SEA VERDADERO ESPIRITU. PONENSE DIEZ SIGNIFICACIONES DE ESTE NOMBRE, ESPIRITU, Y DIVIDESE EL ESPIRITU CUANDO SIGNIFICA LOS DESEOS Y PENSAMIENTOS.

Así como Homero para escribir más claro y provechosamente el valor de un gran capitán, cuenta las hazañas y trabajos de Ulises, y Virgilio las de Eneas, así para dilucidar y declarar el verdadero es-

píritu y lo que escriben los libros espirituales, me pareció a propósito comprobar y declarar el espíritu y doctrina de la madre Teresa de Jesús. Porque mejor se entiende la doctrina puesta en práctica y en sujeto, que dicha especulativamente y en común. Y como dice San Juan Damasceno y Filón (1), no puede ser buen médico de espíritu, quien no hubiere seguido la práctica de otro muy experimentado, ni acertará, dice San Juan Crisóstomo (2), a contar las grandezas que se encierran en el palacio del rey, quien no hubiere sido guiado por portero o guía que las haya visto, y supiere las entradas y salidas. Y así el tratar en estos libros del espíritu y doctrina de esta sierva de Dios, aunque aprovecha para que quien los leyere se asegure, y no los lea con escrúpulo, no es solo mi fin; que mi intento principal es declarar el buen espíritu, para asegurar almas que teniendo oración, en muchos sucesos de ella se turban por no entender lo que son, y colegir de las divinas letras y sagrados doctores las más doctrinas espirituales que pudiere; y guiar un alma desde que sale de pecado hasta que llegue a lo supremo del buen espíritu, para que vaya bien encaminada; y para que se atajen disputas de cuál espíritu sea bueno o cuál no, en que se suele gastar mucho tiempo; y buscar los nombres propios con que la Sagrada Escritura y doctores santos nombran estos efectos espirituales, para que quien los hallare escritos en libros que tratan de ello, aunque sea con diferentes nombres, los entienda y se quiete; haciendo en esto lo que el platero, que con la piedra del toque declara los quilates del oro, y no hay otro mejor toque de las cosas del espíritu que la doctrina que escribió el Espíritu Santo.

Intento de escribir estos libros.

Y pues que ya en los capitulos pasados he dicho de la excelencia, aprobación, seguridad, estilo y provecho de los libros de la madre Teresa de Jesús; razón será comenzar a tratar del verdadero espíritu. Mas porque, como dice Aristóteles (3), para entender bien cualquier cosa es necesario entender lo primero el nombre, diré qué signifique este nombre, espíritu; y luego qué sea verdadero espíritu; cuántas maneras hay de espíritu verdadero; y de dónde nace, los bienes que causa en el alma; las cien fuentes de donde mana y procede, y los estorbos e impedimentos que tiene.

Espíritu en las divinas letras se llama Dios, según aquellas palabras de Cristo por San Juan: «Dios es espíritu, y los que adoran, conviene que adoren en espíritu y verdad» (4). La tercera persona de la Santísima Trinidad se llama Espíritu Santo, conforme a lo que dijo el ángel a la Virgen: «El Espíritu Santo vendrá en Ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra» (5). Dícese lo tercero, espíritu, el Angel, ahora sea el bueno ahora el malo, conforme a las palabras de David: «El que hace a sus ángeles espíritus» (6). Lo cuarto, el aire, así el viento que corre como el que hace las tempestades, o con el que respiramos; y así se entiende lo que dice la Sabiduría:

Significación de este nombre espíritu.

1 MG. 94, 1164; MG. 56, 108; Philo. lib. quod deterius potiori insidat.
2 MG. 56, 108.
3 Arist., l. I, cap. I, Poster.
4 Joan., IV, 24.
5 Luc., I, 35.
6 Ps. CIII, 4.

«No sabes cuál es el camino del espíritu». «Mi boca abrí—dice David— y atraje el espíritu» (1). También el espíritu vital, que es lo más apurado de la sangre que se engendra en el corazón y es instrumento con que el alma da vida al cuerpo. Lo sexto, nuestra alma racional se llama espíritu, y así dice el Sabio: «Vuélvase el cuerpo a la tierra, y el espíritu, como quien dice el alma, a Dios que le crió» (2). Y de Cristo dice San Juan: *«Inclinato capite tradidit spiritum»* (3). Lo séptimo, las potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad, que se suelen decir libre albedrío, se llaman espíritu; así se declaran aquellas palabras de la Virgen: *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo* (4). Mis potencias interiores se alegraron, empleadas en Dios, acordándome de él, entendiéndole y amándole. Todas estas significaciones tiene este nombre espíritu; demás de que las apariciones que Dios o los ángeles hacen, cuando se aparecen formando alguna figura en el aire, se dicen espíritu, según aquellas palabras del Salvador: «Palpad y ved, que el espíritu no tiene carne ni huesos» (5). Lo que más hace a nuestro propósito y conviene que lleguemos a daclarar es, que propísimamente se llaman espíritu los actos libres de la voluntad y entendimiento, que son pensamientos y deseos; y así se entiende aquello que dijo el Señor por San Mateo: *Beati pauperes spiritu* (6). Bienaventurados los que de su voluntad quieren ser pobres y consienten en el pensamiento de no tener hacienda, «que suyo es el reino de los cielos». Porque los que quieren ser ricos, aunque por falta de dineros sean necesitados y pobres, «caen en tentacion y lazo del demonio» (7). El espíritu declarado de esta suerte es en dos maneras, conviene saber, bueno y malo. Mal espíritu es lo mismo que malos pensamientos y malos deseos, como los que son de algún pecado. Buen espíritu es buenos pensamientos y buenos deseos, como de alguna virtud. También el espíritu se divide en espíritu verdadero y aparente o falso. Falso y aparente espíritu se dice aquel que, aunque tenga color de bueno, es malo; y es malo, porque tiene en sí malicia, o es causa de ella o nace de mala intención, como acaece en almas ilusas, que les hace trampantojos el demonio, dándoles a entender que algún pecado es virtud; como al ermitaño a quien el demonio en figura de Cristo daba un cuchillo para que se matase, engañándole con deseo fervoroso de gozar luego de Dios. Y así desear alguna revelación o rapto con el fin de ser estimado en el mundo, es mal espíritu. Y por esa causa manda San Juan, «que se prueben los espíritus para ver si son de Dios o no» (8), pues que Satanás «se transfigura en ángel de luz», como dice S. Pablo (9). De cómo se han de probar, tengo escrito un libro grande, que se llama *Examen de espíritus*, y algún día, con el divino favor, saldrá a luz.

Los pensamientos y deseos.

Divídese el espíritu. Mal espíritu. Bueno. Falso.

Verdadero espíritu.

Verdadero espíritu es aquel pensamiento y deseo que viene de Dios y es bueno, santo y conforme a razón, y no tiene en sí mal ni

1 Ps. CXVIII, 131.
2 Eccles., III, 21.
3 Joan, XIX, 30.
4 Luc., I, 47.
5 Luc., XXIV, 39.
6 Matth., V, 3.
7 I ad Timoth., VI, 9.
8 I Joan, IV, 1.
9 II ad Cor., XI, 14.

engaño alguno, como desear agradar a Dios, humillarse y padecer por él. Este verdadero espíritu es en dos maneras, a saber: natural y sobrenatural. El espíritu natural es el que nosotros podemos conseguir con la virtud y fuerza de nuestro libre albedrío, como los deseos de virtudes morales que los filósofos alcanzaban. Sobrenatural es el que no podemos alcanzar sin luz y virtud sobrenatural, como los deseos que nacen de la fe divina y de la gracia y virtudes teologales. Y este sobrenatural se divide: en espíritu infuso, dado de arriba, y espíritu adquirido, granjeado y procurado. Llamo espíritu adquisito, el que nosotros tenemos, supuesta la fe, y ganamos trabajando con el ejercicio de la meditación o con las buenas palabras y buenas obras; y este es muy bueno, seguro y provechoso, cuales son: los actos de las virtudes que interior o exteriormente hacemos, y los deseos y pensamientos de guardar la ley de Dios y hacer penitencia, etc. El espíritu infuso y dado del cielo, es el que da Dios liberalmente a quien quiere y como quiere, como son: los dones del Espíritu Santo, las gracias *gratis datas* y otras divinas mercedes, de quien se puede entender lo que dice el Señor: «Si vosotros, siendo malos, soléis dar buenos dones a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará su buen espíritu a quien se le pidiere?» (1). Y dice a quien se le pidiere, porque de ordinario en la oración pedimos a Dios «este espíritu principal, como le pedía David (2), para que nos confirme Dios con él» en bien obrar; no confiándonos en nuestras flacas fuerzas, con que solemos hacer faltas en los deseos y espíritu natural, o en el sobrenatural adquirido. Finalmente este espíritu infuso y dado del Señor, «que es buen don y dádiva perfecta, que desciende de arriba del padre de las lumbres» (3). es en dos maneras: uno ordinario y alcanzado de muchos que siguen oración; otro, raro, extraordinario, milagroso y que le alcanzan muy pocos. El ordinario es: como los dones del Espíritu Santo, los cuales, aunque los da Dios a todos los justos en algún grado, aunque no tengan oración, pero en grado más heróico dalos a los varones espirituales; que a quien persevera en buena oración, con pureza de alma, luz interior y fuego de amor divino, muy ordinariamente le da Dios dón de sabiduría y de consejo; y otras muchas conciencias vemos enriquecidas con estas dádivas del cielo y con abundancia de estas riquezas espirituales. El espíritu raro, extraordinario y milagroso que suele comunicar Nuestro Señor a muy pocos, y a esos para grandes fines y extraordinarios sucesos, es como la éxtasis, cual fué la que tuvo San Pedro cuando vió la sábana de sabandijas; el rapto de San Pablo, las visiones de los Profetas, las revelaciones de San Juan en el *Apocalipsis*, y cosas semejantes, que son como piedras finas y preciosas que la raredad de ellas y las pocas que se hallan, dan muestra de su fineza y valor y ser poseídas de almas muy aventajadas, así como reyes, príncipes y grandes señores poseen las piedras finas. Mas si acaeciese personas ordinarias tener abundancia de ellas, es indicio que no son las piedras finas, sino falsas y sofísticas. Y

Espíritu natural.

Sobrenatural.

Infuso, adquirido.

Infuso.

Ordinario espíritu.

Espíritu raro y milagroso.

---

1 Luc., XI, 13. 2 Ps. L, 14. 3 Jacob., I, 17.

así, cuando algunas personas de ordinario espíritu, vida común y virtudes no muy aventajadas cuentan muchas revelaciones y visiones de sí, y tienen raptos y éxtasis a menudo, puédese dudar si son piedras finas o falso espíritu; no porque algunas veces no acaezca persona pobre hallarse alguna piedra preciosa, que Dios da sus riquezas a quien quiere y como quiere. De este espíritu habla San Pablo, cuando dice: *Spiritum nolite extinguere, prophetias nolite spernere: ab omni specie mala abstinete vos* (1). Como quien dice: No penséis que no hay espíritu sobrenatural y milagroso; no digais mal de las profecías, que aunque le haya falso, guardaos de toda especie de mal y no murmuréis del buen espíritu.

Demás de estas nueve significaciones de espíritu que he nombrado, que son: Dios, el Espíritu Santo, el ángel, aire, el espíritu vital, el alma, las potencias de ella, la fantasma y el pensamiento y deseo; también se llama espíritu en las divinas letras, la viveza de la oración y un peso y fervor que tiene el alma cuando ora, movida de Dios; y un ímpetu interior de los deseos, palabras y obras hechas como conviene; de la manera que la piedra cuando baja hacia su centro, mientras más a él se llega, lleva mayor peso e ímpetu. Del cual espíritu dice San Agustín: *Pondere feror quocumque feror* (2): Llévame el ímpetu del espíritu. Vemos dos predicadores que predican la misma doctrina con las mismas autoridades y razones; mas el uno predica con espíritu, fuerza, eficacia y ganas, que imprime lo que dice en los corazones de los oyentes y el otro no. De este espíritu decía San Pablo: «Más querría hablar en la Iglesia de Dios cinco palabras con espíritu, que cinco mil con sola la lengua» (3). Que así como Dios se llama espíritu, así este ímpetu y espíritu es una impresión divina en el corazón; hace un hombre como ángel en la tierra: es como el brío, aire, garbo y donaire interior que el alma tiene en el pensar, obrar y desear; de la manera que decimos, que una buena letra lleva aire y una pintura tiene espíritu, una hermosa persona tiene garbo. Y así como los espíritus vitales son instrumentos de la vida, así este espíritu interior es instrumento de aumentar la gracia; porque los pensamientos, deseos y obras hechas con él, llevan viveza y eficacia, y son muy más agradables a Cristo. Es este espíritu la quinta esencia que se destila de las yerbas de las virtudes y buenos deseos en el alambique o alquitara del corazón, con fuego del amor divino; y tanto excede a los deseos y pensamientos sin espíritu, cuanto es mejor la quinta esencia, que las yerbas, flores y rosas crudas y sin destilar; es como el temple de la espada, que acaece, siendo una del mismo hierro y acero que otra, y habiéndole llegado al mismo fuego y agua, tener tan buen temple, que vale mil ducados, y la otra cuatro reales. Así acaece, que un alma con las virtudes y trabajos que otra, y quizá no tantos, hace sus obras con tal fervor y espíritu y tan agradables a Dios, que merece más en un día que la otra en un año. Quien sabe dar el punto de las conservas o de los ungüentos, con los mismos simples hará una sa-

1 I ad Thes., V, 19-21. 2 ML. 32, 849. 3 I ad Cor., XIV, 19.

brosísima y provechosísima confección, que valga más una libra de esto, que cinco del otro, a quien no se le acertó a dar su punto. Esta eficacia, ganas e impresión del corazón, buen aire en el alma, quinta esencia, buen temple y buen punto de la confección de las virtudes, que aquí llamamos espíritu, nace de los buenos deseos del corazón, y es causa de aumentar los mismos buenos deseos y de mayor merecimiento y mayor gloria, y de alcanzar más presto la perfección, y de innumerables bienes que no se pueden contar. Todo mi intento en este libro es declarar, que sean estos buenos pensamientos y deseos que llamamos en una significación, buen espíritu, y qué sea este espíritu verdadero que de ellos nace, y guiar las almas en la oración para que la alcancen. Otras muchas comparaciones y nombres tiene este espíritu con que se declara, demás de las que hemos puesto, porque unos le llaman vida de las virtudes; otros, espíritu vital de la buena conciencia; otros, fuego abrasador del corazón; otros, aire impetuoso, como el que vino sobre los Apóstoles cuando recibieron al Espíritu Santo; y, finalmente le llaman agua. Y porque esta semejanza del agua me es más a propósito para la claridad de la doctrina y para contar las cien fuentes que pretendo, que son los principios de donde nace, quiérola llevar por guía.

CAPITULO VIII

EN QUE SE COMPARA EL VERDADERO ESPIRITU AL AGUA. DIVIDESE EN DOCE PARTES, QUE SON COMO DOCE ESTANQUES O ARCAS DE DONDE MANAN LAS CIEN FUENTES DEL ESPIRITU, Y TRATASE DE LAS TRES PRIMERAS, QUE SE LLAMAN: LIMPIEZA DE CONCIENCIA, OBSERVANCIA DE LEYES Y VIRTUDES.

Comparase el espíritu al agua.

San Cirilo Jerosolimitano compara el verdadero espíritu, al agua que riega lo interior de nuestra alma, los jardines de nuestras potencias y la floresta de las virtudes que en ellas nacen; y la misma comración es de Sta. Hildegardis en una epístola al papa Anastasio (1) y primero lo había dicho el Espíritu Santo en los *Cantares*, donde dice: «Fuente de huertos y pozo de agua viva, que corre con ímpetu del monte Líbano» (2). Y dícese de huertos, porque las riquezas espirituales son huertos cerrados dentro de nuestra conciencia, que se riegan con el agua del espíritu. Llámase fuente de agua viva, porque aumenta en el alma la vida de la gracia y la vida de la gloria, o la vida activa y la contemplativa y unitiva. Y esta agua corre con ímpetu del monte Líbano, que quiere decir blancura, porque su primera raíz es la pureza del alma, cuando siendo pura, con fe viva de Cristo, piensa y desea las cosas divinas; que entonces nacen allá dentro de la conciencia los ríos del espíritu, que dijo el Señor por San Juan: «El que creyere en mí, manarán de su vientre ríos de agua viva» (3). Llámase vientre del alma, la memoria, entendimiento y voluntad, por-

1 MG. 33, 934; ML. 197, 151.
2 Cant., IV, 15: 3 Joan. VII, 38

que allí se concibe el merecimiento, mediante los buenos pensamientos y deseos. Y que esta agua signifique el espíritu, declara el mismo San Juan, añadiendo: «Y esto decía del espíritu que habían de recibir los que creyesen en él» (1). Pudiera yo declarar el verdadero espíritu con el ejemplo del cielo, del fuego o del aire; pero porque el del agua es más claro y conocido y por haber sido muy amiga de ella la madre Teresa de Jesús, quiero seguir esta doctrina con el ejemplo del agua.

Las tres raíces del verdadero espíritu. Pureza, luz, amor.

Consideremos el agua de un río que nace de tres ojos o manantiales y se recoge en doce estanques o balsas, y de ahí corre después por cien fuentes y riega la huerta y jardines de un gran rey. Así el espíritu tiene tres manantiales en lo interior de la conciencia; conviene a saber: pureza de alma, luz interior y amor de Dios; y aunque pudiéramos llamar a estos tres manantiales las tres potencias de donde nacen los deseos y pensamientos, que son memoria, entendimiento y voluntad, o las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, mas porque viene más a nuestro propósito, del fruto de las almas que pretendemos, las he llamado pureza, luz y amor. Que así como el ser del mundo nace de Dios, que es uno en esencia y trino en personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo; y así como la vida eterna de la gloria consiste en tres partes principales, la pureza, «pues ninguna cosa manchada entrará en ella» (2), como dice S. Juan; la segunda, visión beatífica, la tercera, fruición, deleite y sumo amor, así el ser espiritual de este mundo pequeño de la conciencia y esta gloria que acá gozan los verdaderamente espirituales y contemplativos, procede de la pureza del alma, que se atribuye al Padre, de la luz y conocimiento, que corresponde al Hijo, y del amor, que es el Espíritu Santo.

Las doce partes del espíritu.

Esta agua y espíritu se divide en doce partes, que son como las doce piedras de que hizo Elías su altar (3), cuando bajó el fuego del sacrificio, o las doce piedras preciosas en que se funda la famosa ciudad de Jerusalén (4); y quiérolas nombrar con sus propios nombres, que se hallan en la Sagrada Escritura y Doctores, por el orden que ha de procurar el alma alcanzarlas para enriquecerse, conviene saber: limpieza de conciencia, observancia de leyes, virtudes, verdaderos deseos y peticiones, grandezas del espíritu, bienaventuranzas, premios de las bienaventuranzas en esta vida, señales de la caridad, afectos del divino amor, dones del Espíritu Santo, frutos del espíritu, gracias gratis datas. A estas doce excelencias y partes del verdadero espíritu, reduciré lo que se halla escrito en todos los libros de la madre Teresa y en otros libros espirituales, explicando en cada una las fuentes de verdadero espíritu que de ella proceden o a ella van a parar.

Limpieza de conciencia.

La primera cosa que ha de hacer quien quisiere salvarse y alcanzar el verdadero espíritu con perfección, es limpiar y purificar su alma de todo pecado mortal, y en cuanto le sea posible, de venial e im-

---

1 Joan., VII, 39.
2 Apoc., XXI, 27.
3 III Reg., XVIII, 30-36.
4 Apoc., XXI, 19-20.

perfección; porque si la quiere tener en pecado mortal, despídase de todo bien, y mientras mas limpia estuviere de pecados veniales e imperfecciones, más aparejada estará para recibir los rayos de «la luz del sol de la divina Justicia» (1), que nacen en los que temen a Dios, que, según dice San Basilio (2) así como el cristal cuando está puro, limpio y transparente recibe los rayos del sol, así la conciencia limpia del alma pura recibe las riquezas del verdadero espíritu: «Bienaventurados, dijo el Señor, los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (3). Este ver a Dios en la otra vida por gloria y en ésta por gracia y por espíritu, no se concede sino a limpios de conciencia y corazón. Y así como la fuente clara y cristalina, en tiempo de gran calor, cansancio y sed, convida y atrae a los que la miran, así también, dice el glorioso San Ignacio, escribiendo una carta a la sacratísima Virgen (4), las almas de limpia conciencia agradan a Dios y llevan tras sí su divino corazón.

Esta limpieza se alcanza con la penitencia, mortificación, recato, examen de conciencia, frecuencia de Sacramentos, oración y meditación de Cristo, y de la gravedad del pecado, miserias del mundo, beneficios recibidos, finalmente con la memoria de la muerte y de las cuatro postrimerías; y éstas son las siete primeras fuentes de las ciento que propuse. Quien está en pecado mortal, haga penitencia con la contrición y dolor del corazón, confesión entera y satisfacción verdadera, si quiere alcanzar gracia y perdón. Y cuando no tuviere conciencia de pecado mortal, mortifíquese lo más que pudiere, apartándose de veniales. Tenga cada día su examen de conciencia para ver en lo que ha caído, y examine sus imperfecciones para irse en ellas a la mano. Recátese de no ponerse en ocasiones; frecuente los Sacramentos, confesando a menudo y comulgando cuando pareciere al confesor, y para perseverar, medite la vida y pasión de Cristo y traiga a la memoria la muerte, juicio, infierno y bienaventuranza, que «acordándose como debe de estos paraderos, esté muy cierto, que *in aeternum* no pecará», como dice el Sabio (5). La verdadera penitencia tiene tres partes, conviene a saber: contrición, confesión y satisfacción. Contricción se alcanza teniendo delante de los ojos los pecados de la vida pasada y la grandeza de Dios contra quien pecó; y conviene que sea muy continua y que cada día haga algunos actos de contricción. La confesión tenga las partes y condiciones que se requieren; y adviértase, que muchas personas, aunque confiesan a menudo, no alcanzan espíritu ni salen de pecado por una de tres faltas: la primera, porque la confesión no es entera, dejándose de confesar algún pecado o circunstancia de las que es necesario declarar, por vergüenza, por temor o por negligencia y mal examen. La segunda, por falta de contricción y dolor de haber ofendido a Dios; que hay muchas personas tan metidas en su amor propio y entregadas a sus pasiones, que siempre se están en los pecados, sin arrepentirse como conviene. La tercera, por falta de propósito

Siete fuentes de la limpieza de conciencia.

Penitencia.

Mortificación.

Examen

Recato.

Frecuencia de Sacramentos.

Meditacion de la Pasión.

Memoria de los paraderos.

---

1 Malach., IV, 2.
2 MG. 32, 110.
3 Matth., V, 8.
4 Ignat. in Epist. ad S. Virginem.
5 Eccli., VII, 40.

firme de nunca más pecar, como acontece a los que se confiesan sin querer salir de las ocasiones. La satisfacción se ejercita, cumpliendo la penitencia que el confesor impone, ejercitándose en oración, limosnas y asperezas, ayunos, disciplinas y cilicios. La cuarta fuente es la mortificación, y se alcanza con diligencia y cuidado de mirar las ocasiones, pasiones, gustos y regalos que quitan al alma la gracia e impiden su aprovechamiento, que siempre se ha de pelear contra ellas; y esta es la causa por qué muchas personas que tienen buenos deseos de salvarse, y de alcanzar espíritu y buenos frutos de oración, se quedan atrás y nunca consiguen la verdadera pureza de alma por falta de mortificación.

El recato y andar siempre sobre aviso de no ponerse en ocasiones de ofensa del Señor, que es la tercera fuente del espíritu, es tan necesario para la pureza, que, como dice el Sabio: *Qui amat periculum, peribit in illo* (1). La quinta fuente, que es el examen de la conciencia, se ha de hacer contando muy despacio los pecados que hubiere hecho en obras, palabras y pensamientos, y trayendo a la memoria los propósitos que tuvo en la oración, para ver cómo los cumplió y el estado en que está su alma. Porque así como la que pretende hermosura, se mira muy despacio y a menudo al espejo para ver sus fealdades y cómo las ha de quitar, así no es posible alcanzar esta hermosura del verdadero espíritu sin examen de conciencia.

Ninguna cosa tanto aprovecha para la pureza del alma como frecuentar los Sacramentos, que con ellos se lavan las manchas que cada día, por nuestra flaqueza, nos ensucian. Es necesario buscar confesor apropósito, y procurar, cada vez que se confiesa, ganar algo de nuevo. El comulgar a menudo procúrese que no sea sólo por costumbre o gusto espiritual, porque va mucho en encaminar las comuniones para el provecho del alma: que pues Eucaristía se llama buena gracia, y esto significa este nombre, y Dios que se recibe en el Santísimo Sacramento, es de virtud infinita, gran duda es que no aprovechando el que comulga a menudo, la comunión sea cual debe. La sexta fuente de la pureza es la oración y meditación, principalmente de la pasión de Cristo, de la gravedad de los pecados, miserias de esta vida y beneficios recibidos; y porque sin oración y consideración mal se alcanzan los frutos de la penitencia, mortificación y examen, y de las demás fuentes de donde nace la pureza. La séptima y última fuente de la pureza es el ejercicio y memoria de la muerte, haciendo cuenta cuando se va a acostar, que se echa en la sepultura, y procurando no dormir sin haber hecho las prevenciones y apercibimientos que ha de tener hechas cuando de verdad muriere; quien, cuando se levanta, pensare que no le queda más de aquel día de vida, para hacer penitencia de todos sus pecados y merecer la gloria, y que a la noche se ha de morir y dar cuenta a Dios; o viviere apercibiéndose para morir, como si le hubiesen dado una puñalada y supiese de cierto las horas que le quedan de vida, por este camino alcanzará mucho espíritu y verdadera pureza.

---

1 Eccli., III, 27.

Si hubiera de tratar de propósito de estas siete materias contenidas en estas siete fuentes primeras, pudiera componer siete libros grandes; mas no es aquí mi intento sino declarar los caminos de la perfección y las fuentes de donde mana el verdadero espíritu.

Observancia de la ley.

«El que me ama, dice el Señor, guardará mis mandamientos, y mi Padre le amará, y yo le amaré, y vendremos a él y haremos morada en su corazón» (1). Piensan algunos que el verdadero espíritu consiste solamente en sentimientos del corazón, ternuras del alma, visiones, revelaciones, raptos y cosas semejantes; y como hemos dicho, el verdadero espíritu nace de la pureza, luz y caridad. Estas da el Padre, Hijo y Espíritu Santo a quien guardare sus mandamientos, viniendo en su corazón (2): que esta observancia, dice San Epifanio (3), es maestro, guía, camino y luz del verdadero espíritu; y así como quien quiere hacer una agradable música en la vihuela, pone todas las cuerdas en sus clavijas estiradas y las va tocando artificiosamente con el dedo; de la misma manera, dice San Juan Crisóstomo (4), quien quiere enamorar a Dios y darle la música espiritual, que más suavemente oyen sus oídos, ponga en la vihuela de su conciencia las leyes que ha de guardar, y tocando con el dedo de la obra, que no basta solos deseos y palabras, podrá decir con David: *In Psalterio decachordo psallam tibi, Deus meus* (5). Haréte, Señor, música en el Salterio de las diez cuerdas. Y de aquí es, que después de la limpieza de la conciencia viene la observancia, y ésta es en siete maneras, donde nacen otras siete fuentes, que ejercitadas en la oración, se emplea y gasta muy bien el tiempo, y va el alma con seguridad aprovechando en el camino de la perfección. La primera es la observancia de la ley natural, que consiste en amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo, y en los propósitos primeros: *Recede a malo, et fac bonum* (6). Apártate de mal y haz bien; y en la regla: *Quod tibi non vis, alteri ne feceris.* Lo que no quieres para ti, no quieras para otro: que todo esto es lumbre impresa en nuestra alma del rostro de Dios, con que nacemos, que, según dice David, *signatum est super nos lumen vultus tui, Domine* (7). La segunda, los diez Mandamientos de la ley de Dios. La tercera, las obligaciones del estado de cada uno, como los preceptos de la Religión para los religiosos y las leyes del matrimonio para los casados. La quinta, las leyes del oficio que cada uno tiene: como las de los obispos el obispo, las de los jueces el juez. La sexta, los mandamientos de los Prelados y Superiores. La séptima y última, la observancia y reverencia de las divinas inspiraciones.

Siete partes de la observancia.

Que es muy buena manera de oración y segurísimo modo de alcanzar espíritu, el que nace de estas siete fuentes de la observancia.

---

1 Joan., XIV, 23.
2 Id.
3 Epiphan., serm. LXVI con. Man.
4 Chris., ho. 36, de virt. et vitiis.
5 Ps. XCLIII, 9.
6 Ps. XXXIII, 15.
7 Ps. IV, 7.

«No se aparte, dice el Señor, el libro de la ley de tu boca, sino meditarás en él de día y de noche» (1). Y quien en el tiempo de su oración meditase en los mandamientos de Dios y en las demás siete maneras de preceptos, y tratase con el Señor cómo las guardará con perfección, apuntado en qué quebranta algunos de ellos para enmendarse, en más estimaría su oración y espíritu que el de muchas personas, que dicen que hablan con Dios y que le ven, y que tienen revelaciones y visiones y que ven las almas que van al purgatorio o al infierno, o los pecados de los prójimos y cosas ocultas, aunque el vulgo estime éstas por más santas, porque a la hora de la muerte no han de dar cuenta de las cosas altas y escondidas, que les vinieron de los soberanos y altísimos conceptos de teología que se les descubrieron, sino de cómo guardaron las leyes y mandamientos que Dios les puso.

Y es muy buen ejercicio tener un librico donde estén apuntadas las leyes y obligaciones de sus estados, y después que salen de oración, hacer memoria de lo que en ellas faltan y en la oración se les hubieren descubierto, porque el demonio no les lleve al infierno por pecados ocultos de omisión, cebándolos y asegurándolos con regalos fingidos que en la oración suele traer. Acontecido ha, que mujeres casadas que se tienen por muy santas y están, a su parecer, muy enriquecidas con regalos de Dios en la oración, faltan en la obligación del débito conyugal, que obliga a pecado mortal, con título de mayor santidad, o otras cosas que ellas tienen por regalado espíritu y es engañoso; y otras que con título de no dejar los gustos de la oración, faltan, siendo religiosas, en las obediencias que les obliga a pecado mortal.

Virtudes.

Piensan algunos que es bajo espíritu y poco provechosa oración, cuando del ejercicio de ella se mueve el alma a los actos interiores o exteriores de las virtudes; y no hay oración más segura, más cierta y más provechosa. Porque así como un jardín de rosas y flores, dice San Gregorio Nacianceno (2), con el riego del agua fructifica, y no puede el agua ser de mayor fruto que regar y hacer crecer las plantas, así no hay mayor fruto del espíritu que producir, conservar y aumentar las virtudes del alma. El que navega, dice San Gregorio Niseno (3), por bien empleada tiene su navegación y pasar los peligros de las ondas del mar cuando llega al puerto. El que edifica, conténtase con labrar la casa: el labrador, con coger su grano, y cualquier oficial, consiguiendo el fin de su oficio. El puerto del espíritu es la virtud, la casa, grano, y fin de los exercicios espirituales son las virtudes: *Ibunt de virtute in virtutem, videbitur Deus eorum in Sion,* dice David (4), como quien dice: El que ve a Dios en Sión, que es quien contempla a Dios en este mundo, caminará de virtud en virtud. Y

1 Josue. I, 8.
2 Greg. Naz., Orat. de paup. fovenda.
3 Greg. Nisen., de Myst. vita Moysis.
4 Ps. LXXXIII, 8.

quien quisiere ver si va aprovechando en espíritu, vea si aprovecha en las virtudes, que sin ellas, por más visiones, revelaciones y raptos que tenga, su espíritu será flaco o engañoso. Creamos, pues a los Gregorios, Niseno y Nacianceno: y cuando en la oración nos moviéremos a hacer actos de fe, esperanza, caridad, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, y de cualquiera de sus especies o partes, asegurémonos que vamos caminando con buen espíritu. Siete virtudes.

El ejercicio de estas siete virtudes, son siete divinas fuentes de donde mana el agua clara, segura y provechosa del verdadero espíritu; de las cuales no es mi intento tratar en particular contando sus especies y partes, que eso ya sería revolver toda la filosofía moral; solamente quiero advertir cómo se hacen los actos de las virtudes, para mayor aumento de gracia y gloria. Estos actos se hacen con obras, palabras y pensamientos. Las obras, procure de ejercitarlas lo mas que pudiere, tomando por devoción de hacer obras cada día de algunas virtudes; como dar alguna limosna, por ejercitar la caridad, etc. Ejercítanse con palabras las virtudes, cuando el alma estando a sus solas dice algunas palabras hablando con el Señor vocalmente, con que declara el afecto de la virtud; como es, diciendo quien quiere hacer acto de fe: Señor, yo creo y tengo todo lo que la santa madre Iglesia Católica, Romana, y por esta fe moriré mil veces, como decía un padre, *Credo Domine, adjuva incredulitatem meam* (1) De la esperanza: *In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum* (2) En ti, Señor, confío y espero. De la caridad: *Diligam te, Domine, fortitudo mea* (3): Amaréte, Dios mío, fortaleza mía. De la justicia: Señor, no agraviaré a nadie por cuantas cosas hay criadas. De la prudencia: Dame, Señor, que yo acierte con prudencia a servirte. De la fortaleza: Señor, *in te inimicos nostros ventilabimus cornu* (4). Con vuestro favor desprecio mis enemigos. Finalmente de la templanza: Señor, no quiero cosa superflua, sino como dice San Pablo (5), teniendo «un pedazo de pan que comer y con qué cubrir mis carnes, con esto estoy contento». Y no piense nadie que es baja oración ni poco espíritu estar hablando con Dios estas palabras que declaran los deseos, que lo que dice la boca y no lo contradice el corazón es acto de la voluntad.

Los actos interiores de las virtudes, que son pensamientos y deseos de ellas, es muy alta y excelente oración y seguro espíritu, y esto se hace poniéndose en presencia de Dios y de los santos, y aunque no hable nada con la boca, ejercitándose en pensamientos y deseos de las virtudes: como es pensar y desear, quien quiere hacer actos de la fe, que si se hallase entre herejes, por no faltar un punto de la fe, se dejaría martirizar, etc., y así en las demás virtudes; y es ejercicio muy saludable hacer cada día por cuenta algunos actos de amor de Dios y de las otras virtudes, o de aquellas que más ha menester o que le faltan.

---

1 Marc., IX, 23
2 Ps. XXX, 1.
3 Ps. XVII, 2.
4 Ps. XLIII, 6.
5 I ad Tim., VI, 8.

CAPITULO IX

EN QUE SE PROSIGUEN LAS CIEN FUENTES. TRATA DE LOS VERDADEROS DESEOS COLEGIDOS DEL «PATER NOSTER» Y DE LAS GRANDEZAS DEL ESPIRITU CONTENIDAS EN LA «MAGNIFICAT».

Verdaderos deseos y peticiones contenidos en el «Pater noster».

No puede haber mejor maestro de espíritu que Cristo Jesús, ni quien mejor enseñe la verdadera y provechosa oración. Y pues que, cuando los discípulos le preguntaron: Señor, enséñanos a orar, respondió: *Cum oratis, dicite: Pater noster, etc.* (1), cierto es, que en esta divina petición se suma lo mejor que el alma puede desear y pedir a Dios. Decíamos que en los buenos deseos consiste el buen espíritu pues Cristo «es resplandor de su eterno Padre», como declara Orígenes (2), sobre estas palabras del apóstol San Pablo, «y Doctor y maestro nuestro», como declara de Isaías Eusebio Emiseno (3), virtud, verdad, vida, guía y luz de nuestras almas, como de las divinas letras colige San Gregorio Nacianceno (4), asegurémonos, que en esta doctrina que dió a sus Apóstoles de espíritu y forma de oración del *Pater noster*, se encierra lo sumo y más alto de lo que con Dios podemos tratar. A siete deseos se reducen todos los buenos que puede tener el alma. El primero, es desear y pedir la honra y gloria de Dios: este se colige de estas palabras: *Sanctificetur nomen tuum.* El segundo, la salvación de nuestras almas y de las de todos los prójimos, que se declara diciendo: *Adveniat Regnum tuum.* El tercero, que cumplamos con perfección la voluntad de Dios; este se declara diciendo: *Fiat voluntas tua, sicut in coelo et in terra.* El cuarto, que Dios nos dé todos los medios temporales y espirituales de que tenemos necesidad para salvarnos, llamados pan, y así decimos: *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie.* El quinto, perdón de pecados: *Dimitte nobis debita nostra, etc.* El sexto, fortaleza contra las tentaciones: *Et ne nos inducas in tentationem.* El séptimo y último, que nos libre de todo mal de pena y de culpa: *Sed libera nos a malo*, etc. Cosa maravillosa es que venga Dios del cielo a la tierra y nos enseñe el camino del espíritu más alto, más provechoso y más seguro que puede haber en el mundo, con palabras tan breves, tan claras y compendiosas; y que, olvidados de esta doctrina, busquemos modos intrincados de oración, en que nos enlazar o detener para no llegar a lo más perfecto. Si el alma está con ímpetu fervoroso y quiere arrojar la voluntad con la fuerza del amor, ¿qué mejor deseo y espíritu puede tener que uno de estos siete, contenidos en el *Pater noster*? Si se halla tibia y no acierta a lo mejor, váyase por este ca-

Siete deseos

1 Luc., XI, 2.
2 Orig. ho. VI, in Jerem.
3 Euseb. Emisf., hom. I, de Nativ. Domini.
4 Greg. Nazianz., Tract. de Fide.

mino que Dios la tiene enseñado. Si se halla desatenta, dígalo de palabra, que, como dicen Oseas (1) y David (2); pues Dios crió el oído, bien oye y pues formó los ojos, bien considera, y así se han de tomar palabras en la boca, cuando estuviere seco el corazón. No tengo paciencia con algunos, que se les hace oscuro e inaccesible el camino del espíritu, siendo tan claro y manifiesto, como se contiene en el *Pater noster*. Y porque de la declaración de él tengo escrito un libro grande, que se intitula de la *Oración vocal y mental*, basta decir que quien quisiere oración llana, segura y alta y espíritu verdadero, ejercite en ella estos siete deseos.

Grandezas de espíritu colegidas de la «Magnificat».

Así como Dios, dice San Irineo (3), habiendo criado a Adán formó a Eva, y la llamó madre de todos los vivientes (4), así, después de Cristo, quien mejor enseña el verdadero espíritu es María Virgen, Nuestra Señora y maestra de todo buen espíritu; que no en balde, dice San Ambrosio (5), la llamaron María, que en lengua siríaca, persiana, caldea y hebrea, quiere decir estrella, señora, levantada y maestra, sino porque, como estrella, nos guía en las tinieblas interiores del alma; como señora y levantada, tuvo el más alto y excelente espíritu que se halló en las criaturas; y como maestra nos le enseña, y principalmente en su canto de la *Magnificat*. Del cual se coligen siete grandezas y altezas a que el espíritu verdadero y seguro suele llegar. La primera se llama estima de Dios y de sus cosas; porque reconociendo en la oración a Dios por infinito, tenemos en grande estima y reputación cualquier cosa de su servicio, por pequeña que sea; y en su comparación menospreciamos las cosas criadas, por grandes que parezcan, y las ponemos debajo de los pies, y eso quiere decir: *Magnificat anima mea Dominum* (6); engrandece mi alma al Señor. La segunda es el gozo, alegría, contento y regalo que viene al alma considerando ser Dios quien es, y tener los bienes que tiene; con el cual gozo y alegría nuestros desconsuelos y aflicciones no nos perturban, y eso es: *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo*: Regocijóse mi espíritu en Dios, que es mi salud. La tercera es profunda humildad y conocimiento propio de nuestra bajeza: porque así como el cielo se mueve en dos polos, llamados ártico y antártico, así este cielo interior del espíritu se gobierna sobre estos dos conocimientos: Quién es Dios y quién soy yo; de los cuales nunca salía San Francisco en su oración, que sin duda era buena y de buen espíritu; y de ellos nace el amor de Dios y la profunda humildad, tan agradable al Señor que hizo grandes bienes a la Virgen: *Quia respexit humilitatem ancillae suae*: Porque miro la humildad de su sierva. La cuarta, agradecimiento de los beneficios recibidos y que cada día recibimos de la mano de Dios, y de las misericordias que con nosotros usa de generación en generación: *Quia fecit mihi magna, qui potens*

Siete grandezas del verdadero espíritu. Estima.

Humildad.

Agradecimiento.

1 Ose., XIV, 10.
2 Ps. XCIII, 9.
3 Adver. haeres.
4 Genes., III, 20.
5 Ambros., ser. de Nativit. Mariae.
6 Luc., I, 46.

Temor. *est*; porque me ha dado grandes bienes el que es poderoso. La quinta, «temor de Dios, que es principio de la sabiduría» (1). Y aunque el temor servil no es malo, el temor filial que tienen los Santos y el reverencial que tenía la Virgen, es lo sumo a que puede llegar un buen espíritu; que si Dios «derribó de las sillas del cielo a los poderosos ángeles y quitó aquel reino a los que fueron soberbios de corazón, obrando castigó con su poderoso brazo» (2): ¿quién no an-

Fervor. dará atravesado el corazón con clavos del temor? La sexta, fervor y hambre en los deseos, que es una eficacia interior que pone el buen espíritu en el alma, con que tomamos con mucha gana el servicio de nuestro Criador, a quien corresponde por premio la plenitud y henchimiento de corazón; porque, según dice la Virgen: *esurientes imple-*

Presencia de Dios. *vit bonis*: a los hambrientos llenó de bienes. La séptima y última, presencia unitiva de Cristo, que se declara en estas palabras: *Suscepit Israel puerum suum*: recibió Israel su niño; porque de las cuatro presencias de Dios, que se llaman: presencia real o exterior, cual es la de las imágenes y del Santísimo Sacramento, presencia imaginaria interior, presencia intelectual, y presencia unitiva; la más alta es ésta postrera. Israel quiere decir el que ve a Dios; y esta vista y presencia de Dios, como se puede alcanzar en esta vida, es cuando con ella recibe el alma su Cristo y le tiene presente, junto y unido consigo, que se le dió el Padre Eterno, usando de misericordia y cumpliendo la palabra que tenía dada a los padres antiguos, Abrahán y sus sucesores, y teniendo a este Cristo en el alma, desea, piensa y pide lo que desearía, pensaría y pediría Cristo, si fuese la misma persona que ora; y entonces está en el muy alto grado de espíritu, más de lo que se puede decir.

La razón de que estas siete fuentes de espíritu, que hemos llamado grandezas, contenidas en la *Magnificat*, que es la principal doctrina que nos enseñó la Virgen, sean principio del verdadero y alto espíritu, es ésta. Lo primero en cuanto a la estima de Dios: ésta nace de la luz de la oración, con que se conoce ser Dios infinito, omnipotente, sabio, justiciero, etc. Y de este conocimiento se sigue que cualquier cosa de Dios, principalmente la voluntad divina, es de la misma grandeza, sabiduría y bondad, etc., y el alma por este camino engrandece y estima en su opinión la divina voluntad, más que a ninguna otra cosa criada, y anda buscando en qué cumplir esta voluntad de Dios. Y como ve que se cumple con la guarda de su ley y ejercicio de virtudes, estima en más y tiene en mayor reputación, no quebrantar un mínimo mandamiento de Dios o hacer un acto agradable a esta divina voluntad, que si le diesen todos los tesoros de la tierra y la hiciesen señora de todo el mundo. Y de aquí nace la verdadera observancia, la pureza del alma, el recato para guardarse de las ocasiones y los demás caminos seguros para ir a la bienaventuranza. Y a mi parecer esto quiso decir el apóstol S. Pablo en aquellas palabras: *Omnia arbitratus tum ut stercora, ut Christum lucrifaciam* (3): como quien dice: En comparación de hacer alguna obra

1 Eccli., I, 16. Psal. CX, 10. 2 Luc., I, 51-52. 3 Ad Philip., III, 8.

agradable a Dios con que se enriquece la honra de Cristo, todo lo demás tengo por estiércol. Bien al contrario es esto de lo que hacen la gente engolfada en el mundo, que estiman en más un poco de deleite, una miseria de hacienda y un punto de honra, que la voluntad de Dios; pues a trueque de no perderla, pecan y la quebrantan, menospreciando al Señor por su propio interese.

El gozo y alegría en Dios, que dice aquí la Virgen, nace de la buena oración; el cual gozo no es solamente los júbilos y regalos espirituales, de quien después diremos, sino una complacencia, un contento que viene a la voluntad cuando en la oración ama a Dios; y, porque amar es desear bien para el amado, desea que Dios tenga todos los bienes que se pueden desear; y, considerando quién es Dios, se le descubre que este Dios tiene todos los bienes que el alma le podría desear. Que cuando se desea para un amigo lo que no tiene el amigo, se llama desiderium, pero cuando desea lo que posee se llama gozo; porque ya el que desea, tiene cumplido su deseo y está la voluntad en su centro. Desea una madre muchos bienes para su hijo, que ama; si le ve enfermo, deseale salud, si pobre, riquezas, y si abatido, honras, etc. Viénenle a decir, estando su hijo ausente, que se le han hecho rey y está muy rico, santo, etc.; con esta nueva que le dan, le nace un gozo, regocijo, un contento y una alegría tan grande y extraordinaria, que aunque la madre en sí padezca enfermedades y dolores, no parece que lo siente, porque se los deshace la alegría de ver a su hijo tan engrandecido. No de otra manera desea el alma para Dios, a quien ama más que madre a hijo, todo el bien que puede Dios tener. Danle nuevas en la verdadera oración de buen espíritu, que le declara, que su amigo Dios es infinito, tiene gloria infinita, es servido de innumerables ángeles, etc.. Estas nuevas que le vienen con la luz de la oración, le dan tal contento, gozo y alegría, que olvidándose de todos sus trabajos, aflicciones y miserias, se emplea en glorificar, adorar, honrar y ensalzar a su Dios, y vive con tan gran paz y contento, que ninguna cosa le perturba, siempre está alegre, siempre tiene quietud y sosiego. Y algunas veces suele redundar en el cuerpo de este contento salud y fuerzas y otros honestísimos gustos. Bien al contrario es esto de algunos de falso espíritu o de espíritus tristes, que, como dice el Sabio, «secan los huesos» (1), que toda la vida se les va en amarguras de corazón y en temores y escrúpulos, con que pierden la salud del cuerpo y el aprovechamiento del alma.

La humildad profunda, que es el tercer espíritu que nos enseña la Virgen, conserva todos los bienes del corazón, y nace del conocimiento de nosotros mismos, que nos viene con la luz de la verdadera oración; que así como quien entrase con una antorcha encendida en una cueva llena de telarañas, pecina, sapos y culebras, que antes no veía, le da gran horror y aborrecimiento tan sucia morada, así quien entra con la luz de la verdadera oración y espíritu dentro de sí mismo y ve tantos pecados pasados, tantas faltas e imperfecciones pre-

---

1 Prov., XVII, 22.

sentes, tantas pasiones mal resistidas y las demás miserias, que son innumerables, es imposible que no le dé aborrecimiento, confusión y deseo de verse poco estimado, despreciado y perseguido. Decía la madre Teresa de Jesús muchas veces, que no sabía cómo era posible, que quien sigue oración tuviese vanagloria; pues la oración descubre quién es Dios para estimarle, y quién somos nosotros mismos para aborrecernos y abatirnos. Y si la Virgen María y Jesucristo Nuestro Señor cuando consideraban sus almas, y no hallaban en ellas cosa que fuese desagradable a Dios, con todo eso eran los más humildes que hubo en la tierra, porque consideraban, que de su parte y cosecha eran nada, y que todo el bien le tenían de Dios, que a ésta llaman los contemplativos humildad hidalga, y a la otra que nace de consideración de pecado y faltas, llaman humildad villana, porque es a puro palo y consideración de pecados y defectos, de la cual dice David: *Priusquam humiliarer, ego deliqui* (1): como quien dice: si me humillé, es por considerar los pecados que cometí; ¿cuánto es más razón, que nos humillemos los pecadores que tantas faltas hemos cometido?

Y cuando con esta luz de oración, mirándose el hombre a sí mismo y los rincones de su conciencia, halla alguna cosa buena, viendo que es dádiva de la mano de Dios sin su merecimiento, viene a espíritu de la gratitud, dando gracias al Señor por todo lo bueno que en sí ve, y por todos los males de que le ha librado y por todas las mercedes que ha recibido; y es muy buen espíritu dar gracias a Dios repitiendo muchas veces: *Gloria Patri et Filio, etc.* Del espíritu del temor, del fervor y la unión y de la humildad pudiéramos decir muchas cosas, pero porque lo hemos de tratar adelante más en particular, baste ahora lo dicho en declaración de las grandezas de espíritu que nos enseña la Virgen en su *Magnificat*, que son siete fuentes de oración y espíritu verdadero.

CAPITULO X

DE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS. DECLARASE CUAN SEGURA Y PROVECHOSA ORACION Y ESPIRITU TIENE A QUIEN DIOS LLEVA POR DESEOS DE POBREZA, MANSEDUMBRE, LAGRIMAS, JUSTICIA, MISERICORDIA, PUREZA, PAZ Y PACIENCIA.

No puede tener mayor gusto y contento un caminante, que enseñarle el camino más corto, más cierto y más derecho, y darle luz para que no se pierda ni detenga, andando caminos torcidos y peligrosos. Si se hallase un hombre en un desierto pereciéndose de sed, quien le mostrase las fuentes de agua clara, sana y provechosa para que no se abalanzase a beber de charcos emponzoñados, haríale el mayor bien que puede. Mi intento en este Dilucidario es mostrar a las almas que siguen oración los verdaderos caminos del espíritu, para que no vayan a peligro de ilusiones, ni pierdan tiempo en examinar

---

1 Ps. CXVIII, 67.

su modo de proceder con unos y otros confesores; y descubrir las fuentes donde puedan beber el agua más clara y provechosa de buen espíritu; y darles luz con este mi Dilucidario, para que en lugar tan oscuro como la conciencia, puedan hallar la joya preciosa del espíritu verdadero, haciendo el oficio de guía de caminos, paje de hacha y sal de la tierra. Y si hablara de mi propio ingenio, no era razón tener por tan segura mi doctrina, pero procuro lo más que puedo ir arrimado a los Santos y principalmente lo que escriben Cristo y la Sagrada Escritura, declarada por los Doctores, que es luz segura, clara y provechosa para no poder errar; y así será razón que sea creído. Digo esto por dos cosas. La primera, porque en estas cien fuentes de espíritu no es mi intento tratar de cada una de propósito, ni detenerme en ella, sino dar a entender, que son principio de verdadero espíritu, y tocando algo de ellas, pasar adelante; como quien enseña el camino, que no le anda hasta el cabo, sino pone el caminante en el principio y deja que camine por él; y quien enseña las buenas fuentes no está obligado a agotar cada una, basta probar del agua, asegurar que es buena y pasar adelante. Y con esto respondo a muchos que han dicho, cuando imprimí este libro la primera vez, que tocaba estas materias muy sucintamente; que quisieran fuera más despacio, enriqueciéndolas con autoridades, ejemplos y más doctrina. La segunda, porque de más de las catorce fuentes que he dicho habernos enseñado Cristo y su Madre en el *Pater noster* y *Magnificat*, nos enseña ocho, de que ahora tengo de tratar, que se llaman bienaventuranzas; y son de las más claras, ciertas, seguras y provechosas que se hallan para beber el agua del buen espíritu.

Gran deseo ha tenido la humana sabiduría de entender cuál sea el último fin, la mayor felicidad, la gloria, el sumo descanso y mayor bien que el hombre puede tener; y como la sabiduría humana sea necedad acerca de Dios, como dice San Pablo (1), y largamente declara Hermas (2), filósofo cristiano, en una apología que hace contra los filósofos gentiles, los más sabios anduvieron en este punto más desatinados. Simónides llamó gloria y último fin a la abundancia, riquezas y honra. Hecateo dijo que era la venganza y salir cada uno con la suya para que nadie se le atreviese. Antístenes puso la suma felicidad en la alegría y contento, y que nunca entre tristeza en el corazón. Epicuro en los deleites de la gula y carne. Timón en la tranquilidad del ánimo y no padecer trabajos. Aun más acertados anduvieron Anaxágoras que llamó bienaventurados a los que consideran las cosas de esta vida y alcanzan saber sus causas; y Herilo a los que saben muchas curiosidades y delicadezas de ingenio; y Pitágoras que llamaba bienaventuranza el entender aquellos sus números que eran unas conveniencias de las esencias criadas; y mucho más acertó Aristóteles que puso la bienaventuranza en el conocimiento de las cosas universales y de Dios, como primera causa de ellas; y el divino Platón que dijo ser el conocimiento de la virtud, porque nos lleva a Dios. Pero como Cristo es verdadero filósofo que el Padre

Engaño de los Filósofos gentiles acerca del último fin.

1 I ad Cor., III, 19. 2 Hermas, in Apologia.

eterno, como dice Isaías (1), le puso por preceptor de las gentes, él nos declaró que la bienaventuranza en la otra vida es ver a Dios y a su Hijo Jesucristo: *Haec est autem vita aeterna ut cognoscant te verum Deum, et quem misisti Jesum Christum* (2), y en esta vida el conocimiento de Dios y de Jesucristo, junto con el amor y caridad de Dios y del prójimo; y estas dos cosas, que son contemplación y amor, se llaman verdadero espíritu, del cual nacen ocho fuentes, que por esta razón se llaman bienaventuranzas, y son como ocho caminos reales para el espíritu, ocho reglas de la divina filosofía del cielo, y ocho fuentes donde mana el verdadero espíritu, descubiertas por Cristo en el desierto de este mundo (3), mucho mejores que las que descubrió Moisés para que bebiesen los hijos de Israel cuando caminaban a la tierra de promisión, que las escribe San Mateo, y llámanse: pobreza de espíritu, mansedumbre, lágrimas, justicia, misericordia, pureza, paz y paciencia, de las cuales aunque pudiera escribir mucho, sólo declararé qué sean y cómo sean fuentes de espíritu verdadero.

Pobreza de espíritu.

Cuando un alma medita en la oración a Cristo crucificado, y que no tiene «dónde reclinar su cabeza, teniendo las avecillas del cielo nidos y las vulpejas cuevas» (4); y le ve tan afrentado y deshonrado que se llama oprobio (5), sólo el deseo de la gloria de su eterno Padre y de la salvación de las almas; y de esta consideración le nace una verdadera gana y deseo de no tener hacienda en este mundo, y si la tiene, como algunos reyes y papas santos la han tenido, no hacer caso de ella; y demás de esto desprecia la honra y no se le da nada ser estimado en el mundo, antes gusta de verse afrentado y abatido por Cristo; y finalmente, desecha todos los deseos que no sean de la gloria y honra de Dios y bien de las almas, entonces bebe de esta fuente de la pobreza del espíritu; porque pobres de espíritu se llaman tres suertes de personas. Lo primero, los que con espíritu y voluntad desechan la hacienda. Lo segundo, los que no tienen ni quieren vanidades, honras ni viento en que fabricar castillos, cuales son los humildes, tomando espíritu en la significación que significa el viento. Lo tercero, llamando espíritu a los deseos, los que tienen solo un deseo, que es el agradar a Dios y al prójimo y desechan los demás.

Mansedumbre.

Es muy buen espíritu aprender de Cristo, que es manso y humilde de corazón (6), y cuando una persona sigue oración, que aunque sea de su naturaleza colérica y airada, con el espíritu que de ella saca, se hace mansa, habla con blandura a sus prójimos y les

1 Isai., LV, 4.
2 Joan, XVII, 3.
3 Matth., V, 3-11.
4 Luc., IX, 58.
5 Ps. XXI, 7.
6 Matth., XI, 29.

trata con benignidad, esta alma va aprovechada en espíritu verdadero. Como acaeció a aquel santo ermitaño que tenía fama de ser el más manso y sufrido de todo el desierto, y estando un día cavando en la huerta, habían venido unos frailes de fuera, y loándosele los del convento de muy manso, fueron donde él estaba para experimentar su mansedumbre, y llegándose sin que los viese, le dieron un bofetón; él revolvió con la azada y rompió al uno la cabeza; ellos admirados de aquel acto de cólera, le preguntaron ¿cómo había hecho aquello siendo tan manso?, respondió: que de su naturaleza era el hombre más colérico y airado que había en el mundo, pero que le habían cogido aquel día sin haber tenido oración, y así que no se espantasen, que no obraba él sino su mal natural.

Lágrimas.

Tres maneras hay de ellas, lágrimas de compunción, lágrimas de compasión y lágrimas de devoción y ternura, y por cualquier caño de estos tres que corra el espíritu de las lágrimas, es muy bueno y seguro. Dice San Agustín (1), que por más santo que uno sea, siempre ha de llorar los pecados de la vida pasada hasta la hora de la muerte, porque lo cierto es, que con ellas se lavan y perdonan, y es de fe que nadie puede saber si está en gracia y si le son perdonados. Por esta causa lloró Santa Pelagia desde que se convirtió hasta que murió, y San Pedro la negación de Cristo hasta la fin de sus días, tanto que tenía llagas en el rostro de los arroyos de lágrimas que continuamente derramaba; y la Magdalena, con haber oído de la boca de Cristo, perdonados son tus pecados (2), no los dejó de llorar haciendo por ellos treinta años de áspera penitencia, y así no tengo por espíritu seguro el de algunos, que dicen que han oído de la boca de Cristo haberles perdonado sus pecados, y que por esa causa no los lloran más.

Las lágrimas de compasión, ahora sean meditando lo que Cristo padeció por nosotros, ahora sean considerando las muchas almas que se condenan, y las aflicciones y trabajos de la Iglesia católica, es agua muy dulce y sabrosa para el espíritu, que la deseaba el santificado en el vientre de su madre, Jeremías, diciendo: *Quis dabit capiti meo aquam, et oculis meis fontes lacrimarum, et plorabo die, ac nocte interfectos filiae populi mei* (3). ¿Quién dará agua para mi cabeza y que mis ojos se tornen fuentes de lágrimas? Lloraré de día y de noche los que se condenan de mi pueblo. No son menos importantes y señal de buen espíritu las lágrimas de ternura y devoción, cuando, después que el alma ha perseverado en la oración mental y sufrido algunas sequedades interiores, derretidos los hielos del corazón y enternecidas las entrañas, se resuelve toda en lágrimas que le caen hilo a hilo por los ojos, no habiendo podido sufrir el frío del espíritu, según aquellas palabras del Salmo: *Ante faciem frigoris ejus quis sustinebit? emittet ver-*

1 August. 2 Luc., VII, 48. 3 Jerem., IX, 1.

bum suum, et liquefaciet ea, flabit spiritus ejus, et fluent aquae (1): quiere decir: ¿quién podrá sufrir el frío del corazón? mas perseverando en orar envía Dios su palabra interior y derrite los hielos, corre su viento abrigo de la ternura, y mana el agua de las lágrimas de hilo en hilo. El agua de esta fuente de las lágrimas de compunción, compasión y devoción es un suavísimo néctar para el gusto de Dios, y más sabrosa que la que trajeron los tres capitanes a David de la cisterna de Belén (2). Pero no han de ser tantas y tan sin orden, que hagan enflaquecer la cabeza, de tal suerte que no le quede fuerzas para perseverar en los ejercicios espirituales.

Hambre y sed de justicia.

Justicia es lo mismo que rectitud y bondad, y cumplir el alma con todos los que debe, sin tener a nadie agraviado. Pues cuando de la oración sale una determinación verdadera de cumplir lo que debe a Dios, dándole reverencia debida como a Dios infinito, amor como a Padre verdadero, y temor como a juez, y de no tener agraviado a ningún prójimo, dando a los superiores la obediencia, a los iguales benevolencia, y beneficencia y hacer bien a los inferiores, y queriendo cumplir con lo que debe a su misma persona, porque está obligado de guardar pureza en los pensamientos, verdad en las palabras y rectitud y buena intención en las obras; el deseo vivo y la hambre y sed, ímpetu y apetito fervoroso de guardar esta rectitud y justicia, es el más sano, santo y verdadero espíritu que se puede tener, y el que así procede va sin peligro en la oración.

Misericordia.

Propiamente hablando, misericordia quiere decir compasión y piedad de corazón, *quasi miserum cor*, y por más gustos y regalos y milagros que uno pretenda en el espíritu, si no se apiada de los trabajos de sus hermanos y, ya que no pueda favorecerlos con obras, no siente y se duele de sus miserias, crea que no va guiado con verdadero espíritu; que como este espíritu se funda en el amor de Dios, el que dijere que ama a Dios, a quien no ve, y no ama al prójimo que tiene delante, compadeciéndose de sus miserias corporales o espirituales, y si pudiere, ejercitando las obras de misericordia espirituales y corporales, o algunas de ellas, según su posibilidad, sepa que no va guiado con espíritu verdadero. Líbreme Dios de algunos que se tienen por muy espirituales y contemplativos, y tienen un corazón tan duro, tan seco y tan cruel con sus hermanos, que por no perder un punto de su reputación y quietud, dejarán ir las almas al infierno, o morir de hambre y padecer otros trabajos por no les acudir con doctrina, consuelo, favor o sustento. No han bebido éstos de la fuente de misericordia ni saben que es propio de Dios, *misereri sem-*

1 Ps. CXLVII, 17, 18. 2 I Paral., XI, 18.

per et parcere, misericordia y perdonar. Bien es verdad que ha de haber recato para que, con título de hacer bien, consolar o animar a personas peligrosas, no se ponga nadie a peligro de ofensa de Dios; porque *quid prodest homini, si universum mundum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur?* (1), ¿qué le aprovecha aunque gane todo el mundo, si su alma padece detrimento en la gracia, pureza y castidad?

Pureza de corazón.

Así como quien enciende una candela para deshollinar y limpiar todos los rincones de su casa y que no le quede ni una mínima telaraña, que no esté toda barrida, para poder en ella recibir al rey a quien espera por huésped, así quien enciende la candela del espíritu para examinar muy bien lo interior de su conciencia, en que ha de hospedar al Rey eterno y a la divina Sabiduría de su Hijo, lo que más ha de procurar es tenerla tan limpia que no quede en ella pecado, ni rastro ni sombra de él, como dice el divino Dionisio (2), pues, según el Sabio, *in malevolam animam non intrabit sapientia, nec habitabit in corpore subdito peccatis* (3), no entra la sabiduría en el alma mala ni mora en corazón que admite malos pensamientos. Y así tengo por bueno y verdaderísimo espíritu la luz que uno saca de la oración, para entender sus pensamientos y deseos, y saber cuáles son consentidos, cuáles detenidos y cuáles las delectaciones morosas, para no condenarse por los pecados ocultos de malos pensamientos, lavándose con el agua de esta fuente de la pureza, según aquellas palabras: *Lava a malitia cor tuum, ut salva fias* (4): lava tu corazón de la malicia de pensamientos, si te quieres salvar, *quousque morabuntur in te cogitationes noxiae?* ¿hasta cuándo estarás enfrascada en malos pensamientos y encenagada en desordenados deseos?

Paz.

El profeta Isaías declarando el fruto del verdadero espíritu, pone la paz, cuando dice: *Erit opus justitiae pax* (5), será la obra de la justicia la paz, la cual paz es de tres maneras: Paz para consigo mismo, paz para con el prójimo y paz para con Dios. Y escribiendo de la atención interior que tienen los que siguen verdadera oración, el real profeta David dice estas palabras: *Audiam quid loquatur in me Dominus Deus meus, quoniam loquetur pacem in plebem suam, et in eos, qui convertuntur ad cor* (6): oiré, dice, con atención interior de espíritu lo que habla dentro de mí mi Dios, cuando en la oración atenta entra en lo interior de mi corazón, para le escuchar, porque habla paz con su pueblo, y en aquellos que se convierten y miran lo que pasa dentro de su corazón.

1 Matth., XVI, 26.
2 MG. 3, 439.
3 Sap. I, 4.
4 Jerem., IV, 14.
5 Isai., XXXII, 18.
6 Ps. LXXXIV, 9.

Paciencia.

No hay señal más verdadera del espíritu, que cuando un alma se siente afligida, perseguida, atribulada y trabajada, ahora sea con trabajos exteriores, cuales son hambre, sed, frío, calor, cansancio, dolores, afrentas, calumnias, infamias y otros muchos, ahora sea con interiores, cuales son las melancolías, tristezas, sequedades de espíritu, escrúpulos, miedos, turbaciones, imaginaciones importunas y el que llaman espíritu de blasfemia y los demás, se va a la oración, y se consuela con Cristo crucificado, y de allí saca espíritu de paciencia y sufrimiento. Mas, porque después tengo de hablar más largo de la paz y paciencia, basta ahora esta doctrina acerca de las fuentes de las bienaventuranzas.

CAPITULO XI

DE LOS PREMIOS DE LAS BIENAVENTURANZAS, DE LOS AFECTOS DEL AMOR DE DIOS, DE LAS SEÑALES DE LA CARIDAD QUE SON FUENTES DEL VERDADERO ESPIRITU.

Premios concedidos en esta vida a los que ejercitan las bienaventuranzas.

Por San Mateo (1), en el capítulo quinto declaró el Señor las bienaventuranzas que hemos escrito, diciendo: *Beati pauperes spiritu, etc.*, que son: pobreza, mansedumbre, lloro, hambre y sed de justicia, misericordia, limpieza de corazón, paz y paciencia en las tribulaciones. Y aunque estas ocho parecen ásperas y desabridas a la carne, inclinada a la riqueza, venganza, contento, descanso, amor propio, odio y poca paciencia, tienen escondidos en sí, demás del premio de la gloria, a los que las siguen, tan soberanos premios en esta vida, que no hay lengua humana que los acabe de declarar, y nadie se espante que estén escondidas grandezas en cosas ásperas, porque, según el gran Basilio (2), así como no se alcanza la salud sino mediante las sangrías y purgas trabajosas de sufrir, así no se alcanza lo sumo del espíritu sino mediante trabajos. No huelen los ungüentos sino desmenuzados, ni el grano da fruto a treinta, sesenta y ciento, dice San Gregorio papa (3), sino habiendo pasado por vientos, nieves y soles; así nadie piense que ha de venir a recibir los premios sino por grandes trabajos, «ni será coronado sino quien legítimamente peleare» (4). Estos premios son siete: reino interior, paz del alma, cuando tiene la razón sujeto al apetito, consuelos y regalos del corazón, hartura, henchimiento y satisfacción de la conciencia, sentir en sí la misericordia

Siete premios de las bienaventuranzas.

1 Matth., V, 3.
2 Bas. in I c. Esa.
3 Greg., lib. I, Mor., cap. IV.
4 II ad Timoth., II, 5.

de Dios, visiones y revelaciones, regalos y ternuras y trato con Dios, como de hijo querido con padre que mucho le ama.

Reino interior se llama una grandeza de ánimo que el alma de buen espíritu siente dentro de sí, con que desprecia y tiene debajo de los pies todo lo criado en comparación de Dios. Dícese también reino interior una riqueza dentro del corazón, con la cual el alma que entra a lo interior de su conciencia, halla con la consideración como unos palacios reales o un reino celestial, en el cual preside Cristo como rey, la Virgen como reina, los ángeles y bienaventurados como cortesanos. De este reino dijo el Señor: «El reino de Dios está dentro de vosotros (1). Alcánzase este reino con la pobreza, despreciando todo lo criado, y con el padecer sin querer descansos. Y así se entienden aquellas palabras: «Ninguno que pone mano al arado (de la cruz) y vuelve a mirar atrás, es apto para el reino de Dios» (2). Quien hubiere padecido muchas afrentas con silencio y amor de los que le persiguen, y no pusiere los ojos en cosa criada y perseverare en la oración, con pureza, luz y caridad, podrá decir algo de esta grandeza de ánimo y riqueza de espíritu que por palabras no se sabe declarar qué sea, más de que son bienaventurados los pobres y los que padecen, que suyo es este reino de los cielos en esta vida y la gloria en la venidera. La quietud de espíritu nace de estar sujeta lo más que pudiere la sensualidad a la razón, habiendo precedido penitencia, mortificación y mansedumbre que la rinden y sujetan; y así «son bienaventurados los mansos que poseerán la tierra»; quiere decir tierra, la sensualidad y apetito. Si hubiéramos de decir ahora en particular de los consuelos interiores y las diversas maneras que hay de ellos, fuera menester escribir de solo esto un gran libro; basta decir que cuando una persona ha llorado sus pecados con contrición, los ajenos con celo, las miserias del mundo con aflicción y los dolores de Cristo con compasión, en medio de todas estas lágrimas le sale el sol, y le nace en lo interior del alma una ternura, un consuelo y alegría como si el mismo Hijo de Dios con sus «benditas manos le limpiase las lágrimas de los ojos» (1), regalando interiormente su alma, como una madre a un niño, cuando le acalla, y así *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur.* Entre los consuelos que Dios da al alma, aunque todos ellos son excelentes, ninguno se llega a la hartura, henchimiento y satisfacción de la conciencia, que es una plenitud interior, donde el alma tiene todo lo que puede desear y ninguna cosa parece que le falta. Si le suceden cosas prósperas del mundo, tiene el alma hartura por vía del agradecimiento y amor, si adversas, como el espíritu está deseando cruz para más imitar a Cristo, cáusanle más satisfacción y hartura. Habrá un alma de éstas a quien tengan lástima los que no entienden lo que pasa en su corazón, viéndole afrentado y perseguido, que habiendo alcanzado esta hartura, le parezca que vive en la gloria. Esta hartura se da a los que con hambre y sed, fervor e ímpetu, desean que Dios sea glorificado y servido en todo el mundo y que las al-

Reino interior.

Quietud.

Consuelos.

Henchimiento y hartura de espíritu.

1 Luc., XVII, 21. 2 Luc., IX, 62. 3 Apoc., XXI, 4.

mas se salven. Y porque este servicio de Dios se llama justicia: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, que ellos serán hartos». Acontece con el buen espíritu, sentir el alma dentro de sí misma tanta benignidad, piedad, favor y misericordia de Cristo, que le parece, aunque no puede haber de ello certidumbre, haberle Dios perdonado sus pecados y ser ya su amigo, y esto es alcanzar misericordia. De las visiones y regalos de hijos que da Dios a los puros y pacíficos, diremos en la segunda parte de este Dilucidario.

Misericordia.

Visiones. Regalos.

CAPITULO XII

DE LOS DOCE AFECTOS DEL AMOR DE DIOS Y DE LAS DOCE SEÑALES DE LA CARIDAD QUE PONE EL APOSTOL SAN PABLO (1).

Afectos del amor de Dios.

El verdadero espíritu, como hemos dicho arriba, nace del amor de Dios, aumenta el amor de Dios y ejercita todas las obras y afectos de amor. Porque, como dice el Salmo: «Vi el fin de toda la perfección, que es tu mandamiento ancho» (2). Y llama con este nombre al mandamiento de la caridad, porque de Dios se extiende hasta llegar al prójimo, y ensanchándose más el amor, abraza y llega hasta el amor de los enemigos. Y el ejercicio más verdadero del alma espiritual es el amor de Dios, y aunque se gaste toda la vida y cien mil vidas, nunca se acaba perfectamente de llegar a lo que es: *diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo*, etc. De este amor ponen los Santos, principalmente Sto. Tomás y San Buenaventura, doce afectos, que se llaman: júbilo, alegría espiritual, embriaguez de espíritu, devoción, celo, fuego, muerte de amor, desmayo de amor, éxtasis, rapto, entrañamiento en Dios, unión. Porque de la manera, dice San Agustín (3), que la esposa que ama a su esposo, o, según San Máximo (4), como un buen amigo que ama a su amigo ejercita con él muchos actos y afectos de amor; porque unas veces la esposa se ríe oyéndole hablar alguna gracia; y cuando está con él se alegra; cuando le tiene ausente, suele crecer tanto el deseo que sale de sí, como embriagada de amor; nunca riñe, ni se enfada con él, que siempre tiene paz con su amado; enternécese con las palabras amorosas que él le dice; cela su honra y gloria, pesándole cuando ve que le agravian; abrásale el corazón el deseo de verle; desmáyase con su ausencia y muerte de amor, y algunas veces crece tanto el ímpetu, que queda sin sentido; y otras con atrevimiento amoroso, no hay para ella puerta cerrada en el corazón de su amado; y finalmente, de los dos corazones se hace uno, que aun, según filósofos, el amor es virtud unitiva; no de otra manera la esposa de Cristo, enamorada de su Criador, unas veces recibe contento con alguna palabra interior que le habla en

1 I ad Cor., XIII.
2 Psal., CXVIII, 96.
3 ML. 40, 929.
4 Maxim., lib. II, de Char.

la oración, que se llaman júbilo, «porque bienaventurado el que sabe por experiencia qué cosa sea júbilo, como dice David (1); de ordinario anda alegre, interior y exteriormente con el contento que nace de la tranquilidad y buena conciencia, y del amor, según lo que dice David: «Alegraos en el Señor y regocijaos los justos, y gloriaos en él los que teneis rectitud de corazón» (2). Y de aquí proviene la paz que tiene con su Esposo. Y de ella y de los interiores abrazos y besos de paz que ejercita en su interior, le proviene una quietud en el alma, «que excede a todo lo que se puede sentir» (3). Crece algunas veces tanto el espíritu y el fervoroso deseo de ver a Dios, «que metiéndola el Esposo en la bodega del vino divino» (4), con la fuerza del amor queda embriagada, como estaban los Apóstoles cuando recibieron al Espíritu Santo (5). Enternécese a veces con devoción, y otras se aflige viendo que su Dios es ofendido, con un celo que le come las entrañas, y suélese también abrasar interiormente, porque como Dios es fuego abrasador, crecen tanto las llamas del amor en algunas almas, que como dice la esposa: «El amor es fuerte como la muerte y duro como el infierno, y toda la agua que hay en las fuentes y ríos no bastan a apagar estas lámparas de fuego y llamas del divino amor» (6); y tanto suele crecer que muere de amor; mas aquella muerte le es ganancia, porque es vida en Cristo. Quien no lo ha experimentado no podrá creer esta fuerza ni la enfermedad amorosa con que el alma cae en los brazos de su amado, «pidiendo flores y manzanas, porque se desmaya de amor» (7). Mas crece algunas veces tanto el desmayo, que adormecidas y enajenadas las potencias, cae en la éxtasis o exceso de amor, como San Pedro (8), cuando vió la sábana de las sabandijas; o es arrebatado su espíritu, como fué el de San Pablo (9), al tercer cielo; y con la afabilidad que halla en su esposo, se le entra por las puertas del corazón, como en propia morada, metiéndose en las entrañas divinas, hasta que llega a lo supremo y último fin del amor, que es la unión: de la cual y del éxtasis y rapto trataré después más difusamente. Y porque de estos doce afectos de amor que en la Sagrada Escritura y santos doctores, como dije, se llama júbilo, alegría espiritual, embriaguez del espíritu, devoción, celo, fuego, desmayo y muerte de amor, éxtasis y rapto, entrañamiento en Dios y unión, tengo escrito un libro intitulado de las *Doce estrellas*, y escribo más largo en la segunda parte, no diré aquí más, pasando a otras fuentes no menos necesarias de saber que las que he declarado, y las escribe San Pablo (10) en la primera a los de Corinto.

Jubilo. Alegría espiritual. Embriaguez del espíritu. Devoción. Celo. Fuego de amor. Muerte de amor. Desmayo de amor. Extasis y rapto. Entrañamiento en Dios. Unión.

Señales de la caridad.

San Diadoco obispo foticense (11) y S. Cirilo Jerosolimitano (12), declaran el verdadero espíritu con la semejanza de un pintor que

---

1 Ps. LXXXVIII, 16.
2 Ps. XXXI, 11.
3 Ad Philip., IV, 7.
4 Cant., II, IV.
5 Act. II, 13.
6 Cant., VIII, 6-7.
7 Cant., II, 5.
8 Act., X, 10, 11.
9 II ad Cor., XII, 2.
10 I ad Cor., XIII.
11 MG. 65, 1203.
12 Ciril. Jerosol., Cathe. I.

hace un retrato al natural; porque así como el pintor mira todas las facciones y señales del que retrata, así el verdadero espíritu pone delante de sí a Cristo, y va muy despacio mirando sus buenas condiciones, retratando las de él en su alma, como en una tabla limpia, con pureza y apercibida con buenos propósitos, y como ve a Cristo pacientísimo en sus trabajos, benignísimo con los hombres, humildísimo sobre todos los nacidos, que jamás se ensoberbeció ni tuvo ambición, deseando el bien de todos, sin envidia de ninguno, nunca buscando su provecho sino el bien de sus hermanos; sin admitir mal pensamiento, ni hacer cosa en que no llevase rectitud de intención, no irritándose sino antes sufriéndolo todo, creyendo y esperando, así el verdadero espíritu no consiste, según dice San Pablo, en la ciencia, profecía, milagros, ni aspereza, aunque sea metiéndose en un fuego, ni sólo en la limosna, aunque dé toda su hacienda a pobres, que sin caridad todo eso es nada, vale nada y aprovecha nada, sino con la caridad en quien todas las virtudes viven. «La cual es paciente, benigna, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no envidiosa, no busca su provecho, no piensa mal de nadie, no obra sin fin, no se irrita, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera» (1); y porque esta doctrina es de las más importantes que se nos pueden ofrecer para declarar y dilucidar la verdadera oración y espíritu, y quitar errores y engaños que en muchas personas suele haber, que quizá no me creerían si hablase de mi propia cabeza, quiero traer las mismas palabras del apóstol San Pablo que están escritas en la primera epístola a los corintios, cap. XIII, que dicen así: «Si hablare con lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviere caridad, seré como la campana que suena; si tuviere profecía y entendiere todos los misterios y toda ciencia; y si tuviere toda la fe, de tal manera que haga pasar los montes de una parte a otra, si no tengo caridad, nada soy. Y si gastare toda mi hacienda para sustentar pobres y metiere mi cuerpo en un fuego, para que se abrase, si no tuviere caridad, no me aprovecha cosa, etc.» (2). En estas palabras declara el apóstol San Pablo cinco cosas, que parecen excelencias del espíritu o grandezas de oración: y son estimadas en el mundo en tanta manera, que el que tiene alguna de ellas, le llaman santo, teniendo en poco a otros que lo son, porque no hallan en ellos estas señales de santidad. La primera, hablar cosas muy delicadas de espíritu y teologías altísimas. La segunda, visiones, revelaciones y profecías. La tercera, hacer milagros y señales prodigiosas y maravillosas, como que un monte se pase de una parte a otra. La cuarta, dar muchas limosnas y gastar mucha hacienda en obras de piedad. La quinta, grandes asperezas y penitencias de cuerpo. Confieso que éstas cinco cosas que podemos llamar sabiduría, revelaciones, milagros, limosnas y asperezas, cuando proceden de la caridad, son esmalte del oro del buen espíritu, joyas preciosas que adornan la buena conciencia, y señales de ser muy bienaventurados santos y muy amigos de Dios a quien él comunica tan particulares mercedes. Y así para canonizar al santo

1 I ad Cor., XIII, 4-8 2 Ibid., 1-2.

se hace información de los milagros que hizo, las revelaciones que tuvo, la aspereza, ciencia y obras de misericordia en que se aventajó. Mas pues las palabras del Apóstol son del Espíritu Santo, que antes faltara el cielo y la tierra que una mínima de ellas se deje de cumplir, aténgome a lo que él dice; que sin caridad no son ni valen nada, y querría persuadir que la mayor industria que el demonio tiene, especialmente en nuestros tiempos cuando corre el caballo pálido y reina la hipocresía, es torcer el verdadero espíritu al deseo de estas apariencias exteriores, para granjear con ellas honra, estima o hacienda en el mundo, y divertir del verdadero fin y paradero de la oración, que es la caridad y humildad, haciendo a muchos que la siguen, no pongan todas sus fuerzas en alcanzarla embaucados con el resplandor de esta santidad aparente.

Y si alguno me preguntase ¿cuáles son los verdaderos caminos del espíritu, las señales de la verdadera oración, las reglas del aprovechamiento interior, y las muestras de la caridad para que sepa yo de mí qué tengo de hacer para ir bien encaminado, con seguridad de espíritu verdadero, cómo juzgaré de mis hermanos para estimar el verdadero santo y no tener en tanto al fingido, aparente e hipócrita, el mismo Apóstol se lo declara diciendo: *Charitas patiens est.* Cuando descubriéndome el espíritu lo mucho que Cristo padeció en la cruz por mí, yo tuviere paciencia y sufrimiento en mis trabajos, persecuciones y enfermedades, si los tengo, y si no los tuviere, los deseare tener por imitar a Cristo y guiarme por su camino, entonces voy bien encaminado. Porque hay personas que por una parte se tienen por santas y se precian de revelaciones, y si les tocan un puntillo de la honra, saltan como serpientes; y este deseo de padecer por Cristo es la primera señal de la caridad: *Charitas benigna est.* La segunda es una benignidad, mansedumbre y apacibilidad para con los prójimos tratando a todos como a hijos de Dios; no con la sequedad que hablan y tratan algunos. La tercera, *charitas non aemulatur*, no hay envidias ni contiendas, como acaece en algunas personas, y plegue al Señor no sea en religiosos, que viendo otros tenidos en algo, no lo llevan a paciencia, sintiendo y diciendo mal del que no va por el camino de espíritu que a él le llevan. La cuarta: *non agit perperam*: quien tiene buen espíritu, hace todas sus obras con fin de agradar a Dios, por pequeñas que sean, para darlas el esmalte de la recta intención; bien contrario a los de espíritu engañoso, que no ponen eficacia en encaminarlas a la mayor honra y gloria divina. La quinta: *Non est ambitiosa.* Verá que tiene buena oración, si va aprovechando, en que con tanta fuerza huye de los cargos, dignidades y mayorías como los ambiciosos las pretenden. La sexta: *non quaerit quae suae sunt*: No busca en ninguna cosa su interés corporal o espiritual, sino que olvidado de sí y de su provecho, anda buscando en todo la mayor honra y gloria de Dios, provecho y salvación de las almas, no como algunos tan amigos de su quietud, sosiego y opinión, que por no perder un punto de ello,

1 Apoc., VI, 8.

aunque vean que se van las almas al infierno, no hacen caso. La sétima: *non irritatur.* No se descompone con nadie ni se aira ni enoja. La octava: *non cogitat malum.* Nunca piensa mal de nadie, antes vive con sinceridad de corazón, juzgando bien de todos, al revés de otros de falso espíritu, que siempre andan llenos de juicios temerarios, juzgando y diciendo mal de los que no van por su camino, engañados con falso celo. La novena: *non gaudet super iniquitate.* Pésale el ver cualquier ofensa y pecado de cualquiera que sea, por lo mucho que ama a Dios, y no como algunos que teniéndose por espirituales, no les pesa, aunque vean caídas en sus hermanos, si de ellas resulta en ellos mayor crédito. Décima: *congaudet veritati.* Alégrase con que le digan las verdades, aunque le amarguen; y los de mal espíritu no las quieren oir. Finalmente: *omnia suffert, omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet.* En todas las cosas procura estar firme y constante con la fe, esperanza y caridad y paciencia, y estas son las verdaderas señales del buen espíritu y las cinco primeras pueden ser engañosas.

CAPITULO XIII

DE LOS FRUTOS DEL ESPIRITU QUE PONE EL APOSTOL SAN PABLO. DECLARANSE SUS CONTRARIOS QUE CAUSAN EL ESPIRITU FALSO Y ENGAÑOSO.

Doce frutos del espíritu.

Así como el divino árbol del *Apocalipsi* (1), plantado a las riberas del río de agua viva, llevaba doce frutos al año para la salud de las gentes; así el espíritu verdadero da doce frutos en lo interior de la conciencia, que los contó el apóstol San Pablo (2), diciendo estas palabras: «Los frutos del espíritu son: caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fe, continencia, modestia, castidad». Declarando esta doctrina S. Marcos, eremita, (3), autor de los de aquel tiempo de los Padres antiguos del Yermo, en quien se hallaba abundancia de riquezas espirituales, dice: que el espíritu de Dios es como el agua que llueve del cielo, o la que viene encañada de algún río, o la que se saca de noria con artificio, o de algún pozo a fuerza de brazos de hortelano, para regar los frutales del huerto cerrado de la conciencia (4), donde se recrea y deleita el Señor de las misericordias; y quien quisiere saber qué tal es el árbol con esta agua regado, vea el fruto que lleva. «Que no puede el mal árbol dar buena fruta, ni el bueno mala» (5). Esta misma comparación de las cuatro maneras de agua pone la madre Teresa de Jesús en su libro. Mucho tiempo suelen gastar algunos que siguen oración en examinar su espíritu; muchos temores padecen si van bien o mal encaminados; muchos juicios tienen unos de otros acerca

Los doce frutos.

1 Apoc., XXII, 2.
2 Ad Gal., V, 22.
3 Marc. Eremita de his qui putant ex operibus se justificari.
4 Cant., IV, 12.
5 Matth., VII, 18.

de la bondad del espíritu que llevan: y lo que más es de llorar, no faltan disensiones y bandos entre algunas personas espirituales, reprobando unos el espíritu de los otros y engrandeciendo a los que les parece. Todo este tiempo se excusaría y estos daños se evitarían, si atendiésemos a las palabras de Cristo, y las declarásemos por las del apóstol S. Pablo; que, como es doctrina del Espíritu Santo, no puede haber cosa más verdadera, cierta y más segura.

Si el que tiene oración siente en su espíritu deseo de agradar a Dios, servirle, guardar sus mandamientos y de hacer y padecer cuanto pudiere por darle contento y gusto, y un vivo deseo del bien de los prójimos y de no agraviar a nadie en alma, vida, honra ni hacienda, antes de dar la propia por la salvación de cualquiera de las del mundo, bien encaminado va, que tiene por fruto la caridad, en que no hay engaño. Dios nos libre del amor propio que suele engañar a muchos en la oración, cuando con título de algún bien se apartan de la caridad. El verdadero espíritu causa gozo interior. Porque es imposible, siendo Dios tan amoroso, dulce y suave, dejar de dar contento a quien trata con él; pero los que andan llenos de amargura de corazón, no los juzgaré por de buen espíritu. La paz para con Dios, rindiéndose en todo a su divina voluntad, y para con el prójimo, no queriendo contienda con nadie, y para consigo mismo cuando causa quietud dentro del corazón, es fruto del buen espíritu; mas los amigos de revueltas, bandos, enemistades y que siempre andan inquietos y perturbados en el corazón, no proceden con buen espíritu. Cuando dice el Espíritu Santo que «la paciencia tiene obra perfecta» (1), es dar a entender quien va guiado con buen espíritu, viendo a Cristo en la cruz, que tanto padeció para salvarnos de todas maneras, si tuviere trabajos corporales o espirituales interiores o exteriores, sufrirálos con paciencia y confianza; y antes deseará otros nuevos, pues sabe por fe, y el espíritu interiormente lo declara, que no puede haber cosa más preciosa delante de Cristo que la cruz. El que no sufre sus trabajos y murmura contra los perseguidores, anda buscando venganzas y procura volver por su honra, cuando es bueno abandonarla por Dios: aunque haga milagros y tenga cuántas éxtasis y revelaciones quisiere, no le tendré en tanto ni de tan buen espíritu, como al que con paciencia sufre las persecuciones. Así como Dios es eterno e inmutable, así el verdadero espíritu causa en lo interior de la conciencia la longanimidad, perseverancia y firmeza de corazón en el amor de Dios y del prójimo, y en el ejercicio de las virtudes; y no es fruto de buen espíritu andar como «cañaheja, movida a todos vientos» (2), dejando los ejercicios comenzados y buscando cada día nuevos modos de proceder, sin hacer asiento en los que sus superiores, maestros y confesores le han declarado ser buenos.

No es posible que sea agradable al mundo y a los seguidores y amadores de él, el varón de buen espíritu. Porque *totus mundus in maligno positus est* (3), y se usan malicias, juicios temerarios, malas entrañas, dobleces, ficciones y asechanzas, que ni hay hermano

Caridad sin amor propio.

Gozo sin amargura de corazón.

Paz sin disensiones.

Paciencia.

Perseverancia sin mutabilidad.

Bondad sin malicia.

---

1 Jacob., I, 4   2 Luc., VII, 24.   3 I Joan., V, 19.

de quien se pueda fiar, ni amigo verdadero; pues que, *omnis frater supplantabit, et omnis amicus fraudulenter incedit* (1), como dice Jeremías. Si el hermano engaña y el amigo anda con fraude ¿qué hará el enemigo o el no conocido? De aquí es, que como el verdadero espíritu causa en los que le tienen bondad de corazón y sinceridad de ánimo, pensar bien de todos sin malicia, son muy fáciles los buenos para ser engañados en quien no se halla la prudencia humana, de que abundan los hijos del siglo. Así como el fuego derrite la cera, así el buen espíritu ablanda el corazón, causando la benignidad y apacibilidad para con todos, bien contraria a la dureza y esquiveza que tienen algunos que piensan son espirituales, mas están tan lejos del verdadero espíritu, cuanto lo están de la benignidad que fué tan amada del benignísimo Jesús, que de sí mismo dice: «Que deprendamos a ser mansos y humildes de corazón» (2). Donde se ve que la mansedumbre nace de la imitación de Cristo, en que consiste el verdadero espíritu, y la ira y crueldad son sus contrarios. Con el verdadero espíritu se aumenta, fortifica y aclara la fe en tanto grado, que hay personas muy espirituales y dadas a la oración, que sin dudar en nada, darán la vida por lo que creen, al contrario del mal espíritu, y de la oración y espíritu que pone duda en la fe y es llena de tentaciones del demonio. Porque la fe, aunque es virtud y la primera de las teologales, también es fruto del buen espíritu, en cuanto causa tanta certidumbre de las cosas que creemos, que de muy buena gana moriríamos por la fe; lo que no acaece a los tibios y de bajo espíritu, que siempre andan dudosos y vacilando en ella.

Benignidad sin dureza.

Mansedumbre.

Fe sin dudas.

El espíritu falso suele inclinar algunas almas engañadas a demasiada familiaridad de hombres, si son mujeres, o al contrario de mujeres, si son hombres, pareciéndoles que siendo siervos o siervas de Dios pueden estar seguros o seguras; y hartas veces de estas demasiadas amistades espirituales nacen sucesos carnales; mas el espíritu verdadero siempre causa en quien le tiene temor de sí y de su flaqueza, y que nunca se confíe ni asegure, y así es principio de continencia. Y también, como el que anda en buen espíritu trae recogimiento interior, y anda en la presencia de Dios y compungido de sí mismo, no puede dejar de mostrar en lo exterior modestia, trayendo los ojos bajos, el modo grave y todo el exterior compuesto. Suele acaecer en algunas personas que tienen oración, que de la dulzura y suavidad sensible que en ella les viene, descuidándose el apetito, incitarse a movimientos no lícitos; no es éste verdadero espíritu, sino falso y engañoso; que el verdadero espíritu causa castidad; porque si es mujer y trata con Cristo, aunque le tenga amor fervoroso, lleva con este amor su resguardo de respeto, modestia, temor y pureza; que jamás se arroja en la imaginación, ni con imagen exterior a cosa, que con el mismo Señor vivo no hiciera; bésale los pies, besa la llaga del costado, ámale ternísimamente, pero nunca da lugar a pensamiento atrevido; y así mientras le va más amando, va aprovechando más en la castidad. Y lo mismo que decimos de las

Continencia sin familiaridades.

Modestia sin descompostura.

Castidad sin peligros de ella.

1 Jerem., IX, 4. 2 Matth., XI, 29.

imágenes interiores o imágenes pintadas, se entiende de las imágenes vivas, que un hombre es imagen viva de Cristo, y una mujer, de la Virgen María; así cuando el alma de buen espíritu va amando a Cristo o a su madre, moviéndose por la vista de estas vivas imágenes, como acontece muchas veces, es con tal pureza y recato, que el mismo amor de las criaturas hermosas, por ir esmaltado con el amor de Dios, es cuchillo que degüella la sensualidad y apetitos carnales.

CAPITULO XIV

DE LOS SIETE DONES DEL ESPIRITU SANTO, QUE ALCANZAN LOS QUE TIENEN BUEN ESPIRITU. DECLARASE QUE SEAN, Y COMO SE ENTIENDA CUANDO VIENEN EN LA ORACION.

El profeta Isaías escribe estos siete dones en el capítulo once (1) y en el capítulo cuarto, cuando los llama «siete mujeres que se abrazaron con un buen varón» (2), y declara la glosa, que los siete dones del Espíritu Santo se abrazaron con Cristo; porque en ninguna alma se hallaron más perfectamente como en la del Señor; y él nos los dió y los tenemos por él, y a él se los debemos, que según dice el Salmo: «Subiendo Cristo a lo alto, llevó cautiva la cautividad y dió dones a los hombres» (3); como quien dice: Subiendo a lo alto de la cruz o a lo alto del cielo, nos dió los dones del Espíritu Santo. Y así como en siete días crió Dios el mundo, con los siete dones cría el espíritu sobrenatural, que es un mundo interior. Entre siete candeleros de oro vió S. Juan en el Apocalipsi al varón perfecto, a quien llama «semejante al hijo del hombre» (4). Estos siete candeleros son los dones, que también se llaman «siete ojos en una piedra» (5), por el profeta Zacarías, y las siete columnas sobre que la divina Sabiduría edifica su casa (6). A estos siete dones, dice San Cirilo (7), van a parar todos los ejercicios espirituales que disponen el alma para la perfección. Y escribiendo Filón (8) sobre aquellas palabras del Señor que dijo a Moisés: «Tomaré de tu espíritu y pondrélo en otros setenta viejos» (9), dice, que el Espíritu Santo da sus dones a quien quiere y como quiere; mas el que mejor se dispusiere, más fácilmente los recibirá. No quiero tratar de estos siete dones teológicamente, como santo Tomás, San Buenaventura y los demás doctores los examinan, distinguiéndolos de las virtudes y gracias *gratis datas*, sino declararlos como pasan en lo interior del alma.

Todos los actos interiores y deseos y pensamientos de la oración nacen del entendimiento y voluntad; y cuando el entendimiento está enriquecido por el Espíritu Santo para entender con modo más gustoso, más cierto, más claro y más eficaz lo que sabe por fe o lo que se alcanza por razón natural o por sobrenatural luz, entonces

---

1 Isai., XI, 2-3.
2 Isai., IV, 1.
3 Ps. LXVII, 19.
4 Apoc., I, 13.
5 Zachar., III, 9.
6 Prov., IX, 1.
7 MG. 33, 935, 943.
8 Philo., lib. de Gigant.
9 Num., XI, 17.

Don de sabiduría. tiene el don de la sabiduría. Acaece saber yo esta verdad: Dios es bueno, Dios murió por mí; bien es que yo le ame, etc. y no hacer en mí moción ni fuerza; mas algunas veces viene este mismo concepto con tan gran gusto, que no hay deleite que a éste se compare. Y por eso se llama sapiencia, que quiere decir: *Sapida scientia*, ciencia sabrosa. Otras veces viene con tanta claridad de luz y tanta certidumbre, que al alma le parece que no puede dudar de esta verdad; no porque llegue esta claridad y luz a hacer evidencia en las cosas de la fe, sino porque es grande la luz y certidumbre que pone el don de la sabiduría, como quien ve de noche con una candela encendida, nunca llega a tanta claridad como cuando ve de día con la luz del sol; mas tantas candelas se pueden añadir, que den tanta luz que le parezca a quien no sabe mucho, que es luz tan grande como la del sol. Las verdades de la fe no se ven con luz del sol de la evidencia hasta que vamos al cielo, donde en el sol de la esencia divina resplandecen; mas acaece que el Espíritu Santo, mediante el don de la sabiduría, da tanta luz en algunas almas, que les parece tienen evidencia de ellas. También este don de le sabiduría pone más eficacia, fuerza, ímpetu y peso en lo que entendemos. Pongamos por caso; entendía yo esta verdad, Cristo murió por mí; infierno hay, etc. y era como quien ve un león pintado; mas con el don de la sabiduría en la buena oración, añade el Espíritu Santo en esta misma verdad tal ímpetu, que me hace la moción y eficacia que si viese un león vivo, y va tanta diferencia de lo uno a lo otro, cuanta hay de lo vivo a lo pintado. Dicho hemos que cuando en la oración viene más gusto, más luz y mayor ímpetu, es don de sabiduría. Digamos ahora del don de entendimiento que se puede declarar con esta comparación.

Don de entendimiento. Así como quien sube por una cuesta arriba, que va mirando las piedras, yerbas y fuentes que tiene delante de los ojos, y acaece subir a la cumbre, donde con sola una ojeada descubre tantos ríos, campos, montes, fuentes y arboledas, etc., que tiene bien que contar y que escribir en muchos años de lo que vió con sola aquella vista; o cuando se abre una ventana por donde se ven innumerables cosas, que antes que se abriese no se veían; o como quien mira el sol de hito, que dentro de los órganos interiores le quedan tantas vislumbres, ruedas y espejados, que no los acabaría de contar en mucho tiempo, así acaece a las almas a quien Dios quiere enriquecer con el don de entendimiento, que, aunque nunca hayan estudiado, y sean simples e ignorantes mujeres, que las sube a una alteza de conocimiento tan grande, y abre una ventana en lo interior de su conciencia, con que entienden tantos, tan altos y soberanos conceptos, que pone admiración. Si son letrados a quien esto acaece, aconsejaríales yo, que mientras dura la oración, no reparen ni hagan reflexión en esta multitud de conceptos, porque no se les vuelva la oración estudio; mas después de la oración, de lo que se les quedase en la memoria, apuntándolo luego, porque no se les olvide, escribiesen largo. Que acaece que de una sola vista de estas les vienen tantas verdades, que pueden componer muchos libros, y esto les da Dios para el bien de su Iglesia, como dió a Sto. Tomás de Aquino, y a S. Hilario y a otros santos, que habiendo estudiado, con la oración se les concedió mucha más

doctrina. Y si no son letrados, y las cosas que reciben en la oración con el don del entendimiento no son tan esenciales, que a los confesores les parezca que es bien escribirlas, no se cansen en hacer memoria de ellas, ni gasten tiempo con la especulación, sino muévales aquella abundancia de luz la voluntad para más amar á Dios con admiración de su grandeza. Como el que ha visto el sol, que no ha menester contar las ruedas y espejados que vió, sino quedar con admiración, diciendo: ¡Oh, qué grande es el sol! Así los no letrados cuando reciben esta multitud de conceptos que vienen con el don de entendimiento, queden diciendo: Señor ¡qué sabio sois!, quién os amase, etc. Difiere el don de la sabiduría y el don del entendimiento, en que el del entendimiento descubre nuevos modos de entender lo que se entendía; que, como dije, son cuatro; mayor gusto, mayor luz, mayor certidumbre y mayor fuerza y eficacia. Los teólogos en su lenguaje dicen, que el don del entendimiento levanta nuestro conocimiento a la aprensión de cosas altas, y el don de la sabiduría, a más alto modo de juzgar de ellas. De la misma manera se diferencian los otros dos dones, el de la ciencia y el del consejo; que el don de ciencia, que es como hermano del don del entendimiento, descubre conocimiento de virtudes y perfecciones que el alma ha menester para salvarse, y así acaece, que una persona ignorante dada al espíritu, llegando a tratar de oración y virtudes, habla mejor de ellas que grandes letrados en filosofía moral ofuscados en vicio. Y con esto se entienden aquellas palabras de S. Juan: «No tenéis necesidad que nadie os enseñe, que la unción os enseñará toda verdad» (1), y quiere decir unción, la gracia del Espíritu Santo cuando da el don de la ciencia.

Don de la ciencia.

Con el don del consejo descubre Dios el modo del proceder el alma en lo más perfecto, y los medios más fáciles, más claros, más breves y más derechos para la salvación y perfección de esta vida. Es cosa maravillosa ver personas de oración en cualquier negocio que se ofrezca, o propio o ajeno, cuando les piden su consejo, cómo se le ponen delante de los ojos todos los fines que aquel negocio puede tener, los medios por donde se puede conseguir, el mejor fin que se puede alcanzar, los contrarios y las dificultades que puede haber; y parece, que «el dedo de Dios» (2), que es el Espíritu Santo, les está mostrando lo más esencial, y descubriendo cuán errados van los que dejan lo que hace al caso y se detienen en impertinencias. Así que este saber juzgar bien de los medios, viene del don del consejo, como el entender y aprender las virtudes, viene del de la ciencia; y a estos cuatro dones del Espíritu Santo se pueden reducir todas las riquezas espirituales de luz que alcanzan las almas de buen espíritu; llámenlas ellas como quisieren, o visión intelectual, o vuelo del alma, o vista espiritual, ojos de águila, o subida del espíritu o escala interior, etc. Demás de estos cuatro dones con que el Espíritu Santo enriquece el entendimiento de soberana luz, enriquece la voluntad con otros tres, que se llaman: don de piedad, don de fortaleza y don de temor. Es la

Don de consejo.

---

1 I Joan., II, 27.

2 Exod., VIII, 19. Digitus Dei est hic.

Don de piedad. piedad una ternura interior que el alma tiene para con Dios con que se ablanda a todo lo que Dios quiere hacer de ella, y se pone como una cera derretida a la impresión de cualquier sello divino, o una masa «de barro blanda, en las manos del ollero» (1) como dice Jeremías, para que haga de nosotros el vaso que fuere servido. Para con el prójimo ablanda esta piedad nuestro corazón, sintiendo cualquier trabajo y daño del prójimo como propio, y deseándole hacer todo el bien que pudiéremos espiritual o corporalmente; y de aquí nacen todas las obras de misericordia. Para consigo mismo tiene el alma piedad, sintiendo en sí sus faltas y condoliéndose del daño que hace a sí misma, cuando se aparta de Dios, conforme aquellas palabras: *Miserere animae tuae, placens Deo* (2). Ten misericordia y piedad de tu alma, agradando a Dios. El don de la fortaleza es un ánimo que el Espíritu Santo da al que tiene buen espíritu, con que se determina a hacer y padecer cosas grandes por Cristo; y tiene en poco cualesquier que haga, por grandes que sean, y cualesquier trabajos que padece, por insufribles que parezcan. ¡Oh, qué agradable es al Señor este ánimo grande y esta alteza de corazón; y cuánto se honra con ella en sus siervos, pues dice por David: «Llegará el hombre a corazón alto y Dios será glorificado!» (3).

Don de fortaleza.

El temor de Dios, que es «principio de sabiduría» (4), y por eso cuando los santos escriben de estos dones, comienzan por él (5), es un encogimiento que tiene la conciencia, mirando sus miserias, pecados, flaqueza y sus pocas fuerzas, con el cual vive con recato para no se poner a peligro; calla con silencio para no tropezar en la lengua, y guarda encerramiento para huir de las ocasiones. Porque así como mirando la grandeza de Dios, que obra nuestras cosas en nosotros, como dice San Pablo: «Todo lo puedo en aquel que me conforta» (6); y este es efecto del don de la fortaleza así también poniendo los ojos en su poca virtud, su nada y poco valor, y mirándose a los pies, como hace el pavón, deshace la rueda y confiesa, que aún no puede decir «este nombre Jesús, sino con virtud del Espíritu Santo» (7). Pero basta haber tocado esto para la doctrina de los siete dones, y vamos a las gracias *gratis datas*.

Don de temor.

CAPITULO XV

DE LAS NUEVE GRACIAS «GRATIS DATAS» QUE REFIERE SAN PABLO (8). DECLARASE QUE SEAN, Y QUE NO CONSISTE EN ELLAS EL PRINCIPAL APROVECHAMIENTO DEL ESPIRITU, SINO EN LA GRACIA HABITUAL QUE SANA EL ALMA Y ES CAUSA DE LA CARIDAD Y DEL MERECIMIENTO DE LA GLORIA.

El rey paga salario a los criados que le sirven, y hace gracias y mercedes a los que con más diligencia y amor le agradan. Y aunque el salario también es dádiva del rey, pues fué merced recibir al

1 Jerem., XVIII, 6.
2 Eccli., XXX, 24..
3 Ps. LXIII, 7-8.
4 Prov., I, 7; Ps. CX, 10.
5 S. Bonavent., in Dieta salutis.
6 Ad Philip., IV, 13.
7 I ad Cor., XII, 3.
8 I ad Cor., XII, 8-10.

criado, meterle en su casa y darle el cargo; pero en cierta manera es premio debido por justicia, supuesta la promesa y palabra del rey, que se obligó de dar tanto precio a quien tanto le sirviese; mas las mercedes y gracias de ninguna manera se deben, que las puede el rey dar a quien quisiere y como quisiere; y aunque sea a un turco y moro, puede el rey cristiano, para mostrar su liberalidad o para otros buenos fines, hacer alguna gracia y merced, enviar un presente o alguna joya, o dar un vestido de su persona. A quien sirve a Dios, y se convierte y deja los pecados, haciendo verdadera penitencia, dale Dios la gracia habitual que sana el alma y quita el pecado, porque así lo tiene prometido; y al que obra con esta gracia, dale por premio y salario el aumento de ella, y de las virtudes y el merecimiento de la gloria; y aunque es gracia de Dios y procede de la divina inspiración y gracia preveniente, que puede Dios dar a quien quisiere y también negarla; pero supuesta la ordenación y palabra divina, en cierta manera podría pedir a Dios por justicia la gracia el que se convierte con verdadera penitencia, y el aumento de ella y mayor gloria quien más le sirve, según aquellas palabras de Isaías: *Lavamini, mundi estote, auferte malitiam cogitationum vestrarum coram me, quiescite agere perverse, discite benefacere, subvinite, opprésso, judicate pupillo, defendite viduam, et venite, arguite me, dicit Dominus* (1): como quien dice: Lavaos de vuestros pecados con la verdadera penitencia, perseverad limpios sin tornar a pecar; quietad malos pensamientos del corazón, resistiendo a las tentaciones, dejad de hacer mal, haced buenas obras; favoreced al desamparado, sustentad al huérfano y defended la viuda y venid, ponedme demanda en justicia, para que os dé el cielo y saldréis con el pleito, que eso parece que quiere decir *arguite*, así como el criado que pone a pleito el salario que le debe el amo por su servicio, y los jueces condenan al amo a que se lo pague. Mas las gracias y mercedes que Dios hace a las almas, que se llaman gracias *gratis datas,* no es deuda que les debe, no hay obligación para dárselas, por más que le sirvan; son mercedes dadas de gracia, no es de ley que las dé Dios a quien más le sirve, que las puede dar a quien él quisiere, como dió a Caifás y a Balaám la profecía, y hacer milagros, según San Agustín a vírgenes romanas gentiles, que se condenaron (2); como la que llevaba el agua en el harnero, y la que sin quemarse traía las brasas encendidas en el pecho, o la que con una cuerda de lana delgada tiraba una nao cargada; y por otra parte vemos que San Juan Bautista, con ser el que fué, nunca en su vida hizo milagros. He dicho esta doctrina para quitar un error de los que leen libros espirituales, en que los autores que los escriben, cuentan sus visiones, revelaciones, profecías y otras gracias *gratis datas*; y piensan los que leen, que en aquello está toda la bienaventuranza, y la grandeza y la excelencia del buen espíritu; y desean y pretenden estas milagrosas mercedes y se entristecen cuando no las reciben, o se tienen en más que los otros, cuando de ellas se ven enriquecidos; o dejan el camino derecho del merecimiento y buscan industrias para alcanzarlas.

---

1 Isai., I, 16-18. 2 August., de Civ. Dei.

Es la verdad que algunas veces, cuando el alma tiene caridad y está en gracia de Dios, estas soberanas mercedes son señal de ser más santo y más amado, como lo es a quien da el rey el anillo de su dedo, o el collar de su cuello, etc.; mas supuesto que está en mano de Dios dar estas joyas a quien él quisiere, no se han de pretender ni poner toda la instancia en ellas; sino el que quisiere acertar, procure ir aprovechando en servir y agradar al Señor, para que Dios le aumente la gracia *gratum faciens,* caridad y virtudes, que es el premio cierto y que hace al caso; así como lo que el criado ha de procurar, principalmente es el aumento del salario y renta que le dan por su servicio, que las mercedes, si se las dieren, agradézcalas, y si no, no se queje.

Las nueve gracias gratis datas.

Sermo sapientiae.

Estas mercedes divinas, que se llaman gracias *gratis datas,* reduce el apóstol S. Pablo a nueve (1). La primera se llama *sermo sapientiae*: que es saber hablar con sabiduría milagrosa de las cosas del cielo y de los misterios altos de la teología, que las suelen hablar, escribir y enseñar personas, que ni las estudiaron en libros ni oyeron de maestros, como lo escribió Sta. Hildegardis en sus libros sin haber estudiado; y, según dice Casiadoro, lo que muchos santos milagrosamente escribieron, guiándoles el Espíritu Santo la pluma y meneando su lengua para que pudiesen enseñar a otros.

S. Hildegard.

Sermo scientiae.

La segunda, *sermo scientiae,* que es saber declarar con sabiduría las cosas naturales o las virtudes, dadas también por milagro, y es buena para enseñar a otras almas el camino verdadero; como la filosofía que tuvo santa Catalina mártir, con que convenció a los cincuenta sabios de Majencio, que sin duda fué milagrosa.

Fides.

La tercera, se llama *fides,* que es un milagroso ímpetu, con que el alma cree las cosas de Dios, sin haberlas persuadido sino sólo el Espíritu Santo; como la fe del Centurión y de otros santos, que siendo gentiles, en un momento se convertían y morían por la fe.

Gratia sanitatum.

La cuarta se llama *gratia sanitatum*: que es milagrosamente dar salud, como los santos, que poniendo las manos, sanaban enfermos y daban vista a ciegos, etc.

Operatio virtutum.

La quinta es *operatio virtutum,* hacer milagros de cosas estupendas, como cuando alcanzó milagrosamente santa Escolástica que lloviese del cielo.

Profecía.

La sexta es la *profecía,* que incluye las visiones y revelaciones con que se adivinan y profetizan las cosas por venir, como la que tuvo Isaías (2), cuando dijo: «Una Virgen parirá, etc.», o las cosas pasadas que no se pueden saber naturalmente, como Moisés cuando profetizo que en el principio crió Dios el cielo y la tierra (3); o las presentes que están ocultas, y no se pueden alcanzar, si Dios no las revela por milagro; como cuando Eliseo, estando ausente Giezi, le vió tomar las dádivas de Naaman Siro (4).

Discretio spirituum.

La séptima se llama *discretio spiritum:* que es saber entender lo escondido que está en los espíritus y en el corazón de los hombres, y conocer los modos interiores sobrenaturales, o las cosas ocultas que pasan en el espíritu.

Genera linguarum.

La octava, *genera linguarum*: que es milagrosamente saber hablar en diversidad de lenguas, sin haberlas estudiado; como hablaron los Apóstoles cuando

1 I ad Cor., XII, 8-10.
2 Isai., VII, 14.
3 Gen., I, 1.
4 IV, Reg., V, 26.

recibieron el Espíritu Santo (1). La última, *interpretatio sermonum*: que es entender y saber declarar diversas lenguas sin estudio, dando Dios por milagro esta gracia. Estas nueve gracias y mercedes sobrenaturales son propias joyas que se hallan en Dios. Porque el hacer milagros, saber lo por venir con su propia virtud, etc., nace de omnipotencia y sabiduría infinita; mas Dios hace merced de ellas a quien quiere y como quiere. De la profecía, visiones y revelaciones, hablaremos después más difusamente: de las demás gracias, porque son más claras, aunque muy altas, y cualquiera las puede entender, no trataré ahora más, porque mi intento no es decir otra cosa, sino que cuando se hallen escritas en los libros de la madre Teresa o en otros, no piensen los que las leyeren que es imposibles haberlas, y que son invención de quien las escribe, menospreciándolas y mofando de ellas; que eso quiso decir el Apóstol, cuando dijo: *Spiritum nolite extinguere, prophetiam nolite spernere* (2). No apaguéis el espíritu ni menospreciéis la profecía. Ni se asegure el que tuviere alguna de ellas, pensando que por eso es más aventajado que otro; y el que pretende subir en el espíritu verdadero, procure que le aumente Dios el salario de la gracia habitual y de la caridad, aprovechando cada día en el servicio de Dios, y si no le hicieren de estas mercedes, no se aflija ni perturbe. Interpretatio sermonum.

DE LOS FINES DEL VERDADERO ESPÍRITU

CAPITULO XVI

EN QUE SE COMIENZA A TRATAR DE LOS FINES A DONDE LLEGA EL ESPIRITU Y ORACION EN ESTA VIDA. DECLARANSE SUS NOMBRES Y LOS TRES GRADOS QUE HAY DE PUREZA, LUZ, AMOR, UNION, QUIETUD Y VIDA EN CRISTO.

Deme Nuestro Señor su gracia y espíritu, infunda en mí el don de entendimiento, ponga palabras en mi lengua, claridad en mi ingenio, distinción en mi estilo, para que con brevedad acierte a decir lo que los contemplativos llaman fines del espíritu, paraderos de los ejercicios espirituales y partes de la perfección. Podremos reducir estos fines al número de seis, como aquellas seis alas de cada uno de los serafines que vió Isaías (3), o de los animales encendidos que vió Ecequiel (4). Pondré los nombres que se coligen de ellos en la Sagrada Escritura, y con que los suelen llamar los teólogos místicos. El primero se llama: *Puritas elevata y oculus simplex*: Pureza levantada o ojo sencillo. El segundo: *Lux inaccessibilis y vertex theologiae misticae*: Luz inaccesible o cumbre de la mística teología. El tercero: *Amor seraphicus y supremus gradus dilectionis*: Amor seráfico o supremo grado de caridad. El cuarto: *Unio consummata*: Unión consumada. El quinto: *Quies in dilecto vel centrum animae*: Descanso en

1 Act., II, 8.
2 I ad Thes., IV, 19-20.
3 Isai., VI, 2.
4 Ezech., I, 13.

el amado o centro del alma. El sexto: *Contactus Divinitatis vel vita in Christo*: Contacto de la divinidad o vida en Dios. Los ejemplos y doctrina lo declararán. Muévome a escribir estos seis fines por otros tres intentos. El primero, porque las personas que tratan de espíritu, teniendo noticia de esto, se muevan a buscar y ejercitar en los medios para llegar a la perfección; que mal puede acertar al buen camino por donde ha de caminar, quien no tiene alguna noticia del término adonde va a parar; mal tirará las saetas de sus deseos, pensamientos, obras y ejercicios espirituales, quien no ve el blanco en que ha de asestar. Muévome lo segundo, porque con la doctrina que en estos capítulos escribiré, se confundirán y humillarán muchos que les parece haber aprovechado en espíritu, viendo cuán lejos están de llegar a los fines de él, habiéndose detenido mucho tiempo en modos de proceder menos importantes, y se animarán otros, porque sabiendo los fines últimos del espíritu que los autores escriben, y que no queda por Dios, que él siempre está aparejado a dar la mano para subir a lo alto a quien se dispusiere, y que muchas veces de un salto, como hizo la Magdalena, «se puede arrebatar el reino de los cielos por los que se hacen fuerza» (1), podría ser, dando esta luz, que alguno en breve tiempo anduviese más tierra que otros en muchos años. Lo tercero que me mueve, es que con esto que ahora escribo, se declaran y aprueban muchas doctrinas de los libros de la madre Teresa de Jesús y de otros libros espirituales, viendo colegir de la Sagrada Escritura y santos doctores lo que ellos quisieron acertar a decir.

Intentos de tratar de ellos.

Y para mayor declaración de esta doctrina, que es de las más importantes y necesarias que en estas materias se pueden ofrecer, antes de tratar en particular de estos seis fines, me pareció advertir los avisos siguientes.

Decláranse los nombres.

El primero, que muchas veces por no entenderse los nombres de los afectos espirituales, no se entiende lo que es la cosa ni la doctrina de ella, y se causan errores y diversidad de opiniones entre los que siguen oración: y así quiero declarar estos seis nombres que llamo fines del espíritu. Y cuanto a lo primero: fin de espíritu se llama lo más alto y la cumbre adonde llega el que va subiendo en oración, el paradero y término de quien camina a la perfección, lo más perfecto y excelente que se puede conseguir y alcanzar con los ejercicios espirituales. Y según esto, pureza levantada no es otra cosa, que lo sumo de la pureza, y lo más alto y la cumbre y término a que se puede llegar, cuando el alma se purifica y el paradero de la vía purgativa; y dije, que se llama ojo simple, porque, así como el ojo no admite tierra ni mota, por pequeña que sea, así quien llega a la cumbre de esta pureza, carece de todo pecado y culpa. Luz inaccesible es lo más alto del conocimiento a que se puede llegar en esta vida, y el fin y el remate de toda luz, contemplación y oración, a que llaman algunos teología mística, porque nace de lo más encumbrado de la teología, que quiere decir conocimiento de Dios. Amor seráfico es lo mismo que el grado supremo de la caridad y lo más alto a que se

---

1 Matth., XI, 12.

llega del amor; porque así como el cielo empíreo, que se llama cielo de fuego, es el más alto de todos los cielos, y entre los elementos el fuego es la suprema esfera, y la jerarquía de los serafines es la más alta de todos los ángeles, que serafín quiere decir abrasado en amor, así se llama este fin de todo el amor de Dios, amor seráfico.

Unión consumada es el supremo y último fin a que llega el alma que se pretende unir con Cristo, y suélese llamar matrimonio entre Dios y el alma; porque así como cuando un galán pretende una dama para casarse con ella, entonces llega a su fin, cuando consuma el matrimonio, así el alma, desde que comienza a servir a Dios y a darse a la oración, pretende juntarse con Dios; y cuando llega a lo sumo, se dice que consuma el matrimonio. *Quies in dilecto*, o descanso en el amado, es el fin de todos los deseos que se tienen, cuando el alma alcanza a llegar a un estado donde posee con plenitud a Cristo, y están ya satisfechas, contentas y quietas todas sus potencias, así como está quieta la piedra en su centro, cuando baja desde lo alto, y por eso la llaman centro del alma. Vida en Cristo es el fin de toda la perfección, cuando ya el alma obra, habla y piensa lo que obraría, hablaría y pensaría Cristo, si estuviese en el mismo estado, edad y oficio que está aquel alma; que por otro nombre se puede llamar lo sumo de la imitación de Cristo. Llámanla algunos contemplativos *contactus divinitatis,* contacto de la divinidad, porque entonces parece que el alma llega a tocar a la divinidad de Dios sin medio alguno, porque así como cuando el alma se infunde en el cuerpo, que con aquel contacto del alma comienza a vivir el cuerpo, así cuando el alma se junta con Dios, y muere a todo lo que es el mundo, vive en Dios; y puede decir con San Pablo: *Vivo ego, jam non ego, vivit in me Christus* (1). He declarado estos términos, porque con esta declaración se entiende mucho de los libros espirituales que tratan de esta materia.

Es el segundo aviso, y notable, muy necesario para todas estas cosas de espíritu; que estos fines y ejercicios espirituales, que se llapan pureza, luz, amor, unión, quietud y vida, se pueden considerar en tres estados y en tres maneras. El primero en el más alto grado, más encumbrado y más excelente y supremo estado a que pueden llegar, y entonces se dicen últimos fines, cumbres y remates de toda perfección. La pureza en este estado se llama pureza levantada, la luz, luz inaccesible, el amor, amor seráfico, la unión, unión consumada, la quietud, centro del alma, y la vida en Cristo, contacto de la divinidad. Y considerándolos en este altísimo estado, ningún alma de las que viven en este mundo, los alcanza, ni llega a tan alta cumbre; no trato yo ahora del alma de la sacratísima Virgen, que no hay entendimiento criado que pueda penetrar hasta donde ella llegó, trató de las demás almas que viven en el mundo, que no alcanzan tanta, que llegue a la pureza levantada; y por más puras que sean, ninguna deja o ha dejado de tener en algún tiempo alguna falta mientras vive, pues está escrito: *Septies in die cadit justus* (2), siete veces al día cae el justo;

Estado supremo.

1 Ad Gal., II, 20. 2 Prov., XXIV, 16.

y ninguna tiene tanta luz y sabiduría que no tenga alguna ignorancia y le falte muchas cosas que saber; y ninguna ama tanto y se une en Cristo y se quieta y vive, que llegue a lo sumo del amor, unión, quietud y vida; que por más santo y perfecto que uno sea, siempre le queda que andar y que subir en el camino de la perfección.

Estado mediano.

El segundo estado de estas seis cosas es en grado mediano, y de esta manera algunos las alcanzan; porque se dice que tiene pureza, el que no siente en sí pecado mortal que no haya confesado, y se abstiene de veniales y ocasiones aunque, como hemos dicho, no llega a la cumbre de la pureza; y de la misma manera hay muchas almas santas que tienen gran luz, fervoroso amor, gran unión, mucha quietud y viven en Dios, mas siempre hay mucho camino que andar hasta llegar a lo sumo. Y la razón de esto es, porque en todos estos seis caminos se va a Dios, y Dios es infinito y sin fin, y así la distancia del camino es infinita.

Estado ínfimo.

El tercer estado es en grado ínfimo, cuando el alma no tiene ninguna de estas seis cosas o tiene muy poco de ellas; y así se dice ínfima pureza, del que, si ha salido de pecado mortal, está muy lleno de veniales y de ocasiones para tornar a caer; y de la misma manera se dice ínfima luz, amor, quietud, unión y vida. Supuestos, pues, estos tres estados y grados, digo, que el tratar y declarar qué sean los últimos fines y lo sumo de la perfección, es doctrina provechosa para todos. Para los de ínfimo y mediano estado, lo primero, porque vean lo mucho que les falta para subir a la cumbre y se animen a ir subiendo con mayor fuerza; lo segundo, porque sabiendo las riquezas y excelencias que hay en estos fines, se enamoren de ellos y vayan con más alegría caminando: porque, aunque no lleguen a lo último y supremo, mientras más a ello se fueren llegando, alcanzan mayores bienes y mayores riquezas espirituales; lo tercero, aprovecha saber qué sean estos últimos fines y dónde están, para buscar los caminos y medios por dónde los hemos de alcanzar. Y es muy necesario advertir, que cuando los libros tratan de estos últimos fines en toda su perfección, no quieren decir que haya almas que estén en el último grado; así como quien escribe de la bienaventuranza de la gloria, no quiere decir que alguno de los caminantes de esta vida están en ella. Y digo esto, porque algunos se escandalizan oyendo tratar de pureza levantada, de amor seráfico, pensando que los que de ellos escriben, quieren decir que hay almas en estos estados del supremo grado, y con este engaño aborrecen esta doctrina; mas lo que quieren decir los que escriben de ellos es, que hay almas que suben muy arriba, y cuando algunas cuentan algunas riquezas y grandezas espirituales que han experimentado en sí mismas, no afirman que las han experimentado en sí todas en supremo grado, y contar algunas, no es malo; porque, pues dice S. Pablo: *Aemulamini charismata meliora* (1): procurad de alcanzar las mayores gracias, y el Señor: *Estote sancti quoniam ego sanctus sum* (2). Sed santos, porque yo lo soy; y Cristo nuestro bien: *Estote perfecti, sicut Pater vester perfectus est* (3), y

1 I ad Cor., XII, 31. 2 Levit., XIX, 2. 3 Matth., V, 48.

ruega a su Padre diciendo: *Rogo te, Pater, ut sint unum mecum, sicut ego et tu unum sumus* (1); ruégote, Padre, que sean una cosa conmigo, como yo y tú estamos unidos, no es para dar a entender, que las almas están ya en tan alto estado, que no han menester andar camino para subir más, sino para que procuren caminar. He dicho este notable, porque algunas personas que han leído los libros de la madre Teresa de Jesús y de otras personas espirituales, en que se continen muchas grandezas de espíritu a que llegan las almas de mucha oración, han dicho que no convenía andar aquella doctrina pública e impresa, pues hay pocas almas que alcancen tantas grandezas. Y engáñanse éstos, que antes se animan los pecadores y pequeñuelos, y con la golosina de alcanzar semejantes riquezas se dan a la oración, así como, si a muchas damas pobres y desnudas que desean atavío y joyas, viniese una ataviada y enriquecida, y se las mostrase y dijese dónde las halló, las hace muy buena obra porque se animan a buscarlas.

CAPITULO XVII

EN QUE SE TRATA DE LOS SEIS FINES EN PARTICULAR, Y DECLARANSE LOS TRES PRIMEROS, QUE SE LLAMAN PUREZA LEVANTADA LUZ INACCESIBLE, AMOR SERAFICO.

Habiendo declarado los nombres de los seis fines del espíritu y los tres grados y estados que hay de pureza, luz, amor, unión, quietud y vida en Cristo, razón es que descendamos a tratar en particular de cada uno de ellos; y aunque no dije todo lo que hay que decir, porque fuera menester componer para cada uno un gran libro, tocaré con la mayor brevedad que pudiere lo que me parecerá bastante, para que se entienda qué sea, y por el camino que ha de ir quien los quisiere pretender.

Pureza levantada.

Puritas elevata, pureza levantada es lo más alto de la pureza. Así como el fuego entre todos los elementos es purísimo, que ni tiene las impurezas de la tierra, ni los vapores del agua, ni las exhalaciones que hacen impuro el aire, dice Filón, sería bien que se dispusiese el alma a tal grado de pureza, que esté como está el fuego en su esfera. Verdad es que siempre hay que llorar de que siete veces al día cae el justo. Este grado de pureza es, cuando se pretende vivir sin pecados mortales, sin veniales, sin imperfecciones y sin desemejanzas de Cristo. Llamo desemejanzas de Cristo, obras, palabras y pensamientos que parece no hiciera, dijera, ni tuviera Cristo si viviera en esta vida en el mismo estado, oficio, ejercicio, y tuviera los mismos talentos, salud y complexión que tiene la persona espiritual que pre-

---

1 Joan., XVII, 21.

tende de esta pureza. Esta pureza levantada declara S. Macario (1) con el ejemplo de las niñas de los ojos, que no consienten en sí un mínimo polvo de tierra. Y cuando el Señor dijo: «Si tu ojo fuere simple sin tener ninguna parte de tinieblas, todo tu cuerpo será resplandeciente y como candela de resplandor te alumbrará» (2), puédese entender este ojo simple, conforme la doctrina de S. Macario, de la pureza levantada, de la cual nace que todas nuestras obras, palabras y pensamientos sean puros, que esto quiere decir ser todo el cuerpo resplandeciente; y porque a esta pureza se consigue la luz inaccesible, que es como candela de resplandor del alma, por eso añade el Señor: *Et sicut lucerna fulgoris illustrabit te* (3). ¡Oh gran bondad de Dios!, que así como no quiso que supiésemos si estábamos en gracia, o no, pero con mucha certidumbre sabemos si hemos pecado; y no viendo la gracia, vemos los pecados; y el encubrirnos la gracia, es porque no nos aseguremos ni desvanezcamos ni nos descuidemos con ella; y descúbrenos los pecados porque nos humillemos y confundamos siempre, y procurando quitarlos y lavarlos con lágrimas, alcancemos la gracia y pureza, así también en el camino de la perfección permite su divina Majestad que nadie sepa si tiene bueno y perfecto espíritu o no, pero que entienda y sepa muy bien conocer sus imperfecciones y faltas; porque como sabe que todo su bien consiste en quitarlas y purificarse para llegar a lo sumo de la pureza, que es el fundamento de toda perfección, nunca se descuide ni afloje. De aquí se sigue qué engañosa manera de proceder es de algunas almas que siguen oración; dicen: Ahora estoy en tal estado de espíritu, quiero subir a otro mayor, porque jamás se han de asegurar de sí ni pensar que han llegado a cosa buena, sino decir: Yo sé que tengo tales faltas y tales imperfecciones, y hago, digo y pienso tales obras palabras y pensamientos, en que no imito en cuanto pudiera a Cristo, si estuviera en mi estado, etc., quiero irme a la mano en ellas, y purificarme más cada día con penitencia, mortificación y ejercicios espirituales, que aún me falta mucho por andar para llegar al fin de la pureza levantada y alcanzar el ojo simple, semejante al río de cristal, que dice S. Juan (4) manaba del trono del Cordero. Y que esta pureza sea fin del espíritu parece que se colige de las palabras del apóstol S. Pablo, que dice: *Finis praecepti, charitas de corde puro etc.* (5). La caridad que nace de pureza de corazón es el fin de todos los preceptos etc. Dénosla el Señor, y dé a quien quisiere arrobamientos, revelaciones y milagros; que si alma tan flaca y soberbia como la mía tuviera cosa semejante, con que fuera loado y estimado en el mundo, a gran peligro me viera de perder la pureza; que ninguna cosa así la mancha, como la soberbia, vanagloria y propia estima.

1 Machar., hom. 44.
2 Math., VI, 22; Luc., XI, 34.
3 Luc., XI, 36.
4 Apoc., XXII, 1.
5 I ad Thimot., I, 5.

Luz inaccessible.

El segundo fin del espíritu verdadero es la luz inaccesible o soberana cumbre de la teología mística, que es el conocimiento de Dios en lo más alto que puede subir en esta vida, cuando le dan las dos alas de águila, de que se hace mención en el *Apocalipsi* (1), que son dos noticias, una la noticia práctica y la otra la especulativa. Y con razón se llaman de águila, pues solos los ojos de esta ave pueden mirar al sol de hito en hito, sin pestañear. En esta vida no se puede llegar a tanta luz, que se vea la esencia de Dios, que ya sabemos que dice el Señor: «Que no le verá el hombre mientras vive» (2). Y que condena el Concilio Vienense a los que dijeren que en esta vida puedén ver la esencia de Dios. Y así no llamo luz inaccesible ver la divina esencia, sino aquel supremo grado de conocimiento, que los entendimientos criados pueden alcanzar en esta vida; que no es ver el sol, sino un resplandor que del sol, que en la otra vida se ve, reverbera en este mundo. Y porque Dios es tan alto, y nuestro entendimiento tan bajo, y el primer cimiento de esta soberana luz es la fe, la cual consiste en oscuridad, no se alcanza esta luz inaccesible sino con una divina tiniebla, según dice San Dionisio, de donde se toma esta doctrina y nombre: *Divina caligo est inaccessibilis lux*, como quien dice: la luz inaccesible, de que hablamos, es una niebla y obscuridad divina; y declárala divinamente en el primer capítulo de la mística teología por estas palabras: *Trinitas supersubstantialis, deitate, ac bonitate superior, divinae christianorum sapientiae praesul: dirige nos ad mysticorum eloquiorum supprime incognitum, lucidissimum, atque eminentissimum verticem, ubi simplicia, et absoluta, atque invariabilia Theologiae mysteria, secundum superluminosam silentii in occulto docentis, superlucidissimamque caliginem, sunt adoperta* (3). En las cuales, lo primero que dice de esta luz inaccesible es rogar a la Santísima Trinidad, soberana bondad y deidad que es el maestro de la divina Sabiduría de los cristianos, que lleve y guíe a este alto estado. De donde se colige, que el alma no puede subir a él con sus fuerzas naturales, si Dios no la levanta, pidiéndoselo ella con oraciones.

Dice lo segundo, que guíe a la cumbre de los conceptos místicos o a la teología mística, porque esta luz inaccesible es la cumbre y lo más alto de este conocimiento. Dice lo tercero, que es cumbre soberanamente no conocida, pero lucidísima y eminentísima, porque nace de la fe, a la cual no llega el conocimiento natural, aunque ella de sí es lucidísima, así como el sol, aunque sea la cosa más visible que hay, ciega los ojos de la lechuza o murciélago, no por falta de sol sino por la flaqueza de los ojos del murciélago. Dice lo cuarto, que en esta cumbre se conocen los misterios simples, absolutos e invariables de la teología; porque el conocimiento que aquí se da de Dios es sencillo, sin discursos, es absoluto, sin comparaciones, ni relaciones a otras.

1 Apoc., XII, 14.
2 Exod., XXXIII, 20.
3 MG. 3, 998.

criaturas y es invariable; muy al contrario del conocimiento natural, que va mezclado de discursos y de conocimiento de otras cosas, por las cuales conocemos a Dios, y no está siempre en un ser. Dice lo quinto, que se conoce por obscuridad resplandeciente, y en lo oculto y escondido del silencio que enseña, porque cuando llega el alma a lo supremo del conocimiento, entra en una oscuridad donde pierde de vista todo lo criado, y aunque no alcanza lo que querría conocer, pero más entiende en aquella tiniebla de las grandezas de Dios, que en todo lo que antes sabía por su discurso; y allí con silencio de las potencias interiores, porque todas callan y están atentas, escondidamente entiende el alma las grandezas divinas. No sé más declarar esto; délo Dios a las almas para que lo entiendan por ejercicio, que bastará esta doctrina para que los que leyeren en los libros de la madre Teresa o en otros esta mística teología, entiendan que es cosa buena, cierta y segura y escrita por los Santos.

Amor seráfico.

El tercer fin del espíritu verdadero se llama amor seráfico o supremo grado de la caridad. De él habla divinamente Laurencio Justiniano (1) diciendo: que así como el cimiento sustenta todo el edificio, así la caridad sustenta todas las virtudes y perfecciones, y lo supremo de la caridad todos los soberanos fines del espíritu; porque ella es como el fuego, dice S. Dionisio (2), que está en la más alta esfera de todos los elementos, y, según S. Máximo (3), es fuego que resulta de la leña de todas las virtudes y de la observancia de toda la ley de Dios, según el Salmo: *Omnis consummationis vidi finem, latum mandatum tuum nimis* (4): Como quien dice: el paradero de todo buen espíritu, que es lo supremo de la caridad, es el fin de toda la perfección. Este supremo grado de amor seráfico declaró San Agustín (5), con el ejemplo de la esposa, y especialmente de aquella esposa de los Cantares, tan enamorada de Cristo, que en sus divinos requiebros, que sería largo declararlos todos, cuenta todas las excelencias a que suele llegar el amor, y los regalos que Dios hace al alma muy enamorada de él: mas podémoslo resumir en pocas palabras declarando el primer mandamiento de la ley de Dios; que aunque todos le saben, no todos le entienden ni todos le ejercitan como conviene. Dice, pues, el Señor: *Diliges Dominum Deum tuum, ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, ex tota mente tua, et ex tota virtute tua, ex omnibus viribus tuis, et proximum tuum sicut te ipsum* (6). Dice, *diliges*, porque este amor es acto libre, y aunque el alma esté en rapto con libertad del libre albedrío, ama a Dios. Dice *Dominum Deum tuum*, porque tres cosas nos llevan al amor y son principio de este supremo

---

1 S. Laur. Justin., De Discipl. et monast. convers. Perfect., cap. XXII.
2 MG. 3, 330.
3 Maxim., lib. De Charit.
4 Ps. CXVIII, 96. 5 ML. 40, 929.
6 Deuter., VI, 5; Matth., XXII, 37; Mar., XII, 30; Luc. X, 27.

grado de amor de quien vamos hablando. Lo primero, lo mucho que Dios nos ha dado, que por eso dice *Dominum*; la excelencia de quien es Dios, y así dice *Deum*; el inefable amor con que nos ama, y eso quiere decir *tuum*. Muchos aman a Dios, pero no llegan a tanto grado que le den todo el corazón, que es darle toda la voluntad, de suerte que saquen de ella todo el amor propio de sí mismos y el de todas las criaturas: mas quien le ama en supremo grado, ámale *ex toto corde*, porque en el corazón y voluntad no admite amor de criatura que no sea en Dios y para Dios; ámale *ex tota anima*, que es con las potencias interiores y exteriores, que se llaman ánima, y con el entendimiento y memoria, cuando del todo las emplea en Dios, sin acordarse, entender ni querer cosa que no sea Dios y para Dios: y ámale *ex tota mente*, que *mens* se llama el espíritu levantado, que llaman porción superior, porque ningún otro gusto ni regalo desea en lo interior de su conciencia, sino sólo agradar a Dios. También ama con todas sus fuerzas, fortaleza y virtud, sin admitir tibieza ni frialdad. Y quien a este grado de amor de Dios llega, que le podemos llamar serafín en la tierra, viene a conseguir supremo grado de amar al prójimo como a sí mismo, sea el prójimo amigo o enemigo, calumniador y perseguidor o bienhechor; porque olvidándose de todos lós daños y agravios que ha recibido, pone los ojos en ser el prójimo hijo de Dios; y persuádese que amarle como a sí mismo, es dar al Señor el mayor gusto que se le puede dar, deseando para el prójimo la salvaciónn de su alma, la salud y vida, la honra y la hacienda, que desearía para sí mismo. De aquí está claro, cuán lejos están de verdadero y perfecto espíritu, los que pudiendo hacer fruto en las almas, por no perder un poco de quietud o reputación, las dejan de ayudar, especialmente si tienen oficio y talentos para ello, o los que andan con sus hermanos en disensiones, y los tratan con fingimientos, dobleces, calumnias, sequedades y otras señales y efectos de desamor, buscando por otras partes otras riquezas espirituales, que aunque adornan el alma, no son el fundamento y la vida del buen espíritu.

CAPITULO XVIII

EN QUE SE PROSIGUEN LOS OTROS TRES FINES DEL ESPIRITU, LLAMADOS UNION CONSUMADA, DESCANSO EN EL AMADO O CENTRO DEL ALMA, CONTACTO DE LA DIVINIDAD O VIDA EN CRISTO.

Unión consumada.

El cuarto fin se llama unión consumada, y es cuando llega el alma a unirse con Cristo en el más soberano grado de unión que puede. No nos atreviéramos a decir que las almas pretendan en esta vida llegar a esta cumbre de amor, si el Señor no hubiera hecho esta oración a su Padre eterno: «Ruégote, Padre, que sean una misma cosa

conmigo, como yo y tú somos una cosa» (1). Y aunque ningún alma tiene unión hipostática con la esencia divina como la tiene el ánima de Cristo, en quien todas las potencias interiores y exteriores, y todas las obras, palabras y pensamientos tienen el ser de Dios, pero cuando las almas vienen a querer todo lo que quiere Dios, y hablan, piensan y obran, lo que obraría, hablaría y pensaría Cristo en ellas, en cuanto en esta vida es posible, y se van reduciendo con el alma de Cristo a tanta conformidad, que ya se pueden llamar cristos en la tierra, entonces llegan a la unión consumada. Aunque para declarar esto sea bueno el ejemplo de dos aguas que manan de dos fuentes y se juntan después en una, o de una gota de agua cuando se echa en un gran vaso de vino, que se difunde, derrama y dilata por el vino, perdiendo el sabor de agua, o el hierro ardiendo, que aunque es hierro, está hecho un fuego, o la nube arrebolada, que con ser antes oscura, queda resplandeciente, colorada y hermosa como si fuese el sol, que es el modo con que lo declara S. Cipriano (2), quiero seguir ahora la doctrina de S. Doroteo (3), que lo declara por este modo. Imaginemos un centro de donde salen muchas líneas, y éstas, mientras más se apartan del centro, más distantes están entre sí, y mientras más se llegan al centro, más se juntan entre sí, y cuando todas entran en el centro, se hacen una misma cosa y convienen en aquel centro y punto: así dice este Santo, el centro es Dios, y las líneas que de él nacen, son las almas y todas nuestras obras, palabras y pensamientos. Cuanto más andamos apartados y desunidos entre nosotros, o traemos más desparramados los pensamientos y deseos, entonces estamos más apartamos de Dios, y cuando nos llegamos más a él, nos vamos más juntando y uniendo; pero cuando nos metemos en Dios y nos hacemos una misma cosa, nuestra alma con todos los santos del cielo, y con todas las almas de los de la tierra, y juntamos allí todas nuestras operaciones para que sean una misma cosa con las de Dios, como cuando todas las líneas se juntan en el centro, entonces estamos sumamente unidos con Dios. De la manera que tiraba Eliseo cuando estaba viejo y enfermo las saetas, poniendo la mano sobre la mano de Josías con que el rey tenía el arco y la saeta, que siendo un mesmo el tiro que salía de las dos manos, conviene a saber, de Josías y de Eliseo, aunque quien ponía mayor fuerza era Eliseo, el tiro se atribuía a Josías (4), y esta es la unión consumada.

Centro del alma.

El quinto fin del espíritu, que nace del cuarto, se llama *Quies in dilecto*, descanso y quietud perfecta en el amado, de quien dice David: *Posuit fines tuos pacem* (5), porque es una perfecta paz del alma. Y en otra parte: *In pace in idipsum dormiam et requiescam* (6). Así como la piedra cuando está en su centro, que no tiene más que

---

1 Joan., XVII, 21.
2 S. Cipr., *De simpl. praelatorum.*
3 MG. 88, 1695.
4 IV Reg., XIII, 15-17.
5 Ps. CXLVII, 14.
6 Ps. IV, 9.

desear ni que andar bajando, así es el alma cuando está en este centro, porque ha alcanzado en esta vida el fin de sus deseos, que es agradar a Dios en cuanto sus fuerzas alcanzan; y con esta paz viene aquel descanso riquísimo, que así le llama Isaías diciendo: *Habitabit populus meus in multitudine pacis, in tabernaculis fiduciae, et in requie opulenta* (1). Morará, dice, mi pueblo en multitud de paz, en tabernáculos de confianza y en un descanso y quietud riquísimo. Paréceme que quien bien declara esto es Cromacio, tratando de las ocho bienaventuranzas, y también S. Diadoco, obispo, hablando de la perfección espiritual, que dicen: Así como la mar cuando cesan todos los vientos y se sosiegan en ella las ondas, o cuando echan en el agua cantidad de aceite, queda en calma, serenidad y blandura hermosísima, y dicen que está como una leche, así el alma cuando en todos sus sucesos no desea más que agradar a Dios, y ahora sean prósperos, ahora adversos, viendo que nacen de la divina voluntad, recibe el óleo de la devoción, cesando las tormentas, y se arroja con todas sus fuerzas en los brazos de Cristo, entonces siente tan gran quietud y descanso, que no se sabe declarar cómo es, ni yo decir en esto más de que osaría afirmar, que a lo sumo de esta quietud y al mayor gozo de ella no se llega, sino después de grandes tormentas de persecuciones interiores y exteriores, cuando el alma ya cansada de navegar, se arroja del todo en los brazos del Señor y le resulta alegrarse, de que, como en todo agrade a Dios, le venga lo que viniere.

Vida en Cristo.

El sexto y último fin se llama contacto de la divinidad por los teólogos místicos; y le podemos llamar vida en Cristo, con S. Pablo cuando decía: «Vivo yo, mas ya no yo, porque vive Cristo en mí» (2). Esta doctrina y autoridad de San Pablo declara divinamente Arnobio sobre los salmos (3), diciendo, que así como una esfera o bola perfecta toca en lo llano solamente en un punto, y todo lo demás está levantado de la tierra, así puede llegar el alma algunas veces a tan excelente grado de espíritu, que sólo con el cuerpo toca en la tierra, y en todo lo demás está rodeada de Dios, metida en él, viviendo con él, que ya, como vida del alma, está Dios dentro de ella dándole las operaciones vitales de los merecimientos. A las almas que andan de esta manera elevadas y viviendo en Cristo, vemos hacer obras heroicas y despreciar todas las cosas del mundo, porque como no se miden con sus fuerzas sino con las divinas, que son infinitas, cualquier cosa que hacen o trabajos que padecen, les parece pequeña, y todo su estudio es Dios y más Dios: adorarle, glorificarle, servirle, amarle y emplearse de todo punto en lo que saben que le da más gusto, que es el amar, favorecer y ayudar al prójimo como a sí mismas.

Obras heroicas que nacen de la vida en Cristo.

1 Isai., XXXII, 18.
2 Ad Gal., II, 20.
3 Arnob., super Ps. LXXVI.

CAPITULO XIX

TRATA DE LA ANIQUILACION TOTAL Y DE SUS NOMBRES, Y COMO SE HALLA EN LOS SEIS FINES DEL ESPIRITU, Y DE LOS CAMINOS POR DONDE SE ALCANZA ESTA ANIQUILACION Y SE VA A LOS SEIS FINES.

En todos estos seis fines, cuando llegan a supremo grado, se incluye una total y perfecta aniquilación, que así la llaman los libros espirituales, que es como disposición última para alcanzar aquel fin, de la manera que dicen los filósofos que *generatio unius est corruptio alterius*, cuando se engendra una cosa de nuevo, otra se deshace, como cuando se engendra el sumo calor que es fuego, se aniquila, deshace y falta toda la frialdad que era su contraria. Y por no se haber entendido de raíz, qué sea esta aniquilación, han sucedido entre personas espirituales muchos engaños, y así me conviene dilucidar y declarar qué sea. Y comenzando por el nombre: llámase aniquilación porque el alma viene a deshacer y aniquilar en sí todo lo que estorba el fin del buen espíritu; y así declaran algunos aquellas palabras de Job: *Appendit terram super nihilum* (1): funda Dios la tierra (de la perfección), sobre la aniquilación total. También la llaman vaciamiento, evacuación y deshacimiento; y declaran aquello de San Pablo: *Exinanivit semetipsum*, etc., *propter quod Deus exaltavit illum* (2); como quien dice, Cristo se deshizo y aniquiló, por lo cual Dios le levantó y ensalzó, etc., Y cuando crió el mundo, se dice: *Terra erat inanis et vacua, et tenebrae erant super faciem abyssi* (3): La tierra era vacía y había tinieblas, y así Dios la adornó con plantas y animales, etc. De la misma manera, si el alma quiere que Dios críe en ella los seis fines de la pureza, luz, amor, unión, quietud y vida, conviene que primero llegue a la aniquilación, y que quite y aniquile de sí todo el frío de su corazón quien quisiere fuego, y que vacíe todo el acíbar que tiene en la conciencia quien la quisiere llenar de miel.

Esta aniquilación en cada uno de estos seis fines, tiene su diverso nombre. En la pureza levantada, la aniquilación de todas las faltas se llama inocencia, porque se vuelve el alma como un niño recién bautizado en quien no queda culpa alguna; y así se entiende aquello del Salmo: *Quis ascendet in montem Domini?, aut quis stabit in loco sancto ejus? innocens manibus et mundo corde* (4): Quién subirá al monte del Señor, que es la perfección?, el inocente, etc. En la luz inaccesible la aniquilación de todo conocimiento natural se llama divina caligo, divina oscuridad y divina tiniebla; y así la llama San Dionisio en su libro de *Mística Teología*, y el salmo dice: *Qui posuit tenebras latibulum suum* (5): como quien dice, que puso su altísimo conocimiento en tinieblas. El amor seráfico encierra en sí

Mística Teología.

---

1 Job., XXVI, 7.
2 Ad Philip., II, 7.
3 Gen., I, 2.
4 Ps. XXIII, 3-4.
5 Ps. XVII, 12.

la aniquilación de todo amor propio y de todo amor de criaturas, que se suele llamar peregrinación del alma, y es como cuando sale el alma de sí y de todas sus cosas, como salió Abrahán de su tierra (1) y de Hur de los caldeos, que es el amor propio, peregrinando hasta entrar en la tierra de promisión, del amor seráfico; o como Jacob, que con sólo su báculo salió peregrinando hasta desposarse con la hermosa Raquel. En la unión consumada se halla la aniquilación de toda distancia y apartamiento de Dios, que se suele llamar inmediación del alma con Dios y divino beso y abrazo del esposo, y es más dulce que el vino de todos los gustos y regalos criados, que por eso la esposa le deseaba tanto, diciendo: *Osculetur me osculo oris tui, quia meliora sunt ubera tua vino* (2). Béseme mi esposo con el beso de su boca en lo supremo del amor y divino abrazo, que vale más que el vino. En la suma quietud y centro del alma se aniquilan todos los discursos del entendimiento, y se queda el alma como dormida, recibiendo luz y bienes del esposo, y por eso la llaman divino sueño, y el esposo se le guarda conjurando las hijas de Jerusalén, que no despierten a su amada hasta que ella quiera (3). En la vida en Dios, se aniquilan y faltan todos los deseos de la voluntad propia, y queda el alma del todo rendida y transformada en la voluntad de su amado, y por eso se llama muerte sabrosa según aquello de San Pablo: *Mihi vivere Christus est, et mori lucrum* (4). A mí la vida es Cristo y el morir ganancia.

Dicho habemos de los seis fines del espíritu y de la total y perfecta aniquilación que en ellos se encierra; digamos ahora de los medios por donde se alcanzan estos fines y de los caminos por donde se va a ellos y a la total aniquilación, que es doctrina, aunque dificultosa, muy importante. Hay algunos que dicen, que el medio de alcanzar estos fines es cerrar los ojos para no ver nada, porque aún las imágenes pintadas, por hermosas que sean, distraen; tapar los oídos y callar la boca, cesando de la oración vocal, suspender el entendimiento de todos los discursos y la voluntad de todos los actos interiores, porque dicen que todo esto exterior y sensible distrae, y es contrario a la inocencia, tinieblas divinas, peregrinación del alma, inmediato abrazo del esposo, sueño divino y muerte sabrosa que da vida y a la pureza levantada, luz inaccesible, amor seráfico, unión consumada, centro del alma y vida en Cristo, que son los últimos fines que pretendemos. Y aún hay libro que llama inperfección adorar las imágenes, rezar vocalmente, hacer actos de amor de Dios y cualquier obra de la voluntad y entendimiento. Y dicen, que la perfección es movimiento mere pasivo, porque en ella el alma no hace nada, sino solamente recibir, y así cualquier cosa que ella haga, estorba, y que el camino y medio para alcanzar estos fines es la suspensión y dejamiento, cesando de todas las obras y de todo lo exterior. Y he conocido maestros de espíritu que enseñaban a sus discípulos seguir este camino. Decían que se pusiesen en oración y trabajasen e hiciesen

---

1 Gen., XI, 31.
2 Cant., I, 1.
3 Cant., II, 7.
4 Ad Philip., I, 21.

gran fuerza en no pensar nada, sino estarse esperando la unión que por este camino se la daría Dios. Y contra estos maestros tuvimos ciertas refriegas algunos Padres de la Compañía de Jesús, y el padre fray Juan de los Angeles, francisco descalzo, autor de los libros de la *Conquista del reino de Dios*, y de la *Lucha espiritual* y yo, predicando los contrarios la doctrina del dejamiento y suspensión que he dicho y nosotros la contraria. Y en estos reinos de Francia y Flandes he experimentado que hay muchas almas que se tienen por muy espirituales y van por este camino de la suspensión. Esta doctrina no la tengo por sana ni el camino por seguro; y muévome por estas razones. La primera, el Concilio Vienense en tiempo de Clemente VII, condena a unos Begardos y Beguinas, herejes de aquellos tiempos, porque decían que todo el merecer consistía y estaba en suspensión, dejamiento y elevación. Y los alumbrados y dejados, herejes de nuestros tiempos, son condenados por lo mismo. La segunda, porque llamar imperfección el adorar las imágenes es herejía condenada en el sexto Sínodo general, que fué el segundo Concilio Niceno contra los icónomacos. Y para nuestros tiempos, de los herejes que se usan, es peligrosísima doctrina. Y decir que es imperfección discurrir y meditar con el entendimiento es contra las divinas letras, pues dice David: *In meditatione mea exardescet ignis* (1): Con mi meditación se enciende el fuego de la caridad. Decir, que sea imperfección la oración vocal, no es buena doctrina, pues Cristo, que fué el mejor maestro de espíritu que imaginarse puede, cuando sus discípulos le rogaron les enseñase oración, diciéndole: *Domine, doce nos orare,* les respondió: *Cum oratis, dicite* (2), y aquel *dicere*, es oración vocal. Y quitar a las almas los actos interiores de amor de Dios es contra el mandamiento del Señor, que dice: *Diliges Dominum Deum tuum*, etc., *et proximum tuum sicut te ipsum* (3). Amarás a Dios de todo tu corazón, con todas tus fuerzas y potencias, y este amor es acto de la voluntad, en el cual se encierra toda la perfección, según aquellas palabras del real Profeta: *Omnis consummationis vidi finem, latum mandatum tuum nimis* (4): Que quieren decir: el fin de toda la perfección es el mandamiento del amor de Dios y del prójimo, y este mandamiento, siendo positivo, se ejercita con acto de la voluntad. La tercera, porque el merecimiento de la gloria y de la gracia consiste en acto libre, y quitar el merecimiento es muy mala doctrina. La cuarta, vi por experiencia en algunas almas guiadas por esta doctrina de la suspensión, que no estaban nada aprovechadas, antes muy desaprovechadas y faltas de espíritu y de virtud, porque decían y tenían razón, que cuando se ponían a hacer fuerza para suspenderse de todos los pensamientos y actos, se hallaban llenas de pensamientos malos, y que tenían harto que hacer en resistirlos; y en esta pelea se les iba toda la hora de oración y se enfadaban con el camino del espíritu, tornando atrás y dejando los ejercicios espirituales. Y así concluyo con estas cuatro razones, diciendo que nunca se les ha de quitar a las

---

1 Ps. XXXVIII, 4.
2 Luc., XI, 1-2.
3 Matth., XXII, 37-39.
4 Ps. CXVIII, 96.

almas, por más santas que sean, el adorar imágenes pintadas, la oración vocal, la meditación y el hacer actos interiores y exteriores de virtudes.

Verdad es que hay tres puntos necesarios en esta doctrina. El primero, que cuando Dios ha hecho merced al alma de llegarla a la puerta de algunos de estos fines, y están recibiendo mercedes de Dios, teniéndola el Señor suspensa y elevada, no ha de dejar aquel estado en que está y volverse a la oración vocal ni a los discursos, así como si uno sale de Madrid para ir a Toledo, que ha de pasar por Illescas, y se viese al fin de la jornada y a las puertas de Toledo, no ha de dejar el lugar donde está y volver a Illescas, porque le hayan dicho que Illescas es el camino; y así como si un niño hubiese andado tras su madre, llorando y pidiéndole la teta, y ya la madre le tiene en sus brazos y puesto el pezón dentro de la boca para mamar, no ha de dejar el pezón ni los brazos de la madre para tornar a llorar y pedir el pecho, sino mame, calle y estése quedo recibiendo la leche. Así cuando un alma, por haber tenido mucha adoración de imágenes, oración vocal, discursos y actos, la tiene Cristo en sus brazos, cuando le dé la leche suavísima de la luz, amor y unión, etc., no ha de temer ni apartarse de aquel estado en que está, por ir a buscar nuevos discursos, que quien está en los fines, no los ha de dejar por buscar los medios. Mas aquel punto del recibir, dura poco, y después cuando el alma se halla distraída, comience su oración; si Dios no le pusiere en aquella quietud, búsquela por medio de las imágenes, oración vocal y discursos de la meditación, etc.

El segundo punto es, cuando los libros espirituales dicen que las cosas sensibles, como las imágenes, oración vocal y meditación, etc., estorban para la perfecta aniquilación y fines últimos, y que se ha de buscar cesando de los actos y suspender el entendimiento; quieren decir que es muy buen camino la atención interior y buscar el recogimiento del alma, porque con esta atención y recogimiento se alcanza más presto la perfecta aniquilación y unión. Porque hay algunas almas tan habladoras, tan orgullosas, tan fogosas y tan activas, que todo se lo quieren hablar, sin esperar ni escuchar lo que Dios habla dentro de su corazón; y éstas no son de las más aventajadas de espíritu ni alcanzan más unión por este camino. Así como si uno fuese a negociar con el rey, y siempre estuviese hablando, que no quisiese oir ni dejar hablar palabra al rey, no negociaría también como si hablase y oyese y escuchase las palabras que el rey le dice, pues en oirlas y obedecerlas consiste todo el bien de su negociación; así quien va a tratar con Dios en la oración, no quiera siempre estar hablando o discurriendo y obrando interiormente, sino deje hablar a Dios; óigale, escúchele y atienda a lo que le dice, que en el oir y obedecer estas palabras interiores de Dios, está el punto de todo el aprovechamiento, según las palabras de David: *Audiam quid loquatur in me Dominus Deus meus, quoniam loquetur pacem cum plebe sua, et in his, qui convertuntur ad cor* (1): Oiré y estaré atento a lo que

---

1 Ps. LXXXIV, 9.

habla dentro de mí mi Dios, porque hablará palabras de paz dentro de su siervo y en aquellos que se recogen y entran dentro de su corazón.

El tercer punto es, cuando estos autores dicen que las imágenes exteriores, oración vocal y discursos y los demás actos sensibles estorban a la total aniquilación y unión, o las llaman imperfecciones de la aniquilación, no quieren decir que no sean medios para allegar a la aniquilación, sino que no consiste en aquello sensible la total aniquilación y la perfección, sino que es dádiva que la da Dios a quien se dispone y camina por estos medios, para alcanzar este fin. Y esto también lo dice S. Dionisio, hablando con Timoteo, que habiendo declarado la cumbre de la mística teología añade: Tú, carísimo Timoteo, deja todos los sentidos y discursos, etc., si quieres llegar a juntarte con aquel que es infinito, etc. (1). Así como, aunque Illescas sea medio para ir a Toledo, no es parte de la misma ciudad de Toledo, que diferente cosa es, así la adoración de imágenes, la oración vocal, etc., que son actos sensibles, no son parte de la perfecta unión. Mas baste ya lo que habemos dicho acerca de este camino que algunos llevan de la suspensión.

Medios para alcanzar los fines del espíritu.

Digamos ahora de los medios por donde se alcanzan los últimos fines de la pureza levantada, luz inaccesible, amor seráfico, unión consumada, centro del alma y vida en Cristo, y la aniquilación perfecta que en ellos se halla. Para declaración de esta doctrina será bueno traer a la memoria lo que dice San Juan en el *Apocalipsi*: *Vincenti dabo manna absconditum* (2). Al que venciere, le daré maná escondido, etc. Y lo que dice S. Pablo: «No será coronado sino quien legítimamente peleare» (3), y en otra parte: *Plus omnibus laboravi*, etc. (4). Más he peleado que todos: *In reliquo reposita est mihi corona justitiae* (5). De las cuales se colige que estos fines son premios del alma que vence, coronas de quien trabaja; y así como la salud se alcanza con purgas y medicamentos amargos, y la riqueza con sudores y trabajo de manos, así estos seis fines, premios, coronas, salud y riquezas que alcanzan en esta vida los varones espirituales cuando vencen todos los contrarios de los fines del espíritu, y trabajan y pelean contra la carne y contra sí mismos, que es todo contrario al espíritu, se alcanzan por medios sensibles, dificultosos y trabajosos y que parecen contrarios a los mismos fines que se pretenden. De la manera que el que juega a la pelota, si quisiere que se aleje más de la piedra y suba más alto, pone mayor fuerza en juntarla más con la piedra, abatiéndola y abajándola más hacia la piedra, y mientras con mayor ímpetu la abate y aparta de la piedra, más se levanta y sube en alto; y si quisiésemos buscar la razón de esto, no sabríamos dar otra, sino que esa es su naturaleza, porque la mano abajo la echa no hacia arriba, la piedra donde resurte y el aire por donde sube, quedos se están, la pelota de su natural pesada es, y no tiene movimiento a lo alto, de la misma manera quiere Dios levantar a los fines del espíritu y apartar de las cosas de acá por medios que parecen contrarios a los mismos fines.

1 MG. 3, 998.
2 II, 17.
3 II ad Timoth., II, 5.
4 I ad Cor., XV, 10.
5 II ad Timoth., IV, 8.

La pureza levantada en que el alma se aparta de todas las faltas y pecados, se alcanza por el conocimiento y memoria de los pecados de la vida pasada y de la gravedad de ellos, y de las penas y castigos que por ellos merece; y también de la profunda y continua meditación y examen de las faltas e imperfecciones presentes; y de los malos hábitos y costumbres, inconstancia en el perseverar, pusilanimidad en el bien obrar, flaqueza en resistir a las tentaciones, malas inclinaciones y desenfrenamiento de pasiones que en sí siente, cuando de este conocimiento le nace la verdadera penitencia, que es la primera puerta de la pureza, y se ejercita en los más verdaderos actos de contricción que puede, confesando bien y a menudo, siguiendo aspereza de vida y recato de cualquier ocasión. Y con la confusión propia que de su conocimiento le nace, se abate el alma al aborrecimiento de sí misma, sin osar levantar los ojos al cielo, teniéndose por el mayor pecador de todo lo criado. Y esta penitencia y humildad es el camino de la pureza, que no estarse quedo y cesar de obrar.

A la luz inaccesible se camina por la viva fe y actos de ella y por el verdadero rendimiento a lo que Dios nos tiene ya enseñado, y a todo lo que tiene, cree y confiesa la santa madre Iglesia católica, romana, no queriendo ni deseando ninguna otra luz particular, por más alta y encumbrada que le parezca, sin andar buscando en la oración teologías ni delicadezas y subidos conceptos, poniendo toda la fuerza en desear y en proponer de guardar con la mayor observancia que pudiere todo lo que el Señor le ha enseñado en sus mandamientos y divinos consejos; que por esta vía y de la santa sinceridad y obediencia sube el alma, sin saber cómo, a la luz inaccesible, escondida en la divina y soberana niebla.

El amor seráfico, aunque es como centro donde van a parar todos los caminos del alma y se alcanza por muchos medios, el que a mí me parece más verdadero, más corto camino para alcanzarle, es el amor del prójimo y el ejercicio de las obras de misericordia, y principalmente el amar los enemigos, hacer bien a quien nos aborrece (1), que con esto vendremos, como dijo el Señor, a ser hijos de nuestro Padre celestial, y a ser perfectos alcanzando amor seráfico. Que tengo por muy cierto ser traza de Dios, como desea tanto que le amemos de todo nuestro corazón, alma, fuerzas, virtud y fortaleza, permitir que tengamos enemigos que nos persigan y calumnien, para que sufriendo los golpes y tribulaciones, arrojemos en la oración, con la fuerza de la paciencia, nuestra voluntad en el amor del enemigo, aunque esté más endurecido que una piedra y no se ablande con beneficios de nosotros recibidos, que con este vote y arrojamiento de amor, se levanta nuestro espíritu al amor seráfico.

La unión consumada, que es lo supremo de la unión, entre otros medios que hay para alcanzarla, el más principal es hacer actos de amor de Dios, esforzándonos lo más que pudiéremos, a que sean fervorosos, eficaces y a menudo. Porque así como Dios, según dice San Juan (2), es alfa y omega, principio y fin, así en los negocios del espíritu

---

1 Matth., V, 44-45. 2 Apoc., I, 8.

el amor de Dios es principio, y el mismo amor es fin último cuando llega a lo sumo de la unión consumada, aunque es imposible que llegue, porque Dios a quien amamos es infinito; y así hay tanto espacio desde que comenzamos a amar a Dios hasta lo que podemos subir, que no se puede acabar de andar. Digo que el amor es principio, hablo de amor imperfecto, tibio, flojo, ejercitado por los actos que pudiéremos, aunque sea con sola palabra, éste es principio para caminar al amor consumado, éste es la primera letra del a b c, y alfa, que por eso se llama amor, hasta llegar a la o, que, por ser redonda sin principio ni fin, es símbolo de la perfección. Aconsejaría yo a los que enseñan espíritu, que la primera cosa en que pongan a sus discípulos sea en hacer actos de amor de Dios, de la manera que pudieren, porque aunque sé muy bien, que la penitencia, mortificación y oración son fuentes, principios y raíces del amor de Dios, pero muy de otra manera se ejercita la penitencia, mortificación y oración, cuando va acompañada con los actos de amor de Dios, que cuando va a solas y a secas, porque con el amor de Dios llevan estas virtudes, alma, y sin él son secas, trabajosas, penosas y como muertas. El quinto fin, que es el centro del alma, descanso en el amado y lo sumo de la quietud a que se puede llegar, se alcanza con recogimiento interior y exterior, que no sin causa vino el *sibilus aurae tenuis* (1) a Elías, metido dentro de su cueva, ni dice el Espíritu Santo: *Ducam eam ad solitudinem et loquar ad cor ejus* (2): llevaréla a la soledad para estar dentro del centro de su corazón, hablándola, y que ella esté conmigo en su centro. También se alcanza con la oración vocal y lectura de buenos libros, que acaecido ha no poderse una persona recoger ni quietar su espíritu, y rezando vocalmente *Pater nostres* y *Ave Marías* en su rosario, o leyendo en un libro devoto, recogerse tanto que llega a hallar a Dios en el centro de su alma. La vida en Cristo, que es el último de los seis fines de espíritu, nace del ejercicio de todas las virtudes, pero principalmente de la verdadera mortificación, cuando con este cuchillo de piedra andamos con la mayor diligencia que podemos, cortando lo superfluo, inútil y dañoso de nuestras obras, palabras, pensamientos y deseos, que son malos sarmientos, que por el pecado original están siempre brotando en nuestras conciencias.

Estos son los verdaderos caminos y medios por donde se alcanzan los seis fines del espíritu y la total aniquilación de todo lo que estorba; y así al que venciere todas sus faltas con la penitencia y humildad, se dará por premio la vestidura blanca (3) de la pureza. Al que venciere su ignorancia y bachillería de ingenio con la viva fe, rendimiento y obediencia, se promete por premio la resplandeciente estrella de la luz inaccesible y mística teología. El que con amor de sus enemigos y paciencia en el sufrir injurias saliere con la victoria de su amor propio, llevará en premio el cálculo cándido que es el carbunco encendido, y en él el amor seráfico, que es el nuevo nombre que nadie sabe qué es sino quien le recibe. A quien se ejercitare en amor de Dios para vencer la frialdad y tibieza de su corazón, se le pro-

---

1 III Reg., XIX, 12. 2 Ose., II, 14. 3 Apoc., III, 5.

mete la unión consumada, que se significa en lo que llama S. Juan corona de la gloria. Y a quien venciere su inquietud y distraimiento de corazón mediante el recogimiento interior y exterior, promete Cristo, «que le asentara consigo en su trono, así como él se asentó en el trono del Padre Eterno» (1), y este asiento en esta vida se llama descanso en el amado o centro del alma, y es el quinto fin que hemos dicho. Finalmente, al que con la continua mortificación matare, venciere y rindiere a su amor propio, ejercitándose en los actos de todas las demás virtudes, se le da por premio «comer del árbol de la vida, que lleva doce frutos al año para la salud de las gentes» (2), que es la vida en Cristo, de donde nacen todos los bienes del alma, especialmente los doce frutos del espíritu alcanzados en perfección. Y baste ahora esto que hemos dicho acerca de los fines; vamos a tratar de los medios, estados y moradas de las almas, que son como los mesones que hay en medio del camino para llegar a estos fines que pretendemos.

DE LAS MORADAS DEL VERDADERO ESPÍRITU

CAPITULO XX

DE LAS MORADAS DEL VERDADERO ESPIRITU. COMPARANSE LAS SIETE SUERTES DE GENTES QUE SIGUEN ESPIRITU A UN CASTILLO QUE TIENE SIETE MORADAS Y SIETE PUERTAS, Y A LAS SIETE HORAS QUE HAY DESDE QUE AMANECE HASTA MEDODIA. DICESE DE SIETE SUERTES QUE HAY DE PECADORES Y SIETE ESTADOS DE JUSTOS, DE LOS QUE NO SE DAN TANTO A LA ORACION MENTAL.

La doctrina que se sigue es muy necesaria para examinar las conciencias de los que tienen oración, y saber en el estado en que están, para procurar que vayan más adelante; porque, como lloran los santos y especialmente San Buenaventura (3), hay muchos confesores y maestros espirituales, que se contentan con solamente oir y absolver pecados, y no procuran de levantar las almas a mayor grado de espíritu, que si hubiese muchos que de veras tomasen esto, más almas aventajadas habría en la Iglesia de Dios de las que hay. Y el no guiar las almas a mayor perfección, en algunos nace de ignorancia, que por no saber más, no enseñan a sus discípulos los caminos más aventajados. En otras nace de falta de espíritu, que aunque tienen letras y han estudiado, como no tienen experiencia y no han subido en la oración a cosas altas, no pueden guiar los espíritus por los caminos que ellos no han andado, ni alentarlos a subir escalones por donde no han subido. Por esta causa me ha parecido, que convenía escribir aho-

1 Apoc., III, 21.
2 Apoc., XXII. 2.
3 In prologo *Mysticae Theologiae*.

ra estas moradas, para dar luz como pudiere, a los que de esta parte de mi Dilucidario se quisieren aprovechar.

El libro de *Las Moradas* que escribió la Beata madre Teresa de Jesús por mi causa, que siendo yo su prelado se le mandé escribir estando en Toledo, procede con el estilo de la experiencia que ella tenía en cosas altas de espíritu, y no es doctrina para todos. Lo que yo ahora pretendo con la brevedad que suelo, es escribir unas moradas, con que se puede entender mucho de aquellas, y aprovecharse con más claridad los que no hubieren subido tan alto a entender los medios por donde han de caminar, dando luz a los penitentes y discípulos para que se puedan entender y preguntar, y a los confesores y maestros para que los puedan gobernar y guiar. Llamo moradas lo mismo que estados de personas espirituales, que siguen oración, grados de espíritu, y como escalones por donde se sube de la tierra al cielo en la misteriosa escala de Jacob (1), posadas y mesones donde llega el que va caminando desde el principio de la gracia hasta el fin del espíritu, y como horas del día, en que creciendo el sol, desde que comienza a amanecer hasta que llega a la siesta del medio día, tomando ocasión de aquel maravilloso castillo de Mágdalo, donde dice San Lucas (2), que entró Jesús y allí moraban Marta, de la vida activa, María, de la vida contempltiva y Lázaro, del verdadero espíritu, y de otras palabras del apóstol S. Pablo que escribe a los romanos y dicen así: *Qui diligit proximum, non facit malum; plenitudo enim legis est dilectio. Abjiciamus ergo opera tenebrarum et induamur arma lucis, sicut in die honeste ambulemus, non in comessationibus et ebrietatibus, non in cubilibus et impudicitiis, non in contentione et aemulatione, sed induimini Dominum nostrum Jesum Christum, et curam carnis non feceritis* (3). Quieren decir, el que ama al prójimo, no hace mal, porque el cumplimiento de la ley es la caridad. Ea, pues, desechemos toda obra de tinieblas, vistámonos las armas de la luz para que andemos honestamente de día, no en demasiadas comidas y bebidas ni deshonestidades, no en bandos, revueltas ni envidia, sino vestíos de Nuestro Señor Jesucristo y no tengais cuidado de cosa del mundo. En estas palabras hay seis puntos, noche y día, amor de Dios y del prójimo, deshonestidades y envidias, porque el buen espíritu se remata en amor de Dios y del prójimo, cuando llega el alma a la unión consumada, donde se viste de Cristo sin hacer caso del mundo. Es contraria al buen espíritu la relajación de gente que se da a deshonestidades o a regalos. Y también destruye el buen espíritu el odio, de donde nacen bandos, revueltas, disensiones, venganzas, envidias, que se suelen hallar en algunos que en lo exterior siguen vida áspera. La noche quiere decir el estado del pecado; día, el estado de la gracia y del espíritu. Aconsejanos pues el Apóstol que nos apartemos del pecado y sigamos la gracia y el espíritu. Y para entender de raíz los estados de gente espiritual y el de los pecadores que hay en el mundo, imaginemos que hay siete horas de noche, que son siete estados de pecadores, y siete horas de

Fin del buen espíritu.

Contrarios.

1 Gen., XXVIII, 12. 2 Luc., X, 38. 3 Ad Rom., XIII, 10-14.

día, que son siete estados de justos y espirituales. Y para más claridad nos servirá el ejemplo de una ciudad, y que en medio de ella están los palacios del rey, y en lo mejor de estos palacios hay un castillo, y este castillo está dividido con siete murallas en que hay diversas moradas y aposentos, y de la manera que están los cielos, que unos contienen dentro de sí a otros, o que este castillo tiene siete moradas y aposentos, a los cuales se va subiendo por una misma escalera de caracol, y en cada aposento o morada hay muchas piezas, de manera, que en todo el castillo hay siete moradas; imaginemos también que en estas siete moradas se entra por siete puertas, y que unos entran por una puerta, otros por otra; porque no está el negocio en entrar por esta o por aquella puerta, sino en estar dentro de las moradas del castillo.

Esta ciudad es la fe, y los que dentro de ella moran son los católicos, los que están fuera son los herejes; el palacio del rey es la gracia; y el castillo es el espíritu; y los que entran dentro son los que siguen vida espiritual, juntando la activa y contemplativa con el espíritu de que hay siete estados, que luego diremos. Las puertas por donde se entra a estas moradas son siete diversos modos de proceder en la oración, por donde se alcanzan los bienes espirituales. Estos siete modos o siete puertas se llaman: La primera, oración vocal; la segunda, meditación; la tercera, lectura de buenos libros, que acontece haber personas que con la oración vocal no se aprovechan ni tienen talento para meditación, y comenzando a leer en un libro se recogen. La cuarta puerta es la contemplación; la quinta, el ejercicio de las virtudes, así de actos interiores como exteriores. La sexta, visiones y revelaciones; la séptima, éxtasis y raptos. Llamo a estos siete modos de oración siete puertas, porque el tener espíritu, que es vivir en los aposentos del castillo, es alcanzar pureza, luz y amor; y mientras más dentro de estas tres cosas el alma entrare, irá más aprovechando, entre por cualquier puerta que quisiere. S. Pablo (1) desde el ser perseguidor entró a lo supremo del espíritu por el rapto, sin haber llamado a otras puertas. San Juan Evangelista por la de las visiones y revelaciones llegó a la luz con que entendió el *Apocalipsi*. Otros santos han entrado por la contemplación; otros por la meditación y así por las demás puertas. Con esta doctrina se quita un engaño de algunos, que como ven contar a la madre Teresa de Jesús y a otras personas espirituales, que se llega a las sextas o séptimas moradas por visiones y raptos, paréceles que quien estos raptos o visiones no tuviere, no podrá llegar a la perfecta unión con Cristo, y engáñanse, que muchos santos llegaron a tener gran caridad, entrando por las otras puertas que hemos contado, sin raptos ni revelaciones. Así como dentro del castillo, que es el espíritu, hay siete moradas, que son siete estados de personas espirituales, así fuera del castillo y fuera de los palacios del rey, que es la gracia, hay siete estados de gente que están en pecado, que podemos comparar a siete horas de la noche y a las siete cabezas de la bestia del *Apocalipsis* (2),

Siete modos de oración, que son siete puertas de las moradas.

1 Act. IX.

2 Apoc., XII, 3.

De los siete estados que hay de pecadores.
Infieles.

las cuales, aunque ordinariamente se declaran los siete pecados mortales, para nuestro propósito viene bien declararse de estos siete estados de pecadores, que son como los siete montes de Babilonia. El primero, es de los pecadores que están fuera de la Iglesia y fuera de la fe, como los que están fuera de la ciudad, cuales son los moros, judíos, gentiles y herejes. El segundo estado, de los que están dentro de la ciudad, que es la fe, pero fuera del palacio real, que es la gracia, y muy a los arrabales de la ciudad. Estos son pecadores públicos, que aunque son cristianos, viven y se sustentan con la ganancia de pecados mortales, cuales son las rameras, salteadores, hechiceras, usurarios, etc. El tercero, los que aunque no están en tal mal estado, pero todo el año perseveran en pecado mortal, como son los amancebados, enemistados, blasfemos, etc. Y aunque se confiesen por Pascua de flores, es casi como de cumplimiento, que aunque no viniese la Pascua, no se les daría nada, y ni se enmiendan ni mudan vida; y si bien se mira, en muchos de ellos los propósitos con que se confiesan no son firmes ni las confesiones enteras. El cuarto, de pecadores que confiesan más a menudo, pero no dejan las ocasiones y raíces de los pecados, como los que tienen aficiones deshonestas o enemistades, etc., que engañados con pensar que basta confesar los pecados en que caen, como no salen de las ocasiones, luego tornan a pecar por las raíces que les quedaban. El quinto, los que aunque lloran sus pecados y los sienten y desean salvarse, y huyen de las ocasiones, dejan por vergüenza o miedo o negligencia de confesar algún pecado mortal o circunstancia necesaria, con que se quedan en el mal estado en que estaban. El sexto, de pecadores que mostrando gran deseo de salvarse, y confesando a menudo y teniendo ejercicios espirituales, están caídos en pecados ocultos, cuales son, omisiónes culpables y pecados de ignorancia crasa y culpable y de pensamientos consentidos, etc. El séptimo estado es de los pecadores que se condenan por pecados ajenos, de que son causa con ofensa mortal, como los que escandalizan o ayudan a pecar a otros, y por eso dice David: «Señor, líbrame de mis pecados ocultos y de los ajenos perdona a tu siervo» (1). De algunos de estos pecados trataré después más de propósito, cuando diga de los estorbos del espíritu; por ahora basta decir, que son como siete horas de la noche, que podemos imaginar que comienzan desde la media noche, cuando está en lo más profundo la oscuridad hasta que quiere amanecer.

Pecados públicos.

Los que confiesan por cumplimiento.

Los que hacen malas confesiones.

Los que están en pecados ocultos.

1 Ps. XVIII, 13-14.

CAPTIULO XXI

EN QUE SE COMIENZA A TRATAR DE LOS SIETE ESTADOS DE ALMAS QUE SIGUEN ESPIRITU, COMPARADAS A SIETE MORADAS DEL CASTILLO INTERIOR: TRATA DE LAS CUATRO PRIMERAS Y DEL TEMOR, PACIENCIA, MORTIFICACION Y RECOGIMIENTO QUE EN ELLAS SE HA DE PROCURAR PARA IR APROVECHANDO.

Así como en la noche hay ladrones y bestias fieras, tinieblas y frialdad, y decíamos que se imagine dividir en siete horas, así en el día se limpia la tierra de ladrones y bestias y hay luz y calor del sol, y desde que comienza a amanecer hasta que llega el sol al mayor fervor del mediodía, hay otras siete horas, y pongamos por caso, que en cada hora va creciendo más la pureza, la luz y el calor. De la misma manera acaece en las almas de buen espíritu, que desde que salen de pecado mortal, que es la noche donde decíamos haber siete estados, hasta que llegan a lo sumo de la perfección y fines del espíritu, hay siete estados; en los cuales va el alma creciendo, como por siete grados, en mayor pureza, mayor luz y mayor amor de Dios, que son como los siete días en que Dios crió el mundo, o como las siete moradas del castillo, que una está más dentro o más arriba de otra. Y con razón se llama castillo y morada, porque el espíritu nace de la fe, la fe se ejercita en la oración, y Dios mora por fe en nuestros corazones, según dice San Pablo (1), y como dice por Isaías, «gusta de morar en el corazón del humilde y pequeñuelo y que tiembla de sus palabras» (2). Nuestra alma, dice S. Macario (3), y S. Juan Crisóstomo (4), es un palacio real del Rey eterno, y una hermosísima casa donde Dios se aposenta: «Es torre del monte Líbano, que mira contra Damasco» (5), dice la esposa, y castillo donde entra Jesús (6), y le hospedan la vida activa, que es comparada a Marta, y la vida contemplativa, que es como María. No todas las almas pasan por todas estas siete moradas, que algunas no entran en el castillo, que son las que no se dan al espíritu. Otras toda la vida están en la primera o segunda morada. Otras de la primera pasan a la cuarta o quinta, sin ir por orden, porque Dios da estas cosas a quien quiere y como quiere, pero escribímoslas por orden para que se vayan mejor entendiendo.

Este nombre castillo y moradas es de la sagrada Escritura.

Hemos dicho siempre que todo el espíritu va a parar en pureza, luz y amor. Hay pues en el alma siete grados de pureza, siete grados de luz y siete grados de amor y caridad, en las cuales va creciendo, que se llaman siete moradas del castillo por el orden que se sigue.

---

1 Ad Ephes., III, 17.
2 Isai., LXVI, 2.
3 MG. 34, 598.
4 S. Chrisost., Hom. 29, in Epist. ad Haebreos
5 Cant. VII, 4.
6 Luc., 10, 38.

Primeras moradas.

Primeras moradas llamamos al primer estado del alma, que aunque ha salido de pecados mortales y se comienza a dar a la oración, no ha dejado muchas ocasiones, porque todavía juega, pasea y gusta de conversaciones peligrosas, galas demasiadas, oir comedias y cosas semejantes que no llegan a pecado mortal, pero son veniales, porque o son actos ociosos o peligrosos, y aunque lo sabe, se quiere estar en ellos, etc. Y la luz es flaca, porque sólo se extiende a conocer la dignidad del alma y cuán malos son los pecados mortales; mas con esta luz comienza por vía de temor y va subiendo a más alto grado. Y aquí el amor de Dios es muy tibio y frío, como quien está en la primera hora de la mañana, cuando comienza a alborear, que aún el sol no calienta casi nada ni da mucha luz.

El que quisiere salir con bien de estas moradas y subir a las segundas, busque temor de Dios, porque según el Sabio: *Timor Dei principium sapientiae* (1). El principio de la sabiduría y verdadera luz de oración es el temor de Dios. Tres maneras hay de temor, conviene a saber, temor servil, temor filial y temor reverencial. El temor servil, que es miedo de las penas del infierno, y de la pobreza, enfermedades, dolores, disgustos, afrentas y deshonra, que vienen en esta vida a muchos de los que pecan, es el que más hace al caso en estas primeras moradas. Porque aunque el temor filial, que es como el que tienen los hijos a sus padres de no darles disgustos, y el temor reverencial, que es la profunda consideración que el alma tiene de su bajeza, con que se confunde y abate sin osar levantar los ojos a la divina presencia, sean muy buenos, no está el alma de estas moradas tan aprovechada en la pureza, luz y amor, que haya llegado a estos dos últimos temores; bástale por entonces el temor servil.

Los ejercicios espirituales que han de hacer para ir aprovechando los que en este estado se vieren, son cinco. El primero, asperezas del cuerpo, como algunos cilicios, disciplinas, etc., con que hacen que el cuerpo tiemble de buscar sus gustos, pues lo ha de pagar de contado con asperezas. El segundo, recato, poniendo muy bien los ojos a las ocasiones y a los peligros que de ellas se siguen. El tercero, abstinencia, así de comida como de otros gustos; que así como el enfermo sin dieta nunca llega a alcanzar la salud, así el principiante en el espíritu, sin abstinencia no llegará a alcanzar perfección. El cuarto, silencio, que por la lengua nos vienen grandes daños. El quinto, frecuencia del sacramento de la confesión, que hace mucho al caso para evitar ocasiones, y no hablo aquí de las ocasiones que son pecado mortal, sino de las veniales que se vencen con temor.

Y no es mucho que temamos, dice Eusebio Emiseno (2), pues vemos tantos lazos y sentimos en nosotros tanta flaqueza y terribles pasiones; mas con este temor, que, según el gran Basilio (3), es com-

1 Prov., I, 7.
2 Euseb. Emisen., Hom. 5.
3 MG. **29**, 366; **31**, 394.

el clavo que nos tiene crucificados con Cristo, procuramos huir de los pecados veniales, haciendo más fuerza en quitarlos que antes hacíamos; dámonos al recogimiento exterior y ejercitamos la penitencia, procuramos humildad y obediencia, pedimos a Dios paciencia contra las sequedades que en esta primera morada no suele haber pocas.

Segundas moradas.

En el segundo estado aunque el alma procura salir de ocasiones y se va más recogiendo, todavía va combatida de muchas tentaciones y acosada de trabajos espirituales, como son malas imaginaciones, espíritu de blasfemia, escrúpulos, sequedades, melancolías y semejantes sabandijas; la luz es mayor que antes y va creciendo en el amor de Dios, y si quisiere ir adelante, no se deje descaecer ni sea, como dice San Basilio (1), como los niños que rompen las cartillas cuando los azotan, sino como el marinero que se apercibe mejor cuando siente la tempestad, o como el buen soldado que se hace más fuerte cuando ve los enemigos al ojo y entran en la batalla, que Dios, dice Teodoreto (2), es como el que cura con botones de fuego, y así permite las tentaciones y persecuciones en este segundo estado de las moradas, para que el alma vaya más aprovechando en la luz y amor.

Los medios para alcanzar paciencia y para perseverar y caminar adelante en el espíritu, son cinco. El primero, desconfianza propia de sus fuerzas y confianza en Dios. El segundo, tratar con personas espirituales experimentadas que le vayan dando luz. El tercero, desear cruz por Cristo y no apetecer regalos interiores ni exteriores. El cuarto, no se espante de sus caídas, ni por ellas desespere ni se abandone, sino acuda a la confesión y vaya adelante con los ejercicios espirituales. Finalmente, resuélvase muy de veras en que haga Dios en él su voluntad.

Remedios para la paciencia y perseverancia.

Terceras moradas.

Cuando el alma ha perseverado y peleado contra tentaciones y persecuciones, entra en otra tercera región y va aprovechando en más luz y pureza, aunque bien siente en sí sus pasiones fuertes, que le hacen mucha guerra, mas guiale el Señor por vía de la mortificación a mayor luz y mayor amor. Estas pasiones son once, comparadas a once leonas encerradas en las dos cuevas de la sensualidad y apetito, que son la concupiscible y la irascible. En el apetito concupiscible se hallan seis. La primera, el amor, que suele ser o sensual o amor natural, fuerte o desordenado. La segunda, el aborrecimiento que retira a la voluntad y la causa odio y enfado en las cosas buenas. La tercera, deseo, que es el ímpetu con que corre el hombre a la criatura amada. La cuarta, huída y retiramiento de las cosas provechosas de la conciencia. La quinta, alegría vana de donde suele nacer la chocarrería,

1 S. Basil., Hom. VIII in divites avaros.

2 MG. 30, 239.

vanidad y distraimiento. La sexta, tristeza demasiada, que carga al alma de melancolía y amargura de corazón, y ata al pensamiento y deseo para que no vuelen a lo alto. Estas seis se hallan en la concupiscible. En la irascible hay cinco. La primera, esperanza demasiada de las cosas del mundo. La segunda, desesperación del alcanzar las cosas de Dios y la perfección. La tercera, temor pueril y de niños. La cuarta, atrevimiento demasiado para ponerse en las ocasiones de caer. La quinta, ira, que suele ser en algunos tan natural y repentina que les destruye todo el espíritu. Los que están en estas moradas son combatidos, unos de unas y otros de otras pasiones, cada uno mire la que es su contraria y haga contra ella resistencia. Para subir de este estado tercero a otro más perfecto, es muy necesaria la mortificación, que se alcanza con el conocimiento propio y atenta consideración de sí mismo, cuando el alma entrando dentro de su conciencia, va caminando hasta hallar a Cristo dentro del centro de su corazón. Y esto parece que enseña el esposo a la esposa en aquellas palabras: *Si ignoras te o pulcherrima mulierum, egredere, et abi post vestigia gregum tuorum, et pasce haedos tuos juxta tabernacula pastorum* (1). Si no te conoces, oh, la más hermosa de las mujeres, sal y camina en pos de las pisadas de tus ganados y apacienta tus cabritos cerca de las cabañas de los pastores. Como quien dice: si te falta el conocimiento propio, saldrás de ti mismo con la distracción, y camina en pos de las pisadas de tus greyes, que son la desordenación de tus pasiones, que de ahí se vienen a apacentar los cabritos, que son los pecados, hasta llegar cerca de ser herejías, que así declara S. Gregorio *tabernacula pastorum*; de este conocimiento llega el alma a la verdadera mortificación, que es el cuchillo que corta las pasiones desordenadas.

Cuartas moradas.

Quien entra en las cuartas moradas, que ha salido ya de ocasiones y tiene más fuerza contra las tentaciones y las persecuciones, lleva con más paciencia y con el temor de Dios y mortificación, tiene las pasiones más rendidas, fáltale la fuerza para contra el distraimiento del espíritu, desatención en la oración y semejantes sabandijuelas, que se entran por cualesquier resquicios, como lagartijas pequeñas; este estado es en que ha menester recogimiento.

Qué sea recogimiento y cuántas maneras hay de él.

Y para que tomemos de raíz esta doctrina, es de advertir, que hay dos maneras de recogimiento; conviene a saber: interior y exterior. El exterior es, cuando la persona se aparta del trato y conversación de gentes, o se va a la soledad y se recoge y mete dentro de la celda cerrando tras sí la puerta, como dice Isaías (2), para que sin tener allí quien le estorbe, piense de día y de noche en la ley del Señor (3). Recogimiento interior es, cuando las potencias del alma están recogidas y atentas, oyendo lo que Dios interiormente habla y prontas para hacer su voluntad. Y aunque es dificultoso este recogimiento in-

1 Cant., I, 7.
2 Isai.,XXVI, 20.
3 Josue, I, 8.

terior sin el exterior, traíanle los Apóstoles y tiénenle los Santos, cuando andan ocupados en la conversión de las almas. Este recogimiento interior es de dos maneras, conviene a saber: recogimiento natural y adquirido con propia industria, y recogimiento sobrenatural y dado. El natural es una fuerza que se hace el alma a sí misma para tener las potencias atentas a oir lo que dentro de sí le dice el corazón. Declara esto San Basilio (1) con el ejemplo de quien está delante del rey y hablando con él, que se hace fuerza para tener las manos, pies y ojos quietos y compuestos, callando su boca para oir lo que el rey le dice, y ésta propiamente se llama atención interior. Atención.

El recogimiento sobrenatural y dado del cielo es una merced que Dios hace al alma, cuando él mismo la mete dentro de sí, y con divinos lazos y ataduras tiene presas las potencias interiores y exteriores para que no ejerciten sus operaciones, que ni los ojos ven, ni los oídos oyen, ni la imaginación piensa ni el entendimiento discurre, etc. De este recogimiento sobrenatural podemos entender aquello de Oseas: «Llevaréla a la soledad y hablaréla al corazón» (2). Porque se halla el alma allá dentro de sí misma como en un campo raso, con gran silencio, donde no oye ni comunica con pensamiento alguno de la tierra, de la manera que Isaac saliendo a meditar al campo, recibió a Rebeca, su esposa. Dice que la hablará al corazón, porque en este silencio está más libre el alma para recibir los conceptos más sutiles, más delicados y más divinos, que aun a esto atinó Aristóteles, cuando dijo: *Tunc anima est aptior ad recipiendum subtiles impressiones, quando est libera ab strepitu sensibilium exteriorum* (3). Como quien dice: Entonces está el alma más aparejada para recibir las impresiones delicadas y sutiles, cuales son los divinos conceptos, cuando está libre del estruendo de los sentidos; y Mercurio Trismegisto, en su Pimandro, declara el camino por donde se llega a este divino silencio, diciendo así: *Cum de rerum natura cogitarem, et mentis oculos ad superna erigerem, sopitis jam naturae sensibus, visus sum mihi videre Pymandrum, divinae naturae mentem*, etc. (4). Dice lo primero que estaba pensando en las cosas naturales, porque el principio de venir a este silencio es la meditación. Dice lo segundo, que de allí levantó los ojos a las cosas sobrenaturales, porque de la meditación natural se viene a la contemplación de cosas altas. Dice lo tercero, que se le adormecieron los sentidos de la naturaleza y que entonces vió a Pimandro, que es la mente de la divina Sabiduría, porque de la profunda contemplación se llega a este divino silencio de quien vamos hablando, que le llamó S. Dionisio silencio enseñador (5); y eso quiere decir *sopitis*, que dice Mercurio, dando a entender que los sentidos estaban adormecidos con profundo sueño. Es de advertir, que esta atención y recogimiento sobrenatural más profundo, dividen los teólogos místicos y espirituales en tres maneras de sueño, que ellos llaman en hebreo Zeumach, Leumach y Tardemach; que quiere decir, sueño livianísimo, como quien está dando cabezadas, entre duerme y vela, sueño liviano como quien

---

1 MG. 31, 1215.
2 Ose., II, 14.
3 Arist., *De somno et vigilia*.
4 Mercur., in *Pymandrum*, c. I.
5 MG. 3, 998.

duerme y con cualquier cosa se despierta, sueño profundo, como quien duerme con tanta fuerza que es dificultoso despertarle. Cuando el alma movida de Dios está sobrenaturalmente recogida, unas veces no está tan absorta que luego no vuelva en sí, como quien da cabezadas, y casi está oyendo lo que se dice y habla, y entonces está recogida con esta primera manera; pero cuando está recogida de suerte que aunque está absorta, fácilmente vuelve en sí, ésta es la segunda manera del recogimiento. Pero cuando tiene los sentidos enajenados y con una gran éxtasis y rapto duerme en un profundísimo sueño, esto es lo supremo del recogimiento, del cual hablaré más largo en la segunda parte de este Dilucidario. Así que hay recogimiento exterior en la celda y recogimiento interior natural, que se llama atención; recogimiento interior sobrenatural que podemos llamar silencio; recogimiento grande sobrenatural, que podemos llamar sueño; y este sueño o es livianísimo, que le podemos llamar elevación, y otro mayor, a quien podemos llamar estar absorta y supremo recogimiento, y se llama rapto. Dice Clemente Alejandrino (1), que así como el sol engendra en lo secreto y más recogido de las entrañas de la tierra el oro, plata y piedras preciosas, y cuando se engendra el agua, los vapores se congelan en las más escondidas concavidades y poros de las cavernas y piedras, de donde después sale manando y corre con ímpetu el río, que refrigera, sustenta, cría las plantas y alegra los sedientos, así, cuando Dios mete al alma con el recogimiento interior dentro de lo escondido de su conciencia, de allí salen los gustos, regalos, contentos, deleites y gozos espirituales, de que se enriquecen mucho las almas, que están en este cuarto estado y llegan a estas cuartas moradas.

CAPITULO XXII

EN QUE SE PROSIGUEN LAS MORADAS. TRATASE DE LAS QUINTAS, SEXTAS Y SETIMAS. DECLARASE EL EJEMPLO DEL GUSANO DE LA SEDA. CUENTANSE ALGUNAS CRUCES INTERIORES Y TRES MANERAS DE UNION CON CRISTO, COMPARADAS A TRES CIELOS, DONDE FUE SAN PABLO ARREBATADO.

Para declarar de raíz las quintas, sextas y sétimas moradas, viene muy a propósito el ejemplo que la madre Teresa de Jesús trae del gusano de la seda, porque es muy conocido, y la seda tan usada en España, que no hay mujer de oficial que de ella no se vista, siendo antiguamente tan estimada, que, como cuenta Flavio Vopisco en la vida del emperador Aureliano, diciéndole a la emperatriz que hiciese una ropa de seda, respondió que ella no tenía posibilidad para ello. Y los antiguos reyes de Castilla traían solas las puntas de las mangas y los collares del sayo, postizos de seda, para los domingos y fiestas; de donde vino el refrán que dice, tener puntas y collar, a los que se precian y estiman; y ahora no están contentos los españoles

1 S. Clemens. Alexand., lib. *Stromat.*

con la que se labra en Granada, Murcia, Valencia y otras partes de España, sino que traen seda de Italia, China y reino de los seres o segores, de donde tuvo su primera invención, según se colige de Plinio (1), Julio Polux y Aristóteles, que también dicen que la primera que labró la seda fué Panfilia, hija de Latoo, y a ese propósito dijo Virgilio: *Vellareque ut foliis depectant tenuia Seres* (2); quiere decir que los seres o segores cogían seda de los árboles, porque en ellos la labran los gusanos en aquella tierra, llamados en griego seres. Pues este gusano de la seda tiene siete éstados o lé acaecen siete sucesos en todo su discurso. El primero, cuando comienza a vivir, y dicen que con el calor del pecho de una doncella recibe la vida mejor que con otra cosa, y comienza a rebullir aquella semilla de donde nace, que es como granillos de mostaza. Lo segundo, come el gusanillo hojas de moral y duerme, con que se sustenta y crece. Lo tercero, después de ya crecido, labra la seda, sacando aquellos hilos de sus propias entrañas. Lo cuarto, ya que ha labrado su capullo, queda recogido y encerrado dentro de él. Lo quinto, muere allí dentro el gusano. Lo sexto, conviértese aquel gusano muerto en una mariposa o palomita blanca, la cual rompe el capullo y sale volando, y sin reposo busca donde descansar. Lo séptimo y último, muere aquella palomita, desentrañándose para dar de sí y dejar innumerables granillos de semilla, de donde nacen otros muchos gusanos. Gusano de la seda.

Buen ejemplo del varón espiritual es este gusano, pues Cristo por David se llama gusano en aquel salmo que dice: *Ego sum vermis, et non homo, opprobrium hominum et abjectio plebis* (3). Yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y lo desechado del pueblo. Y al mismo David en su mayor fortaleza le llama el Espíritu Santo gusanillo en el segundo libro de los Reyes, diciendo: *Ipse David quasi tenerrimus ligni vermiculus* (4): David era como el gusanillo tierno. Este varón espiritual pasa por siete estados y tiene siete sucesos de espíritu, que hemos comparado a estas siete moradas. El primero, cuando vive y se pone en estado de gracia mediante la penitencia, que tiene su origen del conocimiento propio de sí y de sus pecados y del conocimiento de Dios. Y para mí es de mucha devoción que el calor del pecho de virgen dé vida al gusano, pues pocas almas vienen a ser muy espirituales y santas, que su principio no sea la devoción de la Virgen María, figurada por aquella señora de cuyo pecho vió Sabaca padre de Elías, que muchos varones y doncellas vestidos de blanco, sacaban llamas de fuego con que se convidaban a comer y la adoraban. Esta revelación cuenta S. Epifanio (5), S. Isidoro (6), S. Juan patriarca XLIV de Jerusalén (7), el maestro de las historias (8) y otros muchos Conocimiento propio. Revelación de Sabaca, padre de Elías.

---

1 Plin., l. 7; Pollux, lib. 7; Aristot., lib. 5, *De histor. animal.*
2 Virgil., lib. 2, *Georg.*
3 Ps. XXI, 7.
4 II Reg., XXIII, 8.
5 MG. **43**, 395.
6 ML. **83**, 141.
7 Joan. XLIV, Patriar. *De origine Carmelitarum.*
8 Magister histor. in IV Reg.

autores que escriben del origen de la Orden del Carmen. El segundo estado del espíritu es rumiar con la meditación y oración las hojas de los morales, que son los conceptos sacados de los libros devotos que el profeta y pastor Amós deshojaba, cuando dice: *Armentarius ego sum, et vellicans sycomoros*, como quien dice: Yo soy pastor de ganado de Dios, y tengo por oficio coger las hojas de los morales. Llámanse sicomoros, que quiere decir higuera moral, porque *sycos* en griego, quiere decir higuera, y la higuera da primero fruta que hojas; y esta fruta es de mucho provecho, pues con pan de higos sanó el rey Ezequías (1), y el moral tiene hojas de gran fruto; y así las hojas de los sicomoros que cogía Amós significan los conceptos de libros compuestos y escritos por personas que han ejercitado y puesto en obra lo que escribieron. El tercer estado del varón espiritual es, cuando enriquecido con la oración se ejercita en actos interiores y exteriores de virtudes, con que cobra fortaleza contra las tentaciones; que esto es como labrar la seda, de que se viste la reina que está a la mano derecha del rey: *In vestitu deaurato circundata varietate* (2); que significa el alma perfecta. El cuarto estado es, cuando el alma entra en el recogimiento, de que hablamos largo en las cuartas moradas, que se compara a lo que hace el gusano cuando se encierra dentro de su capullo.

Oración.

Exercicio de virtudes.

Recogimiento.

Quintas moradas.

El quinto estado de que ahora hemos de tratar, que son las quintas moradas, y corresponde a la muerte del gusano, es, cuando el alma llega a la unión comenzada e imperfecta, en la cual ya muere al mundo, porque se resuelve de no hacer cosa sino lo que agradare a Dios. Pero aunque ha comenzado a entrar en esta unión, todavía le quedan muchas lagartijuelas que matar, que son algunas imperfecciones, como alguna falta de caridad con los prójimos, sequedades con los hermanos, tentarse y sentirse si le dicen algo desabrido de reputación, falta de atención al oficio divino, hacer caso de cosas que poco importan y otras muchas faltas de este jaez. A esta unión y quintas moradas algunas almas llegan por vía de arrobamientos y otras por su meditación y contemplación ordinaria. Mas porque tengo de tratar muy despacio en la segunda parte de este libro de la unión, y ahora poco más adelante, de los estorbos que hay para no llegar a ella en lo último de este primer libro, dejaré estas quintas moradas e iré a las sextas.

Unión comenzada.

Imperfecciones de las quintas moradas.

Sextas moradas.

El sexto estado de almas espirituales que llama la madre Teresa unión consumada, y corresponde a cuando vive la palomilla, en quien se ha convertido el gusano muerto, y rompe el capullo y vuela, es,

1 Isai., XXXVIII, 21. 2 Ps. XLIV, 10.

cuando creciendo el espíritu en mayor pureza, luz y amor, porque se ha enmendado de muchas de las imperfecciones que decíamos en las quintas moradas, ya está resuelta el alma de todo punto a hacer y padecer cuanto pudiere por Cristo; y entra en los tres fines primeros del espíritu, que llamamos pureza levantada, luz inaccesible y amor seráfico, que porque de ellos escribí a la larga, no los torno aquí a referir.

En este estado y moradas está más de asiento el alma en la oración de unión, y suele tener visiones, revelaciones, éxtasis y arrobamientos, comunicándosele Dios de muchas maneras, y lo que en ellas más se usa, son trabajos interiores y exteriores; porque quien se va acercando tanto a Cristo crucificado, razón es que experimente más que otro a qué sabe la cruz de los trabajos. Los cuales son en dos maneras; unos exteriores y otros interiores. Los exteriores, que son muchos, cada una contará de la feria como en ella le fuere, porque unos padecen dolores, enfermedades, persecuciones, cansancios, etc.; otros afrentas, destierros, cárceles, prisiones, cautiverios, viajes, naufragios, etc. Mas cuando se llega a este estado, todos estos trabajos exteriores, aunque deja Dios en ellos al principio el agro, y se sienten y dan dolor para que sean cruz, al cabo, al cabo se vuelven manzanas y flores, con que se sustenta y fortalece la esposa desmayada con el ímpetu del deseo de padecer por Cristo y morir por él, cuando decía: *Fulcite me floribus, stipate me malis, qui amore langueo* (1). Fortalecedme con flores, sustentadme con manzanas, que me desmayo de amor; que si Dios no diese algunos trabajos exteriores en que ejercitar estos ímpetus, reventaría el corazón.

Trabajos y Cruz que se suelen hallar en las moradas sextas.

De los trabajos interiores y de la mezcla que llevan con los consuelos he escrito un libro sobre el *Apocalipsis*, porque no hallaba otros nombres más a propósito para declararlos, que aquellas figuras que veía S. Juan en sus revelaciones. Algo de ello también saqué a luz, escribiendo los trabajos de San José (2), en el libro que está impreso de sus excelencias, a que me remito; donde dije que conozco persona, que el verse desnudo, cautivo de turcos, sentenciado, a su parecer, a morir remando en una galeota o quemado vivo, le fué grandísimo consuelo por salir de un cierto trabajo interior; que bien se puede creer cuánto debía de apretar, pues aquella vida tan penosa le daba consuelo. Dos maneras hay de estos trabajos interiores; unos de menor calidad, quilates y estima, cuales son: melancolías, sequedades interiores, apreturas de corazón, temores del daño que pueden hacer los hombres, temor de sí mismo y de su inconstancia, escrúpulos, el espíritu de blasfemia, que es cuando vienen pensamientos horrendos e importunos que atormentan, perplejidad e indeliberación de no saber de qué echar mano en negocios graves, y semejantes trabajos que aprietan mucho y se hallan en las moradas pasadas; que si hubiera de decir en particular de cada uno de estos y sus remedios, fuera componer un gran libro.

Libro de los desconsuelos y consuelos del alma afligida.

Trabajos interiores en dos maneras.

Los trabajos interiores que en estas sextas moradas hay, son de

1 Cant., II, 5.

2 Lib. cuarto de *S. Joseph.*

Trabajos interiores preciosos.

más estima y los podemos llamar cruces divinas; porque, aunque hieren y atormentan mucho, es sabroso el dolor que causan y de gran provecho la ganancia con que dejan. Son estos: memoria de los pecados pasados, que atormenta sobre manera ver que tan buen Dios haya sido ofendido; consideración de las imperfecciones presentes, que quita la vida ver que nunca nos acabemos de enmendar; las costumbres malas que se llevan tras sí el alma, aunque con la luz que tiene vea su daño; la flaqueza que siente en sí para resistir, viendo que cualquier soplo le derriba; ver cuán presto se muda de sus buenos propósitos; no asegurarse con su espíritu interior, queja que tiene Marta de María, viendo lo poco que hace y padece en comparación de los ímpetus de su deseo; aflicción de no saber si va errado, considerando los yerros de otros que a su parecer yerran, y al parecer de ellos mismos van seguros; ver que pierde mucho tiempo. Si tiene inquietud, la inquietud atormenta; si quietud, vive sin escrúpulos; de ahí nace tormento pensando si va engañado; temor de pecados ocultos y ajenos, que le aflige, dudando si a la hora de la muerte le saldrán al camino estos pecados en que ahora no caía; celo de tantas almas como se pierden en innumerables reinos de infieles por no haber quien les lleve al bautismo; tormento de ver tantos pecados en la cristiandad; y no aflige menos ver tantos engañados con falso espíritu, y ser vírgenes locas los que parecían recogidos; ímpetus de amor de Dios que deshacen los huesos; deseos de morir impacientes por verse con Cristo. Estos y otros muchos trabajos y cruces interiores atormentan y afligen la triste palomica y la traen revoloteando, que no sabe donde asentar ni qué hacer, porque ninguna cosa le satisface. Helos llamado cruces divinas, porque nacen de mayor pureza, mayor luz y mayor caridad, y disponen para más recato, más atención y mayor fervor. Mas razón será ya que muera la palomita, dando fruto de sí, y que pasemos a las sétimas y últimas moradas.

Sétimas moradas.

No sé por dónde entrar en estas sétimas moradas; y si no hubiera escrito de los fines del espíritu, no hallara palabras con qué declararme; pero refiriéndome a que se lea lo que allí escribí, digo, que el sétimo estado del espíritu en que la mariposa muere, desentrañándose toda para dar fruto de sí, es cuando llega a la unión totalmente consumada y a la quietud en Cristo amado, o al centro del alma y al contacto de la divinidad y vida en Dios, que eran los tres últimos fines del espíritu que allí declaré, en que el alma está más libre de culpas, imperfecciones, pasiones, inquietudes y congojas de las que distraen o retardan y detienen el espíritu. Digo más libre, porque mientras viviéremos en este mundo, no puede faltar fruta de él, que son faltas y lágrimas, y nunca jamás se ha de asegurar el espíritu para pensar que en cualquiera estado que esté, por alto que sea, no pueda volver atrás y caer: «Bienaventurado el varón, que siempre está temeroso», dice el Sabio (1). «Vi a Satanás, dice el

Los tres fines del espíritu.

1 Prov., XXVIII, 14.

Señor (1), que con ser de los supremos serafines cayó del cielo como un rayo. Y así es bien que aunque se vea el corazón en altísimo grado, revuelva sobre sí, como si entonces comenzase (2), con la penitencia de sus pecados a purificarse más. Y dejando aparte otros altísimos sucesos, que en estas sétimas moradas acaecen, cuando el alma se ve en esta unión consumada y llega a este centro de sus deseos y a esta vida en Cristo, parece que entra en una nueva región muy diferente de lo que hasta allí había caminado por las moradas del castillo. Esta región es Cristo crucificado en quien comienza a vivir, que tiene tres cielos, como aquellos de quien hace mención San Pablo cuando dice, que fué arrebatado al tercer cielo. Llamamos primer cielo, al cuerpo de Jesucristo con doce heridas o llagas. El segundo sea el alma de Cristo y su corazón, y dentro de él todas las almas y corazones, el de la Virgen María y de los santos y todos los ángeles bienaventurados. El tercer cielo sea la divinidad de Cristo infinitamente superior a todo lo criado.

Y para que se entienda esto de raíz y dar luz a muchas almas y quitar opiniones y disensiones entre gente espiritual, que unos dicen que la meditación de la pasión de Cristo es lo que hace al caso, otros dicen que les estorba imaginar en la humanidad de Cristo, y les hace más fruto levantar el espíritu a la divinidad y omnipotencia divina, es de advertir, que nuestro Cristo, según dijo S. Juan (3) es alfa y omega, principio y fin; y así como es principio y fin de todo el mundo, lo es de los espíritus. Es principio de la vida espiritual, porque los que comienzan a tener oración, muy bien encaminados van, cuando meditan un paso de la pasión de Cristo, y con ella se enternecen y mueven; luego van entrando más en la contemplación, y suéleles levantar el espíritu la grandeza de la divinidad. Y cuando éstos dicen que les estorba la humanidad de Cristo, no quieren decir otra cosa sino que no llevan ya aquel primer modo de meditar, que era de principiantes; pero después de esta soberana contemplación, entran otra vez en Cristo crucificado, juntándose y haciéndose una cosa con él, y entonces entran en esta tercera región, que decimos ser lo último de las moradas. No se sabe decir cómo es esto porque acaece de muchas maneras. Unas veces, sin saber cómo, se halla el alma metida en Cristo y Cristo en ella. Otras veces ella se va entrando y juntando con Cristo con la meditación y contemplación ordinaria; otras veces la llevan con ímpetu de arrobamiento o con alguna visión; pero, como he dicho, no hace al caso el modo por donde fuere llevada; basta decir lo que ahora pretendo, que es: que se halla el alma, como si ella misma fuese Cristo. Y en el primer cielo donde entra, que es el cuerpo de Cristo con sus llagas, le parece que cuantas heridas hay en él y cuantas gotas de sangre derramó, tantas bocas se abren en el alma para pedir mercedes, y tantos corazones le nacen para desear y amar; y que así como Cristo tiene dos cuerpos, el cuerpo propio y el cuerpo místico, que

Primer cielo y grado de unión.

1 Luc., X, 18.
2 Ps. LXXVI, 11. Nunc coepi: haec mutatio dexterae Excelsi.
3 Apoc., I, 8.

Cuerpo místico de Cristo es la Iglesia.

su Iglesia, así el alma se hace una cosa con el cuerpo de Cristo, así con el cuerpo herido como con el cuerpo místico de todos los estados de la Iglesia atribulado, y en cada una de las doce heridas de Cristo, se acuerda del un estado de hombres, por quien va pidiendo, y en nombre de los cuales va orando al Padre eterno, como si fuese Cristo el que ora. Podemos llamar a estas doce heridas: la primera, la sangre del sudor en el huerto; la segunda, los azotes; la tercera, las espinas; la cuarta, el descoyuntamiento de los huesos; la quinta, los cardenales de la cara; la sexta, los ojos sangrientos; la sétima, la boca amarga y las otras cinco llagas de manos, pies y costado. En las gotas de sangre sudadas en el huerto, con deseo de que todas las almas se salvasen, se acuerda de todos los infieles, indios, moros, gentiles y herejes, deseando que vengan a participar de la sangre de Cristo. En los azotes de todo el cuerpo se acuerda y ruega por todos los cristianos que están en pecado mortal, pidiendo que Dios los convierta. En la cabeza coronada de espinas, por todos los príncipes eclesiásticos, obispos, arzobispos, curas, etc., y ruega que gobiernen bien la Iglesia. En los huesos descoyuntados de Cristo, por todos los reyes y príncipes seglares, por cuya paz y unión ruega al Padre eterno. En la cara afeada, ruega por el estado de los nobles, caballeros y señores, por quien pide no den mal ejemplo. En los ojos ensangrentados, ruega por los predicadores y doctores que aprovechen a la salvación de las almas. En la boca amarga con hiel y vinagre, ruega por los confesores que son boca de Dios. En la llaga de la mano derecha, por los eclesiásticos y que se llegan al altar, rogando que todos lleguen con pureza. En la mano siniestra, por los que gogobiernan el brazo seglar, que son jueces y justicias, etc. En el pie derecho, por los que defienden la Iglesia con armas, como los soldados, etc. En el pie izquierdo, por todos sus parientes, amigos, bienhechores y enemigos. En la llaga del costado, por todas las religiones, de cualquier Orden que sean; por todos estos estados pide, y todos ellos dentro del alma, y dentro de las llagas de Cristo en el alma dan clamores y hacen fuerza al Padre eterno para ser oídos, porque clama la sangre de Cristo, que es más poderosa que la del justo Abel (1); y el alma, desentrañándose por todos estos estados de gentes, querría hacer en ellos fruto y hace lo que puede según su estado; y cuando más no puede, da voces a Cristo, que es Redentor de los infieles, perdonador de los cristianos pecadores, papa de los príncipes eclesiásticos, rey de los reyes, señor de los señores, doctor de los doctores y predicadores, obispo de los confesores, prelado de todo el estado eclesiástico, juez de los jueces, capitán de los soldados, padre de todos sus parientes y amigos, y, finalmente, general de todas las religiones; para que él como a quien le toca, rectifique, gobierne, ampare y aumente todos estos estados, por los cuales y por cualquier alma de cada uno de ellos daría mil vidas que tuviese, y así con este ímpetu de deseo, se queda muerta en Cristo, desentrañándose en el bien de las almas, cómo se queda muerta la palomica o mariposa

Doce heridas de Cristo.

Doce estados por quien se pide.

Clamores interiores.

1 Gen., IV, 10.

cuando saca de sus entrañas los innumerables huevezuelos, granillos y semillas de otros gusanos. Quien quisiere entender de raíz esto, lea las palabras del apóstol San Pablo que escribe a los Galatas, diciendo: *Ego autem stigmata Domini mei Jesu Christi in corpore meo porto* (1). Y júntelas con otras que dice escribiendo a los Colosenses: *Adimpleo quae desunt passionum Christi in corpore meo pro corpore ejus, quod est Ecclesia* (2). Como quien dice: Yo traigo en mi las llagas de Cristo, y con ellas aprovecho al cuerpo de la Iglesia, porque claman dentro de mí pidiendo remedio y medicina para las llagas y heridas que tiene su cuerpo místico de la Iglesia.

Segundo cielo y grado de unión.

Saliendo de este primer cielo en estas sétimas y últimas moradas, entra el espíritu en el segundo cielo, que es el alma y corazón de Jesucristo, en quien están unidas y como engastadas todas las almas y corazones, de la Virgen María, y de todos los Santos y de todos los bienaventurados ángeles de la corte celestial, y haciéndose de todos como un escuadrón divino, terrible y ordenado (3), para embestir con la misericordia de Dios y rendirla a que nos haga mercedes, y como una soberana capilla de divina música, compuesta de tantas voces para glorificar a Dios cuantos santos hay en el cielo, acometer con ímpetu de todo este escuadrón puesto dentro de su corazón propio, con tanta fuerza, que no duda de alcanzar todo lo que pidiere; y juntando todos estos clamores y voces divinas, loa, alaba y glorifica a Dios por un modo tan alto, tan soberano e inefable, que no hay lengua que lo pueda declarar, así como si un soldado flaco y cobarde acometiese y echase mano a la espada contra todo un ejército, bien sabe que ha de quedar vencido, pero si se mete dentro de un escuadrón de valerosísimos soldados, aunque su fuerza sea muy flaca y de ningún valor, espera alcanzar victoria; y metido en la capilla real de excelentísimos cantores, aunque él tenga ruin voz, sabe que su música será agradable. ¡Oh, Jesús!, quién pudiese decir la fuerza y melodía que tienen estos clamores interiores dentro del alma, unida con el alma y corazón de Cristo y de la Virgen y de todos los santos. Y lo que despierta esta misma música en lo interior del espíritu al alma tibia y fría, no lo acertaré a decir por otras palabras mejor que por aquellas de Ecequiel: *Audivi sonum alarum, quasi sonum aquarum multarum, et tanquam sonum sublimis Dei* (4): Oí, dice, el son de sus alas, que era como sonido de muchas aguas y del soberano Dios. Llámase aquella voz de muchas aguas, porque en la Escritura *aquae multae sunt populi multi,* son muchos pueblos que dan de sí un estruendo interior de tan divino consuelo, que parece la voz del soberano Dios. Cuando dice David: *Mons Dei, mons pinguis, mons coagulatus* (5), se puede entender este corazón de Cristo, que es monte fértil, compuesto y cuajado de otros muchos montes, que son los corazones de los Santos. Y cuando en el cánon de la misa decimos: *Communicantes et memoriam venerantes,* etc., damos a entender, que

---

1 Ad Galat., VI, 17.
2 Ad Colos., I, 24.
3 Cant., VI, 3.
4 Ezech., I, 24.
5 Ps. LXVII, 16.

Modos de subir a este segundo cielo.

comunicamos y juntamos todos los deseos de todos los Santos y los de la Virgen María, para celebrar el admirable misterio de la misa con el corazón y alma de Cristo, en cuyo nombre ofrecemos al Padre eterno aquel altísimo sacrificio. Y a este grado de oración, unas veces es llevada el alma por un altísimo modo que ella no entiende, más de que se halla metida en esta capilla divina, cantando, y en este escuadrón peleando, en este monte de montes orando y comunicando de todos estos corazones. Otras veces la misma alma se va con su ordinaria oración, llamando y convidando a Cristo y a su Madre y a los Santos, como la Iglesia nuestra madre nos lo enseña en aquel invitatorio: *Venite, exultemus Domino, etc.* Mas dejemos ya este segundo cielo y subamos al tercero, que es el supremo grado de espíritu en estas sétimas moradas, cuando el alma se junta con la divinidad de Cristo.

Tercer cielo y grado de unión.

Tiémblame el corazón y enmudece mi lengua de entrar en la doctrina de este tercer cielo; y paréceme, que así como el Bautista temblaba de tocar a la cabeza de Cristo, cuando le bautizó, conociendo no ser digno de desatar la correa de su zapato (1), así tiembla el alma de entrar en este modo de oración y tiemblo yo de tratar de él. Y sin duda ni me atreviera a declarar esta doctrina ni apetecer tan alto estado, si la benignidad, humildad y misericordia de Cristo, que penetra hasta lo más profundo de nuestras miserias, siendo grandeza suya enriquecer con inefables dones sus criaturas miserables, no me esforzara y alentara para ello; porque le veo dejarse llevar en brazos del demonio al pináculo del templo y al monte alto, de donde me animo, aunque mi alma sea peor que demonio, a poder tener en ella a su santísima Divinidad, y subir al monte alto y pináculo del templo, no al que le subió el demonio para le tentar, sino al de la perfección y cumbre de las moradas para glorificar a su Padre eterno en cuyo pecho, como en el monte más soberano, mi alma se mete, abrazada con la divinidad de Cristo, como Elías en su monte Carmelo (2), Moisés en su monte Sinaí (3) y los discípulos en el monte Tabor (4). Cuando el Señor oraba a su Padre, diciendo: *Rogo te, Pater, ut sint unum mecum, sicut ego et tu unum sumus* (5): ruégote, Padre, que sean nna misma cosa conmigo estos mis discípulos, como yo y tú somos uno, ¿por ventura pedía otra cosa que este abrazo de la divinidad?, que llaman los teólogos místicos *contactus divinitatis.* El Padre eterno y el Hijo una misma cosa son en la divinidad, ¿pues qué querrá decir el Señor cuando dijo: Ruégote, Padre, que sean una misma cosa como yo y tú somos uno? No digo, que el alma se vuelva la misma divinidad de Cristo, sino que abrazada con la divinidad de Cristo, se entre en el seno del Padre eterno, y que allí goce de los abrazos, regalos y gustos que resultan de conocer al Verbo divino, unido con el Padre eterno. Y porque un ejemplo manual nos lo da mejor a entender, pongamos caso, que solo el príncipe se pudiese abrazar con el rey, su padre; si este príncipe se hubiese enamorado y desposado con

1 Matth., III, 11.
2 III Reg., XVIII, 42.
3 Exod., XIX, 3.
4 Matth., XVII, 1-9.
5 Joan., XVII, 21.

una pícara andrajosa y legañosa, y llevándola abrazada consigo, se fuese a los brazos de su padre, el rey; la picarilla ya goza de este abrazo, ya gusta lo que pasa entre el padre y el hijo, ya asiste allí callando y temblando, y consiente con lo que el hijo pide a su padre en nombre de ella; afervórase con el calor de los dos pechos de padre y hijo y levántasele su corazón con aquel regalo a tan alto grado, que cuando de allí sale, vuelve hecha una reina. Acuérdese quien esto leyere de aquellas palabras de S. Juan: *Unigenitus, qui est in sinu Patris* (1), el Unigénito, que está en el seno del Padre; y confíe, que si se dispone con pureza y amor, que aunque sea su alma asquerosa y legañosa, llevándola Cristo abrazada al seno de su Padre eterno, y gustando allí de los inefables gozos que nacen del divino abrazo, oyendo los secretos que allí se tratan, y hablando lo que hablaría Cristo con su eterno Padre, que serían cosas altísimas, gravísimas e importantes al bien de todo el mundo, con un solo momento de esta oración se sube a tan alto grado de espíritu, y se alcanzan virtudes tan heroicas, que no hay lengua humana que las sepa contar ni entendimiento criado que las alcance a entender: *Introduxit me rex in cellaria sua, exultabimus, et laetabimur in te, memores uberum tuorum super vinum* (2). En estas palabras declara la esposa lo que vamos diciendo con grandísima propiedad, porque decir, que la metió el rey en sus aposentos, en su recámara o en su retraimiento, es dar a entender, que lleva Dios al ánima a lo supremo de la divina unión, y allí dice que goza de los pechos de Cristo con que se alegra y regocija. Tres pechos tiene Cristo, en los cuales mete el esposo a su amada la esposa. El primero, el pecho del Padre eterno, donde, como decíamos, gozando de la grandeza y excelencia de los conceptos que pasan entre el Padre y el Hijo en la eterna generación, sale enriquecida con actos heroicos. El segundo pecho es el del mismo Cristo, abierto con la lanza donde se entra el alma, y gozando del calor de aquel divino corazón, sale abrasada con amor seráfico. El tercer pecho es el de la Virgen, donde entrando el espíritu y gozando de la inefable pureza que allí se halla, sale purificado y más puro que el cristal. Mas de estas materias tengo de tratar más particularmente en el segundo libro, y por esta causa no diré ahora más. ¡Oh, almas!, disponeos con penitencia, mortificación y oración continua para alcanzar la mayor pureza que pudiéredes; ejercitaos en el amor de Dios y en las demás virtudes; sufrid con paciencia y silencio vuestros trabajos; rogad continuamente a Dios por vuestros enemigos y los que os persiguen y calumnian; sereis hijos de vuestro padre, que está en el cielo, y subireis a este tercer cielo, y a lo más alto de los grados de soberana unión y vida con Cristo; y mediante esta vida, no tendréis pequeña gloria en la vida eterna.

---

1 Joan., I, 18. 2 Cant., I, 3.

DE LOS ESTORBOS DEL VERDADERO ESPÍRITU

CAPITULO XXIII

EN QUE SE COMIENZA A TRATAR DE LOS ESTORBOS QUE IMPIDEN EL AUMENTO DE LAS VIRTUDES Y ALCANZAR EL ESPIRITU VERDADERO Y PERFECCION. PONENSE LOS DIEZ MAS DAÑOSOS QUE NO SOLAMENTE IMPIDEN, PERO LOS MAS SON PECADOS MORTALES Y QUITAN LA GRACIA DEL ALMA, COMPARADOS A DIEZ SABANDIJAS PONZOÑOSAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

He declarado qué sea espíritu verdadero y sus fuentes, fines y moradas, y no cumpliré con lo que debo en este Dilucidario, si por fin de esta primera parte, no tratase de los estorbos e impedimentos que tienen las almas para no beber bien del agua de estas cien fuentes, llegar a estos fines, entrar en estas moradas y subir de las bajas a las más altas, caminando siempre a la perfección y aprovechando cada día más en espíritu verdadero. Según dice santa Hildegardis (1), el oficio del que enseña es semejante al oficio del hortelano, que ha de traer el agua de sus fuentes para regar su huerta y plantar en ella las yerbas y árboles; y no cumple con eso, sino que escarda las malas y saca de raíz la cizaña porque no estorbe ni impida el fruto que desea. Estas malas yerbas e impedimentos quiero declarar en estos capítulos que se siguen, que servirán de confesonario para gente recogida, guía para los maestros de espíritu y espejo en que examinen su conciencia los que desean quitar sus faltas e imperfecciones.

No hallo semejanza más al vivo para declarar estos estorbos que las sabandijas, a quien la Sagrada Escritura en Ecequiel (2) y en los Actos de los Apóstoles (3) llama *reptilia*. Estas sabandijas son en dos maneras; unas tan ponzoñosas, que matan con su veneno, otras que, aunque no tengan tanta ponzoña, son asquerosas y hacen algún daño. De la misma manera hay dos suertes de estorbos: unos que no sólo impiden el espíritu sino que quitan la gracia del alma, y son pecados mortales, y éstos no entran en alguna de las siete moradas del castillo, y de estos trataré en este capítulo, y de los otros en los cuatro siguientes. No hablo aquí de los pecados claros y manifiestos que se hallan en almas desalmadas, que no tienen cuidado de su salvación ni viven recogidamente, cuales son herejías, hechicerías, juramentos falsos, blasfemias, fornicaciones, hurtos, traiciones y otros semejantes, sino de otros pecados más ocultos y escondidos, que se suelen hallar en gente que parece espiritual y que vive recogidamente, frecuentando Sacramentos, y que falsamente son tenidos por justos y espirituales.

---

1 ML. **197**, 175.
2 Ezech., VIII, 10.
3 Act., XI, 6

Viéneme muy al propósito de esta materia la figura de Ecequiel (1) en el capítulo octavo, donde dice que le llevó Dios por los cabellos a la ciudad de Jerusalén y le puso a la puerta del templo, que mira al norte o septentrión, donde vió al ídolo del celo que provoca a emulación puesto sobre el altar, y que entrando más adentro en el templo vió muchas sabandijas, etc. A mí me lleva Dios por los cabellos de mis pensamientos, a considerar almas, que parecen recogidas, significadas por el templo; las cuales porque les falta el aceite de la caridad del prójimo y el calor del amor de Dios, se dice que tienen la puerta al norte, donde corre el viento frío del cierzo, el ídolo del celo, que significa los rencores, bandos y enemistades con falso título de celo, y son como las vírgenes locas que el Señor dijo en el Evangelio (2). En estas almas, entre otros, principalmente hallo diez pecados ocultos, conviene a saber, ilusión, soberbia, juicio temerario, murmuraciones, rencores, dobleces, escándalos, malos pensamientos, relajación e hipocresía, comparados a diez sabandijas ponzoñosas que se coligen de la Sagrada Escritura, y se llaman culebra de Dan, cerastes, basilisco, áspide, víbora, escorpión, salamanquesa, leviatán serpiente, dragón bermejo y langostas del pozo del abismo, de los cuales pecados ocultos trataré con brevedad, apuntando qué sean y cómo quitan la gracia e impiden el espíritu.

Ilusión.

En la profecía de Jacob se leen estas palabras: *Fiat Dan coluber in via, cerastes in semita, mordens ungulas equi, ut cadat ascensor ejus retrorsum* (3); que quieren decir: será Dan culebra en el camino y cerastes en la senda, que morderá las uñas del caballo, para que el caballero caiga de cerebro. Así como en la primera ilusión del mundo, cuando Eva fué engañada, dicen que tomó el demonio figura de culebra, y persuadiéndola que sabría lo por venir, siendo como Dios (4), la pervirtió el juicio y la hizo caer de la obediencia y así se siguió el pecado original, así de las ilusiones de almas engañadas han nacido grandes daños en la Iglesia de Dios, como más largamente trataremos al fin de la segunda parte de este libro.

Culebra de Dan.

Soberbia.

Es la cerastes una serpiente ponzoñosa, que, por poco que muerda en cualquiera parte del cuerpo, mata con su veneno, y dicen que tiene en su cabeza una corona a manera de cresta de gallo. Significa la soberbia, arrogancia, vanagloria y presunción con que algunos, tenidos por santos, menosprecian los siervos de Dios, teniéndolos por malos y de bajo espíritu, con que amedrentando los pequeñuelos, caen del modo de proceder bueno que llevaban, que eso quiere decir que muerde las uñas de los caballos para que caiga el caballero; y así como

Cerastes.

---

1 Ezech., VIII.
2 Matth., XXV, 1-12.
3 Gen., XLIX, 17.
4 Gen., III, 16.

la humildad es el primer cimiento de todo buen espíritu, así la soberbia es principio de muchas caídas, como lo fué en Lucifer y en aquellos soberbios ángeles que le siguieron. Ejemplo tenemos para esto en el fariseo y publicano del Evangelio, que el fariseo, llegándose cerca del altar, decía: Gracias te hago, Señor, que no me hiciste como los demás hombres y como aquel publicano que está allí, porque ayuno dos días de la semana, etc. (1). Nótese, que con título de hacimiento de gracias, entró en este la soberbia, y pondérense las palabras que dicen, que salió el publicano del templo justificado y el otro condenado. Porque en aquel acto de atribuirse así sus buenas obras y despreciar y juzgar mal de su prójimo, pecó mortalmente. Que este pecado de soberbia es muy oculto y muy dañoso, y acomete con más fuerza a los que siguen espíritu, a quien los pecados carnales y claros no osan acometer.

Juicio temerario.

Basilisco.

El profeta Isaías, contando los pecados de los maliciosos, dice estas palabras: *Ova aspidum ruperunt, et telas arenearum texuerunt; qui comederit ex ovis eorum morientur; et quod confotum est, erumpet in regulum* (2). Rompieron, dice, huevos de áspides y tejieron telas de arañas; el que comiere de sus huevos, morirá, y de lo que fuere empollado, saldrá un basilisco. Toda la malicia del corazón se divide en juicios temerarios y murmuraciones. El juicio temerario es comparado al basilisco, que mata con sola la vista, porque sólo juzgar al prójimo por malo temerariamente dentro del corazón, sin manifestarlo a nadie, es pecado. Para que el juicio temerario sea pecado mortal, son menester cuatro condiciones. La primera, que sea juicio de cosa que sea pecado mortal, porque el juzgar faltas naturales y pecados veniales, no es más que venial, como juzgarle de ignorante e indevoto, etc. La segunda, que no sea persona infamada públicamente aquel de quien se juzga, como quien juzgase por adúltera una mujer, que públicamente se dice que lo es, o ser ladrón el que sacan a azotar por haber hurtado. La tercera, que sea juicio consentido y determinado; porque si es recelo, como el que cierra sus arcas porque no le hurten, o si es sospecha, (que se llama así el juicio, cuando queda en duda si es verdad o no lo que juzga), no es pecado mortal; ha de ser determinado y consentido en el corazón. La cuarta, entonces es pecado el juicio temerario, cuando no hay bastantes indicios de creer lo que se sospecha. Porque si uno viese un hombre muerto en una calle y a otro que va huyendo con la espada desnuda y juzgase ser aquel el matador, no peca.

Condiciones de juicio temerario.

Revelaciones falsas para juicios temerarios.

Y en este punto quiero descubrir una traza de los demonios para llevar al infierno almas de gente que sigue oración. Revélaseles que alguno está en pecado mortal o dicen que ven almas que están en el infierno y créenlo, pareciéndoles que es Dios el que lo dice, que no puede errar. Este juicio es temerario y pecado mortal; porque sola

1 Luc., XVIII, 11.

2 Isai., LIX, 5.

la particular revelación no es bastante indicio para creer mal de nadie, pues es de fe católica que el demonio se suele transfigurar en ángel de luz (1), y que hay ilusiones, y nadie puede juzgar de sí mismo, si aquella revelación que tiene es verdadera o es ilusión, pues solas las revelaciones de la Iglesia son ciertas con certidumbre de fe. Acaeció en un pueblo que a una persona se le reveló, que una señora principal de aquel pueblo estaba amancebada con un eclesiástico, hombre principal, y que lo dijese al marido; díjoselo: el marido mató al clérigo y los parientes del clérigo al marido, y revolvióse el pueblo siguiéndose muchas disensiones y muertes. No tengo por buen espíritu ni seguro al de las que dicen que ven las almas en el infierno o pecados mortales secretos de sus prójimos; porque con esto pretende el demonio hacer caer en juicio temerario o infamar o impedir los sufragios de la Iglesia. Que ya ha acaecido decir alguna de estas: Yo he visto el alma de vuestro hermano en el cielo o en el infierno, no tenéis que decir misas por él, etc.

¿Pero qué diremos del espíritu de San Antón, cuando veía los muchos lazos del mundo, y de otros siervos de Dios, a quien en la oración se les descubren muchas faltas, pecados, peligros y daños que hay en la república cristiana? A mi parecer, estos tales, aunque en común vean las faltas, no han de descender en particular a juzgar de las personas que conocen, pues siempre hay muchos buenos, y como decía el Señor a Elías: *Reliqui mihi septem millia virorum, qui non curvaverunt genu suum ante Baal* (2), siete mil varones me tengo reservados que no han hecho idolatría; siempre ha de pensar que cualquiera de los que conoce es uno de estos siete mil.

Y si acaeciese apretar mucho el espíritu en descubrir algún pecado oculto de persona que me toca para que le remedie y le puedo remediar ¿qué haré en tal caso? lo que me parece es, no dar crédito al pensamiento, sino por los indicios o circunstancias que me vienen en la oración sacar y preguntar la verdad, y por otra vía sabida poner mano en el remedio. Buen ejemplo fué de esto lo que le acaeció a la madre Teresa de Jesús, que la revelaron estar un clérigo en mal estado con una mujer que le tenía dado hechizos en un idolillo de bronce. Ella le preguntó si tenía aquel idolillo, y lo que respondió el clérigo fué descubrille todo su pecado para que le encomendase a Dios, y con echar el idolillo en un pozo y con la oración y consejos de la madre Teresa de Jesús salió aquel alma de pecado.

Murmuración.

El áspid es serpiente de tan gran ponzoza, que mata al que muerde, y a él es comparada la murmuración, detracción y falso testimonio, que quita la honra al prójimo, de la cual dice el Sabio que vale y más que muchas riquezas (3). Hay muchas maneras de murmuración y falso testimonio. La primera, levantar lo falso, como hicieron los dos

Aspide y araña.

1 II ad Cor., XI, 14.
2 III Reg., XIX, 18.
3 Prov., XXII, 1.

viejos a Susana (1). La segunda, engrandecer y encaramar lo que no es tanto, como si a uno porque tiene amor liviano con que ha llegado a algún tocamiento deshonesto, se levantase que está amancebado, y éstas son las telarañas que dice Isaías. Porque así como la araña, de la ponzoña de sus entrañas juntando un polvito y un átomo con otro, teje su tela, así los maliciosos, de la malicia de su corazón y de algunas pequeñas faltas que ven en sus hermanos, tejen un falso testimonio con que destruyen la honra. La tercera, dando mal color a lo que no es malo, como los fariseos cuando murmuraban de los Apóstoles de Cristo porque no se lavaban las manos cuando comían el pan (2). La cuarta, cuando, aunque no se hable de palabra, por señas y denuedos se descubren faltas, como el que tose cuando pasa una mujer, dando a entender que está amancebada. La quinta, cuando se calla la verdad y virtud del prójimo en coyuntura que aquel silencio dañoso confirma la infamia que se dice, como cuando están juntos cuatro o cinco amigos, y saben que el uno de ellos conoce muy bien a un prójimo ausente, y tratando mal de aquel prójimo, calla, de donde toman ocasión los que decían las faltas en duda, a tenerlas por ciertas, diciendo: Fulano, que sabe muy bien esto, calló cuando tratábamos que fulano estaba amancebado, verdad debe de ser. La sexta, cuando se siembran rumores sin autor cierto, como el que infama diciendo: Por ahí se dice que fulano está amancebado, que aunque es verdad que lo dice algún ruin, o ignorante o enemigo del afrentado, infámale el que pone rumor en común; porque estaba obligado a particularizar quién lo dice, y con esto el que lo oye no dará crédito, porque ya ve que sale de persona que no es fidedigna. La sétima, cuando el pecado de un particular se atribuye a muchos o a todos, como si en un convento hubiese algún amancebado, peca el que dijese: los frailes de tal convento están amancebados. La nona, cuando el mal que uno ha hecho, se atribuye a otro por sola sospecha o malicia. La décima, cuando con celo falso se da corrección o se busca remedio de pecado en que no se ha caído, o si en algo se ha descuidado, no es mucho, de donde se sigue infamia y afrenta al prójimo, como si uno reprendiese con mucha instancia el vicio de la sodomía en partes donde no la hay, y se sospechase haberla por aquella corrección. La undécima, cuando el pecado secreto se descubre y con título de enmienda se hace público. La duodécima, cuando aunque haya sido públicamente infamado en una parte sin buen fin, se publican aquellas infamias en otra donde no se sabían, que aunque en este caso no se peque contra justicia, pecase contra caridad, como al que habiendo sido azotado por ladrón en España, sin por qué ni para qué, cuentan sus azotes en Flandes. Digo, que cuando se cuenta sin buen fin, se peca, porque si un señor quisiese recibir un criado en Sevilla, y yo sé que le han azotado por ladrón en Burgos, puedo con buena conciencia decir que es ladrón, que no le reciba.

Los huevos del áspid son muy pintados y hermosos por de fuera y dentro tienen la ponzoña; y así la malicia más dañosa es la que

---

1 Dan., XIII.

2 Matth., XV, 2.

está pintada con lisonja, o la que está encubierta con título de santidad y celo, cual era la de los fariseos, que como eran religiosos, doctos y tenidos por santos, creía el pueblo sus malicias, falsos testimonios y calumnias.

Ira, rencores y bandos.

El glorioso S. Juan Bautista reprendiendo a los endurecidos y malos los llama: *Genimina viperarum, quis vos docebit fugere a futura ira?* (1); como quien dice: hijos de víboras ¿quién os enseñará a huir de la ira del riguroso y eterno Juez? Cuenta Plinio de la víbora, que cuando pare, los viboreznos la rompen las entrañas, y es buena comparación para entender las enemistades, iras, rencores y bandos que suele haber entre algunos tenidos por espirituales; que con título de más perfección, persiguen a sus hermanos y los emponzoñan con calumnias, rompiendo las entrañas de la religión o congregación donde residen cuando dicen los unos: *Ego sum Cephae*, y los otros: *Ego sum Pauli* (2). Había una persona devota, según cuenta Henrico Germano (3) y don Serafino Razi, que comulgaba cada día, tenía mucha oración y aspereza y se preciaba de muy santa, mas nunca quiso perdonar la injuria a una su vecina que la había agraviado, ni la quería hablar ni entrar por sus puertas, guardando siempre el odio y rencor en su corazón. Vino esta a la hora de la muerte, y llevándola el cura el Santísimo Sacramento, al tiempo que le había de recibir, volvió las espaldas y comenzó a renegar y blasfemar de Dios, maldiciéndose y ofreciéndose al diablo, que allí se la llevó porque quedó muerta, con que se declara, que las comuniones que había hecho estando en aquel rencor, habían sido fictas y en pecado mortal y con santidad engañosa, pues dice el Señor: «Amad a vuestros enemigos, etc. Sed perfectos» (4), como quien dice: Si queréis ser perfectos, amad a vuestros enemigos y perdonad las injurias. **Víbora.**

CAPITULO XXIV

EN QUE SE PROSIGUE LA MISMA MATERIA. TRATA DE LOS DOBLECES, FINGIMIENTOS, ESCANDALOS, MALOS PENSAMIENTOS, RELAJACION E HIPOCRESIA.

Dobleces, fingimientos, mentiras y lisonjas.

Ne timeas eos, neque sermones eorum metuas; quoniam filii praevaricatorum sunt, et inter scorpiones incedis, dice el Señor por el profeta Ecequiel hablando de los malos y cautelosos: No los temas ni tiembles de sus palabras, que son malos y escorpiones (5). Tiene el escorpión el rostro y cabeza apacible, con que no hace mal, pero descuidándose, **Escorpión.**

1 Luc., III, 7. 2 I ad Cor., I, 12.
3 Henr. Germa., in *Summa de exemplis*.
4 Matth., V, 44. 5 Ezech., II, 6.

revuelve arqueando la cola y mata con la ponzoña que en ella tiene. Hay hombres tenidos por santos que están llenos de dobleces, cautelas, lisonjas y mentiras; y aunque muestran amistad y sinceridad, están llenos de ponzoña con título de celo. Dicen que es menester andar con prudencia, mañas e industrias para castigar los malos y quitar pecados de la república. La prudencia no es mala, mas la mentira y engaño nunca agradó a Dios con cualquier título que se haga o diga, como la dijo el Espíritu Santo por la boca del santo patriarca Job en estas palabras: *Non indiget Deus vestro mendacio, ut loquamini pro eo dolos* (1): no tiene necesidad Dios de vuestra mentira, ni que con título de su honra habléis engaños y cautelas.

Cuando el enemigo es grande y conocido por tal, no hay mucho que temer, porque ya nos sabemos guardar de su daño y repararr de su ponzoña. Dios nos libre, cuando viene con traición debajo de figura de amigo, besando con beso falso de paz, como Judas cuando vendió a Cristo (2), y abrazando con falsa amistad, como Joab cuando abrazó a Amasías como si fuera su amigo, y sacando el puñal de su vaina, le atravesó con él las entrañas (3). Dice Filón (4) a este propósito, que así como quien da a beber veneno y ponzoña en un vaso de oro, así hacen los traidores cautelosos y falsos amigos, que debajo de buenas palabras y con título de celo dan a beber la ponzoña de su malicia publicando hacer servicio a Dios. Y de esta manera de gentes no falta en nuestros tiempos, como dijo el Señor: tiempo vendrá que el que os persiguiere y matare diga *obsequium se praestare Deo* (5). La cicuta, veneno mortífero por mucha frialdad, no tiene otro mejor remedio que el vino, pero si se bebe mezclada con vino, es irremediable ponzoña; de la misma manera, dice Plutarco (6), la malicia que nace de la frialdad y falta de amor, ponzoña es pestilencial, su remedio es la virtud y sabiduría, pero si con ella se mezcla de suerte que los que persiguen, profesan sabiduría y virtud, no tiene reparo. No hay cosa más parecida al perro, dice Epitecto (7), que el lobo, y el uno guarda, ampara y defiende la oveja, y el otro la despedaza; y a la verdad, si los que nos habían de amparar y guardar y profesan ser nuestros defensores, nos destruyen y afrentan, ¿qué reparo podemos tener? ¿ni quién podrá estar libre y seguro en el mundo? Hay muchos por nuestros pecados que son como el pulpo y la mona, de quien dice Plutarco, ser semejantes a los cautelosos, traidores y maliciosos, que fingiéndose amigos y mudando diversos colores, como el camaleón, hacen daño y ofensa, destruyen la paz, quietud y sinceridad de los siervos de Dios, que proceden como palomas, necesitándoles a ser prudentes como serpientes (8) para guardarse de sus calumnias, engaños y traiciones.

1 Job., XII, 7.
2 Matth., XXVI, 48-50.
3 II Reg., XX, 9-10.
4 Philo apud Maximum, sermo 6.
5 Joan., XVI, 2.
6 Plutar. *in Moralibus*.
7 Epitectus apud estoben, sermo 3.
8 Matth., X, 16.

Escándalo activo.

Entre otras malas sabandijas que se cuentan en el *Levítico*, se dice: *Haec quoque inmunda sunt chamaleon, lacerta et stellio* (1). Estas tres son inmundas, el camaleón, la lagartija y el estelio. Es lo mismo estilio que la que nosotros llamamos salamanquesa o tiene la misma ponzoña, que es tanta, que ha acaecido caer una en una olla que se guisaba para una boda y morir todos los que de ella comieron. Significa lo mismo que el escándalo activo; digo activo, porque el escándalo pasivo no es pecado, como no lo era la predicación de Cristo, aunque con ella se escandalizaban los fariseos y tomaban ocasión de quererle matar. Si Dios cría una hermosa, y ella con buen fin se atavía y engalana, de donde algún hombre toma ocasión de apetecerla y peca moralmente, él se condenará por aquellos malos pensamientos y ella no peca; mas si hace algo y ayuda al pecado de los malos pensamientos del que le apetece, y con esto él tiene atrevimiento de perseverar en sus malos deseos queriendo y consintiendo, por cualquier vía que sea, en el pecado, ya ella peca por el daño que causó. Pongamos por caso: sirve un galán a una dama con dañados y peligrosos intentos, y tiene en su corazón pensamientos consentidos o delectaciones morosas culpables que lleguen a pecado mortal; dale esta dama lo que llaman favores, recibiendo dádivas y respondiendo a sus billetes, o hablando a solas con él, o dejándose llegar, o enviándole preseas o cosa semejante; y si esta no le mostrase amor y dejase de hacer estos favores, el otro desistiría de su mala pretensión; si con ellos queda con esperanzas vanas y se le engendran o aumentan los malos pensamientos, esta tal mujer peca mortalmente porque mata el alma de su hermano criada para ver a Dios. Y no se excusa con decir que ella no tiene pensamiento consentido de cosa deshonesta ni pretende enviarle su alma al infierno, que sólo usa de aquella libertad por picardear o por sacarle dineros, o por entretenerle para que se case con ella y remediarse por ser pobre y él rico, como acontece en casamientos de mohatra; si ésta sabe que aquél ofende a Dios mortalmente por su causa, ninguno de estos respetos la excusa del pecado. Son para mí muy notables a este propósito unas palabras del Espíritu Santo en los *Proverbios* que dicen así: *Stellio manibus nititur, et moratur in aedibus regis* (2). La salamanquesa o estelión hace fuerza con las manos y tiene su morada en las casas de los reyes, que se pueden declarar muy bien a este propósito. Decir, que hace fuerza con las manos (y mano quiere decir la obra) es dar a entender, que para que el escándalo sea activo y pecado, conviene que el que escandaliza partícipe con alguna obra en el pecado del prójimo, y que el daño que le causa sea visto y pretendido, que llaman los teólogos *nocumentum praevisum et intentum*; porque si una mujer que se burla de manos o parla con un hombre, ve que de aquella libertad el otro toma ocasión de ofender a Dios, que ninguna hay tan ciega que no vea por tela de cedazo, y con todo eso persevera en

Salamanquesa.

1 Levit., XI, 30. 2 Prov., XXX, 28.

su libertad, ya peca mortalmente; mas si sabe que no hace daño, no hemos de juzgar cualquier obra de estas a pecado. Y dice que mora en las casas de los reyes, porque en los palacios de los señores, y entre gente que llaman cortesana, es donde se usan estas libertades escandalosas con título de discrección y cortesanía. Puédese también declarar ser las casas del rey, los monasterios de religiosas, esposas del Rey eterno, porque cuando hay alguna conversación o trato o devoción, como ellas llaman, de afición peligrosa, grandes son los daños y pecados que de estas familiaridades y parlatarios se siguen. Lo uno, por el peligro a que se pone la que tiene estas devociones de caer en pensamientos deshonestos y en otros descomedimientos del cuerpo. Lo segundo, por el daño que causan en el alma del devoto, si con estas pláticas le hacen caer en algún pensamiento consentido de pecado mortal, que cuando hay estos pecados, pocas hay que no lo entiendan. Lo tercero, por la infamia del monasterio, que los seglares se escandalizan mucho viendo pláticas vanas y libertades en las esposas de Cristo. Y finalmente por el escándalo y mal ejemplo que se da a otras religiosas, que viendo que usan de estas libertades y devociones personas que frecuentan Sacramentos, no lo tienen por tan gran mal y vanse por aquella costumbre. Y muchas hay que en el siglo se salvaran, y por esta causa en la religión se condenan. Díjome un moro, estando yo cautivo en Berbería, disputando con él de la verdad de nuestra fe y de la falsedad de su secta: mirad, dijo, cuán engañados estais los cristianos, que a las vuestras monjas que tenéis por más santas y esposas de vuestro Cristo, consentís que hablen y parlen en los locutorios desenvolturas, que nosotros a nuestras mujeres, ni esclavas y negras no consentimos que nadie nos las vea el rostro.

Malos pensamientos.

Leviatán serpiente.

Aquella serpiente *leviatan* que la llama el profeta Isaias (1) serpiente antigua y enroscada, de quien dice el santo patriarca Job que se esconde debajo del agua del mar y causa tempestad, moviendo las ondas, *quasi cum unguenta bulliant,* a manera de cuando hierben los ungüentos en el perol, significa el pecado de malos pensamientos consentidos cuando llega a mortal, por el cual muchos se condenan sin pecar con obras ni palabras, que escrito está: «El que viere una mujer y la deseare, ya peca en su corazón» (2). Y porque tengo escrito en otras partes muy a la larga de las cuatro maneras de pensamientos, no diré aquí más de que la primera manera es de pensamientos consentidos, la segunda delectaciones morosas. En estas dos, cuando la materia es grave, se peca mortalmente. La tercera, pensamientos detenidos con negligencia y mala resistencia, y esta lo más ordinario es pecado venial. La cuarta, primeros movimientos cuando el alma no consiente ni con negligencia y pereza los detiene, y este no es pecado, antes en aquella batalla se merece, y es gran consuelo para algunos saber, que, aunque dure el pensamiento mucho espacio,

Cuatro maneras de pensamientos.

---

1 Isai., XXVII, 1.

2 Matth., V, 28.

si al alma da pena y está batallando, ni peca con este pensamiento ni aun le estorba el buen espíritu, antes con esta pelea se hace robusto y después de la tentación vienen grandes bienes espirituales, como vinieron los ángeles a servir a Cristo cuando venció al demonio (1). También escribí las señales que hay para ver si el pensamiento es consentido o no, que las más ciertas son tres. La primera, cuando el alma sabe muy bien y está cierta que consintió en el mal pensamiento y se determinó a poner en obra el pecado. La segunda, cuando hizo alguna cosa, por pequeña que fuese, para ejecución de la mala obra en que pensaba, como quien piensa de matar un hombre y le va a buscar para ello, aunque luego se arrepienta. La tercera, los pensamientos que nacen de corazón rendido, como cuando uno anda enemistado buscando a su enemigo para matarle; casi todos los pensamientos de aquel son consentidos, y así este género de serpiente ponzoñosa hace mucho daño. Señales de los pensamientos consentidos.

Cuenta Serafino Razi y Henrico Germano, que habiendo un mancebo confesado y comulgado y recibido los Sacramentos con mucha devoción para morir, poco después de haber expirado se apareció a su mismo padre ardiendo en llamas, diciéndole que estaba en el infierno; y preguntándole el padre que cómo se condenó, pues que recibió los Sacramentos con tanta devoción al tiempo de partir de este mundo, respondióle que había hecho mal hábito de consentir en malos pensamientos, dejándose llevar el corazón sin resistencia, y que con esta mala costumbre, al tiempo que estaba en la agonía de la muerte, le vino un mal pensamiento en que consintió, y por sólo aquél iba condenado al infierno.

Relajación.

Espantoso es aquel dragón bermejo del *Apocalipsi* que tenía siete cabezas y diez cuernos, y con su cola derribaba la tercera parte de las estrellas del cielo, echaba un río por su boca y sobre él iba asentada una mujer llamada Babilonia, que con el vaso de oro en las manos daba de beber a los que no tenían escrito en sus frentes el nombre del Cordero (2), y mucho más espantoso, dañoso y peligroso es el pecado de la relajación, que tantas estrellas de religiosos y varones perfectos ha derribado del cielo de la gracia, y es asiento de la vanidad y Babilonia del mundo. Dragón bermejo.

Llaman algunos relajación cualquier manera de aflojar del rigor y aspereza corporal, y son los que saben poco de espíritu y ponen toda la perfección en rigor, pareciéndoles que no hay otra virtud sino la penitencia; mas si por obedecer a los superiores o por tener fuerzas y conservar la salud para guardar la ley de Dios y cumplir con las obligaciones de su estado, o para ejercitar otras obras de caridad y de mayor perfección, se afloja del rigor y aspereza del cuerpo, no es relajación sino virtud y merecimiento. Que, como

---

1 Matth., IV. 11

2 Apoc., XVII, 3

dice el Sabio: *Cibaria et virga et onus asino, cibaria, et virga et onus corpori* (1): al asno del pan y del palo, y lo mismo al cuerpo. Hay algunos que por no querer aflojar un punto del rigor y penitencia, y plegue a Dios no sea amor propio, pierden la salud y no son de provecho, no pueden llevar la carga de las obligaciones de su estado, y ocupan sus compañeros para que les sirvan en sus enfermedades. Dice el glorioso San Francisco (2) a este propósito, que aquel es perfecto religioso que con tanto gusto se desayuna cuando se lo mandan, como ayuna cuando ha de ayunar; con tanto gusto descansa y se recrea cuando es voluntad de Dios y del prelado, como trabaja y se pone cilicio y se disciplina cuando le agrada a Dios el rigor. Porque todo nuestro gusto ha de ser en cumplir la voluntad de Dios en cualquier cosa que se ofreciere; y pues esta no es relajación, digamos las maneras que tiene este pecado. La primera manera de relajación es, cuando uno ha comenzado a hacer penitencia y vida áspera y mayor aprovechamiento; si afloja y vuelve atrás, siguiendo la sensualidad, aunque sea con la engañosa máscara de prudencia, ya este es relajado en cualquier género que sea de las siete cabezas de pecados mortales, aunque esta relajación no quita la gracia, sino cuando se quebranta alguno de los mandamientos que obligan a pecado mortal. Lo segundo, puédense llamar relajados los que se visten, componen y se aderezan curiosa, vana y superfluamente, o se dan a juegos, bailes y deleites siguiendo la Babilonia del mundo, aunque estas cosas no son siempre pecado mortal, sino cuando por ellas se quebranta la ley de Dios. Lo tercero, son propiamente relajados los que quebrantan algunos mandamientos, o no cumplen con las obligaciones de su estado en cualquien género que sea; como relajado religioso es el que quebranta sus votos, aunque sea con título de más santidad; como el religioso que no obedece al perlado con título de más penitencia, la casada que sin causa otra bastante niega el débito matrimonial a su marido, con titulo solamente de haber de comulgar otro día o no haber salido a la misa después de parida o cosa semejante, que no obligaba a pecado como obligan las cosas de su propio estado; y en este género de faltar en las obligaciones so color de otras perfecciones que no nos tocan, como dejar de pagar lo que se debe por hacer limosnas, hay mucha relajación en el mundo.

Hipocresía.

Langosta. Cuando el quinto ángel tañó su trompeta, dice San Juan (3), que se abrió el pozo del abismo y salió un humo muy espeso, y con él unas langostas de horrible figura, porque tenían las caras de hombres, los cabellos de mujeres y coronas sobre sus cabezas, dientes de leones y colas de escorpiones, y en sus cuerpos unas lorigas de hierro y tenían por rey al ángel del abismo, llamado Apolión, etc. Estas langostas nos pintan muy al vivo los hipócritas que tanto daño hacen

1 Eccli., XXXIII, 25.
2 S. Franciscus in serm. exercitatorio.
3 Apoc., IX, 2.

y han hecho en la Iglesia de Dios, especialmente en nuestros tiempos, cuando corre el caballo pálido, que es el estado de la hipocresía.

Este nombre hipocresía es griego, que quiere decir sobredorado; porque hipo es lo mismo que debajo, y crisis oro; y así como debajo de un poco de oro está el cobre y no es todo oro lo que reluce; y las píldoras amargas de agarico o escamonea se suelen dorar y quien las mete en la boca, pensando que es oro, se halla con amargor, así el hipócrita tiene encima y por de fuera una capa y doradura de oro, que es apariencia de bien, siendo en lo interior vacío y falto de virtud. Que por eso se llaman cañahejas movidas a todo viento (1), que con verdura y apariencia de buenas obras están vacías y huecas, antes llenas de hediondez como están los sepulcros blanqueados y los muladares nevados (2). Llámalos Isaías (3) hipocentauros y sátiros; porque aunque en la apariencia sean hombres de medio cuerpo arriba, en realidad de verdad son bestias salvajes y como estas langostas del *Apocalipsi* que con caras de hombres tienen lo demás abominable.

Conviene que declaremos cuántas maneras hay de hipocresía verdadera: porque los mundanos llaman hipócritas a los siervos de Dios que públicamente confiesan y comulgan a menudo, hacen limosnas, traen los ojos bajos, el rosario en la cinta, el vestido modesto, y reprenden a los que ven jurar o hacer otras malas obras, como no tienen otros vicios de qué calumniarles; que si los viesen amancebados, etc., no dejarían de dárselo en cara. El hacer las obras buenas públicamente para que Dios sea glorificado, no es hipocresía sino santidad, pues dijo el Señor: *Ut videant opera vestra bona, et glorificent patrem vestrum, qui in coelis est* (4): antes contra los que por vergüenza y temor de malas lenguas se dejan de ejercitar en actos de virtud públicamente hechos, dice el Señor: «El que se avergonzare de confesarme a mí delante de los hombres, avergonzaráse el Hijo de la Virgen de confesarle delante de su Padre celestial» (5). Porque así como Cristo manifiesta y públicamente hizo sus obras buenas, que eso quiso decir San Pedro, según refiere S. Clemente, papa: *Dominus noster Jesus Christus manifeste bonus est* (6); así sus verdaderos siervos no se afrentan ni desdeñan de ser soldados de tal rey. ¿Qué merecería el soldado español que escondiese la banda roja porque no le tengan por del bando católico, sino que le pongan en un palo?; y ¿qué merecerá el cristiano que se desdeña de la imitación de Cristo?, aunque algunas veces es bien encubrir las buenas obras y no pregonarlas, como hacían los fariseos sus limosnas, pero nunca es bueno avergonzarse del servicio de Dios ni volver atrás en la virtud por miedo de que los malos no les llamen hipócritas.

Tres maneras hay de hipocresía: La primera, del que finge la santidad que no tiene con el fin de alcanzar opinión y nombre de santo, o siendo tenido en reputación de serlo, adquirir dineros y hacienda. Que ha venido el mundo por nuestros pecados a términos,

---

1 Matth., XII, 20.
2 Matth., XXIII, 27.
3 Isai., XXXIV, 7.
4 Matth., V, 16.
5 Luc., IX, 26.
6 S. Clemen. PP., lib. *Constit.*

que hay algunos que hacen granjería y ganancia de la santidad; y publican que tienen revelaciones, porque les den dádivas y presentes, para que descubran las cosas por venir, como la pitonisa que curó S. Pablo (1); y por eso Saúl, cuando iba a buscar las asnas que se le habían perdido, preguntó a su criado si llevaban algún dinero para dar al Profeta, porque les descubriese donde las hallarían (2). Estos tales y los que buscan honra por la santidad, ya han recibido en el mundo su galardón, como dijo el Señor (3), y no tienen para qué esperar premio en la bienaventuranza.

Otros hay en este género peores hipócritas, que por no perder su honra y huir de que los llamen y tengan por hipócritas, hacen públicamente obras malas contra su conciencia o descubren y manifiestan sus pecados ocultos. Estos tales hacen dos daños, el uno que pretenden honra del mundo como los primeros; el otro que escandalizan y dan mal ejemplo con sus malas obras; y esto es muy malo, porque, como dicen, ya que no eres casto, sé cauto; no sea de aquellos que dice Isaías: *Peccatum suum sicut Sodoma praedicaverunt* (4): que pregonaron a voces sus pecados como hacían los sodomitas.

La tercera manera de hipocresía es de aquellos que profesan estado y oficio cuyo fin no ejercitan, y quieren el premio como si le ejercitasen; y de este modo de hipócritas se halla en todo género de estados. Lo primero perlados hipócritas se llamarán, los que pretenden las prelacías y cargos por sola la renta y mando, y aunque comen de la leche y visten de la lana de sus ovejas, como dice Ecequiel (5), lo menos en que se ejercitan es en predicarlas y enseñarlas y no encaminarlas al cielo, antes las destruyen con el mal ejemplo de sus obras. Y éstos, como dice San Gregorio (6), son los que más daño hacen en la Iglesia de Dios. Religioso hipócrita, dice S. Agustín (7), es el que trayendo el hábito, no guarda los tres votos que profesó. Jueces hipócritas se pueden llamar los que dice Isaías: *Principes tui socii furum, omnes diligunt munera, sequuntur retributiones; pupillo non judicant, et causa viduae non ingreditur ad eos* (8). Que quiere decir: tus príncipes y jueces son compañeros de ladrones por los cohechos que reciben, gustan que les den presentes; no atienden a hacer justicia a los huérfanos, viudas y pobres. Que vemos que los ricos y que tienen dineros negocian mejor.

Soldados hipócritas son los que no se acuerdan de defender la fe y la Iglesia por armas, como profesaron, ni vuelven por la honra de Dios; antes les trae a la guerra la libertad y en ella caen en perjurios, blasfemias, robos, deshonestidades y homicidios, con que quitan la honra a quien les crió; y de la misma manera caen otros que gobiernan en muchos pecados mortales de omisión, en cosas graves, con que se condenan.

La cuarta y más abominable manera de hipocresía es la ficción en los Sacramentos de los que comulgan en pecado mortal, no ha-

1 Act., XVI, 16-18.
2 I Reg., IX, 7.
3 Matth., VI, 2.
4 Isai., III, 9.
5 Ezech., XXXIV, 3.
6 ML. 77, 14-26.
7 ML. 39, 1580.
8 Isai., I, 23.

ciendo las confesiones enteras y dejando de confesar algunos pecados mortales por vergüenza, temor, negligencia o falta de examen; y llámanse estos hipócritas, porque como el Sacramento es señal de cosa santa que nos santifica, como dicen los teólogos, el que finge recibir Sacramento sin recibirle bien, finge santidad; y esta hipocresía y pecado es de los más graves que se pueden cometer, pues, según dice Santo Tomás, es bien poco menor que el de aquellos sayones que crucificaron a Cristo. Y según se colige de San Metodio en el libro de sus revelaciones, de San Hipólito mártir en el sermón que hace de *consummatione saeculi,* de San Vicente Ferrer en su tratado de la fin del mundo, de Sta. Brigida y Sta. Catalina de Sena y otros muchos santos que lo han profetizado, cuando en la Iglesia de Dios hubiere abundancia de esta hipocresía y gente que parece santa y comulga en pecado mortal, es la señal más cierta que está muy cerca el día del juicio. Mas baste ya lo que hemos dicho de estas serpientes y pecados ocultos que quitan la gracia y estorban el verdadero espíritu y la caridad, la humildad, la bondad, la sinceridad de corazón, los buenos pensamientos, la observancia y el verdadero servicio de Dios. Vamos a otros estorbos que no todas veces son pecados.

CAPITULO XXV

EN QUE TRATA DE LOS ESTORBOS E IMPEDIMENTOS DEL VERDADERO ESPIRITU QUE NO SIEMPRE SON PECADOS MORTALES, CUALES SON: LA SOSPECHA DE NO ESTAR BIEN CONFESADOS, LOS VENIALES, OCASIONES, OCUPACIONES, MALAS COSTUMBRES, APETITOS, COMUNICACION CON MUCHAS GENTES, GUSTOS Y REGALOS, FALTA DE SALUD, MALAS COMPAÑIAS.

El glorioso San Jerónimo (1) dice del verdadero espíritu, que es licor tan sutil y delicado, que por cualquier rendija que tenga el corazón, se sale y rezuma; y por más ejercicios espirituales que haya se queda el alma vacía y sin espíritu, si con mucho cuidado no se sueldan los desaguaderos de la conciencia y se quitan los estorbos e impedimientos que hay para no llegar al espíritu perfecto. Tenemos, dice S. Pablo (2), tesoro en vasos de barro ¿qué mucho que tengan quiebras? Y pues el espíritu es semejante a la niñeta del ojo, como dice S. Juan Crisóstomo (3), cualquier mínimo polvo de tierra le perturba, que en el pie o en la mano no haría daño alguno. De aquí es que aunque apunté brevemente diez impedimentos del buen espíritu que quitan la gracia, comparados a las sabandijas ponzoñosas que no entran en las moradas; pareciéndome ser esta doctrina de las más importantes, y que no cumplo con lo que debo a mi intento, que es el provecho de las almas, si no recopilare los estorbos, que aunque no quitan la gracia, son contra el aprovechamiento, y aunque

1 S. Hier., *in Eccles.*
2 II ad Cor., IV, 7.
3 MG. 57, 456.

no son sabandijas ponzoñosas, son muy asquerosas y perjudiciales, y aunque hay muchos, quiero nombrar cuarenta, que sean como los cuarenta años que anduvieron los hijos de Israel por el desierto sin llegar a la tierra de promisión, deseoso de que no quede en el alma cosa que le estorbe, de alcanzar la vida espiritual. Que, como dice Eusebio Emiseno, acaece un hombre estar purgado no del todo, y si le queda algún mal humor, por poco que sea, no le entra en provecho lo que come; y así, aunque una persona, a su parecer esté muy purificada, si le queda alguna rendija por donde se pueda rezumar este divino licor, alguna tierra o arena en los ojos espirituales o algún mal humor en la conciencia, perderá mucho tiempo sin ir aprovechando. No es mi intento, como dije arriba, tratar de estos estorbos, impedimentos, faltas, estropiezos, desaguaderos y malos humores contrarios al buen espíritu, tan de propósito, que quiera contar todo lo que en ello hay, porque si así fuese, de sola esta materia tuviera bien que escribir; sino solamente apuntar estos cuarenta y sus remedios, con la mayor brevedad posible, para que, quien esta doctrina leyere, pueda por ella examinar su conciencia, y hallando en sí alguno de estos estorbos, consultar con sus confesores y padres espirituales cómo se irá a la mano y desarraigará del todo esta grama, escardará esta cizaña y cazará estas raposillas (1), que, aunque no quitan la gracia, menoscaban las viñas del bálsamo de Engaddi, que es el espíritu verdadero.

Sospecha de pecados mortales.

In malevolam animam non intrabit sapientia, neque habitabit in corpore subdito peccatis (2). Despídase de alcanzar verdadero espíritu, que eso quiere decir sabiduría, el que tuviere pecados mortales públicos o secretos, ciertos y sabidos, o ocultos, propios o ajenos. Que no comunica el Señor tan preciosa joya como el verdadero espíritu a los que levantan a él sus manos, teniéndolas llenas de sangre de los pecados, como dice Isaías (3). Quien quisiere alcanzar buen espíritu, póngase en estado que no tenga conciencia ni sospecha de pecado mortal, que esta sospecha causa desasosiego que estorba la oración; y para quietarse al principio que quiere entrar en este espiritual camino, haga una buena confesión general si no la hubiere hecho, porque en muchas personas escrupulosas que nunca se acaban de satisfacer, no se les ha de consentir que anden haciendo confesiones generales, cuando se ve que les causa mayor inquietud y perturbación.

Confesiones generales.

1 Cant., II, 15.
2 Sap., I, 4.
3 Isai., I, 15.

Pecados veniales hechos a sabiendas.

Bien sé que dice el Sabio (1) que siete veces al día cae el justo y otras tantas se levanta, y que puede un alma alcanzar gran espíritu, aunque caiga muchas veces en pecados veniales; pero hay unas personas que se resuelven a no salir de estos pecados veniales y de propósito están en ellos haciendo su cuenta, que como no sean mortales, que va poco en ello. Estos dificultosamente llegan a lo supremo del buen espíritu; y cuando dice el Sabio: «las moscas que mueren, destruyen la suavidad del bálsamo», (2), sin duda que habla de esta manera de pecados veniales hechos a sabiendas; que estos son las moscas que mueren, que de los que, aunque sean siete al día, se levanta el alma, no hablo aquí. Y digo que estas moscas que mueren estorban el aumento del verdadero espíritu, porque quien pone estorbo a la caridad, le pone al verdadero espíritu; y poco ama la desposada que se resuelve a no abstenerse por amor de su esposo sino de lo que le manda el esposo que no haga, con el puñal a los pechos. Mire, pues, muy bien quien por una parte desea fruto de oración, y por otra se da a juegos, galas, paseos, conversaciones y cosas semejantes, que aunque no lleguen a pecado mortal, sabe de cierto y los confesores se lo han avisado que son veniales, que si no los quita, no subirá a lo alto del espíritu.

El remedio para contra este daño es la frecuencia de Sacramentos, el examen continuo de la conciencia y resolverse de poner toda la fuerza posible en apartarse de pecados veniales.

Ocasiones peligrosas.

No hablo de solas las ocasiones que son pecado mortal, sino de otras, que aunque no lo sean, mientras no se apartare de ellas, traerá el ánimo inquieto; y esta inquietud estorba la perfección y verdadero espíritu; porque al fin siendo peligrosas, «el que ama el peligro perecerá en él», dice el Sabio (3). Cuente cada uno las que tiene según el estado de su persona y váyase cada día más recogiendo, si quiere ir adelante.

Ocupaciones demasiadas.

Gustate et videte quam suavis est Dominus, dice el Salmo (4); y si quieres, dice San Anselmo, gustar cuán suave es el Señor, desembarázate de ocupaciones demasiadas. No cargues de muchos negocios que con ser tan justos y necesarios los del papa Eugenio, pues pertenecían al gobierno universal de la Iglesia, le aconseja S. Bernardo (5) en sus libros que le escribió de *Consideratione,* que tome

1 Prov., XXIV, 16.
2 Eccles., X, 1.
3 Eccli., III, 27.
4 Ps. XXXIII, 9.
5 ML. 182, 736.

tiempo para sí y para la oración. Los santos antiguos del yermo apartábanse a las soledades por emplearse de todo punto en Dios. Y quien no pudiere hacer esto porque su estado y oficio no se lo permite, divida el tiempo y dé sus horas a Dios, en las cuales no falte ni en ellas deje de entrar negocio del siglo en su pensamiento; que no sin causa el esposo conjura las hijas de Jerusalén (1), que son los cuidados del siglo, que no despierten del dulce sueño de la contemplación ni hagan velar a su amada hasta que ella quiera. Es también muy buen consejo tener un poco de oración de negocios, en la cual trate con Dios y la Virgen y sus santos devotos lo que ha de hacer en sus ocurrencias, como quien consulta con buenos amigos, que con esto se alcanza más luz, y no viene la memoria de los negocios importunamente al tiempo de la oración principal.

Remedio para los ocupados.

Ocupación de negocios que sea.

Malas costumbres.

Mucho estorban para llegar a lo supremo del espíritu los malos hábitos y costumbres envejecidas, de que se queja el Señor diciendo por Jeremías: «Que así como el etíope dificultosamente muda la color y el leopardo sus manchas» (2), así quien está envejecido en malas costumbres, dificultosamente entra en el camino de la pureza, luz y amor, si no es haciéndose gran fuerza con la continua mortificación y rigurosa penitencia.

Apetitos desenfrenados.

Dice el glorioso S. Dionisio: *Arcet enim per omnia sincera vox eos, qui digne divina sumentes munera, uniri, conjungique non possunt; quanto magis eorum turba aliena erit, qui se passim jactandos foedis voluptatibus praebent, etc.* (3). Como quien dice: Si la voz de Dios aparta de llegar al Santísimo Sacramento del altar a los que no se pueden unir con Cristo porque resisten a la divina unión, ¿qué será de los que siguiendo sus desenfrenados apetitos se arrojan en el cieno de sus gustos sensuales? De aquí es con cuánto cuidado y rigor conviene que ande mortificando sus pasiones el que quisiere llegar a vivir en Cristo, pues no se alcanza aquella nueva vida sin que primero muera el hombre viejo con sus vicios y concupiscencias (4).

Comunicación con personas sin provecho.

Grandemente entibian el espíritu y detienen el fuego interior las pláticas, conversaciones y parlerías que no son necesarias ni para la honra de Dios, aprovechamiento propio ni bien de las almas. Porque, demás que se gasta el tiempo ociosamente, queda después de ellas tal frialdad y tibieza para la oración, que es difícil quietar el pensamiento,

1 Cant., II, 7.
2 Jerem., XIII, 23.
3 MG. 3, 435.
4 Ad Colos., III, 9-10.

demás de los escrúpulos que ordinariamente nacen de lo que se habló, y la memoria de las pláticas sin provecho es tan mala, que entorpece mucho el espíritu. Por esta razón los santos Padres del Yermo huían de todo género de gentes, como de apestados. Y aconseja el Señor a su pueblo que entre dentro de su aposento y cierre tras sí la puerta (1); que mientras más soledad y silencio se guardare, tanto más se apareja el alma para el verdadero espíritu, que se exhala cuando se abre la boca a la parlería, como el buen olor cuando se desatapa la bujeta. Gran cosa es el silencio, pues como dice Isaías (2), es guarda de la paz interior y exterior; y la paz es obra del espíritu que mora en la soledad.

Pretender gustos corporales o espirituales.

Non invenitur in terra suaviter viventium (3). El buen espíritu no se da a gente amiga de gustos y regalos; que no nace esta divina rosa en los deleites del mundo sino entre las espinas de la aspereza; y quien quisiere ir camino derecho y seguro, no apatezca en la oración regalos ni gustos espirituales sino vaya siempre deseando cruz; y alégrese con las cosas adversas, como dice San Ignacio (4), que hacía la Virgen María, y verá cómo llega después del trabajo de la navegación tempestuosa al deseado puerto de la vida en Cristo.

Falta de obediencia a los médicos y superiores en cosas que tocan a conservar la salud.

Cuando Dios da las enfermedades y dolores y el alma con paciencia y mansedumbre las recibe, agradeciéndoselas como soberanas mercedes, porque traen a la memoria los dolores de Jesucristo crucificado, entonces con las enfermedades suele en muchas personas crecer el espíritu por vía de la participación de la Cruz; mas cuando alguno, por salir con su reputación adelante y que no le digan en el convento o fuera de él que volvió atrás de la aspereza, sigue su parecer contra lo que los médicos y superiores ordenan y les desobedece, perdiendo su salud, suele Dios dar por pena y castigo perder el espíritu y hallarse sin quietud interior ni exterior; que por esta causa dice David: *Fortitudinem meam ad te custodiam* (5). Señor, mi salud y fuerzas quiero guardar para Vos; que sin duda son menester muchas corporales y espirituales para soportar los ímpetus de amor y dolor, que suelen venir con el verdadero espíritu. Créame quien quisiere aprovechar en él, que obedezca a sus superiores y médicos, **Obediencia.** pues Dios crió del cielo la medicina y el varón prudente no la aborrecerá (6).

1 Isai., XXVI, 20.
2 Isai., XXXII, 17.
3 Job., XXVIII, 13.
4 MG. 5, 942.
5 Ps. LVIII, 10.
6 Eccli., XXXVIII, 1.

Compañías sin espíritu.

Aquellas dos seras o cófinos de higos que vió Jeremías (1), que los buenos hijos eran perfectos y rebuenos, y los malos, muy malos y remalos, significan las comunidades, congregaciones y religiones. Porque, cuando acaece estar un siervo de Dios en compañía de quien sigue espíritu verdadero, pégasele en la oración y anímase viendo los compañeros que proceden bien; el gemido que oye en coro del compungido con buen espíritu, le confunde y pone atención, y no sé qué se es, que de solo mirarse los que tienen buen espíritu, se afervoran, y tratándose y comunicándose, aprovechan. «Desventurado del solo que no tiene quien le ayude a levantar», dice el Sabio (2), sino antes quien le estorbe, quien le mofe, murmure y haga contradicción. El que en semejantes comunidades quisiere aprovechar, huya de los indevotos. Busque los más siervos de Dios con quien tratar, y si puede, enciérrese en su aposento y tenga sus horas de oración concertadas, que nadie le sacará de su quietud; y por lo menos, pues que no puede entrar dentro de los corazones sino Dios que sólo los escudriña, procure de andar dentro de sí mismo, huyendo de las hijas de Jerusalén (3) que despiertan y quitan el sueño sabroso de la quietud del espíritu con pláticas y negocios impertinentes.

Buenas compañías.

CAPITULO XXVI

EN QUE SE PROSIGUE LA MISMA MATERIA Y PONEN OTROS DIEZ ESTORBOS DEL VERDADERO ESPIRITU.

Falta de maestro espiritual.

¿Cómo puede el enfermo alcanzar salud sin médico?, ¿el hijo del príncipe criarse bien sin ayo?, ¿el que no sabe el camino, acertar sin guía?, ¿el ignorante aprender sin maestro?, ¿el marinero navegar sin piloto?, y, finalmente, ¿el que está en tinieblas atinar sin luz? Ninguno nació enseñado del vientre de su madre, y todos estamos llenos de ignorancias y tinieblas que nos quedaron del pecado original; y si para las groseras, fáciles, como las corporales, hemos menester buenos maestros y perfectos preceptores; para alcanzar espíritu, que es salud, necesario es buen médico, y para aprender esta cortesanía espiritual de tratar con Dios, buen ayo, como declara Clemente Alejandrino (4). No podemos caminar, dice Basilio (5), por estos caminos y sendas tan intrincadas del espíritu sin llevar buena guía, ni acertar a cultivar la tierra de nuestra conciencia, dice San Gregorio Nacianceno (6), sin buen labrador que nos industrie, ni sa-

---

1 Jerem., XXIV, 2.
2 Eccles., IV, 10.
3 Cant., II, VII.
4 MG. **8**, 251.
5 MG. **29**, 118.
6 S. Gregor. Nazian., *in Apologi.*

lir, dice Ruperto (1), de las tinieblas e ignorancias interiores sin luz de buen maestro, confesor y padre espiritual. Dichoso quien le hallare tal, que le anime para empresas grandes, desengañe y dé luz en sus ignorancias, reprima sus insolencias y que tenga los ojos abiertos con espíritu y letras, porque «guiando un ciego a otro ciego, no den entrambos en el barranco», como dice el Señor (2). Si los filósofos rodeaban el mundo por hallar quien les diese luz de la filosofía, como hizo Platón dando vuelta a Italia, y Apolonio Tianeo a toda la India, por buscar aquellos maestros que llamaban de la mesa del sol, y los padres antiguos caminaban muchas leguas en los yermos por buscar maestro, habiendo tan pocos verdaderamente obreros en tanta mies, quien no buscare con diligencia maestro que le haga al caso, quéjese de su descuido.

Confianza y presunción de sí mismo.

¡Qué de hombres han caído del espíritu verdadero por hacer caso y asegurarse de su sabiduría y experiencia! que por el mismo caso que a uno le parece que sabe de cosas de espíritu y se puede asegurar consigo mismo, aunque sea un altísimo serafín como lo era el lucero de la mañana, de quien dice Isaías (3) que cayó del cielo aunque se adornaba de piedras preciosas, se hallará, sin saber cómo, en grandes miserias y desventuras. Es la soberbia y presunción la polilla que deshace todo el espíritu y el gusano que roe esta yedra de la verdadera oración, y de una hora para otra la seca (4). Por tanto tome cualquiera mi consejo, o por mejor decir el de nuestro Señor, escrito por Ecequiel, y en sus cosas nunca se asegure de sí mismo, que es el amor propio gran embustero, sino vaya al Profeta, que es el confesor o padre espiritual, con sinceridad de corazón dele cuenta de su espíritu, que Su Divina Majestad dice por Ecequiel: «que se pondrá en la boca del Profeta para que acierte a darle buen consejo» (5).

No querer dar cuenta de su espíritu.

Hay muchos que con más facilidad descubrirán sus pecados, por graves que sean, que una merced interior que Dios les hace, o un buen suceso de espíritu que les comunica y alguna dádiva sobrenatural que reciben, engañados con título de huir de la vana gloria; y no es sino la vergüenza dañosa que engaña a otros para no comulgar ni hacer obras de virtudes que hayan de ser públicas y vistas. Bien es esconder, y pretendiendo alabanzas, no pregonar lo bueno (6) como hacen los hipócritas a quien reprende el Señor; pero el mismo Señor dijo que «vean vuestras obras buenas y glorifiquen al Padre celestial» (7). Mas no nos metemos aquí en disputar si es bien que el que

---

1 ML. 168, 1396-1399.
2 Luc., VI, 39.
3 Isai., XIV, 12.
4 Jonae., IV, 7
5 Ezech., XIV, 7.
6 Matth., VI, 5.
7 Matth., V, 16.

recibe riquezas interiores, las publique para bien de la Iglesia o las calle buscando su desprecio y humildad; lo que digo es que conviene dar cuenta de todo al padre espiritual, sea bueno o sea malo lo que viniere al pensamiento; que quizá quien lo recibe, le parecerá que es oro lo que es el alquimia, y lo que estorba al buen espíritu, tendrá por cosa excelente. No tenga nadie empacho de decirlo y declararlo a los padres espirituales, que si fuere bueno y seguro lo que recibe, no es de sí sino de Dios; y si peligroso, no hay para qué quede cosa encubierta dentro del corazón.

No conviene callar, que ahora sea por la vergüenza que arriba decíamos, ahora sea por negligencia o por cualquier otra causa que sea, experiencia hay, y pluguiese a Dios que no hubiese tanta, que quien no da cuenta de su espíritu, se le pudren dentro de sí los pensamientos y congojas, porque a veces la misma melancolía y tristeza tapa la boca, y en poco tiempo, callando, se envejecen y pudren los huesos de las virtudes, dando clamores todo el día las faltas y pecados que comete, como decía David (1). Y aunque la prelada de las religiosas sea mujer, al fin está puesta por cabeza y mayor de las súbditas por los prelados que están en lugar de Dios; y el que a los prelados oye, a él oye, y el que los menosprecia, a él meprecia (2). ¡Oh, Jesús!, con cuánto rigor y cuidado hacía guardar la madre Teresa de Jesús a sus religiosas una constitución que les puso, de que diesen a sus preladas cuenta de su espíritu; y cuánto provecho halló una cierta alma, que teniendo repugnancia a esto por estar tentada contra su mayor, la mandaron, y lo cumplió, dar cuenta de su espíritu al gato, que aún la costaba trabajo tomarle porque era arisco, que no hace Dios los milagros de andar sobre el estanque por sola la excelencia del prelado, sino también por la obediencia y humildad del súbdito, como dijo San Benito a San Plácido (3).

Humildad.

Ignorancia y engaños.

Muchas personas gastan mucho tiempo en oración, que si desde el principio llevaran luz de lo que es cada cosa y los caminos más derechos y seguros del espíritu, no hubieran consumido tanto con tan poco aprovechamiento del alma, teniendo la luz por tinieblas y las tinieblas por luz (4). Esta ignorancia hace gran daño en personas espirituales; denos el Señor la luz, y pues ha de escudriñar el día del juicio a Jerusalén con candelas, sea servido que leamos buenos libros de espíritu, que sean las antorchas y candelas encendidas con que escudriñemos la ciudad de Jerusalén, que está dentro de nosotros (5). Buenos libros son los de la Biblia para deprender oración; que si uno tomase por ejercicio leyendo en ellos colegir los puntos que tratan de espíritu, al seguro que irá bien encaminado. San Dioni-

Buenos libros.

1 Ps. XXXI, 3.
2 Luc., X, 16.
3 ML. 66, 146.
4 Isai., V, 20.
5 Sophon., I, 12.

sio y sus comentarios descubren mucho campo de esta materia. Los Padres antiguos del yermo, como S. Antón en sus Epístolas, S. Doroteo Archimandrita, Juan Casiano, S. Juan Clímaco y los demás, San Basilio, S. Gregorio Nacianceno, el devotísimo Bernardo, S. Buenaventura, Lorenzo Justiniano, Enrique Herpio, Blosio, Fray Luis de Granada, los libros de la madre Teresa de Jesús y otros modernos dan mucha luz contra esta ignorancia.

Prudencia humana.

Cuando dice el Sabio: «que la humana sabiduría es necedad delante de Dios», y San Dionisio Areopagita (1), que la diversidad de las lumbres estorba que la afluentísima luz de Dios no se perciba, quieren decir que hombres que quieren llevar este negocio de espíritu con muchas reglas de prudencia, no llegarán a la cumbre del espíritu. Porque quien no se arrojó con confianza humilde, no alcanzó muchos tesoros espirituales. Dios nos libre de personas tan atadas a la prudencia, que ni en sí ni en otros dejan correr el espíritu con el ímpetu que Dios le quiere llevar; que, como es fuego que sube a su esfera, no hay saeta más veloz; y el atar los pies y las manos con demasiadas reglas, muchas veces detuvo la grandeza interior y estorbó que no se llegase a lo supremo del espíritu verdadero.

Precipitación ciega.

No porque hayamos condenado la prudencia humana, loamos el quererse arrojar ciegamente, sin consideración, a todo lo que el propio espíritu da a entender; que esto sería ponerse a peligro de romperse las tinajuelas nuevas, como dice Job. Consulte el alma de una vez la seguridad de su modo de oración, las obligaciones de su estado, que en ninguna manera puede atropellar; y estando segura, suelte la rienda a los deseos del servicio de Dios y de la salvación de las almas. Pero en las obras que el espíritu le dictare interiormente no se precipite ni arroje, que podría ser que alguna vez se estrellase. Que es tan grande el ímpetu de la penitencia en algunas personas, en otras el deseo de la salvación de los prójimos y así en otras virtudes particulares, que si no hay rienda y se deja correr desbocadamente tras los ímpetus, es fácil el despeñarse, como han hecho muchos que han seguido su propio parecer.

Detenimiento en el obrar.

Celo indiscreto.

Cuando nace el celo del deseo de la salvación de las almas y del amor de Dios, aumenta el espíritu; y, como dice San Basilio, la mano que unta a otros, untada queda y participa del ungüento; y ya sabemos que esta unción es la caridad, que se aumenta con devoción

---

1 Dionis., *De Caelest. Hierach.*

y espíritu de la propia alma cuando tiene deseo de salvación de las otras; mas hay algunas personas que el ver pecados ajenos les perturba el espíritu y hace perder la quietud de la conciencia, causándoles amargura de corazón, y aun no han entrado bien en el camino espiritual, cuando ya querrían andar dando voces por las calles como pregoneros por lo que ven que pasa en su alma, de la luz que Dios les da. Celo es este pero no *secundum scientiam*, como dice San Pablo (1), pues que distrae y no deja perseverar en la oración, e inclina a cosas contrarias a la vocación propia. La monja encerrada a veces querría ir por todo el mundo a convertir almas, y le pesa de la clausura que profesó; el religioso ignorante se quiere hacer predicador y dar consejos, olvidado de la humildad y sinceridad de su estado, y por este camino se pierde mucho espíritu. No hay mejor manera de refrenar este celo que acudir a Dios con mayor ímpetu de oración para que él lo remedie, pues puede, sabe y quiere, y sujetarse de todo punto a la obediencia de buen padre espiritual.

Quietud falsa.

Hay algunos a quien Dios ha dado talento, letras, estado y oficio de llevar almas al cielo, y por no se inquietar ni perder un punto de su reposo, se arrinconan engañados con entender mal aquella autoridad del Evangelio: «¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si su alma padece detrimento?» (2). Y paréceles que es padecer detrimento, meterse en negocios de Dios y del bien de las almas. De estos tales dice el glorioso S. Gregorio en el Pastoral (3), que en pena de su pecado que cometen escondiendo el talento con que habían de granjear, les quita Dios el espíritu (4). Que no en valde predicó Cristo nuestro bien aquella parábola de los talentos, y condenó al que escondió en el sudario el talento recibido. El verdadero espíritu, como muchas veces hemos dicho, nace de la pureza, luz y caridad. Quien ve caer en el hoyo no el buey ni la bestia de su hermano (5), sino el alma criada a imagen y semejanza de Dios, y no en cualquier hoyo sino en el del infierno, teniendo obligación de acudir a sacarla, no cumple con lo que debe; y así no guarda perfecta pureza ni sabe lo que es el valor de un alma, y lo que se agrada a Dios con ayudarla a salvar, pues dió por ella su vida; ni tiene verdadera caridad, pues por un poco de quietud propia deja el provecho eterno de sus hermanos. Bien veo que todos somos flacos y que está más segura del viento la luz metida y escondida debajo del medio celemín, mas no se encendió para eso la candela sino para alumbrar. Alumbre con resguardo, metiéndose dentro de la linterna y vidrieras del recato; que mil veces ha acaecido por las oraciones del alma, a quien el siervo de Dios hace provecho, aumentar el Se-
Celo. ñor el espíritu de quien la ayudó. Y este negocio del buen espíritu,

---

1 Ad Rom., X, 2.
2 Matth., XVI, 26.
3 ML. 77, 18, 19.
4 Matth., XXV, 14-30.
5 Luc., XIV, 5.

como es dádiva graciosa de Dios, más se alcanza agradándole que buscándole con artificio; y en ninguna cosa tanto se agrada a Dios, como en que amemos al prójimo como a nosotros mismos.

Envidia del buen espíritu ajeno.

Hay personas que si oyen decir bien de la oración de los otros, parece que les abrasan el corazón y querrían que solamente loasen a ellos o a sus cosas. Tiene este pernicioso gusano de la envidia tanta malicia en sí, que en poco tiempo destruye el buen espíritu: Ojalá todos profetizasen, dice San Pablo, ojalá todos se arrobasen y hiciesen milagros, etc. ¿Por qué tiene quien desea buen espíritu de poner nota en los hombres que reciben dádivas del cielo, y son por ellas estimados y loados en el mundo? Si fuera buen espíritu, gustara mucho de ver glorificado a Dios en sus santos, y pues que a él no le ponen por juez, no se meta en escudriñar espíritu y oración ajena.

No juzgar a nadie.

Facilidad en dar crédito a cualquier maestro de espíritu.

Hay algunos tan fáciles de se persuadir de cualquiera que les diga cosas de espíritu y oración, que aunque llevan buen modo de proceder, le mudan fácilmente con cualquier consejo que les den. Y como la perseverancia es la más principal parte para hallar este tesoro escondido (1) que buscamos del buen espíritu, con la variedad y diversidad de medios que nace de diversos pareceres y consejos, viene la inconstancia, mutabilidad y falta de perseverancia; y todo el tiempo se les pasa en tejer y destejer como la tela de Penelope. Quien tiene buen maestro de espíritu y ha comenzado un camino y modo de oración con que se halla bien, sígale y continúe sin andar mudando a cada paso devociones; y cuando viniere algún otro maestro espiritual que le enseñare otra doctrina, comuníquela primero con su confesor, y mire muy bien cómo entra en ella y deja lo que sus maestros la han enseñado; que muchas personas, por dar fácilmente crédito a nuevas doctrinas, han perdido el espíritu y aun algunas la gracia y la fe.

CAPITULO XXVII

PROSIGUE LA MISMA MATERIA Y PONENSE OTROS DIEZ ESTORBOS DEL BUEN ESPIRITU, QUE POR LA MAYOR PARTE PROCEDEN DE LA TIBIEZA Y MELANCOLIA.

Melancolía.

Hipócrates y Galeno (2), hablando de la melancolía, dicen ser un perverso humor que daña los órganos de la imaginativa, y hace parecer a los que la tienen, que ven a Diana y a otras fantasmas, etc. Y así

1 Matth., XIII, 44.
2 Hipocrat., lib. *De morbis virgin.*; Galen., *De locis affectis*, c. 6.

donde la hay, puede haber muchas ilusiones contrarias al buen espíritu. Si la melancolía viene de enfermedad, cúrese el cuerpo, que éste es el mejor remedio; no se dé crédito a revelaciones de melancólicas ni se haga caso de ellas. Y sería de parecer que a muchas de estas se les quitase la oración mental, que no les sirve sino de despertar más el humor y hacerles mayor daño; bástales por algún tiempo su oración vocal y entender en las obligaciones de su estado hasta que sanen. Y si la melancolía no es enfermedad ni humor sino meterse en pensamientos tristes, diviértanles de aquel modo de oración con otros pensamientos alegres, como es, quitando que no piensen en el infierno, etc. y que piensen en la gloria o en la misericordia de Dios y semejantes pensamientos de alegría.

Amargura de corazón.

Ramo es de melancolía la amargura del corazón, de la cual habla bien a la larga Casiano (1), diciendo las raíces de donde nace, qué sea y los daños que causa en el espíritu. Muchas veces nace de la pena y disgusto que dan los pecados y faltas ordinarias; que aunque es bueno el andarlos siempre llorando, pero no ha de ser de suerte que perturben tanto, que quiten el espíritu y le acobarden para la oración y causen desconfianza y desesperación secreta, conque la persona quiera dar al traste con todos los ejercicios espirituales, pareciéndole, que pues nunca se acaba de enmendar ni alcanzar la pureza que desea, no hay para qué continuar en la oración ni ponerse delante de Dios, llevando siempre las manos sangrientas. De esta misma polilla y carcoma nace una rabia, un enojo, un disgusto, una indignación interior consigo mismo, con el prójimo y con todas las cosas de Dios, que consume y roe la vestidura de la pureza y el árbol del buen espíritu. Y llámola polilla y carcoma, porque así la llama el Sabio, diciendo: *Sicut tinea vestimento, et vermis ligno, sic tristitia viri nocet cordi* (2). Como la polilla destruye el vestido y la carcoma el árbol, así la tristeza daña el corazón. Bien parecen estas palabras del Espíritu Santo, que no hay cosa que así deshaga el buen espíritu como esta polilla. Contra la cual no hallo mejor remedio que la humildad y reconocer el hombre, que si Dios no le tuviese de su mano, no sólo en las faltas ordinarias, pero en otras cien mil abominaciones caería. También la presencia divina que alegra el corazón interiormente, como el sol cuando alumbra, es admirable remedio contra esta amargura.

Presencia de Dios.

Escrúpulos.

Una cosa es temor de Dios, con deseo de perfección, otra escrúpulos. Mirar en las más mínimas motas del alma, y como dice el gran Dionisio: *Extremas animae imagines purgatas habere* (3), lim-

1 ML. 49, 353-360.
2 Prov., XXV, 20.
3 MG. 3, 439.

piar las más mínimas sombras de ofensa que hay en ella, es muy bueno, y de otra manera nunca se llega a la perfección y al verdadero espíritu; mas juzgar ignorantemente que cada cosita es pecado mortal, es muy malo; porque si con determinación se juzga, pongo por caso, ser pecado mortal una mentira, y con esta conciencia y creyendo que peca mortalmente, la persona escrupulosa la dice, ya rompe con el respeto que debe a Dios y peca mortalmente, y por esta vía han perdido muchas personas no sólo el espíritu pero la gracia. Y cuando no sea esta manera de escrúpulos, que proviene de conciencia errónea, sino el vacilar si es ofensa mortal la que no lo es y andar en esta ceguera, que propiamente se llama conciencia escrupulosa, es dañosísima para el espíritu porque inquieta y perturba el alma, hácela detener y gastar tiempo en si pecó o no pecó, si se confesó bien o no se declaró, etc. Y, como dice San Gregorio (1), así como una nao que va navegando en mar bonanza, con viento próspero y a vela tendida, si se le apega debajo de la proa el pececillo llamado rémora, que no es mayor que un lenguado y es de la misma hechura, la tiene y estorba de su navegación, pierde el mercader su ganancia, puédesele acabar el bastimento, calmar el viento, acometerla corsarios, y lo peor es, que gastándosele el buen tiempo, quizá le sobrevendrá alguna borrasca que dé con ella al traste, así las almas que se detienen del amor de Dios y del prójimo y de ejercitarse en obras de virtudes, por causa de rémoras de los escrúpulos, gastan su tiempo, pierden la ganancia que pudieran tener si navegaran adelante, acábaseles el sustento de la oración y van a peligro de tentaciones y ocasiones, con que tornan a los pecados de que antes salieron o dan en otros peores, con que se pierden. ¡Oh, Señor!, haced, Vos, que algún marinero discreto entre dentro del agua y desapegue esta rémora, y persuadid a estas almas escrupulosas, que dificultosamente creen, que busquen un buen letrado, discreto, experimentado y espiritual, que de una vez les diga todas sus dudas de que tienen escrúpulo, y con lo que aquel confesor les dijere, se aseguren y le obedezcan y salgan de sus escrúpulos, que no sé otro mejor remedio para ellos. Y si esto no bastare, porque los escrúpulos son necios y la necesidad no tiene cura ¿qué hemos de hacer? encomendémoslas a Dios que las sane.

Buscar buen Confesor, y asegurarse de una vez en todos los escrúpulos.

Espíritu de blasfemia.

San Isaías, abad de Siria, doctísimo entre aquellos padres del yermo, dice, que el demonio hace con algunas almas que ve ir bien encaminadas al cielo, lo que los capitanes sagaces cuando tienen cercada una ciudad fuerte que se les defiende muy bien, y está bien abastecida de vituallas, municiones y gente. Inventan estos unas máquinas aparentes, baterías sofísticas, instrumentos de pelear falsos y engañosos; arman mujeres y niños o palos para que parezca gran escuadrón de soldados donde hay pocos de pelea, a fin de poner miedo y hacer perder de ánimo a los que están dentro de la ciudad para que se rindan, o que acudiendo a poner toda la fuerza de la defensa contra

(1) Gregor., *in Pastorali*, lib. 3, c. 35.

El demonio puede entrar en la imaginación.

las máquinas engañosas, se descuiden de poner buena guarda en lo aportillado de los muros, y entrarles por aquella parte flaca con la poca gente que tienen. Está el alma bien confesada, desea no pecar, trata de oración y frecuencia de Sacramentos; levántale el demonio en la imaginación, que es arrabal de la conciencia donde puede el entrar y salir muy a su salvo, unos pensamientos abominables y horrendos contra la fe, contra las imágenes, contra Cristo y su Madre, de tanta fealdad y abominación, que tiembla el alma de contarlos al confesor; y piensa, y aun lo dice, que a ninguna otra persona del mundo han venido semejantes abominaciones. A estos pensamientos llaman los santos espíritu de blasfemia; y lo más engañoso que hay en ellos es, que vienen con tanto ímpetu y tanta fuerza y son tan porfiados y pegajosos, que el alma no los puede desechar tan presto y le parece que ha consentido y caído en ellos. Y aún hay algunas personas que les parece estar obligadas a ir a la Inquisición a manifestarse. Otras dan en desesperaciones, juzgando que dejarles Dios tener aquellos pensamientos, es señal de estar prescitos para el infierno. Otros no los osan descubrir al confesor y cállanlos por vergüenza. Otros pierden con ellos la salud y contento, y por lo menos el espíritu. No caen éstos, en que una cosa es no poder desechar el pensamiento, otra es consentir en él; y en que es clarísima doctrina, que pues estos pensamientos les dan pena, no los quieren; y si no los quieren, no consienten; y si no consienten, no pecan. No hay otro remedio para esta dolencia sino que crean que no es nada, y que todo aquello es musarañas y fantasmas del demonio, que como embaucador hace aquellos juegos de pasa pasa, y aquellos aspavientos y espantos para que se descuide la persona y acometer entre tanto con alguna tentación ordinaria con que hacen caer. Y aún ha habido gente tan engañada en este caso, que les parece que no estaban en peor estado antes que se convirtiesen porque no tenían aquellos pensamientos abominables. No es nada, siervo de Dios, no temas. Que así como, si estando tú en tu aposento, pasase un mal hombre por la calle diciendo blasfemias, date pena el oirlas pero tú no las dicen, así aunque el demonio dice dentro de tu imaginación aquellas abominaciones, no las dices tú, no te perturbes.

Aunque no se pueda desechar el pensamiento tan presto, como no se consienta en él, no hay pecado.

No se han de temer estos pensamientos.

Temor pueril.

Para quitar la oración y el espíritu, usa el demonio una traza que parece para engañar niños, y es, que hace espantosos ruidos en el oratorio para sacar de él. Otras veces pone temor de las calumnias y persecuciones de los hombres para traer el alma afligida y desconsolada, y que ande buscando reparos y defensas y juzgando malicias de sus émulos, que quizá no les pasa a ellos por el pensamiento y que gaste en esto el tiempo de su oración. Otras veces, como el que quiere hacer caer un niño que corre por una sala, le da un gran grito diciendo, ¡ábate! que caerás, así pone temores de no poder perseverar en la virtud o de no salvarse, que podemos decir lo del Salmo: *Illic trepidaverunt timore, ubi non erat timor* (1): Temieron

1 Ps. XIII, 5.

donde no había que temer. Lo que hace al caso es abrazarse con Cristo y con su Madre, y teniendo a Dios a su mano derecha, decir: *Si exurgant adversum me praelia, non timebit cor meum,* etc. *Quoniam a dextris est mihi, ne commovear, etc.* (1). Estando Dios a mi mano derecha, aunque se levante contra mí todo el mundo, no lo tengo en nada. Confianza en Dios.

Desconfianza.

Mucho espíritu ha quitado a muchos la desconfianza y el parecerles que nunca acabarán de alcanzar un poco de espíritu, y como se les caen las manos y el corazón, no llegan a lo que alcanzarían si se dispusiesen. «Poderoso es Dios, de piedras hacer hijos de Abrahán» (2). «En silencio y esperanza está nuestra fortaleza» (3). Y como dice San Clemente, papa (4), en virtud de nuestro capitán peleamos contra los demonios como pelea el alférez contra sus enemigos; y pues a Dios, que es omnipotente, todo le es fácil, y todo lo puedo en aquel que me conforta, no pienso desmayar. Que aunque haya dado muchas azadonadas sudando y cansándome sin fruto, quizá a la primera que diere, encontraré con el tesorero del verdadero espíritu que pretendo. Perseverancia.

Remisión negligente.

Regnum coelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud (5). No se alcanza este reino de los cielos del verdadero espíritu sin hacerse el alma fuerza de día y de noche para ir adelante, ganando tierra, «velando y orando por no entrar en tentación» (6). Que así como dice el glorioso Jerónimo, el que navega agua arriba en un impetuosísimo raudal, si aflojare las manos de los remos, aunque sea poco, se hallará caído muy más abajo de donde comenzó, así el que va ganando espíritu, si se descuida y afloja un poco las manos del entendimiento y voluntad en los dos remos de la contemplación y caridad, fácilmente se hallará embalsado en la frialdad y ignorancia y falta de espíritu de que iba huyendo. Ejercicio continuo.

Solicitud impaciente.

Hay personas que, si a dos días que tienen oración no experimentan y sienten en sí quietud, luz, regalos, gustos y provecho espiritual, se perturban e inquietan y dan con la oración al traste, diciendo que no es para ellos este camino del espíritu, ni hay para qué gastar tiempo ni porfiar en él, pudiendo caminar por otro a la bienaventuranza. Dice el bienaventurado S. Pedro Crisólogo (7) a este

1 Ps. XXV, 3.
2 Luc., III, 8.
3 Isai., XXX, 15.
4 MG. 1, 1321.
5 Matth., XI, 12.
6 Marc., XIV, 38.
7 ML. 52, 403.

propósito, que quien quisiere salir con verdadero espíritu, persevere y tenga paciencia. Que así como el labrador en sembrando la tierra no va luego otro día a segar el trigo, ni en plantando el árbol coge luego el fruto, y jamás ve crecer el trigo ni el árbol, sino que esperando y perseverando a que las aguas, nieves, hielos, sol y viento hagan su oficio, al cabo de algún tiempo lo ve crecido y maduro; así quien comienza oración, persevere y espere, purifique cada día más su conciencia, sufra hielos, sequedades, tentaciones y reciba inspiraciones divinas, que aunque no se vea ni sienta crecer, se hallará con buen espíritu. El niño no se ve ir creciendo, sino al principio mama leche y empáñanle y tráenle en brazos, y después comienza a comer manjares blandos, hasta que viene a ser hombre y trabaja y obra; mas al cabo que llega a la vejez torna como niño a los manjares blandos, tiernos y dulces. Así el alma a los principios tiene necesidad de maestro que la vaya llevando poco a poco; dale Dios la leche de dulzuras espirituales para que persevere, y cuando va más adelante, cobra más fuerza, hasta venir a estado que come el pan duro, y sin regalos se ejercita en hacer y padecer cosas heróicas por Cristo. Mas cuando persevera mucho tiempo, se halla con verdadero espíritu y con la dulzura de la plenitud e hinchimiento que se da por corona a los que perseveraren hasta el fin.

Mutabilidad e inconstancia.

No en valde en todas nuestras oraciones acabamos con amén, que en hebreo quiere decir firme, constante, perseverante e inmutable, sino para que entendamos, que lo que más aprovecha en este camino del espíritu es la constancia y firmeza, y no ser como cañahejas movidas a todo viento (1): que piedra movediza nunca la cubre moho, y alma que cada día muda devociones y modos de proceder en el espíritu, maestros, confesores o padres espirituales, por maravilla llegará a la cumbre y perfección de que vamos hablando.

Constancia.

Extremo en particular virtud.

Así como el ser del mixto resulta de la mezcla de los cuatro elementos, fuego, aire, agua y tierra; la vida, de la composición de las cuatro primeras calidades con medida, calor, humedad, frialdad y sequedad; la salud, de la templanza de los cuatro humores, cólera, sangre, flema y melancolía; la música de la consonancia de las cuatro voces, alto, bajo, tenor y tiple, y el temple de la buena espada resulta de buen hierro, buen acero, agua y fuego; así el espíritu, que es como el ser del hombre espiritual, vida del alma, salud de la conciencia, armonía de los buenos deseos y temple de las virtudes, no nace de una sola virtud, de un solo deseo ni de un modo solo de proceder, sino de cuatro que podemos nombrar: aspereza y penitencia para la pureza, celo para el amor del prójimo, ejercicio

---

1 Luc., VII, 24.

de oración y soledad para el amor de Dios, letras para la luz. Y el que juntare estas cuatro cosas: aspereza, letras, celo y soledad, con tal proporción, mezcla, armonía y temple, que una no estorbe ni deshaga a otra, ese tal alcanzará verdadero espíritu. Y así como si en la espada excede el hierro, no corta, si es demasiado el acero, se quiebra al primer golpe, si se detiene algo más en el fuego o en el agua, se destempla; y en los humores, si la cólera es demasiada, o la melancolía, flema o sangre, enferma el cuerpo y es necesario purgar aquel exceso para alcanzar salud, así los que excesivamente se dan al celo, pareciéndoles que todo ha de ser almas, almas, predicar, predicar, etc., cerrando los ojos a la aspereza, recogimiento y estudio, o los que se dan todos a letras con detrimento del celo, recogimiento y aspereza, o exceden en el recogimiento, que no curan del celo de las almas, ni que haya cabeza para oración, van destemplados, desentonados, enfermos y sin espíritu verdadero, y nunca llegarán a la vida en Cristo ni al ser verdaderamente espirituales; hablo de los que tienen talento y oficio para todas estas cuatro cosas. De aquí es, que cuando el amor propio se junta con uno de estos excesos en un corazón porfiado, ignorante, arrogante y confiado de sí mismo, es tan dificultoso de rendir y de persuadir al buen espíritu, que en su opinión cualquiera que no fuere por el mismo camino que ellos van, les parece que va engañado y le calumnian y murmuran, de donde no se siguen pequeñas revueltas entre gente espiritual. Y como todas las virtudes están engarzadas entre sí y enlazadas con la caridad, el exceso en cualquier de ellas que deshace este lazo, es dañoso y pernicioso, si la prudencia, obediencia, consejo y luz de la oración no purgan aquella demasía y tornan a enlazarlas.

CAPITULO XXVIII

EN QUE SE PROSIGUE LA MISMA MATERIA Y SE PONEN LOS ULTIMOS DIEZ ESTORBOS DEL PERFECTO ESPIRITU.

Honra y reputación procurada.

Diciendo los santos que la honra es como la sombra de la virtud, algunos caminan sin honra, con afrentas, infamias, desprecios y abatimientos porque no desean otra cosa en este munto, y Dios les lleva por ese camino, no por falta de virtud, sino antes en señal de gran perfección, porque les da el sol sobre la cabeza y caminan al mediodía, como Cristo, que siendo quien era, le afrentaban y calumniaban los fariseos, y al mediodía le pusieron en cruz, como afrenta de todos los hombres y desechado del pueblo, que dice David (1). Otros caminan hacia el sol, y la sombra de la honra y la reputación les va siguiendo como S. Juan Bautista, que tenía tanta opinión y

1 Ps. XXI, 7.

credito entre aquella gente, que le venían a ver de cincuenta leguas como a hombre milagroso. Otros vuelven las espaldas al sol por ir tras la sombra, como los fariseos y gente mala, que dejan a Dios y su ley por buscar honras en el mundo. Otros, ya que caminan hacia el sol. vuelven de en cuando en cuando la cabeza a mirar su sombra, y se huelgan de la ver. De dos maneras de bienes y excelencias proviene la honra. La primera, de excelencias y bienes temporales, como de la nobleza, riqueza, hermosura y estado, etc. La segunda, de bienes y excelencias espirituales, como de letras, virtud, oración, milagros, etc. A quien Dios le diere la imitación de Cristo, que caminare sin honra en el mundo, y le escondiere las brasas de su espíritu debajo de la ceniza de baja y común opinión y por ese camino le llevare al cielo, déle muchas gracias por ello, porque va más seguro. A quien Dios diere honra en este mundo, si siempre fuere con espíritu siguiendo al sol de divina justicia y no haciendo caso de la honra, bueno va. El que volviere las espaldas a Dios apeteciendo su honra, y por no perder un punto de su reputación dejare de acudir a la mayor honra y gloria de Dios, y provecho de las almas, engañado va, no va por el camino del verdadero espíritu; y si va engañado el que apetece honras por medio de las excelencias temporales, mucho más va engañado el que vuelve a buscar reputación, fingiendo excelencias espirituales que no tiene. Y como estamos en la edad de la hipocresía, y corre el caballo pálido del *Apocalipsi* (1), mucho es de temer que haya esta manera de gentes. Los que deseen servir al Señor, siguen el sol y caminan bien si no vuelven la cabeza a la sombra, buen espíritu llevan, pues dice el Señor: *Nimis honorati sunt amici tui Deus,* etc. (2). Honrados, Señor, son tus amigos; mas el que volviere la cabeza y mirare atrás, estimando su honra y lastimándose y perturbándose si se la quitan, no caminará con tanta velocidad, y a gran peligro se pone de perder el reino interior del verdadero espíritu, según aquellas palabras del Señor: *Nemo mittens manum ad aratrum, et respiciens retro, aptus est regno Dei* (3). Ninguno que pone la mano al arado de la cruz, que es a quien Dios quiere llevar por afrentas y persecuciones, y mirare atrás hacia la sombra de su honra, es apto para el reino interior del verdadero espíritu. No digo que no se vuelva por la honra, cuando es honra de Dios no abandonarla, y peca quien la deja perder sin causa, sino que cuando no se puede restaurar sin ofensa de Dios y se glorifica este Señor afrentado de tener compañeros en el lugar de la cruz, el que quisiere alcanzar aventajado espíritu, no ha de hacer caso de sus afrentas.

Deseo de exterioridades santas.

De la doctrina arriba dicha se colige, cuánto daño hace al verdadero espíritu la hipocresía, que es un artificioso deseo para con exterioridades que parecen santas, ganar gloria, honra y reputación humana.

1 Apoc., VI, 8.
2 Ps. CXXXVIII, 17.
3 Luc., IX, 62.

A los que esto hacen, llamó el Señor sepulcros blanqueados, que por de fuera tienen buena apariencia y dentro están llenos de hedor de mala intención (1). Job los compara al junco, donde hay sola verdura sin fruto ni sustancia (2). San Gregorio, y tómalo de Isaías, los llama avestruces de mucha pluma y poco vuelo (3). San Juan Crisóstomo, representantes de comedias (4). San Gregorio Nacianceno, camaleones (5), y el glorioso S. Basilio los compara al pulpo, que cuando quiere pescar, se apega a la piedra, múdase de su color y desde allí pesca los ignorantes pececillos que cabe él pasan (6). Así hay algunos que profesan llegarse a la piedra: *Petra autem erat Christus* (7); pónense de su color, no con intento de imitarle sino de pescar con título y nombre de santidad, sustento, honra, estima, reputación y venganza con abatimiento y desprecio de sus hermanos.

Mal ejemplo.

Por el contrario de éstos van otros, que aunque en lo interior tengan sanidad de conciencia, virtud y recogimiento, descuídanse en lo exterior y métense en tratos con que dan ocasión a que de ellos se murmure, y se pierda el fruto que pudieran hacer en la Iglesia de Dios con su buen ejemplo. Que los verdaderamente espirituales acuérdanse, como dice Daniel (8), y declara Orígenes (9), que son estrellas que han de resplandecer en este cielo de la Iglesia y dar la luz a otros con su buena vida. Gran daño hace, dice Eusebio Emiseno, un hombre público que profesa estado espiritual, cuando se descuida en cosas, que aunque no sean malas en él porque va con buena intención, en los que las ven con ojos de malicia y toman ocasión o de hacer mal o de murmurar, son muy pernicosas. ¿Qué espíritu puede tener, dice Santo Tomás (10), el que sabe que hace caer y pecar a otros, y no se abstiene en cosas que aunque sean pequeñas, pudiéndolas fácilmente evitar, no las evita? Lícito era el comer carne a los cristianos a quien escribía S. Pablo; pero por no haber otras carnicerías en aquella ciudad sino de los gentiles y matarse los carneros con ceremonias de idólatras, se escandalizaban los pequeñuelos recién convertidos, dice el Apóstol: «Si mi hermano se escandaliza porque como carne, eternamente no la comeré» (11).

Bandos y disensiones.

Si el espíritu verdadero es causa de la unión y caridad de Dios y del prójimo, donde hay bandos, disensiones, enemistades, rencores, calumnias, persecuciones de unos con otros, malicias, murmuraciones y

1 Matth., XXIII, 27.
2 Job., VIII, 11-13.
3 ML. 75, 786.
4 S. J. Chrisost., Ser. de Jesu.
5 MG. 35, 586.
6 MG. 29, 154.
7 I ad Cor., X, 4.
8 Daniel, XII, 3.
9 Orig., lib. 1, in Job.
10 S. Thom., 2, 2, q. 43, art. 1.
11 I ad Cor., VIII, 13.

semejantes hielos y granizo, ¿qué espíritu puede haber? Témome mucho de una cosa que dice Plinio (1): Que así como el cristal se quiebra y son dificultosísimos de pegar sus pedazos, así cuando entre gente espiritual entran disensiones y bandos, son más dificultosos de sanar y reconciliar los ánimos que entre soldados desgarrados; y que mientras se persevera en este modo de proceder, por más asperezas y apariencias que hayan de santidad, hay poco espíritu que sea verdadero.

Sequedad con los hermanos.

En otras personas, ya que no haya rencores ni bandos, se halla una sequedad y desapegamiento para con sus hermanos, una manera de proceder seca, una habla desabrida, poca compasión en sus enfermedades, ninguna ternura en sus aflicciones ni paciencia en sufrir sus importunidades, que en pena de esta sequedad, les da Dios sequedad de espíritu; porque anda al paso con los hombres que ellos andan con él y con sus hermanos, según aquello del Salmo: *Cum sancto sanctus eris, etc.* (2). Si de razón del amor es el gusto, dice San Agustín (3), y los que se aman con mal amor se tratan con con afabilidad sensual; los que se aman con amor espiritual, ¿por qué se han de tratar con disgusto y acedia? No digo que sea el trato pegajoso, ocasionado y que huela a blandura del mundo y de cualquier manera inclinado a sensualidad; sino que donde hubiere cualquiera de estas ocasiones, el trato sea frío y desabrido, como es la nieve; y donde no la hay, sea blando, suave y amoroso, como la leche y la lana, que no en balde los siervos de Dios se llaman más blancos que la nieve, más resplandecientes que la leche, y más colorados que el marfil de mucho tiempo (4); porque la nieve es blanca pero fría y desabrida, y así ha de ser el varón espiritual, cuando trata con quien puede haber ocasión; la leche es blanca, pero dulce y sabrosa, que donde no hay ocasión de sensualidad y dulzura de palabras, hase de imitar a Cristo que tenía gracia derramada en sus labios (5), y a la Virgen María, debajo de cuya lengua había leche y miel (6), y los cabellos del viejo de días, que es el Dios eterno, son blancos como la nieve y blancos como la lana (7) porque la lana abriga y da calor, donde este calor no puede ser dañoso.

Especulación demasiada.

Clemente Alejandrino (8) compara al verdadero espíritu a Sara, y a la especulación del entendimiento a la esclava Agar, y Abraham llama al libre albedrío; y dice, que mientras Sara no parió a Isaac,

---

1 Plin., lib. 17, cap. 31.
2 Ps. XVII, 26.
3 ML. 40, 314.
4 Thren., IV, 7.
5 Ps. XLIV, 3.
6 Cant., IV, 11.
7 Apoc., I, 14.
8 MG, 8, 723.

permite que su marido entre con Agar la esclava (1). Porque bueno es especular, entender, meditar y discurrir con el entendimiento para que se mueva la voluntad al espíritu verdadero; mas ya que está movida y tiene su hijo Isaac del espiritual gusto, eche a palos de casa la esclava de la especulación, que no ha de ser su hijo heredero del estudio. Y así como el ama, cuando cría el niño, le masca el manjar y se lo mete en la boca, pero si el ama se lo tragase, el niño moriría de hambre; así el entendimiento medita y masca el concepto para que la voluntad ame; mas no se ha de convertir toda la oración en estudio, que se morirá y acabará el espíritu. Quien no es letrado ni sirve a Dios en el ministerio de letras, huya de la especulación como de un gran enemigo, y procure detenerse en un concepto sencillo, como, Dios bueno, etc. El letrado no se ponga en la oración para especular conceptos delicados, que eso es estudiar y no orar; pero si puesto en la oración le viniere luz para escribir libros, predicar sermones en bien de la Iglesia, o desengaño en negocios graves, o para bien de otras almas, no se detenga en aquella luz, sino arroje como pudiere algo de ella en el regazo de la memoria y ejercítese con la voluntad en el acto del amor de Dios, y después que saliere de la oración, pida a la memoria aquel envoltorio que le arrojó cuando estaba orando, desenvuélvale, estúdiele y trátelo con los libros, y hallará que de una ojeada de éstas puede escribir un libro entero.

Aferramiento y dureza en su propio parecer.

Así como el caballo duro de boca que no obedece al freno, fácilmente despeña al que va encima, así el libre albedrío, aferrado con su propio parecer, muy a peligro va de ilusiones y de perder el buen espíritu. Dice el glorioso San Bernardo (2), que hasta que San Pablo cayó del caballo abajo, no dijo: *Domine, quid me vis facere?* (3). Cuando se rindió, entonces se convirtió y se le cayeron de los ojos las escamas. Mientras no hubiere blandura interior a las divinas inspiraciones, a los mandatos de los superiores, consejos de los amigos y doctrina de los que más saben, tenga por sospechoso su espíritu; ciego va y engañado. El siervo de Dios y de buen espíritu dejase llevar, como decía David: *Ut jumentum factus sum apud te* (4), movido con la rienda de la razón.

Tentaciones de demonios.

Como refiere D. Serafino Raci (5) y se lee en las vidas de los Padres del yermo, vió uno en uno de aquellos pequeños monasterios tanta multitud de demonios en cada parte del convento, como suele haber moscas en tiempo de vendimia, y que sobre el muro de la

---

1 Gen., XVI, 1-6.
2 ML, 183, 363.
3 Act., IX, 6.
4 Ps. LXXII, 23.
5 D. Serafino Razi, en su *Jardín de ejemplos.*

puerta de una grande ciudad de Asia estaba uno solo, mano sobre mano y ocioso; y diéronle a entender, que a los que profesan espíritu verdadero acuden infinidad de demonios, transfigurados en ángeles de luz, para los pervertir con ilusiones, y no se les da nada de tentar a la gente perdida y que no sigue oración ni espíritu. Que así como el demonio suele causar en el aire tempestades, granizo, oscuridades, relámpagos y truenos, permitiéndoselo el Señor, para hacer daño en los hombres, así, dice Tertuliano (1), causa en lo interior de la conciencia, tinieblas de ignorancia, relámpagos, truenos y apariencias de ilusiones para destruir el buen espíritu, porque no hay quien más daño le haga que personas verdaderamente espirituales.

Contradicciones de hombres sin espíritu.

Aunque las persecuciones e ilusiones de los demonios han hecho mucho daño en el camino espiritual, mayor estorbo e impedimento han sido las contradicciones y estorbos de hombres que murmuran, juzgan ma., persiguen y hacen burla. Declarando el glorioso San Juan Crisóstomo (2) aquellas palabras del Evangelio: *Nolite sanctum dare canibus, nec projiciatis margaritas ante porcos, ne forte conculcent eas* (3), llama santo y perla al buen espíritu, perros a los murmuradores y perseguidores, y puercos a los mundanos y carnales. Los murmuradores, si son letrados y sin espíritu, en cada cosa que los espirituales ponen mano, hallan que arguir: y si no son letrados, como no entienden cuán bien gastado es el tiempo de la oración, abominan de ella. Los murmuradores no hay cosa que más aborrezcan y y paréceles cosa supérflua y sin provecho seguir el espíritu. Dice San Agustín (4) a este propósito, que así como los sordos cuando ven hablar, como no oyen las palabras, les parece que el menear de los labios es sin provecho, o juzgan que dicen mal de ellos, y casi siempre son maliciosos, así confesores ignorantes que no saben de espíritu, guiando almas espirituales, y otros demasiadamente tímidos y escrupulosos que detienen la perfección, otros demasiado crédulos y que se admiran de cualquier cosa extraordinaria de espíritu y las encarecen y loan, dejando de acudir a lo esencial del aprovechamiento han hecho daño.

Cualquier cosa contraria al buen espíritu.

Hemos dicho que el buen espíritu nace de la pureza, luz y amor, como de tres primeros manantiales, y mana de la limpieza, observancia, virtudes, buenos deseos, grandezas de ánimo, bienaventuranzas y sus premios, dones del Espíritu Santo, frutos del espíritu, señales de la caridad, afectos del amor de Dios, gracias *gratis datas* y fines del espíritu. Pusimos siete estados de gentes espirituales.

---

1 ML. 1, 465-469.
2 S. Chrisost., Hom. XVII, de operis imperf.
3 Matth., VI, 6.
4 ML. 42, 404.

Pues cualquiera cosa que sea impureza del alma, tiniebla de conciencia, falta de amor de Dios, culpa, quebrantamiento de ley, vicios, mal deseo, bajeza de corazón, daño de espíritu, cualquier cosa contraria a los dones del Espíritu Santo, frutos, señales y afectos de la caridad, repugnancia a las gracias *gratis datas* y a los fines del verdadero espíritu, es estorbo e impedimento. Líbrenos el Señor de ello y dénos buen espíritu.

SEGUNDA PARTE

DEL DILUCIDARIO DEL VERDADERO ESPÍRITU

En que se trata de las misericordias que Dios usa con algunas almas, que son raros y particulares modos de proceder en la oración. Declaránse siete, conviene a saber: unión del alma con Dios, éxtasis y raptos, visiones y revelaciones, gustos y regalos espirituales, ímpetus del corazón, conversación celestial, señales exteriores y milagrosas del cuerpo. Y trátase también de las ilusiones y sus daños.

PROLOGO DE LA SEGUNDA PARTE

EN QUE SE RECOPILA LA DOCTRINA DE LA PRIMERA PARTE Y PROPONE LA DE LA SEGUNDA.

Nuestro oficio y obligación, dice el glorioso San Basilio (1), es el que tienen las guías que muestran el camino y las entradas, salidas y calles de la ciudad a quien no las sabe, o lo que hacen los labradores, como dice San Gregorio Nacianceno, que en la buena tierra y que da buen fruto, cavan, trabajan y sudan para cultivarla por que le dé mejor. Buena tierra es y buen fruto dan los libros espirituales y entre otros los que son tan devotos, tan aprobados y provechosos como los de la madre Teresa de Jesús, según hemos declarado en la primera parte: pero mayor le darán, cuando los que los leyeren se aseguraren de la doctrina y vieren ser la misma que la que escriben los sagrados doctores y se colige de las divinas letras.

Para este fin he tratado de las fuentes del espíritu, comparando el espíritu al agua, que mana de tres ojos o manantiales, que son: pureza, luz y amor; y que viene a doce estanques que llamé limpieza de conciencia, observancia de leyes, virtudes, deseos y peticiones, grandezas del espíritu, señales del amor de Dios, afectos de la caridad, bienaventuranzas, premios de ellas, dones del Espíritu Santo, frutos del espíritu, gracias *gratis datas*. Y de cada una de estas dije que corrían las fuentes del espíritu, conviene a saber. De la limpieza de conciencia siete, que son: penitencia, mortificación, examen de con-

1 MG. 29, 118. 2 Homil. LIV, in Gen.

ciencia, frecuencia de Sacramentos, recato, imitación de Cristo y memoria de los paraderos, con que se limpia la conciencia, conserva su limpieza. De la observancia de las leyes otras siete, conviene a saber: observancia de la ley natural, de los diez mandamientos de la ley de Dios, de los de la Iglesia, de las leyes civiles en el estado secular, y de las eclesiásticas y religiosas, obediencia a los mandamientos y preceptos de los prelados y superiores y cumplimiento de las inspiraciones divinas. De las virtudes salen otras siete fuentes, llamadas fe, esperanza, caridad, prudencia, justicia, fortaleza, templanza. En el *Paternoster* se contienen siete buenos deseos. El primero, que Dios sea glorificado. El segundo, la salvación de las almas. El tercero, que nos dé el Señor su gracia y hagamos su voluntad. El cuarto, que nos dé los medios espirituales y temporales para alcanzarla, que se llaman pan. El quinto, que nos perdone nuestros pecados. El sexto, que nos dé victoria contra las tentaciones, y el séptimo, que nos libre de todo mal.

Las grandezas del alma son otras siete, que se coligen de la *Magnificat* de Nuestra Señora y se llaman estima y engrandecimiento de Dios, alegría y gozo interior, humildad profunda, agradecimiento de los beneficios divinos, temor de ofenderle, deseo y hambre de servirle, presencia de Dios unitiva. Las señales para conjeturar si un alma tiene caridad son doce: paciencia, benignidad, no se ensoberbecer por nada, no ser ambiciosos, no despreciar a nadie, no buscar su interés, no tener malos pensamientos, no hacer las cosas sin verdadera intención; esperar, sufrir y creer todo lo que quiere Dios. Los afectos de la caridad son otros doce: júbilo, alegría espiritual, embriaguez del alma, fervor, devoción y celo, fuego, desmayo y muerte de amor, éxtasis y rapto, entrañamiento en Dios y unión. Las bienaventuranzas son: pobreza de espíritu, mansedumbre, lágrimas, justicia, misericordia, pureza, paz, paciencia. Los premios que Dios da en esta vida a los buenos son siete: reino interior, sujeción de apetitos, consuelos del alma, hartura de espíritu, visiones divinas, misericordia y regalos de hijos de Dios. Los dones del Espíritu Santo son otros siete: sabiduría, entendimiento, ciencia y consejo, piedad, fortaleza y temor. Los frutos del verdadero espíritu son doce: caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, perseverancia, bondad, benignidad, mansedumbre, fe, continencia, modestia, castidad. Las gracias *gratis datas* son nueve: gracia de sabiduría, de ciencia, de fe, hacer milagros, sanar enfermos, hacer maravillas y grandezas, hablar en muchas lenguas y entenderlas, discernir espíritus y la profecía.

Si de cada una de estas cien fuentes hubiéramos de declarar las partes, miembros y especies que tienen, que son como diversos caños por donde corre el agua; los medios por donde se alcanza, los bienes que producen en el alma, sus contrarios y los engaños que en ellas puede haber, fuera necesario de cada una escribir un gran libro. Pero mi intento, como he dicho, no es tratarlas de raíz, sino solamente apuntarlas y decir lo que pasa en el espíritu y buscar los propios nombres con que se nombran en las divinas letras y sagrados doctores, para que quien las leyere en los libros espirituales, las entienda y se asegure. Sola una cosa diré, que importa mucho para esta doctrina, y es:

que así como hay tres vidas, que llaman activa, contemplativa y unitiva, y tres vías o caminos, que se dicen, purgativa, iluminativa y perfectiva, como se colige de San Dionisio, en que están tres estados de almas, conviene a saber, de los principiantes, aprovechantes y perfectos, así cada una de estas cien fuentes se divide en estas tres partes. Pongamos por caso la penitencia: una es la de los principiantes, cuando se mueven con poca luz y temor servil a llorar sus pecados. Otra, la de los aprovechantes, cuando tienen más luz y mayor dolor. Y otra, la de los perfectos, cuando ya lloran su pecado sólo por ser ofensa de Dios, conociendo ser Dios quien es; que por lo demás, aunque los enviase a las penas del infierno, como fuese en su gracia, estarían contentos, y así todas las demás fuentes y excelencias que hemos dicho se dividen en tres. De manera, que de ciento se vienen a multiplicar en trescientas con que quedan claras todas las cosas que se hallan en un buen espíritu.

He tratado también de los siete fines del espíritu que se llaman: pureza levantada, luz inaccesible, amor seráfico, unión consumada, centro del alma y vida en Cristo; de los siete estados de personas espirituales comparados a siete moradas de un castillo, siete estados de gentes que viven en pecado mortal, que son como siete moradas fuera del castillo, y finalmente de los estorbos, impedimentos y faltas que tienen los que siguen espíritu por donde no llegan a la verdadera perfección, comparados a las sabandijas, así las que son tan ponzoñosas que quitan la gracia, como las que no lo son, pero estorban la perfección.

Digamos ahora en esta segunda parte del espíritu más particular y extraordinario, y de las partes que en él se hallan que tienen más dificultad, y es necesario declarar con más particularidad y en que han tropezado algunos leyendo los libros de la madre Teresa de Jesús y otros libros espirituales, que son éstas, conviene a saber. La unión del alma con Dios, la éxtasis y rapto, las visiones y revelaciones, gustos y regalos del espíritu, ímpetus del corazón, señales exteriores del cuerpo: concluyendo en esta segunda parte con declarar las ilusiones y los daños que de ellas se siguen a honra y gloria de Nuestro Señor y de la sacratísima Virgen María y provecho de las almas.

CAPITULO PRIMERO

EN QUE SE DECLARA SER BIEN TRATAR DE ESTAS DIVINAS MISERICORDIAS. DECLARASE SER SIETE, CONFORME A LAS SIETE PARTES DE LA GLORIA ETERNA. COMIENZASE A TRATAR DE LA UNION, DECLARASE ESTE NOMBRE Y QUE SEA UNION Y LAS CUATRO SIGNIFICACIONES QUE TIENE.

Misericordias Domini in aeternum cantabo, dice David (1): Cantaré y contaré mientras viviere las misericordias y grandezas que el misericordiosísimo Señor usa con las almas sus regaladas, que puras

1 Ps. LXXXVIII, 1.

se le comunican con verdadero espíritu y perseverante oración. Dice el glorioso San Ignacio (1), discípulo del discípulo amado San Juan Evangelista, que siendo Dios, como es, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, y no teniendo número, fin ni tasa sus misericordias, ¿quién duda sino que abre su mano con algunas almas sus queridas, y las llena de bendiciones, dádivas y grandezas interiores, tan altas y excelentes, que la lengua humana no las acierta a contar? El glorioso San Marcial (2), discípulo de San Pedro, que dicen fué aquel niño sobre cuya cabeza Cristo puso su mano y dijo: Si no os volviéredes como este niño no entraréis en el reino de los cielos, dice hablando del amor que Dios nos tiene y de las misericordias que con nosotros usa: Si es tan inefable su amor, que para hacer su obra, como dice Isaías (3), que es hacernos bien, enriquecernos de misericordia y perdonarnos, hace obra tan peregrina de Dios, como es morir y padecer, cargando sobre sus espaldas nuestros pecados, dolores y miserias, ¿qué mucho que embriagado con este amor, use con las almas de misericordias peregrinas y raras, concediendo a los que se vuelven como niños en la pureza y sinceridad, un resplandor de lo que pasa en el reino de los cielos, una reverberación de la gloria y un vivo retrato de la bienaventuranza, que son estas grandezas y misericordias de que ahora tengo de tratar?

San Antón, el de Siria (4), no menos regalado de Dios que tentado de los demonios, en una de sus epístolas dice que si Dios por amor de las almas dió un salto tan grande, como es del cielo a la tierra, ¿qué mucho que las enriquezca con grandezas espirituales, levantándolas de la tierra al cielo después de esta vida, y en ella a una celestial vida, dotada de soberanos dones y raras misericordias? Pues no hay, dice Paciano, oficial que no se deleite en perfeccionar, enriquecer y adornar las obras de sus manos, y la más principal es el hombre criado de Dios a imagen y semejanza suya.

Y aunque San Bernardo dice, mi secreto para mí, y San Dionisio Areopagita (5) aconseja a su compañero Timoteo, que calle las grandezas del espíritu que Dios le comunicare, y que no las manifieste a gente que traen debajo de los pies las margaritas y piedras preciosas (6), y como perros murmuradores hacen burla de ellas, y los egipcios por esta causa hablaban en hieroglíficas con que escondían las cosas divinas al vulgo; no han hecho mal los siervos y siervas de Dios en cantar y escribir las divinas misericordias que han recibido para gloria de Dios, provecho, luz y consuelo de las almas que van por ese camino. Porque, como dijo el Arcángel Rafael a Tobías: *Sacramentum Regis abscondere bonum est, opera autem Dei revelare, et confiteri honorificum est* (7). Bueno es algunas veces esconder los secretos de Dios, pero cantar sus misericordias, confesar sus mercedes

---

1 S. Ignat. in epist. ad Tarsen. et in epist. ad Roman. et Philipen.
2 S. Marc., in epist. ad Burdegalen.
3 Isai., LIII, 5.
4 S. Anton., in epist. ad Arsenoitas.
5 MG. 3, 999.
6 Matth., VII, 6.
7 Tob., XII, 7.

y revelar sus grandezas es honra y gloria de su Majestad, así como San Jerónimo y muchos Santos, Santa Brígida, Santa Catalina de Sena, Sta. Hildegardis, la madre Teresa y otras siervas de Dios han escrito de sus éxtasis, raptos y revelaciones; y pues ellos han hecho bien en decirlas y escribirlas, no haré yo mal en dilucidar y declarar estas materias para que quien las leyere en los libros espirituales, las entienda, y quien alguna de ellas recibiere en su espíritu, se entienda y se sepa asegurar y aprovechar de lo bueno, y recelarse y guardarse de lo malo y peligroso que en ellas puede haber; y para animar a los que siguen espíritu, a que se dispongan para recibirlas, confundir y contradecir a los indevotos y murmuradores que las desprecian y calumnian.

Siete partes de la gloria.

Las partes de la bienaventuranza de la gloria se pueden reducir a siete, que se llaman: la primera, unión beatífica, que es la que otros llaman comprensión y juntarse el alma del bienaventurado con la esencia divina, consumando el matrimonio espiritual que comenzó por la fe y se celebró en la gracia. La segunda, la elevación del alma con la lumbre que llaman de gloria para poder ver a Dios. La tercera la visión de la divina esencia en que dicen algunos de los teólogos que consiste la esencia de la bienaventuranza. La cuarta, la fruición y gozo, contento, regalo y gloria eterna que nace del amor de Dios, visto cara a cara. La quinta, la compañía y conversación con los bienaventurados en el cielo empíreo. La sexta, las coronas que llaman laureolas, que se dan por premio accidental, la colorada, como de rubíes, a los mártires, la blanca, como de diamantes, a las vírgenes, y la verde, como de esmeraldas, a los confesores, que son gozos particulares que reciben. La séptima y última, los dotes que Dios da al cuerpo glorificado en pago de lo que padeció sirviendo al alma y padeciendo trabajos en este mundo. Porque tendrá claridad siete veces mayor que el sol, ligereza más que el viento, sutileza como el pensamiento, impasibilidad con que no sienta trabajo ni dolor.

De la misma manera acá en el suelo en la alteza y gloria del espíritu, que es como un cielo espiritual, reino interior y bienaventuranza de las que puede haber en esta vida, usa el Señor de siete misericordias y grandezas, raros y extraordinarios sucesos en la oración, que se pueden llamar. El primero unión del alma con Dios que corresponde a la unión beatífica. El segundo éxtasis y raptos con que el alma es levantada semejante a la elevación de la lumbre de gloria. El tercero visiones y revelaciones, como la visión de la esencia divina. El cuarto, gustos y regalos interiores, que es una divina fruición y gozo. El quinto, conversación celestial, a la manera que tienen los Santos compañía con los demás bienaventurados. La sexta, ímpetus de padecer y de pureza y celo de almas, semejantes a las coronas y laureolas. La séptima y última, señales divinas en el cuerpo, como las llagas de San Francisco, así como tienen los bienaventurados los divinos dotes de su cuerpo. De estas trataré en esta segunda parte de este libro, comenzando ahora por la primera que es la unión del alma con Cristo.

Qué signifique este nombre unión.

Para llevar más claridad en materia tan grave, comencemos por la declaración de este nombre unión, que significa lo mismo que

junta, o de dos cosas hacerse una, como cuando un buey se junta con otro y entra en el mismo yugo para tirar de un arado, se dice estar los bueyes unidos. Quando el alma se junta con el cuerpo, que de ella y del cuerpo se hace un hombre y resulta una vida porque el alma da vida al cuerpo y el cuerpo recibe vida del alma, entonces se dice el alma estar unida con el cuerpo. De la misma manera, cuando el alma se junta con Cristo y entra en el mismo yugo de la voluntad para la guarda de la ley y llevar entre los dos el arado de la cruz, se dice estar unida con Cristo. Y así como el alma unida con el cuerpo da vida y ser al cuerpo, así Dios unido con el alma da vida y ser al alma.

Cuatro maneras de unión.

De cuatro maneras se junta Dios con el alma. La primera con unión natural, porque está Dios en el alma y dentro del alma por esencia, presencia y potencia, como está en todas las cosas del mundo dándoles ser, y si de ellas se apartase, se aniquilarían, que por esta causa llamaron los filósofos a Dios, alma del mundo, no porque Dios reciba ser de la criatura ni se sustente en ella, como el alma se sustenta en el cuerpo, sino de la manera que la esponja está dentro del mar, que la mar la sustenta y penetra, y en cualquier parte de la esponja hay agua del mar. De esta unión resulta en el alma el ser y vida natural, y está Dios unido con todas las almas, así las de los justos como las de los pecadores y de los que están en el infierno. Lo segundo está Dios unido en las almas por gracia, porque demás de darles el ser y vida natural, se juntan con ellas por amor, y las está amando y dando vida de gracia, y de esta suerte no está Dios unido con las almas de los pecadores y condenados, y se dice: *Longe a peccatoribus salus* (1): lejos está Dios de los pecadores, porque los pecados hacen esta división y apartamiento según aquello de Isaías: *Iniquitates nostrae diviserunt inter nos et Deum* (2). Nuestros pecados han hecho división entre nosotros y Dios, y la vida que de aquí resulta se llama vida de gracia. Lo tercero, se junta el alma con Dios en la gloria con la unión que se llama beatífica, de la cual unión resulta la vida eterna. De estas tres maneras de unión no trato al presente, que son materias diferentes que pertenecen a la creación y conservación, a la de gracia y de gloria.

La cuarta manera de unión, de que ahora trato, es la unión del espíritu de donde nace la vida espiritual. Y porque espíritu, como hemos dicho, significa los pensamientos y deseos del alma, unirse Dios con vida espiritual con el alma, no es otra cosa sino asistir con el alma para gobernar sus pensamientos y deseos, y entrar el alma en el mismo yugo con Cristo, y aprender de él a vivir y principalmente mansedumbre y humildad. Porque aunque a los mundanos les parezca grave y carga pesada imitar a Cristo y ser mansos y humildes, no lo es, sino muy suave y liviana, según aquellas palabras: *Tollite jugum meum super vos, et discite a me, quia mitis sum et humilis corde. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve* (3).

---

1 Ps. CXVIII, 155.
2 Isai., LIX, 2.
3 Matth., XI, 29.

Unión espiritual en dos maneras.

Este modo de unión espiritual es en dos maneras. La primera adquirida, procurada y ejercitada en el alma con meditación y deseos. La segunda impresa, dada y sobrenatural. Así como en un espejo se puede pintar el sol de dos maneras: la una con pincel y colores, gobernando la mano de cuyo es el espejo y guiando el pincel para pintar un sol semejante al sol vivo que quiere imitar y retratar; la segunda, teniendo en la mano el espejo limpio, liso, claro, quedo y con su respaldo de acero, que poniéndole a los rayos del sol, el mismo sol se imprime y se entraña y pinta en el espejo, sin que la mano le pinte con pincel y colores, de la misma manera hay dos maneras de unión espiritual: la una, procurada, obrada y adquirida con la meditación y ejercicio de la mano de la razón, que propiamente se llama imitación de Cristo, como cuando una persona va considerando las obras del Señor y procurando hacer otras semejantes. La segunda unión se llama dada, sobrenatural e impresa en la oración, cuando el alma tiene el espejo de su conciencia puro y sin pecados, con el respaldo y aceros de la humildad, porque en él hagan reflexión los rayos de las divinas inspiraciones, y puesta en la presencia de Dios con contemplación quieta, recibe dentro de sí la imagen viva de Cristo, sol de divina justicia, y va tanta diferencia de esta unión a la primera, como va del sol impreso al sol pintado; que así como en el sol se imprime en un instante, y está entrañado y intrinsecado dentro del espejo, y da de sí resplandor y parece muy al vivo al sol del cielo, así las almas que reciben esta unión, en poco tiempo se unen con Cristo, y su semejanza es muy más verdadera y ejemplar que la de los otros que van por artificio y discurso.

Acaece una labrandera maestra enseñar a labrar a una niña, y unas veces le pone un dechado delante y la niña con su manecilla y aguja va imitando de aquel dechado, y si la niña es ruda e ignorante, hace hartos yerros en la labor; mas otras veces toma la maestra la mano de la niña, teniendo los dos deditos de la niña, y va dando los puntos en el lienzo. Esta labor es más perfecta y verdadera, porque, aunque la niña labra, la maestra la lleva la mano. Un ballestero maestro enseña a tirar el arco al discípulo, el ballestero y la mano y el arco del maestro diverso es que la mano y arco del discípulo; tiran a un mismo blanco, pero el discípulo no acierta bien a dar en el hito y a poner la puntería; mas si acaeciese que el maestro pone la mano sobre la mano y arco del discípulo y de esta manera fléchase la saeta, aquel tiro es bien certero, porque aunque sale del arco y mano del discípulo, es gobernado por la mano del maestro. De la misma manera, cuando el alma hace su labor imitando a Cristo con su consideración e industria, bien labra, porque trabaja y hace lo que puede, pero no es tan buena labor como cuando Dios, *supponit manum suam* (1), que en su mano *sunt omnes fines terrae* (2), que entonces la labor es más perfecta, como la vida de San Juan Bautista de quien se dice: *Etenim manus Domini erat cum illo* (3): La mano del

1 Ps. XXXVI, 24.
2 Ps. XCIV. 4.
3 Luc. I, 66.

Señor le gobernaba su espíritu. Cuando la mano de Eliseo tomó la mano del rey Joás con el arco y tiró las tres saetas por la ventana del oriente, entonces se dice: *Sagitta salutis in Syriam* (1): Saeta de salud contra Siria.

He puesto estas dos maneras de unión en el espíritu para declarar que mi intento en esta materia es guiar las almas por el camino más derecho y más seguro que yo pudiere, a que con su discurso y meditación ejerciten el amar a Cristo y el unirse con él, como el pintor que enseña a pintar el sol en el espejo y el dibujo y colores que ha de poner; y también declarar la unión sobrenatural, dada e impresa, para que las almas cuando la reciben, se aseguren en ella y se entiendan y no anden afligidas buscando luz. Porque hay algunos autores que de tal manera escriben reglas y discursos, y quieren llevar todo el negocio de la oración tan por artificio suyo, como si no fuese el mejor artificio no confiar en el nuestro, sino arrojarnos de veras en las manos de Dios y dejarle hacer; y por el contrario hay otros que escriben lo que en ellos pasa recibido de Dios sin enseñar a las almas a que se dispongan. Mi intento es enseñar a disponerse y por otra parte declarar lo sobrenatural. Mas porque esta materia de la unión es muy dificultosa, para tratarla con más claridad y provecho de las almas me pareció escoger, entre otros muchos ejemplos, el ejemplo del matrimonio, por ser más claro y sabido, y usarle mucho los sagrados doctores, y colegirse de muchos lugares de la Sagrada Escritura, en los cuales Cristo se llama esposo y al alma llama su esposa, como se ve por Oseas (2), donde dice que se desposará con el alma, y por David (3) que sale como desposado de su tálamo, por Isaías, que se gozará el Esposo con la esposa (4). San Mateo (5) llama a las vírgenes, desposadas, que salen con las lámparas; y finalmente, todo el trato que tiene con el alma en la contemplación y caridad se escribe en los *Cantares* con el ejemplo del esposo y la esposa.

Tres cosas en el matrimonio.

En la unión otras tres.

Porque así como en el matrimonio hay tres cosas que considerar, la primera, todo el estado del matrimonio; la segunda, la esencia del matrimonio, que es la junta de las dos voluntades expresadas con el consentimiento; la tercera, el fin del matrimonio, que es el tener hijos, así también en la oración unitiva se puede considerar: lo primero, todo lo que pasa entre el alma y Dios en la verdadera contemplación y amor, y todo esto se puede llamar oración de unión; lo segundo, la entrega de la voluntad del hombre a la voluntad de Dios con verdadero rendimiento y determinación de servirle y guardar sus mandamientos, y esta es la esencia, la sustancia y lo que hace al caso de la unión, para la cual no es de importancia el rapto, que sin él puede haber perfectísima unión; lo tercero, un inefable gusto y afecto interior del alma unida, que goza de la presencia divina como en esta vida se puede gozar, el cual muchas veces viene después del rapto y otras sin él. Y después de este gozo, las potencias, entendimiento y voluntad quedan como llenas y enriquecidas de deseos y propó-

1 IV Reg., XIII, 17.
2 Ose., II, 19.
3 Ps. XVIII, 6.
4 Isai., LXII, 5.
5 Matth., XXV, 1.

sitos grandes, y con ellos hacen obras heróicas y alcanzan excelentisimas virtudes. Con esta distinción se entiende lo que dicen los libros espirituales, y especialmente los de la madre Teresa, que unas veces llaman oración de unión todo el trato de contemplación verdadera, otras al rendimiento de la voluntad a la divina, otras llama unión al íntimo afecto que suele venir con el rapto.

Pruébase que hay unión.

Y cuanto a lo primero, que entre el alma y Dios haya unión y que se llame propiamente con este vocablo, no hay duda en quien leyere el capítulo diecisiete de San Juan, donde entre otras cosas dice el Señor hablando con su Padre Eterno: *Rogo te, Pater, ut sint unum in nobis, sicut ego et tu unum sumus* (1). Ruégote, Padre, que sean una cosa conmigo, como tú y yo somos uno. Y el Apóstol: *Soliciti servare unitatem spiritus* (2): Sed solícitos de guardar la unión del espíritu. Y unirse el alma con Dios, hablando con rigor y propiedad, no es otra cosa sino lo que dice la Escritura: *Dilige Deum ex toto corde tuo, ex tota anima, et ex tota mente* (3). Llámanse las potencias sensitivas exteriores *cor*, y las interiores *anima*, y la razón, que es el entendimiento y voluntad, se suele llamar *mens*: pues cuando todas estas potencias están entregadas en servicio de Dios, ahora estén obrando, como en la oración despierta, ora estén suspensas, como en la del rapto, se dice que están unidas con Dios.

Cor, animae, mens.

Zoroastes en su magia.

Lo que más me espanta en esta materia de unión es, que aun los filósofos antiguos conocieron este fin del amor y le llaman unión. Zoroastes mago, rey de Persia, que dió principio a toda la filosofía antigua (no fué este Zoroastes el rey de los Evactranos, primer inventor del arte mágica vedada que trata con los demonios, sino otro más antiguo y santo en ley natural), comienza los cuarenta versos de su magia por estas palabras: *Quaere tui animi originem, et quo pacto cum illo uniaris, ex quo creatus es*; como quien dice: Busca el origen de tu alma, y pues antes que Dios te criase eras una misma cosa con él, procura de unirte y juntarte con él, de tal manera que tornes a gozar de quien fuiste criado. Platón loando la virtud de la piedad dice: *Melius esse humano generi virtute, quae pietas dicitur, nemo nobis persuaserit: eo quod adducit ad intuitum unitatis, et boni.* Ninguna cosa, dice, es mejor que la virtud de la piedad, porque nos lleva al conocimiento de la unión y de la bondad. Pitágoras y Arquitas Tarentino, como refiere Jamblico, tratando de los misterios pitagóricos, dice estas palabras: *Hortatur nos Pithagoras et Architas ad sapientiam et scientiam unitatis contemplatricem, quae est finis omnis contemplationis*: Aconséjanos, dice, Pitágoras y Arquitas que busquemos la sabiduría y ciencia contempladora de la unión, que es el fin de toda la virtud. Mas bastan estos filósofos, aunque otras muchas cosas pudiéramos referir por de colegidas en Augustino Eugubino *de perenni philosophia.*

---

1 Joan., XVII, 21.
2 Ad Ephes., IV, 3-4.
3 Deuter., VI, 5.

CAPITULO II

DE LOS SIETE GENEROS QUE HAY DE UNION Y COMO EL ALMA SE UNE CON DIOS EN LOS CINCO PRIMEROS Y DE LAS VIRTUDES HEROICAS QUE DE AHI NACEN.

Aunque hay tantos géneros de unión como hay de caridad y amor, pues dicen los filósofos y San Dionisio (1) que el amor es virtud unitiva, quiero poner siete, para que se declare mejor esta doctrina. El primero se llama *unio similitudinis*. El segundo, *unio approximationis*. El tercero *unio inhaesionis*. El cuarto *unio conversionis*. El quinto *unio vitalis*. El sexto *unio hypostatica*. El séptimo *unio essentialis*. Los ejemplos lo declaran muy bien. *Unio essentialis* es la que se halla entre las tres personas divinas en una esencia, que es solamente en el misterio de la Santísima Trinidad. *Unio hypostatica* es entre dos naturalezas en una persona, y esta solamente la hay en Cristo. De estos dos géneros de unión no trato aquí, que no voy declarando el misterio de la Trinidad ni Encarnación; trato de los cinco primeros, que así como se hallan en las cosas naturales, así también en su manera los hace la caridad entre el alma y Dios.

Cinco géneros de unión entre el alma y Dios.

Primera imitación de Cristo.

Es pues el primero *unio similitudinis,* que quiere decir unión de semejanza, cuando dos cosas se parecen y son semejantes, de la manera de Cristo y Santiago el menor se dice que tenían una cara, porque se parecían en los rostros. Esta manera de unión hace la caridad entre el alma y Dios, porque se hace semejante y que se parezca a Dios mediante el ejercicio de las virtudes y meditación. Y llámase esta unión imitación de Cristo y seguir a Cristo, de la cual dijo el mismo Señor: «El que quisiere venir en pos de mi, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame» (2). Y en otra parte: «Ejemplo os he dado, para que así como yo lo he hecho, lo hagais vosotros» (3). El segundo género es unión de cercanía o allegamiento, cuando dos cosas están juntas o cerca la una de la otra, como aquello que se dijo a Ecequiel: Toma dos maderos, *et erunt unum in manu tua* (4), como quien dice, júntalos. Júntase el alma con Dios mediante la presencia divina y la rectitud de la intención, de la cual nace la luz interior en la conciencia, según aquello del Salmo: *Accedite ad eum, et illuminamini* (5). Llegaos a él y recibireis luz. Porque aunque es verdad, como hemos dicho, que Dios naturalmente está junto con todas las cosas, y en ellas y dentro de ellas, por esencia, presencia y potencia, pues, como dice San Pablo: *Deus non longe est ab unoquoque nostrum, in ipso enim vivimus, movemur et sumus* (6); Dios no está lejos de nosotros, que en él vivimos y nos movemos y estamos; pero dicese estar lejos del

Segunda, llegarse a Cristo.

1 MG. 3, 714.
2 Matth., XVI, 24.
3 Joan., XIII, 15.
4 Ezech., XXXVII, 17.
5 Ps. XXXIII, 6.
6 Act., XVII, 27-28.

pecador: *Longe a peccatoribus salus* (1), lejos está Dios de los pecadores y está cerca del que está en gracia, más cerca y más junto de aquel que actualmente le está contemplando y amando, según aquello de David: *Prope est Dominus invocantibus eum in veritate* (2): cerca está Dios de todos los que le llaman con verdad, y mucho más cerca del que se junta con él en obras, palabras y pensamientos.

El tercero género de unión es *unio inhaesionis*, unión de apegamiento, que es de la manera que la cera blanda, demás de tener la figura del sello y estar cerca y junta con el sello, está pegada al sello y pendiente y colgada de él; como un corazón de carne, cuando está enganchado en el garfio del carnicero se dice que *adhaeret*, que está pegada. De esta misma suerte, allende de hacerse el alma semejante a Dios por las virtudes y estar cerca de él por la presencia divina, entonces *adhaeret Deo*, y se apega con Dios, cuando la caridad, mediante la confianza, arroja el corazón en los brazos de Dios para que de allí se sustente, descuidándose de sí, según aquello de David: *Jacta cogitatum tuum in Domino, et ipse te enutriet* (3): Arroja tu corazón en Dios que él te criará. De esta unión dice San Pablo: *Qui adhaeret Deo, unus spiritus sit cum eo* (4). El que se apega a Dios se hace un espíritu con él. Y David: *Mihi autem adhaere Deo, bonum est, et ponere in Deo spem meam* (5): Bien me viene a mi estar pegado con Dios y poner en él mi esperanza; y el mismo S. Pablo se enclavaba con Cristo en la cruz cuando dice: *Ego autem per legem legi mortuus sum, ut Deo vivam, Christo crucifixus sum cruci* (6). Como quien dice: Estoy muerto al mundo por guardar la ley; y para vivir en Dios estoy enclavado con Cristo en la cruz.

El cuarto género de unión se llama *unio conversionis*, unión de conversión, y se hace cuando una cosa se transforma y convierte e incorpora en otra, como cuando se hace una conserva o mermelada, que después de cocido al fuego el zumo del membrillo y el azúcar, el membrillo queda azucarado, y el azúcar queda empapado en el membrillo que se llama mermelada. De esta misma manera el alma devota, mediante el fuego y fervor de la caridad, se transforma, convierte e incorpora en Dios, y Dios en el alma, de suerte que se puede decir un alma endiosada. Y así se entienden aquellas palabras del apóstol San Pedro: *Ut efficiamur divinae naturae consortes* (7), para que nos hagamos consortes de la divina naturaleza; aquel *consortes* quiere decir convertidos y transformados en Dios, no porque Dios pierda su ser ni el alma pierda su naturaleza, sino porque queda el alma envestida de Dios y transformada en Dios. De la manera que el hierro ardiendo está empapado en el fuego y transformado en él, que parece se hace todo fuego, aunque siempre el hierro queda con su ser de hierro y no pierde su naturaleza, y el fuego con su

---

1 Ps. CXVIII, 155.
2 Ps. CXLIV, 18.
3 Ps. LIV, 23.
4 I ad Cor., VI, 17.
5 Ps. LXXII, 28.
6 Ad Gal., II, 19.
7 II Petr., I, 4.

naturaleza de fuego, solamente el hierro tiene calidades de fuego, que es lucir y quemar; así el alma siempre se queda con su naturaleza, aunque cuando está unida con Dios en este modo de unión queda empapada en luz y amor. Y por esta causa San Dionisio Areopagita (1), hablando del Santísimo Sacramento del altar, dice, que hace a los hombres deiformes, como quien dice endiosados y transformados en Dios. Esta unión es mayor que las pasadas y las encierra en sí. Porque el alma así unida es semejante, y está cerca y pegada en Dios, y demás de esta semejanza, cercanía y apegamiento, está convertida y transformada en él, de la manera que la pera en conserva queda toda azucarada, y la nube arrebolada está envestida en los rayos del sol y está muy más excelente que antes.

El quinto género de unión se llama *unio vitalis*, unión de vida. Porque así como cuando se junta el cuerpo con el alma, y el cuerpo tiene dentro de sí al alma, y el alma da ser al cuerpo, y le da vida y sentido y movimiento, que el cuerpo sin el alma ni vive, ni siente ni se mueve, así en esta quinta manera de unión, demás del ser natural que Dios da a las almas mediante el ejercicio de caridad y contemplación, el alma recibe nuevo ser, y Dios le da nueva vida y recibe el conocimiento sobrenatural de la luz, y obra el movimiento del merecer, conociendo y mandando y obrando como si Dios conociese, amase y obrase en ella, dejándose gobernar de la voluntad de Dios, como el cuerpo se deja gobernar del alma con que vive. De esta manera de unión y nueva vida dice San Pablo: *Vivo ego jam non ego, vivit in me Christus* (2): Como quien dice: vivo yo, mas ya no soy yo el que vive, porque vive Cristo en mí.

Dice que vive, porque demás de la vida natural que le viene del alma y de Dios, que le da ser natural, y demás de la segunda vida, que es la de gracia que le dió Dios mediante la penitencia cuando la sacó de pecado, vive con otra tercera vida de unión el espíritu, porque mediante la contemplación y amor ya no vive ni obra, como si ella fuese, sino como si viviese y obrase en ella Cristo. De la manera que si un carretero ruin que no supiese ni pudiese bien guiar su carro, pidiese a un carretero maestro y bueno que se le gobernase y guiase; verdaderamente son las mismas ruedas y mulas las que andan, pero muy de otra manera que antes, porque van guiadas por buen carretero; así Dios a quien podemos llamar *Currus Israel et auriga ejus* (3), como llama Eliseo a Elías, carro de Israel y su carretero, guía todo este carro de nuestra alma y gobierna los dos bueyes, que son el entendimiento y voluntad que tiran las demás potencias criadas por Dios, y eso quiso decir la Esposa en aquellas palabras: *Ferculum sibi fecit rex Salomon, etc.* (4): Un carro se fabricó para sí el rey. Y así como no hay nueva vida sin muerte, así para alcanzar esta nueva vida en Cristo, es necesario que preceda la muerte de la mortificación verdadera, que para el alma es gran ganancia, procurando que las potencias no las guíe

---

1 MG. 3, 435.
2 Ad Gal., II, 20.
3 IV Reg., II, 12.
4 Cant., III, 9.

como antes el amor propio y el gusto de la propia voluntad y apetitos, sino el amor de Dios y el deseo de darle gusto y hacer su voluntad en todo cuanto más pudiere, y por esta causa dijo S. Pablo: *Mihi vivere Christus est, et mori lucrum* (1): mi vida es vivir en Cristo y mi muerte ganancia; harto gana quien bien se mortifica, pues alcanza vida en Cristo.

A estas cinco maneras de unión, para que mejor se entiendan en los libros, podemos llamar con otros nombres más claros. A la primera, que se llamaba unión de semejanza, llaman los santos imitación de Cristo, como la llama San Pablo: *Fratres, imitatores mei estote sicut ego Christi* (2). A la segunda, que se llamaba unión de cercanía, podemos llamar presencia de Dios; porque entonces el alma le tiene cerca cuando le trae presente, según aquello de David: *Providebam Dominum in conspectu meo semper* (3): traía a Dios en mi presencia siempre. A la tercera, que decíamos unión de apegamiento, podemos llamar verdadera confianza, arrojándose el alma en las manos de Dios, según aquello de David: *Jacta super Dominum curam tuam, et ipse te enutriet* (4). A la cuarta, que era unión de conversión, podemos decir participación de las divinas virtudes mediante la devoción y fervor, según aquello de San Pablo: *Spiritu ferventes* (5). La quinta, que decíamos unión vital, se puede decir vida en Cristo: *In ipso vivimus,* etc. (6), o *Vita nostra abscondita est cum Christo in Deo* (7). Vivimos en Cristo o nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Si hubiéramos de particularizar todas las virtudes que de estos cinco géneros de unión se siguen, y los vicios que las impiden, los modos de oración con que se camina a ellas, y las diversas maneras con que los santos las nombran, fuera menester componer un libro mayor que el de la madre Teresa de Jesús; baste haber dicho estas pocas palabras para que se entienda que todos los diversos géneros de unión y caridad y amor de Dios que ella pone en todos sus libros, nombrándolos por diversos nombres, se pueden reducir a estos cinco.

CAPITULO III

DE LAS CINCO PARTES DE UNION Y TRASFORMACION DEL ALMA EN CRISTO, Y DE LOS CINCO MODOS DE PROCEDER QUE TIENE EL ALMA UNIDA, DE DONDE NACEN LA ORACION UNITIVA Y LA ORACION CLAMOROSA.

Para proceder con más claridad en tan provechosa y dificultosa materia, como tenemos entre manos, es muy a propósito el ejemplo de lo que le acaeció a la gloriosa santa Catalina de Sena, estando en una soberana y altísima contemplación; en la cual vió a Cristo

1 Ad Philip., I, 21.
2 I ad Cor., IV, 16.
3 Ps. XV, 8.
4 Ps. LIV, 23.
5 Ad Rom., XII, 11.
6 Act., XVII, 28.
7 Ad Colos., III, 3.

nuestro bien que con su benditísima mano le sacó su corazón del cuerpo, y en su lugar puso su divino corazón. De dos maneras acaece que el alma se trasforme y trasfigure en Cristo. La primera, cuando la misma conciencia con su meditación y discurso va haciendo esta trasformación, sacándose de sí su voluntad, y en lugar de ella poniendo la voluntad de Cristo, ayudándole la divina mano del Espíritu Santo, porque sin ella aun para decir Jesús con la boca no tiene poder; y esta es, como hemos dicho, como cuando un pintor pinta el sol en un espejo con pincel y colores. La segunda, cuando el mismo Señor sobrenaturalmente en la alteza de una soberana contemplación, parece que roba al alma su voluntad y amor propio, y en su lugar deja la voluntad de Dios, como cuando sacó el corazón de santa Catalina de Sena y le puso su corazón divino, que, como hemos dicho, es la manera que cuando el sol se imprime en el espejo sin pincel y colores; y porque mi intento en este Dilucidario es guiar las almas a lo que ellas se pueden disponer y andar con sus pies y discursos, y también declarar lo que Dios sobrenaturalmente hace con ellas, para entender mejor la trasformación y unión sobrenatural, comencemos lo que el alma puede hacer con su meditación y discurso.

Dos maneras de transformación.

Considera el siervo de Dios para llegar a esta unión en Cristo cinco cosas. La primera, la divinidad del Verbo. La segunda, el alma de Cristo y junta con ella el alma de la Virgen María. La tercera, el corazón de Cristo y en él todos los ángeles y santos de la bienaventuranza, como cuando muchas perlas están engastadas en una preciosísima joya. La cuarta, la sangre de Cristo, y en ella todas las almas de los justos que en la tierra viven en estado de gracia. La quinta, el cuerpo de Cristo con sus doce llagas y heridas, como arriba hemos dicho, y en ellas doce maneras que hay de pecadores en el mundo, que cuando pecan renuevan los dolores que este divino Señor padeció en la cruz.

Considera lo segundo en sí misma el alma otras cinco cosas. La primera, su espíritu y todo lo sobrenatural que Dios le ha comunicado. La segunda, su alma con todas sus potencias. La tercera, su corazón. La cuarta, su sangre. La quinta, su cuerpo. Hechas estas dos consideraciones con mucha atención, va dando a Cristo estas sus cinco partes y toma en su lugar las de Cristo, como si santa Catalina de Sena meditara que sacando ella misma de sí su corazón pusiera en su lugar el de Cristo. Y con esta meditación desea y pide al Señor que de ahí adelante no haga obra, ni diga palabra ni tenga pensamiento que no pudiera tener Cristo, estando en el estado, edad y salud que él está. Si es una mujer casada medita las obras, palabras y pensamientos que tuviera Cristo, si estuviera en él aquel estado; si es soldado o religioso o ministro de justicia, etc., lo mismo; y valo pintando dentro de sí e imitando lo mejor que puede, de la manera que un representante cuando quiere representar la persona de un rey, se entra en el vestuario y se va desnudando sus vestiduras propias y vistiendo las vestiduras reales, pónese la corona real, toma su cetro en la mano, etc., y sale al tablado hablando las palabras que hablara el rey con gravedad y manera de rey, etc.

Esta semejanza, que es muy buena y apropósito, se colige de las palabras del apóstol San Pablo: *Induimini Dominum nostrum Jesum Christum, expoliantes veterem hominem cum actibus suis, etc.* (1). Como quien dice: desnudaos de vuestro hombre viejo y de todas sus obras, palabras y pensamientos, y vestíos de nuestro Señor Jesucristo. Vístese el alma, lo primero, de la divinidad de Cristo levantando sus pensamientos y deseos lo más que pudiere, no contentándose con cualquier bajos y medianos deseos del amar a Dios, pues la divinidad del Verbo es infinita. Su alma haga cuenta que es la de Cristo y la de la Virgen María, que le está dando vida, y como si tuviera estas dos almas dentro de su cuerpo, haga lo que pudiere para vivir conforme vivieron. Mude su corazón en el de Cristo y en el de todos los santos del cielo, pida lo que ellos pidieran dentro de sí, y desee lo que ellos desearan si en él estuvieran. En lugar de su sangre, meta la sangre de Cristo en sus venas con la consideración de todos los justos de la tierra en cuyo nombre trata con Dios, y siguiendo lo que hacía San Pablo cuando dice: *Ego stigmata Domini Jesu Christi in corpore meo porto* (2), yo traigo en mi cuerpo las llagas de nuestro Señor Jesucristo, mira su cuerpo como llagado con todas las llagas de Cristo, y como si hubiera hecho los pecados de todo el mundo y sido quien ha renovado todas las heridas de Cristo, se abata y confunda dentro de sí y pida perdón para sí y para todos los pecadores.

Unión sobrenatural.

Este modo de unión y transformación es muy bueno, muy provechoso y muy necesario, y que se deja bien entender, y el ejercicio de él, que es imitación de Cristo y de sus santos, es principio de muchas virtudes; mas hay otro muy más alto, más eficaz, más vivo y más secreto, que le hace el mismo Señor, como un encantamiento y una metamorfosis secreta, que sin entenderse ni saber cómo, halla el alma dentro de sí impreso y esculpido el sol de divina justicia, Cristo Jesús, con tan gran fuerza, eficacia y resplandor, que se admira de ver las grandezas que hace Dios con las almas que se disponen, y así como se dice de Saúl, que *mutatus est in virum alterum* (3), en un instante de oración, cuando llega el alma a cierta cumbre de espíritu, se halla tan otra, tan trocada, que ya no es ella ni su figura; habla con el Padre Eterno, como si fuera el Verbo divino Cristo y la Virgen, y todos los santos del cielo y los justos y pecadores de la tierra, celebra la misa como si Cristo celebrara su pasión, y finalmente hace todos los demás ejercicios, como si Cristo en él los hiciera, y puede decir con San Pablo: *Vivo ego, jam non ego, vivit in me Christus* (4).

Efectos de la transformación sobrenatural.

Los efectos de esta unión son extraordinarios y declaran muy bien la grandeza de ella. Porque lo primero, el alma así unida cobra un ánimo y valor tan grande para pedir a Dios mercedes, que le parece que es poco pedir menos que lo que Cristo pidiera a su Eterno Padre. Lo segundo, nácele una confianza que le destierra el temor y pu-

---

1 Ad Rom., XIII, 14
2 Ad Gal., VI, 17.
3 I Reg., X, 6.
4 Ad Gal., II, 20.

silanimidad con que antes trataba con Dios. Lo tercero, siente dentro de sí un gozo inefable pareciéndole que así como el Verbo divino está dentro del seno del Padre Eterno con infinita gloria, así se halla el alma en el mismo seno con inefable contento, y este contento sobrepuja a todos los gustos y regalos espirituales que están en el apetito, porque es de muy alto metal y jaez. Lo cuarto, con la cercanía que tiene de la Virgen y de los ángeles y santos que le parece que están dentro de sí, está bien acompañada, y con tan buena conversación, que aunque toda la vida se estuviese solo, si aquello durase nunca sentiría soledad. Lo quinto, el mismo cuerpo, como tiene impresas dentro de sí las llagas y dolores de Cristo con el frío, calor, y las demás comodidades que habían de dar pena, recibe refrigerio. Délo el Señor a sentir a quien esto leyere, que yo no lo sé declarar más por menudo.

De la oración unitiva.

De la trasformación y unión que hemos dicho se sigue una altísima y provechosísima manera de oración, que se puede llamar oración de unión, o oración unitiva o oración del alma unida; y esta es cuando Cristo dentro del alma, puesto de parte de la misma alma como si ella fuese, ora, pide, trata y habla con el mismo Cristo, puesto de parte del Padre Eterno y considerado en la misma esencia divina del Padre. De suerte que Cristo es el que pide mercedes al mismo Cristo, y lo que se pide es para Cristo, y por quien se pide es por los merecimientos de Cristo. Esta manera de oración se colige de unas palabras del apóstol San Pablo que dicen: *Quoniam ex ipso, et in ipso, et per ipsum sunt omnia, ipsi honor et gloria, etc.* (1), porque de él y en él y por él son todas las cosas, a él sea la honra y gloria. Y así como en Dios, de Dios, por Dios y para Dios son todas las cosas del mundo, porque Dios crió los cielos y en Dios están los cielos, como en ejemplar y dechado, y por Dios como virtud infinita fueron criados los cielos, y para Dios como fin; así la oración del alma unida procede de Cristo como de principio que ora, óyela Cristo como sujeto que la recibe, es por medio de Cristo y por su intercesión y merecimiento, y va a parar a Cristo como a fin.

Que dicho esto por otro lenguaje quiere decir, que Cristo es principio, medio y fin de todas nuestras peticiones y deseos. Esta doctrina es clara hablando especulativamente, pero declarémosla para el ejercicio de la oración más en particular. Si un hombre pide pan a su enemigo, cierto es que no se lo dará; si se lo pide a su amigo, más confianza tiene de alcanzarlo; si lo pide a su padre, con más seguridad lo pide que a su amigo; pero si él mismo pidiese a sí mismo lo que puede, sabe y quiere darse ¿qué duda tendría de conseguir su petición? De la misma manera, quien pide a Dios la gloria y se quiere estar en pecado mortal y hecho enemigo suyo, no se la darán si no se convierte y hace penitencia; si pide como si fuese

1 Ad Rom., XI, 36.

otro hombre, teniendo a Cristo por amigo o por padre, más esperanza tiene; pero si unido y junto con Cristo, como si el mismo Cristo pidiese siendo él mismo el que ha de dar, cobra tan gran confianza, que ninguna cosa parece se le negará de lo que pide, y orando con este modo y confianza, se abrasa más en amor, dilátase el corazón, ensánchase el deseo, asegúrase la conciencia y purifícase la oración. Estoime deshaciendo por dar a entender esto con los vivos colores cómo pasa dentro del corazón, mas no sé otras palabras sino aquellas de David: *Jerusalem quae aedificatur ut civitas, cujus participatio ejus in idipsum* (1). Jerusalén que se edifica como ciudad, cuya participación es de él para él. Jerusalén quiere decir vista de paz, y significa la buena oración en la cual con paz y quietud de conciencia se considera a Dios; está edificada como una ciudad circular y redonda, que comienza de Dios y va a parar a Dios, porque Cristo es el que pide, el que desea y el que entiende dentro del alma; y Cristo es a quien se pide, a quien se desea y a quien se contempla; los méritos de Cristo son por quien el alma pide, y lo que pide es la honra y gloria de Cristo sin hacer caso de sí en cosa alguna. Puédese llamar esta oración circular, porque comienza de Cristo y acaba en Cristo, así como el círculo acaba en el mismo punto que comenzó; y así como el círculo es la figura más perfecta, así este modo es de los más perfectos de oración.

Cuando esta oración unitiva es impresa y dada del cielo sin discurso ni meditación del propio entendimiento, en un instante hace tal batería en el alma contra el amor propio y las pasiones, que no hay lengua humana que lo sepa declarar; y cuando es con nuestro discurso y meditación, es muy durable y provechosa. Porque considera el alma que Cristo está en ella y es el que pide, y considera a Cristo algunas veces en las entrañas del Padre eterno, unido con él, otras de la Virgen María, otras en cualquier ángel o santo; y así va discurriendo por muchos lugares y se detiene mucho tiempo en la oración, que este gastar mucho tiempo en hablar con Dios es de gran provecho.

Oración clamorosa.

De este mismo modo de unión y trasformación en Cristo se sigue otro modo de oración no menos provechosa que la pasada, la cual quiero llamar clamorosa, tomando el nombre de aquellas palabras del Génesis donde dijo Dios: *Vox sanguinis fratris tui Abel clamat ad me de terra* (2): la voz de la sangre de tu hermano me está clamando y dando voces desde la tierra. Porque así como aquella sangre movía mucho el corazón de Dios, así cuando el alma está unida y puesta en Cristo, parece que dentro de si misma se le abren muchas bocas, que dan de sí inefables clamores e inenarrables gemidos. Porque dentro de sí clama la divinidad del Verbo: el alma de Cristo con la de la Virgen: el corazón de Cristo con todos los ángeles y santos del cielo: la sangre de Cristo con todos los justos de la tierra: y el cuerpo

1 Ps. CXXI, 3. 2 Gen., IV, 10.

de Cristo, en el cual se abren tantas bocas para clamar y dar voces a Dios, cuantas llagas y heridas recibió por nosotros. De todas estas bocas juntas sale un clamor interior grande, alto, impetuoso y divino, que llega a los oídos de Dios y le mueve a misericordia, así como una música que se oye de muchas voces concertadas, o como dijo un profeta: *Vocem aquarum multarum, tanquam vocem sublimis Dei* (1), como voz de muchas aguas cuando llueve, o de muchos arroyos que corren, y como voz del soberano Dios. Porque corren en el alma tantos deseos, cuantas son las fuentes donde manan, que hemos llamado bocas, que se abren para clamar: y de todos ellos se junta un río tan caudaloso, tan impetuoso y tan grande, que llena todos los vacíos del corazón e hinche el alma de soberanos afectos. Paréceme que a este propósito podemos declarar las palabras del apóstol: *Spiritus Sanctus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus* (2): el Espíritu Santo, donde viene toda la oración del buen espíritu, pide por nosotros con gemidos inenarrables. Estos gemidos inenarrables son los que se llaman clamores interiores, voces secretas de Cristo dentro del alma, música celestial de los cantores, que son el Verbo divino, alma, corazón, sangre y cuerpo de Cristo con los demás que hemos dicho que están dentro del corazón, y como sonido de aguas que manan de todas estas fuentes.

Que se ha de pedir en nombre de Cristo.

El mejor maestro de espíritu y que más bien enseñó el trato secreto y seguro que hay entre el alma y Dios, fué Cristo Jesús; y hablando con sus discípulos les afirma, diciendo: *Amen dico vobis, quidquid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis: usque quo non petistis quidquam in nomine meo: petite et accipietis, ut gaudium vestrum sit plenum* (3). En verdad os digo que todo lo que pidiéredes al Padre en mi nombre lo alcanzareis; hasta ahora no habeis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido. En estas palabras nos enseña el Señor el camino más cierto, derecho y breve para alcanzar todo lo que pidiéremos, y tener plenitud de gozo y henchimiento de espíritu en la oración, que es pedir al Padre en nombre de Cristo.

De muchas maneras se pide en nombre de Cristo. La primera, según San Agustín, pues el nombre de Cristo es Jesús, que quiere decir Salvador; pedir en nombre de Cristo es pedir lo que hace al caso para nuestra salvación, como pedir gracia, virtudes y gloria, porque pedir a Dios cosa que sea pecado o bienes temporales no encaminados a la salvación del alma, no es oración en nombre de Cristo.

Lo segundo, pedir en nombre de Cristo es pedir poniendo por medianero, intercesor y abogado a Cristo, representando al Padre Eterno los méritos de su pasión, según aquellas palabras del Salmo: *Protector noster aspice, Deus, et respice in faciem Christi tui* (4); amparo y Señor y Padre nuestro, mirad el rostro afeado de vuestro Hijo. De este modo de oración usa la Iglesia nuestra madre cuando con-

1 Ezech., I, 24.
2 Ad Rom., VIII, 26.
3 Joan., XVI, 23-24.
4 Ps. LXXXIII, 10.

cluye todas sus peticiones diciendo: *Per Dominum nostrum Jesum Christum, etc.*

Lo tercero, pedir en nombre de Cristo es pedir como mensajeros y enviados de Cristo. De la manera que un mensajero y embajador habla a un rey en nombre y dando recaudo del rey que le envía, y en tal caso el rey que oye la embajada, no mira a la persona particular del embajador como quien es, sino al rey de parte de quien viene, así es muy buena manera de oración ir al Rey eterno de parte del Rey Cristo, y que nuestra oración sea como embajada que nos da nuestro Cristo cuando dice: *Cum oratis, dicite: Pater noster, etc.* (1). Como quien dice: Cuando vais a la oración, decid al Padre eterno de mi parte: *Pater noster, etc.*, que, *sicut misit me Pater, ego mitto vos* (2): así como yo vine al mundo como Embajador de mi Padre, así os envío yo a vosotros como embajadores míos, y que habléis de mi parte y que llevéis mi recaudo a mi Padre.

Lo cuarto, pedir en nombre de Cristo es pedir los bienes espirituales que deseamos, no por nosotros, sino porque tenerlos redunda en honra de Cristo, como un criado de un príncipe que le ha de acompañar en unas grandes fiestas, donde va la honra del príncipe que sus criados vayan muy galanos y vestidos de su librea, si se ve roto y andrajoso, va al rey diciendo: Señor, dadme de vestir, que no es honra del príncipe vuestro hijo que yo parezca con él en las fiestas tan mal vestido, donde los otros criados suyos mis compañeros están tan galanos. Así dice el alma al Padre Eterno: Señor, dadme gracia, virtudes, etc. que pues el Príncipe, vuestro Hijo Cristo Jesús vino al mundo para llevar los hombres consigo al cielo, y es honra de Redentor y Salvador que se salven, no será honra suya que yo me condene y deje de tener las vestiduras de gracia y gloria que los demás santos sus criados tienen.

Lo quinto, pedir en nombre de Cristo es pedir para Cristo y no para mí, olvidándome de todos mis provechos espirituales y temporales, y deseando y pidiendo que Cristo sea conocido, amado, honrado y glorificado. Así como un procurador pide en un tribunal en nombre de su parte y principal, no para sí sino para quien le dió el poder, solicitando los negocios de quien le envió, así pida el alma en nombre de Cristo, no para sí sino para Cristo, y en tal caso sabe el alma bien negociar; porque mientras ella está acá en la tierra hecha procuradora y solicitadora de los negocios de Cristo, está Cristo en la bienaventuranza solicitando y procurando sus menesteres; pues miren quien sabrá mejor pedir para mí, y entender lo que me falta, yo que estoy lleno de amor propio y pediré impertinencias, o Cristo que me conoce mejor y sabe lo que he menester. Finalmente, pedir en nombre de Cristo es usar de esta oración clamorosa de que vamos hablando, que puesto en la presencia de Dios, yo callo y Cristo habla en mí y por mi con los clamores divinos de sus bocas como declaramos, de la manera que cuando un reo culpado ha de ir ante un tribunal a defender su causa, y responder a sus cargos y pedir perdón al juez, o un rústico que va a pedir al rey mercedes, si quisiere acertar, busca un

1 Matth., VI, 9. 2 Joan., XX, 21.

buen abogado docto, querido del juez, o un gran privado del rey, y ese va en su compañía, y él calla y deja hablar al abogado y privado que trata sus negocios, oyendo y dando muestras por señas que pide y alega lo mismo que piden y alegan el abogado y privado que le acompañan.

Esta manera de oración es admirable para dos fines. El primero, para cuando el alma se siente desconfiada y abatida, y le parece que, según sus grandes pecados, no la oirá Dios, y antes le indigna en atreverse de hablar con él; entonces calla y estáse arrinconada, rogando a Cristo que hable por ella, pues sabe será bien recibido, y con este modo se levanta a la confianza, como confía el reo y culpado y el pobre cuando lleva consigo un buen abogado o privado del rey.

Lo segundo, cuando el alma se ve tibia y fría, y que no puede tener oración y levantar su espíritu, y no sabe por dónde entrar ni qué tratar con Dios, calla y hace cuenta que oye a Cristo que habla con su Padre, y aunque sea con la boca, dice muchas veces las palabras que dijo Cristo a su Padre Eterno: *Pater, ingosce illis, etc. In manus tuas Domine, etc.* (1) y las demás. Para este ejercicio sería muy buena curiosidad colegir de los Evangelios y escribir en un cuadernito todas las palabras que Cristo habló con su Padre Eterno, y saberlas de memoria para decirlas con la boca, que con esto se despierta mucho el espíritu.

CAPITULO IV

DE LA UNION, QUE ES TRUEQUE CON CRISTO, Y ENTREGA CUANDO EL ALMA LE DA TODAS SUS COSAS Y LAS PONE EN SUS MANOS Y RECIBE LAS DE CRISTO POR PROPIAS: Y DE LOS GRANDES BIENES QUE DE ESTA MANERA DE ORACION SE SIGUEN.

Nuestro divino Maestro, luz y guía de nuestras almas, Cristo Jesús, en una oración que hizo a su Eterno Padre nos enseña esta manera de orar cuando le dijo estas palabras que refiere S. Juan: *Pater, omnia mea tua sunt, et omnia tua mea sunt* (2): Padre mío, todas mis cosas son vuestras y las vuestras son mías, y cuando otra vez le dice: *Rogo te, Pater, ut sint unum mecum, sicut ego et tu unum sumus* (3): Ruégote, Padre, que sean una misma cosa y se unan conmigo, como yo y tu somos una misma cosa y estamos unidos. De donde se sigue, que así como Cristo unido con su Padre le entrega y pone todas sus cosas en sus manos y toma las del Padre Eterno por propias, así el alma devota y espiritual que quisiere esta divina unión, conviene que haga este divino trueque con Cristo, como el mercader de perlas cuando halla una preciosa, da toda su hacienda, desposéese de ella, entrega todo su caudal y pónele en las manos del dueño, llevándose la perla como suya propia a su casa.

---

1 Luc., XXIII, 34 y 46.
2 Joan., XVII, 10.
3 Ib., 21.

El modo con que se hace este divino trueque y cambio es considerando en sí, quien tiene oración, diez talentos o diez partes de su hacienda y caudal, que podemos contar por este orden: el alma con todas sus potencias, la vida, la salud, las habilidades y bienes naturales, como linaje, discreción, ciencia, etc.; los dones sobrenaturales que de Dios ha recibido, como las virtudes, etc., la honra y buena reputación de este mundo, la hacienda y finalmente los parientes y amigos, etc. Hecha esta consideración, vase a Cristo y pónele todo este caudal en sus manos por la perla preciosa, que es el mismo Cristo, que del rocío del cielo que pedían los Profetas diciendo: *Rorate coeli desuper* (1), fué engendrada en las entrañas del purísimo nácar, que es la sacratísima Virgen María, y en esta divina perla, que es Cristo, considera otras diez cosas que son propias de este Señor, conviene a saber: la honra y gloria de Dios, la bienaventuranza de la gloria que crió y ganó con su sangre, su divina voluntad, su Madre la Virgen María, su cruz que él abrazó con mucho amor, sus santos del cielo y justos de la tierra, su Iglesia católica romana que fundó con su muerte, su fe, su ley evangélica, y finalmente todas las almas que él crió a su imagen y semejanza y redimió con su muerte y pasión.

Diez cosas propias de Cristo.

Consideradas pues estas cosas en Cristo, vase a él con una oración atenta, diciendo: Tomad, Señor, mis cosas por vuestras, mi alma y mi vida, etc.; y dadme las vuestras por mías, que no quiero otra hacienda sino vuestra honra y gloria, etc. ¿Quién podrá contar la ganancia, los frutos, los bienes y riquezas que saca el alma de este trueque, entrega, compra y venta divina? son inefables e innumerables, pero entre otros quiero contar diez frutos de la manera que supiere.

El primero, con este modo de oración se degüella el amor propio, principio de todo el daño espiritual, porque quitando de mi voluntad todas estas mis cosas y dándoselas a Cristo, que las tome por suyas, ya no está detenida mi alma en el *mi* que hace tan bajo y abemolado canto, como dice San Agustín hablando de la gloria donde se canta bien, porque *non est meum nec tuum*: no hay mí, y sube al fa que es: *Facere bonum*, y al sol del *soli Deo honor et gloria*, y al la de la pureza de que dice Isaías: *Lavamini, et mundi estote, etc.* (2).

El segundo fruto es que llega a la quietud del espíritu, pone fin a los cuidados, no le perturban los deseos, y vive en la soberana paz y tranquilidad deseada de los santos, que nos aconseja el real profeta David diciendo: *Jacta super Dominum curam tuam, et ipse te enutriet, non dabit in aeternum fluctuationem justo* (3). Arrójate y pon tu cuidado en las manos de Dios, que él te criará como el amo cuando lleva el niño en los brazos, que va el niño quieto y sosegado sin el cuidado de donde ha de poner los pies, y no anda fluctuando,

1 Isai., XLV, 8.
2 Isai., I, 16.
3 Ps. LIV, 23.

vacilando y lleno de congojas, cuidados e inquietudes. Estábase muriendo mi madre que fué gran sierva de Dios, y poco antes que ella expirase me levanté de su cabecera, que le ayudaba a bien morir, porque expiraba y moría una niña de siete años, su nieta y mi sobrina, a quien ella amaba tiernamente, y cuando volví, preguntóme: ¿Es muerta la niña? y yo no le respondí apropósito por no darle pena, entremetiendo otras razones de Dios de las que son buenas en aquella hora; dijo con mucha quietud y rostro alegre: Hacienda somos de Dios, tome su hacienda y llévela cuando él quisiere, y con mucha paz y sosiego dió su alma al Criador, cumpliéndole su divina Majestad un deseo que había tenido, con esperanza muy viva, de que cuando ella muriese me había de hallar yo a su cabecera, y así viniendo pocos años antes a punto de muerte de otra enfermedad, decíanle que la querían olear y que se aparejase para morir, dijo: Oleen en hora buena, mas yo no me tengo de morir sin tener a mi maestro a la cabecera; estaba yo entonces cautivo en poder de turcos, sin esperanza de rescate.

La madre del autor, llamada doña Juana Dantisco.

Lo tercero, el que hace entrega de sus cosas en las manos de Dios y se las da cuando va a comulgar o en otros tiempos de oración, tórnalas a tomar de las manos del mismo Señor, ya no como propias suyas sino como hacienda de Dios, y en el cuidado y solicitud que en ellas pone, que le había de embarazar, gana gran merecimiento; porque el cuidado de su alma propia, como ya se la ha dado a Dios, es mucho mayor. El de su vida y salud, como ya no es suya sino de Cristo, es con mayor diligencia, recatándose de no comer cosa que le pueda dañar la salud por no hacer menoscabo de la hacienda de su Señor, que se le ha entregado como a mayordomo para que se la guarde y granjee con ella. Y es cosa maravillosa de ver, cómo en lugar de lo que parece descuidarse de sí, toma mayor cuidado sin inquietud y con merecimiento. Si supiesen los hombres esta ganancia, no habría quien no amase a Dios, siquiera por los bienes y aprovechamiento temporal. Que quien estima su vida como cosa de Dios, no la pone a riesgo, como hacen los mundanos, de una cólera: la salud guarda con más diligencia, la hacienda procura aumentar para el mismo Señor y así las demás cosas. Y pareciéndole que da todo lo que tiene por la perla, danle la perla y vuélvenle con ella el precio doblado, que tal es el trato del amorosísimo mercader; él sea para siempre bendito.

Lo cuarto, con este modo de oración se asegura el alma en el modo de caridad y amor de Dios, más perfecto, más cierto y más claro; porque desear la honra y gloria de Dios, y guardar sus mandamientos y las demás cosas que el alma toma por suyas con este divino trueque, es el verdadero ejercicio de la caridad.

Lo quinto, de este modo de oración se siguen las virtudes heróicas y más altas y perfectas, y que son como fuentes y manantiales de las demás virtudes; porque procurar la honra de Dios como mía propia con tanta diligencia como busco mis cosas es amor de Dios, disponerme para el cielo, lo hago con pureza; tener a la Virgen por Madre, es devoción suya; abrazar la cruz, es paciencia; la ley de Dios se busca con observancia; de tener por propia la Iglesia, se sigue el celo,

y de tener las almas todas como cosa mía, el amor del prójimo, y así en las demás cosas que hemos dicho.

Finalmente, así como es ley del contrato de compra y venta que el que se hace dueño de lo que el otro le vendió, lo granjee, conserve y aumente como hacienda propia; así, pues que yo tomo por mías las cosas de Cristo, y por emplearme y ocuparme del todo en procurar pedir y desear su honra, su gloria, su cruz, su ley etc. me descuido de las mías, el mismo Señor parece que está obligado a encargarse de granjear y pedir a su Padre Eterno conserve y aumente el bien de mi alma, mi vida, mi salud, etc. Pues pregunto yo ¿dónde estará más segura y más bien guardada mi hacienda, en mis manos y poder, que soy un hijo pródigo, vano, ignorante, perdido, que lo destruiré todo en cuatro días viviendo *luxuriose* (1), o en las manos y poder de mi Padre celestial, y padre tan bueno, tan sabio y tan amoroso, que no me defraudara nada de mi hacienda, antes me dará orden como yo la conservé y aumente para que vaya de bien en mejor?

Cuando este trueque le hace Dios en el alma con el modo de oración sobrenatural y dada, es muy diferente de cuando el alma le fabrica con su meditación y discurso, como ya hemos dicho de los demás modos de unión, cuánta diferencia hay del sol impreso al sol pintado; mas voy hablando de él por las meditaciones y discursos, porque no se pueden declarar mejor las misericordias que Dios hace sobrenaturalmente, que por el modo de discurso y meditación que el alma hace, así como quien quisiese declarar cómo está un sol impreso en el espejo, lo va declarando por los colores que tendría si se pintase con pincel.

CAPITULO V

DE LOS CINCO GRADOS DE UNION QUE NACEN DE LAS POTENCIAS UNIDAS. DECLARASE EN QUE CONSISTE LA ESENCIA DE LA UNION, Y EL ORDEN QUE HA DE LLEVAR EL ALMA EN EL PROCEDER EN LA ORACION PARA LLEGAR A LO MAS PERFECTO.

Cinco potencias que se unen con Cristo.

Hallamos en nuestra alma cinco maneras de potencias. La primera la voluntad, que es potencia libre, con la cual queremos o aborrecemos. La segunda, el entendimiento y memoria con que entendemos y nos acordamos. La tercera, los apetitos, que son irascible y concupiscible, donde están las once pasiones. La cuarta, la imaginación en la cual formamos imágenes interiores, con que conocemos las cosas corpóreas llamadas fantasmas porque están en la fantasía. La quinta y última, los sentidos exteriores, como vista, oído, etc. No quiero tratar de estas potencias ni dividirlas filosóficamente y por el orden y con las particularidades que de ellas tratan los que escriben de la naturaleza del ánima: trato de ellas a mi propósito para colegir los

---

1 Luc., XV, 11-32.

grados diversos que hay de unión según estuvieren las potencias unidas y empleadas en Dios.

La unión de sola la voluntad es una resignación de nuestra voluntad en la voluntad de Dios, cuando queremos lo que Dios quiere y aborrecemos lo que él aborrece, un rendimiento a todo lo que le da gusto, aunque el entendimiento no esté considerando en Dios y las demás potencias estén distraidas. En esta unión de la voluntad consiste la esencia del amor; esta pedimos en el Paternoster cuando decimos: *Fiat voluntas tua, etc.* y la ejercitó Cristo cuando dijo: *Non mea voluntas sed tua fiat* (1), y San Pablo, diciendo: *Domine, quid me vis facere?* (2); que como el alma esté fija en esta unión, y con mayor gozo, deseo, prontitud y eficacia se rindiere a la voluntad de Dios, y cumpliere lo que Dios manda, y obrare lo que Dios quiere en sus mandamientos y se alegrare de lo que Dios hace, más perfecta y más santa será, aunque falte en la unión de las otras potencias, y carezca de delicadezas de conceptos, gustos, visiones imaginarias y exteriores que vienen del entendimiento, apetitos y sentidos cuando están unidos y puestos en Dios. De este primer grado de unión nace la observancia a los mandamientos de Dios y a los consejos del Evangelio, a las obligaciones del estado de cada uno, y el rendimiento a las divinas inspiraciones, y la obediencia a los superiores, cuales son los perlados, confesores y maestros de espíritu, porque por todos estos caminos se nos descubre la voluntad de Dios, y quien tiene esta manera de unión, ama a Dios y tiene a Dios en su alma.

Cinco grados de unión.

El segundo grado de unión es cuando juntamente con la unión de la voluntad se une, sujeta y rinde al Señor el entendimiento y memoria, y están empleadas en él, y ocupadas en entender y acordarse de Dios y de las cosas divinas; de este grado nace la soberana contemplación y meditación de Dios, y la luz interior sobrenatural del alma y las visiones intelectuales.

El tercer grado de unión es el de la imaginación, cuando demás de la unión de la voluntad, entendimiento y memoria, la imaginación unida está tan puesta en Dios, que facilísimamente forma las imágenes interiores de Cristo y de los santos, con que anda atenta meditando en los divinos misterios, moviéndose con esta meditación al conocimiento y amor divino. Y algunas veces, sin que la imaginación trabaje, se vienen tales imágenes interiores a ella, que se llaman visiones imaginarias que levantan sumamente el espíritu. Muchos años tuvo la santa madre Teresa de Jesús una de estas visiones imaginarias, trayendo continuamente presente una figura de Cristo muy hermoso resucitado con corona de espinas y llagas, de que hizo pintar una imagen que me dió a mí y yo se la di al duque de Alba Don Fernando de Toledo.

El cuarto grado de unión es el del apetito cuando, demás de los grados de unión que he dicho, el apetito con la continuación de la oración y con la presencia de Dios y pureza del alma, está divertido

---

1 Luc., XXII, 42.
2 Act., XI, 6.

de los gustos de la tierra, y tan empleado en los del cielo, que satisfecho, contento y lleno de gozo gusta *quam suavis est Dominus*. De este grado de unión nacen los regalos del alma, que son sensibles, como el júbilo, la alegría espiritual, la serenidad del espíritu, la embriaguez del corazón y otros muchos que después diremos.

El quinto y último grado de unión es el de los sentidos, cuando después de haberlos rendido la voluntad lo más que puede y hecho esclavos de la razón, los emplea y manda que se ocupen en Dios y en las cosas que mueven a la virtud y al divino servicio, y ellos obedecen a su reina la voluntad; y así la vista se emplea en mirar con los ojos el Santísimo Sacramento del altar y las imágines pintadas de Cristo y de su Madre y de los santos, y mira a las criaturas como imágenes vivas de Cristo; y al oído, que oiga palabras de Dios lo más que pudiere; al olfato, gusto y tacto manda que cuando percibieren los buenos olores, manjares y blanduras que les agradan, tomen por motivo aquel gusto para levantar el corazón a Dios, dándole gracias o deseando los gustos eternos. Y que cuando percibieren cosas desabridas, se mortifiquen con aquel disgusto y hagan penitencia y se acuerden de las penas del infierno, o de los disgustos que por salvar las almas padeció Cristo crucificado.

Algunas veces, sin que la voluntad guíe los sentidos, sobrenaturalmente vienen a los ojos visiones exteriores, como la zarza que vió Moisés (1), y palabras formadas que oían los profetas, y algunas veces se huelen olores celestiales, o se sienten en el gusto sabores divinos, como acontece en algunos cuando comulgan, y en el tacto se suele sentir una muy buena disposición que suele quitar los dolores del cuerpo y cabeza, etc. y le pone ágil, ligero y gallardo para el servicio del Señor, de los cuales trataremos después más despacio. Y aunque estos efectos sobrenaturales que nacen de la unión de los sentidos sean muy estimados de muchos que no entienden tan de raíz las cosas espirituales, no son tan seguros ni esta unión es tan cierta y meritoria como la del entendimiento y voluntad, porque aquí el demonio, transfigurado en ángel de luz (2), puede y suele causar ilusiones y engaños.

Como hemos dicho otras veces, dos maneras hay de unión; una dada y sobrenatural, y en esta no puede haber orden ni se va subiendo por grados, que la da Dios como quiere y cuando quiere, como aconteció a San Pablo, que de la unión exterior de los sentidos viendo a Cristo y oyendo su voz comenzó su buen espíritu. Hay otra unión procurada y ejercitada por la misma alma, y en esta vase por grados y por orden. Porque primero se rinde la voluntad al servicio de Dios, aunque sea muy a ciegas, y luego continuando la oración se da a la contemplación del entendimiento y memoria, y después de bien ejercitado en la contemplación y meditación se enriquece la imaginativa, y desechando las fantasmas e imaginaciones impertinentes trae figurado dentro de sí a Cristo, y cuando está muy ejercitada en esto, los

Cuán bueno sea guardar el orden de los grados de unión.

1 Exod., III, 2. 2 II ad Cor., XI, 14.

apetitos están rendidos y reciben gustos y regalos espirituales. Y finalmente los sentidos de lo que ven u oyen, sea bueno o sea malo, coligen y lo refieren a gloria de Dios, y suelen recibir cosas sensibles y sobrenaturales, como visiones exteriores, etc. Este es el orden que se lleva en estos cinco grados de unión. Así como cuando la esposa lleva a su esposo de la mano, metiéndole en su casa, que le mete en el patio, de allí en la sala, y así va por orden en los demás aposentos; o como lo que dicen los filósofos del alma cuando da vida al cuerpo, que primero vive el corazón, luego el cerebro, y así van los demás miembros por su orden, siendo los menos principales los postreros que reciben vida; y cuando se mueren, lo primero que muere es lo menos principal del cuerpo y lo postrero el corazón, el mismo orden lleva el espíritu en la vida y unión con Cristo, que primero vive la voluntad, que es el corazón, y luego el entendimiento.

Engaño de los que no quieren orden.

Esta doctrina es muy importante para desengaño de muchos que por no querer guardar esta orden, no llegan a alcanzar alto y verdadero espíritu. Porque a cuatro días que tienen oración, ya querrían unión en el sentido, y ver visiones, y oir palabras exteriores, y tener señales en su cuerpo, y que estuviesen unidos con Cristo, como si hubiesen trabajado tanto y hecho tanta penitencia y tenido tanta oración como un San Francisco. Y hay otros que luego a los principios querrían tener unido el apetito y sentir muchos gustos y regalos espirituales: y otros que querrían tener gran quietud y ser libres de fantasmas y pensamientos en la oración, o tener una contemplación muy alta y quieta; y como no sienten nada de esto, dan con todo al traste y dejan la oración y dicen que no son ellos para la vida espiritual y desesperan de alcanzar lo que leen en los libros que han alcanzado personas muy espirituales. No va el negocio por ese camino; que así como quien sube una escalera, ha de poner primero los pies en el primer grado y escalón, y, como decíamos, primero da el alma vida al corazón y luego a las demás partes, así, quien quisiere subir por esta escala de Jacob en compañía de los Angeles (1), que son los varones espirituales, primero ha de poner el pie en el primer grado del rendimiento y unión de la voluntad, haciendo fuerza en salir de pecado, guardar los mandamientos de Dios y obedecer a sus prelados y confesores. Y aunque le parezca que no puede desechar pensamientos y fantasmas, y el apetito esté rebelde y lleno de tentaciones y pasiones y que no siente nada con los sentidos exteriores, sufra y calle, vaya prosiguiendo en sus ejercicios, que cada cosa se vendrá a su tiempo, que no se unen juntas ni se perfeccionan todas las potencias en un momento, sino poco a poco se va entrando en las cosas del espíritu, y con paciencia, humildad y perseverancia todo se viene a alcanzar; que Zamora no se toma en una hora, ni a los Santos les ha costadò poco trabajo y poco tiempo alcanzar las riquezas espirituales que alcanzaron; y mientras el alma anduviere peleando y sufriendo las repugnancias interiores, más se dispone para que Dios obre con ella sobrenaturalmente y la dé en un instante todo lo que desea, pues como dice San Ambrosio: *Facile est*

---

1 Gen., XVIII, 12.

in conspectu Dei subito honestare pauperem: Fácil cosa es para Dios en un momento enriquecer un pobre.

Y adviértase que cuando digo que primero se une y rinde la voluntad que el entendimiento, no quiero decir que no hay algunas consideraciones y luz para rendirse la voluntad, que siempre hay algo; mas llamo unirse el entendimiento, cuando alcanza mucha luz y mucha contemplación; unirse y rendirse la imaginación, haber desechado pensamientos, imaginaciones y fantasmas impertinentes, y tener facilidad en formar meditaciones de Cristo; rendirse el apetito, haberse mortificado las pasiones y recibir gustos y regalos interiores, y rendirse y unirse los sentidos es llegar a estado donde ellos no perturben antes aprovechan en la oración, que claro está, que han de obrar todas estas potencias para que la voluntad se mueva.

CAPITULO VI

DE LAS DOS MANERAS QUE HAY DE UNION, LA UNA SIN RAPTOS, QUE ES CUANDO LAS POTENCIAS QUEDAN LIBRES, Y LA OTRA CON RAPTOS, QUE ACAECE CUANDO QUEDAN ENAJENADAS, Y EN LO QUE DIFIEREN.

Dos maneras hay de unión sobrenatural. La una, cuando las potencias del alma quedan enteras y despiertas para obrar. La segunda, cuando se pierden, faltan y enajenan, como acaece en el rapto. Esta división se colige del apóstol San Pablo en aquellas palabras: *Sive mente excedimus, Deo*: *sibe sobrii sumus, vobis*: *charitas enim Christi urget nos* (1). Como quien dice: La caridad de Cristo nos hace fuerza, unas veces con éxtasis y raptos y elevación de espíritu, tratando a solas con Dios, y estando embriagados en el amor y como dormidas las potencias, gozando de solo Dios; y otras veces estamos sobrios, como quien dice, despiertos, y en nuestro sentido para tratar con vosotros. Y así podríamos llamar a estas dos maneras de unión: *Unio sobria, et unio ebria.* Unión sobria y despierta, y unión dormida, absorta y embriagada. Decláralo un ejemplo importantísimo para todas estas materias de oración. La esposa, cuando está en su casa, puede servir, amar y contentar a su esposo de cuatro maneras. La primera, estando sus criados y porteros despiertos y las puertas abiertas, y que ella gobierne su casa, empleando todos sus criados en el servicio de su esposo. La segunda, cuando estando así despiertos, la misma esposa con el esposo, y entrambos a dos juntos andan por la casa gobernándola y mandando a los criados. La tercera, cuando ella se entra con el esposo en sus aposentos, y los criados quedan en sus estancias, y los porteros con las puertas abiertas y despiertos, atentos y callando y esperando lo que les mandan. La cuarta, cuando los porteros y criados se duermen y cierran sus puertas o porque ellos se quedan dormidos, viendo que la esposa no sale de con el esposo, o

Dos maneras de unión.

---

1 II ad Cor., V, 13-14.

porque el esposo, por mejor gozar de su esposa, echa sueño a los criados y porteros, y se cierra las puertas tras sí.

De la misma manera acaece en el trato de Cristo con el alma: que unas veces la misma alma manda, y gobierna y emplea sus potencias en obras de servicio de Dios, como cuando manda a los pies que vayan a la estación, a las manos que den la limosna, a los ojos que vean imágenes de Cristo, y al entendimiento que medite y discurra, etc. Y entonces están muy bien empleadas las potencias, y el hombre cuando las ejercita por agradar al Señor, ama a Dios de todo su corazón, de todas u alma y de toda su mente; pero mejor están unidas, cuando todo este gobierno de las potencias nace de Cristo, trayéndole consigo el alma y pensando en él, y esto se hace teniendo a Cristo en su presencia, y que el gobierno nazca de los dos, según aquello: *Probidebat Dominum in conspectu meo semper, quoniam a dextris est mihi, ne commovear* (1). Traía a Dios en mi presencia, porque él está a mi mano derecha para que no me mueva. Otras veces el alma cesa de las operaciones de las potencias, y se mete con su esposo en lo interior, que se llaman porción superior de la razón, y quedan las potencias en silencio y quietud; porque ni los pies andan, ni las manos obran, ni la lengua habla, ni los ojos ven ni la imaginación forma imágenes, pero están todas despiertas y aparejadas para lo que les mandaren. Y este tercer modo se llama contemplación, oración de quietud, silencio interior, atención interior, oración de recogimiento; y es muy alto y muy excelente, porque aunque las potencias parece que no hacen nada, mucho sirven en estar prontas y aparejadas a lo que las mandaren; así como sirve el portero cuando está asentado a la puerta para dar o recibir recaudos, y hasta aquí es oración sobria y despierta.

Primera manera de unión, que se llama obras con fervor.

Segunda, que es presencia divina.

Tercera, oración de quietud.

Pero la segunda manera de unión ébria y absorta es, cuando las potencias se pierden y enajenan, y no pueden, aunque quieran, volver en sí tan presto, y esto cuando viene por parte de la misma alma, que por entrarse ella a gozar de su esposo, se las deja y se enajenan y duermen, se llama *éxtasis*; mas cuando el Esposo cierra las puertas y pone sueño a las potencias por gozarse mejor a solas con el alma, se llama *rapto*. Bendito sea tal amor, que tanto desea ser amado y gozado de tan miserable esposa, cuando se la tiene dormida en su seno, pues conjura y encanta las potencias, hijas de Jerusalén, para que no se la despierten, diciendo: *Adjuro vos, filiae Jerusalem, per capreas, cervosque camporum, ne suscitetis neque evigilare faciatis dilectam, donec ipsa velit* (2). Y nótese bien aquella palabra, *donec ipsa velit,* hasta que ella quiera, porque en el rapto no se pierde la libertad del libre albedrío, como después diremos más a la larga, que ahora sea cuando les han echado sueño a las potencias y cerrado las puertas, ora sea cuando ellas se duermen, ora sea cuando están atentas callando, ora sea cuando están obrando, siempre la razón y libertad de la esposa está despierta, tratando, hablando, amando y gozándose con el esposo. Y en cualquier género de unión, siempre el entendimiento está entendiendo a Dios, y la

Extasis.

Raptos.

1 Ps. XV, 8. 2 Cant., II, 7.

voluntad amándole, aunque las otras potencias cesen. De estas dos maneras de unión, sin rapto y con rapto, tenemos ejemplo en la oración de la Virgen María nuestra Señora y en el rapto de San Pablo, que aunque la Virgen tuvo la más soberana unión de cuantas hay en el mundo, no leemos haber tenido alienación de sentidos ni cesación de potencias, y San Pablo: *Raptus in tertium coelum, etc.* (1), fué arrebatado hasta el tercer cielo.

CAPITULO VII

DE LA UNION Y ORACION SIN PERDIMIENTO DE POTENCIAS. PRUEBASE CUAN MEJOR Y MAS SEGURA SEA QUE LA QUE VIENE CON RAPTOS Y ALIENACION DE SENTIDOS O CON EXTRAORDINARIOS AFECTOS.

La esencia de la caridad y amor de Dios y el merecimiento de la gracia no consiste en que el alma tenga raptos o los deje de tener, así como no hace al caso para el matrimonio y amor que tiene la esposa al esposo, que los criados se duerman o se dejen de dormir. Es tan importante esta doctrina para todas estas materias de espíritu, que la quiero probar muy de raíz con Sagrada Escritura, razones y ejemplos. Dice el Apóstol: *Si habuero prophetiam, et omnem fidem, ita ut montes transferam, charitatem autem non habuero, nihil sum* (2). Como quien dice: aunque tenga todas las revelaciones, éxtasis y raptos del mundo, y aunque haga milagros verdaderos, si no tengo caridad, no soy nada; luego si tengo caridad, aunque no tenga nada de estotro, soy el todo. Y así todos estos afectos extraordinarios no son de esencia de la caridad, que sin raptos, revelaciones y milagros se puede amar a Dios, y también con ellos. Y pues dijo el Señor: «El que me ama, guardará mis mandamientos» (3), el guardarlos, amando a Dios y al prójimo como a sí mismo, ahora sea amigo ahora enemigo, son las verdaderas señales de la verdadera oración de unión, las cuales no hace el demonio, como le dijo Cristo a santa Angela de Fulgino; que los raptos, revelaciones y milagros falsos, bien los puede hacer y los hace cada día, transfigurándose en ángel de luz (4), y así todos los afectos extraordinarios de oración, como profecías, revelaciones, raptos, milagros, hablar muchas lenguas y otras gracias *gratis datas*, que son muy diferentes de la que llaman *gratia gratum faciens*, que es la que sana el alma del pecado y es principio del merecimiento de la gloria y madre de la caridad, como arriba dijimos, no son de esencia sino atavío y ornato del buen espíritu.

Que así como el atavío de una reina no le hace ser reina, ni por estar mejor vestida será mayor reina; como si anduviese la reina de España vestida de seda común, y una reina de la India adornada con piedras preciosas, no por eso es mayor reina; y si se vistiese aquella

1 II ad Cor., XII, 2.
2 I ad Cor., XIII, 2.
3 Joan., XIV, 15.
4 II ad Cor., XI, 14.

misma vestidura preciosa la criada o esclava no por eso sería reina, aunque a los ignorantes que no la conocen, pareciese que lo es; así éxtasis, raptos, visiones, milagros, gustos de la oración, etc, son atavíos de la caridad, que es reina de las virtudes y no la esencia de ella; y puede ser que en una alma se hallen verdaderas revelaciones y raptos, que son piedras preciosísimas, y no por eso tendrá mayor caridad y mayor gracia que otra, cuando sin tener rapto, visión ni gusto, con mayor deseo se emplea en el servicio de Dios y en el amor del prójimo por Dios, porque esta tal tendrá más gracia, más caridad, mayores virtudes y merecimiento.

Supuesto pues que los raptos no son de esencia de la caridad, entre las dos maneras que hay de oración unitiva, la que procede con las potencias despiertas y enteras, y la que procede con raptos; mejor manera de oración es la primera que procede sin rapto que la segunda que procede con ellos; mucho más segura, más cierta y más de estimar, cuando en entrambas hay el mismo grado de caridad. Esto se prueba evidentemente, porque la oración de la sacratísima Virgen María, y su unión y caridad y modo de proceder en espíritu, fué mejor, más excelente y de mayor estima y precio que la de San Pablo, San Francisco ni cualquier otro santo de los que tuvieron raptos con alienación de potencias, y de la sacratísima Virgen no se entiende que los tuviese ni quedasen enajenadas sus potencias y ella desmayada; porque si en algún tiempo lo hubiera de estar, fué al pie de la Cruz donde más le apretó el dolor y amor; y entonces dice San Juan: *Stabat juxta Crucem* (1); y declaran los santos, que no se desmayó; y así Cayetano en un opúsculo que hace de *spasmo Virginis* y otros muchos autores lo declaran, y se mandó que se quitase una misa que había en un cierto misal de *Spasmo Virginis.*

La Virgen María no tuvo alienaciones de potencias.

Muchas veces traté este punto con la madre Teresa de Jesús, y ella se afligía de ver que se dijese aquella misa; porque decía que ni Jesucristo ni su Madre jamás en ninguna oración perdieron los sentidos y potencias. Que cuando dice San Dionisio que *Christus in Cruce exstasim amoris passus est* (2), no es porque perdiese los sentidos, sino porque siendo Dios inmortal murió en la Cruz, que es como salir de su natural, como el mismo santo y sus comentadores lo declaran. Y cuando él dijo: *Confiteor tibi Pater* (3), que dice el Evangelista que estaba en éxtasis, quiere decir, excesivo amor, pero no con perdimiento de sentidos ni potencias. Tomemos dos madres que vean delante de sus ojos matar sus hijos, la una es muy alharaquienta y hazañera, que con el gran dolor se da de puñadas en la cara, mesa los cabellos y queda desmayada y sin habla; la otra es grave y sin alharacas, que, si bien se le salen algunas lágrimas de los ojos, aunque sienta más dolor de la muerte del hijo, no hace aquellas muestras ni visajes exteriores que la otra; así es en este caso, que la éxtasis y raptos son como alharacas de amor divino; pero no consiste en ellos la grandeza del amor y sentimiento, y es mucho mejor quedar con

Cristo no los tuvo.

1 Joan., XIX,
2 Dion., lib. *De divin. Nomin.*
3 Luc., X, 21.

cordura y entereza, que no perderla. Y así como el espíritu en algunos es de tal jaez, que les hace perder las potencias, en otros las fortifica, para que no perdiéndose todas ellas se empleen en el amor y sientan el dolor.

Lo segundo se prueba que es mejor modo de oración el que procede con entereza de las potencias, que el modo de proceder con rapto, cuando hay igual caridad, porque los raptos pueden venir de cuatro causas. La primera, de demonio para engañar. La segunda, de humor, enfermedad o sueño del cuerpo; que hay una especie de catalipsis que suele venir a las almas, que puestas en oración, con la fuerza que se hace en el espíritu despiertan aquel humor, viene aquel desmayo que parece rapto y aun dura muchas horas. Lo tercero puede venir de causa natural, como de un gran gozo, dolor o admiración, como acaecía a los filósofos antiguos y lo vemos en los que se desmayan. Lo cuarto puede venir de Dios y de buen espíritu, como en el rapto verdadero, porque los tres que hemos dicho son falsos. Pues supuesto que no se sabe ni se puede saber precisamente de dónde viene el rapto, aunque hay muchas señales para discernir los buenos de los malos, la mejor, y más segura y excelente manera de oración, cuando hay igual caridad, es la sobria y sin raptos; y porque sé que hará provecho, quiero contar una historia con que se entenderá cuánto daño pueden hacer estas extraordinarias muestras de espíritu.

Un religioso tuvo noticia de unas palabras que la madre Teresa de Jesús dijo después de muerta, que eran éstas: «Predíquese con mucho cuidado, que las confesiones se hagan enteras, porque el demoni procura mezclar ponzoña en la medicina». Este religioso no moviéndose solamente por ellas sino porque sabía por fe haber de ser las confesiones enteras, y tenía experiencia ser necesario predicar aquella doctrina, predicándola en una ciudad con mucha instancia, vino a él una doncella que desde niña había tenido oración mental, y en ella había alcanzado gran cosa de visiones, revelaciones, raptos, etc. Y como el demonio es sutil y la naturaleza flaca, cayó en un pecado torpe de los muy claros y de marca mayor, y ocupándole la vergüenza por la reputación en que los confesores la tenían, dejóle de confesar, perseverando en la frecuencia de las comuniones, que no en balde dicen los Concilios que conviene muchas veces dar confesores nuevos especialmente a monjas (1), y estaba con aquella aflicción del pecado mortal y de ver que comulgaba, tenía muy turbado su corazón. Permitió su pecado que oyó decir a una amiga suya, que nunca faltan de estas que se hacen predicadoras de mala doctrina y maestras de supersticiones, que cuando una persona tenía vergüenza de confesar un pecado grande, para que Dios le perdonase bastaba hacer un hoyo en la tierra, y meter allí la boca y que dijese el pecado y luego lo cubriese con la misma tierra. Hízolo ella así y vuelta a la oración, tornó a tener muchos mayores raptos, éxtasis, visiones, revelaciones y gustos que tenía antes que en el pecado cayese, con las cuales se aseguraba diciendo entre sí: Dios no suele hacer estas

1 Concil. Trid., ses. 25.

mercedes tan grandes sino en almas puras que están en estado de gracia; luego, pues, siento estos favores de Dios, señal es que no tengo que confesar aquel pecado, y así perseveraba en su ilusión. Permitió el Señor que con los sermones se aprovechó y se confesó.

Digo esto porque se entienda cuántos peligros puede haber en este camino de arrobamientos, que llama San Vicente Ferrer *rabiamenta mulierum* (1). Si yo negocio con el rey y alcanzo de él lo que quiero igualmente entrando por las puertas del palacio, llamando a los porteros y subiendo por mi escalera ¿qué se me da que no me lleven en volandas y por el aire a meter por la ventana a la sala donde está el rey?, antes voy más seguro, que quizá cuando me llevan por el aire, me dejaran caer y me haré pedazos. Ni más ni menos, si yo negocio con Dios y alcanzo de él lo que pido en la oración, entrándome por la puerta de la fe, subiendo por la escalera de la meditación y llamando a los porteros de los santos que intercedan ¿qué hace al caso que no me lleven en volandas con el rapto y éxtasis, pues alcanzo lo que pretendo por el camino ordinario de la meditación?

Los provechos que se siguen de amar a Dios obrando las potencias en el ejercicio de las virtudes, son ciertos, son claros, son seguros, son aprobados con innumerables palabras de la Sagrada Escritura; y pues las obras del que está en estado de gracia, siendo buenas, son meritorias de gloria ¿qué cosa más clara que obrar bien? ¿Y cómo se puede saber de cierto que se obra sin que las potencias estén despiertas?; los daños, los peligros e inconvenientes que se siguen de los arrobamientos, visiones y revelaciones, no tienen número. Quien los tiene va a peligro de ilusión, anda en bocas y lenguas de la gente; y si es loado, puede temer vanagloria; si vituperado, congoja y perdimiento de tiempo, ocupándole en sí y en los letrados para que examinen su espíritu.

Peligro de los arrobamientos.

Piensan los de poco entendimiento que en aquello está la perfección, y procuran arrobamientos, que es principio de su daño: y otras personas procuran por ahí tener de comer, como una beata de quien decía una sobrinica suya preguntándole ¿cuándo se arrobaba su tía?, respondía: cuando viene la señora condesa. Y este haber querido hacer granjería de la santidad ha hecho gran daño en la Iglesia de Dios, según aquellas palabras de San Bernardo: *Devotio peperit divitias, filiae vero suffocaverunt matrem* (2). La devoción parió riquezas y ellas ahogaron a su madre. Y el mayor daño que hay en estas cosas es, que mucha gente irá a buscar una de estas arrobaderas, y oirá sus palabras como de un oráculo, y no harán caso de las que les dicen sus confesores, predicadores o los superiores a quien han de guardar obediencia. Que hay muchos, que aunque no se arroben ni tengan revelaciones, están encendidos en caridad de Dios y ocupados de día y de noche en amor del prójimo y bien de las almas, como en estudiar y confesar, quitar pecados y otros

Porque la hacía limosna.

1 S. Vicente Ferrer, *De oratione*.
2 S. Bernard., in epist. ad Abbat. Rupertum.

ministerios de Jesucristo. Y el día del juicio se descubrirá, cuán más aventajada sea un alma de estas que de estotras; hablo de las que tienen verdaderas visiones y arrobamientos, que son finas piedras preciosas y raras, que de otras ataviadas de joyas falsas y espíritu engañoso, que, o mienten cuando cuentan las grandezas de su espíritu, o se les antoja ser cosas grandes las que son de poco momento, o con tenerlas desprecian a los otros con espíritu de soberbia, no hago caso. Y concluyo en esta materia con lo que respondió el Señor a sus discípulos, cuando le dijeron que hacían milagros: *Gaudete, quia nomina vestra scripta sunt in coelis* (1): Alegraos que vuestros nombres estén escritos en el cielo; y no se os dé mucho de que *daemonia subjiciantur vobis,* los demonios os obedezcan. Y otra vez preciándose ellos de estas cosas sobrenaturales, les dijo: *Vidi Satan tanquam fulgur descendentem de coelo* (2). Vi a Satanás que bajaba del cielo como un relámpago, dando a entender el peligro que hay en la soberbia y el camino seguro que lleva la humildad. Mejor le va a la esposa cuando su esposo está tan de asiento y al seguro con ella, que entra y sale cuando quiere como en casa propia, que no cuando anda tan a hurto y de sobresalto y a las escondidas, que ha menester poner hechizos a los porteros para que se duerman. Más prudente es la reina que no hace caso del atavío y vestidos, que no la que se quiere tener en mucho porque tiene muchas joyas. El beber el vino bueno y gallardo es lo que hace al caso, que el emborracharse, no es tanto de codicia como tener tan buena complexión y fuerte cabeza, que aunque beba mucho, quede siempre en su seso. A los principios, cuando la olla cuece, hierve tanto que se sale y rebosa, y después que está cocida, asentada y sazonada no se sale de sí.

La madre Teresa de Jesús aunque tuvo muchos arrobamientos, como ella cuenta en estos libros, después se le quitaron de todo punto, y cantidad de años antes que muriese no tuvo ninguno; y muchas veces trató ella conmigo esta materia llorando muy de veras el engaño y abuso que había en el mundo, de hacer caso de las que van por este camino, y no tener el respeto, obediencia y cuidado que se debe a los predicadores, confesores y prelados. Y así quien leyere sus libros, no se escandalice viendo que con tanta fuerza resistía a estas cosas sobrenaturales y no se aseguraba de ellas, aunque eran tan buenas y aprobadas, como de los mismos libros se colige.

---

1 Luc., X, 20. 2 Luc., X, 18.

DE LOS EXTASIS Y RAPTOS

CAPITULO VIII

DE LOS EXTASIS Y RAPTOS. PRUEBASE QUE LOS HAYA. Y DECLARANSE LAS CAUSAS DE DONDE PROCEDEN Y CUAN GRANDES BIENES ALCANZA POR ELLOS EL ALMA A QUIEN DIOS LOS COMUNICA:

Pruébase que haya raptos.

Hemos declarado que los raptos y visiones y otros extraordinarios afectos de oración no son de esencia de la caridad, y que con igual amor de Dios y aprovechamiento del alma es mejor oración la despierta y sin raptos que la extática, porque es más segura y más meritoria; y que hay muchos raptos falsos y engañosos, y es peligroso el camino extraordinario. Pero no por eso puede nadie afirmar que no hay raptos, éxtasis y visiones; antes quien lo negase diría contra lo que es claro en la Sagrada Escritura. En los *Actos de los Apóstoles* se escribe el rapto de San Pablo (1), los éxtasis de San Pedro (2), cuando vió la sábana de las sabandijas, el sueño de San Juan Evangelista (3) en el pecho del Señor, que no fué sueño natural de los que hacen cesar al entendimiento de entender y a la voluntad de amar, el sueño de Adán en que Dios le reveló muchas cosas (4), el éxtasis de Abrahán, y aquellas palabras de David: *Beniamin adolescentulus in mentis excessu* (5): Benjamín en el éxtasis; sobre las cuales San Jerónimo declara el rapto y lo que dice en otro salmo: *Ego dixi in excessu meo; omnis homo mendax* (6): Yo dije estando en éxtasis, todo hombre es mentiroso; y el sueño que escribe Job (7) declaran los santos doctores del éxtasis y raptos. Y serían innumerables autoridades las de los santos que tratan de propósito de esta materia, como S. Epifanio (8), S. Agustín (9), S. Jerónimo (10), Ricardo de S. Víctor (11), Lanspergio Cartusiano (12), S. Buenaventura (13), otros gravísimos autores y todos los escolásticos hablan del éxtasis y rapto, principalmente Sto. Tomás en la primera parte y *secunda secundae*. Al fin no hay duda sino que hay estos afectos en las almas devotas, y son muy dignos de reprender algunos, que, porque ellos no los tengan, se arrojan a decir que no los hay, y porque ven haber muchos falsos, no quieren conceder ninguno verdadero; porque suele haber pe-

---

1 Act., IX, 3-18.
2 Act., X, 1-16.
3 Joan., XXI, 20.
4 Gen., II, 21.
5 Ps. LXVII, 28.
6 Ps. CXV, 2.
7 Cap. IV, 12-16, et cap. XXXIII, 15.
8 MG. **41**, 863-867.
9 ML. **36**, 226-234.
10 ML. **22**, 844.
11 ML. **196**, 174.
12 Lansp. Cartusian. in epist. ad lib. S. Gertrud.
13 S. Bonavent., lib. *Luminar. Eccl.*

ligros de ilusiones en quien los tiene, los abominan, reprenden y dicen mal de la manera de oración que viene con ellos y las extraordinarias mercedes.

Así como hay vino y de ordinario quien lo bebe no se emborracha, pero hay algunos borrachos y borrachez en los que beben mucho y muy fuerte; y así como por haber muchas piedras falsas, no se sigue que no haya finas y verdaderas; y porque la esposa gobierna su casa y manda a sus criados, no por eso algunas veces el esposo no echa sueño a los porteros; así aunque haya oración sin raptos, no por eso faltan algunos borrachos de espíritu de los que beben demasiado de este fuerte vino. Y no solamente en lo que habemos dicho de la Sagrada Escritura, sino desde el tiempo de los Apóstoles hasta ahora también duran éxtasis y revelaciones. Juan Casiano (1) escribe muchos raptos del abad Isaac y del abad Juan. San Bernardo tuvo muchos raptos, como cuentan Guillermo y Bernardo abades en su vida. De San Francisco los escribe S. Buenaventura (2); y de Sto. Tomás de Aquino, el glorioso San Antonino de Florencia (3); y de San Vicente Ferrer, fray Pedro Rosano. En las historias de San Francisco se escriben los raptos de San Bernardino y fray León, de Sta. Coleta, de Sta. Clara y de fray Junípero, fray Cristóbal y fray Gil, que todas las veces que le decían, paraíso, se arrobaba; y los muchachos por hacer burla de verle así, decían: paraíso, fray Gil. Del padre Ignacio de Loyola escriben en su vida que estuvo ocho días en un rapto.

Y es cosa de admiración que los filósofos antiguos tuvieron muchos raptos, como se colige de Pedro Gregorio Tolosano (4), Augustino Eugubino (5) y Marsilio Ficino. Platón escribe de su maestro Sócrates, que le acontecía estar traspuesto desde que salía el sol hasta que otro día tornaba a amanecer, sin pestañear los ojos, en un profundísimo pensamiento, y del mismo Platón cuenta Xenocrates su discípulo lo mismo. De Heráclito, Demócrito, Pitágoras y Zoroastes, se escribe haberlos tenido; y Porfirio de su maestro Plotino dice, que muchas veces se le desataba el alma del cuerpo y el rostro se le mudaba, y en aquel rapto se le ofrecían grandes cosas que escribir. Y de sí mismo refiere el mismo Porfirio que le acaeció esto una vez, siendo de sesenta y ocho años, y Aulo Gelio cuenta los mismos raptos de Cornelio. Pero quiero concluir con lo que Cicerón (6) escribe que dice haber un género de divinación, que no se hace con discursos y conjeturas ni señales, sino con un furor de ánimo en el alma suelta de las cosas terrenas con el cual siente las venideras; y esto acaece a los que en sueño o en furor profetizan, como profetizó Baco a los Beocios, Epiménides a los de Coo y a los Atenienses, y la

---

1 Cassian., *Collat.* IX. c. 30,
2 S. Bonav., in *Vita S. Francisci*, c. 10.
3 S. Antonin., in *Vita S. Thom.*, lib. 1, c. 2, lib. 7, c. 11.
4 Petr. Gregor. Tolos., in Comm. ad Syntaxim. artis mirab., c. 50.
5 August. Eugub., lib. *De Perenni philosph.*
6 Cicer., lib. *De divin.*

Sibila Eritrea a los Troyanos. Todo esto he dicho para que nadie se atreva a decir ser mala doctrina el haber raptos.

Causas del rapto.

Y antes que declaremos qué sea rapto y cómo se llama, y contemos sus diversos nombres, quiero por ir con más claridad declarar sus causas. Estas son dos contrarias: exceso y defecto; superabundancia de devoción, luz interior y deleite espiritual y falta de vigor; fortaleza de impresión divina y flaqueza en la resistencia, así como el emborracharse nace de abundancia y fortaleza y exceso del mucho vino que se bebe, y de la flaqueza de la complexión y debilidad de cabeza, que el que la tiene fuerte y gallarda, no se embriaga aunque beba mucho, y otros la tienen tan flaca que con poco se trastornan.

Primera abundancia de devoción.

Digo abundancia de devoción y espíritu, porque la devoción y amor de Dios en el corazón es como el fuego encerrado en alguna concavidad o vaso; que lo primero comienza a subir el humo, y creciendo más el fuego, quema todo lo que está dentro, pero si el fuego es muy grande y el vaso flaco, rompe el vaso y sale fuera. Así acaece en el corazón, que al principio va subiendo el humo del buen deseo de servir a Dios, según aquellas palabras del Esposo: *Quae est ista, quae ascendit sicut virgula fumi, ex aromatibus myrrhae thuris et universi pulveris pigmentarii?* (1). Quién es ésta que sube como varita de humo hecha de mirra e incienso y todo género de olores? Dícese que sube el deseo de la mirra e incienso y olores hechos polvos, porque la mortificación, la oración y las virtudes ejercitadas en particular, son principio de los buenos deseos. Después de este humo crece el fuego del amor, que consume en el alma todos los deseos de las cosas de esta vida. Finalmente se hace tan grande el fuego de la devoción y fervor, que rompe el vaso de las potencias interiores y exteriores, porque quedan sin obrar en el rapto, alienadas de sí, y sale fuera el fuego con la éxtasis soberana, subiéndose a lo más puro de su esfera. Este rompimiento y alienación de potencias declaró Job por estas palabras: *En venter meus quasi mustum absque spiramine, quod lagunculas novas disrumpit* (2). Este mi vientre, que es mi conciencia, cuando tiene un gran afecto de devoción, está lleno del mosto sin respiradero, que así se llama el impetuoso deseo, que rompe las tinajuelas nuevas, que son las potencias flacas.

Segunda, abundancia de admiración.

Otras veces nace la éxtasis de la abundancia de admiración en un conocimiento de cosas muy raras y nunca oídas, como se ve en los que se quedan atónitos y pasmados cuando ven un espectáculo inaudito; y así acaece que nuestro entendimiento tiene en la oración alguna manera de luz tan alta y sobrenatural de objeto tan excelente y divino, que se queda pasmado y todas las potencias abobadas y atónitas. Y con esto se pueden entender aquellas palabras de los «Cantares»: *Quae est ista, quae progreditur quasi aurora consurgens?* (3). Quién es ésta que se levanta como la mañana? La mañana comienza con poca luz, porque en la noche no había ninguna sino de la luna y

1 Cant., III, 6.
2 Job., XXXII, 19.
3 Cant., VI, 9.

estrellas; en la mañana vénse la luna y los luceros; mas cuando quiere salir el sol, crece la luz de la mañana y escóndense todas las estrellas. Por este modo va nuestra alma, que en la sabiduría natural obran las potencias con la luz de nuestro entendimiento, que es como la luz de las estrellas en la noche; en la luz de oración, que es como la luz de la mañana, viene nueva luz del sol que quiere salir, que es luz sobrenatural; pero cuando hay mucha luz sobrenatural, ya que sale el sol, que es en el estado en que se llega a lo más alto de la contemplación, suelen esconderse las estrellas de las potencias naturales y dejar de obrar.

Tercera, abundancia de gozo.

También de la grandeza y superabundancia de gozo o de dolor, acaece faltar las potencias, como vemos en una madre, que teniendo por muerto su hijo único, si súbitamente le entrase por las puertas vivo o le viese matar delante de sus ojos, claro está que este excesivo gozo o excesivo dolor la haría caer desmayada y sin sentido. Lo mismo es en la oración, que algunas veces es tan grande el gozo que se siente de la presencia de Dios y de la suavidad y dulzura de los regalos que hace al alma, que no le pudiendo sufrir el natural, faltan las potencias, y así es necesario que se recline y abrace con su amado para no caer, según aquello de los «Cantares»: *Quae est ista, quae ascendit de deserto, deliciis afluens, innixa super dilectum suum?* (1). ¿Quién es ésta que sube del desierto, llena de regalos, reclinada en los brazos de su amado? Dícese que sube *afluens deliciis,* con abundancia de regalos, porque no basta cualquier gozo, que es menester que sea excesivo, y que no cabiendo en el vaso, por ser chico, rebose y se derrame. Este vaso es el corazón, que algunas veces es de poca capacidad, y dánle tanto deleite interior que se sale con la éxtasis, como la olla cuando hierve demasiado, y siempre es menester que vaya abrazada del esposo para sustentarse. Y nótese muy bien que en estas tres causas del éxtasis que hemos dicho, conviene a saber, excesiva devoción, excesivo conocimiento y excesivo gozo o dolor, nunca falta ni el amor en la voluntad ni el conocimiento de Dios en el entendimiento, como nunca falta fuego en el vaso que se rompe ni luz en la mañana crecida.

Los grandes bienes que vienen al alma del rapto verdadero.

Dije en el capítulo pasado que era mucho mejor la oración y unión sobria y sin raptos que la extática, cuando en entrambas había igual aprovechamiento del alma y merecimiento de gloria; y esto acontece rarísimas veces, que lo más ordinario es, cuando el rapto y éxtasis es verdadero, aprovecharse más el alma en poco tiempo que suceden estos afectos, que en mucho tiempo que gastase en oración de la que el alma guía con la meditación y discursos hechos con sus propias fuerzas, así como más se riega la tierra en media hora que llueva del cielo a cántaros, que en mucho tiempo que anduviese el hortelano sacando agua del pozo a fuerza de brazos para regar las eras de su jardín. Más le aprovechó a San Pablo aquel poco tiempo de su rapto, que muchos años que estuviera estudiando y meditando en las cosas del cielo y ejercitando sus potencias en los

---

1 Cant., VIII, 5.

actos de las virtudes Porque estos afectos son mociones de la poderosa mano del Señor, que en un momento de perseguidor hace vaso escogido. Y de aquí es, que aunque no se han de procurar, ni tampoco aunque se procuren se pueden alcanzar, que son dádivas dadas a quien Dios quiere, pero no se deben de menospreciar ni tener en poco sino agradecer mucho a Dios el que recibe algo de ellos, y tener en mucha veneración al alma de quien se sabe que los ha recibido. Que por esta causa nuestra madre la Iglesia cuando canoniza un santo, cuenta entre otras grandezas y ventajas de su alma, los raptos y éxtasis de su oración.

Dice a este propósito San Buenaventura (1) que la visión del alma suspendida en la contemplación, la tiene el que es varón de deseos, y así no se suele alcanzar en lo ordinario, sino habiendo precedido algún extraordinario deseo y soberano amor de Dios, profunda humildad y mucha mortificación o penitencia. Lo mismo dice Ricardo, gravísimo autor: mientras que éstos éxtasis o raptos no sentimos en nosotros, ¿qué otra cosa habemos de sentir de nosotros, sino que amamos poco y somos amados poco? (2). Y así como Abrahán no tuvo el éxtasis (3) sino en el fervor del día, habiendo subido al convalle de Mambré, no estándose en su tienda ocupado en sus negocios, así no tiene el alma estas divinas impresiones sino desocupada de los cuidados y del amor de estas cosas perecederas, y habiendo precedido en ella mucho fervor de oración. Bien es verdad que las joyas no hacen a la reina, pero no por eso las piedras preciosas dejan de ser de inestimable valor; y más señal es de ser reina quien se las puede poner, que no la pobre labradora que no las alcanza. El emborracharse uno es señal de que ha bebido mucho vino, y si lo bebe muy aguado y flaco nunca se emborracha. El alma que no tiene afectos sobrenaturales porque está llena de amor propio, y su oración es muy aguada de distracción, su espíritu muy flaco y lleno de pasiones, no por eso se ha de estimar y tener en más que los santos a quien Dios comunicó raptos, visiones, dones, gracias y mercedes sobrenaturales.

CAPITULO IX

TRATA QUE SEA RAPTO Y LOS NOMBRES CON QUE SE DEFINE, LOS CUALES SE COLIGEN DE LAS DIVINAS LETRAS Y DOCTORES, Y LAS COMPARACIONES CON QUE SE DECLARA, Y COLIGENSE LAS MANERAS QUE HAY DE RAPTOS.

Así como Dios tiene muchos nombres y todos ellos son verdaderos, y en cada uno se declara alguna excelencia suya, así la oración de unión sobrenatural y los raptos verdaderos, que es el afecto que

1 S. Bonav., in *Luminar.*, Eccl., fer. 2.
2 ML. 196, 174.
3 Gen., XVIII, 1,

más se allega a Dios, tiene muchos nombres que se leen en los libros de la madre Teresa y en otros libros espirituales, y todos ellos son verdaderos, propios y colegidos por la mayor parte de las divinas letras y sagrados Doctores, porque se llaman rapto, éxtasis, oración de unión, teología mística, matrimonio del alma con Dios, muerte sabrosa, herida del corazón, sueño de las potencias que están dormidas, y dícese que están embebecidas, embelesadas, atónitas, espantadas y embriagadas. Llámase locura gloriosa, celestial desatino, desmayo del alma, vuelo del alma, y dícese que en ella las potencias están hechas polvos y deshechas, y que no bullen pie ni mano; que Dios está en el centro del alma sin poder resistir; llámase el supremo grado de oración y el fin de todas las oraciones. Todas estas maneras de hablar son verdaderas y propias que declaran este divino afecto de quien vamos hablando.

Nombres de la unión y rapto.

Rapto.

Rapto llama S. Lucas en los *Actos de los Apóstoles* al de S. Pablo (1) y el mismo S. Pablo le llama así en la *Epístola ad Corinthios* y *Galatas* (2), donde dice que fué arrebatado al tercer cielo y vió cosas tan escondidas, que no basta el hombre a poderlas hablar y que no sabe si estaba en el cuerpo o si fuera del cuerpo. En este rapto o arrobamiento se da a entender, que muchas veces se arroba el alma sin estar pensando en Dios, como le acaeció a San Pablo, que iba pensando en perseguir los cristianos. Y en el decir que vió cosas altas, se da a entender que en el rapto no deja el entendimiento de conocer y la voluntad no deja de amar, pues en el rapto se convirtió San Pablo. Decir que no se sabe si estaba en el cuerpo o si fuera de él, es porque entendamos que las potencias estaban enajenadas, que si no lo estuvieran, bien supiera San Pablo que estaba en el cuerpo.

Extasis.

Extasis se dice cuando el alma puesta en oración, ella misma se dispone para salir de sí, dejando de obrar las potencias según su modo natural, como se dice de San Pedro, que habiéndose puesto en oración a la hora sexta, *cecidit super eum mentis excessus* (3), cayó en éxtasis y vió la sábana de sabandijas; y en esto difiere el éxtasis del rapto, en que el éxtasis halla al alma apercibida en la oración, mas el arrobamiento cógela de sobresalto. San Agustín dice de ella: *Extasis vocabulum graecum est, latine dicitur excessus* (4): Extasis es vocablo griego, que en latín se dice exceso o salida.

Oración de unión.

Oración de unión, demás de que como hemos declarado quiere decir cualquier género de oración provechosa, donde el alma ama a Dios y se junta con él, propiamente hablando significa aquel último y soberano afecto que viene muchas veces con el rapto, en que el alma goza de Dios inmediatamente en el supremo grado que se puede gozar en esta vida; que es como la cópula del matrimonio divino, y es el décimo afecto de los que cuenta San Buenaventura en los opúsculos, cuando declara que en el amor de Dios se halla júbilo, alegría espiritual, embriaguez del alma, fervor, devoción, celo, fuego de amor, muerte de amor, éxtasis, rapto, unión; y así cuando se dice

Doce afectos del amor.

---

1 Act., IX.
2 II ad Cor., XII, 2.
3 Act., X, 10.
4 ML. 36, 230.

en estos libros, que aunque vienen al alma en la oración muchas riquezas espirituales, pocas veces llega a oración de unión, quiere decir a este último afecto; del cual dice Juan Escoto en una glosa sobre San Dionisio *De Divinis Nominibus* estas palabras: *Impossibile est quemquam uniri Deo, vel Deum quodammodo fieri, nisi cesset a materialium occupationum dispositione, tam sensu quam mente, ut divinae simplicitati similior effectus Deo perfectius uniatur; est enim deificatio, similitudo, et unitas ad Deum, in quantum licet* (1). Imposible es que nadie se una con Dios, y en cierta manera se haga divino si no es cesando de la disposición de las ocupaciones materiales, así en el sentido como en el entendimiento, para que haciéndose más semejante a la divina simplicidad, se junte más perfectamente con Dios; porque este afecto es una deificación, semejanza y unidad con Dios, cuanto ser puede, etc. De aquí se colige claro que para llegar a esta unión conviene cesar de todas las operaciones de las potencias, ahora sea enajenándose del todo ahora sea cesando de su operación.

Teología mística se llama porque este modo de oración es conocimiento de Dios escondido, secreto y misterioso; que teología quiere decir conocimiento de Dios y místico secreto. Este nombre y doctrina es de San Dionisio Areopagita (2) en el primer capítulo de su mística Teología, hablando con Timoteo, que dice que si quiere llegar a unirse con Dios, deje las operaciones del sentido y entendimiento. De aquí tomaron los teólogos espirituales llamar mística teología a este modo de oración. Y Sta. Hildegardis, escribiendo al papa Eugenio, le llama: *Cognoscere in mystico inspiramine* (3). Conocer con mística inspiración.

Teología Mística.

Verdad es que ordinariamente hablando, teología mística se llama el conocimiento de Dios por negaciones o remociones. Y para que se entienda este modo de conocer, considérese que así como hay dos maneras de hacer una figura: la primera, añadiendo algo, como hace el pintor cuando añade colores sobre la tabla; la segunda, quitando y desbaratando, como el escultor que quita astillas del leño y le va labrando para hacer la estatua; así acaece en el conocimiento de Dios. Cuando vamos poniendo en Dios los colores de las virtudes que conocemos en las criaturas, se llama teología simbólica, y de esta manera llamamos a Dios sabio, fuerte, león, etc., que es como quien le está pintando con colores; pero el conocimiento de Dios cuando quitamos las imperfecciones que conocemos en la criatura, se llama teología mística. Vemos que es imperfección en la criatura morir, quitámosla de Dios llamándole inmortal, infinito, porque no tiene fin, etc.

Qué sea teología mística y teología simbólica.

Matrimonio o desposorio con Cristo se dice este modo de oración, según aquellas palabras de Oseas: *Desponsabo te mihi in fide, desponsabo te mihi in misericordia, et miserationibus, desponsabo te mihi in sempiternum* (4): Desposaréte conmigo en la fe, desposaréte en misericordia y miseraciones, desposaréte en la eternidad. Dice *in sempiternum,* tratando de la junta que hace el alma con Dios en la glo-

Matrimonio con Cristo.

---

1 Scot., sup. Dionis.
2 MG. 3, 998.
3 ML. 197, 145.
4 Ose., II, 19.

ria. Dice *in fide,* por la que se da en el bautismo. *In misericordia,* la que se hace por gracia. *In miserationibus,* la que se hace por estas mercedes sobrenaturales. Y es de advertir, que así como el esposo tiene señorío sobre la esposa y hace de ella todo lo que quiere a su voluntad, así cuando el alma llega a tan gran rendimiento que en ninguna cosa resiste, como es cuando está en uno de este éxtasis, entonces se dice que se junta con Cristo en matrimonio, y que es mayor unión que no aquella que se hace de dos luces que vienen de dos candelas; y que es semejante a la unión que se hace entre las dos aguas, la una que llueve del cielo y la otra del río, que no se puede apartar; y así como la mujer amancebada más fácilmente se puede apartar del amigo que la casada, porque la casada está unida con mayor vínculo, así para declarar esta mayor unión que viene con el rapto, la llamó la madre Teresa unión de matrimonio.

Muerte sabrosa.

Muerte sabrosa es propísimo nombre de este afecto, que se puede colegir de aquello de San Pablo: *Vivo ego, jam non ego, vivit in me Christus* (1): Vivo yo, mas ya no yo, que vive Cristo en mí; porque así como el que se está muriendo, tiene perdidos los sentidos, los ojos quebrados, etc., pero el entendimiento y voluntad nunca estuvieron más despiertos ni más ocupados que en aquella agonía de la muerte; así en el arrobamiento, los sentidos interiores y exteriores están enajenados e impedidos; mas el entendimiento conoce secretos altísimos, que *non licet homini loqui* (2), que no se pueden hablar, y la voluntad ama con mayor fuerza. La muerte natural es muerte penosa, *ultimum terribilium est mors*; lo más terrible del mundo es la muerte; pero esta como es de amor, es muerte sabrosa.

Herida de amor.

Herida de amor en el corazón es propísima manera de declarar este íntimo y soberano afecto, porque parece que atraviesa Dios el corazón con aquellas saetas que decía San Agustín: *Sagittaveras cor meum charitate tua* (3): atravesaste mi corazón con tu caridad. Y David: *Sagittae tuae infixae sunt mihi* (4): Tus saetas están enclavadas en mi. El dolor que causa esta herida es insufrible y es incurable, pero tan agradable y tan dulce que el alma no quiere consuelo. *Renuit consolari anima mea* (5): no quiere consuelo mi alma, decía el mismo David; y nácele de ver que no ama tanto cuanto querría y que no da mil vidas por Dios, y que no le corresponde al amor con que es amado y de otras muchas causas, que algunas veces aprieta de suerte que aun al cuerpo pone en contingencia de perder la salud.

Sueño.

Sueño se dice en la Sagrada Escritura este afecto, y con mucha propiedad, porque así como el que duerme tiene impedidos los sentidos por causa de los vapores que suben del estómago al cerebro, así el que está en el éxtasis, tiene los sentidos ocupados, enajenados y sin obrar. Pero hay esta diferencia, que en el sueño natural el entendimiento y la memoria y voluntad están ociosos y sin obrar, y así en aquel tiempo no se merece; solamente obran las potencias vege-

La diferencia que hay del sueño natural a la éxtasis.

---

1 Ad Gal., II, 20.
2 II ad Cor., XII, 4.
3 ML. 32, 764.
4 Ps. XXXVII, 3.
5 Ps. LXXXVI, 3.

tativas, que son las que cuecen y digieren el manjar para el sustento corporal; de la manera que acaece cuando la esposa se echa a dormir con toda la gente de su casa y solo los cocineros en la cocina están guisando la comida. Pero en este divino sueño del rapto el entendimiento y voluntad están despiertos obrando y negociando con el Esposo, y las demás potencias duermen, pero no están ocupadas con vapores del estómago, sino están ociosas, absortas y dormidas, porque no tiene tanta fuerza el alma que pueda acudir con lo mucho que ha menester de virtud para lo interior de la razón y para dar movimiento a los sentidos. Así como si se quemase el retrete del rey, que todos los criados acuden allá y se dejan las estancias propias vacías, así cuando en el centro, retrete y recámara del alma hay este excesivo fuego de amor de Dios, la virtud de los sentidos se encierra toda a lo más interior, y quedan ellos desamparados y en el estado que les cogió aquel divino suceso, y así, si los ojos estaban abiertos, se quedan abiertos, y si estaba en pie, se queda en pie; como cuando en una gran turbación o miedo se va toda la sangre al corazón y las manos y pies se quedan fríos.

Casi todos los Santos declaran por este sueño natural el sueño sobrenatural de que vamos hablando; pero hay dos lugares de Job expresos, que son importantísimos para dar luz en toda esta doctrina. El primero es en el capítulo cuarto, donde dice: *Porro ad me dictum est verbum absconditum, ut quasi furtive suscepit auris mea venas susurri ejus; in horrore visionis nocturnae, quando solet sopor occupare homines, etc.* (1). A mi me dijeron una palabra escondida, y como a hurto recibió mi oído las venas de su susurro; en el horror de la visión nocturna, cuando el sueño profundo suele ocupar los hombres. Si declarara toda esta autoridad despacio, se viera que, según los doctores sagrados, se contiene en ella la doctrina que la madre Teresa de Jesús escribe en todos sus libros de los éxtasis, unión y revelaciones; pero basta entender, que aquí Job no habla del sueño natural sino de los éxtasis, a quien llama *sopor,* que en hebreo se dice *tardemach,* que quiere decir sueño pesado o profundo, a diferencia de otras dos maneras de sueños, llamados *lemath* y *seumach,* que son sueño liviano, cuando uno fácilmente despierta y sueña a medio dormir, cuando uno está dando cabezadas; y así hay tres maneras de éxtasis: uno profundo, otro liviano y otro más liviano, como en el primer libro dijimos. Y en el capítulo treinta y tres torna a decir el mismo Job: *Semel loquitur Deus, et secundo in ipsum non repetit per somnum. In visione nocturna quando irruit sopor super homines* (2). Una vez habla Dios, y dos veces no repite lo mismo; en el sueño de la visión nocturna, cuando el sueño pesado cae sobre los hombres. De estas dos autoridades se coligen tres puntos esencialísimos para todas estas doctrinas. El primero, que hay tres maneras de éxtasis, como decíamos. El segundo, que en el éxtasis casi siempre hay visión y revelación. El tercero, que la doctrina que se dice en el éxtasis, cuando el éxtasis es verdadero, no es contraria á la Sagrada Escritura, que

---

1 Job., IV, 12-13.

2 Job., XXXIII, 14-15.

eso quiere decir hablar Dios una vez; y así para asegurarnos si la oración es buena o mala, y la doctrina que se nos da en el éxtasis es verdadera o falsa, no hay mejor remedio que cotejarla con las divinas letras y sagrados doctores.

San Epifanio tratando en estas materias dice estas palabras: *Propter admirationis excellentiam venit homo in stuporem, insaniam et soporem* (1). Por la excelencia de la admiración viene el hombre a caer en embelesamiento, locura divina y sueño profundo. Llámale embelesamiento y embebecimiento, locura divina y sueño profundo; y dice que es de la manera como aquel sueño de Adán (2) o el de Jose (3), cuando le habló el ángel; y eso quiere decir la madre Teresa cuando dice que las potencias están dormidas, embebecidas, embelesadas, atónitas, espantadas y embriagadas, y que es una gloriosa locura y celestial desatino. Y es de advertir, que si por milagro se revela al entendimiento algún divino concepto, no hace al caso que las potencias sensitivas estén ocupadas con los vapores del estómago, como acaece en el sueño natural, o embriagadas con el espíritu celestial, como acaece en el rapto. Y así esencialmente el sueño de San José, esposo de la Virgen, fué como el rapto y éxtasis de San Pedro y de San Pablo, que la causa y diversa manera del adormecerse los sentidos, no es de consideración para la esencia del rapto. Y declarando San Jerónimo aquellas palabras del Salmo: *Ego dixi in excessu meo* (4), yo dije en mi éxtasis, que quiere decir, en mi embelesamiento y admiración, dice: *id est, in stupore et admiratione mea* (5). Los filósofos antiguos decían, y principalmente Platón que sin furor no hay verdadera poesía; y llamaban a este furor o locura los griegos *Mantia*, tomando el vocablo de la hada llamada Manto; y defínela Platón por estas palábrás: *Furor est abstractio, alienatio et nexus*; furor es abstracción, alienación y lazo. Si estas palabras fueran de un cristiano muy espiritual, no pudieran con más brevedad declarar todo cuanto pasa en este modo de oración, que son tres cosas. La primera, que el alma se distrae de la consideración y amor de las cosas terrenales con pureza y atención, y eso es *abstractio*. Lo segundo, estando así se enajenan los sentidos y dejan de obrar, y eso es *alienatio*. Lo tercero, que el entendimiento y voluntad se enlazan y abrazan con Dios, y eso quiere decir *nexus*.

Cuando el ángel mostró a Daniel aquellas divinas visiones, dice *corrui in faciem meam, et ego Daniel langui, et aegrotavi per dies* (6). Caí yo, Daniel, de ojos, y estuve sin fuerzas y quedé enfermo por algunos días. Y Esdras en semejante ocasión dice: *Evigilavi, et corpus meum horruit valde, et anima mea laboravit ut deficeret* (7). Velé y mi cuerpo grandemente se espantó, y mi alma trabajó casi hasta desfallecer. Aquel caer sin tener fuerzas para sustentarse y aquel desfallecer, no es otra cosa sino que el alma se desmaya, y que están

1 S. Epip., lib. 2, *Adver. haereses*, c. 45.
2 Gen., II, 21.
3 Matth., II, 19.
4 Ps. XXX, 2.
5 S. Hieron. super Ps. XXX.
6 Dan., VIII, 17.
7 IV Esd., V, 14.

las potencias como deshechas y hechas polvos, que no pueden bullir pie ni mano; porque está Dios en el centro del corazón, que se llama así lo más último y secreto de nuestro conocimiento, no como algunos quieren calumniar, que centro quiera decir la esencia del alma, sino que es tomada la metáfora de las cosas visibles; así como se dice, que el Esposo mete la esposa *in cellaria sua* (1), en su retraimiento, y la esposa dice que no se contentará hasta meterle *in cubiculum genitricis meae* (2), en la recámara de mi madre. Son comparaciones que usa la Escritura y los santos para declarar lo más secreto y escondido; así como también llaman vuelo del alma al subir en lo más alto del conocimiento, según aquello: *Quis dabit mihi pennas sicut columbae, et volabo, et requiescam* (3). ¿Quién me dará alas como de paloma y volaré y descansaré? Pero ya me parece que basta lo dicho para declarar qué sea este modo de oración, y por qué tiene todos estos nombres: vamos a decir las comparaciones que declaran mejor esta doctrina.

CAPITULO X

DE LAS COMPARACIONES CON QUE SE DECLARAN TODAS ESTAS MANERAS DE ORACION Y UNION SOBRENATURAL QUE SUELE VENIR EN EL RAPTO Y LO QUE PASA EN EL ESPIRITU PARA VENIR A ELLAS.

Compárase todo este negocio de la oración sobrenatural y unión con Dios a un huerto, que se riega con cuatro maneras del agua; y el alma unida, al hierro ardiendo; y la unión, a la mezcla de dos lumbres de dos candelas, o a la junta de dos aguas que nacen de dos fuentes o al matrimonio. Y cuando el alma está arrobada, es como si el águila arrebatase un conejuelo entre sus uñas, o como un niño que sin que él trabaje en buscar la teta ni despierte de la cuna, la madre le pone el pezón en la boca, y cuando despierta, se halla la leche en el estómago sin saber cómo; o como el gusano de la seda que labra el capullo, y queda muerto dentro de él y después sale hecho palomica. Otras muchas comparaciones hay en los libros de la madre Teresa, pero en estas han reparado algunos. No es nuevo en las divinas letras usar de comparaciones y figuras, ni a Cristo hablar con parábolas; y en los ejemplos no se ha de pedir semejanza en todo ni otra cosa que ser bien acomodados. Los que he tocado son muy buenos, muy propios y muy usados. Que el del huerto y agua con que se regase, toma de los *Cantares*, donde llama Cristo a su esposa: *Hortus conclusus*, huerto cerrado, y ella le convida: *Ut veniat in hortum suum, et comedat fructum pomorum suorum* (4). Venga mi amado a su huerto para que coma el fruto de sus manzanas. Y el mismo dice que viene a ver si *floruerunt vi-*

Costumbre de la Sagrada Escritura, y con Cristo traeré comparaciones.

1 Cant., I, 3.
2 Cant., III, 4.
3 Ps. LIV, 7.
4 Cant., V, 1.

La primera de huerto, y cuatro maneras de agua.

neae, et germinarunt mala punica (1), si han florecido las viñas y nacido las granadas, y pide agua del cielo para regarle, soplando el viento ábrego que junta las nubes, las cuales el viento cierzo desparrama: *Surge aquilo, et veni auster, perfla hortum meum, et fluent aromata illius* (2). Levántate viento cierzo, venga el ábrego a mi huerto para que fructifique. Del mismo ejemplo y cuatro aguas de riegos usa Ricardo de San Víctor (3) en sus libros *de contemplatione*, y Lorenzo Justiniano, gravísimo doctor (4), y la de profundísima sabiduría, santa Hildegardis (5) en sus epístolas, y es admirable comparación.

Porque así como hay señor del jardín, y jardín, semilla, agua, yerbas, flores, frutas, y el jardinero que desmonta, despedrega, cava, y labra y ara la tierra con gran trabajo para sembrar la semilla; y ya que comienza a nacer, la escarda y riega con cuatro maneras de agua; o la que saca a fuerza de brazos del pozo, o la que con menos trabajo saca con artificio de bomba, o noria o agua de río, o acequia que entra en el jardín, o agua que llueve del cielo, que ningún trabajo le cuesta; así en la oración y aprovechamiento del alma, Dios es el dueño y patrón del jardín; el hortelano es el libre albedrío; el jardín la conciencia; la semilla la palabra de Dios o inspiración divina: *Semen est verbum Dei* (6); las plantas, los buenos hábitos; las flores, las virtudes; el fruto, el merecimiento. Y lo que aquí es mucho de considerar es, que el agua no significa la gracia habitual, en que algunos se han engañado, sino lo que llaman los teólogos prontitud para bien obrar, que esta cuesta trabajo a los principios, como sacar el agua a fuerza de brazos. Otras veces cuesta menos, cuando hay alguna perseverancia. Otras es casi como propia, cuando hay hábito y costumbre. Y finalmente algunas veces es como agua que llueve del cielo, porque la abundancia es tanta, que obra en la tierra de la conciencia y virtudes heróicas; y esta agua no es la gracia habitual que es el principio del merecimiento de la gloria, porque para esa gracia habitual no es necesario, para que sea mayor, que el alma esté dormida ni despierta, con éxtasis o sin ellos. Antes acaece, y adviértase mucho este punto, porque importa, estar una religiosa en una altísima oración, lloviendo abundantemente del cielo de esta agua del espíritu, y por obediencia de su prelada dejar la oración en que estaba ocupada, con que cesa de llover aquella agua que venía del cielo, y queda seca y desabrida la conciencia, y aunque deja la oración, haciendo el acto de obediencia crece la gracia habitual y el merecimiento de la gloria, ya que el agua de la gracia *gratis data*, que es aquel afecto de la oración, se disminuya y falte. Y esto da a entender la misma Madre, diciendo que muchas veces le son más agradables al Señor del jardín las flores

Qué sea agua. Promptitudo ad bene operandum.

1 Cant., VI, 10.
2 Cant., IV, 16.
3 Ricard., lib. 6, *De contemplatione*.
4 S. Laurent. Just., *De discipl. monast.*, c. 20.
5 ML. 197, 191-192.
6 Luc., VIII, 11.

del hortelano, que las ha regado a puro sudor y trabajo, que no las que le ofrece el que ha recibido abundancia de agua del cielo para su jardín; y seránle más agradables flores, cuando por haber mayor trabajo hubiese mayor merecimiento.

Así como el hierro ardiendo está todo empapado en fuego, así el alma unida con Cristo está toda abrasada en Dios. Esta comparación se colige de San Dionisio Areopagita que decía: *Ignis divinus Deificos facit* (1), y va declarando con esta comparación los más de los fuegos de la Sagrada Escritura, como los animales encendidos de Ecequiel (2) y el río de fuego de Daniel, etc. (3). Y esta misma comparación del hierro ardiendo y de la nube arrebolada, que se pone como sol, es de San Cipriano (4).

Segunda, hierro ardiendo.

Y así como se mezclan dos aguas, la que llueve del cielo con la de la fuente, así se mezclan nuestros deseos con los de Dios, y se hacen todos unos, según aquello que dijo el Señor a la Samaritana: *Fiet et fons aquae vivae salientis in vitam aeternam* (5). Harásele una fuente de agua viva que salta hasta la bienaventuranza. Y por San Juan: *Qui credit in me, flumina de ventre eius fluent, etc. hoc autem dicebat de spiritu, quem recepturi erant credentes in eum* (6). El que creyere en mi, manarán de su alma ríos, y esto decía del espíritu que habían de recibir los que creyesen en él. Donde se ve que el espíritu de Dios es como agua añadida a otra agua, o como cuando se mezcla una gota de agua con el vino; que así como aquella gota de agua cae dentro del vino, y luego se dilata, y se torna y convierte en vino, así la poquedad de nuestros deseos, cuando nos resolvemos a no hacer cosa que Dios no desee, cae sobre los deseos de Dios, y se van dilatando y haciéndose uno. Esta comparación del agua poca mezclada con el vino, es de San Bernardo en un sermón del nacimiento de San Juan; y también trae la del hierro ardiendo y del aire que recibe la luz del sol. De la misma manera es el ejemplo de las dos lumbres que provienen de dos candelas, y es de S. Dionisio Areopagita (7) en el libro de *Divinis Nominibus.* Ya he declarado el ejemplo del matrimonio y los lugares de la Escritura donde se colige. El del águila, es muy a propósito para esta doctrina; porque así como un conejuelo con sus propios pies, por más que corra, no sale del coto de su dehesa; pero si un águila le arrebata entre las uñas y le lleva volando, en poco tiempo anda diez tanto más camino, y sale a otros prados, dehesas y bosques que nunca había andado; así el alma con sus pies de su entendimiento y voluntad natural, anda poco camino, pero si le arrebata el águila: *Provocans ad volandum filios suos* (8), que enseña a volar sus hijos, que es Dios, en poquísimo tiempo la lleva a una alteza de conocimiento y amor, cual nunca había llegado, como le acaeció a San Pablo. ¡Oh qué divinas uñas las de

Tercera, mezcla de dos aguas.

Cuarta, mezcla de dos luces.

Quinta, matrimonio.

Sexta del Aguila.

---

1 S. Dionys., *De Coelest. Hierarch.*
2 Ezech., I, 4-5.
3 Dan., VII, 10.
4 S. Cyprian., lib. *De singular. cleric.*
5 Joan., IV, 14.
6 Joan., VII, 38-39.
7 MG. 3, 642.
8 Deut., XXXII, 11.

esta águila y qué sabrosa herida, cuando atraviesan las entrañas y corazón de la temerosa conciencia.

Sexta, del niño que mama.

Mas dejemos esta comparación, y digamos la del niño y la leche que es importantísima para esta doctrina. Tomemos dos niños, uno grandecillo de tres años que tiene gana de mamar; éste anda con sus pies buscando a la madre, y puesto delante de ella le pide la teta y llora porque no se la da; si la madre le toma en brazos, él mismo con sus manos ayuda a descubrir el pecho, y toma en la boca el pezón, y chupa y echa la leche en el estómago con que se sustenta. El otro sea chiquitico y más regalón, que sin que él camine y pida la teta ni descubra el pecho, la misma madre le va a buscar y le mete el pezón en la boca, estándose dormido; de suerte, que sin hacer cosa que le cueste trabajo, se halla con la leche en el estómago. Así acaece en las dos maneras de oración. La una, cuando la misma alma se va a buscar a Dios y le pide la leche de la devoción y se aflige y llora con la sequedad, y ayuda a descubrir los conceptos con la meditación; la otra es, que sin saber cómo, se halla dormida y la leche de la devoción en el interior. Pero es mucho de notar, como adelante diremos, que este segundo niño en el cocer de la leche en el estómago algo hace, y aquella es operación vital que procede de la virtud natural del niño, como de causa eficiente; y así verdaderamente obra su nutrimiento aunque no trabaje en disponerse. Así el alma que recibe de Dios estas dádivas, obra con el libre albedrío su merecimiento, aunque no obra para buscar la devoción; y esto digo, porque no puede haber merecimiento sin obra de nuestro libre albedrío. El ejemplo del gusano de la seda que ya declaré, es admirable, y usan de él Orígenes (1), S. Dionisio Areopagita (2), San Jerónimo, y San Agustín (3) para declarar el misterio de Cristo, que se llama *Vermis* (4), y vino al mundo predicando y enseñando hasta que murió en la Cruz, y después resucitó volando al cielo y engendró por hijos todos los de la Iglesia; pero el mismo Orígenes, San Ambrosio (5) y San Jerónimo declaran en esta misma comparación el misterio de lo que pasa en lo interior de la conciencia, que recibe la inspiración divina y la palabra de Dios, y con ella va obrando hasta subir a lo alto del espíritu y llevar otras almas al cielo. Y baste esto cuanto a estas comparaciones.

---

1 MG. **13**, 1837.
2 S. Dionys., *De Caelest. Hierarch.*
3 S. August., in epist. 49.
4 Ps. XXI, 7.
5 ML. **15**, 1836.

DE LAS VISIONES, REVELACIONES Y PROFECÍAS

CAPITULO XI

EN QUE SE COMIENZA A TRATAR DE LAS VISIONES Y REVELACIONES. DECLARASE QUE SEA LA CIENCIA NATURAL, LA LUZ DE LA FE Y LA QUE SE ALCANZA EN ORACION, Y REFIERENSE ALGUNOS SANTOS QUE POR LA ORACION HAN SIDO MUY DOCTOS.

Hemos tratado de la unión, éxtasis y raptos, porque así como el alma del bienaventurado, lo primero es acepta a Dios y dedicada para la gloria, y luego la suben los ángeles al cielo, donde, habiendo salido de esta ínfima región del mundo, ve a la esencia divina, que rostro a rostro se le revela; así algunas almas de varones espirituales, habiéndose unido con Cristo y habiendo salido de sí con los éxtasis y raptos, alcanzan visiones y revelaciones de que ahora pienso tratar. Y es doctrina muy importante para huir de los errores y engaños que en las visiones falsas suelen causar los demonios transfigurados en ángeles de luz, y para aprovecharse de las verdaderas revelaciones.

Visión, propiamente hablando, es la obra del sentido de la vista, y porque este sentido es el más noble y conocido de todos, cualquier género de noticia y conocimiento se llama visión, aunque sea por el oído o por el entendimiento, y así se dice en el Exodo: *Populus videbat voces et lampades, et sonitum buccinae* (1): veía el pueblo las voces y las lámparas y el sonido de la trompeta; como quien dice, oía las voces; y vulgarmente decimos ¿no veis esto? cuando queremos persuadir alguna razón al entendimiento. Y así como para ver son menester tres cosas; la primera, los ojos abiertos y sin impedimento interior o exterior que estorbe la vista, que quien tiene los ojos cerrados y ciegos o se le pone una pared delante no ve; la segunda, que los colores y objeto visible estén cerca y en proporción donde pueda alcanzar la virtud de los ojos, que no se puede ver lo que está muy lejos o muy alto; la tercera, la luz que descubre los colores y lleva por el medio las semejanzas de lo que se ve, que se llaman especies visibles; así para entender son menester tres cosas. La primera, que el entendimiento esté atento y no impedido, porque los niños que no llegan a uso de razón o los locos no entienden; ni al que se le pone delante alguna gran pasión o pecado, no se desengaña. La segunda, que lo que se entiende sea proporcionado al entendimiento; y así el entendimiento criado no entiende las cosas que están lejos y por venir ni las cosas sobrenaturales que están más altas de lo

1 Exod., XX, 18.

que alcanza su virtud. La tercera, su luz interior, que es la que causa las noticias y conceptos que se entienden.

Cuatro principios de entender.

Hagamos cuenta que esta luz entra por cuatro ventanas: llamemos a la primera la razón, por donde entra la luz natural. Sea la segunda la fe, por donde entra otra luz más cierta que la natural, aunque no tan clara con que alcanzamos las cosas divinas y sobrenaturales. La tercera es la oración, con que, demás de la fe, alcanzamos otras cosas más secretas que no alcanzan todos. La cuarta, la visión, revelación o profecía que Dios comunica a algunos, con que vemos las cosas venideras o muy escondidas para algún buen fin nuestro o de la Iglesia. Si hubiera de tratar despacio de las dos primeras ventanas, que son la razón y fe, fuera menester revolver la filosofía natural que trata del ánima, y la materia de la fe; y no es mi intento detenerme en lo que no fuere necesario para dilucidar el verdadero espíritu. Baste para ahora decir que lo que se sabe con la razón natural, se alcanza con tres medios. El primero, oyendo a maestros y doctores que lo enseñen, y por eso se llama doctrina o disciplina; como quien dice, ciencia oída de doctores y aprendida por los discípulos. El segundo, leyéndolo en los libros, y así llamamos a uno letrado porque sabe letras; como quien dice, que ha leído libros escritos con letras. El tercero, discurriendo el entendimiento y sacando unos conceptos de otros con el trabajo de su meditación, y por esa razón la llamamos ciencia, inteligencia o noticia. De manera, que todos estos nombres, doctrina, disciplina, letras, sabiduría y ciencia significan una misma cosa. Y esta no estorba, antes aprovecha para el espíritu, cuando por ella vamos rastreando las cosas sobrenaturales e invisibles, según aquellas palabras del Apóstol: *Invisibilia Dei per ea quae facta sunt, intellecta, conspiciuntur, etc.* (1). Como quien dice las cosas sobrenaturales sabemos porque las vamos rastreando por la ciencia natural. Y así Mercurio en su primer capítulo del *Pimandro* dice, que considerando las cosas naturales, y levantando por ellas los ojos del entendimiento a lo alto, vió a Pimandro (2), que es la mente de la divina sabiduría, etc.

La razón.

Digo esto contra algunos ignorantes que piensan, que en siendo un hombre sabio y letrado, no puede tener levantado espíritu ni alcanzar visiones y revelaciones, como si solamente a los bobos se les apareciesen las cosas divinas, y San Agustín y San Jerónimo y los demás doctores griegos y latinos, aunque muy doctos, no hubieran tenido altísimas revelaciones. Verdad es, que a los letrados soberbios, a quien *scientia inflat* (3), y a los que están llenos de carne y sangre de ambición y deshonestidad, no se les comunica Dios familiarmente, y las mismas letraderías con que se ensoberbecen les hacen daño para no alcanzar las cosas soberanas de Dios; que así podemos declarar aquellas palabras del Salmo: *Quia non cognovi litteraturam, introibo in potentias Domini* (4), como quien dice: porque no conocí letraderías, que llama así a esta ciencia hinchada y soberbia, entré

1 Ad Rom., I, 20.
2 Mercur., in *Pymandr.*, c. 1.
3 I ad Cor., VIII, 1.
4 Ps. LXX, 15-16.

en las grandezas de Dios. Que así como es imposible con los mismos ojos estar juntamente mirando al cielo y a la tierra, dice San Cipriano, así es imposible juntamente estar considerando las cosas naturales y las sobrenaturales. Es necesario apartar los ojos de la tierra y levantarlos al cielo, por el rastro que queda de haber entendido las cosas de la tierra; que así hacían los santos doctores cuando dejaban el estudio y se daban a la oración.

Luz de la fe.

La luz de la fe se alcanza con otros tres medios, que son como quien quita tres candados o cerraduras para abrir esta segunda ventana. El primero, que Dios la dé, porque es hábito y dádiva sobrenatural, y para eso vino Cristo al mundo *ad dandam scientiam salutis* (1), y así él enseñó a sus discípulos y ellos a nosotros. El segundo, doctores que nos la enseñen y los libros en que la leamos, según aquellas palabras: *Quomodo audient sine praedicante, etc.* (2). El tercero, rendimiento de la voluntad y cegarse el entendimiento a no querer entender con su propio ingenio ni querer penetrar los misterios de la fe. Que así como si un gigante quisiese tomar en brazos y llevar corriendo un niño, es necesario que el niño se deje llevar y cese de andar con sus pies, así cuando este gigante Dios quiere tomar nuestro entendimiento y levantarle a las cosas sobrenaturales y de la fe, es necesario que el entendimiento se rinda y cese y ciegue de su natural conocimiento; y más anda el niño y más alto ve cuando no anda en sus pies sino en los del gigante que le lleva, y más mira desde los hombres del gigante; así el alma más alto entiende y más camino anda de conocimiento de Dios cuando se rinde y ciega, creyendo lo que Dios le tiene revelado en su Iglesia. Por esta razón dijo santo Tomás de Aquino que es más sabia una viejecita cristiana que los sabios gentiles; porque ellos no saben esta verdad, que Dios es trino y uno y que encarnó, y la viejecita cristiana, aunque sea rústica, lo cree.

Oración.

La tercera ventana por donde entra la luz es la oración. Porque, como Dios sea luz verdadera que alumbra todo hombre que viene a este mundo (3), el que más tratare con él en la oración más luz recibirá. Llegaos a él, dice el Profeta, y recibiréis luz (4); y en otra parte: Oiré lo que habla Dios en mí (5), y él promete por otro Profeta, que hablará al alma al corazón (6), y cuando San Juan dice que la unción enseñará toda verdad (7), llama unción al fruto que el alma saca de la oración. El Señor dice: Lo que pidiéredes al Padre Eterno en mi nombre, os dará (8); luego quien pidiere a Dios luz y desengaño por medio de la oración, lo alcanza. Y así vemos que muchos santos sin haber estudiado en escuelas ni haber revuelto libros, con sola la oración han sido doctísimos, como S. Bernardo y muchas mujeres que han escrito y padres antiguos del yermo. Tres maneras de cosas se saben por la oración, que son como tres luces

---

1 Luc., I, 77.
2 Ad Rom., X, 14.
3 Joan., I, 9.
4 Ps. XXXIII, 6.
5 Ps. LXXXIV, 9.
6 Ose., II, 14.
7 I Joan., II 27.
8 Joan., XIV, 13.

que entran por esta tercera ventana. La primera, las mismas cosas y los mismos conceptos que sabemos por la razón natural y por la fe. Pero cuando vienen en la oración, traen mayor claridad al entendimiento, y mayor ímpetu, mayor peso y mayor fuerza a la voluntad. Sabía yo por la razón natural ser bueno amar a Dios y guardar sus diez mandamientos, que son de la ley natural. Sabía también por la fe que Dios es trino y uno, que me redimió con su sangre, etc.; estas mismas verdades vienen en la oración con tanta claridad y desengaño, que parece que entonces abro los ojos para entenderlas, y hacen tal obra y batería en el alma y vienen con tanta fuerza, cuanto va de lo vivo a lo pintado; porque, aunque antes las sabía, no hacían en mí impressión alguna, como quien ve un león pintado; mas después que las entiendo en la oración, causan en mí temor, y amor y afecto, como me espanta el león vivo.

Declara muy bien este punto Justino Folósofo mártir (1) y San Ireneo (2), que llaman al conocimiento de sola la razón natural, carne, porque ese nombre tiene todo lo natural en nosotros; y al conocimiento que viene de la oración, espíritu, y con esto interpretan aquellas palabras de San Juan: *Spiritus est qui vivificat, caro non prodest quidquam* (3); el espíritu es el que da vida, que el conocimiento de sola la carne, cual era el de los filósofos gentiles aunque sabían mucha doctrina moral de virtudes, o el que sabe puntos de teología, no les aprovecha tanto ni da vida como la da la luz que Dios les da en la oración, añadida a las mismas verdades que sabían. Cuando San Agustín dice en sus Confesiones: *Pondere feror quocumque feror* (4), llévanme con peso donde quiera que voy; llama peso a esta fuerza que hace la luz de la oración. Que así como la piedra cuando cae de muy alto cobra tan gran peso, que rompe la cabeza de quien da, y si mansamente la pusiesen con la mano no haría daño, así cuando una verdad de estas que sabemos por fe o por razón natural, cae del cielo en el alma del que tiene buena oración, la rinde y rompe los que le impedían la gracia. Diferentemente le aprovechó esta palabra, Dios es bueno, mal hago en ofenderle, a santa Tais, cuando ella la sabía o cuando de San Pafnucio la recibió con espíritu (5). Porque la luz de sola la razón, por más letrado que uno sea, o la luz de la fe muerta, a quien se quiere estar en pecado mortal, aunque sean verdaderas luces, están ofuscadas, estorbadas e impedidas.

Dice Teodorico Cirenense (6) que así como el sol ciega los ojos a los murciélagos, así a muchos letrados soberbios les ciega la luz de las mismas letras por la ambición y soberbia que con ellas tienen. San Clemente papa (7) dice que a los pecadores y malos les ciega el humo de la soberbia y amor propio, el cual se quita con la gracia y oración. Quisiera traer a este propósito toda aquella apología que hace Hermas, filósofo cristiano, contra los filósofos gentiles, de-

1 S. Justin., *Dialog. cum Tryphone.*
2 S. Irenaeus, *Adver. haereses.*
3 Joan., VI, 64.
4 ML. 32, 849.
5 Surius, in *Vita eius.*
6 Theod., serm. 2.
7 S. Clemens., lib. 2 *Recognt.*

clarando esta autoridad de San Pablo: la sabiduría humana es ignorancia acerca de Dios (1), que allí prueba con muchas razones, cuán poco saben de achaque de virtud los engolfados en los vicios, idolatrías y herejías, por más libros que hayan visto y leído de filosofía moral. Todo esto he dicho a propósito de persuadir, cuán buena es la ventana de la oración en almas puras para saber lo mismo que sabían con más claridad y provecho. De aquí se sigue un documento muy importante para todos, especialmente para letrados y gente que gobierna, y es, que tengan cada día un rato de oración de estudio y negocios, tratándolo con Dios como con un amigo letrado y docto, de la manera que el estudiante cuando ha oído una lección la repite a su maestro, o como un pleiteante que da cuenta a un letrado su consejero de su pleito, y le dice las razones que tiene para alcanzar su justicia, y verán cuán bien les sucede todo en lo que pusieren mano; que por eso se llama Dios por Isaías, maestro y consejero.

La segunda manera de luz que entra por la oración es la noticia y conocimiento de las cosas de espíritu, y del trato escondido que Dios tiene con las almas, de las mercedes que les hace, de los tropiezos y estorbos que hay en el camino espiritual, y finalmente de toda la doctrina de oración. Porque así como quien anda un camino sabe mejor contar los pasos, las entradas y salidas, los estropiezos y barrancos de él, o quien ve los colores o come de la miel, sabrá mejor discernir la diferencia de lo azul a lo colorado y la dulzura de la miel, que no el que nunca anduvo el camino, y el ciego y el que nunca gustó la miel, por más sabios que sean y más noticia segunda que de ellos tengan, porque la ciencia experimental es más viva, más cierta y más eficaz que la de oídas; así, quien ha continuado la oración y tiene experiencia de ella, mejor la entiende y sabe hablar y escribir en ella, que el que no la ejercita. Mejor sabe enseñar a danzar, tañer y cantar el experimentado en estas artes, que no el letrado aunque haya revuelto todo lo que estuviere escrito de la teórica de ellas.

De aquí se sigue otro aviso no menos importante y es, que el que quisiere saber bien de oración, busque maestros más experimentados que letrados sin experiencia, y lea los libros de los varones espirituales que han escrito, que les aprovecharán más que los escritos por sola la especulación, como los de San Doroteo Archimandrita, San Isaac y San Isaías, abades de Siria, San Juan Clímaco y otros santos del yermo, que no tenían más libros que la Biblia, ni otro maestro sino a Dios y a sus padres espirituales, también experimentados; y los libros de mujeres que han escrito de oración, como de Sta. Brígida, Sta. Hildegardis, Sta. Angela de Fulgino, Sta. Catalina de Sena y Génova, la madre Teresa de Jesús y otras muchas. Verdad es que los libros que escriben de sola experiencia, no hallan los nombres tan propios y usados en la Iglesia y Concilios como los que escriben con ciencia y sabiduría, ni sabrán también defender

---

1 I ad Cor., III, 19.

ni alegar autores como los sabios, de donde se suele seguir algún daño, como dice San Jerónimo. Lo que hace al caso es buscar por maestro y leer los libros de los que tienen ciencia y juntamente experiencia, porque estos declaran mejor sus conceptos, y con los verdaderos y propios nombres; prueban lo que dicen con autoridades y razones y saben defender mejor las cosas espirituales que los santos sinceros, con que se asegura más el espíritu de quien los lee. Y así han hecho mucho fruto las confesiones y meditaciones de S. Agustín, y lo que en la materia de oración han escrito San Gregorio, San Ambrosio, San Jerónimo, San Bernardo y los griegos antiguos; Laurencio Justiniano, Blosio, Lanspergio, Taulero, fray Luis de Granada y otros muchos autores, juntamente doctos y espirituales.

La tercera manera de luz que viene en la oración es la de cosas y conceptos que se pueden saber naturalmente con la razón y sobrenaturalmente con la fe, pero son tan altas y delicadas, que exceden al entendimiento del que ora. De esta manera dice Sto. Tomás de Aquino que supo muchas verdades de las que escribió, estudiándolas al candil muerto, y tratándolas con Dios en la oración, y recibió más luz que si leyera doctores sagrados. De San Bernardo escribe Uguentino en su vida, que estando una vez en la oración, le pareció vió toda la sagrada Escritura delante de sí declarada. Muchas verdades de estas, refiere Blosio (1), que tuvo en otra oración Sta. Isabel Escomagense. De santa Hildegardis cuenta Teodorico abad (2), que desde que era de diez años supo por la oración altísimas doctrinas de teología. Y ella misma dice de sí que siendo de edad de cuarenta años, con la misma luz de la oración vió y entendió los escritos de los Profetas y Evangelios y de otros muchos sagrados doctores. Y en una epístola que escribe al papa Eugenio dice estas palabras: *O mitis, pater, ego paupercula femina scripsi tibi haec in vera visione in mystico spiramine sicut Deus voluit me docere* (3). ¡Oh piadoso padre, yo una pobre mujercilla he escrito estas cosas en verdadera visión y mística y secreta inspiración divina, como Dios me ha querido enseñar. Y la excelentísima filosofía con que la gloriosa Sta. Catalina mártir convenció los cincuenta sabios de Majencio, no hay duda sino que fué más estudiada en oración, desde que se desposó con Cristo que no en libros. Una labradorcita de cerca de Avila, llamada Maridíaz, que vivió en tiempo de la madre Teresa de Jesús, de quien pudiera escribir grandes cosas, alcanzó por la oración puntos tan altos y delicados de teología, que venían a comunicar con ella grandes letrados de Salamanca. Y así no tuvo razón un confesor que mandó a la misma madre Teresa de Jesús quemar un libro que había escrito sobre los *Cantares*, haciendo escrúpulo sin por qué, y un pedazo que de ellos quedó, que había trasladado una monja, da muestras cuál sería todo el libro. Y como dice divinamente Casiodoro (4), es bien que sepamos que la prudencia y sabiduría no está en solas las letras

---

1 Blos., en el collar. spirit., c. 20.

2 Theod. Abb. in *Ejus vita*.

3 ML. **197**, 145.

4 ML. **70**, 1141.

y estudio, sino que la da Dios a cada uno como quiere. Y por esa causa se llaman dones del Espíritu Santo el del entendimiento, que es la ciencia de la oración con que uno alcanza lo que está dentro del entendimiento del hombre, que eso quiere decir *intellectus*, como quien dice *intus latens*, y el de la sabiduría, que es de cosas del cielo, que se saben con gusto y sabor, y el de la ciencia y consejo. Del padre Ignacio de Loyola cuenta Ribadeneyra en su vida, que le comunicó Dios en la oración grandes secretos de la fe, sagrada Escritura y ciencias humanas. Y finalmente, como dice S. Dionisio Areopagita, la afluentísima benignidad del Padre Eterno puede dar luz al entendimiento criado para que alcance a ver cosas más altas y delicadas, que las que por sus fuerzas pudiera alcanzar. Mas baste esto acerca de esta manera de luz que entra por la oración.

CAPITULO XII

DE LAS VISIONES, REVELACIONES Y PROFECIAS. PRUEBASE QUE LAS HAY Y HA HABIDO. DECLARASE QUE SEAN Y CUANTAS MANERAS HAY DE ELLAS Y LAS CAUSAS DE DONDE PROCEDEN.

Como declara divinamente el papa Bonifacio IX en la bula de la canonización de santa Brígida, desde el principio del mundo, y al tiempo de Cristo y de sus apóstoles, y hasta que el mundo se acabe, ha habido y habrá profecías, visiones y revelaciones. Porque, según el Apóstol, a unos se da gracia de hacer milagros y a otros profecía, etc. (1), y así es de fe que las ha habido, y sería hereje el que negase las profecías de los profetas y de San Juan en el *Apocalipsi*. Los Papas cuentan las visiones y revelaciones de los santos cuando los canonizan. El Concilio Tridentino (2) dice que sin particular revelación de Dios nadie puede saber de sí que tendrá el don de la perseverancia. Muchos santos han escrito las revelaciones de otros santos, como San Basilio las de San Columbano, y de otros; San Paulino, obispo de Nola, escribe las de San Félix; San Bernardo, las de Malaquías, obispo; San Buenaventura, las de San Francisco; y finalmente, todos los que escriben vidas de santos, cuentan sus visiones, revelaciones y profecías. Y como se dice en aquellas palabras: *Spiritum nolite extinguere, prophetias nolite spernere, ab omni specie mala abstinete vos* (3): guardaos de cualquier cosa mala e ilusión, mas no apaguéis el espíritu ni menospreciéis las profecías.

Que ha habido revelaciones y visiones.

Algunos llaman visiones y revelaciones a la ciencia que hemos dicho que viene en la oración, ahora sea lo que antes sabíamos, cuando viene con mayor claridad y fuerza, ahora sea los puntos de espíritu y oración que se alcanzan orando, ahora sean los conceptos más delicados y altos que se pueden saber por la fe y ciencia, pero

1 I ad Cor., XII, 7-11.
2 Concil. Trid., ses. VI, c. 16.
3 I ad Thesal., V, 19-22.

no los pudiera alcanzar el que ora si no tuviera oración; y bien se pueden llamar estas visiones y revelaciones, y así lo llaman los santos. Mas hablando propiamente y para mayor claridad de nuestra doctrina, visión, revelación y profecía es todo uno, que en griego se llama *Apocalipsis*, y algunos la llaman adivinación. Y esta es una particular noticia que Dios da milagrosamente de cosas escondidas, altas o futuras, a que no se puede allegar con sola la fe y luz natural de la razón.

Qué sea revelación.

Estas profecías, visiones y revelaciones, según se colige de S. Agustín (1), S. Jerónimo (2), S. Gregorio (3), S. Buenaventura, Ricardo de San Víctor (4), Juan Gersón (5), el cardenal Turrecremata (6) y los escolásticos son de tres maneras. La primera visión corporal; la segunda visión espiritual e imaginaria; la tercera visión intelectual. La visión corporal o exterior es cuando con los ojos del cuerpo se ve alguna figura, como cuando vió Moisés la zarza (7); o con los oídos se oye alguna voz, como cuando Samuel oía las voces de Dios que le llamaba. Y esta visión se suele hacer de tres maneras. La primera cuando el mismo Cristo se manifiesta a los ojos corporales, como cuando se apareció a San Pedro al tiempo que le dijo en Roma: *Domine, quo vadis?*, o el mismo Dios por su mano forma las imágenes y figuras que se aparecen a los ojos; pues por si solo puede hacer lo que hace con las causas segundas. La segunda, cuando los ángeles toman figura visible, formando cuerpos del aire o de otra manera, y hablan y revelan a los hombres lo que Dios les manda de su parte, como cuando los tres ángeles aparecieron a Abrahán (8). La tercera, cuando no hay cosas exteriores que se vean, sino Dios, que pues es omnipotente lo puede hacer, pone en los ojos del que ve las especies e imágenes que habían de venir del objeto por medio del aire.

Tres maneras de revelaciones.

Esta manera de visión corporal es la más incierta, menos segura y más sospechosa de todas, aunque el vulgo de los que no entienden espíritu la tiene en mayor admiración y estima; y la razón es, porque también puede venir de otras causas. Viene algunas veces de los demonios, como las visiones de la Pitonisa (9) y todas las que ven las brujas, nigrománticos y hechiceros o engañados con ilusión por arte de Satanás. También viene de malos humores, como lo que escribe Hipócrates (10) y Galeno (11) de lo que hace la melancolía o miedo, que exteriormente hacía parecer a las otras que veían a Diana, etc.; y quien va de noche y con miedo, juzgará que el arbolillo que ve es un gigante, etc. Y aun a veces con espejos, antojos o piedra triangular cristalina fabricados de cierta manera ven los ojos cosas que no son verdaderas sino aparentes, y los embaucadores suelen hacer de estos trampantojos muchos. Y aun a las veces el vino, a quien carga

La visión corporal es la menos segura.

---

1 ML. **34**, 459.
2 S. Hieron., in prolog. Apocal.
3 S. Gregor. super. Ezechiel.
4 Ricard., in *Benjam. major.*
5 Gerson., lib. *De probat. spirituum.*
6 Turrecrem. in prolog. S. Birgit.
7 Exod., III, 2.
8 Gen., XVIII, 2.
9 I Reg., XXVIII, 7.
10 Hypocrates, *De morbis virginum.*
11 Galen., lib. 3, de los aff.

demasiado, le hace ver dos candelas donde no hay más que una. De aquí se sigue que estas visiones son las más flacas, inciertas y menos seguras, pues pueden venir de tantas causas y algunas de poco momento.

Las visiones espirituales o imaginarias son cuando allá dentro de la imaginación y espíritu, sin que los ojos corporales vean cosa alguna, se representan imágenes y figuras, o se oyen palabras formadas sin que entren por los oídos carnales. Esta manera de visión tenía San Juan en el *Apocalipsi*, que eso quiere decir en aquellas palabras: *Fui in spiritu dominica die* (1). Y suele ser en dos maneras. La una cuando se ven figuras formadas en lo interior de la imaginación. La segunda cuando sin verse figuras, se siente asistencia de Cristo en el alma, que causa atención y respeto, y es de mucho fruto para la oración, como cuando de noche se siente entrar un amigo que se conoce por los pasos, aunque no se le vea el rostro. Y demás de las palabras interiores formadas que se oyen algunas veces, parece que allá dentro el corazón se escriben las razones con más silencio y delicadeza y sutileza que si se oyesen palabras formadas. Podemos declarar a este propósito aquellas palabras de San Pablo: *Videmus nunc per speculum in enigmate* (2): Llama *speculum* a las figuras o palabras formadas, y enigma a las que no son figuras y palabras formadas. Porque enigma quiere decir sentencia oscura, aunque aquel lugar propiamente se entiende del conocimiento de la fe.

Visiones imaginarias.

Todas estas maneras de visiones imaginarias pueden venir, o estando despiertos, como las revelaciones del *Apocalipsi*, o estando durmiendo o en sueños, como la escala que vió Jacob (3) y las palabras del ángel que oyó José, esposo de la Virgen María (4). Y porque, como hemos dicho, hay dos maneras de sueños, el sueño natural, como el de Jacob, Faraón, Nabucodonosor, José, o el sueño del éxtasis y raptos, como el de San Juan en el pecho del Señor, en entrambas a dos maneras de sueños vienen estas visiones y revelaciones. Pero es también de advertir, que aunque son más seguras que las exteriores, no son del todo ciertas y seguras; pues la melancolía, locura, mal humor y demonio también las pueden causar como los sueños del que ha comido el opio somnífero, de que dicen se suele hacer el ungüento de las brujas. La tercera manera de visiones es la intelectual, cuando al entendimiento le vienen divinos y soberanos conceptos, o entiende el sentido de lo que Dios le quiso decir en las visiones exteriores o imaginarias. Y porque ninguno ha hablado tan al propio de estas visiones como el glorioso San Gregorio, quiero referir sus mismas palabras que nos darán luz para muchas cosas. *Cum per semetipsum loquitur Deus, de verbo ejus sine verbis ac syllabis cor docetur; quia virtus ejus intima quadam sublevatione cognoscitur; ad quam mens plena suspenditur, vacua gravatur. Pondus enim quoddam est, quod omnem animam quam replet, levet. Incorporeum lumen est, quod et interiora repleat, et repleta exterius cir-*

Léase Dioscorides, del opio somnífero, y allí el comento de Laguna.

Visión intelectual qué sea.

1 Apoc., I, 10.
2 I ad Cor., XIII, 12.
3 Gen., XXVIII, 12.
4 Matth., II, 19.

cunscribat; sine strepitu sermo est qui et auditum aperit, et habere sonitum nescit. Spiritum enim Dei quasi quaedam nobis verba dicere, est occulta vi ea quae agenda sunt intimare, etc. (1). Quisiera declarar muy despacio estas palabras, porque no solamente enseñan esta manera de visión intelectual de que vamos hablando, que algunos llaman espiritual, sino que también declaran qué sea la divina inspiración y gracia preveniente, que no hace poco al caso conocerla para salvarnos. Quieren, pues, decir: Cuando Dios nos habla interiormente con la visión intelectual sin palabras ni sílabas, enseña al corazón, y su divina virtud levanta el espíritu, el cual lleno de aquellos conceptos, sube a lo alto, y cuando se desembaraza y está vacío de otros, recibe peso divino y hace caso de las cosas de Dios; porque esta habla es un peso, que cuando llena toda el alma, la levanta a lo alto; es una lumbre incorpórea, que hinche todo lo interior y rodea todo el corazón; es un sonido interior, sin palabras, que sin sonido habla al oído de quien le oye; y añade, decirnos el espíritu de Dios palabras, no es otra cosa sino intimarnos por una oculta manera lo que nos conviene hacer para nuestra salvación, etc.

De lo que hemos dicho se sigue que hay dos maneras de visiones intelectuales; la primera, cuando viene al entendimiento la doctrina oculta con mucha claridad, peso, eficacia y moción del alma, sin que se vean figuras ni se oigan palabras interiores o exteriores, como cuando vino a Isaías aquel concepto: *Ecce virgo concipiet, etc.* (2). La segunda, cuando habiéndose visto figuras exteriores con los ojos, o interiores con la imaginación, o habiéndose oído palabras exteriores a los oídos de la carne, o interiores sin sonido, el entendimiento entiende lo que Dios le quiere declarar por aquellas figuras o palabras sensibles que le representa, como cuando Faraón vió las siete vacas gordas y siete flacas en visión imaginaria de su sueño (3), José entendió en visión intelectual ser los siete años de abundancia y los siete de esterilidad que habían de venir en Egipto; y cuando San Juan vió la mujer rodeada del sol, etc. (4) en visión imaginaria, con la visión intelectual entendió ser la Virgen María; que algunas veces acaece dar Dios a uno visión imaginaria, sin que él la entienda, y a otro la intelectual para que se la declare; como cuando Nabucodonosor vió la visión imaginaria de la estatua, y Daniel (5) tuvo la inteligencia de las cuatro monarquías para que se la declarase. Acaece venir a una mujer o a un hombre sincero unas palabras en latín que no las entiende, y cuando se las dice al padre espiritual, y él se las declara, entonces sabe lo que Dios quiso decir por aquellas palabras y hacerle fruto. Otras veces al mismo a quien vienen las palabras o la figura, viene la declaración de ellas, como cuando a San Francisco le dijeron: *Vade, repara Ecclesiam meam,* bien entendió que no hablaba Dios del templo material de San Juan de Letrán, sino del espiritual de la Religión.

---

1 ML, 76, 447.
2 Isai., VII, 14.
3 Gen., XLI, 1-7.
4 Apoc., XII, 1.
5 Dan., II.

Hemos dicho en este capítulo que de todas las visiones, revelaciones y profecías, hablando en común, buenas y malas, verdaderas y falsas, exteriores, imaginarias o intelectuales, hay tres causas. La primera, Dios, cuando él mismo habla o por sus ángeles, o pone las especies en las potencias del sentido, imaginación o entendimiento. La segunda, el diablo, cuando por sí mismo engaña, trasfigurandose en ángel de luz, con visiones y revelaciones falsas, o por medio de sus ministros los nigrománticos, hechiceros, brujas o malos hombres, o cuando sin hacer figuras o imágenes ni decir palabras, siembra mala doctrina para engañar. La tercera, la causa natural, como la locura, enfermedad, melancolia, vidros o vino, etc. Y porque una de las cosas más importantes para dilucidar los espíritus es saber de cuál de estas causas vienen las revelaciones, y cuáles sean buenas y verdaderas y cuáles falsas y malas, trataré de esta materia en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIII

DE CINCO REGLAS COLEGIDAS DE LA SAGRADA ESCRITURA Y SANTOS DOCTORES PARA EXAMINAR LAS VISIONES, REVELACIONES Y PROFECIAS, SI SON BUENAS O MALAS, Y CINCO AVISOS NECESARIOS PARA LOS QUE LAS TIENEN O SIGUEN ESPIRITU Y PARA LOS CONFESORES O MAESTROS QUE LOS EXAMINAN.

Deme Dios su gracia y espíritu, luz, claridad de ingenio, distinción, resolución y verdadero modo de proceder a provecho de las almas que tienen revelaciones o siguen espíritu, y de los maestros que las examinan; que pienso ser una de las doctrinas más necesarias que he tratado en este mi Dilucidario lo que escribiré en este capítulo, y porque en negocio tan grave se haga caso de lo que dijere, no escribiré cosa que no haya colegido de las divinas letras y de los santos y doctores que nombré en el capítulo pasado y demás de ellos, del glorioso Santo Tomás de Aquino (1), Hugo de San Víctor (2), Juan Casiano (3), el abad Moisés, San Antonio Arsenoita (4); y lo que han revelado de esta doctrina los ángeles. San Juan Evangelista, la Virgen María y Cristo Jesús cuando se revelaban a las santas Brígida, Catalina de Sena, Angela de Fulgino, Metildis, y en las Bulas de los Papas que canonizan Santos que han tenido revelaciones. Porque viniendo de tales manantiales mi doctrina, y alumbrando con tan buenas antorchas, confío en Dios libraré algún

---

1 S. Thom., II, 2, q. 171-179.
2 Hugo, in *Soliloq. de arrha animae.*
3 ML. 49, 801 et sequent.
4 ML. 49, 807.

alma de errores, y ahuyentaré las tinieblas de ignorancias que en este caso suele haber muchas.

Así como en la probática piscina había cinco portales, me pareció reducir toda esta doctrina de probar espíritus a cinco reglas.

Que la revelación sea aprobada.

La primera regla es: cuando la revelación es aprobada, porque es canonizada por toda la Iglesia, o referida en las bulas de los papas, o examinada y dada por buena por maestros de ciencia y espíritu, se puede creer ser de Dios y buena; mas cuando ningún otro la ha examinado y aprobado sino sola el alma que la recibe, tendráse por sospechosa e incierta; así como el oro cuando le han visto los plateros y llegado a la piedra del toque, y le juzgan por bueno, es de creer que es oro fino, de otra manera siempre hay sospecha no sea alquimia u oro falso. Esta regla se colige del *Deuteronomio* (1), donde mandaba el Señor que si se ofreciese alguna cosa dudosa, lo fuesen a consultar con los sacerdotes doctos y jueces puestos para aquel efecto. Y así a San Pablo le enviaron con Ananías (2); a Cornelio, con San Pedro (3); al eunuco de la reina de Candacia, con San Felipe (4). Decimos que sea canonizada por toda la Iglesia, referida por los papas o aprobada por varones espirituales y doctos; porque hay tres maneras de revelaciones. Unas de la Sagrada Escritura, como las de los profetas y las del *Apocalipsi* de San Juan, y el que dudase de estas, sería hereje. Otras, las que refieren los papas cuando canonizan los santos que las tuvieron, como Bonifacio IX y Martino V las de santa Brígida, Pío II, las de santa Catalina de Sena y los demás; y aunque estas revelaciones no estén en tan alto grado de certidumbre como las primeras, no juzgaría bien del que las negase. La tercera manera de revelaciones es las particulares, que ni son de fe ni los papas las refieren; y quien las tiene acuda a comunicarlas con personas que las entienda, y de otra manera no se fíe. Y como dice bien el cardenal Turrecremata (5), búsquense maestros que juntamente sean doctos y espirituales, que no bastan cualesquiera maestros. Que si solamente fueren santos que no sepan cotejar la revelación con la Sagrada Escritura, doctores y razón natural, aprobarán quizá lo que no conviene con mucho daño; y si solo fueren letrados hinchados y soberbios, de los que ni tienen oración ni saben lo que es espíritu y el divinísimo trato entre Dios y el alma su regalada, ríense y hacen burla de todas estas cosas, teniéndolas por ilusiones y embaucamientos o sueños de mujercillas.

De esta primera regla se sigue un aviso de mucha importancia, y es: que todas las veces que al que tiene la revelación, le aconsejan en lo interior que no la comunique y trate con nadie, sino que la crea y haga lo que en ella le dicen, tenga gran sospecha que la tal reve-

1 Deuter., XVII, 8-9.
2 Act., IX, 10-12.
3 Act., X, 1-21.
4 Act., VIII, 26-40.
5 Turrecrem., in prol. S. Birgit.

revelación es del demonio. Que así como el lobo cuando se lleva la oveja, el primer bocado le da en la garganta para que no pueda balar y ser socorrida de su pastor, así el demonio lo primero que persuade es callar; unas veces con título de falsa humildad, porque no se sepan las mercedes que Dios les hace; otras veces con arrogancia, pensando que los confesores o maestros que tienen, son ignorantes y no bastarán a darles luz. Este documento se colige del abad Moisés (1), que dice divinas cosas en la colación segunda de Juan Casiano, y aunque me holgara de referirlas todas, que son de harto provecho, basta referir las palabras con que él concluye diciendo: *Tandiu enim sugestiones noxiae dominantur in nobis, quandiu celantur in corde*: Tanto tiempo nuestros pensamientos nos son dañosos, cuanto los encubrimos en el corazón. No digo que el que tiene revelaciones, las ande publicando a todo el mundo y haciendo plato de ellas, que eso sería dar causa de murmuración y escarnio a la gente vulgar, sino que las trate en secreto con las personas más experimentadas que en aquel pueblo se hallaren. Y por esta razón ordenó prudentísimamente la madre Teresa de Jesús a sus monjas, que diesen cuenta de su espíritu a la prelada del monasterio; y cuando se les ofreciese alguna cosa más grave, llamasen al padre espiritual más docto y experimentado que pudiesen hallar para comunicarse, ora fuese clérigo, ahora fraile de cualquiera religión. Y como ella me comunicó algunas veces con lágrimas, temía que el demonio no introdujese dificultad en las monjas de dar cuenta de su espíritu a la prelada, o que los prelados no las constriñesen y apretasen a confesarse y comunicar su espíritu con solos los de su Orden; porque aunque todos sean muy santos, muy doctos y muy devotos, en todas religiones tiene Dios ministros aprobados; y basta aquella acedia que tiene una monja de no dejarla comunicar su espíritu con quien imagina que le entenderá mejor, para que todo el vino de su devoción se le vuelva vinagre y se pierda el interior, sin lo cual lo exterior de la virtud no es durable.

La calidad de la persona que tiene las visiones y revelaciones.

La segunda regla para probar las visiones y revelaciones y cualquier espíritu es: examinar la calidad de la persona que las recibe. Porque si fuese cristiana y católica, no infiel o herética, sierva de Dios y recogida, no mala y distraída, humilde y obediente, no soberbia y rebelde, sincera y bien entendida, no bachillera y de mal entendimiento; y si tuviere vida ejemplar y fuere dotada de otras gracias *gratis datas*, como discernir espíritus y hacer milagros, etc., y no de vida común y ordinaria; y si perseverare hasta el fin de la vida en virtud, y después de ella diere muestras de santidad haciendo algunos milagros, es buena señal que sus revelaciones son de Dios, buenas y verdaderas; de otra manera serán sospechosas. Esta regla se colige de un principio de filosofía que dice: *Omne quod recipitur, recipitur ad modum recipientis.* Lo que se recibe, es conforme a la

---

1 ML. **49**, 542-547.

calidad del que lo recibe: *Neque mittunt vinum novum in utres veteres*, dijo el Señor; como quien dice: No es Dios tan indiscreto que eche su vino de las visiones, revelaciones y buen espíritu en vasos rompidos y malos.

Pruébase esta regla, porque ninguna persona discreta descubre sus secretos sino a sus amigos. Y así dijo queriendo destruir a Sodoma: ¿Encubriré por ventura a mi amigo Abrahán lo que quiero hacer? (1). Descubre pues Dios sus secretos a amigos con quien familiarmente trata. Y los secretos que se descubren a los amigos del diablo, es de creer que sean de su amigo el demonio: y así podemos decir, que las visiones y revelaciones de los moros, herejes y gente amancebada y perdida, que andan con hechicerías, etc., de ordinario son ilusiones diabólicas; digo, de ordinario, porque algunas veces, por particulares fines que Dios tiene, da profecías a gente mala, como a Balaam, Faraón, Nabucodonosor, Caifás, la mujer de Pilatos, etc., porque usa de ellos como de trompetas no para provecho suyo, sino de su Iglesia. Decimos que sea persona humilde y obediente porque de ordinario las visiones de gente soberbia, que con ellas se ensoberbecen y desprecian a los otros, o no quieren obedecer a sus prelados sino seguir su propio espíritu, como hacen los herejes puritanos, son ilusiones del demonio. Digo sinceras, según aquellas palabras: *Cum simplicibus sermocinatio ejus* (2). Porque muchas veces gente bachillera, habladora y amiga de parlar y que las oigan, cuentan por visiones los pensamientos que les vienen a la imaginación; y gente necia y de mal entendimiento hace lo mismo, y del eco interior de la imaginativa, porque les viene sin estar ellas pensando en aquel caso, toman ocasión de decir que son visiones y revelaciones; como el ignorante, que no sabiendo ser naturaleza de la voz retumbar en las concavidades y hacer eco, piensan que aquel sonido es voz de otra persona que responde. Y pues la profecía es una de las nueve gracias *gratis datas*, de creer es que la da Dios a quien tiene alguna de las otras, como hacer milagros, etc. Y porque hasta que se acabe la vida, no podemos saber cuál ha de ser santo ni loarle, y los milagros que hace después de muerto son más ciertas señales de su canonización, de aquí es que cuando vemos personas semejantes, como a los santos canonizados, es bien que juzguemos que las revelaciones que tuvieron en la vida fueron de Dios, y de las otras revelaciones que cuentan de sí gentes de vida común, no nos aseguremos.

De esta regla se sigue otro documento no menos importante que el pasado, y es, que aunque el que oye o examina las revelaciones, juzgue y se asegure que son de Dios por las reglas que aquí ponemos, la persona que las recibe siempre es bien que tema, y se humille y no se asegure, sino que las comunique con quien lo entiende. Y la razón es, porque si Dios da de ordinario las revelaciones y visiones a sus amigos y gente de buena vida, y es bienaventurado el varón que siempre anda temeroso de sí y se tiene por malo, según aquello: *Beatus vir, qui semper est pavidus*, siempre es bien que uno tema, y

1 Gen., XVIII, 17. 2 Prov., III, 32.

tenga sospecha de que no merece que Dios le haga sobrenaturales mercedes como son las visiones y revelaciones.

La substancia y verdad de las revelaciones.

Sea la tercera regla: Si lo que dice la revelación es verdadero y no falso, es bueno y de cosa de virtud, y no malo, pecado ni vicio, es cosa grave y de importancia, y no niñerías y cosas de poco momento, y es conforme a lo que Dios ha dicho en la Sagrada Escritura, o a lo que dicen los sagrados doctores y autores graves o a lo que enseña la buena razón, es señal que la revelación es de Dios y buena; pero si es cosa falsa o pecado, o niñerías o contra lo que la Sagrada Escritura y los santos dicen o contra lo que la razón dicta, es señal que no sea buena sino del demonio. Porque Dios es infinita bondad y sabiduría, y tiene revelado en la Sagrada Escritura y por sus ministros lo que conviene a nuestra salvación; mas el demonio, como autor de maldad y mentira, si dice algunas verdades, es para persuadir mentiras con intento de hacer daño. Esta regla se colige del *Deuteronomio* donde está escrita a la letra por estas palabras: *Si tacita cogitatione respondeas: Quomodo possum intelligere verbum, quod non est locutus Dominus? Hoc habebis signum. Quod in nomine Domini propheta ille praedixerit, et non evenerit: hoc Dominus non est locutus, etc* (1). Si preguntares: Como conoceré que no sea Dios el que habla? Sea esta la señal. Si lo que dice el profeta no saliere verdadero, Dios no lo dijo. Y, como dice bien Sto. Tomás (2) y San Juan Crisóstomo (3), es costumbre del demonio revelar muchas verdades para ganar crédito con el alma que tiene revelaciones y encajarle una mentira o un pecado con que se condene. Y así, en viendo no es verdad o es pecado y malo lo que se nos dice, siempre lo tengamos por del demonio, según aquellas palabras de San Pablo: *Si ego aut angelus de coelo evangelizaverit praeter id quod evangelizatum est, anathema sit* (4). Si yo o un ángel del cielo dijere alguna cosa contra la fe que tenemos, sea tenido por demonio. Esto mismo quieren decir aquellas palabras de Job: *Semel loquitur Deus* (5): una vez habla Dios. Como quien dice: ya tiene hablado en su Sagrada Escritura y sus doctores y por la razón natural en los entendimientos de los hombres lo que después ha de hablar por sus siervos, que tienen revelaciones y raptos, etc. Y como después diremos tratando de las ilusiones, las más de las herejías que ha habido en la Iglesia, han nacido de visiones y revelaciones falsas.

El tercer documento de aquí se sigue, y quien le guardare nunca se perderá ni tropezará en las visiones y las revelaciones, es este. Quien tuviere alguna visión o revelación, mire muy bien lo que en ella se le dice, y no le dé más crédito por ser revelación que si nunca lo fuera, aunque venga con más apariencia de ser Dios el que

1 Deuter., XVIII, 21-22.
2 S. Thom., 2, 2, q. 172, a. 6.
3 S. J. Chrysost., super Matth.
4 Ad Galat., I, 8.
5 Job., XXXIII, 14.

habla; sino si fuere cosa de fe, como si Dios dijese a uno: ámame, etc., hágalo, porque lo sabe por la fe. Si fuere alguna doctrina que escriben los autores, hágalo obedeciendo a los maestros que Dios le tiene puestos; si fuere cosa particular y dudosa, como que diga a fulano que no vaya a tal parte, que le matarán, etc., que ni es de fe ni está escrito, consúltelo y examine si conviene o no, que luego la misma razón y circunstancias dan luz; y jamás lo crea por sólo ser revelación sin buscar el arrimo de las otras ventanas que hemos dicho, y no haya miedo que Dios por esto se enoje, y él va siempre al seguro para no errar.

Tráelo Ribera en el libro de la Madre Teresa, capítulo de la obediencia.

Dije una vez yo a la madre Teresa de Jesús, que pidiese a Dios muy de veras le diese luz, si convenía hacer una cosa de que tratábamos, que era muy importante, o dejarla de hacer; respondióme, que tenía clara revelación que se hiciese. No obstante esto yo ejecuté lo contrario guiándome por lo que me dictaba la razón. Ella calló y obedeció, que era entonces mi súbdita, y después estando yo temeroso si había acertado en ir contra la revelación de la madre, tórnela a mandar que pidiese al Señor nos descubriese si íbamos bien. Respondió que el Señor le dijo estas palabras: Bien hiciste en obedecer que por ese camino no se puede errar: lo que yo te había dicho era muy bueno, mas por estotro yo haré que suceda mucho mejor, aunque os ha de costar muchos trabajos: sucedió así al pie de la letra. Y al fin quien quisiere acertar, siga el camino cierto de la fe, obediencia y virtud en que sabemos no puede haber engaño, y en las visiones, revelaciones y profecías, tenemos por fe que le puede haber, pues dicen las divinas letras que Satanás se transfigura en ángel de luz (1).

El modo de recibirse las visiones.

La cuarta regla: todas las veces que cuando viene la visión o revelación, siente el alma dentro de sí misma un influjo divino de luz sobrenatural que la alumbra, y asegura ser aquella luz del cielo, con un ímpetu y gusto de divino amor que enciende y abrasa el corazón y le mueve al servicio del Señor, es señal que la tal revelación es buena y de buen espíritu; pero si viene con inquietud, perturbación y desasosiego que distrae e inquieta, no nace de buen espíritu. Esta regla se colige de unas palabras del glorioso San Gregorio que dicen así: *Cum Deus per semetipsum animae loquitur, sola in nobis vis internae inspirationis aperitur, quia virtus ejus intima quadam et dulcissima sublevatione cognoscitur* (2). Que quiere decir: Cuando Dios nos habla a nuestra misma alma, se descubre la fuerza de la divina inspiración, porque se conoce su virtud con una íntima sublevación o levantamiento del espíritu, que levanta el entendimiento para recibir aquella luz, y la voluntad para amar. Y la razón de esto

1 II ad Cor., XI, 14.
2 ML. 76, 447.

da Sto. Tomás de Aquino, porque el mismo don sobrenatural de la profecía que da luz para conocer otras cosas, da luz para conocerse a sí misma, como la luz del sol que manifiesta los colores, se descubre a sí misma, y siendo don de Dios, mueve la voluntad a su amor. Esto mismo declaró un ángel en revelación a santa Brígida (1) diciendo, que el espíritu bueno e increado tiene tres calidades que son calor, dulzura y limpieza; porque viene al alma con movimiento de amor de Dios, que es el calor con la dulzura que asegura el entendimiento, y con la limpieza y pureza del deseo de nunca le ofender; pero el mal espíritu es inquieto, amargo e inmundo.

La sacratísima Virgen (2) compara el buen espíritu a la buena moneda de oro, que así como el oro resplandece y es blando y precioso, así la buena moneda de la buena revelación resplandece con la luz que la asegura; es blanda, porque ablanda el corazón con paciencia y amor, y es preciosa, porque mueve a virtudes heróicas. Mas la visión que no es de Dios es como moneda falsa, que aunque parezca de oro, es de cobre, y no resplandece, no es blanda ni preciosa, sino que se quiebra si la tuercen y vale poco. El Redentor del mundo declara la misma doctrina a la misma Santa con la comparación del sol. Que así como el sol tiene luz, calor y excelencia, así la verdadera inspiración y visión de Dios tiene luz que la asegura, calor de movimiento amoroso y excelencia de virtud.

De esta regla se sigue otro documento provechoso en gran manera, y es, que el que recibe la inspiración verdadera o la visión y la revelación divina, sintiendo aquel movimiento de amor dulce, aprovéchese primero en su espíritu, y deténgase en el amor de Dios y en el ejercicio y propósitos a que le mueven, y después ponga diligencia en examinar la visión y revelación, que en aquello no puede haber peligro ninguno, y si es cosa de importancia, no se confíe de cualquiera que le declare la revelación, sino busque personas que la aseguren; porque la misma fuerza interior que allá la hacen en el espíritu, la traerá inquieta hasta que halle persona que la entienda.

Los fines y frutos de la revelación.

La quinta y última regla es, cuando las visiones, revelaciones y profecías son de provecho y causan buen fruto así en las personas que las tienen, como en otras para quien se dan, o en la Iglesia, es señal que son buenas y de Dios; pero si son causa de mal, serán malas y del demonio. No puede, dice el Señor, el árbol bueno dar mal fruto, ni el árbol malo darle bueno. Y así dice Sto. Tomás, que Dios da este don de la profecía para bien de las almas que la reciben o de su Iglesia, y cuando falta, no es por bien, según aquellas palabras de los Proverbios: *Cum dejecerit prophetia, dissipabitur populus* (3); cuando faltare la profecía, se destruirá el pueblo; como se quejaba el Profeta diciendo: *Jam non est Propheta, et nos non cog-*

1 S. Brigid., lib. I *Revel.*, c. 54.
2 Ib., lib. IV, c. 24.
3 Prov., XXIX, 18.

noscet amplius, porque siempre este Señor desde el principio del mundo ha tenido cuidado de avisar al pueblo por sus Profetas.

Buenos frutos de la verdadera revelación.

Los buenos fines y frutos que hacen las visiones y revelaciones verdaderas en las almas son: luz en el entendimiento para hallar el camino de la salvación, amor de Dios y del prójimo; fortaleza y ánimo para cosas grandes; paciencia en las tribulaciones; conocimiento propio con humildad, mortificación y obediencia; firmeza en la fe, y el ejercicio de todas las demás virtudes. Los frutos que hacen en otras almas y en la Iglesia son pureza, y quitar pecados, paz y evitar peligros, perfección, aumento de la fe y de la Iglesia, y los demás bienes que da el Señor mediante su luz.

Los daños de las ilusiones diremos adelante cuando tratemos de esa materia, que son herejía, soberbia, desobediencia, quitar sufragios de la Iglesia, infamar los prójimos, juicios temerarios, perdimiento de tiempo y otros, como cuando algunos dicen que han visto ánimas en el cielo o en el infierno, de donde se sigue que no se digan misas por ellas, o que queden infamadas, o juicios temerarios, porque no basta la particular revelación para juzgar mal de una persona; y baste ahora esta doctrina acerca de las revelaciones, que cuando tratáremos de las ilusiones lo diremos más de raíz.

DE LOS GUSTOS ESPIRITUALES Y GLORIA EN LAS TRIBULACIONES

CAPITULO XIV

DE LOS GUSTOS Y REGALOS DEL ESPIRITU, LLAMADOS ALEGRIA ESPIRITUAL, JUBILO, REGOCIJO INTERIOR, CONSUELOS, TERNURAS, EMBRIAGUEZ DEL ALMA, HENCHIMIENTO Y HARTURA DEL CORAZON.

El devotísimo y de regalado espíritu San Anselmo (1), sobre estas palabras del Salmo: *Gustate, et videte, quam suavis est Dominus*, declara los grandes regalos, gustos, dulzuras y deleites que recibe el alma pura cuando gusta de Dios, y le considera, contempla y trata con el espíritu verdadero. Que así como cuando el que tiene salud comiendo de un manjar muy sabroso o bebiendo un suavísimo licor, recibe suavidad y dulzura, así el alma pura, cuando en el entendimiento y voluntad recibe el suavísimo néctar de la contemplación y el ambrosía del amor de Dios amable, agradable, suave y dulce sobre todas las dulzuras, no puede dejar de recibir gustos y regalos espirituales. La gente enfrascada en el mundo, ensuciada con sus vicios y olvidada de Dios, que, como dice el Apóstol San Pedro, están, *sicut sus lota in volutabro luti* (2), como la puerca revolcándose en su pecina, piensan que no hay otros gustos acá en esta vida, sino los de

1 S. Anselm., super Ps. XXXIII. 2 II Petr., II, 22.

la gula y sensualidad, pláticas vanas, conversaciones livianas, cazas, juegos, torneos, comedias, festines, danzas, bailes, saraos, galas, alabanzas, mandos, imperios, mayorías, grandezas, venganzas y los demás contentos perecederos de la tierra. Que, como no entran dentro de su corazón, buscan los contentos en el valle de lágrimas, donde no puede haber ninguno que no sea mezclado de cien mil azares; mas el alma que busca al rey su esposo y se sienta a su mano derecha (1), adornada con diversidad de virtudes, otros contentos tiene que los príncipes y reyes del mundo. Diversa es la dulzura que nace de los pechos del Esposo, que valen más que el vino y dan de sí la fragancia y bálsamo espiritual, que todas las suavidades sensibles (2). Otro gusto tiene la fruta del árbol de la Cruz debajo de cuya sombra se sienta la esposa (3), que las manzanas podridas y engañosas del mar muerto. A quien el Esposo no ha metido en sus retretes y recámaras donde mete a su amada Esposa cuando dice: *Introduxit me Rex in cellaria sua, exultabimus, et laetabimur in te, memores uberum tuorum super vinum* (4), no le comunica los regocijos y regalos que siente el alma espiritual, ni siente el olor del nardo suavísimo y el gozo divino que de la cama donde está el Esposo, que de allí nace a la que dijo: *Dum esset Rex in accubitu suo, nardus mea dedit odorem suum* (5).

Y aunque estos contentos, suavidades, dulzuras, regalos y deleites divinos son innumerables, y aunque el alma los sienta y no los sabe declarar, quiero contar siete de los más principales a que otros muchos se pueden reducir, que corresponden a aquella parte de la bienaventuranza que se llama fruición, y nace de la clara vista de la divina esencia y de la elevación del alma, mediante la lumbre de gloria. Estos se llaman alegría espiritual, júbilo, regocijo interior, consuelo, ternura, embriaguez, henchimiento, hartura y satisfacción de la conciencia.

Alegría espiritual.

Es una serenidad interior, una tranquilidad del alma y una paz soberana del espíritu, con que se halla en lo interior y exterior alegre y quieta, y nace, por la mayor parte, de la seguridad de la buena conciencia, cuando no sabe de sí pecado, que, a su parecer, no haya confesado bien. Esta es contraria al espíritu triste, de quien dice el sabio que seca los huesos (6), y tiene su origen en el rendimiento de la voluntad a la voluntad de Dios, y deseo de darle en todo gusto y contento, según aquellas palabras del real Profeta: *Laetamini in Domino, et exultate justi, et gloriamini omnes recti corde* (7): alegraos en Dios, y regocijaos los justos y gloriaos en él los que tenéis rectitud de corazón; y, como dice el profeta Isaías, esta divina paz

1 Ps. XLIV, 10.
2 Cant., I, 1.
3 Cant., II, 3.
4 Cant., I, 3.
5 Cant., I, 11.
6 Prov., XVII, 22.
7 Ps. XXXI, 11.

nace de la justicia, la justicia de la oración y mortificación que se hallan por la mayor parte en la soledad y recogimiento, su guarda es el silencio y la seguridad eterna. *Habitavit in solitudine judicium, et justitia in Carmelo sedebit, et erit opus justitiae pax, et custos pacis silentium, et securitas usque in sempiternum* (1). Los que gozan de esta divina paz, tranquilidad y alegría, en lo exterior traen el rostro alegre con modestia y una risa en la boca sin descompostura, porque la presencia de Dios refrena el exceso de la alegría exterior, y en lo interior de ninguna cosa se perturban, afligen y escandalizan, porque están en el centro de sus deseos, que es la guarda de la divina ley, según aquellas palabras del Profeta: *Pax multa diligentibus legem tuam, et non est illis scandalum* (2); mucha paz tienen vuestros siervos, y de nada se escandalizan. Pero es menester abrir los ojos, que muchas veces el demonio, transfigurado en el ángel de luz, pone esta paz y alegría falsa en gente engañada, que no hacen caso de las ofensas y faltas en que están caídos, por haber llegado a la dureza e insensibilidad de corazón; y esta paz no la quiere el Señor, sino el cuchillo de la mortificación y penitencia, pues dice: *Non veni pacem mittere, sed gladium* (3), y no hay mayor señal de ser alegría verdadera, que cuando ha precedido mucha tristeza de contrición, mucho temor de Dios y mucha guerra de mortificación.

Júbilo.

Cuando la alegría espiritual crece con unos ímpetus de gozo interior, no continuado, sino a tiempos, como unas risadas que da el alma dentro de sí cuando recibe buenas dádivas el corazón, entonces se llama júbilo. Es más fuerte este ímpetu que el de la alegría, y dura poco tiempo, pero en lo que dura, ensancha el corazón, dilata las venas del alma, afervora los deseos y engendra la devoción, y no acertaré yo a decir cómo es, pues el real Profeta David hablando de este júbilo dice: *Beatus populus qui scit jubilationem* (2): Bienaventurado el pueblo que sabe que es júbilo. Dice que es bienaventurado el que sabe de achaque de júbilo, porque este afecto y otras semejantes dádivas interiores no se pueden entender bien sino recibiéndose, ni puede hablar de la dulzura de esta miel quien no la hubiere gustado, según aquellas palabras del glorioso San Juan: *Vincenti dabo calculum candidum, et in calculo nomen novum scriptum, quod nemo novit, nisi qui accipit* (5). Va hablando aquí de todos estos afectos interiores, de los cuales dice, que al que saliere victorioso contra sí, contra sus pecados, contra sus pasiones y contra su amor propio, le dará una piedra preciosa resplandeciente, y en ella esculpido un nuevo nombre, que ninguno sabe qué es sino quien le recibe. Esta joya y nuevo nombre son los gustos y regalos interiores de que vamos hablando. Mas es menester que se encubran con la prudente y discreta disimulación, por-

---

1 Isai., XXXII, 16-18.
2 Ps. CXVIII, 165.
3 Matth., X, 34.
4 Ps. LXXXVIII, 16.
5 Apoc., II, 17.

que hay algunos que cuando reciben algo de esto, se estremecen y descomponen con gestos y visajes exteriores, de que ellos después quedan corridos, y la gente no espiritual escandalizada, atribuyendo aquella exterioridad a invención artificiosa, hipocresía y vanagloria.

Regocijo interior.

Así como la alegría espiritual es una continuada paz y serenidad del alma en hacer la voluntad de Dios, así los continuados júbilos y risadas interiores, que duran mucho tiempo y traen el alma con impetuosa alegría, que parece que da saltos de placer, se llama regocijo interior, porque el gusto es más crecido, el placer más abundante, la suavidad mayor y el contento más grande. Este regocijo sintió el glorioso San Juan Bautista en el vientre de su madre, cuando fué santificado por el niño Jesús que venía en el vientre de María Virgen, mediante las palabras de su divina salutación, como lo confesó la misma santa Isabel, diciendo: *Exultavit infans in utero meo* (1), regocijóse y dió saltos de placer mi niño en mi vientre; y quien más gozó de este regocijo fué la misma sacratísima Virgen, cuando dice: *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo* (2): Regocijóse mi espíritu en Dios, que es mi salud. Dice en Dios, porque cuando el regocijo nace de contentos del mundo o de cosas de sangre y carne, no es de los gozos espirituales de que vamos hablando, como los regocijos, contentos, risas y deleites de los mundanos, cuando nacen del apetito sensitivo ni tan poco es perfecto; mas cuando nace de Dios en el corazón y de una luz soberana con que descubre ser Dios quien es, lo mucho que nos ama y la gloria esencial que las tres divinas personas tienen entre sí, y con esta divina luz le parece que participa ya algo y siente contento con la gloria de amado, entonces se regocija en Dios, y es regocijo verdadero, que está en la voluntad y en la razón: y algunas veces por la cercanía redunda en el apetito, y como no hay hombre cuerdo a caballo, según el refrán, no puede ser menos, sino que algunos den muestras exteriores. Tuvimos entre los Carmelitas descalzos un religioso llamado fray Francisco de Jesús, el Indigno, que sirvió cuando mancebo al padre maestro Avila, y después ejercitó oficio de enseñar la doctrina cristiana a los niños; yo le dí el hábito para fraile lego, y le envié a los reinos de Congo en Etiopía con otros dos compañeros sacerdotes, que bautizaron gran número de almas de aquella gentilidad; ordenóle de misa el obispo de Santo Tomé en aquellas partes, y volvió a España, donde hizo fruto con su predicación, supliendo con su mucho espíritu las letras que le faltaban. Este siervo de Dios tenía grande afecto al Santísimo Sacramento, y cuando se celebraba la fiesta de Corpus Christi, salía de sí de regocijo interior, y siendo seglar, enseñando los niños, juntábalos, y él se disfrazaba e iba con ellos delante de la procesión, danzando como un David delante del arca del Señor. Un día de éstos fué tanto el ímpetu que le dió de regocijo, que dió un salto en alto y fué como volando

1 Luc., I, 44. 2 Luc., I, 47.

por el aire gran pedazo, y aunque cayó encima de unas piedras no se hizo mal ninguno.

Consuelos divinos,

Cuando un alma está afligida y le parece que se le abre el cielo, y se serena el aire y que el mismo Señor le limpia las lágrimas de los ojos con sus divinas manos, según aquellas palabras: *Absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum* (1), este gusto, regalo y alegría se llama consuelo divino, porque viene después de aflicción, trabajo y tribulación; y tanto es más sabroso cuanto con él más se mitiga la pena, aflicción y tristeza pasada. *Consolamini, consolamini, popule meus, dicit Dominus Deus vester; recipite de manu Domini duplicia* (2): Consolaos, pueblo mío, dice el Señor Dios vuestro por el profeta Isaías, recibid doblado consuelo por lo mucho que habéis padecido. Llama doblado consuelo, porque el descansar del trabajo y aflicción pasada, es una parte, y el regalo que siente, es otra.

Acaece muchas veces, ¡oh benignísimo Señor Dios de toda consolación!, que de la misma pena y dolor que se siente, viendo que es agradable a Dios el padecer, nace regalo y consuelo inefable, como le acaeció a un compañero de San Bernardo con un gran dolor de estómago que padecía, que con el gran gusto que tenía de padecer por Cristo, mientras más le apretaba el dolor le crecía el interior consuelo. Lo mismo sintió una sierva de Dios, carmelita descalza, en el monasterio de San José de Toledo, que viniendo por un claustro del monasterio, vió visiblemente a Nuestro Señor Jesucristo que le puso una corona de espinas sobre su cabeza, y apretándola con sus manos se le hincaron las espinas con increíble dolor e inefable gusto y consuelo interior que sintió.

Acaece también sucederle a un alma una grande afrenta, deshonra, desastre, muerte de parientes o enfermedad y dolor, y adelantarse Dios a consolarla, de suerte que cuando vienen los amigos a hacer el mismo oficio, puede decir el afligido: *Vident cruces nostras, et non vident consolationes nostras.* Ven nuestras cruces pero no nuestros consuelos. Y aunque es bien en lo exterior dejarse consolar y mostrarse necesitado de consuelo, guardando el decoro y cortesanía exterior y no revelando el secreto que pasa en el corazón, de mejor gana consolaría él a sus consoladores, porque si alguna cosa por entonces siente, es ver padecer a los amigos por la compasión que de él tienen. Entre los mayores desconsuelos que puede haber en lo temporal es enviudar una mujer bien casada, y conozco una señora que cuando enviudó, hizo lo que diré y aconsejaba a todas que lo hiciesen. Al mismo punto de expirar el marido, se entró en un oratorio y tomó a Cristo por esposo, poniéndose de todo punto en sus manos, y con este nuevo matrimonio quedaba consoladísima, confesando y comulgando lo más presto que podía para celebrar el nuevo

1 Apoc., XXI, 4. 2 Isai., XL, 1-2.

matrimonio. Que las demasiadas lágrimas, sentimientos y aflicciones y malos tratamientos de la persona, no son de provecho ni para el difunto ni para quien le llora. Habíasele muerto a una madre un hijo único que tenía; derramaba por él muchas lágrimas indiscretas, olvidada de favorecer su alma con los sufragios de la Iglesia; aparecióle el mancebo con una ropa muy larga, llena en la falda de mucha agua que le impedía el caminar y no alcanzar a otros compañeros que iban delante de él muy resplandecientes, y dijo: Dios os lo perdone, madre, que si el tiempo que habéis gastado en derramar estas lágrimas, hubiérades empleado en hacer bien por mi alma, ya estuviera fuera de purgatorio, y alcanzara a mis compañeros que se van delante de mí a la gloria.

A un amigo de Plutarco le mataron a puñaladas un solo hijo que tenía, mancebo de tan buena suerte, que no solo al padre pero a cuantos le conocían causaba compasión; consuélale Plutarco con unas palabras dignas no de gentil sino como si fuera cristiano. No me espanto que sientas la muerte de tu hijo, y que te desconsueles y derrames lágrimas por él; mas lo que habías de hacer es acordarte de tus pecados, y con ese dolor que tienes en el corazón y la memoria de ellos, ofrecer a los dioses aquella tristeza y pesar, que es medicina eficaz para alcanzar perdón. ¿Qué más pudiera decir Plutarco si fuera cristiano? ¿y qué doctrina puede haber más clara y provechosa? Que hay almas tan duras, secas y empedernidas, que jamás supieron echar una lágrima y tener un sentimiento de haber ofendido a Dios; estas tales, cuando tienen lágrimas y sentimientos por pérdidas, o dolores o cualquier otra desgracia del mundo, aprovéchense de la buena ocasión y acuérdense de pecados, llorándolos juntamente con el daño temporal, que con esta mezcla se alcanzan grandes bienes.

Ternuras.

Después de las lágrimas, ahora sean de contrición, ora de compasión ora de devoción, suele venir al alma un sentimiento gozoso mezclado con el mismo dolor que se llama ternura, como el que suele tener una madre, cuando teniendo por muerto un hijo único a quien amaba tiernamente, de improviso le ve entrar por sus puertas vivo, sano, alegre, rico y engrandecido con oficio y majestad real. Es tan grande la ternura de su gozo, que, sin poderse contener, derrama muchas lágrimas. De la misma manera acaece en la oración, que habiendo el alma peleado algún tiempo con la sequedad del espíritu, frialdad de corazón o alguna tentación fuerte que la apretó con aflicción y tristeza demasiada, sobreviene una presencia de Dios con luz de su infinita bondad, omnipotencia, sabiduría, o una asistencia de Cristo dentro del alma, que consuela, anima y alegra el corazón, pero con mezcla de una ternura y queja amorosa al mismo Señor, porque le ha dejado padecer, renovando unas lágrimas dulces y suaves que mejor se entienden sintiéndose que escribiéndose, como las que sentía San Antón, cuando al cabo de la tentación grande, decía: ¿Dónde estabas, Señor mío, que así me has dejado padecer? Aquí estaba, respondía

el Señor, viéndote pelear, porque *cum ipso sum in tribulatione* (1), o como las lágrimas y ternura de la Virgen, cuando halló a su Hijo en el templo y con lágrimas le dijo: *Fili, quid fecisti nobis sic, etc.* (2). Digo que esta ternura nace de ordinario de tres causas. La primera, después de las tentaciones, y viene como corona al que venciere, según aquellas palabras: *Non coronabitur nisi qui legitime certaverit* (3). La segunda, si es después de un gran frío del espíritu, perseverando el alma con la oración vocal o con otros ejercicios, y pidiendo el amor de Dios, como pedía la Esposa diciendo: *Surge aquilo, et veni auster, perfla hortum meum, et fluent aromata illius* (4). Levántate, ven cierzo y frío de mi espíritu, venga el ábrego caliente de la devoción al huerto de mi conciencia, para que manen en ella los suavísimos olores de la ternura. Es verdad que es insufrible el frío y sequedad espiritual, mas son tan dulces las lágrimas de la ternura, que se tiene por bien empleado, según aquellas palabras del Profeta: *Ante faciem frigoris ejus quis sustinebit? emittet verbum suum, et liquefaciet ea, flabit spiritus ejus, et fluent aquae* (5). Como quien dice: ¿quién podrá sufrir la frialdad del corazón que se ve seco, y sin el gusto y contento que suele tener con la presencia divina?, pero el Señor envía su palabra interior y derrite los hielos, sopla en el alma el Espíritu Santo y destila por los ojos lágrimas de ternura.

Mas téngase cuidado que no sean lágrimas demasiadas, y que se procure divertir e ir a la mano el que las tuviere, porque suelen enflaquecer la cabeza y ser impedimento de la oración.

Embriaguez.

Inebriabuntur ab ubertate domus tuae, et torrente voluptatis tuae potabis eos (6), dice David, hablando de los varones espirituales; serán, Señor, embriagados de la abundancia de tus riquezas, porque les darás a beber del arroyo impetuoso de tus deleites. Así como cuando uno bebe mucho vino y fuerte, queda caído sin sentido y vomitando del vino que bebió, así acaece a personas de mucho espíritu, que después de una oración impetuosa y fuerte, caen en la cuenta de cuán vano, caduco y perecedero es el vino de los respetos y deleites humanos, abren los ojos para no querer otra cosa sino a Dios, y más Dios; y no saben abrir la boca, que no sea para cosas de espíritu, oración y alabanzas divinas, vomitando y dando a entender a todo el mundo la grandeza de aquel divino licor que les embriagó. Dice, *torrente voluptatis,* porque *torrens* es un impetuoso arroyo que nace de las avenidas cuando llueve mucho, y esta embriaguez del alma mana de los muchos deleites y consolaciones espirituales que el corazón recibe, con la cual estaban embriagados los Apóstoles al tiempo que

---

1 Ps. XC, 15.
2 Luc., II, 48.
3 II ad Timot., II, 5.
4 Cant., IV. 16.
5 Ps. CXLVII, 17-18.
6 Ps. XXXV, 9.

recibieron el Espíritu Santo (1). Y los mundanos que no entienden este lenguaje, tienen por locos e imprudentes a los siervos de Dios, que no siguen las reglas y aranceles de su mundana discreción, la cual es *stultitia apud Deum* (2). Y por esa causa, o se ha de reprimir haciéndose alguna fuerza el que padece esta embriaguez, o ha de esconderse y apartarse del trato y conversación de los vanos del mundo, para que las perlas no sean acoceadas de los puercos: *En venter meus quasi mustum absque spiramine, quod lagunculas novas disrumpit* (3). Mi vientre, dice Job, está como embriagado del tufo del mosto, sin respiradero, que rompe las tinajuelas nuevas.

Pinta aquí el Espíritu Santo divinamente este maravilloso afecto de la embriaguez. Porque dice, que el vientre, que es la conciencia, está alienada de la fuerza del espíritu, que llama mosto sin respiradero, y dice que rompe las tinajuelas nuevas, porque a los que no tienen mucha experiencia de las cosas del espíritu, le suele causar algunos daños. El primero, que les quita la salud enflaqueciendo la cabeza, o les hace dejar de comer y dormir, con que se les disminuyen las fuerzas. El segundo, apartarlos de los ejercicios a que tienen obligación según su estado, como si uno es estudiante aborrece los libros, y querría estarse siempre en oración, con que se hace inhábil para predicar y confesar en fruto de las almas. El tercero, que, cerrados los ojos a la malicia humana y pensando que todos entienden las cosas de espíritu, dicen palabras o hacen meneos y gestos, de donde los prudentes del mundo toman ocasión para murmurar de la virtud, y blasfemar del espíritu y oración y de quien le sigue, con las cuales murmuraciones se amedrentan los pequeñuelos y no osan seguir la vida espiritual.

Henchimiento y hartura,

Suelen venir las almas de buen espíritu a gozar de una satisfacción interior, que ninguna cosa desean más de lo que tienen, y nada les falta de lo que puede dar contento a su corazón. Así como en la bienaventuranza está el alma harta, llena de todos bienes, que le nace de ver la esencia divina, amarla y de estar unida con Dios, así en esta vida, cuando a una alma le viene luz de la bondad de Dios y de la gloria esencial que las tres divinas personas tienen entre sí, y la voluntad no desea otra cosa sino el bien para Dios, sin hacer caso de sí ni de sus cosas, como esta luz y deseo la hinche el entendimiento y voluntad, y Dios es tan grande, que en su comparación todas las cosas criadas son nada, queda el alma harta y satisfecha. Si tiene salud, riquezas, honras y bienes temporales, no la estorban, porque no atiende a ello sino a solo Dios, y esos mismos bienes temporales con hacimiento de gracias le dan contento; si enfermedades, dolores, tristezas, pobrezas, descontentos, etc., viendo que su Dios, a quien quiere más que a sí, carece de todas esas miserias, no le aflige,

1 Act., II, 13.
2 I ad Cor., III, 19.
3 Job., XXXII, 19.

y especialmente cuando mirándolas con buenos ojos, ve que son agradables a Dios, porque son cruz y provechosas para su alma, guiándolas por el camino de la penitencia y paciencia. Esto me parece a mí que quiso decir el profeta Isaías en aquellas palabras: *Dicite justo quoniam bene* (1): Decid al justo que bien: en aquel, que bien, da a entender esta hartura y satisfacción, porque al que no quiere otra cosa que el bien de Dios, y tiene conocimiento y luz de su grandeza y bondad, y se abraza con solo este conocimiento y deseo, todo lo demás le viene bien y ninguna cosa le da pena.

Este afecto, gozo y alegría es más espiritual y más interior que ninguno de los siete pasados que hemos dicho, y propiamente se puede llamar contento, porque los otros, como el júbilo, embriaguez, etc., llevan mezcla de regalos del apetito; éste está solamente en la razón, y es más alto y más interior que los otros gustos. Que los demás parece que andan con mezcla de los regalos de acá fuera, este tiene sus manantiales más escondidos y está asentado en región más alta, donde no llegan los vapores ni torbellinos de la sensualidad, y así está siempre en un ser.

Para entender esto más de raíz, considero yo que en el hombre espiritual hay dos corazones. El uno acá fuera, que anda como mula de alquiler, lleno de mataduras, a todos los caminos de gustos y disgustos, según las ocurrencias que se ofrecen. El otro corazón, que está allá dentro, es como un rey que está asentado en un trono, fundado sobre siete columnas firmes que estorban toda perturbación y disgusto. Estas se pueden llamar: conocimiento de los grandes bienes que Dios tiene en sí, noticia de su gran bondad y de lo mucho que quiere a las almas, y que por él no falta de usar con nosotros de sus misericordias; deseo de la honra y gloria de Dios, desengaño de que todo cuanto sucede es su voluntad, porque, o lo quiere, si es bueno, o lo permite, si es malo; menosprecio del mundo y de todo lo corruptible; profunda humildad, teniéndose por la criatura más baja del mundo y no deseando sino ser despreciado y olvidado de todos; deseo de cruz y padecer por Cristo los trabajos que pudiere, llevando con paciencia los que tiene. Sobre estas siete columnas está fundada la casa de la sabiduría donde habita el corazón harto y satisfecho por haber llegado a la región alta y a la cumbre de los deseos y pensamientos. Y a este propósito se pueden declarar aquellas palabras del Sabio: *Sapientia aedificavit sibi domum, excidit columnas septem, misit ancillas suas, ut vocarent ad arcem, et ad menia civitatis, etc.* (2). La sabiduría edificó una casa, y tiénela fundada sobre siete columnas, envía sus doncellas para que llamen al alcázar y a las torres de la ciudad, etc. Esta divina sabiduría, que se comunica a los de buen espíritu, tiene asentado el corazón del verdadero espiritual sobre estas siete columnas, en las cuales está firme, contento, satisfecho y harto, gozando acá en esta vida de una sombra de la hartura de la bienaventuranza.

Siete causas por las cuales el corazón no se perturba.

---

1 Isai., III, 10.

2 Prov., IX, 1-3.

CAPITULO XV

DE LA GLORIA EN LAS TRIBULACIONES. DECLARASE EL VERDADERO ESPIRITU QUE EN ELLAS SE HALLA Y LOS GRANDES BIENES QUE VIENEN DEL PADECER Y SEGUIR LA CRUZ DE CRISTO.

Gloriamur in tribulationibus nostris, dice el apóstol S. Pablo (1). Aunque los consuelos y regalos de que hemos dicho en el capítulo pasado son señales y premios del verdadero espíritu, no son menos ciertas y verdaderas señales las tribulaciones y cruz. Y porque no piense el que leyere esta doctrina que si no le lleva Dios por consuelos y regalos va camino errado, ni se aflija viéndose con aflicciones, me pareció ser necesario escribir este capítulo, para declarar los grandes bienes y verdadero espíritu que de la cruz y tribulaciones se siguen. Todo el espíritu, como hemos dicho muchas veces, viene a parar en pureza del alma, luz del entendimiento y amor de la voluntad; y para llegar a estos tres términos y fines, el camino más cierto y más derecho es el padecer, y aunque esta doctrina es muy clara y sabida, para consuelo de los que padecen, desengaño de los que siguen oración y espíritu, confusión de los enemigos de la cruz, aprovechamiento de las almas y gloria y honra de Dios y de su cruz, quiero colegir de lo que escriben los santos las glorias y frutos que de la cruz se siguen, y entre otros escoger a San Anastasio obispo niceno (2), que cita a Nemesio, obispo emiseno, y a San Isidoro, a San Juan Crisóstomo y a otros muchos, y también diré la doctrina que se colige de San Antonio el griego en su Melisa, que cita a San Ignacio, San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Marcos eremita, San Nilo, abad de Siria, Metrodoro, Pitágoras y Glaucón, porque bastarán estos tan graves autores para probar mi intento.

Tres maneras de tribulaciones.

Presuponiendo, como habemos dicho, que hay tres maneras de tribulaciones y trabajos, conviene a saber, trabajos exteriores, cuales son enfermedades, dolores, cansancios del cuerpo, hambre, sed, frío, calor, pobreza, desnudez, afrentas, infamias, calumnias, falsos testimonios de este jaez; trabajos interiores, cuales son, tristezas, melancolías, nieblas del corazón, escrúpulos, tentaciones y otros semejantes: y trabajos divinos, que se llaman así los ímpetus de amor de Dios, celo de las almas, que roe el corazón, dolor de haberle ofendido, impaciencia de verse ausente de su Criador y semejantes cruces divinas que nacen del amor de Dios, humildad, confusión propia y dolor de sus pecados. De estas tres maneras de trabajos y cruces, los divinos, claro está, que son mejores que los regalos y gustos, porque nacen de mayor amor de Dios y son principio de mayor merecimiento de gracia y gloria. La dificultad es si va mejor encaminado y sigue más verda-

1 Ad Rom., V, 3.
2 Anast., q. 15, Sacrae Scriptur.

dero espíritu el que le lleva Dios por regalos y gustos espirituales, como alegrías, regocijo, júbilos, etc. o el que le lleva Dios por dolores, enfermedades, afrentas, tristezas, escrúpulos, etc.; y pues vemos que unos varones santos y espirituales siempre andan riendo y contentos, etc., otros siempre lloran, y temen y andan perseguidos, ¿a cuales de estos hemos de tener por más santos y de mejor espíritu?

Si los que caminan por alegría se descuidan en la pureza y amor, y su fin es gozar en esta vida, claro está que los perseguidos son más dichosos; si los perseguidos y afligidos caen en pecados de impaciencia, desesperación, falta de amor de Dios y cualquier otra cosa contraria a la pureza, luz y amor, claro está que los consolados y regalados van por más cierto y seguro camino y llevan mejor espíritu. Pero pongamos por caso que ni en unos ni en otros hay faltas; lo que se pregunta es ¿cuál es mejor en esta vida, ser regalados o ser desconsolados, supuesto que los unos y los otros tienen igual pureza, luz y amor?

Que el mejor camino es el de la Cruz.

A mi parecer y de todos los santos que cité y de otros innumerables, mejor camino es el de la cruz, y más cierto y seguro espíritu es el del padecer, y esto se prueba con muchas razones. La primera, porque esta vida no es floresta de contentos sino valle de lágrimas; luego la más verdadera fruta, mientras en ella se vive, es la de la cruz, y así dice la esposa hablando de la de Cristo: *Sub umbra illius quem desiderabam sedi, et fructus eius dulcis guturi meo* (1). La segunda, porque el mejor y más verdadero espíritu es el que más imita a Cristo y a su Madre la Virgen, y, aunque el Señor tuvo algunas glorias, gustos y regalos en esta vida, como en el tiempo de su transfiguración y bautismo, lo más ordinario fué padecer dolores, trabajos, persecuciones y angustias, y al tiempo de la mejor oración que se puede tener en el mundo, *coepit pavere et taedere* (2), sudando gotas de sangre de congoja, y dice, triste esta misma ánima hasta la muerte. La Virgen en todos sus gozos siempre padeció angustias y aflicciones mezcladas con los regalos del espíritu, como ella dice a santa Brígida en sus revelaciones (3); y al pie de la cruz, donde tuvo la más excelente oración que se puede imaginar, *Stabat Mater dolorosa, juxta crucem lacrymosa,* canta la Iglesia.

Verdad es que las aflicciones y tribulaciones de la Virgen María y su Unigénito Hijo, no llevaron mezcla ni nacieron de imperfección alguna, sino que el Padre Eterno se las dió para mayor merecimiento suyo y mayor provecho nuestro, como la misma Señora dice por Jeremías en sus lamentaciones por estas palabras: *De coelo misit ignem in ossibus meis, et erudivit me* (4): Desde el cielo envió el Padre Eterno el fuego de la tribulación que me atormentó. Y su Divino Hijo da a entender esta misma doctrina en aquellas palabras con que se queja del tormento interior, que es la sequedad de espíritu: *Eli, Eli, lumma sabacthani*? (5): Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste? dando a entender que de solo Dios le venía la aflicción

1 Cant., II, 3.
2 Marc., XIV, 33.
3 S. Brigid., lib. I, c. X.
4 Tren., I, 13.
5 Matth., XXVII. 46.

del desamparo sin ninguna culpa ni imperfección suya. Mas en nosotros, muy ordinario es que nuestras tribulaciones y aflicciones manan de culpas y defectos nuestros, como el que se ve pobre por haber jugado, o siente dolores por haber sido sensual, etc.; y se mezclan con imperfecciones y defectos, como el escrúpulo, la sequedad de espíritu; muchas veces llevan ignorancia o impaciencia, mas esta mezcla no quita a las tribulaciones que de su naturaleza no tengan su valor; como las piedras preciosas en la corona del rey o de la reina, estando del todo limpias y resplandecientes, sin escoria ni tierra, mas cuando están en la cantera, mezcladas están con ella.

Y según dice San Macario (1), las tribulaciones son piedras preciosas que nos da el Rey Eterno, metidas en una bolsa de cuero hediondo y asqueroso, que el discreto, sabiendo el valor de las perlas, toma la bolsa, aunque le haga asco y horror, y pónesele en el seno, y después cuando la abre y descubre lo que tiene dentro, agradece la dádiva del Señor; mas el ignorante deshecha y aborrece el valor de las piedras por el hedor y asco que le hace la bolsa. Así el siervo de Dios discreto que entiende el valor de las tribulaciones, ámalas y mételas en el corazón, vengan de donde vinieren, mas el ignorante desconsuélase y querría salir de ellas. He dicho esta doctrina para desengaño de muchas almas, que cuando se ven con dolores, enfermedades, afrentas, etc. o con sequedades de espíritu, escrúpulos, tentaciones, espíritu de blasfemia, etc., no se pueden consolar ni acaban de abrazar la cruz, y dan con toda la carga en el suelo, no entendiendo el valor que hay en las tribulaciones, vengan de donde vinieren, como se abracen con paciencia, humildad y amor de Dios e imitación de Cristo y de la Virgen. Y de esta doctrina colijamos la tercera razón.

Las tribulaciones y trabajos interiores y exteriores son más ciertas señales y muestras de buen espíritu, pues de ordinario los gustos y regalos del alma, de que tratamos en el capítulo pasado, son rosas que nacen en estas espinas, que se dan por esta pelea y serenidad que se sigue a esta borrasca de la tribulación. Que así como no hay cosa gustosa y sabrosa en el mundo que no nazca de asperezas, desabrimientos, vilezas y cosas semejantes, así los regalos y gusto del espíritu nacen de tribulaciones y trabajos espirituales y corporales. La miel se labra en un corcho áspero por las abejas que tienen aguijones con que pican. El ambar gris es vómito de la ballena, cuando ha comido algún manjar asqueroso para su estómago. El almizcle nace de un animalejo como perrillo enterrado y podrido debajo de la tierra. El algalia se saca de una parte asquerosa de un gato disforme. El oro más fino se coge en los desiertos llenos de leones de Arabia. El cristal de roca nace en los montes más elevados de Finlandia. Los diamantes y piedras preciosas en los lugares más ásperos de la India. La seda nace de las babas de unos asquerosísimos gusanos. Finalmente al trigo, vino y aceite, principal sustento de los hombres, precede el trillo, molino, prensa y lagar. De la misma manera la miel de los gustos

---

1 MG. **34**, 771.

interiores, de quien se dice: *Sicut mel ori meo* (1), nace de padecer los aguijones de los calumniadores: el suavísimo olor del buen espíritu que sube a Dios, *sicut virgula fumi ex aromatibus mirrhae et thuris, et universi pulveris pigmentarii* (2), es el espíritu que se compara a la varita de humo que sube de todo género de olores. Esta riqueza espiritual de que se atavía la Esposa de Cristo, que como reina, *astitit a dextris tuis in vestitu deaurato circundata varietate* (3), nace de los trabajos y tribulaciones. Y finalmente, quien quisiere gozar del vino divino que embriagó los Apóstoles, comprar aceite con que su lámpara esté encendida con luz de desengaño, y comer del pan y trigo de los escogidos, apercíbase para padecer en esta vida persecuciones y trabajos.

Frutos de las tribulaciones.

La cuarta razón, y en esta demás de que se colige de todos los autores que arriba cité, puedo hablar, gloria a Dios, con alguna experiencia, y no me pesa decirlo así, porque *si tribulamur pro vestra exhortatione, et salute* (4), es por los muchos frutos, grandes bienes, innumerables e inefables consuelos y regalos que de las tribulaciones se siguen, que para más claridad de la doctrina quiero contar doce, como aquellos doce frutos del árbol de la vida para la salud de las gentes. Causan lo primero luz y desengaño en el entendimiento, según aquellas palabras: *Vexatio dat intellectum* (5): Acuérdase el alma de Dios acudiendo a él, cuando se ve afligida de quien en los buenos sucesos temporales se olvida. Causan los trabajos firmeza en la fe, porque así como a una mala mujer para deshonrarla de ser muy pública decimos, es una tal probada, así en los trabajos se prueba si uno es verdadero cristiano, según aquellas palabras de Santiago: *Ut probatio fidei vestrae, multo pretiosior auro, inveniatur in gloriam, laudem, et honorem in tempore retributionis* (6), para que vuestra fe probada como el oro en la fragua de la tribulación sea para honra y gloria de Dios. Con las tribulaciones se ejercita la esperanza como la ejercitaba el que dijo: *Etiam si me occiderit, sperabo in eum* (7). Enciéndese la caridad, como cuando se sopla y enciéndese la lumbre, para que más arda, se rocían las brasas en la fragua del hierro. Con ellas se alcanza la paciencia de quien se dice que, *opus perfectum habet* (8), que en ella consiste la perfección. Recibidas como penitencia de los pecados pasados, son muy buen género de satisfacción, porque mejores azotes son los dados por la mano de Dios, que van más libres de amor propio, que los que nosotros nos damos muchas veces por nuestro gusto. Las tribulaciones purifican el alma quitando de las penas que había de pasar en purgatorio por los pecados pasados, límpianla y lávanla de los veniales e imperfecciones presentes. Con ellas imitamos a Cristo, y a la Virgen y a los santos de quién se escribe: *Circuierunt in melotis, et in pellibus caprinis, afflicti, angustiati, qui-*

1 Ps. CXVIII, 103.
2 Cant., III, 6.
3 Ps. XLIV, 10.
4 II ad Cor., I, 6.
5 Isai., XXVIII, 19.
6 I Petr., I, 7.
7 Job., XIII, 15.
8 Jacob., I, 4.

bus dignus non erat mundus, etc. (1). Anduvieron ásperamente vestidos, afligidos y angustiados aquellos que no los merecía el mundo. Las tribulaciones aumentan la gracia, porque sufridas con paciencia causan mayor merecimiento. Finalmente son causa de alcanzar mayor gloria, que nos dé el Señor por su infinita misericordia y bondad.

Conozco una persona a quien visiblemente se le apareció la madre Teresa de Jesús después de muerta, y dijo estas palabras: Los del cielo y los de la tierra seamos unos en pureza y en amor, los del cielo gozando y vosotros padeciendo, y lo que nosotros acá hacemos con la esencia divina, haced vosotros allá con el Santísimo Sacramento, y dí esto a todas mis hijas. Desde entonces se resolvió el alma en buscar pureza de conciencia, amor de Dios y del prójimo, desear y pedir trabajos y persecuciones, y cumplióle Dios en esto abundantemente su deseo y devoción con el Santísimo Sacramento. Y vi en Nápoles dos almas, la una que siempre gozaba, llamada Sor Ursola, que desde la hora que comulgaba por la mañana hasta cerca de la noche estaba en un continuo arrobamiento gozando del amor, y había veinte y cinco años, y, aunque el papa Sixto V la hizo examinar muy bien, no se descubrió ser falso. La otra, llamada Sor Isabela, había más tiempo que padecía increíbles enfermedades, dolores, persecuciones y tribulaciones interiores, y a esta segunda vi hacer milagros, y a la otra no, y así me resuelvo en que es más seguro y cierto espíritu el del padecer que no el del gozar en esta vida.

DE LOS ÍMPETUS DEL CORAZÓN

CAPITULO XVI

DE LOS TRES IMPETUS DEL CORAZON QUE SON LOS IMPACIENTES DESEOS DE MORIR Y PADECER POR CRISTO, DE RECATARSE PARA ALCANZAR PUREZA Y DEL CELO DE LAS ALMAS, CON QUE LOS DE BUEN ESPIRITU EN ESTA VIDA IMITAN A LOS MARTIRES, VIRGENES Y CONFESORES QUE EN LA OTRA RECIBEN LAS TRES LAUREOLAS.

Mirabiles elationes maris, mirabilis in altis Dominus (2). Maravillosas ondas y altos deseos levanta Dios en el mar del corazón humano, cuando sopla con ímpetu el viento del verdadero espíritu, si nace de fervorosísima caridad y soberana luz en las almas puras, que perseveran mucho tiempo en oración verdadera. Y así como en el cielo hay tres coronas o laureolas, conviene a saber, la colorada que se da a los mártires, la blanca a las vírgenes, la verde a los confesores, habiendo en ellos precedido la unión beatífica, la visión de la divina esencia y la fruición y gloria que proviene del amor de los bienaventurados, así en este mundo en lugar de estas tres coronas, se

1 Ad Hebr., XI, 37. 2 Ps. XCII, 4.

dan tres ímpetus, conviene a saber, de padecer, de recato y de celo, a las almas que aman, contemplan y gustan de Dios con pureza.

De dónde nacen los ímpetus.

Estos tres ímpetus nacen del verdadero amor de Dios, de la luz y de la pureza. Porque ¿quién hay que considere a Cristo en la cruz derramando en ella toda su sangre por salvar un alma, si de veras le ama, que no le reviente el corazón con deseo de dar su vida y padecer trabajos por no le ofender, ni ponerse en ocasión de ello y llevar al cielo las almas que pudiere? Los fríos, tibios, flojos, flemáticos y detenidos no sabrán dar razón de estos ímpetus, porque, aunque sirven a Dios, vanse despacio y no les abrasa dentro de sí el fuego que con ímpetu lleva los deseos a Dios; mas en quien ha entrado de veras aquel Señor que tiene por nombre, según dice Isaías: *Velociter spolia detrahe, festina praedare* (1), date priesa con velocidad, roba y quita despojos, no se puede detener y reviéntales el corazón por padecer y merecer.

Dos maneras hay de almas, unas que tienen estado, oficio y ministerio de padecer trabajos y aventurar la vida por Cristo, como las de los soldados que se ponen a la muerte por defender la fe, y de los que hacen penitencia o las que profesan clausura y recogimiento, como monjas y cartujos, o tienen los predicadores y prelados. Si a estos sobre su obligación se les añade el impetuoso deseo de guardar lo que profesan, es esmalte sobre oro y principio de gran merecimiento, con condición que no excedan los límites, ni con ceguedad, llevados del ímpetu, den en el derrumbadero de algún pecado. Muy bien le asienta a un soldado, cuando sale a pelear por la fe, el impetuoso deseo de morir por Cristo, y a una religiosa la continua gana de no salir de su clausura, no hablar, ni ver ni ser vista de nadie, y a un predicador el celosísimo y fervorosísimo deseo de ganar almas para Cristo, y por esto da el Señor estos aceros en los instrumentos que él quiere tomar para mayor bien de su Iglesia.

Hay otra manera de almas que tienen contrario estado, oficio y ejercicio del ímpetu del corazón que padecen en el espíritu, como una persona que es flaca y enfermiza, y la atormenta el deseo de padecer y hacer penitencia, una monja encerrada que muere y se le revienta el corazón porque se salven todas las almas del mundo, y si le fuese dado y tuviera estado, talentos y letras, no hubiera tierra donde no saliera a predicar, o un predicador que daría la vida por estarse en un rincón ocupado en oración mental, sin salir ni hablar con nadie, por no se poner a ocasión de padecer su alma detrimento.

Acerca de esta segunda manera de almas hay tres dificultades. La primera, si en estos tales es bueno este deseo, pues no le pueden poner por obra, y según lo que dice Aristóteles, que viene bien a este propósito. *Frustra est calceamentum, cujus nulla futura est calciatio*: Impertinente es el zapato, cuando ningún pie le ha de calzar. Y si la obra de aquel deseo es mala para tal persona, ¿por qué le ha de ser bueno el deseo y pensamiento consentido de ella? Si un enfermo y flaco peca ayunando y haciendo asperezas de su cuerpo con que

1 Isai., VIII, 1.

pierde del todo la salud, y una monja saliendo de su clausura a predicar, y un predicador y cura de almas dejando de acudir a las almas por estarse encerrado en un rincón ¿por qué han de ser buenos estos deseos en estos tales? Desear matar es malo, pues el homicidio es pecado; luego desear la monja salir de su clausura a predicar lo será. Veamos ¿estos deseos nacen de Dios o del demonio? ¿Son inspiraciones o tentaciones? ¿Proceden de buen espíritu o de engañosa oración? A esta dificultad respondo que estos deseos en semejantes personas son buenos, santos, inspiraciones divinas, provechosos, meritorios y proceden de buen espíritu, con condición que se acaben siempre con resolverse el alma en hacer la voluntad de Dios, sin salir de ella, y que las obras que hiciere, vayan regladas y procedan de la observancia y obediencia, aunque sean contrarias a los deseos. Dice el flaco en su corazón, yo me holgaría de ayunar, etc., si es voluntad de Dios, mas conservo la salud y desayúnome por no ofenderle y porque me lo mandan; y la monja, ya saldría a predicar por todo el mundo si no me mandara Dios que guardara la clausura que profesé, y el predicador y pastor o cura, yo me estuviera todo el día encerrado en un rincón, guardándome de ocasiones y ejercitándome en oración y espíritu, si Dios no me hubiera de pedir cuenta de mis talentos y no temiera condenarme por no acudir a las almas que tengo a mi cargo; que dan estos deseos semejantes a las delectaciones morosas con que merece el corazón, pues sabemos que en el acto interior de entendimiento y voluntad hay merecimiento. Y así como peca la doncella que consintiese en su corazón este pensamiento: yo por ninguna cosa perderé mi entereza, pero, por lo mucho que quiero a fulano, holgárame de estar con él, etc., y se deleita en este pensamiento, así cuando dijese la monja: yo por ninguna cosa saldría de mi clausura, pero por lo mucho que quiero a Cristo, holgárame de salir por todo el mundo, y ayudar a llevar al cielo las almas por quien él murió, y así de los demás. El pensamiento de matar, fornicar, blasfemar, etc., siempre es malo, porque la obra de su naturaleza es mala y vedada; mas estos pensamientos son buenos porque la obra de ellos de su naturaleza es buena, y no se vedan sino en algunas personas, y así el deseo condicional en ellas es bueno.

Sea la segunda duda, ¿por qué da Dios estos deseos tan impetuosos a estas almas, que no los han de poner por obra, pues siendo infinita su prudencia, no hace cosa sin fin? A esto se responde que por dos causas: La primera, para que por todas partes merezcamos más gloria con las obras a que estamos obligados y con los deseos contrarios que no nos obligan. Gusta él mucho que las dos hermanas le sirvan, Marta andando con solicitud y María sentada contemplando sin obrar, y quiere que siempre anden quejosas, Marta de que su hermana no la ayuda, pues va con deseos contrarios, y María, porque Marta se queda atrás (1). La segunda, da Dios deseos contrarios a las obras que no obligan para que refrenen y detengan el alma que

1 Luc., X, 40.

no resbale en las demasías. Al flaco dale deseos de padecer, porque con ellos no se deje llevar de la prudencia humana al despeñadero de la relajación; al que profesa clausura da celo de almas, porque no se descuide del amor del prójimo y se quede atascado en solo el amor de su alma, que aunque sea con fin de su salvación, tiene no sé qué razón de amor propio; al predicador dale deseo de recogimiento, para que no se deje llevar del celo y se ponga en alguna ocasión con que aventure la castidad.

La tercera duda sea ¿cómo gobernará un padre espiritual a un su hijo de estos que tienen deseos contrarios a su profesión, para que acierte por el camino espiritual a llegar a la vida perfecta, y qué avisos y consejos le daremos para esto? El primer consejo, váyale mucho a la mano y con gran rigor le reprenda y castigue cualquier exceso que hiciere contra su obligación, movido con aquel impetuoso deseo, mas no le reprima, quite, ni apague aquel espíritu, pues, como hemos dicho, es bueno y meritorio, que esto debió de querer decir San Pablo en aquellas palabras: *Spiritum nolite extinguere, etc., ab omni specie mala abstinete vos* (1). No apaguéis el espíritu, que es el deseo de la virtud, donde quiera que estuviere, pero guardaos de cualquier cosa que tenga sombra de mal. Pongamos por caso: tiene una persona flaca y enfermiza impetuosos deseos de hacer asperezas; el confesor repréndale mucho si hubiere hecho alguna sin obediencia o dañosa a su salud, y déjele el mismo deseo loándosele y aprovechándosele, que yo le digo que merecerá bien, y será buena aspereza, por más agradar a Dios, reprimir aquel deseo.

El segundo aviso: el que se viere con estos ímpetus pida a Dios y procure con muchas fuerzas y ejercítese en las virtudes contrarias para que no resbale, mezclándose su amor propio en los ímpetus, que suele ser muy ordinario, o caiga en el despeñadero de algún exceso contra su obligación, como el predicador que se ve muy apretado de ímpetu de recogimiento, pida a Dios y ejercítese y procure la caridad del prójimo y celo de las almas. Tercer aviso: cuando al corazón apretare algún ímpetu de éstos, rompan las ondas de aquellos deseos, y remátese y sosiéguese el corazón con el deseo universal de hacer lo que fuere más agradable a Dios, que en este deseo nunca hay peligro. Apriétale a uno la gana de hacer penitencia o padecer; remate en su corazón diciendo: Señor, lo que a Vos os fuere más agradable.

El cuarto y muy necesario aviso es: el que recibiere estos deseos e ímpetus, o se ejercitare en cualquier virtud y siguiere cualquier espíritu, nunca juzgue, ni diga mal ni murmure del que va por el espíritu contrario. Porque, según San Pablo (2), con un mismo espíritu unos van por un camino y otros por otro. En el servicio de Dios, dice San Agustín *unus sic alius sic ibat*: el mismo sol ablanda y endurece, y suelen hacer grandes daños, disensiones, revueltas y murmuraciones entre gente que sigue espíritu por no guardarse este do-

1 I ad Thes., V, 19-22
2 I ad Cor., XI, 12

cumento. Lleva Dios a uno por recato, recogimiento, pureza y oración, suele éste murmurar y tener en poco al que entiende con prójimos y trata de conversión y aprovechamiento de otros, pareciéndole que ya aquel es perdido y ha de dar en deshonestidades, como no ha probado el espíritu del celo de las almas. Al que Dios le ha dado este celo y luz de cuán agradable le es llevar almas al cielo, parécele que son impertinentes y sin fruto en la Iglesia de Dios los que están encerrados y recogidos y no andan por el mundo confesando y predicando, etc. El que ayuna, dice San Pablo (1), no desprecie ni diga mal del que come, etc. Hay algunos, y particularmente de los que siguen aspereza exterior, que les parece que solos ellos aciertan y los demás van perdidos. Para dar luz de este engaño envió Dios a San Antón (2) una vez a casa de un caballero mozo, recién casado, y de una vida muy común y ordinaria, y le reveló que aquel hombre estaba en el mismo grado de gracia y espíritu a que había llegado San Antón después de muchos años de penitencia, asperezas, oración y pelea con los demonios, por solamente que aquel hombre tenía casi siempre en su corazón este pensamiento, que todos los de la ciudad eran buenos y acertaban, y él solo era el malo y no hacía cosa buena; tanto como esto agrada a Dios la humildad, que igualaba aquella alma con las muchas riquezas espirituales de S. Antón.

CAPITULO XVII

EN QUE SE TRATA EN PARTICULAR DE LOS IMPETUOSOS DESEOS DE MORIR Y PADECER, DEL RECATO Y PUREZA Y DEL CELO DE LAS ALMAS. DECLARASE QUE SEAN, CUAL SEA SU ORIGEN Y PRINCIPIO Y PONENSE ALGUNOS AVISOS PARA QUIEN LOS TUVIERE.

Deseo impetuoso de morir y padecer por Cristo.

Majorem charitatem nemo habet, quam ut animam suam ponat quis pro amicis suis (3): Ninguno tiene mayor caridad, dice el Señor, que el que pone su vida por sus amigos. Este deseo de morir por Cristo, que nace del amor, es de muchas maneras. La primera, cuando crece tanto en el corazón el amor de Dios, el deseo de estar con él y gozarle, que no pudiendo sufrir la ausencia, y viendo que no se puede alcanzar lo que se desea sin pasar por la muerte, tiene el alma impetuoso deseo de morir, como el de San Pablo cuando decía: *Cupio disolvi, et esse cum Christo* (4). Deseo ya verme desatado de los lazos de esta vida para gozar de Cristo. Es tan amable la hermosura divina y la compañía de Cristo y de la Virgen y de los ángeles y bienaventurados del cielo, y es tan enfadosa y aborrecible esta vida, llena de peligros, engaños y disgustos, y da tanta pena que un tan buen Dios sea ofendido de muchas almas, y que la propia no acaba de amar

---

1 Ad Rom., XIV, 3.
2 In vitis patrum.
3 Joan. XV, 13.
4 Ad Philip., I, 23.

a Dios como querría, que de todas estas avenidas y arroyos corre un impetuosísimo río de deseo de morir que mata, por muriendo ir a gozar de la vida eterna que se espera. Con este fué atormentada la madre Teresa de Jesús algún tiempo, cuando cantaba con muy buena voz y mucha gracia y espíritu: Vivo sin vivir en mí,—y tan alta vida espero,—que muero porque no muero.

San Clemente, papa (1), discípulo de San Pedro, dice divinamente a este propósito, que así como los pollitos de las gallinas, cuando tienen vida, desean impetuosamente que se rompa la cáscara del huevo para salir a ver la luz del sol y gozarse de andar en compañía de su madre, así algunas almas que vienen con vida de espíritu, desean sumamente que se rompa la cáscara de este cuerpo para gozar de la vista del sol de la divina esencia en compañía de Cristo Jesús, que se compara a la gallina, diciendo: *Quoties volui congregare filios tuos, sicut gallina congregat pullos suos sub alas etc.* (2), qué de veces quise amparar tus hijos como la gallina ampara sus pollitos debajo de sus alas, etc.

Lo segundo, desea morir por Cristo quien desea martirio, porque con esta dichosa muerte se imita al mismo Cristo que murió en la cruz por nosotros, y a los innumerables mártires que por él han muerto; asegúrase la salvación, perdónanse todas las penas de los pecados pasados y no se pasa por purgatorio, acábanse los trabajos de este mundo, alcánzase mucha gloria y la corona de rubíes que tiene Dios aparejada a los mártires en la bienaventuranza, y quien en la vida pasada se ha descuidado de servir a Dios, apetece restaurar todas las pérdidas con un bien morir, que *tota la vita honora.* Dice el glorioso San Cipriano (3) que la sangre de los mártires abre el cielo y los corona con insigne título, es más hermosa que todo lo criado, es triunfo de todos los trabajos, puerto de las tempestades y seguridad de nuestra salvación. Este deseo hacía correr los cristianos antiguos con gran ímpetu a los lugares donde martirizaban. En una ciudad de la Mesopotamia llamada Edissa, como se lee en Henrico Germano y en Serafino Razi, se había apregonado por decreto del emperador Valente, que a todos los cristianos pasasen a cuchillo, llevándolos a una plaza que está a la puerta de la ciudad. Iba el prefecto a ejecutar este decreto, y vió que salía fuera de su casa una mujer muy moza y muy hermosa, medio desnuda y destocada, con un niño chiquito por la mano, olvidándose de cerrar tras sí la puerta, corriendo con grandísimo ímpetu por las calles. Llamóla el prefecto admirado de la descompostura con que corría y díjole: ¿Dónde vas, mujer, de esa manera y llevas ese niño pequeño? Respondió: voy a derramar la sangre por Cristo y que este mi niño la derrame, porque a la puerta de la ciudad se nos abre la puerta del cielo, y no querría que tardándome perdiese tan buena ocasión. Admiróse y enternecióse el prefecto, y volvió al emperador a decir lo que pasaba de aquella mujer, con el cual ejemplo se movió el tirano a compasión y mandó que por entonces no martirizasen a ningún cristiano.

---

1 S. Clemens., *Recognit.*
2 Matth., XXIII, 37.
3 ML. 4, 822-825.

El año décimonono del imperio de Diocleciano, habiéndose publicado edicto que los cristianos fuesen muertos y sus iglesias con los que se hallasen en ellas abrasadas, cosa maravillosa, corrían muchos con gran ímpetu a las iglesias a buscar el fuego, porque le llevaban de amor de Dios en sus corazones. Con este ímpetu, unos se metían por las puertas de los tiranos confesando la fe, otros no aguardaban a que los sayones los echasen en los estanques o en los fuegos, o hiriesen con las espadas, que ellos se arrojaban de su voluntad, y aunque viejos, como San Fontino, obispo de León, que era de noventa años, corrían por alcanzar la corona del martirio cuando la veían aparejada.

Con esta impetuosa gana y deseo y para mitigar el fuego que ardía en sus corazones, se ejercitaban las antiguas monjas Carmelitas en actos de martirio, fingiéndose una ser mártir, y otra sayón y otra presidente, etc., para estar aparejadas y enseñadas a padecer cuando viniesen las veras, como se ejercita en la esgrima con espada negra el que espera y desea acuchillarse de veras con la blanca, y así le aconteció a santa Febronia, de quien cuenta Surio.

Hay otras almas deseosísimas de padecer afrentas, enfermedades, dolores y hacer penitencias y asperezas por Cristo, sabiendo ser aquel el camino más derecho de alcanzar más gracia y más gloria. Con este deseo decía el profeta Abacuc: *Ingrediatur putredo in ossibus meis, et subter me scateat, ut ascendam ad populum accintum nostrum* (1). Púdranse mis huesos con increíble dolor porque me vea yo subir ceñido a mi pueblo, que es la gloria, donde suben los que se ciñeron en esta vida de los gustos y regalos corporales padeciendo trabajos y tribulaciones. Y San Agustín cuando decía, *hic seca, hic ure, ut in aeternum parcas*. Señor, háganme aquí en esta vida tajadas y abrásenme por ti, porque me perdones mis pecados. Mas mire quien se viere con este ímpetu que resguarde y repare tres cosas, la vida y salud para más padecer, las fuerzas y ejercicios de su estado para más merecer, que por eso dice Santo Tomás ser mayor perfección en los obispos comer y vestir bien, que en los ermitaños ayunar y andar remendados, porque aquel regalo se ordena a mayor salvación y gobierno de las almas, que es el fin principal de su estado. Guarde también el decoro, porque con ímpetu de humillarse y mortificarse no acostumbradamente, no dé ocasión a que otros pequen murmurando y aborreciendo la virtud.

He visto almas que con ímpetu de amor de padecer por Cristo, desean y dicen que querrían ir al infierno por padecer los tormentos de los demonios, y he conocido quien reprende este ímpetu diciendo, que el infierno por ninguna cosa se ha de desear. Mas quien esto reprende no entiende que el que tiene este deseo para agradar a Dios, no apetece la culpa sino la pena del infierno, como la apetecían los santos por más padecer, y lo declaró San Ignacio por estas palabras: *Ignis, Crux, bestiae, confractio ossium, membrorum divisio, totius corporis contritio, et tota tormenta diaboli in me ve-*

1 Habac., III, 16.

niant, tantum ut Cristo fruar (1): Venga sobre mí fuego, cruz, bestias rompimiento de huesos, cortamiento de todas mis coyunturas, y que todo mi cuerpo esté desmenuzado y todos los tormentos que el demonio puede dar en el infierno a trueque de que yo goce de Cristo.

Impetuoso deseo de recato y pureza.

Aunque cuando trataba de los estorbos del verdadero espíritu, toqué algo acerca de esta materia y la del celo, por ser tan necesaria quiero tratar un poco más despacio de ella. Cuando ve un alma que le aprovecha poco ganar todo el mundo si padece detrimento en su conciencia (2), y se le descubre la gravedad del pecado, la flaqueza que en sí siente, la fuerza de sus pasiones, el ímpetu de sus malas costumbres, las muchas ocasiones que hay de caer en el mundo, con la experiencia que tiene de las muchas veces que ha caído, no se puede contener sin desear impetuosísimamente meterse en un rincón, hundirse debajo de la tierra, no hablar ni tratar con nadie ni ver gentes, buscando con este recato la pureza y castidad, como el armiño que se deja matar por no ensuciarse. Con este ímpetu se fué San Edemundo a una imagen de bulto de nuestra Señora, y poniéndole un anillo en el dedo, se desposó con ella, ofreciéndole, como lo cumplió, de no mirar de allí adelante en el rostro a ninguna mujer. San Luis, obispo, religioso de la orden del padre seráfico, viniendo de España donde había estado mucho tiempo, quiso su madre la reina de Francia, que ya era mujer de edad, saludarle al modo de aquel país, y el santo no la quiso dejar llegar a su rostro, que al fin era mujer. San Agustín no quería morar en compañía de sus hermanas, diciendo: Que las criadas que las servían no eran hermanas suyas.

Parecen estas cosas melindres y demasías a quien no lleva Dios por este espíritu, pero no lo son; ni la de un santo a quien loan los autores, porque siendo de noventa y ocho años y estando en la agonía de la muerte, llegábale su hermana carnal, vieja de ochenta y siete, la mano a las narices para ver si había expirado, y él despertando de un parasismo, la apartó de sí, diciendo: *Recede, o mulier, exiguus adhuc igniculus restat*: Apártate de ahí, que eres mujer, que todavía queda una centellica de fuego. ¡Mas cómo reirán de esto los que teniendo un horno de ello en su corazón, y hartos de vino, sin saber qué cosa es espíritu ni recato, parlan, platican, tratan y tocan, aunque sea de noche a solas, con quien tiene un saco de pólvora dentro de sus entrañas sin temor de que se vuele la pureza de sus conciencias! Mucho menos le acaeció a aquel obispo, de quien cuenta San Gregorio (3), que por haber dado una palmada en las espaldas de una beata que tenía en su casa, con alguna liviandad, dió regocijo a los demonios del infierno que lo solemnizaban en una ermita de gentiles, como lo vió un judío, que de medroso se había entrado allí, y persignado, y cuando le fueron a reconocer, dijeron: *Vas va-*

1 MG. 5, 691.
2 Matth., XVI, 26.
3 ML. 77, 229-232.

cuum sed signatum: Y contando a la mañana al obispo esto y otras cosas de que se trató en aquella diabólica consulta, el obispo hizo gran penitencia por su descuido y bautizó al judío.

Mas quien sigue este ímpetu de pureza y recato, guárdese de tres daños que suelen suceder a los que en él se descuidan. El primero, imprudencia, que hay algunos que se recatan tan imprudentemente, que dan que reir, mofar y murmurar de la virtud, como le aconteció a un cierto religioso, que mandándole su prelado saliese a hablar con una señora muy principal, que venía a rogar la encomendase a Dios, salió a ella con una cruz en la mano y un acetre de agua bendita, conjurándola como si fuera demonio. El segundo, malicia y juicio temerario: que hay personas que de puro recatadas echan a mala parte, y juzgan a pecado y piensan ser mala intención cualquier cosa que a ellas les parezca liviana, como una que porque un confesor, confesándola, le dijo, mi ángel, le fué a acusar a la Inquisición, diciendo que la había solicitado para pecar con ella carnalmente. Muchas cosas se hacen con buen fin y a buena intención, que a los ojos de los ignorantes parecen falta de recato; como lo de aquel santo que muchas veces entraba en casas de mujeres públicas para convertirlas a Dios, y aunque muchos le calumniaban por deshonesto, cuando se murió se tañeron las campanas, y el cuerpo se vió resplandeciente, con que mostró Dios su santidad. El tercer daño que suele haber en el demasiado recato, es la omisión y falta de las obligaciones que tienen algunos en su oficio y estado de gobernar y tratar almas, escondiendo debajo de la tierra el talento que Dios les dió para negociar con él, de que les será pedida estrecha cuenta.

Impetu del celo de las almas y de la gloria y honra de Dios.

¿Cómo es posible que ame de veras la esposa a su marido, si cuando ve que se le vienen a matar se está queda y sosegada y diciéndole amores, y no se levanta con ímpetu gritando y metiéndose por los puñales para excusarle las heridas o morir en la demanda?, y ¿cómo es posible que un alma ame fervorosamente a Cristo, su Esposo, si viendo las muchas ofensas que contra él se cometen, que, como dice San Pablo (1), el que peca torna a crucificar a Cristo, no se levanta de su quietud y dando voces desde el púlpito, o como pudiere, no estorba ofensas y pecados sin temor de los puñales, que son los peligros y trabajos que en estorbarlos suele haber? Mudo era desde su nacimiento el hijo del rey Creso de Lidia, y viendo que unos soldados venían a matar a su padre, fué tan grande el ímpetu y coraje que de esto recibió, que rompidos los lazos e impedimentos de la lengua, dió voces diciendo: que matan a mi padre. El santo profeta Elías, Eliseo y todos los profetas antiguos, y los de su congregación, y los apóstoles y sagrados doctores y muchos de los demás santos, cuando el celo de la casa de Dios les comía las entrañas, volaban como nubes por todo el mundo para dar fruto

1 Ad Hebr., VI, 6.

de sí, y que con su doctrina creciesen las plantas y frutos de las virtudes, deshacíanse como la sal en el agua, derretíanse como la candela puesta sobre el candelero para dar luz a todos los que están en la casa de la Iglesia (1); y aunque se metían en los agujeros de la piedra de las llagas de Cristo (2) como palomas sencillas, iban haciendo fruto en las almas y volvían a su recogimiento y celda: *In similitudinem fulguris coruscantis* (3), como los animales encendidos de Ecequiel. No quieren entender esta doctrina algunos que tienen por perdidos a los que salen de la celda o discurren en ministerio de salvar almas; y, si para este fin faltan en un punto de la aspereza corporal, los llaman relajados. Si la madre Teresa de Jesús, que fué atormentada con este celo, siendo monja y profesando clausura, no hubiera salido de un convento, como algunos decían que hiciera, no hubiera hecho tanto fruto en la Iglesia de Dios. *Da mihi liberos, alioquin moriar* (4), decía Raquel llorando a su marido Jacob; y así dice el alma celosa a su Cristo: Señor, dame hijos de gracia que yo lleve al cielo, que me muero por hacer fruto en las almas.

Quien se viere herido de este celo, si quiere acertar y qué sea según conciencia, como dice S. Pablo (5), guarde las reglas siguientes: La primera, cuando aprieta el celo del bien de algún alma particular, levante el espíritu a lo que fuere mayor gloria de Dios y al bien de todas las almas del mundo, porque con esto no errará en algún juicio temerario de los que suelen hacer celos indiscretos.

La segunda, mire quien tiene el celo, si tiene oficio, estado, talentos y partes para poner por obra lo que el celo le dice: como si a uno le aprieta el celo de predicar haciendo fruto en las almas, vea si tiene letras y oficio de predicador, y si no repórtese; no le acontezca lo que al rey Ocías (6) que quedó leproso, o lo que al rey Saúl, que quedó castigado por querer sacrificar no siendo sacerdotes (7).

La tercera, antes que ponga por obra lo que el celo le dice, cuente los daños y provechos que se pueden seguir de ir a reprender con celo, y si fueren mayores los daños, repórtese y calle.

La cuarta, acompañe el celo con mucha humildad, blandura y prudencia, y no se deje llevar del ímpetu del celo, sin detenerse y comunicar con personas de ciencia y espíritu lo que pretende hacer, que muchos por apresurarse se han perdido.

---

1 Matth., V, 15.
2 Cant., II, 14.
3 Ezech., I, 14.
4 Gen., XXX, 1.
5 Ad Rom., X, 2.
6 II Paral., XXVI, 21
7 I Reg., XIII, 13.

DE LAS SEÑALES EXTERIORES

CAPITULO XVIII

DE LA SEÑALES EXTERIORES QUE SUELEN RECIBIR MILAGROSAMENTE ALGUNOS SIERVOS DE DIOS QUE TIENEN ORACION Y ESPIRITU.

Es Dios tan bueno y misericordioso que no solamente enriquece las almas de sus siervos, sino también concede dádivas y mercedes a los cuerpos, que sujetándose a ellas como esclavos se emplean en su santo servicio. Y así como en la gloria concede a los cuerpos de los bienaventurados cuatro dotes, llamados claridad, ligereza, sutileza e impasibilidad, así en esta vida comunica a algunos cuerpos de almas muy espirituales semejantes dádivas milagrosas. La primera se llama claridad, y tener en el cuerpo imágenes y señales de Cristo, como el resplandor con que bajaba Moisés (1) de tratar con Dios en el monte, y el que tuvo el Señor en el monte Tabor cuando resplandeció su rostro como el sol y sus vestiduras quedaron más blancas que la nieve. Y así como en el cielo de la claridad que las almas reciben, quedan transformadas en la imagen de Dios, que lo dijo San Pablo por estas palabras: *Nos autem gloriam Domini speculantes, in eandem imaginem transformamur a claritate in claritatem* (2); nosotros viendo la gloria de Dios nos transformamos en su imagen, de claridad en claridad, así en esta vida, de la claridad y noticia que proviene en la oración, como de los rayos del sol que vienen al espejo, no solamente resplandece el alma con luz interior de desengaño y algunas veces el cuerpo, como acabamos de decir, sino que también suele hacer Dios mercedes al cuerpo de imprimirle alguna imagen visible de Cristo crucificado, o de sus llagas o de su nombre, como se ha visto en muchos santos antiguos y modernos.

A santa Clara de Monte Falco, hallaron después de su muerte un crucifijo hecho de la misma carne de su corazón, y tres bolitas de carne que la una pesa tanto como todas tres, y como las dos, en señal del continuo afecto que tenía esta santa al misterio de la Santísima Trinidad y a Cristo crucificadó. Cuenta don Serafino Razi, que un cautivo andaba siempre triste y lloroso, aunque su patrón le trataba con tanto regalo que más era de hijo que de esclavo; y preguntándole una vez el moro por qué andaba tan triste, pues tenía tan buena vida, le respondió, que porque traía dentro de su corazón a Cristo crucificado; indignado el infiel con esta respuesta, le hizo matar y abrir el corazón, dentro del cual hallaron un crucifijo hecho de la misma carne, y fué tanto lo que se movió con este milagro, que él y toda su casa y familia se bautizaron. En la ciudad de Ar-

1 Exod., XXXIV, 29.
2 II ad Cor., III, 18.

gentina, como cuenta el autor del libro *De apibus*, había un prior de la orden de Santo Domingo que tenía por costumbre hacerse las más veces que podía una cruz en el pecho con el dedo pulgar, y muriendo este siervo de Dios en la ciudad de Maguncia, cuando le desnudaron, le hallaron en el pecho esculpida una cruz: como también después de haber martirizado al glorioso San Ignacio, le hallaron dentro del corazón el nombre de Jesús con letras de oro, que él siempre traía en la boca mientras vivía.

De las llagas de Cristo esmaltadas en cuerpos de contemplativos siervos de Dios, quiero escoger las del seráfico padre San Francisco, porque escribe de ellas el glorioso S. Buenaventura (1) y el papa Sixto IV, y el papa Alejandro IV dice que las vió por sus ojos cuando abrió su sepulcro: que aunque pudiéramos referir de otras muchas que ha habido, éstas del seráfico padre fueron exteriores, sangrientas, milagrosas, ciertas, aprobadas y verdaderas. Llamo a estas llagas exteriores, porque aunque San Pablo tuvo llagas en su cuerpo, como él dice por estas palabras: *Ego autem stigmata Domini mei Jesu Christi in corpore meo porto* (2); yo traigo en mi cuerpo las llagas de mi Señor Jesucristo, pero esas llagas fueron interiores, con el pensamiento y meditación, como sería bien que todos las trajésemos. Llámolas sangrientas, porque la gloriosa Santa Catalina de Sena tuvo las llagas de Cristo en sus manos, pies y costado, y la corona de espinas en su cabeza, como escriben el beato Raimundo de Capua su General y el glorioso San Antonino de Florencia, y se colige de la bula del papa Pío II, en su canonización, cuando dice: *Vulnerum formam miserata Christi, exprimis ipsa*: que quiere decir: de la misericordia que tenías de Cristo crucificado te vinieron las llagas; pero, como declaran los autores y refiere Surio (3), aquellas llagas no eran de sangre sino de luz, aunque padecía la Santa gravísimos dolores como si fueran de sangre. Verdad es que ha habido pleitos y controversias muy reñidas entre los padres de santo Domingo y de San Francisco, sobre si se ha de pintar con llagas de sangre o no; mas todos convienen en que las llagas del glorioso San Francisco tenían formado el clavo de la misma carne. Mas no quiero ahora disputar ni determinar esta cuestión, y basta para mi propósito que la gloriosa Santa tenía en su cuerpo señales de las llagas de Cristo.

Llagas de S. Francisco y sus calidades.

Llamé a las llagas de San Francisco milagrosas, porque fueron hechas por manos del serafín en señal del seráfico amor y soberana unión que tuvo; a diferencia de muchos otros Santos que han tenido llagas hechas por amar a Dios, no milagrosamente sino por manos de los sayones que les martirizaban, como los santos que murieron crucificados por Cristo, San Pedro, San Andrés, San Timoteo, San Panucio, San Adrián, San Victorino, San Pionio, San Caliopio; los diez mil mártires, el santo niño de la Guardia que crucificaron los judíos, y los franciscos descalzos que poco ha crucificaron los gentiles en el

1 S. Bonav., in *Vita Sancti Francisci*.
2 Ad Gal., VI, 17.
3 Surius, 19 Aprilis.

Japón, que conocí yo al principal de ellos y otros muchos, y finalmente todos los santos que han sido azotados o recibido llagas semejantes a las de Cristo. Y también hay muchas personas que en las manos o pies tienen alguna nacida o llaga con dolor, pero no milagrosa. Como también conozco una niña en Consuegra, pueblo de la Mancha, llamada María, y su madre, abuela, visabuela y tatarabuela se llamaban del mismo nombre, que la señaló Dios con un lunar en el costado, de color de sangre, semejante a la llaga del costado de Cristo, que yo vi con mis ojos no con poca admiración.

Dije que fueron ciertas las llagas de San Francisco; por lo que cuenta Surio de la gloriosa santa Gertrudis que un viernes santo le vieron llagas en su cuerpo; y lo que escriben Leandro Alberto Boloñés y don Serafino Razi de una monja dominica de Hungría, que dicen tuvo llagas, pero no se tienen por ciertas. Leandro Alberto

Dije aprobadas, porque Jerónimo Mantuano escribe haberlas tenido una sierva de Dios, llamada Osana, de Mantua; y don Serafino Raci de otra, llamada Estefanía de Sonzino, y refiere la autoridad de Santa Columba; y unas cartas que escribió el Duque de Ferrara con que prueba haber sido ciertas las llagas que tuvo otra llamada Lucía de Narni. Mas aunque todas estas llagas hayan sido ciertas, no son aprobadas en la Iglesia como las llagas de San Francisco. Hieron Mantuano.

Dije verdaderas, porque en nuestros tiempos y en los pasados ha habido llagas falsas, mentirosas y engañosas, hechas del demonio o con artificio humano para buscar con ellas honra vana o hacienda. Cuéntase de Sordaria de Vitis, gran sierva de Dios, que estando una vez arrobada en espíritu, unos comisarios a quien el obispo de Bitonto había encargado tuviesen cuidado con ella, le hicieron llagas con unas puntas de alfileres para ganar dineros, como ganaban, según la mucha gente que la iba a ver, y daban limosnas porque se la mostrasen, y duró este engaño hasta que el cardenal Egidio descubrió la falsedad, castigó a los comisarios y a ella recluyó en un monasterio para que no anduviesen haciendo plaza con sus milagros. En tiempo de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, como se lee en su vida, una monja dominica a quien confesaba fray Reginaldo se hizo unas llagas falsas. Otro tanto hizo una María Montero, de Valencia, y otra doña Beatriz de la Barrera a quien sacaron en Sevilla en el auto de la Inquisición el año de 1575, y lo mismo se cuenta de once beatas de Mallorca. Muy sabidas fueron las llagas pintadas de María de la Visitación, priora de la Anunciada de Lisboa, y bien cerca estuve yo de perder la vida por ayudar a deshacer este embeleco; mas quiero concluir en esta materia de llagas falsas, con decir que he visto persona tenida en posesión de santa, que tenía acceso carnal y era súcuba con el demonio, que le ofreció que si quería la haría que tuviese en su cuerpo llagas visibles, y así me resuelvo en que *Omnis gloria filiae Regis ab intus* (1): la gloria y lo que ha de pretender la hija del rey, esposa de Cristo, es pureza, luz y amor dentro del alma y huir de señales exteriores visibles.

---

1 Ps. XLIV, 14.

Elevación del cuerpo.

También suele el Señor conceder a los cuerpos de sus grandes siervos una gran ligereza con que se levantan en alto, como le acaeció a San Buenaventura, a quien hallaron una vez una lanza levantado en el aire, muy resplandeciente; y lo mismo se lee de otros Santos, que también se han levantado en alto por ministerio de los ángeles, como subieron a Elías en el carro de fuego, y llevaron a Abacuc de los cabellos a dar de comer a Daniel, que estaba en el lago de los leones, y subían a la gloriosa santa María Magdalena a gozar de la conversación del cielo, y también la bajaban al purgatorio a consolar los que allí padecían. Pero es mucho de notar la respuesta que nuestro Señor dió al tentador, cuando, pidiéndole que se arrojase del pináculo del templo, dijo: *Quia angelis suis mandavit de te, etc., in manibus suis portabunt te, etc.* (1): a sus ángeles ha mandado que te lleven en sus manos, le respondió: *Non tentabis Dominum Deum tuum* (2): No tentarás a tu Señor Dios. Como quien dice: No te pongas en buscar peligros con sucesos milagrosos, que ello es tentar a Dios; y así conviene bajar por la escalera en el camino derecho de la fe, no sea que pensando que son ángeles los que nos llevan, sean demonios y nos dejen caer y hacer pedazos como hicieron a Simón Mago.

Sutileza y gustos sensibles del cuerpo.

Acaece hallarse algunas almas en el rapto con el cuerpo tan sutil y liviano, que facilísimamente les pueden mover de una parte a otra como si fueran de papel. Esto hemos visto en nuestros tiempos en un siervo de Dios, de la orden de Sto. Domingo, llamado fray Melchor Cano, que lo podemos decir porque ya está gozando del cielo. Toda la vida fué muy santo, de grandísima penitencia y aspereza, oración y contemplación; y pocos años antes que muriese vino a tener raptos de muchas horas, y cuando llegaban a él a le mover, le hallaban con la sutileza que digo. Otro tanto acaece a una religiosa del monasterio de Sta. Clara de Carrión de los Condes, que porque todavía vive no la quiero nombrar ni contar otras excelencias de su espíritu. Mas dejando aparte estas sutilezas milagrosas que acaecen en el rapto, fuera de él se ve muchas veces que almas que acaban de comulgar y cuando llegaron al altar, llevaban pesadumbre y mala disposición en el cuerpo, e iban con dolores de cabeza y estómago, etc. Saliendo de la comunión, quedan tan aliviadas y de buena disposición, que ellas mismas se admiran de sí, porque parece que los mismos pies se les van para andar en buenos pasos, y las manos para hacer buenas obras, y se les quita toda la pesadumbre que antes tenían. Lo mismo se ve en personas de buena oración cuando salen de algún gran gusto de oración unitiva.

Gustos milagrosos de los sentidos.

Y en lo que toca a otros gustos sensibles, ya se ha visto comulgando algún siervo de Dios, sentir tanta dulzura y sabor muy dife-

1 Ps. XC, 11.

2 Matth., IV, 7.

rente de los demás sabores, que no se sabe decir cómo es. Supiéralo decir uno de los primeros de la orden del Cister, el cual como no arrostrase de buena gana a los manjares desabridos del refectorio y buscase otros con título de su salud, vió una vez visiblemente a la Virgen María, que con su benditísima mano daba a todos los frailes que entraban en refectorio, un bocado de una caja de conserva que ella traía, y llegando este a recibir lo que los demás, retiró la Señora su mano, diciendo: tú, hijo mío, no tienes necesidad de esta comida, que harto procuras otros manjares para tu salud. El santo religioso llorando le rogaba no le privase de aquel regalo, que él le ofrecía, aunque muriese, no querer jamás otros manjares sino los que los demás frailes comían; y de allí adelante era mucho mayor el gusto que le daban las berzas desabridas, que cuantos faisanes comen los más regalados del mundo. Un fraile carmelita descalzo conocí yo, que porque ya está en la otra vida se puede decir, que cuando bebía el vino tinto muy malo y desabrido que entonces se daba en refectorio, acordándose de la sangre de Cristo y haciendo cuenta que ponía la boca en la llaga del costado, era increíble el gusto y sabor que recibía. Oir delicadísimas músicas ya se ha visto en muchos siervos de Dios, como San Francisco cuando oyó el son de la vihuela que le hacía el ángel. De visiones con los ojos ya hemos tratado muy largo. De olores basta lo de Sta. Catalina de Sena que le comunicó el Señor sobrenaturalmente tal manera de olor, que los pecados le hedían sin poderlos sufrir, y en las cosas divinas hallaba algunas veces divina fragancia. Encontró una vez una mujer principal que iba en mal estado, y fué tan grande la pesadumbre que sintió con el mal olor, que ainas muriera. En el tacto bien se ve que acude Dios con regalo particular, como acudió a San Lorenzo estando sobre las brasas en las parrillas, que le parecía que estaba sobre rosas y flores. Pero es menester tener mucho tiento y traer mucho cuidado en que estas cosas gustosas exteriores no se apetezcan, pidan ni deseen, que suele en ello hacer el demonio muchas burlas, y el verdadero siervo de Dios sólo ha de apetecer la imitación de Cristo crucificado, su desnudez y dolores, oir afrentas y oprobios de sí, la amargura de hiel y vinagre y las demás cosas que son fruta del árbol de la cruz del Señor.

Músicas. Visiones. Olores. Regalos de tacto.

Salud y fuerzas corporales que nacen del espíritu.

Así como en la bienaventuranza los cuerpos son impasibles, que no les llega enfermedad, dolor ni trabajo alguno, así, en su manera, en esta vida comunica Dios a sus siervos, salud, fuerzas y contento en el cuerpo, demás de los otros bienes espirituales que comunica a las almas. No trato aquí de los milagros que Dios hace sanando los cuerpos enfermos de sus amigos, como cuando sanó a la suegra de San Pedro para que sirviese a la mesa, etc. (1), sino de lo que se ve por experiencia en algunos que siguen oración, que andan sanos, gordos y contentos. Entre los primeros religiosos carmelitas descalzos de Pas-

1 Matth., VIII.

trana, hubo uno llamado fray Benito de Jesús y la Virgen, que desde que entró en la orden para fraile lego, se determinó a no hablar palabra ni tener pensamiento que no fuese de amor de Dios y de Nuestra Señora, devoción del Santísimo Sacramento y de las ánimas del purgatorio. Vino este a términos, que solamente dormía tres horas de noche, y todo lo demás del tiempo o trabajaba a tejer seda o estaba en oración delante el Santísimo Sacramento, y su comida era de continuo pan y agua, y con esta vida andaba tan gordo, colorado y contento, como si tuviera los mayores regalos del mundo, y otros muchos siervos de Dios hay de este jaez.

Opinion de S. Cirilo

Algunos refieren para este propósito una opinión de S. Cirilo, que dice que el Santísimo Sacramento en algunas almas que bien le reciben, demás de los efectos espirituales, causa una calidad corporal en el cuerpo de donde nace esta salud y contento, la cual en la otra vida se vuelve en lumbre de gloria. En algún tiempo defendí esta opinión en escuelas, en la universidad de Alcalá de Henares, con harta gritería y contradicción de muchos doctores que la extrañaron, y ahora no me parece que atribuyamos esta salud, fuerzas y contento de algunos siervos de Dios a esta calidad real, sino de la simpatía que nace de la hermandad que hay entre el alma y cuerpo que, como están tan juntos y unidos, de los afectos del alma redundan efectos y muestras en el cuerpo. Vemos que un temor pone el rostro amarillo, la tristeza enflaquece y acaba la salud y a veces le vida, y aun el sobresalto de una gran alegría hace lo mismo, como le aconteció a un griego que murió del gran gozo que tuvo abrazando a dos hijos suyos, que venían coronados y victoriosos en los ludos olímpicos.

La simpatía.

Principio de la salud.

Acaece, pues, que algunas almas ponen toda su oración y espíritu en conformarse con la voluntad de Dios y alegrarse de los bienes que Dios tiene, habiéndose resuelto de no tener otro deseo sino de Dios. Y de aquí viene que viviendo ellos con pureza y contemplando cuán gran bien es que Dios sea quien es, y cuán bien les viene tener un Dios tan bueno y misericordioso, y no queriendo otra cosa sino lo que Dios quiere, consideran que todos los sucesos nacen de la voluntad de Dios; porque si son buenos, Dios los hace, y si malos, Dios los permite, y no se mueve la hoja del árbol sin esta divina voluntad. De aquí es que ninguna cosa que suceda les da pena; y como el alma está contenta y alegre con la consideración de los bienes y gloria que tiene Dios, de este contento redunda en el cuerpo la salud y fuerzas que hemos dicho. Así como cuando una madre que está sana y buena, come manjares sabrosos y substanciosos que la traen sana, gorda y contenta, el hijo que cría a sus pechos, porque participa de buena leche, está sano, gordo y gallardo, así el alma pura, cuando come tan buen manjar como la consideración de los bienes que Dios tiene y el deseo que en todo haga su voluntad, da al cuerpo la influencia y simpatía, que es como la leche tan buena y tan sana que le trae sano, gordo y contento.

De la misma vecindad y simpatía del alma con el cuerpo, nace que otros siervos de Dios, no menos santos que los que hemos dicho, andan siempre flacos, macilentos, afligidos y enfermos en el cuerpo. Y es la razón, porque sus almas de estos se ejercitan en el dolor

de haber ofendido a Dios, en el temor de apartarse de él, en el celo de ver su honra y gloria tan olvidada, en la tristeza de ver muchas almas que se condenan con el deseo que tienen de su salvación, y de aquí les redunda en el cuerpo la flaqueza, amarillez, enfermedades, etc. Y así no se puede juzgar por esto exterior quién sea más santo. San Jacobino, de la orden de San Francisco, cuyo cuerpo está en santa María la Nova de Nápoles, que hace muchos milagros, andaba siempre flaco, enfermo y lloroso, y San Bernardino que era su contemporaneo, siempre le veían riendo, sano y colorado; díjole un día: ¿cómo andáis, Bernardino, tan alegre y sano? ¿No véis los muchos pecados que se hacen contra Dios, etc.? Respondíale San Bernardino: Andad que primero me canonizarán a mí que no a vos, y así fué. No era menos santo en Valencia fray Nicolás Factor, de la orden de San Francisco, que el padre fray Luis Beltrán, de la de Sto. Domingo; el Factor andaba siempre alegre, sano y riéndose, y el fray Luis Beltrán afligido, macilento y triste; y todo nacía de una misma fuente y principio de amor de Dios y del prójimo, aunque corrían por diversos caños, así como Heráclito y Crátilo de la misma consideración de la vanidad del mundo, uno siempre lloraba y otro siempre reía. Y por esto no es bien juzgar a nadie de bueno o mal espíritu por las muestras exteriores del cuerpo; aquel es más santo que más amare a Dios y al prójimo y tuviere más luz y pureza, siquiera vaya por un camino, siquiera por otro.

CONVERSACIÓN CELESTIAL

CAPITULO XIX

DE LA CONVERSACION CELESTIAL QUE TIENEN LOS SIERVOS DE DIOS CON LOS BIENAVENTURADOS DE LA GLORIA IMITANDO SUS VIRTUDES Y ACORDANDOSE DE ELLOS, COMO SI LOS TUVIESEN PRESENTES O SI VIVIESEN CON ELLOS EN LA BIENAVENTURANZA.

Conversatio nostra in coelis est, dice el apóstol San Pablo (1): nuestra conversación está en el cielo. Que así como los bienaventurados se comunican, conversan y alegran unos con otros, así en la tierra hay almas de tan buen espíritu y tan levantados y apartados de las cosas de la tierra, que su conversación y trato es con los santos del cielo, con los cuales se comunican en la presencia divina, en que procuran siempre andar, como hacía Elías cuando decía: Vive el Señor en cuya presencia estoy. Y por esta razón, creo que llamaron beatos y beatas a las personas que en esta vida se dan a la oración y espíritu. Que hay muchas doncellas, que determinadas de no se casar ni ser monjas por no tener hacienda y dote, se visten honestamente, y contentas con solo el voto de castidad acompañan o sir-

Beatas por que se dijeron.

1 Ad Philip., III, 20.

ven a sus hermanas, o madres o a otras personas, y algunas viven juntas, sustentándose de la labor de sus manos como las que en Flandes llaman Beguinas. Esta manera de estado, aunque algunos le murmuran, no le pareció mal al último Concilio provincial de Toledo, celebrado en tiempo del cardenal Quiroga, donde los padres que allí se congregaron, resolvieron que la doncella que se determinase de nunca se casar ni tomar otro estado, era mejor que con vestido y recogimiento desengañase al mundo, que no que anduviese galana y compuesta, ventaneando y en las ocasiones que de la vanidad se siguen. Conozco una persona a quien se apareció visiblemente la madre Teresa de Jesús, diciendo: Que no murmurasen ni persiguiesen a las beatas, que no era gente desagradable a Dios, y en nuestros tiempos hemos conocido en este estado muy grandes siervas suyas.

Imitación de los Santos.

Mas declaremos qué sea conversación celestial. Cuanto a lo primero, conversar, tratar y traer delante los ojos a los bienaventurados, es acordarse de ellos, considerando e imitando sus virtudes y los caminos que anduvieron en esta vida para llegar a la eterna patria. Dice de esto divinamente San Gregorio Nacianceno (1), que así como quien va por un camino dificultoso y áspero, donde hay diversas sendas y traviesas en que fácilmente se puede perder, busca un buen caminante que por haberle andado, sabe bien el camino, y le lleva consigo por guía para que le enseñe y diga los malos pasos y le acompañe, como hizo el ángel Rafael a Tobías, así quien no se quisiere perder en las muchas traviesas de esta vida, busque algunos santos de los de la otra a quien procure imitar; lea sus historias, considere sus costumbres, que esto propiamente es tener devoción de los santos. Porque así como los malos, dice San Basilio (2), siguen las pisadas de los perversos, e imitan el consejo y caminos de los pecadores, y oyen de la cátedra de la pestilencia malas doctrinas, que de palabra o con mal ejemplo les enseñan, así el que quisiere ser bienaventurado huyendo de los consejos y caminos de los pecadores, pone su voluntad en la del Señor, imitando y llevando por guía a los que mejor la guardaron, que son los santos. Dice San Juan Crisóstomo que los santos son como antorchas encendidas, que nos dan luz en las tinieblas de esta vida; y así como quien quisiere salir buen pintor, dice San Macario, busca las pinturas más perfectas de que retratar e imitar, así el que en esta vida quisiere tener luz y hacer una viva pintura en su alma, converse con los santos del cielo, tráigales delante de los ojos, y cuando celebra sus fiestas, imite sus virtudes. *Solemnitates enim martirum exortationes martyriorum sunt, ut imitari non pigeat, quod caelebrare delectat,* dice S. Agustín (3), las fiestas y solemnidades de los santos y mártires, son sus doctrinas y exhortaciones, para que pues nos deleitamos en las celebrar, no seamos perezosos en los imitar.

Invocación de los Santos.

De otra segunda manera se puede entender la conversación celestial, que es, demás de la imitación de los santos que hemos dicho,

1 S. Gregor. Nazianc., *De pauper. fovenda.*
2 S. Basil., Homil. I, in Examen.
3 ML. 39, 2161.

llamarlos, invocarlos y ponerlos por intercesores en todas nuestras tribulaciones y trabajos para que nos ayuden y favorezcan, así como cuando sobreviene una tempestad o borrasca, dice San Juan Crisóstomo (1), llamamos marineros experimentados que nos ayuden. Porque los Santos, como dice San Gregorio Nacianceno (2), son nuestros capitanes y maestros; son nuestros médicos, dice Laurencio Justiniano (3), y los puertos donde nos acogemos en las tempestades espirituales, dice el mismo Crisóstomo, y fuentes de donde bebemos la buena doctrina y ungüentos con que curamos las llagas y heridas, como refiere San Juan Damasceno, y son nuestros pastores que nos apacientan con las yerbas más sanas de las virtudes, y abrevan con el agua más clara de la buena doctrina, como dice Clemente Alejandrino. Y finalmente son los rayos del sol de divina justicia, por donde nos comunica la luz de su sabiduría y el calor de su caridad. Pues quien quisiere esta luz, este amor, este reparo en sus tempestades y peligros de alma, salud en sus llagas espirituales, y ser guiado, enseñado y amaestrado para no errar el camino de la bienaventuranza, tome el consejo que sus amigos dan al santo Patriarca Job, diciendo: *Voca, si est qui tibi respondeat, et ad aliquem sanctorum convertere* (4): Llama si tienes algún santo abogado en el cielo que te favorezca y ayude en tus tribulaciones.

Traer el pensamiento e imaginación en el cielo.

Los que no andan en espíritu ni se les levanta el pensamiento a más de lo que ven por los ojos, no acaban de creer ni atinar cómo sea que un siervo de Dios, viviendo en esta vida con trabajos y estando encerrado en la clausura de un convento o cargado de hierros en una prisión oscura, o cuando camina por la calle o por el campo, tenga mayores regalos, gustos y contentos, que si se pasease por los huertos pensiles de Babilonia, y gozase de los jardines, florestas y palacios suntuosamente adornados del mundo, gozando de la fragancia de las flores, canto de las aves, frescura de las fuentes y deleite de las delicadas pinturas y tapicerías. Mas quien anda en espíritu y verdad, y mete los ojos dentro de los reales palacios que tiene en el reino interior de su corazón; y aunque esté encerrado en una pequeña celda o cárcel, sabe enviar el pensamiento a pasear por los jardines de la bienaventuranza, como decían unos autores que se salía a pasear el alma de Hermotino Clazomeno, o como los sueños que tiene el que ha comido opio somnífero, e imagina que cuando va por la calle, va por la gloria, y los que encuentran son ángeles y santos, o con la misma imaginación tiene repartidos los aposentos de su convento o rincones de su celda de tal manera, que donde quiera que vuelve los ojos, le hace acordar de lo que pasa en el cielo, este tal goza verdaderamente de la conversación celestial de que vamos hablando. Dice a este propósito San Gregorio Nacianceno (5), que así como quien oye la música no se fatiga mucho de ver con los ojos los cantores ni los instrumentos con que tañen, así quien tiene espíritu, aunque no vea con los ojos del cuerpo los santos del cielo y esté encerrado en

1 S. J. Chrysost., *De verb. Isai.*, cap. VI.
2 MG. 36, 603.
3 S. Laurent. Justin. *De instit.*
4 Job., V, 1.
5 MG. 36, 34.

una celda o en una mazmorra oscura, puede tener atención y poner el oído a la música interior que viene de los santos, considerados en la esencia divina que tiene presente, gozándose con ellos de la conversación celestial.

Considerar los hombres y mujeres que ven como vivas imágenes de Cristo y su madre y de los Santos.

No hay imagen más viva de Cristo y de la Virgen María y de los santos y santas del cielo, que los hombres y mujeres que vemos en la tierra: que ni Zeuxis ni Apeles ni otro cualquier pintor afamado las acertara a pintar tan al propio y con tan verdaderos colores. Pues quien mira estas imágenes con ojos de serpiente o de basilisco, juzgando mal de ellas en su interior o apeteciéndolas, si son hermosas, con sensualidad, no goza de la celestial conversación que goza el que tiene ojos de paloma, considerando sólo lo exterior que representan, *absque eo quod intrinsecus latet* (1). Y así como si a un siervo de Dios devoto le metiesen dentro de una iglesia, capilla u oratorio donde hay excelentísimas pinturas e imágenes de Cristo y de la Virgen y de los santos, mirándolas se acuerda de lo vivo por lo pintado, y habla, comunica, trata y conversa en su corazón con los santos del cielo, así quien ve muchos hombres o mujeres como pinturas vivas y con ojos de paloma, de la misma vista, trato y conversación con los hombres de la tierra, sin hacerle daño como hacen a otros sin espíritu, levanta su espíritu a la conversación de los santos del cielo.

CAPITULO XX

DE LAS CONVERSACIONES CELESTIALES Y RECREACIONES SANTAS, QUIETES PROVECHOSAS, PASATIEMPOS HONESTOS Y MERITORIOS QUE TIENEN LOS SIERVOS DE DIOS, SIN DISTRAERSE DE LA ORACION Y SIN PERDER NADA DE SU ESPIRITU.

Bueno es el descansar.

Cierta cosa es que no puede estar siempre la cuerda del arco tirada, como decía Amasis y algunos lo refieren de San Juan Evangelista, y que es menester dar algún resuello, algún vado, recreación y pasatiempo a los cuidados, pensamientos y trabajos del espíritu: *Interpone tuis interdum gaudia curis*: da un poco de sosiego y algún descanso a tus cuidados. *Quod caret alterna requie, durabile non est.* Dice a este propósito Cicerón (2), que así como las aves, cuando labran sus nidos, que es el tiempo de su mayor trabajo, toman sus horas para descansar y sentadas cerca de ellos cantando se recrean; y así como el pintor, dice Séneca (3), si siempre estuviese pintando y nunca se divirtiese, no sacaría pinturas perfectas; si las tierras siempre se labrasen y no las diesen algún año de holganza, no darían tanto fruto; si siempre fuese día y no hubiese noche para dormir, no se podría conservar la vida; si el soldado siempre pelease, se le acabarían las fuerzas y sería vencido; si las cuerdas siempre estuviesen

1 Cant., IV, 1.
2 Cicer., lib. II, *De orator.*
3 Senec., lib. II, c. 19.

tiradas en las clavijas, se destemplaría la vihuela; y si el cochero tuviese siempre tirantes las riendas de los caballos no gobernaría bien su coche, así también, dice Plinio (1), es necesaria alguna recreación de los cuidados, algún descanso de los trabajos interiores, alguna quetud de los pensamientos para que el espíritu sea más vivo, los buenos pensamientos más durables, los cuidados más eficaces y los ejercicios más meritorios.

Las recreaciones que no convienen.

Pero ¿qué recreación será buena para los siervos de Dios, especialmente religiosos a quien se les dice: *Oportet semper orare, et numquam deficere* (2): conviene siempre orar, y nunca desfallecer; y en otra parte: *Sine intermissione orate* (3): orad sin cesar? No es poca dificultad hallar recreaciones, quietes y descansos, que diviertan del trabajo y no aflojen el espíritu, que sean buenos pasatiempos y no tiempo perdido, que no causen en el alma escrúpulos de palabras, obras o pensamientos ociosos, pues se sabe que de la más mínima palabra ociosa que hablaren los hombres han de dar cuenta el día del juicio, sino antes gozo espiritual de haber aprovechado y merecido en el tiempo de las recreaciones. Porque juegos de cartas o dados no convienen a los siervos de Dios, principalmente religiosos, pues muchos seglares, usando mal de estos juegos, cometen pecados de perjurios, robos, iras, etc. Y si les reprendiesen el jugar por el daño que causa en sus almas el juego, excusaríanse con decir que religiosos juegan, y en ninguna manera se ha de dar escándalo a los pequeñuelos. Juego de ajedrez u otros que proceden de ingenio, ni todos le saben ni descansa el pensamiento y cuidado con tan inútiles cuidados de pensamientos, como acertar a poner o mover una pieza de una casa a otra. Recreaciones corporales, como juego de bolos, bolas, argollas, trucos, correr, saltar, tirar barra, cazar y otros semejantes, que algunas veces son necesarios para conservar la salud adelgazando humores gruesos de cuerpos robustos, ni son recreaciones para todos ni para todos tiempos ni para todos gustos; que aunque haya quien se deleite en correr con la fuerza del sol tras una liebre, otros lo tomarían por inmenso trabajo; y pues el espíritu es el que trabaja en la oración y no el cuerpo, no viene a propósito buscar recreaciones y gustos para el cuerpo procurando el bien y sosiego del espíritu, pues que siendo enemigos capitales la carne y el espíritu, no se ha de llevar el cuerpo los regalos que se deben al espíritu que trabaja. Y así todo género de recreación que en alguna manera es peligrosa para el espíritu y gustosa para el cuerpo, como pláticas vanas, comidas, banquetes, danzas, saraos, festines y comedias vanas, en que nuestra flaca naturaleza puede tropezar y venir algún mal pensamiento con quien pelee, no da recreación a las almas religiosas y espirituales. Que si alguna vez por cumplimiento comen de esas cebollas de Egipto, cuesta lágrimas de los ojos cuando vuelven a su rincón, y les atormentan los escrúpulos que de semejantes pasatiempos les nacieron. Pues no hallo mejor recreación, entretenimiento, quiete, gusto, pasatiempo y deleite del

---

1 Plin., lib. VIII, cap. XVI.
2 Luc., XVIII, 1.
3 I ad Thes., V, 17.

espíritu, que la que llamamos conversación celestial, que con esta se entretienen y descansan y no pierden, antes aumentan riquezas espirituales del alma.

Para entender qué sea esta conversación celestial y sabernos ejercitar en ella, consideremos en el cielo doce maneras de bienaventurados. La primera manera y orden sea la Santísima Trinidad. La segunda, Cristo Nuestro Señor en cuanto hombre. La tercera, la sacratísima Virgen María. La cuarta, los ángeles del cielo. La quinta, los patriarcas. La sexta, los profetas. La séptima, los apóstoles. La octava, los evangelistas. La novena, mártires. La décima, confesores. La undécima, vírgenes. La duodécima, matronas y todos los demás bienaventurados del cielo. Y por el mismo orden de bienaventurados se cuentan doce maneras de recreaciones celestiales acá en la tierra de que iremos tratando en este capítulo.

Y antes que particularmente tratemos de estas recreaciones, conversaciones y quietes espirituales, quiero advertir tres puntos. El primero, que nunca en las conversaciones de los siervos de Dios ha de haber cosa que sea escrúpulo de conciencia ni pecado, porque no serían recreaciones sino palabras ociosas y perjudiciales. Y así no ha de haber murmuraciones, juramentos, palabras vanas que huelan a torpeza, porfías demasiadas que causen ira o cólera, afrentas de nadie, ni decir unos a otros cosas que les pese y semejantes palabras, que no son buenas para descansar del espíritu sino para dar mayor cuidado con escrúpulos. El segundo, lo que se tratare en la recreación, no ha de ser cosa que dé cuidado, sino en lo que más se recree el espíritu, y no es necesario llevar concierto ni orden de lo que aquí diremos, porque ya eso no sería recreación sino trabajo de espíritu; y lo que se pretende es declarar cómo se puede pasar el tiempo bien en cosas que recreen el ánimo y no den trabajo en el espíritu. El tercero, por la misma causa no es menester en las palabras que se dicen en la recreación, hacer fuerza en tener oración ni atención a ellas porque no cansen y sean enfadosas las recreaciones. Supuestos estos tres puntos, así como hay doce maneras de moradores de la bienaventuranza, hay doce maneras de recreaciones celestiales.

Invocación de los Santos.

Alabanzas divinas.

La primera manera de las recreaciones espirituales en honra y gloria de la Santísima Trinidad es las divinas alabanzas. Va cada uno diciendo: Yo alabo a Dios o glorifico a Dios o bendito sea Dios, etc., porque es bueno; el otro dice, porque es santo, y así van discurriendo por las excelencias de Dios y por sus obras y atributos y por las demás cosas, porque Dios merece ser glorificado. Responden todos: yo también; y el que no responde o el que dice lo que el otro ha dicho o no habla a propósito, paga alguna pena, y así con contento y alegría van pasando el tiempo.

Loores de Cristo.

De la misma manera se dicen loores y excelencias de Cristo, y cada uno dice alguna propiedad, nombre o figuras que hay en él y los bienes que tenemos por Cristo como diciendo, bendito sea Cristo que es sol de divina justicia, etc. Responden todos, amen, y con esto se trae a la memoria cosas de Cristo.

La tercera manera de conversación celestial es ir diciendo loores,

alabanzas, títulos, nombres y figuras de la Virgen María, como diciendo uno. Es la Virgen luna llena de gracia; otro, es la mujer vestida del sol, etc. Responden: Ella sea bendita, y así se van entreteniendo en conversación celestial diciendo alabanzas de la Virgen. Títulos de la Virgen María.

En honra y gloria de los ángeles, es la cuarta conversación celestial del hacimiento de gracias; va cada uno dando gracias a Dios por algún beneficio de los recibidos, y todos responden: Yo también. Hacimiento de gracias.

La quinta es de los conceptos espirituales. Propone el que preside a la conversacion alguna pregunta de cosas de espíritu, y cada uno va diciendo su parecer, y no ha de decir uno lo que el otro ha dicho, declarando el que preside el concepto de cada uno, y este es muy bueno y muy provechoso entendimiento de tiempo. Pongamos por caso. Pregúntase qué hará un alma para afervorarse cuando se viere tibio en la oración: dice uno, yo digo que será bueno tomar palabras amorosas y hablar con Cristo o las oraciones jaculatorias; otro dice, mi parecer es acordarse del paso que más le suele mover el espíritu, etc. Y así van los demás. Conceptos espirituales.

Cuentos e historias entretienen mucho una santa conversación, procurando que sean de cosas buenas y provechosas, y puédese hacer esta en honra de los profetas. Historias, cuentos.

En la honra y gloria de los apóstoles, se puede en la recreación dividir los reinos que hay en el mundo, y escoger cada uno el suyo, haciéndose procurador de aquel reino, y pidiendo a los demás alguna oración o alguna obra buena para ayuda de aquel reino. Celo de los Reinos.

La octava de recreación en honra y gloria de los mártires es, desear martirios diversos por Cristo, y cada uno va diciendo un diverso modo de martirio. Pongamos por caso: dice uno, yo querría morir por Cristo degollado; otro dice, yo aserrado, etc. Y todos responden: yo también; y el que dice lo que el otro ha dicho, paga su pena poniendo alguna prenda para rezar después algo por las ánimas de purgatorio; y es Dios tan bueno, que recibe y premia aquellos propósitos, porque lo que dice la boca y no repugna el corazón, es acto de la voluntad. Martirios.

La nona manera de recreación es los casos de conciencia en honra de los confesores, y no es de poco provecho, porque van por los mandamientos diciendo cada uno algún caso, y los demás su parecer acerca de esto. Cosas de conciencia.

La décima es de los propósitos en honra de las vírgenes, diciendo cada uno algún buen propósito o deseo de servir a Dios o de alguna particular virtud. Propósitos.

La undécima recreación es de los actos interiores y exteriores de las virtudes; y es de mucho gusto cuando entre siete u ocho de los que están en la recreación, cada uno escoge una particular virtud, y el que preside, hace seña con las manos, y el que escogió aquella virtud, ha de hablar con la boca, mas cuando el que preside la nombra con la boca, el que la escogió calla y hace la seña de ella. Actos interiores.

Pongamos por caso; poner las manos juntas es señal de la oración; el que escogió la oración, cuando ve que el que preside pone las manos juntas, dice, oración, y si el que preside dice oración, en-

tonces el que la escogió no dice nada, sino pone las manos juntas significando que quiere aquella virtud.

Mortificaciones.

Finalmente, es muy buena recreación la de los martirios o mortificaciones exteriores, cuando sale uno fingiéndose tirano y otro sayón y otro el mártir a quien martirizan por Cristo, procurando tener el mismo deseo que si de veras le martirizasen, y en esto se ejercitan las antiguas carmelitas descalzas, como se colige de Surio en la vida de santa Febronia.

ILUSIONES Y SUS DAÑOS

CAPITULO XXI

DE LAS ILUSIONES DEL DEMONIO Y DE LOS GRANDES DAÑOS QUE POR ELLAS Y POR EL MAL ESPIRITU HAN VENIDO.

Escribiendo el glorioso San Juan Evangelista a los de Tiatira, les reprende con estas palabras: *Habeo adversus te pauca, quia permittis mulierem Jezabel, quae se dicit propheten, docere et seducere servos meos fornicari, et manducare de idolatris* (1). Tengo, dice San Juan, contra ti una queja, y es, que permites a la mujer Jezabel, que dice que es profeta, que engañe mis siervos, y les haga fornicar y ser idólatras. De estas palabras se colige, cuánto enfada a Dios que se permitan en su Iglesia ilusiones y falsas visiones y revelaciones y mujercillas engañadas y embaucadas y falsas visiones y revelaciones estas se pueden seguir, y cuán agradable le será la doctrina con que se declare qué sean ilusiones, los daños que de ellas se siguen y los remedios que contra ellas puede haber. Y así aunque he tocado algo de esta materia en los capítulos pasados, parecióme sería bueno para mayor honra y gloria de Dios, provecho de las almas y dilucidación del verdadero espíritu tratarla de propósito.

Qué sea ilusión.

Ilusión es un engaño que hace el demonio transfigurado en ángel de luz con apariencia de espíritu y santidad. Y por esta causa dice el Espíritu Santo: Probad los espíritus porque Satanás se transfigura en ángel de luz (2). Ilusión es, como se colige de Clemente Alejandrino (3) y de Tertuliano (4), un cebo engañoso que inventa el demonio, mezclado con apariencia de visiones y revelaciones para cazar las almas espirituales y que más pretenden la virtud. Que muy bien sabe el traidor, que si les acometiese con pensamientos sensuales o de ira, le resistirían y no las podría engañar. Eusebio Emiseno (5) dice que la ilusión es un tósigo, veneno y ponzoña mezclado con la miel y azúcar de la oración y espíritu. Y así como el tósigo mata sin que la miel y el azúcar le quiten su fuerza, aun-

---

1 Apoc., II, 20.
2 II ad Cor., XI, 14.
3 S. Clement. Alexand., lib. *Stromat.*
4 ML. 1, 466.
5 Euseb., Emisen., Hom. III.

que encubren y solapan su malicia, así destruye la ilusión de las almas por poca que sea, aunque vaya acompañada con muchos gustos y regalos espirituales. Antes ese es el mayor daño; que así como el vino es el único y preservativo remedio contra la cicuta, que por ser frigidísimo veneno, mata, si el vino, ocupando el corazón, no le defendiese la entrada; pero si la cicuta se bebe mezclada con el vino, no hay reparo alguno, porque el mismo vino la lleva al corazón; así el vino del espíritu es único remedio contra el engaño del demonio. Pero cuando en la ilusión el engaño va mezclado con espíritu, es el mayor de todos los daños; y guárdale el demonio para contra los más siervos de Dios a quien pretende hacer mayor guerra, a la manera de los corsarios, que acometen con mayor fuerza a las naves más cargadas de riquezas, dejando pasar los bajeles vacíos, o los salteadores que acuden a saltear los caminantes ricos, no haciendo caudal de los que caminan pobres y desnudos, como dice San Juan Crisóstomo (1) e Isidoro Claro.

Esto parece que quiso decir Job en aquellas palabras: *Sorbebit flumen, et non mirabitur, sperat intrare Jordanem in os ejus* (2): sorberáse el río, de la gente sensual y sin espíritu con tentaciones ordinarias, sin hacer caso de ello; tiene esperanza y pretensión que el Jordán, que son los varones espirituales, le han de entrar por la boca, engañados con ilusiones y falso espíritu. Y a este propósito se refiere en el libro *Vitis patrum*, haber visto uno de aquellos padres del yermo a la puerta de una gran ciudad un demonio recostado y ocioso, y entrar y salir innumerables de ellos en un monasterio pequeño de monjas santas, trabajando y cuidadosos como abejas en colmena. Y preguntándole qué hacía allí tan ocioso, le respondió, que tenía poco que hacer en aquella ciudad, porque unos se tentaban a otros con rencores, sensualidades, etc., mas que en el monasterio de monjas santas, era menester pelear y trabajar más con ilusiones y engaños ocultos. Pero vamos ya a declarar los daños que de esta maldita ponzoña se siguen.

Idolatría.

El primer daño que la ilusión causa es la idolatría, con que el demonio pretende ser adorado de los hombres y que le den la reverencia que se debe a solo Dios. Porque ahora y eternamente está con la soberbia que le hizo caer del cielo, cuando pretendió igualarse con Dios, y como ve que si le conociesen por demonio, no le adorarían los hombres, disfrázase y transfigúrase en ángel de luz, o toma la figura de algún santo o del mismo Cristo, con que engañar y ser adorado. Esta idolatría es en dos maneras. La primera, la de los gentiles, cuando el demonio les hacía en creyente, que las estatuas de oro, plata, o piedra en que él estaba y se metía, o las otras criaturas como el sol, luna y estrellas eran dioses, y como a tales les adorasen, reverenciasen, sacrificasen y ofreciesen incienso. Para

---

1 MG. 56, 125. 2 Job., XL, 18.

llevar adelante esta manera de idolatría, usó el medio de las ilusiones y falsas revelaciones, visiones y profecías de gente engañada, que daban en su nombre las respuestas y oráculos al pueblo.

Dafne, hija de Tiresias en Delfos, como refiere Lucano, y otra en Larisa, de quien escribe Pausanías (1), daban las respuestas de Apolo .Cumea y Manto, como se colige de Virgilio y Ovidio (2), daban respuestas de los ídolos. De otra hace mención Plinio (3) que bebía sangre de toro y decía oráculos de los dioses en Egira, siendo aquella sangre veneno, como lo es. Theano y Eusipe, mujeres espartanas, adivinaban lo que había de venir, como dice Pausanías, aunque no adivinaron que a ellas dos las habían de echar en un pozo por deshonestas. De Casandra y sus ilusiones y falsas revelaciones para la idolatría, escriben Licofrón y Propercio (4); y de otra llamada Marcia, que engañó al emperador Mario, escribe Plutarco (5) en su vida. Y es mucho de advertir para las ilusiones de nuestros tiempos, que en los antiguos casi las más ilusiones eran por medio de mujeres; y había entre los Cimbros ley, que no podían adivinar las cosas por venir, sino ciertas mujeres que ellos llamaban alruinas, y en Thelmesio, las doncellas, como refiere Estrabon (6); y lo mismo usaron los antiguos alemanes como Agatón (7) dice y como se colige de Procopio (8); la misma tenían los Marusios de que no se admitiese ninguna revelación de hombre. Y la razón de usar el demonio de este medio de mujeres ilusas antes que de ilusiones de hombres es, porque se halló bien en la primera ilusión del mundo con acometer primero a Eva en el comer de la manzana, que no a Adán. Son las mujeres de su naturaleza noveleras, fáciles y livianas en creer, amigas de saber y entender cosas raras y ocultas, inclinadas a parlar, deseosas de ser estimadas y loadas y que hagan caso de ellas, universalmente hablando, más que los hombres; y de aquí es que halla el demonio mejor instrumento en ellas para las ilusiones, y que es menester mayor recato en creer sus visiones y revelaciones.

Otra manera de idolatría es adorar al demonio, no como hacían los gentiles en las estatuas de los ídolos sino apareciéndose en alguna visión exterior a los ojos del cuerpo, o en lo interior de la imaginación con figura de Cristo, ángel o algún santo, y esta idolatría es más común en nuestros tiempos entre gente cristiana. Supe de una mujer a quien Lucifer tenía persuadido que hincando las rodillas y puestas las manos, le llamase cada día noventa veces omnipotente, y a otras que se les aparece en figura de Cristo o de algún santo, gusta mucho que le adoren y ser creído para engañar.

Lo que conviene tratar ahora es qué hará un alma cuando se le apareciere una figura de estas ¿la adorará como a Cristo o la escupirá como a demonio?, ¿la reverenciará como a cosa buena o la hará hi-

---

1 Pausan., in Corint.
2 Virgil., lib. VI, *Eneid.;* Ovid., lib. VI, metamor.
3 Plin., lib. XXVIII, cap. IX.
4 Licofron. in Casand.; Proper., lib. III.
5 Plucar., in *Vita Marii.*
6 Estrabon., lib. VII.
7 Agato., *De bello Gothorum.*
8 Procop., lib. IV, *De bello Vandalorum.*

gas como a cosa mala? A esto se responde que si hay certidumbre o vehemente sospecha que es Dios o cosa buena, no es inconveniente adorarla y reverenciarla, como hizo San Pedro cuando se le apareció Cristo y le dijo: *Domine, quo vadis?* y San Pablo en el rapto y San Esteban cuando vió los cielos abiertos: digo vehemente sospecha, por la experiencia que una persona tiene de cosas buenas y santas, que le ha dicho aquella figura, o por haberle asegurado los que pueden, ser de Dios, como adoraba santa Brígida a Cristo y a nuestra Señora cuando le hablaban. Si la persona que ve la visión sabe de cierto o tiene gran sospecha que es el demonio, porque lo que le dice es contra la fe y mandamientos, entonces le ha de abominar, huir y tener por demonio. Y así hizo mal otra persona que yo conocí, en dar crédito al demonio que en figura de Cristo la persuadió tuvese acceso carnal con ella, y con razón fué condenada por sucuba en la Inquisición de Murcia; y hacía mal aquel ermitaño antiguo que cuando el demonio en figura de Cristo le daba un cuchillo, diciéndole que se degollase y se viniese con él a la gloria, dudaba si fuese Cristo. Mejor hizo San Martín, según refiere Severo Sulpicio (1), que apareciéndosele el demonio con vestiduras de brocado y corona de oro y perlas diciendo ser Cristo, le afrentó con estas palabras: Anda, traidor, que mi Cristo no vistió brocado ni se puso corona de oro sino de espinas, etc., con que el demonio desapareció como humo dejando intolerable hedor de sí.

Si la figura que se aparece no hay certidumbre o grande sospecha ser Dios o ser demonio, sino que está en duda, lo que se debe de hacer es, en presencia de la misma figura, adorar al Santísimo Sacramento del altar que estuviere más cerca, que en esto no puede haber ningún peligro; o lo segundo, no adorar aquella figura absolutamente sino con condición: si sois Cristo, yo os adoro, y si no lo sois, no; o lo tercero, no adorar aquella figura como fin y si fuese Dios, sino como medio y motivo que nos acuerda de Dios que está en el cielo a quien adoramos, de la manera que hace el que ve una imagen muy hermossa pintada en una tabla, que no haciendo caso de la madera, levanta el corazón a lo figurado; y con estos tres medios no tenga miedo de caer en adoración falsa. Porque así como si un pintor hereje diese un muy hermoso retablo a una mujer con intento de pecar con ella, y ella se moviese con aquella figura a acordarse de Dios, no sería razón que escupiese y diese higas a la imagen sino que resista a la mala intención del pintor; así aunque sea sea el demonio el que hace aquella figura de Cristo, para que, creyendo lo que dice contra la fe y buenas costumbres peque, tengo de estar firme en la fe y levantar el corazón a Dios que está en el cielo, sin inquietarme de lo que veo. Con esta razón persuadí a la madre Teresa en un tiempo para que no se afligiese con ciertas visiones y revelaciones que tenía.

---

1 Sever. Sulpic., in *Dialog.*

Herejía.

No es menor daño el de las ilusiones y falsas visiones y revelaciones y profecías mentirosas y engañoso espíritu el que ha causado en la Iglesia de Dios, y se puede temer de las herejías, que el de la idolatría de quien hemos tratado. Que es muy ordinaria traza del demonio, para introducir nuevas sectas y opiniones, dar a entender que es doctrina nuevamente venida del cielo revelada a una gran santa. Y así ha tenido por costumbre engañar a los heresiarcas antiguos con embaucamientos e ilusiones, principalmente de mujercillas embaucadoras e ilusas. Dice Platón (1) que las raposas acompañan a los leones para enseñarles a cazar; y declara muy bien San Agustín (2), que de la misma manera las mujercillas ilusas, comparadas a las raposas, se acompañan con los herejes para ayudarles a engañar. Y cuando Sansón sacó las trescientas zorrillas (3) y en los *Cantares* se manda que se cacen, entiéndense por zorrillas estas ilusas de quien vamos hablando; que es gran bien para la Iglesia conocerlas y resistirlas porque no hagan daño en tiempo tan peligroso como el que estamos; y porque es negocio muy grave, no me parece será malo comprobar esto con doctrina de gravísimos autores.

San Clemente, papa (4), refiere que Simón Mago, primer inventor de la simonía, a quien San Ireneo llama padre de todas las herejías, traía consigo una mujercilla embaucadora a quien él llamaba sabiduría del cielo, y decía que adivinaba las cosas por venir. De otra semejante a esta habla San Juan Crisóstomo (5), que engañó a Paulo Samosetense, heresiarca, obispo que fué de Antioquía. San Agustín (6), dice que Donato heresiarca con otros setenta obispos herejes fueron engañados por una española llamada Lucila, que les contaba sus revelaciones, visiones y profecías falsas y embaucamientos del demonio, pensando ellos que era luz venida del cielo. San Ireneo mártir, obispo de León de Francia y San Jerónimo (7) cuentan que unas mujeres portuguesas, engañadas con falso espíritu e inducidas por un hereje llamado Marco Egipcio, sembraron en España y Francia muchas herejías. Y el mismo S. Jerónimo (8) hace mención de una amiga de Apelles, llamada Filomena, a quien él ponía por nombre ángel de luz, la cual tenía familiar trato con el demnoio, y engañando a este heresiarca fué causa de gran daño que con su herejía causó en la Iglesia. Refiere San Jerónimo (9) para este caso a Tertuliano, que más particularmente escribe las ilusiones y embaucamien-

---

1 Plat., lib. *De nat. hom.*
2 S. Augustin., ser. 109, Domini in passione.
3 Judic., XV.
4 S. Clement., in itiner.; MG. **7**, 671, 709, 843.
5 MG. **59**, 66.
6 ML. **33**, 172, 173.
7 ML. **24**, 646.
8 ML. **26**, 344.
9 ML. **26**, 344.

tos de esta Filomena (1). Y lo que más me espanta y me hace temblar en este peligro de las ilusiones y falso espíritu es, lo que refiere el mismo San Jerónimo, que Orígenes, con haber sido tan santo y grave doctor de la Iglesia, fué engañado por las ilusiones de una mujer. Cierta cosa es, y quien hubiere leído el *Alcorán* y a los que escriben contra él, hallará que Mahoma dice que lo más de aquella falsa y abominable doctrina, le venía por mano de Axa, su mujer, a quien Dios, dice que enviaba las aleas que decía ser sentencias venidas desde el cielo, y que le hablaba el Espíritu Santo y le revelaban los ángeles la doctrina que escribió. No hicieron poco daño en Alemania los embustes de doña Catalina Bore, abadesa de un convento, que fué casada con Martín Lutero, y mostrándose gran santa persuadía a muchos hijos de príncipes y señores que en su casa se criaban, ser verdaderas las abominables mentiras y herejías de aquel maldito heresiarca. Y hoy en día, entre estos mismos herejes hay abundancia de ilusiones y embaucamientos, y ha llegado a tanto este error, que los puritanos dicen que les habla el Espíritu Santo y les enseña la pura verdad, con que hacen más daño que hicieron antiguamente los Begardos y Beguinas, que engañados con los falsos éxtasis, raptos, visiones y revelaciones, pervertían tantos que fué necesario congregarse contra ellos el Concilio Vienense.

Todo esto he dicho para asegurar a los que lo leyeren de que si alguno, aunque sea ángel del cielo, enseñare cosa contra nuestra fe, sea tenido por anatema por más muestras de santidad que traiga, como dice el Apóstol (2) escribiendo a los de Galacia; y porque habiendo comunicado muy particularmente con la madre Teresa de Jesús, ninguna cosa ella tanto temía como visiones y revelaciones por el peligro de ilusión que en ellas puede haber; y lo que más profesaba y enseñaba a sus hijas era la firmeza y constancia en la fe católica; y lo que movió a fundar los monasterios de carmelitas descalzas fué para que rogasen a Dios por los que pelean contra los herejes; y así ninguno piense leyendo en sus libros algunas visiones que por esta causa contienen mala doctrina.

Soberbia y vanagloria.

El padre de la soberbia, Lucifer, como por ella cayó del cielo, pretende introducirla en el mundo y principalmente en las almas devotas que se dan a la oración y espíritu, y viven como ángeles en la tierra para después subir a gozar de las sillas que los malos ángeles dejaron vacías por la soberbia; y como le salió bien la primera ilusión que hizo transfigurado en serpiente con que engañó a Eva, persuadiéndola que si comiesen de la manzana, serían como dioses sabiendo el bien y el mal y adivinando lo por venir, así pretende con ilusiones y engaños ensoberbecer las almas para que se jacten de su espíritu y hagan caso y presuman de sí, despreciando y teniendo en poco a sus hermanos, padres y maestros. Por esta ra-

1 ML. 2, 21, 50, 90. 2 Ad Gal., I, 9.

zón dijo el Señor a sus discípulos cuando le decían que hacían milagros y que lanzaban demonios, etc. Vi a Satanás caer del cielo como un relámpago (1); dándoles a entender que si por las gracias *gratis datas*, cuales son el hacer milagros y profecía, se ensoberbecían, caerían con la soberbia en compañía de Lucifer. Es la verdad que la profecía y milagros son señal de santidad en almas puras y humildes, pero la verdadera señal de santidad y perfección, como reveló el Señor a Santa Angela de Fulgino, es el amor de Dios y del prójimo y principalmente de los enemigos y la humildad profunda. Estas tres cosas no quiere ni puede hacer el demonio en las almas; que, como declaran algunos doctores, son los mosquitos que no pudieron hacer los magos de Faraón (2) por más embaucamientos y nigromancias que sabían. Bien puede hacer el demonio con la ilusión que un hombre sea loado y estimado en el mundo, que como a santo le besen la ropa, que alcance favor con los señores, que granjee haciendas y dignidades, que le confíen sus secretos, que le vayan a buscar como a oráculo y cosas semejantes, que son como las ranas y las demás señales que hacían los magos; pero para desear ser abatidos, como un San Francisco, y esconder sus visiones y revelaciones sin revelarlas sino a su padre espiritual, como hacía San Bernardo, dar la vida por Cristo, como hacían los mártires, esconderse por huir de ser obispos, como hacían los santos doctores, es menester que asista el dedo del Señor que es el Espíritu Santo. Y pues el Santo de los santos cuando sanó los leprosos les dijo, no lo digáis a nadie (3), y se escondió cuando le quisieron hacer rey, no hemos menester más doctrina para huir de las apariencias exteriores, y aborrecer el ser tenidos y estimados por las revelaciones y profecías, y entender que con este arpón de la soberbia, mediante las ilusiones, ha hecho el demonio gran estrago en la Iglesia católica.

Desobediencia y rebeldía.

Todo nuestro bien consiste en el amor de Dios y guarda de sus mandamientos y en la obediencia a nuestros superiores; por este camino se va derechamente a la tierra de promisión de gracia y gloria. Y así como Amalech, que así lo declara el glorioso S. Agustín, impedía a los hijos de Israel la entrada en aquella tierra prometida (4), así lo que más pretende el demonio es, desviarnos del verdadero camino de la gloria y perfección; y no tiene mejor traza que transfigurarse en ángel de luz para hacernos quebrantar alguno de los mandamientos de la ley, que por mínimo que sea, mínimo será llamado en el reino de los cielos el que le quebrantare; y aunque guarde todo lo demás de la ley, quebrantando un solo mandamiento con un pecado mortal, pierde la gracia y se puede decir de él que *factus est omnium reus* (5).

---

1 Luc., X, 18.
2 Exod., VIII, 18.
3 Matth., VIII, 4.
4 Exod., XVII, 8.
5 Jacob., II, 10.

De aquí nació la instancia con que el demonio transfigurado en figura de Cristo daba un cuchillo al otro ermitaño para que se matase. Y lo que cuenta don Serafino Razi (1) y Enrico Germano que acaeció en Alemania a un caballero pasando por una selva espantosa; que en lo más espeso de ella oyó cantar una suavísima voz que parecía del cielo, y entrando a buscar a la que cantaba, halló sobre un árbol una monja negra que habló con él razones santas, altísimas y delicadas; y le reveló todo lo que había hecho en toda su vida hasta entonces, y profetizó que había de entrar triunfando con una cruz en la mano en la conquista de Jerusalén. Creyóselo el caballero, y viniendo de ahí a pocos días a punto de muerte de una grande enfermedad, aconsejábanle que se confesase y recibiese los Sacramentos: él respondió que no podía morir por entonces hasta entrar en Jerusalén victorioso, como le habían profetizado; y no se queriendo confesar, murió en pecado mortal, añadiendo a los que antes había cometido aquel nuevo quebrantamiento de la ley de la Iglesia que manda confesarse el que está en peligro de muerte, con que se le llevó al infierno la negra monja, que era el demonio transfigurado en ángel de luz.

Por ser caso que pasó por mis manos y muy a propósito de esta materia, diré lo que ha pocos años me acaeció estando en cierto pueblo a predicar. Vino allí un bandolero de los más afamados revoltosos y estragados de aquella tierra, que había cinco años que no se confesaba, y persuadiéndole se confesase porque andaba en peligro de la vida, respondió como responden otros semejantes, que él no podía morir sin confesión, porque traía consigo una oración impresa que fué revelado por uno que mataron bandoleros en Cataluña y cortaron la cabeza, y la cabeza cortada pidió confesión y se confesó, que quien aquella oración trajese consigo, no podía morir sin confesarse primero, que en este caso de nóminas supersticiosas hay harto daño entre gente vulgar; no aprovechó porfiar con él, que no creyese en aquellas revelaciones; y de ahí a pocas horas caminando él y otros tres o cuatro encontraron una tropa de sus enemigos y arcabuceándose, al desventurado le dieron en la cabeza a los principios de la escaramuza con que cayó muerto sin decir, Dios valedme, quedando otros dos mal heridos que de ahí a poco murieron.

Si la desobediencia a la ley de Dios con el engaño de las ilusiones ha derribado muchos de la gracia, no ha hecho menos daño en el espíritu la desobediencia a los prelados y predicadores entre gente religiosa y espiritual. Porque acaece muchas veces que el tentador pone en la cabeza a un religioso o devoto, que por tal camino o haciendo tales y tales obras alcanzará más perfección, y, cegándole el amor propio, desobedece a su perlado y confesor aunque le manden lo contrario. Y cuando ve el demonio que el amor propio, parecer y juicio proprio y gana de hacer su voluntad no es bastante medio para la desobediencia, usa de la revelación y visión falsa para persuadirle que ya tiene mandamiento de Dios para hacer

Desobediencia a los Prelados.

1 Serafino Razi, lib. *De exemplis*.

aquello que mejor le parece. Y dice que sabiendo por fe que Dios es superior a confesores y perlados, juzga que siguiendo aquel parecer, no desobedece, y no cae el miserable en la cuenta que es de fe católica y lo dice Dios por su boca, hablando de los perlados y superiores: El que a vosotros obedece, a mí me obedece, y el que os menosprecia, me menosprecia a mí (1). Y en otra parte: Más vale la obediencia que el sacrificio de algunos ignorantes que no saben lo que se hacen; y que también es de fe católica que no se ha de creer a todo espíritu porque Satanás se transfigura en ángel de luz. De donde se sigue más claro que el agua que el camino de la obediencia es seguro para ir a la gloria y perfección, y el de la revelación particular es barrancoso y de peligro. Pudiera traer mil ejemplos para esta doctrina si no la hubiera escrito muy a la larga en mi libro de la *Disciplina Regular*.

Un solo punto no quiero que quede en silencio. ¿Qué hará quien tiene prelado o confesor relajado o de mala vida, y le llama Dios para mayor espíritu y perfección, y el superior le manda lo contrario, como acontece en muchos monesterios de frailes y monjas de los no reformados? La respuesta está clara: si el mal prelado y confesor manda contra lo que le manda Dios, diga lo que dijo San Pedro: *Obediendum est potius Deo quam hominibus* (2): que luego se ve si es pecado lo que el prelado manda, y entonces no desobedece, porque el prelado que manda pecado, no está en lugar de Dios. Si el prelado manda virtud, aunque el que lo manda sea malo, obedézcale por más revelaciones contrarias que tenga, que así lo mandó Cristo diciendo: Sobre la cátedra de Moisés se asentaron los escribas y fariseos: haced lo que os mandaren y no sigáis sus malas obras (3). Si lo que manda el prelado es cosa media, que puede ser mala o buena, según diversas circunstancias; haciéndola con este fin de agradar a Dios y de agradar al prelado que está en su lugar, se vuelve tan buena y recibe tan buena tinta, que es mucho mejor que la contraria que podía hacer con la particular revelación.

Declara este punto el glorioso San Francisco diciendo: que aquel es perfecto religioso que con tanto gusto come cuando el prelado le manda desayunar, como ayuna cuando le manda ayunar (4), hablo cuando la Iglesia por aquel tiempo no obliga. Hay algunas religiosas que, poniendo los ojos en el vivir antiguo y en las Reglas no declaradas y consentidas por los papas y superiores que las han podido mudar, contra la voluntad de los prelados visten de otros vestidos y siguen particulares costumbres que las obras, de donde, demás de la desobediencia, se siguen escándalos y disensiones en el convento, y esto no lo apruebo. Lo que aconsejaría es que la que quisiese vivir más reformadamente en lo exterior, cuando tiene mandato del superior que no vista con más aspereza, acuda a otro más superior que aquel que le dé licencia para ello, y entretanto esté

---

1 Luc., X, 16
2 Act., V, 29.
3 Matth., XXIII, 2.
4 S. Franciscus, in Serm. exercitatroio.

muy contenta en el amar a Dios y al prójimo, humillarse, obedecer, dolerse de haber ofendido a Dios, y apiadarse de los pobres y necesidades de la Iglesia, rogar a Dios por ella y vivir con pureza que es lo que hace al caso, y ninguno le irá a la mano. Si le quitaren alguna obra exterior, supla con mayor ejercicio de la piedad en lo interior, pues dice el Apóstol: *Exercitatio corporalis ad modicum utilis est, pietas autem ad plurima* (1): como quien dice: las obras exteriores no son de tanto fruto como la piedad y las interiores.

Revueltas y disensiones.

El enemigo hombre que siembra la cizaña cuando ve que se duermen los hombres, ha causado y causa cada día revueltas, bandos, disensiones y enemistades, quitando la paz y unión por vía de falsas visiones y profecías. Bastaba para esto aquel ejemplo de lo que acaeció en tiempo de San Bernardo, que transfigurándose en ángel de luz, vino a tomar el hábito a un monasterio muy reformado en figura de un novicio muy santo, y comenzó con grandes exterioridades, asperezas y muestras de santidad a persuadir a unos novicios, que allí se hacía poca penitencia que se fuesen al yermo; a otros ponía mal con los superiores; a otros chismeaba cosas de sus compañeros con que les revolvía: finalmente vino la casa a tanta inquietud, que si el maestro de novicios, que era gran siervo de Dios, no descubriera en espíritu ser aquel el demonio y le expeliera, toda la casa iba en ruina.

Caso notable.

Notable caso fué el que acaeció en nuestros tiempos en Lima, ciudad del Perú; que yendo tres religiosos gravísimos a visitar y conjurar a una principalísima doncella que estaba endemoniada, ella les dijo que viniesen muchas veces, porque veía venir con ellos un mancebo muy hermoso armado de armas blancas, con una espada en la mano, de quien el demonio temblaba y la dejaba por entonces de atormentar. Ellos creyeron ser aquel el ángel de la guarda de aquella doncella y así se lo dijeron, y continuando el hablarla, les decía ella muchas doctrinas altísimas y sutilísimas que aquel ángel de la guarda le decía a ella para que de su parte se las dijese, y ellos las escribían, hasta que les persuadió un error contra la fe; y no contento con esto, les dijo que toda la Iglesia iba errada y que el Papa no era verdadero papa, ni el rey de España era ververdadero rey y señor de las Indias; y que para que se cumpliese aquella profecía: *Fiet unum ovile, et unus pastor* (2), mandaba Dios por su ángel, que el principal de aquellos religiosos se mezclase carnalmente con ella, y que de ellos dos nacería un hijo que había de ser único señor del mundo y verdadero papa, y que para que se comenzase a poner por obra, hablase a algunos de los principales de aquel reino, que comenzasen a tomar armas contra el rey don Felipe para levantar el Perú, porque de allí había de comenzar el bien de

1 I ad Timoth., IV, 8

2 Joan., X, 16.

la Iglesia. Llegó a tanto la ilusión, que en realidad de verdad nació el hijo, y aun se cometieron otros muchos pecados deshonestos, y se comenzaron a revolver y tomar armas, mas quiso Dios que la santa Inquisición descubrió el engaño, quemó algunos y desterró de aquella tierra a otros de los culpados, con que cesó la revolución comenzada. Con semejantes marañas se forjaron las revueltas en tiempo del emperador Juliano Apóstata, como dice Eusebio (1), y las que tanto daño hicieron en tiempo de Valentiniano y Justina, y las que hubo en tiempo de Valente, de que escribe Nicéforo (2), y otras muchas que hubo de los arrianos, donatistas, zuinglianos y calvinistas, de que escriben Optato Milevitano (3), Fontano (4) y Rufino (5), que por no ser necesarias para nuestro propósito, no me detengo en las particularizar.

Deshonestidad.

Suele el demonio mezclar en un alma sensualidad y soberbia. Con la sensualidad la induce a cosas deshonestas, y con la soberbia a no perder honra ni dar su brazo a torcer a ninguna mujer o hombre, antes ganar estima y grandeza en la sensualidad, que de sí es cosa baja y afrentosa. Para juntar estas dos raíces de todo mal, inventó la ilusión con la cual causa pecados deshonestos y soberbios. De aquí nació que en los tiempos pasados tomando figura de los dioses o diosas de los gentiles, se mezclaba carnalmente con hombres o mujeres en el pecado del incúbito o sucúbito, que así se llama el abominable pecado deshonesto con el demonio, y de esto nacían aquellos heroas o semideos y mediodioses, con que tanto se autorizaba la gentilidad, teniéndose la mujer que concebía de uno de estos dioses y paría un heroa en grande autoridad y reputación. Así dicen que nació Hércules de Júpiter y Alumena, tomando el demonio la figura de Anfitrión, su marido, y las demás invenciones que cuentan los que escriben de *natura deorum*. Y aunque es verdad que lo demás de ello es fábula, como las de Ovidio, no deja de tener algún fundamento de historia verdadera. Pues en el *Génesis* hallamos escritas estas palabras: Mezcláronse los hijos de Dios con las hijas de los hombres, y de ahí nacieron los gigantes varones poderosos, etc. (6). Bien sé que esta autoridad se declara de otras maneras, pero doctores hay que la declaran a este propósito llamando hijos de Dios a los demonios, que siendo incubados con las hijas de los hombres, engendraron aquellos gigantes. No quiero aquí disputar, cómo podía ser aquella generación, ni traer la doctrina de Valles en el libro dé la sagrada filosofía (7), ni examinar el nacimiento que dicen de Merlín; bastará a mi propósito decir que es obra del demonio, embaucamiento y efecto de sus ilusiones esta manera de sensualidad, y ahora sea

Nacimiento de los Heroas.

1 Euseb., lib. I, c. 27.
2 Nicefor., lib. XI, c. 50.
3 Optatus Milev., lib. II, in Parmenia.
4 Fontan., lib. II, c. 5.
5 Rufin., lib. II, c. 5.
6 Gen., VI, 1-2.
7 Valle., lib. *De sacra philosophia.*

hombre verdadero el que engendra, trayéndole el demonio con ilusión en figura y opinión de algún dios de los gentiles, como dicen que acaeció en el nacimiento de Alejandro Magno, que su madre fué adúltera a su marido Filipo, engañándola un mal rey que de ella se había aficionado con invención de que era Júpiter; ahora sea que haya generación de estos diabólicos accesos ahora que no, bien sabemos que en la gentilidad hizo el demonio grande estrago en la honestidad de muchas que de otra suerte no cayeran.

De esta misma manera de ilusión nacen las sensualidades de las brujas, que, como se colige de Castro y de otros muchos autores, mujeres u hombres deshonestos, que por ser viejas o no poder o no osar saciar su sensual apetito con hombres verdaderos, untándose, son llevadas de los martinetes, que así se llaman los demonios que en figura de cabrones de medio cuerpo arriba y serpientes de medio cuerpo abajo, las llevan a unos ciertos campos, donde se vuelven para las mujeres en figura de mancebos muy galanes y para los hombres en figura de doncellas muy hermosas; y después de haber adorado al demonio en que toma forma de cabrón, se entregan a la gula, bailes y danzas y todo género de sensualidad que ejercitan con los mismos demonios. Brujas.

Lo mismo acaece en los hechiceros y hechiceras, encantadores y nigrománticos, que por arte del demonio excusando el peligro y afrenta o dificultad que pudiera haber en gozar de sus deleites, les traen presentes a los que están ausentes, o tomando figura de los que se aman cumplen sus apetitos. Notable es a este propósito un caso que supe de una doncella, que una noche a la media noche entró el demonio en figura de un galán a quien ella había querido bien, y cumplió con ella todos sus deseos que en casa de su padre no había podido poner por obra. Continuó muchas noches arreo el mismo pecado, teniéndole ella en la misma opinión de hombre, hasta que a una gran sierva de Dios que allí moraba, le fué revelado ser aquel el demonio y que se lo dijese a ella; díjoselo, habiendo primero consultado con su confesor si se lo diría; y la triste, por lo que esta sierva de Dios le dijo y por la imposibilidad que vió había en venir el mancebo de su tierra y entrar cada noche en casa donde había tantas puertas cerradas, cayó en la cuenta que aquel era el demonio. Y díjoselo al mismo demonio, el cual le respondió que era la verdad, pero que continuase en su pecado, que mientras le durase la vida tendría los mismos regalos que entonces tenía, y después de la muerte, aunque no fuese al cielo, no tendría ninguna pena en el infierno sino gustos muy mayores. Creyóselo, y sabiendo que era el demonio, le cobró tal afición y la enseñó él a ella tantos embustes para engañar a otras almas, y le puso en el ejercicio de las brujas y hechiceras con muchas ventajas. De lo que supe de esta podía escribir un gran libro, y ya compuse para desengaño de algunas un tratado, que quizá saldrá a luz, que se intitula del *Efialtes*. **Hechiceros.**

Almas perdidas en pensamientos y aficiones deshonestas que no pueden ponerlos por obra, suélense entretener con imaginaciones torpes, de que si viniese por arte de encantamiento tal ocasión, con **Malos pensamientos de ilusiones.**

que ellas no perdiesen su honra, no la desecharían y cosas semejantes, con que dentro de su corazón están podridas en su estiércol, como dice un profeta. No hace poco daño para estos malos pensamientos, leer los mancebos o doncellas tiernas libros de caballerías y otras vanidades donde se tratan cosas sensuales por encantamientos, que se les pega en la memoria con gran daño de sus conciencias. Dios se lo perdone a los que los compusieron o se los dejan leer. Otras muchas cosas y ejemplos podía traer a este propósito, pero bastará lo dicho para que se entienda el daño que hacen los demonios en la castidad por vía de las ilusiones.

Otros muchos daños.

Quedan endemoniados. Sería nunca acabar si escribiese por extenso todos los daños que el demonio causa con las visiones y revelaciones falsas. Acaece venir a hablar con un alma el demonio, y por darle oídos, entrársele en el cuerpo y quedar endemoniada. Visto he decir a algunas personas que han visto el alma de fulano en el cielo, que no es menester decir misas por ella, e impiden los sufragios de la Iglesia, que no es menor inconveniente que los pasados. Otras que han visto almas en el infierno infamando aquel difunto y a sus parientes. Y aunque no hubiera otro daño sino el tiempo que se gasta en examinar si aquella revelación es de Dios o ilusión del diablo, y la inquietud de la persona a quien esto le acaece, la ocasión que se da a murmurar a los indevotos, que de una de estas ilusiones toman motivo para decir mal de todos los siervos de Dios que tienen oración, bastaba para que quien leyere este mi libro, no me tenga por demasiado riguroso en haber dicho tantas veces y en tantas partes de él, cuán poco caso hago de estas exterioridades que parecen cosas sobrenaturales, y cuanto querría que todos procediésemos en la oración, fundados en lo que sabemos por fe, al deseo de guardar los mandamientos de Dios y adquirir pureza, luz y amor.

Impiden los sufragios.

Infaman.

Gástase tiempo.

Murmuración.

MISTICA TEOLOGIA

MISTICA TEOLOGIA

COLEGIDA DE LO QUE ESCRIBIÓ S. BUENAVENTURA DEL VERDADERO CAMINO DEL CIELO, CON UN ITINERARIO DE LA PERFECCIÓN, QUE ES DECLARACIÓN Y RECOPILACIÓN DE LAS TRES VÍAS, PURGATIVA, ILUMINATIVA Y UNITIVA.

A las muy religiosas Madres Carmelitas Descalzas de los Conventos de Francia y Flandes, Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, de la Orden de Ntra. Señora del Carmen. S.

El gran fruto que Vuestras Reverencias hacen en estos países con su buena vida y ejemplo, religiosísimas madres y hermanas, me convida, ya que me hallo en esta tierra imprimiendo mis obras, a que para más doctrina, luz y fervor de sus espíritus les hiciera imprimir algunas de las amonestaciones y reglas antiguas que las preladas de aquel tiempo, que algunas ha más de mil años, daban a sus súbditas, para que vieran cómo proceden ahora Vuestras Reverencias siguiendo las mismas pisadas. Como las que Santa Melania dió a sus monjas en un convento de la Tebaida; Santa Theogenia a las de su monasterio de Jerusalén; Santa Eufrasia, Santa Sinclétices, Santa Romana, Santa Gayana y Repsine y Santa Macrina, hermana de San Basilio, a sus súbditas religiosas de su misma Orden de Carmelitas Descalzas; mas pues la santa madre Teresa de Jesús tan provechosamente les escribió su libro de Camino de Perfección; y la doctrina de los sagrados doctores, como se colige de Daniel, es luz del cielo, porque ellos son estrellas y los verdaderos médicos y espejos de nuestras almas, como dice Clemente Alejandrino (1), los que mejor labran nuestros corazones, como refiere San Gregorio Nacianceno (2), los que examinan a la piedra del toque de la Sagrada Escritura, el verdadero modo de proceder en el espíritu, como dice Casiano, quisiérales escribir los consejos que San Jerónimo daba a Paula y Eustoquio, o el glorioso San Isidro a Santa Florentina, su hermana, y a las monjas que ella fundó de nuevo en España, que muchos de ellos están en el segundo Concilio Hispalense; mas

---

1 Clemen. Alex., *Paedagog.*, lib. I, c. 5 et 9.
2 S. Gregor. Nazianc., *De modestia in disput.*

conténtome por ahora, demás de los libros que aquí he impreso, de tornar a hacer imprimir de nuevo esta Teología Mística de San Buenaventura, pues para sus hermanas las Carmelitas Descalzas se imprimió en España, donde ha hecho tanto fruto. Reciban con aquella sinceridad de ánimo que se la ofrezco y encomiéndenme siempre a Nuestro Señor, el cual les dé aquella gracia y espíritu que deseo y ruego.

A Doña Beatriz Ramírez de Mendoza, Condesa del Castellar, Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, Carmelita.

Los doctores, predicadores, confesores y maestros de espíritu, dice el glorioso San Clemente, papa (1), que son semejantes a los labradores que cultivan la tierra de las almas para que den el fruto que el Señor desea, cuando envía en ellas la semilla de su divina palabra; y por esta misma causa San Dionisio Areopagita los llama labradores de corazones, para que, como dice el Señor por Jeremías (2), desarraiguen vicios y planten virtudes. Y Laurencio Justiniano (3), gravísimo y santísimo doctor y patriarca de Venecia, los llama guías del camino de Dios como lo fué el ángel Rafael de Tobías. Y esto mismo dice San Agustín (4) en el libro primero contra Crescencio, y así les conviene enseñar el camino y las jornadas y leguas por donde se ha de andar y descubrir los atolladeros y malos pasos donde se puede tropezar, para que con más seguridad se llegue a la bienaventuranza de la gloria y a la perfección de esta vida, que es el fin y paradero donde todos caminamos. Este oficio de labrador, médico y guía de caminos hizo divinamente el seráfico doctor San Buenaventura, y en este tratado de la Mística Teología mejor que en otro ninguno; y aunque el que le tradujo y recopiló la primera vez no trabajó poco, todavía me parece, que, pues Vuestra Señoría le quiere hacer imprimir de nuevo para su hija Ana María de Corpus Christi, carmelita descalza, sería bien se limase más el estilo que lleva y declarasen algunos términos, que, por haberse traducido de latín muy a la letra, quedan algo oscuros; y aunque fuera menester para este ministerio buscar a otro más docto y experimentado en las cosas de espíritu que a mí que soy polvo y ceniza, indigno de mirar y poner mano en cosa que ha escrito este querubín San Buenaventura, que así como su padre San Francisco es serafín por amor, a él le tengo por querubín en escribir cosas de devoción, mas todavía haré lo que se me manda, confiado en que con polvo y ceniza se acicala y limpia la espada más cortadora y de más fino acero, quitándose algunas manchas que no nacían de su

---

1 Clement. Papa, lib. I, recog.
2 Hiere., cap. I.
3 S. Laurent. Justin., lib. *De regi, et inst. Praelat.*, c. II.
4 S. August., contra Crescen., lib. I.

fineza sino del polvo que se le pegó; y espero en Dios, que así acicalada esta divina espada, cortará muchos lazos que detienen almas deseosas para que no puedan volar a lo más alto del espíritu, cuales son, la ignorancia, amor propio, temor impertinente, tibieza, flojedad y otros estorbos semejantes. Pero no cumplo con lo que debo al servicio de nuestro Señor, bien de las almas y gusto de Vuestra Señoría si demás de lo que escribió San Buenaventura, después de considerado y limado el libro que se me cometió, no añadiese una declaración del mismo libro, y una recopilación y apuntamientos de todo el camino espiritual con la mayor brevedad y claridad que pudiere haciéndola imprimir juntamente con él. Recíbala Vuestra Señoría con el ánimo y sinceridad que la envío, y ruegue a nuestro Señor juntamente con las Madres Carmelitas Descalzas, para quien va, sea de algún fruto en las almas, y que a la mía comunique su divina Majestad la gracia y espíritu, que continuamente ruego por ellas y por Vuestra Señoría y el señor Conde y toda su casa y familia.

Doña Beatriz Ramírez de Mendoza, Condesa del Castellar, a su amada hija Ana María de Corpus Christi, Descalza Carmelita.

Hija, por las dos obligaciones en que Dios me ha puesto de desear y procurar vuestro aprovechamiento; la una de madre que os ha criado sin padre, por haberos faltado tan temprano y quedando a mi sola este cuidado, la otra, por la que se tiene de ayudar a las almas que Dios escoge para sí, por su misericordia, tan temprano como a vos ha hecho para que vayan muy adelante en su santo servicio, os he hecho imprimir este librito de la Mística Teología de San Buenaventura. Y mística teología es una noticia que se tiene de Dios por experiencia, que él da a quien hace de su parte lo poco que nosotros podemos en su amor y servicio. Y hanme dicho muchas personas doctas, que a monjas y frailes y a cualquiera que se ejercite en él, dará mucha luz para más llegarse a Dios, que es en lo que consiste todo nuestro bien. Lo que os pido a vos y a vuestras monjas y a cualquiera que llegare a sus manos, es suplicar mucho a nuestro Señor por el estado de la Santa Madre Iglesia. Y las Carmelitas Descalzas cumplen con esto su obligación, pues se fundaron para que la ayuden con sus santas oraciones. Nuestro Señor os aumente en su santo servicio, como yo os lo deseo.

PRÓLOGO DE SAN BUENAVENTURA

AL LECTOR

Llorando el profeta Jeremías la cautividad de su pueblo, entre otras lástimas de sus lamentaciones decía así: Las carreras de Sión lloran porque no hay quien venga a sus solemnidades (1). Y dado que en estas palabras parezca el Profeta condolerse de la soledad que por la cautividad de Babilonia, la tierra de Judea padecía, pero si con más profundo entendimiento se miran, con mucha más razón se llorará en ellas la soledad de los caminos que a Dios nos llevan, por muy lamentable cautividad que por los vicios de esta Babilonia las nuestras ánimas padecen, por la cual somos impedidos de poder andar por ellas. Las carreras de Sión son sin duda los encendidos y apetecibles deseos de nuestros corazones, por los cuales con acelerada y ansiosa gana corremos a hallarnos presentes a las fiestas de la celestial Sión, que es la unión entrañable del Espíritu Santo con nuestras ánimas. Pero estas carreras padecen soledad por la cautividad babilónica, cuando así se cautivan de los deseos de este mundo, que se olvidan de correr a Dios y dejan solas las carreras que a él nos llevan, por no haber quien de ella se cure. Y aunque esto en todos los fieles se ha de llorar, pero lo que más profundamente lastima el corazón de los que bien sienten es, que así como en tiempo pasado el pueblo de Israel, que entre todos los del mundo fué por Dios escogido y a su servicio consagrado, dejando la honra del verdadero Dios, adoraron los ídolos, así ahora los religiosos de nuestros tiempos, que en la profesión se consagraron a Dios ofreciéndose a su divino servicio, olvidados de su primer propósito, dejada la verdadera sabiduría, por la cual solo Dios con encendidos deseos es honrado de sus verdaderos siervos y en secreto gustado, de tal manera se embebecen en argumentos y sofismas que por muy cerca que se les llegue la dulzura divina, no halla en ellos lugar por el cuidado que tienen de sus ciencias; y rogados, no abren, quien primero parecía suplicar serles abierto. Y de esta manera, la Sabiduría Divina defraudada de su silla, con justa razón se queja por Isaías, diciendo: Hijos crié a mi leche de consolaciones y siendo por mi ensalzados me menospreciaron a mi (2).

1 Thren., I, 4.

2 Isai., I, 2.

¡Oh, cuánto se debería encender el corazón del varón religioso viendo que todas las criaturas con tan inviolable rectitud trabajan de alcanzar el último fin para que Dios las ordenó, sin jamás volver atrás de lo que la primera vez Dios les mandó! Que si miras y consideras las cosas que carecen de ánima, verás con cuánta fuerza, ímpetu y velocidad corren a los lugares donde Dios puso su virtud conservativa, en tanta manera que si no les fuese violentada la fuerza de su propia naturaleza, ninguna cosa es bastante de les estorbar su camino para los lugares ya dichos. Pues si sobre ti quisieses mirar con cuidado, cierto es que verás que así como las cosas graves bajan al centro y las leves suben al cielo, como a lugares conservadores de su propia naturaleza, no menos tu ánima hallaría su centro y virtud vivificadora en su Dios que lo halla la piedra en el centro terrestre, si con tanta fuerza corrieses para él con deseos encendidos. Por tanto te dió Dios libre albedrío para que nadie baste a hacerte fuerza, si quisieses proseguir tu camino. Ve a la hormiga, ¡oh perezoso!, dijo Salomón (1), que ella te enseñará lo que debes hacer; mira con cuánta solicitud y diligencia procura en el verano el mantenimiento y hartura que conoce serle necesario para el invierno. Pues dime, hombre miserable, ¿dónde está tu hartura plenísima sino en Dos? Cumplirse han mis deseos, dice el real profeta David (2) y tendré hartura perfecta cuando me vea en tu gloria. Pues si te quejas del trabajo, mira qué dice el apóstol San Pedro: Muy poco es el tiempo en que los trabajos y tentaciones nos prueban respecto de la infinidad perpetua que la gloria nos dura. Ruégote que mires los hombres mundanos, con cuánta vehemencia se emplean en sus deleites carnales, que un solo punto de allí no se levantan ni entienden en otra cosa sino en lo que a sus deseos conviene. Mira cuán sin miedo de lluvias y frío trabaja el labrador y revuelve la tierra hasta que le entierren en ella; y sin pereza madruga las noches y sigue los días sólo por una falsa esperanza con que piensa tener sustento en su casa el año venidero; y muchas veces, por caso fortuito, sobrándole el trabajo, le falta su intento y el cuerpo cansado se le muere de hambre. Pues si quieres mirar, ánima mía, en este tu Dios, hallarás tu manjar que nunca falta, como al labrador, el cual jamás te pueda faltar, si tú primero no faltares a él; y tal, que cuanto más de él comieres, te quede de él mayor hambre; y créeme, que con harto menos trabajo se alcanza éste que el que el labrador despende en cultivar la tierra. Mira también con cuánta vehemencia sale de su casa un mercader codicioso, y con cuántos peligros y trabajos camina las tierras, navega los mares y se aparta de su contento y reposo y de su casa y abrigo, de sus hijos y mujer y sólo pensando aumentar su hacienda para después mejor reposar y tener con que abrigue sus hijos; y así como crece la hacienda, crece la codicia, y cuando más pensaba reposar, menos reposa; y por ventura en un punto le sucede un desastre donde él y los hijos quedan pobres. Pues si lo de Dios

---

1 Prov., VI, 6. 2 Ps. XVI, 15.

quisieres comparar a lo ya dicho, no te manda sudes cavando, ni que camines las tierras y navegues los mares, sino solamente quiere que entres dentro de ti mismo y hallándole allí, te promete riquezas sin cuento, pues todas las tiene en su mano siniestra, y a la diestra la eternidad de días con que siempre goces de él. ¡Oh, pues si quisiere mirar los que el mundo llama caballeros, codiciosos de honra!, con cuántos trabajos y peligros trabajan de alcanzar de su rey «un bien lo hiciste», y con solo esto dan por bien empleadas las muertes de sus antepasados y las propias heridas, y prometen lo que de sí resta, que es la vida, y tienen por más señaladas mercedes que les sean encomendadas las cosas más árduas y de mayores peligros y aun la honra que tanto aman, por la cual a tantos peligros se ponen, no dudan ponerla al mismo peligro por añadir a ella un poco más, y a las veces pierden la que primero ganaron, quedándose ante Dios tenidos en poco, porque según el Salmista dice: Los que a los hombres aplacen, no son alabados (1), mas confundidos porque Dios los desprecia. Aquella es honra verdadera, que lo es acerca de Dios y que en solo el servicio de Cristo consiste, pues es muy cierto rey de la gloria. Y así es, Señor, que todos los que con amorosos deseos en esta vida te sirvieren, serán en el cielo de tu Padre celestial honrados (2). Pues por tu palabra nos certificaste que los siervos que a las bodas del celestial Padre de compañas, fueren hallados velando por el mismo Señor, sentados a su mesa serán servidos. Sube, pues, quien quiera que eres con sedientos deseos a la fuente de la vida, y ten vergüenza que los amadores del mundo te venzan en lealtad en las cosas que aman, pues a los trabajos ya dichos se ponen por ellas, y tú no te esfuerzas en desear ver a tu Dios. Ten vergüenza de las cosas sin sentido ni razón que con tanta vehemencia alcanzan sus fines, olvidándote tú de tu fin soberano. Mira cuán pronta está la diestra divina para suplir lo que tus fuerzas no bastan. Por tanto no desmayes de tan segura ayuda, que él basta a ponerte en tan alta grandeza que tú te espantes de verte a ti mismo. Haz por tu parte lo que a ti pertenece poniendo por obra con diligencia lo que aquí se te enseña, y con el favor divino verás adelante por experiencia lo que ahora no alcanzas por tu ceguedad. Pues sea primero la vía purgativa, por la cual tu ánima se dispondrá al conocimiento de la verdadera sabiduría por el dolor de los pecados en la manera que en ella te será enseñado. Después, por espacio de un mes o dos o más, según el Señor te inspirare, te ejercitarás en la vía iluminativa, levantando tu corazón al amor mediante la meditación. Y debes saber que cuando tu ánima fuere ejercitada en la vía iluminativa, vendrás a tal grado que no sea menester meditación, mas sola la voluntad, sin medio de discurso, se juntará con tu Dios; lo cual se hace en la vía unitiva donde el ánima mediante solo el afecto, sin otro medio, es levantada a tal estado y tan alto, donde el entendimiento no puede subir en esta vida. Confiando pues en la bondad del muy alto,

---

1 Ps. LII, 6.

2 Luc., XIV, 14.

que a todos convida que le sirvan y amen, procederás por los ejercicios infrascriptos sin temor de ser notado de presuntuoso, pues primero ve Dios que te allegas con toda humildad al beso de sus pies, reconociendo y llorando tus pecados en la vía purgativa; y después trabajas de besar con reverencia sus manos divinas reconociendo sus beneficios en la vía iluminativa; y después con su divino favor aspiras con toda humildad, deseando su unión inmediata con suspiros de amor, como beso de boca en la vía unitiva, en la manera que se sigue.

MISTICA TEOLOGIA

TRATADO PRIMERO

DE LA VÍA PURGATIVA

CAPITULO PRIMERO

QUE COSA ES LA VIA PURGATIVA.

Antes que entremos a la declaración de este tratado, es de notar, que todo él es llamado camino o vía, porque por ella, así como por un camino, se llegan a Dios los que por el pecado estaban de él apartados. Y así como el que camina es menester que primero deje el lugar en que estaba, y después proceda hasta llegar al término que desea, así espiritualmente el término de donde partimos es el pecado, por el cual nos apartamos de Dios, y el término donde queremos llegar es la unión con Dios, y por eso es necesario dejar el pecado en que estamos. Y este camino que deja el pecado se dice vía purgativa, porque por él se purga, limpia y aparta el ánima de lo que la ensuciaba. Dos maneras hay de pureza; una es común a todos los que se han de salvar, sin la cual ninguno se salva, y esta es una contrición, por pequeña o imperfecta que sea, o la atrición, cuando con la confesión pone a los hombres en el estado de gracia, aunque no merezcan mercedes más particulares de Dios. Otra es mayor, conviene a saber, de los que no se contentan con el estado común, sino que con todo fervor se disponen para alcanzar la más familiar amistad de Nuestro Señor Dios. Y en esta así como no se contentan con las mercedes y gracia común de salud divina, así no se han de contentar con el liviano y superficial dolor de sus pecados pasados, sino que han de añadir dolor a dolor, hasta que en sí mismo sientan por experiencia la limpieza restituída, mediante la familiaridad divina y esperanza de perdón de lo que en su ánima experimentan, y esta es la que aquí buscamos. Esta vía no es de todos ni a todos conviene, sino sólo a aquellos que olvidando las cosas que el mundo estima, y los deleites y pompas que en esta vida mortal se ofrecen, se apartan con todo corazón a buscar a su Dios en el desierto de la contemplación, confiando que su infinita bondad ayudará a la flaqueza que en sí mismos conocen.

Dos maneras de contrición.

La primera manera de contrición, como necesario fundamento, también presupone tal pureza que libre el alma de pecado mortal, a lo menos según la posibilidad y juicio de su conciencia; y los que la tienen, proponen con toda firmeza posible de no tornar a cometer pecado que sea mortal. Mas la vía purgativa, de que aquí hablamos, no es el común dolor, sino un dolor grande y crecido tomado voluntariamente por los pecados con profunda humildad; el cual nace de la memoria que el ánima tiene de ellos, junto con la de la bondad y justicia divina, por la cual memoria conoce su muy presuntuosa soberbia, con que menospreciando a Dios se quiso complacer a sí mismo contra el dictamen de la guarda de sus divinos mandamientos. Conoce asimismo las riquezas de su inestimable bondad, que hasta entonces no quiso ejecutar el rigor de su insufrible justicia contra quien tanto y tan gravemente le ofendió. Cría además de esto un dolor humildísimo y tanto le aumenta, hasta que casi por experiencia siente que la bondad de Nuestro Señor Dios se da por satisfecha de los pecados pasados, mirando con ojos misericordiosos la diferencia de la vida pasada en el corazón contrito del penitente.

CAPITULO II

DE LA MANERA Y EJERCICIOS QUE DEBEMOS TENER PARA ALCANZAR EL DICHO AMOR.

Supuesto que las lágrimas y doloroso gemido limpian y lavan, según la sentencia del Profeta (1), el estado de nuestra conciencia, es de notar que no todos alcanzan el sobredicho dolor por una misma manera, así como son diversas las consideraciones que más o menos nos mueven al dolor verdadero. Porque a unos mueve mucho el temor, que son de condición tímida y triste, y estos más dolor hallarán con la consideración de las penas infernales o del juicio o de la muerte o de otra cualquiera contemplación temerosa. Otros son de condición más alegre e inclinada a cosas mayores, y a estos más les moverá la consideración de los grandes bienes y de la gloria que por el pecado perdieron. Otros son de condición fiel y agradecida; y a estos más los moverá la consideración de los beneficios recibidos, de los cuales por sus pecados se hallan tan desagradecidos. Y así de otros diversos tiempos en que los hombres en diversos afectos de tristeza o alegría, se hallan diversamente aficionados, y por consiguiente toman más gusto en unas consideraciones que en otras, y en aquellas que más les agradan; y pues el intento principal de esta vía es alcanzar el dolor ya dicho de los pecados, ten por regla que toda la consideración que vieres moverte más a alcanzar aquel dolor, esa será tu vía purgativa mientras en ella le hallares, ahora sea la consideración del infierno o de

1 Ps. L, 3.

la muerte u otra cualquiera. Mas por cuanto esta vía que aquí se pone es como precursora de las dos que se siguen, en las cuales aprovecha mucho acostumbrar el ánima a levantarse a lo alto y subir sobre sí, pónese aquí un modo más conforme a lo que se sigue, no obstante que la regla ya dicha se quede en su vigor que es el siguiente.

Primeramente recogido en un algún lugar secreto y especialmente de noche, traiga a la memoria diez o doce de los más graves de sus pecados, y los demás pase en general y brevemente, especial si son carnales o que puedan causar y traer algún deleite, y no se detenga en ellos porque lo que busca para dolor el demonio no se lo convierta en motivo de culpa. Y levantando su corazón al cielo como si estuviese delante de la presencia de Dios y hablando con él, cuéntelos con entrañables suspiros, humillándose a sí mismo cuanto le fuere posible y ensalzando a su Dios, diciendo estas palabras u otras que le sean más provechosas.

Oración.

Dulcísimo Señor mío Jesucristo, rey de los cielos, yo soy aquel pecador más aborrecible de cuantos pecaron, que en tantas y tan graves maldades ofendí a tu Divina Majestad, que no basta mi memoria para las contar ni mi entendimiento para las ponderar: Señor Dios todopoderoso, que criaste cielo y tierra con tóda la hermosura que en ellos resplandece; cuya ira, si contra los pecadores se ejecutase, es insufrible, cuya misericordia para con los que de corazón a ti se convierten es sin medida y sobre todo juicio: tú solo eres altísimo sobre toda la alteza que se puede pensar en el cielo y en la tierra, y sufridor pacientísimo de nuestras maldades por tu inefable misericordia a la cual nunca plugo la malicia de los hombres, mas por sola tu bondad prometiste perdón al corazón afligido. Confieso, Señor, que mis pecados exceden las arenas del mar y no me queda lugar de respirar ante ti, pues tan justa causa tienes de airarte contra mí por los grandes males y pecados que en tu presencia cometí y contra mí se descubren: pues ahora, Señor, no me siendo lícita la desconfianza de tu misericordia, no siento otro refugio para la aflicción de mi ánima, sino hincadas en tierra las rodillas de mi corazón, suplicar como puedo tengas por bien poner los ojos de tu clemencia en sola tu bondad, apartándolos de mis maldades. Pequé, Señor, pequé, y mi maldad yo la confieso; perdóname, Señor, perdóname, y no me destruyas con mis maldades, porque tanto será más ensalzada la grandeza de tu misericordia cuanto fuere más indigno el que por ella salvares; y siendo yo el que me salve, te alabaré, Señor, siempre, todos los días que me durare la vida, pues a ti alaban las celestiales virtudes y a ti es dada la honra y gloria en todos los siglos de los siglos. Amén.

Y si el ejercicio ya dicho no bastare para provocar al dolor deseado, traiga a la memoria los beneficios que de Nuestro Señor ha

recibido, porque de allí reconozca mejor su desagradecimiento y por consiguiente se mueva a mayor pesar.

Levantando, pues, y poniendo ante Dios con la memoria arriba dicha el corazón y los ojos, y no parándose a pensar con profunda meditación los beneficios sino pasándolos por la memoria, como quien ante Dios los relatase, acúsese a sí mismo y ensalce a su Dios. Pongamos por ejemplo: Pensando en el beneficio de la creación en que fuimos criados a imagen de Dios tan nobles criaturas para servirle y amarle en esta vida y gozar de él en su gloria, hable al Señor con las palabras siguientes.

Oración.

Tú eres, Señor, el que según la omnipotencia de tu grandeza, me criaste de nada para que siempre contemplase tu divina presencia, aquí por gracia y después por vista de gloriosa visión; y yo, quien de tal manera provoqué el rigor de tu justicia que si no me socorres, me fuera mejor nunca haber sido. Tú, siendo rey de los cielos, no aborreciste por redimir mis miserias sufrir mis flaquezas, y por perdonar la culpa de mi maldad tuviste por bien de tomar en ti la pena de mi pecado, y yo miserable, con desenfrenado apetito, de tal manera amo mis miserias, que como si fuesen verdadera felicidad no basta a apartarme de ellas la memoria de las insufribles penas y pasión, que siendo Dios padeciste en la cruz por mí.

En esta meditación se detenga algún tanto, ocupándose lo más que pudiere en los dolores y pasión del Señor, suspirando y gimiendo sus propios pecados pues fueron su causa, y esto en la mejor manera que pudiere.

Después de esto, si su dureza persevere sin contrición, traiga a la memoria los beneficios propios a sí mismo, particularmente por la divina bondad comunicados, acordándose a cuántos y cuán menos pecadores que él la justicia de Dios por su justo juicio tiene eternalmente condenados al infierno, y haber puesto sobre él los ojos de misericordia y esperado a penitencia deteniendo la ejecución de la pena debida. Cuántos más poderosos y más virtuosos y aparejados para recibir la gracia tiene la justicia divina desamparados en este mundo y los deja revolcar en sus vicios, teniendo por bien de sacarte a ti y desenredarte de ellos con lumbre admirable, comunicándose a ti con sus divinos dulzores con que puedas olvidar los apetitos mundanos: lo cual todo si miras, hallarás serte dado sin merecimiento tuyo, y aun muchas veces con repugnancia y contradicción de tu parte. Otros beneficios particulares traerás también a tu memoria, como mejor te acordares con la ayuda divina para dolerte de la ofensa cometida contra aquel que tanta misericordia contigo usó y usa. Y en esta meditación no te contentes con solo pensar, mas levantando la cara del cuerpo y del ánima, habla al mismo Señor como si ante él estuvieses, recontando con toda humildad los pecados de tu parte cometidos y los beneficios de la suya recibidos,

así los particulares como los generales, con el orden que mejor supieres, y humillándote ante su acatamiento divino, dirás estas o semejantes palabras.

Oración.

Señor Dios, Padre de toda misericordia, si considero mis maldades, bien veo que no soy suficiente a ofrecer satisfacción, aunque sea muy pequeña, de penitencia condigna: si miro la grandeza de tus beneficios, desfallecen mis fuerzas no pudiendo responder al más mínimo de ellos; si a tu divina equidad pareciese ser justo por ti o por tus ángeles darme la muerte, pues a mí me vedaste que no me la diese, ves aquí me ofrezco con la mayor prontitud que puedo para recibir de tu mano toda la venganza que tu bondad dispusiere, mas pues es tan grande tu misericordia dulcísima, que quieres conservarme en el ser que me diste, suplícote que sea para loarte siempre, habiéndome recibido por esclavo en tu perpetuo servicio, empleando ese ser con todo lo demás de mi vida en solo aquello que te fuere agradable.

Y acabada esta oración, derríbate sobre tus ojos con la mayor humildad que pudieres, porque esta es la que más mueve a Dios, pidiendo que te dé el dolor que deseas, y trabaja con abatimiento tuyo en reconocer la grandeza del Señor que ofendiste. Y si vieres que con todos estos ejercicios fielmente hechos no puedes sentir dolor entrañable de tus pecados, no por eso desmayes ni te retraigas, mas prosigue con toda perseverancia, una y muchas veces y tantas cuantas el Señor quisiere, y está cierto que ante Dios basta que hagas lo que en ti es, procurando en la manera ya dicha alcanzar el dolor que deseas, que la costumbre del Señor es de probar con sequedad la perseverancia de sus siervos, y aun con ella los purga muy mejor con la pena que en ella padecen, y vista la perseverancia y paciencia, cuando place a su divina bondad, les comunica mayor y más copiosa gracia de consolación en el dolor de los pecados.

Allende de los ejercicios sobredichos, porque la oración es la cosa que más alcanza lo que hemos menester ante Dios, según la promesa del Salvador (1), para que por los mismos ejercicios más presto alcancemos el dolor deseado, añade una oración en esta manera: Que primero alabes al Señor con algunos vocablos de su grandeza, y magnifícale no parándote a contemplar las grandezas por ellos significadas, mas pronunciándolos con la mayor afición que pudieres; y tras ellos declara tu petición, la cual por ahora no se enderece a pedir otra cosa sino el perdón de los pecados que ante tus ojos tienes, y no solamente refieras tu intención a ti solo, demandando misericordia por tus solos pecados, mas ensancha tu voluntad a suplicar por el perdón de todos los pecadores que hay en el mundo,

1 Luc. XI, 5-13.

Oración.

deseando con toda afición que la redención, sangre y muerte del Salvador con eficacia se extienda a todos aquellos por quien fué derramada, y que por los méritos de ella se venga en verdadero conocimiento y amor del Redentor Cristo, diciendo estas o semejantes palabras.

Señor Dios todopoderoso, dulcísimo sobre toda dulzura, cuya hermosura no tiene par, cuya misericordia sobrepuja a todo entendimiento, cuya gloria beatifica los cielos, habed misericordia de todos los que por el precio de vuestra preciosa sangre son redimidos.

Busca asimismo alguno de los santos con quien más devoción tuvieres, al cual tengas por especial abogado ante el acatamiento divino, y sobre todos te encomienda a la bienaventurada siempre Virgen María, suplicándole tenga por bien de ser intercesora, pues a los más pecadores suele con más copiosa misericordia socorrer, y en señal de perpetuo homenaje, le ofrece con la mayor afición que pudieres su corona o rosario, y esto cada día, presentándola ante su acatamiento y teniéndole ante los ojos de tu corazón, como reina imperial de los cielos, poniendo más estudio en la devoción que en cumplir el número. Estos son los ejercicios de la vía purgativa, los cuales hallarás ser más breves cuando los ejercitares que leyéndolos escritos, si con la experiencia los probares; por tanto toma trabajo por los entender y obrar que por ellos serás llevado a cosas mayores.

Pues sumariamente recapitulando la vía purgativa según el modo aquí puesto, lo primero es la consideración de los pecados en la manera dicha con la oración; lo segundo, la memoria de los beneficios generales con la oración que allí pusimos, y al cabo un poco de la consideración de la pasión del Señor; lo tercero, la consideración de los beneficios particulares con recapitulación de los pecados y beneficios generales con su oración; lo cuarto, la recomendación de sí mismo y de los pecadores con la oración; lo quinto, la oración a Nuestra Señora y al santo que más devoción tuviere.

CAPITULO III

DE LA SEÑAL EN QUE SE PUEDE CONOCER ESTAR EL ANIMA PURGADA DE ALGUNA MANERA PARA IR ADELANTE AL SEGUNDO EJERCICIO.

Porque tu ánima con indiscreta humildad y demasiado temor no se detenga siempre en la vía ya dicha, que conviene a los que comienzan, nota que la señal de alguna limpieza mediana de nuestra ánima, suele ser una pronta voluntad de servir al Señor, con la cual no le es grave el yugo divino, porque donde el Espíritu Santo entra, despide el pecado y esfuerza con gracia, y por consiguiente

hace ligera el ánima a las cosas de Dios. Y por tanto, cuando esta sintieres, con toda la humildad procede a los ejercicios de la vía iluminativa, confiando de la bondad divina y no dejando de interponer entre unos y otros el dolor de la vía purgativa, de cuando en cuando, hasta que seas por la mano de Dios levantado a cosas mayores en las vías que se siguen.

Es asimismo señal más cierta para pasar adelante, cuando las cosas que solías pensar para dolor de tus pecados y te lo causaban, te mueven a hacimiento de gracias y deseos de amor.

TRATADO SEGUNDO

DE LA VÍA ILUMINATIVA

CAPITULO PRIMERO

QUE COSA ES VIA ILUMINATIVA.

Después que el caminante parte de la posada, si quiere llegar al lugar donde va, le es necesario andar el camino que en medio hallare. De la misma manera, nuestra ánima, deseosa de la unión divina, después que en la vía purgativa se partió del pecado, le es necesario proceder por la vía iluminativa hasta que llegue al fin que desea. Y así nota que el caminar de nuestra ánima no es por pasos corporales, pues ella no es cuerpo, sino por pasos de entendimiento y voluntad que son sus pies con que anda y está donde quiere; y pues el fin deseado es el ayuntamiento y unión con Dios mediante el amor, como este amor sea obra de sola la voluntad, síguese que a ella sola pertenece andar el camino de la unión divina. Y porque, según sentencia de San Agustín, ninguna cosa se puede amar sin que primero sea conocida por el entendimiento, síguese que la luz del entendimiento es vía para alcanzar la unión del amor. Pues nota que cuando tu ánima está tan acostumbrada y por buenos ejercicios levantada, que no ha menester al entendimiento para despertar su amor, mas sin medio alguno se ayunta a su Dios, entonces se dice estar en el término y vía unitiva que al cabo se pone. Mas cuando le es necesario para levantarse a amar, pensar con el entendimiento y tratar en la memoria algunos pensamientos santos de cualquier materia que sean, entonces se dice andar por el camino o vía iluminativa. Porque el conocimiento intelectual se hace por una luz que manifiesta y descubre lo que se entiende. Nota asimismo que nuestra ánima, cuando está en pecado, se ha con Dios como el espejo mohoso y manchado delante del sol, que por razón del orín, moho o mancha, no puede en sí recibir los rayos ni resplandecer en la luz del sol; mas si el orín se quitare, luego en estando limpio resplandecen en él los rayos de la luz del sol. Así también cuando nuestra ánima está limpia por la vía purgativa, resplandecen en ella, como

en espejo limpio los rayos de la luz divina, por los cuales ve y conoce muchas cosas que antes no veía ni conocía.

Mas es de saber que los rayos del sol material pueden en dos maneras alumbrar al espejo. La primera, por rayos rectos y derechos, lo cual se hace cuando el espejo puesto de claro en claro contra los rayos del sol, recibe en sí mismo su lumbre. La segunda, por rayos que se llaman reflejos, lo cual se hace cuando tocan los rayos en algún cuerpo resplandeciente y resultan de allí en el espejo, de la cual reflexión queda el espejo alumbrado. De esta manera después de limpia nuestra ánima por la vía purgativa, pueden en dos maneras recibir la lumbre divina. La una es cuando estando pura puesta ante el acatamiento de Dios, del mismo Dios, sin otro medio, es alumbrada y levantada a conocer su grandeza, y del tal conocimiento arrebatada en una gran admiración, viendo que no puede comprender lo que ve y que es sobrepujada de la luz que ante sí contempla; y este conocimiento así como es muy alto, requiere muy alta pureza y no es nuestro poderlo alcanzar, aunque nos podemos disponer y aparejar para que la bondad divina nos lo quiera comunicar después de nuestro mucho trabajo, y así las más veces se comunica en los muy ejercitados en la vía unitiva, porque cuanto por ella más se ayunta nuestra ánima con la fuente de la luz, tanto más de ella es alumbrada.

En otra manera es alumbrada nuestra ánima por rayos reflejos encerrados y contenidos en las criaturas o escrituras. Para lo cual es de saber que no hay criatura de cuantas Dios crió ni escritura de cuantas están escritas, en quien no resplandezca más o menos la luz de la bondad divina, si hubiere quien la sepa conocer y sacar de allí, como cuerpo en quien da el rayo del sol. Y cuando nuestra ánima no está tan limpia, no puede en ella resplandecer aquel rayo por no ser tan fuerte como el primero; mas cuando poco a poco se va purgando más o menos, así más o menos halla en las criaturas que ve la luz de la bondad divina que en ellas estaba, aunque primero no la veía. Y esto parece muy claro ser así en los santos varones, los cuales en ver una piedra u otra cosa ordinaria, levantaban su espíritu en grande admiración de la bondad de Dios que allí ven, lo que no hacen los que no son santos por muchas veces que lo vean, como lo hacía nuestro padre San Francisco, que de ver una abeja u otras cosas semejantes, las cuales juzgaba haber de ser honradas por Dios que en ellas se representaba, quedaba admirado y fervoroso. Pues concluyendo digo que este conocimiento o meditación que el ánima después de purgada halla en las criaturas, por la cual es levantada a la unión del amor divino, es la que aquí se llama vía iluminativa, porque por ella queda alumbrado el entendimiento a conocer a Dios en sus criaturas, y la voluntad es levantada a amar a Dios a quien en sí no conoce, y cómo se haga esto, en el siguiente capítulo se declarará.

CAPITULO II

DE LA MANERA EN QUE EL ANIMA SE DEBE EJERCITAR EN LA VIA ILUMINATIVA POR EL CONOCIMIENTO DE LAS CRIATURAS.

Sabiendo por regla del apóstol San Pablo (1) que las cosas altas e invisibles de Dios, pueden venir en nuestro conocimiento por la contemplación de las criaturas, en quien la luz divina resplandece, por el cual conocimiento llegamos a la unión del amor de este mismo Señor en la cual consiste nuestra última perfección en esta vida, es de saber, que el modo de proceder para más presto alcanzar la unión, es este. Que vista con los ojos corporales alguna criatura, debes buscar con el entendimiento, según que mejor pudieres y supieres, alguna de las propiedades naturales que Dios le dió, y luego aplicar la misma propiedad natural a algún bien que a semejanza de ella nuestra ánima deba tener, y luego sentir que aquel bien se hallará en el ánima si tuviere el amor divino, lo cual conocido, subir con el afecto deseando el tal amor en quien aquel bien se halla. Ejemplo: Paseándote viste un árbol hermoso, consideras que aquel árbol lleva verdura de hojas, hermosura de flores y provechosos frutos; esta es la propiedad natural. Refiérelo luego al espíritu considerando que así el ánima había de tener ramos verdes de buenas palabras, hermosura de flores olorosas, de buenos ejemplos y provechosos frutos de buenas obras. Y considerando luego que sólo el amor causa todos aquellos en el alma adonde mora, levanta el afecto a desear aquel amor que tantos bienes en el ánima trae, diciendo con la cara y corazón levantado: ¡Oh, buen Jesús!, cuando te amaré? ¡Oh Rey de los cielos!, ¿cuándo será que de tantos bienes me vea yo lleno? Bien sé que tu amor es mi hermosura y fragancia, y carecer de él intolerable hedor y fealdad abominable. ¡Oh!, ¿cuándo te amaré con amor ardentísimo?

Nota, que si la criatura que vieres fuere tan fea que no puedas de ligero hallar en ella algún bien que apliques al espíritu, levanta tu afecto en la manera ya dicha por meditación contraria, conviene a saber, que vista aquella fealdad que en la criatura parece, te acuerdes que muy más abominable y fea está el ánima que carece de este amor, y por consiguiente de la tal fealdad se debe levantar al deseo del amor divino; el cual sólo puede quitar la tal fealdad y dar hermosura cuando está presente, diciendo como arriba: ¡Oh, Señor!, ¿cuándo te amaré para que sea yo ajeno de esta fealdad? Así también si vieres un caballero encima de un caballo y conoces que el freno lo rige para que no vaya desbocado según su apetito, y las espuelas le aguijan para que no se pare cuando quisiere, mas que corra con ligereza cuando el caballero quisiere, refiere luego al espíritu estas propiedades del freno y de las espuelas y de la silla,

1 Ad Rom., I, 20.

y aplícalo todo al amor considerando que él solo causa estos efectos en el ánima donde mora, y endereza tu afecto al deseo del amor, diciendo con corazón y ojos levantados al cielo. ¡Oh freno sabroso, quién te poseyese o quién fuese enfrenado de amor! Y nota que el principal intento de estos ejercicios consiste en aquel final movimiento afectivo con que concluyes levantando tu voluntad a solo desear, porque el fin de esta vía es acostumbrar la voluntad a que se aproveche de sus actos propios de amar y se despegue de los que son fuera de ella. Y porque luego no puede ni sabe aprovecharse de ellos, sin ser ayudada de las meditaciones ya dichas en la manera escrita, ayudámosla como a flaca con ellas para que poco a poco en aquel postrer deseo afectivo se vaya acostumbrando, porque después de acostumbrada, no ha menester las dichas meditaciones, que muy más presto que el entendimiento pueda pensar en algo, enciende ella su afecto. Y por tanto no se contente con sola la meditación por buena que sea, mas siempre acabe con aquel afecto, porque allí está el fin que principalmente se busca en esta vía iluminativa.

CAPITULO III

DE COMO SE DEBE LEVANTAR EL AFECTO POR LA MEDITACION DE LAS ESCRITURAS.

Así como en la manera ya dicha de las criaturas, ahora sean hermosas, ahora feas, se ha de levantar el afecto, así también por la meditación de las escrituras, así de las que hablan y prometen bienes como de las que relatan o amenazan con males. Y lo primero se ha de entender el sentido de la letra de ellas. Lo segundo aplicar aquel sentido a alguna cosa espiritual del alma. Lo tercero referirlo todo al amor. Lo cuarto levantar el afecto al deseo del amor por la meditación precedente, diciendo levantada la cara, así del cuerpo como del ánima. ¡Oh, buen Jesús! ¿cuándo te amaré? ¿Cuándo te desearé?, ¿cuándo me convertiré en ti? pues todos los bienes están en ti, mi Dios. Y porque mejor lo entiendas y tengas en qué ocuparte en la oración, toma esta exposición del *Paternoster* conforme a este modo de proceder, en la cual pruebes cómo te has de ejercitar en las otras escrituras, y como tengo dicho, si te fuere sabrosa, gastes en ella algún tiempo de la oración.

Exposición del Paternoster.

Decimos primero *Padre*. Esta palabra a la letra significa aquel que tiene alguna virtud por la cual engendra hijo. Y así por ella es entendido nuestro Dios, el cual enviando en los corazones humanos gracia de amor verdadero, engendra hijos adoptivos de Su Majestad divina, a los cuales, como a hijos, mantiene primero con manjares de amorosas consolaciones y después con manjares recios y fuertes de virtudes perfectas hasta llegarlos a la edad de varones,

en que puedan parecer ante su divino acatamiento en la gloria del cielo. Pues considerando por muy cierto que el amor solo es el que con Dios nos prohija, levanta tu afecto con encendido deseo, diciendo estas o semejantes palabras: ¡Oh, Padre benignísimo! tú eres aquel que con la gracia de tu amor nos engendras como a hijos legítimos; entonces, Señor, seré yo tu hijo verdadero cuando dentro de mí morare tu amor. ¡Oh vida de amor, que tanto nos honras! ¡Oh buen Jesús! ¿cuándo te amaré, o cuándo será que me vea yo contigo?

Síguese la segunda palabra en que dice *nuestro* y no mío. En la cual se da a entender la grandeza de su bondad, que no se contenta de comunicarse con uno solo que le diga: Padre mío, mas a muchos que todos juntos le digan Padre nuestro. Pues considerando que esta comunicación de quien hablamos, que es adoptivo prohijamiento, no se comunica sino donde está su amor, enciende el afecto al sobredicho deseo diciendo: ¡Oh, bondad, que así te derramas y comunicas a tus amadores! ¡Oh!, ¿cuándo tendré esta gracia de amarte que me haga capaz de tu santa influencia?

Síguese la tercera palabra: *Que estás en los cielos.* En la cual se da a entender que muy de voluntad mora el Señor en aquellas almas que merecieren gozar espiritualmente de las propiedades de que el cielo está corporalmente dotado, porque vemos, lo primero, que el cielo está adornado de muchedumbre de estrellas, y así nuestra ánima lo debe estar de diversas virtudes para ser digna morada de Dios. Lo segundo, el cielo es muy firme y estable, en lo cual es entendida la firmeza muy constante que el ánima debe tener en apartar sus afectos de todas las cosas terrenas. Lo tercero, el cielo siempre se mueve, en lo cual se amonesta que nuestra alma nunca debe cesar de mover sus afectivos deseos a Dios con anagógicos y levantados actos y movimientos que suban a él. Recogidas, pues, las propiedades ya dichas, por ellas se entiende que el ánima que ha de ser morada de su Dios, ha de tener cuidado y solicitud de adornarse de hermosas virtudes. Y para esto ha menester tener firmeza en resistir a los males y diligencia en traer continuos deseos de amor. Pues como la presencia del amor todo esto causa en el ánima que la posee, con este pensamiento levanta tu afecto y llora tu miseria diciendo: ¡Oh, ánima mía miserable!, ¿cuándo te veré yo vestida de celestiales virtudes, del todo apartada de los deseos de la tierra, y que con velocidad y ligereza te muevas a las celestiales moradas para que Dios, mi Señor, tenga por bien tenerte por casa propia de su habitación? ¡Oh anchura de amor, que ensanchas el ánima para que en ella quepa el Señor! ¡Oh Rey de la gloria!, ¿quién me la dará? Ensánchame tú, pues no basto yo, porque, cuando vinieres a mí, no estés peregrino y huésped dentro de mí.

Síguese la primera petición: *Santificado sea el tu nombre.* En estas palabras pide la esposa que le sea quitada toda la carga de terrenales y carnales deseos que la constriñen a se abatir a la tierra y la estorban de excitarse en los actos y movimientos del amor. Porque por la tierra es significada la terrena afición, y santo quiere decir

lo que está sin tierra, y por tanto, cuando dice que su nombre sea santificado, quiere decir que su conocimiento, entendido por su santísimo nombre, sea librado de toda infección de los carnales deseos y sólo él resplandezca en su ánima. Lo cual todo viendo que con la presencia del amor se causa, levanta su afecto diciendo: ¡Oh, Padre muy bueno!, ¿cuándo la lumbre del conocimiento de tu santísimo nombre será en mi santificada, esto es, apartada de la tierra de los terrenos deseos, para que ella sola en mí resplandezca moviendo mis deseos con libres movimientos enderezados a ti solo? Bien veo, Señor, que nunca esto será hasta que tu amor tanto me ocupe, que otra cosa no pueda ya ver. ¡Oh!, ¿cuándo será? ¡Oh!, ¿si será? ¡Oh!, ¿cuándo te amaré con amor ardentísimo?

Síguese la segunda petición: *Venga a nos, Señor, el tu reino.* Entonces es dicho venir el reino de Dios en el ánima, cuando en tanta manera crece la fuerza del amor ardentísimo, que no solamente reprime con velocísimos movimientos la rebeldía de los sentidos, así exteriores como interiores, quedando como señora de todo el reino espiritual, mas de tal manera rige todos los actos y ejercicios de sus potencias, que antes que salgan a obrar se le representan todas ante el juicio de la razón alumbrada por Dios; y todo aquello que ella juzgare ser más honroso y agradable a Dios, sin algún embargo y detenimiento y con toda presteza se pone por obra. De manera que toda el ánima con el cuerpo en todas las cosas está sujeta al regimiento y leyes del rey celestial. Lo cual todo conociendo que sólo el amor lo puede obrar, levante a él su deseo encendido, diciendo: ¡Ay de mí miserable, cuántas veces reina en mi la soberbia, cuántas veces se enseñorea en mi la impaciencia y manda la gula! ¡Rey de los cielos!, ¿qué haré para que lanzados de mi estos tiranos, tú solo reines en mi corazón y tú solo reinando en él me hagas rey? ¡Oh!, ¿cuándo será que tú reines en mi? Bien sé que nunca lo veré hasta que tu amor verdadero abrase mis entrañas.

Síguese la tercera petición: *Hágase tu voluntad en la tierra, así como se hace en el cielo.* Así como por cielo se entienden las ánimas perfectas por razón de las propiedades que en sí tienen en la manera que arriba está declarado, así por la tierra son significados los pecadores; por estar tan lejos del fuego del amor divino que el Hijo de Dios derramó desde el cielo en la tierra, y tan cautivos como están de las aficiones terrenales. Pues pide la Esposa con entrañable compasión que aquello que ella siente en su corazón, después que se hizo reino de Dios, sea comunicado a los pecadores terrenos, para que de terrenales se tornen celestiales, y con tanta ligereza se muevan al cumplimiento de la voluntad divina, como en el cielo se mueven los ciudadanos de la gloria, o en el suelo las ánimas de los varones perfectos que por la razón ya dicha son llamados cielos, pues con esta meditación encendida pide para sí y para los otros y dice: ¡Oh, Padre nuestro verdadero!, ¿cuándo vendrá aquella hora en que tu voluntad se haga sin obstáculo alguno en mi corazón? ¡entonces por cierto pienso yo verlo, cuando toda la mía sin rebeldía alguna estuviere sujeta a tu divino querer. ¡Oh fuerza de amor que de dos haces uno!, ¿cuándo te veré de mí tan apoderada, que no baste yo para po-

derme apartar de aquel Señor con quien me juntas? ¡Oh, quién me diese mi voluntad ser la tuya y la tuya ser la mía!

Síguese la cuarta petición: *Nuestro pan de cada día, dánosle hoy.* Pide aquí pan, esto es, aumento de amor, que levante sus deseos a la unión divina, el cual se llama pan, porque así conforta las fuerzas espirituales del ánima como el pan material las del cuerpo. Dícese asimismo cotidiano, porque así como el cuerpo si no fuere mantenido cada día con pan, pierde poco a poco sus fuerzas, así el ánima, si con movimientos anagógicos y actos encendidos de amor no fuere cada día sustentada como con pan amoroso y divino, será casi imposible que no pierda su fervor y se relaje en tibieza. Mas entonces se siente ser de este pan mantenida, cuando con experiencia se ve ser movida a su Dios con continuos movimientos anagógicos del amor que cada día en ella se aumentan. La cual experiencia porque los no experimentados la entiendan, sepas que no es otra cosa sino ver una libertad en sí misma para mover sus afectos a su Dios, sin ninguna pesadumbre, y por mejor decir, unos levantamientos ardentísimos de amor, los cuales parece que casi hacen fuerza al ánimo para levantarse a se juntar y unir con Dios por amor en tal manera, que casi no está en su mano contenerse sin se mover para Dios: lo cual el ánima ejercitada conoce tan claro como si con los ojos del cuerpo viese un buey u otra cosa más palpable que tuviese delante y muy más cerca de sí. Pues sintiendo la virtud de este amor cotidiano, con soberano deseo lo pide a su Dios diciendo: ¡Oh, pan de ángeles, quién te comiese! ¡Oh, pan que a los cielos das mantenimiento! ¿cuándo me juzgarás digno de tu refección? ¡Oh, mi Dios, y quién te amase! que en esto está el ser digno. Este es el comer de tan santo manjar.

Síguese la quinta petición: *Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.* Después que por algunos ejercicios en los movimientos anagógicos de amor, siente el ánima la suavidad del muy alto Señor, y conociéndose ser por la humana flaqueza ofuscados con muchedumbre de pecados veniales, que la tal ánima lejos debe estar de los mortales, y viéndose por el tal polvo impedida algún tanto del experimental sentimiento de las dulzuras divinas, que le es a ella intolerable tormento, por tanto pide con deseo ardentísimo ser de ellos librada por no parecer a Dios menos grata, lo cual todo sabe que tendrá cuando amare. Y así dice.

¡Oh Padre dulcísimo, cuándo te amaré! Bien sé que mis pecados te apartan de mí, pero también veo que no hay cosa que me aparte de ellos sino la fuerza de tu amor. ¡Oh deudas mías, con qué os pagaré! ¡Oh amor tan precioso, que así satisfaces! ¡Oh quién pudiese de ti enriquecerse! ¡Oh, Señor mío, cuán cierto tendría el perdón de mis males, si con tan preciosa moneda, como es el amor, te pudiese pagar! ¡Oh Rey de gloria, dámela tú, pues excede a mis fuerzas poderla yo haber! ¡Oh!, ¿cuándo será? ¡Oh!, ¿si será?

Síguese la sexta petición: *Y no nos dejes caer en la tentación.* Entonces el ánima es dejada caer en la tentación cuando por las muchas blanduras y lazos engañosos que el demonio la ofrece, en tal manera es enlazada, que casi ya consiente en sus importunos halagos, y habiendo por otra parte experimentado la dulzura del amor divino,

le parece muerte en poco ni en mucho seguir al demonio y dejar a su Dios, y deshonra vergonzosa aun inclinar las orejas a oir sus razones quien las tiene ya usadas a las hablas divinas. Pues puesta su flaqueza entre el cielo y la tierra, y sintiendo la dificultad para el cielo y la prontitud a la tierra, suplica al Señor la socorra con su poderosa mano, librándola de semejantes peligros, y como toda su libertad consiste en amar a su Dios, por cuyo amor se junta y enlaza con él, por tanto con todas sus fuerzas procura juntarse con él con movimientos anagógicos de amor, diciendo: ¡Oh fortísimo librador nuestro! ¡Oh fuerza de nuestra virtud!, ¿quién confirmara mi flaqueza?, ¿quién me hará de flaco, esforzado? No hallo otra cosa sino la fuerza de tu amor. ¡Oh, amor tan precioso, que ayuntando lo que te place, amasas lo flaco con lo fuerte y haces de lo flaco fuerte. ¡Oh, cómo se amasaría la justa ira tuya con mis pecados, si vieses, Dios mío, cosa a ti tan amable en mi corazón como tu divino amor!

Síguese la séptima petición: *Mas, líbranos de mal. Amén.* Aquí pide ser librada de muchas inclinaciones malas que la traen a ofender a Dios: porque dado que el ánima experimentada en los amorosos ejercicios, sobre toda manera desee y con ansiosos suspiros aspire a la unión íntima de su Esposo, y trabaje con sus fuerzas por ser llevada al cielo donde él mora, mas por parte del cuerpo corruptible que para ello la agrava, y de la carne inficionada y mal inclinada que le contradice y se le revela, por mucho que quiere levantar la intención a su amado, muchas veces se halla sumida y anegada en el lodo y cieno de las aficiones terrenas; y como esto le sea sobre todo tormento, suplica ser librada diciendo: Líbranos de todo mal, no sólo de la culpa mas aún de la pena, no tanto por escapar de ella cuanto porque con culpa no parezca sea la pena desagradable a su amado, o por la pena no sea algún tanto detenida sin ver su beatísima presencia, la cual con ardentísimos deseos siempre codicia. Y como el amor ardentísimo sea el que lo sobredicho alcanza, con vivo deseo suspira con todo afecto, diciendo.

¡Oh gran mal!, ¿quién me librará? ¡Oh!, ¿cuándo mis males del todo huirán? ¡Oh amor ardiente!, ¡cómo los consumes, cómo alivias las almas que posees que ni pena consientes en ellas, y consumiendo su pena absuelves la culpa y las haces hábiles para ver sin dilación la esencia divina! ¡Oh, quién fuese digno de te poseer!

Esto baste para exposición breve del Pater noster, por la cual tomando tino y ejemplo podrás levantar tus deseos de las demás escrituras que leyeres. Mas si la escritura relatare alguna historia o palabra o razón que significa cosas aborrecibles, avísote que levantes tu espíritu por meditación contraria en la manera que arriba fué declarada en las criaturas torpes o feas, conviene a saber, que leyendo algún castigo dado por Dios o cosa semejante, consideres que aquello y todos los males comprenderá al ánima que careciere del amor divino, de la cual consideración sube con el afecto a desear el tal amor como ya está dicho. Nota, que aunque el modo sobredicho en escrito te parezca largo proceso, no por eso te espantes, porque en el ejercicio, si lo probares, lo hallarás tan breve que todas las

subidas ya dichas, conviene a saber, de la propiedad natural de la criatura y de la aplicación al espíritu y comparación con el amor, y el movimiento afectivo anogógico, con toda velocidad se hacen en el ánima que se va ejercitando, como sean cosas espirituales, que casi antes que acabe la meditación, sube el afecto con su ejercicio y antes de un abrir y cerrar el ojo se concluye en la obra lo que puesto en escrito, de necesidad gasta demasiado papel, para darse cumplidamente a entender.

CAPITULO IV

COMO SE DEBE LEVANTAR EL AFECTO POR LA CONSIDERACION DE LOS BENEFICIOS DE DIOS.

Después de lo sobredicho debes notar, que generalmente hablando, todas las veces que nuestro afecto fuere inflamado con alguna meditación precedente, cualquiera que sea, es dicho ser inflamado por la vía iluminativa, y por tanto las meditaciones y modos ya dichos de las criaturas y escrituras, no las has de entender ni tomar por modo tan preciso que sólo le tengas por ley, y pienses que no hay otras meditaciones suficientes y aprobadas al mismo fin, las cuales asimismo sean pertenecientes a la vía iluminativa, obrándolas en el modo o manera que ella enseña, conviene a saber, refiriéndolas al punto del amor y acabándolas con el movimiento anagógico del afecto, porque este es el principal fin y ejercicio de todo este tratado en todas sus vías. Y si alguno, o por ignorancia de las escrituras que no entiende, o por rudeza de su juicio que en las criaturas no sabe sacar las meditaciones fervorosas en la manera ya dicha, o por ventura porque halla más fervor y más sabor en la meditación de los beneficios de su Dios, quisiere ejercitarse en ellos más que en la meditación de las criaturas o escrituras ya dichas, tome este modo para proceder conforme a lo que este tratado requiere. Primeramente haga un manojuelo de los beneficios que más sintiere que le inflaman al amor divino, ahora sea de los generales hechos a todo el mundo, así como de la creación y redención, ahora sea de los que conoce particularmente haber recibido de la bondad divina; y este manojuelo así recogido, póngalo en su pecho con su meditación, y en la tal meditación no piense que luego ni espere por breve espacio de tiempo con sola ella inflamar el afecto, mas juntamente con la meditación del entendimiento aprovéchese del ejercicio de la voluntad, levantando el afecto de tal manera que estando en la dicha meditación, se acuerde cuánto amor debe a quien tanto por él hizo, y luego suba con el afecto a desear amar a quien tanto debe, y que con solo el amor le puede pagar diciendo: ¡Oh Señor!, ¿cuándo te amaré? Ejemplo: Quieres meditar la Pasión, que ésta es la que más enciende el corazón del que no quiere ser desagradecido al Señor que la padeció, puedes perseverar en la meditación profunda del entendimiento hasta que el Señor te comunique alguna consolación o afecto espiritual de compunción o de otro gusto cual le pluguiere, y este modo es común,

y será necesario en la vía unitiva según que en ella se dirá; y puedes asimismo meditando aspirar y desear y deseando meditar de tal manera, que como ya está dicho, el afecto ayude y sea ayudado de la meditación y la meditación del afecto, y de esta manera has de proceder aquí. Porque como el fin de este ejercicio sea encender en la voluntad el fuego del amor de Dios, sé cierto, que más aina se encenderá cuando se ayudare de sus propios actos que cuando esperare encenderse con solos los ajenos, que pertenecen al entendimiento solo. Pues tornando al propósito, considerando la Pasión del Señor, hallarás que fué sobre toda manera acerbísima de parte de las crueldades en ella ejecutadas.

Fué asimismo de parte del Señor, que la padeció recibida con humildad, sobre toda estimacion profundísima, con mansedumbre pacientísima, con gozo soberanamente a él sabrosísimo, en tal manera que como el mismo Señor decía el gran deseo que de ello tenía, le causaba ansia en el corazón. Asimismo piensa la causa de sus dolores y hallarás que fueron tus pecados. Pues con esta meditación levanta tu afecto, diciendo:

¿Quién soy yo, Rey de los cielos por quien tanto padeciste? ¡Oh, Señor mío, amásteme más que yo a mí, y todo parece haberte deshecho y derretido en mi amor!, ¿cuándo será el día en que yo del todo me transforme en tu querer y amor? ¡Oh buen Jesús!, ¿qué soy yo para ti sino trabajo, dolor y aflicción sin medida?, o ¿qué eres tú para mí sino suavidad y dulzura y gozosa alegría y todos los bienes? Dejaste enclavar tus manos con clavos agudos. ¡Oh, quien enclavase las mías con fuerza de amor! Derramaste tu sangre: ¡Oh, quien tanto te amase que toda por ti la vertiese como tú por mí! ¡Oh miseria mía!, ¿por qué me detengo? ¡Oh, lanza de amor, si me atravesases cuán sin tormento te recibiría! ¡Oh buen Jesús!, ¿quién estorba estas cosas? ¡Ay de mí, que hay muchos estorbos y tales que sobrepujan mis fuerzas! ¿Pero, por ventura, Señor, sobrepujan las tuyas? No por cierto, que son infinitas, y por quitar estos estorbos te pusiste en la cruz; quítalos, quítalos, ¡oh, Señor mío!, y ya que no por mis méritos, sea por el fruto de tan dolorosa Pasión. Amete yo, Dios mío y Señor mío, sobre todas las cosas y más que a mí, muera yo, Dios mío, por ti, pues que tú moriste por mí, y no tenga yo ya otra vida sino la que es en ti. Con estas o semejantes palabras que salgan de dentro del corazón más que de sola la lengua, se enciende el afecto y se alumbra el entendimiento para más profundamente hallar nuevas meditaciones con que más se encienda el amor, y así se ayudan uno a otro en la manera ya dicha, y esto propiamente se llama vía iluminativa. Y de estos ejercicios del afecto por la meditación así inflamado sucede, que como el mismo afecto se acostumbra a obrar sus propios actos, sale en ellos tan buen maestro, que después de acostumbrado, no ha menester la ayuda de la meditación para se abrasar o inflamar y levantar con movimientos anagógicos en Dios, y entonces cesa la meditación, porque antes estorba que aprovecha, y el solo afecto inflamado en tanta manera se eleva, que por sí mismo sin medio alguno es juntado y unido con el Señor, cesando todo ejercicio de cualquier otra potencia del

ánima; lo cual acontece en los muy ejercitados en la vía unitiva. De donde parece que vía iluminativa y unitiva no difieren sino como más o menos perfectas.

Finalmente, cuando toca a esta vía iluminativa, nota que por cuanto el Señor no está atado a modos algunos de alumbrar, mas donde quiere y cuando quiere y como quiere y a quien quiere inspira y alumbra, de tal suerte se debe el ánima ocupar en los sobredichos ejercicios, que si alguna vez sintiere ser inflamado su afecto por otras maneras fuera de las sobredichas, ni del todo lo deseche, como si fuese engaño de Satanás, porque por ventura si fuere de Dios no haga injuria al Señor que le quiere por aquella nueva manera alumbrar, ni tampoco luego lo reciba sin examinar si es Dios o no, porque no reciba engaño por la verdad, mas suspenda el dar crédito y no se determine en ello sin consejo de varones experimentados en la carrera de Dios, según el consejo de San Juan, que en su primera canónica dice: No queráis creer a todo espíritu, mas primero probad los espíritus si son de Dios (1), conviene a saber, tomando las cosas que traen consigo novedad, maduro consejo, con humildad muy profunda, a la cual Dios siempre ayuda y socorre y jamás deja engañar.

Lo sobredicho baste para la vía iluminativa, porque más la entenderás obrando que leyendo, y con más facilidad se obra que se escribe ni lee. Y pues recapitulando en suma todo lo arriba escrito en la vía iluminativa, se han puesto cuatro capítulos. En el primero, qué sea; que es, cuando la voluntad se enciende por la precedente meditación. En el segundo se pone cómo se ha de encender la voluntad por la meditación de las criaturas así hermosas como feas. Y para las hermosas se pone ejemplo del árbol; y también en las que ni tienen hermosura ni fealdad, se pone el modo que habemos de tener para encender la voluntad y un ejemplo del caballo. Y concluye que siempre hemos de acabar con aquel postrer movimiento afectivo que es el fin de esta vía. En el tercero se pone cómo se ha de encender nuestra voluntad por la meditación de las escrituras, y se pone para ejemplo el Paternoster; en el cuarto se pone cómo se ha de encender nuestra voluntad por la consideración de los beneficios de Dios y se pone para ejemplo la Pasión. Y concluye que no hemos de estar atados a solo este modo, cuando el Señor nos quisiere llevar por otró, siempre con consejo de tales personas, que nos puedan guiar a lo mejor.

---

1 Joan., IV, 1.

TRATADO TERCERO

DE LA VÍA UNITIVA

CAPITULO PRIMERO

DE SIETE AVISOS NECESARIOS PARA EL QUE EN ESTA VIA SE QUIERE EJERCITAR.

Siete cosas debe tener delante de sus ojos y ser cuidadoso de guardar el que en esta vía unitiva, que es el fin de la perfección, quisiere enteramente aprovecharse. Lo primero, y entre todos los avisos casi más principal y en que está la llave y principio para entrar y alcanzar algo de la alteza de esta vía, es un solícito cuidado de obrar y hacer de continuo con la voluntad actos o movimientos anagógicos de amor, sin esperar tiempo ni lugar determinado para ello, ni devoción ni calor, mas con toda esta constancia y perseverancia, ahora se halle tibio, ahora devoto, ahora en la oración, ahora fuera de ella, en casa o fuera, en un tiempo o en otro, como quiera o cuando quiera y donde quiera que se hallare, con fervor o sin él, lo mejor y más secreto que pudiere, haga actos y deseos de amor divino, suplicando con el más encendido afecto que pudiere, continuamente en su oración al Señor benignísimo, tenga por bien de obrar en el fin para que fué criado, que es para que siempre le ofrezca servicio de continuo amor.

Y has de notar, que aquí, como en la llave de la primera entrada se esconde, mayormente a los nuevos, un engaño grande y que les es grande estorbo para aprovechar adelante, y aun a las veces les hace desmayar y desfallecer en el ejercicio y dejarlo del todo. Y el engaño es este: que como ninguno pueda súbitamente alcanzar la grandeza de la perfección, y aunque el ánima se haya medianamente ejercitado en las vías iluminativa y purgativa pasadas, no queda tan apurada ni alumbrada que luego esté dispuesta para la unión de tan alto Esposo, hasta que primero se purifique mucho más y más por los ejercicios de la vía unitiva. Y por tanto, si cuando entra a desear la dicha unión y hacer actos interiores y obrar los movimientos anagógicos, se siente tan ofuscada con diversidad de pensamientos y fantasmas que le impiden el hacer actos y atan la libertad de sus movimientos, y la ponen muy tibia para levantarse a Dios, por razón de que aquellos actos que hace y movimientos que tiene ninguna dulzura espiritual traen consigo, y junto con esta tibieza que en sí siente, como sea aun imperfecta, cargan de ella muchos pecados veniales, los cuales aumentan la oscuridad natural y hacen crecer la tibieza, de donde se le sigue que le parece que aquellos ejercicios no son de valor o merecimiento ni pueden agradar al Señor, antes le parece que hace injuria a Dios en demandarle la unión de su amor con semejantes actos de amor, estando como está llena de negligencias, y que sería bien espe-

rar el tiempo ordinario de la oración, en la cual se consuma el orín de los pecados y después obrará con más disposición; y si por ventura en la oración no le sucede como esperaba para purificar los pecados, antes concurriendo el tropel de pensamientos e imaginaciones y fantasías, añade otros muchos, tómale de allí una desconfianza muy grande de no poder aprovechar adelante, que si mucho crece y si Dios no lo socorre, basta para le hacer dejar sus ejercicios altos de esta vía, y tornando atrás contentarse con otros menores, en los cuales por ventura halla más sabor de consolación espiritual, y así se queda del todo defraudada del fin que al principio buscaba; lo cual todo viene por obra de Satanás, adversario de todo bien y perfección.

Sepas pues, que para el remedio de este peligro no hay cosa más provechosa que la continuación constante de ejercitarte en los actos de amor y movimientos anagógicos en la manera que mejor pudieres, no dándosete nada de los impedimentos que ocurrieren, mas contra todo pon por defensa el mismo acto de amor y movimiento anagógico. Porque si estás oscurecido con imaginaciones y fantasmas mundanas, ningún ejercicio hay que más las mate ni más alumbre el ánima. Si estás tibio, esto es lo que más te encenderá. Si tienes muchos pecados veniales, estos actos son derechamente contra ellos, por ser actos de amor y lo que más consume los pecados. Si te parece que no tienes fuerza para te levantar, con estos actos la cobrarás. Si te parece que no es nada lo que haces, ruégote que no lo desprecies porque no te debe de parecer poco alcanzar por cada acto de aquellos particular grado de gloria en el cielo, lo cual es cierto que se alcanza y merece, pues cada uno de aquestos actos es obra de caridad, y por consiguiente meritorio de particular grado de gloria. Asimismo, por aquellos actos que te parecen no ser nada, vendrás después a hacer los que te parecerán y serán grandes, porque por ellos se engendran los hábitos de las virtudes, los cuales después de engendrados, habilitan y disponen la voluntad para obrar grandes obras con facilidad y gusto, y todo lo perderás, si dejares de obrar al principio aquello que te parecía nada, así como el pintor, que al principio hace faltas en lo que pinta, y por ellas viene a hacerse hábil y diestro para pintar cosas primas, las cuales nunca pintara, si viendo a los principios las fealdades, dejara de proseguir bien o mal el oficio. Porque aunque otras cosas son al principio difíciles y de poco valor en sí mismas, y de mucho en las que de ellas se siguen, esta nunca es de poco valor, aunque por amonestación del adversario te parezca a tí serlo. Y por tanto en este consejo te aviso tanto, porque sepas cierto que en él está todo el aprovechamiento, y según que en él más o menos aprovechares, más o menos alcanzarás de la perfección. Así que tuerto o derecho, malo o bueno, nunca dejes de obrar en él lo mejor que pudieres, como arriba es dicho, pues que tu voluntad es libre para hacer lo que quisiere sin que nadie se lo impida, y este es acto de solo ella, por la cual de ninguno puede ser impedida, salvo si a ratos se dejare por razón de la flaqueza del cuerpo en la manera que se dirá adelante en el sexto aviso.

El segundo aviso que debes mirar es, que pues esta unión que por los tales actos de amor y movimientos anagógicos te esfuerzas a te-

ner con Dios, es sobre todas fuerzas humanas, toma, según el consejo de Job (1), uno de los santos con quien más devoción tuvieres por especial abogado para la alcanzar, al cual le ofrecerás algún particular servicio para más le obligar, y suplícale dos cosas. La primera, que pues tú no puedes todo el tiempo ocuparte en ofrecer al Señor actos de amor, tenga por bien suplir tus defectos, ofreciéndolos él por ti al Señor de cuya presencia nunca se parte. La segunda súplica con todo corazón te alcance de aquel piélago de la bondad divina por sus oraciones tenga por bien de comunicar a un miserable pecador como tú la perfección de su amor, porque haya siquiera uno de la tierra que por solo amor sirva al Señor, así como de los santos es servido y adorado en el cielo. Y entre todos los santos, después de la Madre de Dios, haz particular reverencia a los santos ángeles, en especial al ángel que te guarda, como a quien somos muy más obligados por la solicitud y cuidado que de nosotros y de nuestro aprovechamiento tienen y señaladas mercedes que de ellos y por ellos contínuo recibimos.

El tercer aviso es en la disposición del cuerpo que has de tener cuando te allegares a estos ejercicios, porque has de procurar llevar en el cuerpo tal compostura, que sea conforme al ejercicio que quieres tener y revuelves en la mente. Como para pedir perdón de los pecados, es conveniente compostura y disposición la que el publicano tenía, el cual, puestos los ojos en tierra, no osaba levantarlos al cielo (2) y hería con dolor sus pechos, y así según las otras meditaciones. Mas con todo eso, sábete que la disposición más conveniente para cuando quieres ejercitarte en los movimientos anogógicos de amor, es que ahora sea levantado en pie, ahora de rodillas, o si por ventura por la flaqueza tienes necesidad de estar sentado, tengas la cara levantada, hincados los ojos del cuerpo, si pudieres, que ayudará, o a lo menos los del ánima en el cielo, donde sabes que se te aposenta todo tu bien; porque si en los ejercicios anagógicos tuvieses la cara mirando abajo, sepas que en alguna manera podría ser que se te impidiese la sabiduría o movimiento del espíritu a Dios, lo cual te enseñará la experiencia.

El cuarto aviso es, que allende de lo que en el primer aviso fué dicho, ningún día se te pase que una o dos veces, por el mayor espacio que pudieres, en cierto tiempo te ocupes en la oración, y en tal manera lo tengas por ordinario, que sea muy extrema la necesidad tuya o del prójimo para que te baste a apartar de tus amorosos ejercicios; porque de ellos, cuando son continuados, nace en el ánima una dulce complacencia de los cumplir siempre a aquella hora, que suele y queda en ella un escocimiento o sinsabor, cuando por causa menos necesaria se le pasa el tiempo en que solía gozar de su amado y ser mantenida de sus amores. Y si preguntas ¿qué hora será mejor? Dígote con el Profeta (3), que sea la noche tu alumbramiento deleitable, por dos razones. La primera porque entonces la oración tanto es más pura cuanto menos puede ser polvorizada de las alabanzas mundanas,

1 Job, V, 1.
2 Luc., XVIII, 13.
3 Ps. CXXXVIII, 11.

por ser menos vista. La segunda, porque entonces duerme el pueblo de Dios y vela el dragón buscando a quien tragar (1), y por tanto esté tu oración puesta por amparo de los que por entonces no se pueden defender, por las cuales con toda afición debes orar, extendiendo tu caridad a todos los que por la sangre de tu Redentor fueron redimidos, y no estrechándote a solos los parientes y amigos.

El quinto aviso es, que busques para los ejercicios el lugar más secreto que pudieres, no dando lugar a la tentación de Satanás, que so color de buen ejemplo o de otra cualquier ocasión, te amonesta ponerte en público. Que aunque a los principios disimule contigo y te parezca que aprovechas a otros, cuando no te catares, te meterá en el lazo de la vanagloria y te hará perder tus trabajos. Y dado que este aviso sea a todos necesario, empero mucho más lo es a los nuevos cuyo amor es aun flaco, como pimpollo nuevo y de ligero puede ser quebrado. Porque los que ya por muchos tiempos y ejercicios están arraigados en el amor divino, con menos peligro se muestran de fuera aunque no del todo sin alguno.

El sexto aviso y muy de notar es, que cuando por algún espacio notable de tiempo te allegares a la oración, así como una o dos horas, no ocupes todo el tiempo de ella en solos los ímpetus y movimientos anagógicos de amor, porque los tales movimientos e ímpetus espirituales que en el ánima se hacen por la fuerza del amor, no solo no recibe el cuerpo ni el ánima consolación de alguna dulzura, mas en gran manera es el cuerpo afligido y atormentado, y los miembros casi envarados y los nervios como estirados y todo el cuerpo casi partido y descoyuntado, en especial en los pechos y en la cabeza, donde los espíritus vitales están más arraigados, lo cual todo se causa, como es dicho, por la gran fuerza e ímpetu que el espíritu pone para juntarse a Dios, y es tal, que sería imposible que el cuerpo lo sufriese sin grandísimo detrimento de la cabeza y de toda la salud, si mucho durase en su vigor, y aun eso poco, si fuese con fuerza, haría mucho daño si no fuese por el gran gozo que el ánima siente de ver que con tan buen acto y movimiento se mueve a su Dios, y en esto se engañan los menos experimentados en estos ejercicios, que piensan que cuando el ánima se ocupa en los ya dichos movimientos anagógicos e ímpetus de amor, siente en sí gran dulzura de consolación espiritual, como al contrario siente gran aflicción corporal.

Pues, como dicho es, no gaste todo el tiempo de la oración, si fuere notable cantidad de espacio en los ya dichos movimientos, mas descendiendo de ellos se ocupe en uno de estos tres ejercicios, según mejor viere. El primero y más principal es una quieta oración y castísima afición; y llamo aquí castísima afición un deseo de la voluntad, bien ordenado, sujeto, rendido y conforme a la voluntad divina, por el cual el ánima de tal manera se sujeta a este mismo Señor, que ninguna cosa espiritual ni corporal quiere sino lo que es para sola la gloria de Dios y para glorificarse en ella, de manera que si desea tener virtudes no es porque por ellas le viene alguna espiritual ganancia o provecho o se le siga

1 I Petr., V, 8.

después gloria, mas solamente porque con ellas sirve más a su Dios, y Dios es glorificado y quiere que las tenga. Si desea consolación espiritual, no es por otra cosa sino para que por el gusto de ella se mueve a más amar y glorificar a su Dios. Y finalmente ninguna cosa ni provecho espiritual, ni corporal quiere sino el que Dios quiere que tenga, y para ningún fin le quiere sino para sola la gloria de Dios. Y porque este es el punto que más principalmente se requiere en los que de verdad quieren amar a Dios, ten cuidado de regirte por él y con él todos tus actos y ejercicios así interiores como exteriores. De manera que si quieres orar, no sea otro tu fin sino porque es gloria de Dios que ores; si quieres meditar, sea por lo mismo; si amas al prójimo, sea porque es gloria de Dios que lo ames y él así lo quiere. Si temes o te gozas de algo, no sea más ni por más de cuanto es gloria de Dios que así lo hagas y quieras. Y esta intención trabaja poner en todos tus actos actualmente y con el mayor fervor que pudieres, porque tanto serán a Dios más agradables y a ti más meritorios, y tanto más presto alcanzarás con ellos la unión divina que deseas, cuanto más fuerte tuvieres en obrarlos la dicha intención y castísima afición. Porque tanto tendrán tus obras de verdadero amor, cuanto de ella tuvieren, y sin ella no pueden ser actos de verdadero amor.

Y pues es cierto que la voluntad de su propia naturaleza es libre para querer lo que quisiere y como quisiere, sin ser de nadie impedida; síguese que en nuestra mano está cuanto quisiéremos y cuantas veces quisiéremos, hasta arder en el amor divino. Y cualquiera que este amor verdadero desea alcanzar, con toda diligencia y cuidado sea solícito de despedir de sí unas aficiones impuras que se pegan a la voluntad, cuando quiere alguna cosa buena y cuando considera el provecho que de aquel bien se le sigue, porque entonces se enciende más a desearlo por razón de aquel provecho temporal o espiritual que allí vemos; el cual deseo no nace del amor de Dios, al cual por entonces no mira más del propio amor, cuyo provecho conoce, y nosotros pensamos ser de Dios, por ser cosa buena; pero en la verdad no basta para ser amor de Dios que el deseo sea de cosa buena, mas es necesario que sea por fin de cosa buena y no menor que Dios, si ha de ser amor de Dios; como si yo me quiero ejercitar en algún ejercicio de actos y anagógicos movimientos, si al tiempo que lo quiero hacer, acordándome del gran premio que por ello en la gloria alcanzaré, me muevo con todo deseo a las obras sin tener respeto a la gloria de Dios, cierto es que más es aquello amor propio y desear su provecho en la gloria que amor de Dios, a cuya honra no mira ni tiene respeto, no obstante que quererlos hacer movido por el propio interés, en ellos mismos me moviese el Señor a verdadero amor, esto es a desearle todo bien, y entre todo bien desearle a mi mismo en la unión verdadera de su amor. Porque una cosa es moverme a Dios y otra cosa es quererme mover a Dios, que cada acto de estos puede tener su fin distinto y el moverme a Dios no puede tener otro fin sino a Dios; porque si quiere o tiene intento a otra cosa sino a Dios, ya no se mueve a puro Dios sino a aquello que pretende y tiene intento y

piensa que podrá alcanzar mediante aquel acto que hace por Dios, como por cosa menos principalmente deseada, mas el quererme mover a Dios, puede tener el fin que yo le quisiere dar. Y llamo aquí moverme a Dios, amar con la voluntad a Dios en los anagógicos movimientos deseando la unión de mi ánima con él.

Pues concluyendo digo, que el ánima que desea esta afición castísima, debe con toda solicitud con actos contrarios de su voluntad desechar de sí todo otro fin que en sus obras se le pegare, reduciéndolas a que solamente tenga por fin la gloria de Dios, y aunque haciendo esto le parezca que se entibia en las obras que hacía, no se cure; que más vale un acto perfecto aunque tibio, que otro imperfecto aunque con fervor, y poco a poco andando y creciendo por los muchos actos perfectos del perfecto amor, hallarás desterrada la imperfección que tenías y vendrá a ti el fervor que te faltaba en los principios, cuando el amor verdadero de Dios era poco y tu amor propio era mucho. Y esta castísima afición es el notable principal de que en el primer aviso te hice mención, en que se revuelve, como en quicios, toda la materia del arte de servir a Dios; y nótalos mucho, porque en estos dos avisos, primero y sexto, está toda la llave de tu aprovechamiento, y nunca los debes quitar de la memoria, si en todas las cosas deseas agradar al Señor.

El segundo ejercicio en que te debes ocupar cuando de los actos de amor y movimientos anagógicos quisieres descansar, es una muy alta y compasiva meditación de los dolores y pasión del Señor. Y esta meditación no se te pone para inflamar el afecto, el cual en los movimientos ya dichos se presupone haber ya sido más inflamado que por meditación ninguna, mas pónesete para descansar y aliviar el trabajo que en ellos se contiene, porque habiéndote de apartar de necesidad de allí, tomes ejercicio santo y no te ocupes en vanidades en que pierdas lo que primero ganaste, ni en ejercicio muy extraño de tu principal intento de la unión divina, de donde tengas trabajo de volver a tu intento, sino en ejercicio tan conjunto a la unión de tu Dios que deseabas, cuanto la humanidad del Señor está junta con su divinidad sacratísima. Por lo cual muy de ligero podrás tornar al intento que dejaste, como quien casi nada de él se apartó, no más de cuanto se aparta el que está dentro de alguna casa y sale paseándose a tomar un poco de aire hasta las puertas de ella y luego se vuelve, el cual no se aleja, mas siempre está en ella aunque hacia la puerta toma un poco de más respiradero de lo que dentro de ella sentía, y así la humanidad y llagas del Redentor son como unas puertas para entrar a su altísima divinidad. Y porque el fuego interior de esa divinidad, que es nuestra verdadera morada, no es siempre tolerable a la humana flaqueza mientras vive en cuerpo corruptible, son estas beatísimas llagas a los que de su divinidad son inflamados, como unas ventanas y puertas para respirar de la fuerza insufrible que el ardor de su Dios en ellos causó; y en señal de esto quiso el Señor que su sacratísimo cuerpo fuese abierto con clavos y lanza.

Y asimismo este ejercicio se te propone para que en él tengas compasión y agradecimiento de dolores tan grandes y beneficio tan

señalado. Y por eso esta meditación no ha de ser como camino y de paso para inflamar tu afecto, como arriba te fué dicho en la vía iluminativa, mas ha de ser despacio, profunda y compasiva, tanto tiempo cuanto conocieres serte necesario para descansar del trabajo de los movimientos anagógicos ya dichos, y con la mayor compasión y sentimiento que pudieres. Que aunque la contemplación de la humanidad del Señor sea muy alta, no empero satisface del todo a la capacidad de nuestra ánima ni da cumplida hartura sin la divinidad que debajo de ella está encubierta; y por tanto mientras al Señor le pluguiere ocuparnos en los ejercicios que tienen respeto a su divinidad, cuanto nuestra flaqueza lo sufriere debe el ánima con toda humildad y agradecimiento recibirlos y ocuparse en ellos, tanto cuanto la discreción humildemente requiere; y por la misma discreción y humildad apartarse de ellos y ocuparse en otros menores, según que la lumbre de la discreción alumbrada del Señor le dictare; en lo cual todo nunca se aparte de la profunda humildad, porque por soberbia no merezca ser oscurecido y cegado y reciba por lumbre de discreción el engaño de Satanás.

Lo tercero en que demás de esto se debe ejercitar es una entrañable compasión de los prójimos y pecadores, en la cual le mueva con todas sus entrañas a suplicar al Señor tenga por bien comunicarles su gracia y traerlos a su conocimiento; y esto no sea solamente con los conocidos y amigos, mas ensanche la ley de su amor a todos los que la bondad altísima de Dios tiene predestinados para su gloria, en cualquier de los estados que estuvieren del mundo, porque en esto parecerá bien el amor que tiene a su Señor, el cual quiere que todos los hombres se salven y vengan a conocimiento de su nombre. Asimismo, si de oficio y conforme a su estado y talento le conviene, socorra a los prójimos con encendidos sermones y amonestaciones y todo lo que más pudiere, sabiendo que más presto será socorrido de Dios y en mayor copia, cuanto con mayor fervor socorriere a los prójimos necesitados según lo promete el Evangelio; no lo deje de hacer, que estas dos cosas, conviene a saber, la compasión de la pasión del Señor y la compasión de los prójimos, son como dos alas que después de la oración y castísima afición arriba puestas en gran manera ayudan al ánima para alcanzar su deseo que es la unión divina.

Mas sepas que la compasión del Señor algunas veces cesa, mayormente cuando el ánima es llevada a tal estado, que con gran libertad se ajunta a su Dios sin impedimento, mas la compasión de los prójimos, tanto más crece cuanto más el ánima se ajunta con Dios por amor; porque cuanto más ama, tanto más desea que ese mismo Dios de todos sea amado y honrado, y cuanto más lo desea, tanto más trabaja por ello, así en la oración como en todos los otros ejercicios. Así que concluyendo estos avisos tan largos, la suma de ellos es: el primero, la continuación de los movimientos; el segundo, la devoción del santo; el tercero, la disposición corporal conforme a los ejercicios; el cuarto, que siempre tenga tiempo determinado después del continuo ejercicio dicho en el primer aviso en que se ejercite en los continuos movimientos anagógicos. El quinto,

el lugar secreto; el sexto, que toda tu ocupación sea uno de cinco ejercicios cada uno en su grado. El primero es los actos de amor de Dios y movimientos anagógicos, en el cual te ejercites todo lo que tus fuerzas bastaren, medidas con discreción, porque no lo pierdas todo por tomar de ellos más de lo debido, porque este es el principal y más alto de los ejercicios. Lo segundo, apartándote de este, te reciba la oración y castísima afición arriba ya dicha; lo tercero, la compasión del Señor; lo cuarto, la compasión de los prójimos en la manera ya dicha; lo quinto es el poner orden y tasa en lo que has de hacer, conforme al aviso infrascrito. El sétimo aviso que debes tener es que pongas orden y tases ciertos tiempos a tus ejercicios, de manera, que sepas lo que has de hacer en cada tiempo y no andes cada hora buscando qué hagas. La orden que pusieres trabaja siempre llevar adelante, y que sea muy extrema y conforme a razón la necesidad tuya o de tu prójimo que bastare a te apartar de tu concierto, porque de esta manera toma el ánima gusto en sus ejercicios y los obra con mayor fervor, y recibe desconsolación en dejarlos y persevera en ellos, y por la tal perseverancia, en fin alcanza lo que quiere; y aunque a los principios se le haga difícil, créeme que con la costumbre se tornará ligero de obrar, y con mayor dificultad los dejará después de acostumbrados que los tomó antes. Estos avisos trabaja de guardar y mirar lo mejor que pudieres. Y si como flaco cayeres, sobre todo te aviso que no desmayes del todo, mas obra como pudieres, sabiendo que el que hasta el fin perseverare alcanzará lo que pidiere.

CAPITULO II

QUE COSA ES ESTA VIA QUE LLAMAMOS UNITIVA.

Antes que entremos a hablar de la vía unitiva, has de notar que esta sabiduría o vía unitiva de quien queremos hablar, procede al contrario de todas las otras ciencias. Porque en todas las otras se procede así: que primero es necesario que entiendas lo que dicen, que no que obres lo que mandan; mas en esta es al revés, que primero es menester que obres a ciegas lo que te mandan obrar, que puedas entender lo que los términos en ella puestos significan; porque sepas, que no hay en el mundo letrado tan vivo de ingenio, que pueda penetrar del todo qué cosa sea movimiento anagógico o otros semejantes vocablos aquí puestos por agudeza de ingenio ni letras que tenga, si la experiencia no le ayuda; ni hay vieja tan simple que, si lo experimentare, no lo entienda tan claro como los ojos abiertos ven que hay sol, cuando está muy claro. Y por tanto no te espantes si no entiendes los términos, mas cree a San Dionisio que así como lo oyó de la boca de San Pablo, lo experimentó y puso en escrito. Y así creyendo, obra en la manera que te fuere dicha, y en ella verás lo que antes ver no podías: y yo te hago cierto que por simple que seas, será tu certidumbre tan cierta, que si todos los letrados del mundo se ajuntasen a te certificar que te engañas en

tu manera de proceder y te trajesen para ello todas las razones, bien podría ser que no les pudieses ni supieses responder con palabras; mas no sería posible que creyeses sus razones según verías tan claro ser cierto lo contrario.

Nota, pues, que tres maneras hay de conocer a Dios: una es la que San Pablo pone en la epístola a los Romanos, en el capítulo primero, que pueden alcanzar los hombres por razón natural y la alcanzaron algunos de los filósofos, los cuales por el conocimiento de la hermosura y movimiento que vieron en las criaturas, coligieron haber un solo Dios y algunas excelencias de él. Otro conocimiento hay más alto y que a solos los fieles se comunica; y este es el que con la lumbre natural, junto con la lumbre de la fe, por las criaturas se alcanza, porque la lumbre de la fe, como venga de arriba del Padre de las lumbres (1), no solamente nos abre muchos secretos de Dios, que por la lumbre natural no alcanzábamos, mas aún de las mismas criaturas nos alumbra y descubre secretos que no pensábamos estar en ellas, de los cuales muy más altamente nos levantamos a conocer y amar a este mismo Dios; y así según más o menos viene la lumbre de arriba enviada, así más o menos secretos hallamos en las criaturas que contemplar, por los cuales seamos más o menos levantados en el conocimiento de Dios.

La cual contemplación para que sea provechosa, de necesidad se ha de acabar en encender e inflamar el afecto, porque de otra manera, poco o nada aprovecharía. Y así, el modo de proceder en esta contemplación es este. Que vistas por los sentidos las criaturas sensibles, venimos por ellas a conocer un Criador; de la cual consideración nace en el ánima un tal conocimiento del Criador tan propio de Dios, que ya no ha menester tornar a contemplar las criaturas para moverse más; por aquel conocimiento que de Dios tiene, es más alumbrada y levantada a conocer cosas más altas, así del Criador como de las criaturas, y por él es movida a le amar como aquel en quien tantos bienes conoce estar encerrados; y este conocimiento es de el que aquí queremos hablar por esta vía unitiva. Otro conocimiento de Dios o manera de conocerle hay muy más alto que los sobredichos, y es muy más fácil de alcanzar, cuando por amor ardentísimo se junta primero sin algún medio a su Dios, de la cual unión, como ese mismo Dios sea Dios verdadero que alumbra a todo hombre que a él se junta, se sigue en el ánima una lumbre y conocimiento de Dios muy alto y claro, el cual es llamado por San Pablo (2) sabiduría muy alta, que solamente se comunica a los perfectos, y es llamada asimismo por San Dionisio su discípulo, teología mística, cuya definición pone en el libro de los Nombres divinos, en el sétimo capítulo (3), diciendo lo que se escribirá en el siguiente capítulo.

---

1 Jacob, I, 17.
2 I ad Cor., II, 6.
3 MG. 3, 866-874.

CAPITULO III

DE LA TEORICA DE ESTE MODO UNITIVO.

Sabiduría es un altísimo y divino conocimiento de Dios, que resulta en el entendimiento por ignorancia según la unión que es sobre nuestra mente, cuando el ánima, apartándose de todas las cosas criadas y dejándose a sí misma, se junta a los rayos sobrerresplandecientes de Dios, y queda alumbrada de la no escudriñable profundidad de su sabiduría. Esto mismo declara San Dionisio escribiendo a Timoteo, aunque por palabras más oscuras, diciendo así: Muy amado hermano Timoteo: cuando te quisieres ocupar en las visiones místicas y secretas, ten este aviso; que con fuerte y ahinco ejercicio y obra de la voluntad apartes de ti y dejes todos los sentidos y todas las ocupaciones del entendimiento y todas las cosas sensibles e inteligibles, esto es, lo que se puede sentir o entender, y todas las cosas que son y tienen ser, y las que no tienen ser, y en la manera que mejor te fuere posible te levanta a ciegas a la unión de aquel que es sobre toda sustancia y conocimiento; porque después que hubieres levantado o librado a ti mismo de toda cosa, que puede enredar o trabar tu afecto y de toda cosa absoluta y criatura conocida sin Dios, con gran ligereza serás llevado en alto a sentir el rayo de las divinas tinieblas. Y avísote, que ninguno de los que presumen de sabios y son hechos indoctos, oigan ni sepan esta doctrina etc. (1). Pues nota que en las palabras ya dichas, S. Dionisio pone tres cosas de esta sabiduría. Lo primero, pone qué cosa es, cuando la llama conocimiento divinísimo o mística visión. Lo segundo pone la manera de los levantamientos anagógicos, cuando dice que han de ser por ignorancia o dejados los sentidos, etc. Lo tercero, pone el fin para que es, cuando dice que se junta a los rayos sobrerresplandecientes de Dios o a la unión de aquel que es sobre toda sustancia.

CAPITULO IV

QUÉ COSA ES CONOCIMIENTO DIVINISIMO O MISTICA VISION

Declarando lo primero es de saber, que San Dionisio en toda su doctrina llama conocimiento divinísimo aquel que el entendimiento no alcanza por su propia operación o trabajo, sino al que conoce y alcanza por medio e interposición de la unión del amor, el cual es fruto de la voluntad, cuando por la unión del amor la voluntad está tan junta con su Dios, que de la luz, que es ese mismo Dios,

---

1 MG. 3, 998.

viene en el entendimiento: la cual cercanía le causa a la voluntad conocimiento y lumbre muy más alta y cierta que todo lo que el mismo entendimiento pudiera por sí solo alcanzar, llevándole a esta cercanía la luz que la voluntad tiene por la unión, y por eso es llamado conocimiento divinísimo, que es decir muy alto.

CAPITULO V

QUE COSA ES MOVIMIENTO ANAGOGICO Y COMO SE HA DE HACER.

Movimiento anagógico, que es acto, subida, consurrección o levantamiento del alma, y se alcanza por ignorancia, no es otra cosa sino un movimiento del ánima con que sube a su Dios, obrado en ella de solo Dios y por sí solo, y esto cuando es muy perfecto o de Dios, ayudándose de la misma alma, cuando no es tan perfecto. El cual movimiento se causa de sola la fuerza del amor ardentísimo, sin que haya medio alguno ni operación de otra potencia en el ánima del cual se cause, y sin que preceda figura, espejo o semejanza de alguna figura que ayude al tal levantamiento, ni tampoco que preceda algún pensamiento o meditación que le encienda, ni tampoco que le acompañe, aunque sea del mismo Dios, mas de tal manera el solo afecto toque a su Dios, que en el tal ejercicio no tenga compañía ni cabida alguna el conocimiento especulativo; y para disposición de tal ejercicio y acto y toque de amor, basta solo el acordarse que hay Dios en el cual están todas las perfecciones amontonadas; y luego sin más acto del entendimiento, como llama que sube o centella que salta, se mueve el afecto por juego de amor, y tras él se sigue el alto conocimiento del entendimiento, que se llama divinísimo, más o menos alto, según que más o menos ayunta y junta el ardor del afecto nuestra ánima con Dios, que es fuente de luz perdurable.

Y esto que ahora decimos que hace el entendimiento es de notar mucho, porque no parezca imposible, como parece a algunos menos experimentados que letrados, los cuales por un dicho del glorioso San Agustín que han leído, que dice que las cosas que aborrecíamos, bien las podemos amar si por ventura en otra manera las conocimos, mas si son cosas que nunca por vía alguna conocimos, estas tales no será posible que las amemos; y así les parece ser cosa imposible que la voluntad pueda obrar acto ninguno de amor sin que el entendimiento preceda o le acompañe: a los cuales por lo dicho está respondido, que el conocimiento que dicen que es necesario que preceda, sin el cual está claro que no podría la voluntad amar, es el que puede haber precedido mucho tiempo antes, y lo que generalmente la fe nos alumbra, que hay un Dios en el cual están todas las perfecciones amontonadas, y al acto del amor sobredicho decíamos precede inmediatamente una memoria de que hay Dios, y esta es muy bastante para que se siga el acto del amor, sin otra meditación ni acto del entendimiento que preceda ni acompañe, cuánto más que de la luz que quedó en el entendimiento causada de los

actos del amor precedentes, queda la voluntad tan preñada y encendida para los movimientos siguientes, que casi antes que el entendimiento obre el acordarse, así como centella que súbitamente salta casi sin que la muevan, salta la voluntad a los movimientos del amor, movida casi súbito de la virtud que en sí siente; y de esta manera no negamos el oficio y operación del entendimiento, porque el entendimiento del que esto experimenta, muy bien conoce lo que el afecto siente; mas esto es después del acto del amor por el cual fué alumbrado y no antes.

CAPITULO VI

DEL FIN PARA QUE SON LOS MOVIMIENTOS ANAGOGICOS.

Dice también San Dionisio que los movimientos anagógicos han de ser para la unión del amor de aquel que es sobre toda sustancia, que es Dios, en lo cual nos quiere dar a entender que todo el fin de estos ejercicios no ha de ser nuestro interés deseando por ellos cosa que a nosotros sea útil, como fin último, ahora sea temporal, ahora sea espiritual, como grandes virtudes, etc., mas todo nuestro intento ha de ser, juntarnos con Dios con amor verdadero deseosos de sola su gloria, y este fin de desear sola la gloria de Dios no es solamente en estos movimientos anagógicos, sino también le hemos de llevar en todas las cosas que quisiéremos y obráremos. Y porque esto está ya declarado cuando tratamos de la castísima afición que habemos de tener con Dios en el sexto de los avisos arriba dichos, no hago aquí más de remitirme a ello. Haciéndote saber que la suma perfección de esta sabiduría en esto solo consiste; en que la potencia y virtud de nuestra ánima, que se dice afectiva, levantada en lo supremo y apartada toda operación intelectual, no desee otra cosa sino verse unida con Dios, y esto por solo Dios, que en ello es glorificado. Y porque esto es difícil, dice que lo hagas como pudieres, hasta que quitados por la virtud divina los impedimentos ya dichos, puedas con el Profeta decir: Rompiste, Señor, mis ataduras, por tanto sacrificaré sacrificio de alabanza. Pues aquel es verdadero amador, que endereza su amor sin algún medio en solo Dios, que soberana y altísimamente merece ser amado, y esto por solo él sin respeto de otro interés temporal o espiritual. Pues si quieres ser amado, ama, porque los más amados de Dios son los que más le aman. Y porque al que ama, toda tardanza, aunque pequeña, le parece larga, pues que el amor ninguna otra cosa quiere más que amar, levántate, levántate, oh ánima mía, a la unión de tu amado y no te quieras más tardar.

CAPITULO VII

DE LA PRACTICA O EJERCICIO DE ESTA VIA UNITIVA.

Esta práctica no es otra cosa sino una dilatación o extensión del ánimo en Dios, un camino derecho del ánimo a Dios, una libertad de los movimientos del ánimo y un levantarse libremente por ellos mismos a Dios; y esto con movimientos muy ligeros, con deseos sedientos, con suspiros insaciables, con operaciones unitivas, con afectos inflamados. Levantada, pues, la cara del cuerpo y del ánima en aquella original bondad de la Santísima Trinidad, un Dios que nunca cae de su natural grandeza, y en la santísima humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, di así, no solamente con la lengua de carne, mas también con aficiones y deseos porque no le podemos responder mejor que por amor.

Ameos yo y perezca por Vos yo, codícieos yo, deséeos yo, haya sed de Vos yo, haya hambre de Vos yo, gústeos yo, beba y cómaos yo, ¡oh dulcedumbre de amor! ¡Oh amor de dulcedumbre!, cómate mi ánima, y del licor de tu amor se hinchan mis entrañas, porque mi corazón saque a fuera y diga palabra buena. ¡Oh caridad, Dios mío, miel, dulce leche muy suave, manjar deleitable, hazme creer en ti porque con sano paladar puedas ser comido de mi! ¡Oh dulzor y suavidad de mi voluntad, amor mío y deseo de mi corazón! ¿por qué no soy yo del todo encendido, todo embriagado, todo abrasado del fuego de vuestro amor? ¿Por qué yo no soy todo y del todo transformado en Vos por amor, de tal manera que en mí ya no haya otra cosa sino amor? ¡Oh divino fuego! ¡Oh ardor, incendio e inflamación de mi pecho! ¿por qué no soy todo convertido en tu amor?, ¿por qué hay otra cosa en mí sino amor?; ¿por qué no soy todo enlazado y cautivo de amor? Enciéndase en mi corazón tu caridad, arda en mi ánima tu dilección, inflámese y enciéndase en mi ánima tu amor. ¡Oh, alegría y placer!, ¡oh gozo y consuelo mío! ¡Oh júbilo y risa mía!, ensánchame en tu amor, porque aprenda en todas mis cosas interiores a gustar cuán suave cosa sea amar y derretirse y nadar en tu amor; sea yo preso de amor, sea yo tocado de amor, siga yo a ti mi amado a lo alto, cante yo a ti canción de amor, desfallezca mi ánima en tu alabanza haciendo júbilos de amor. ¡Oh bondad de mi amado!, ¡oh esencia que abundantemente amas!, ¡oh amor bueno, que amas perfecta y perfectísimamente!, ¡oh amor no criado! ¡Oh caridad divina!, ¡oh dilección entrañable!, ¡oh dilección viscerosa!, ¡oh dilección afectuosa y dadora de vida!, ¡oh todo amable!, ¡oh, todo deseable!, ¡oh carísimo Padre!, ¡oh carísimo Hijo!, ¡oh carísimo Espíritu Santo!, ¿cuándo en lo más íntimo de mi ánima y de todas las mentes, Vos, Padre amantísimo y Esposo de ellas, seréis lo más íntimo y del todo las poseeréis? ¡Oh luz beatísima!, hinche lo más íntimo del corazón de tus fieles, y enciende en ellos el fuego de amor. ¡A, a, a, Señor Dios mío!, ¿qué soy yo para ti o qué tú para mí? ¡Ay, Dios mío! ¿mas que no eres tú

a mí? ¡oh!, ¿cuándo?, ¡oh!, ¿si será?, ¡ay de mí!, ¿por ventura lo veré? ¡Oh, qué gran tardanza y llorosa dilación de estas tan grandes cosas! grandes son sin duda las maravillas de esta inmediatísima y tan deseada unión de todas las mentes humanas con Vos, con copula que no se pueda desatar de ardentísimo amor, de amplísima caridad, de ferventísima dilección! ¿Qué es esto, Señor, Dios mío, amor mío, santo mío, Vos todo mío, y yo todo vuestro? Ámete yo, Dios mío y Señor mío, sobre todas las cosas y más que a mí, y no ame a mí sino por ti y a todos en ti los que verdaderamente aman, y a los prójimos por ti, como lo manda la ley de tu amor. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los Profetas. Y pues así es, ámete yo de toda mi ánima, ámete yo de toda mi memoria, ámete yo de toda mi virtud y fuerzas, con amor estrechísimo, con amor ferventísimo y soberano y en manera a todos no conocida. No descansaré sin duda, oh beatísima divinidad, y un solo Dios amantísimo; y certísimamente no reposaré, hasta que con ardentísimo amor yo os ame, y tal, que desfallezca en mí, y por amor esté dentro de Vos; y goce de Vos, goce de Vos, goce de Vos, ¡oh Beatísima Trinidad!, un Dios, goce de Vos.

Con estas cosas y otras semejantes, gorjeando el ánima entre los dulces coloquios de su amantísimo Padre y Esposo, podrá ser aficionada y movida en Dios, cien mil veces de día y de noche, de dentro y de fuera; y es cierto que tantas cuantas veces el ánima se mueve en Dios de esta manera, tantas veces merece vida eterna; no hay cosa a nosotros más saludable, no hay cosa en nosotros más agradable a Dios, no hay cosa más perfecta en la parte de María, que es ejercitarse en fervor de deseos amorosos extendidos en el divino rayo, deleitándose siempre en la entrañable habla de Dios, porque no hay quien más ahina sea oído del Esposo que el ferviente deseo del corazón, porque no el clamor mas el amor suena en los oídos de Dios. Por esta sabiduría anagógica se purgan los pecados con purgación de fuego, según aquello del Evangelio que dice: Perdonados le son muchos pecados porque amó mucho (1). Por esta se vencen las gravísimas tentaciones, según aquello de Salomón: Fuerte es el amor como la muerte (2), y según aquello de San Pablo: ¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? (3). Por esta se alcanzan todas las virtudes casi sin trabajo, según aquello de la Sabiduría: Viniéronme todos los bienes juntamente con ella (4). ¿Pues qué más quieres tú, miserable, que tener amistad, familiaridad y privanza con nuestro Señor Dios?, porque sus deleites son estar con los hijos de los hombres (5). Porque ¿qué tengo yo en el cielo y qué otra cosa quise sobre la tierra sino a ti? mi amado a mi alma (6), mi amado para mí y yo para mi amado (7). Buena cosa es para mí estar llegado a mi Dios (8). Cosa es más preciosa que todas las riquezas; y todo cuanto es deseado no se pue-

1 Luc., VII, 47.
2 Cant., VIII, 6.
3 Ad Rom., VIII, 35.
4 Sap., VII, 11.
5 Prov., VIII, 31.
6 Ps. LXXII, 25.
7 Cant., II, 16.
8 Ps. LXXII, 26.

de comparar a esto, porque es un infinito tesoro para los hombres, que fueron hechos participantes de la amistad de Dios los que usaron de él (1).

CAPITULO VIII

DE LOS PROVECHOS QUE POR LOS EJERCICIOS YA DICHOS CONSIGUE EL ALMA

Resta ahora lo último, que es ver los provechos y alteza de perfección que por los ejercicios ya dichos nuestra ánima alcanza, los cuales son muchos y grandes. Y comenzando de los menores; el primero es perfecta y altísima purgación y limpieza de los pecados pasados y preservación de los que por flaqueza humana cada día cometemos. Porque así como en las cosas corporales hay dos maneras de purgar; la una por agua, como cuando se lava una olla sucia; la otra por fuego, como cuando se mete en un horno; y cuando se lava con agua, por mucho que se friegue siempre le queda alguna inmundicia y no puede tornar a la limpieza que tenía cuando era nueva; mas cuando sale del horno, vemos que sale como cuando estaba nueva, así es que el ánima se purifica por agua en los ejercicios de la vía purgativa, llorando sus pecados, en los cuales apenas puede ser con perfección purificada, mas cuando llega a los movimientos anagógicos de amor, es como quien la mete en un horno, en el cual el orín de sus pecados se purifica del todo y sale como oro acendrado del crisol del platero.

Lo segundo, por la continuación de estos movimientos y actos de amor queda el ánima purificada de las malas inclinaciones de la carne; porque como con la fuerza de ellos esté el ánima detenida y ocupada en las cosas interiores y ayuntada a su Dios, enfrénanse los sentidos de fuera, poniendo el ánima en olvido lo que a los sentidos pertenece, por el cuidado que tiene de lo que dentro de sí busca y por el fuego espiritual que siente, se consume y gasta asimismo la fuerza de la corrupción viciosa de la carne y apetitos; y por el gran deleite y alegría que dentro de sí siente, sin pena ni trabajo, se aparta de los deleites de fuera, sintiendo y hallando dentro de sí cumplida alegría en tanta manera que aun la misma carne no murmura, antes lo tiene por bueno.

Lo tercero, por la continuación de estos movimientos se vencen las tentaciones y se alcanzan las virtudes; lo cual todo se hace junto, porque no se puede resistir al vicio sino engendrando en el alma virtud contraria; y esto se hace por una excelente y perfectísima y facilísima manera; por lo cual te digo que la notes mucho y en gran manera y pongas por obra, porque en mis ojos y a mi parecer es muy notable. Y para que mejor lo entiendas, nota que dos maneras hay de resistir a los vicios y por consiguiente de adquirir las virtudes. La una es más común, pero a mi juicio más difícil y menos perfecta, y es, cuando

---

1 Sap., VII, 14.

yo quiero resistir algún vicio por los actos de la virtud contraria a aquel vicio, como si tal vicio de la impaciencia que se levantó por algún daño recibido, yo resisto con actos de paciencia y algunas buenas consideraciones, así como de la pasión del Señor o de los bienes del sufrimiento, o pensando que Dios mandó que sufriésemos, etc., por las cuales me muevo a sufrir y aceptar la dicha injuria o daño a honra de Dios con que se engendra la virtud de la paciencia y destruye la impaciencia. Esta es buena, aunque, como tengo dicho, más dificultosa y menos perfecta.

Hay otra manera de vencer vicios y adquirir virtudes, muy más fácil y perfecta, la cual es cuando el ánima por solos los actos de amor de Dios y movimientos anagógicos, sin otros ejercicios ni actos de otra virtud, resiste y destruye las tentaciones de nuestro adversario y alcanza las virtudes en perfectísimo grado, lo cual se verá ser posible en esta manera. Luego que sintieres el primer movimiento, pensamiento o deseo de algún vicio, pongamos por caso de impaciencia por la injuria que te han hecho o de lujuria contra la castidad, no tienes necesidad de resistirle con acto de la virtud propia contraria, como con actos de paciencia y castidad, mas luego que le sientes, acude con un acto y movimiento de amor anagógico levantando tu afecto a la unión de Dios, porque con el tal levantamiento, como el ánima se ausenta de allí y se presenta a su Dios, queda el movimiento y tentación del vicio defraudada de su intención y no halla a quien herir, porque el ánima le hurtó el cuerpo y ya no está allá donde la tentación la quería herir; y como olvidada del acto y deseo malo y vicioso y ayuntada a su amado, ningún movimiento siente del vicio de que era tentada; lo uno porque, como dicho es, hurtó el cuerpo y no está allí, y lo otro porque hallándose presente a su amado, se desdeña de atender a los pensamientos viciosos y de acordarse de ellos, porque le parece cosa muy contra razón dejar la presencia de su Dios y entender en cómo se resistan ni no resistan los vicios. Y de este no entender en ellos ni hacer caso de ellos, quedan ellos del todo destruídos y se engendra en el ánima una virtud heroica que se llama virtud de ánima perfectamente purgada; la cual viene cuando llega a tal estado, que no siente los movimientos de los vicios por la alteza de la virtud que en ella mora; y de allí viene a que no se le da nada más que la injurien o que la alaben, ni que la ensalcen o que la humillen, ni que digan de ella mal ni bien porque estos movimientos anagógicos elevan el ánima a un altísimo estado; y como el más propio efecto de ellos sea hacerla olvidar de todas las cosas que son fuera de su amado o no hacen al propósito para juntarla con él, todo lo demás le parece impertinente y aun dañoso, y que es digna de mucho castigo apartándose de su amado, por solo un momento que se acuerde de los vicios.

El ejemplo está muy claro en la tentación ya dicha de la impaciencia o lujuria, a la cual el perfecto resistir no es por acto de castidad, mas por acto de caridad levantada el ánima al amor y unión divina en la manera ya dicha; por el cual acto ausentándose el ánima de allí y ajuntándose a Dios, no halla la tentación a quien herir, porque no puede subir a donde el ánima se subió; y así quedan con

altísima manera las tentaciones vencidas y el ánima sin soberbia por el vencimiento; porque como para resistir no hace más de lo que solía, ni se hace más fuerza de nuevo, no le parece que tiene cosa nueva de que pueda ensoberbecerse, antes de que humillarse, viendo en sí nuevo movimiento vicioso y no nuevo acto virtuoso. Aquí, empero, quiero avisar a los nuevos cuyos actos anagógicos no son tan ligeros y fáciles de hacer, ni tan fervorosos que puedan con su salto ausentar de allí de todo punto el ánima y unirla a su Esposo, que si vieren que por el tal movimiento anagógico y acto de amor de Dios, no se olvidan del todo del movimiento vicioso de la tentación, no dejen de aprovecharse para su resistencia de todas las armas y consideraciones que pudieren hasta que del todo la venzan. Y su manera de vencer sea esta; que primero resistan con los más fervorosos actos y movimientos anagógicos que pudieren y los hagan las más veces que pudieren; mas cuando con ellos no bastaren, porque la tentación es fuerte y ellos flacos, aprovéchense de todas las otras armas de buenas meditaciones y ejercicios que para la resistencia vieren ser necesarias.

Este modo de resistir cuánto sea cierto y excelente, podráslo ver en este ejemplo. Cierto es que cuando te tiran una saeta, tú puedes resistirla y defenderte de ella por una de dos maneras; o poniendo delante un buen escudo en que recibir el golpe o antes que llegue la saeta hurtarle el cuerpo. Y hay esta diferencia en estas dos maneras, que quien quiere resistir con escudo, si el escudo es flaco y la saeta va recia, cierto es que pasará el escudo y le herirá, aunque no tanto como si le diera en descubierto; y si el escudo es bueno, defenderle ha que no sea herido, mas por muy bueno que sea, no podrá hacer que no se sienta el golpe, y aun a las veces haga dolor el brazo que tiene el escudo. Mas el que se defiende por el hurtar el cuerpo saltando hacia otra parte, si el salto fuere perezoso de manera que la saeta llegue antes que él haya del todo hurtado el cuerpo, cierto es que le herirá donde él alcanzare, aunque no tan peligrosamente como estándose quedo, si le tomara de lleno en lleno el corazón; mas si el salto es ligero, de manera que cuando llega la saeta ya él no está allí, no solamente no le herirá, mas aun no sentirá poco ni mucho el golpe; y si por ventura allí donde saltó hallase una deleitable comida que todo se embebiese en ella, cierto es que no solamente no sentiría el golpe, mas embebido en la comida, no se acordará si le tiraron o no ni aun de quien le tiró; y si se acordase, será para darle mil bendiciones, porque por su saeta le dió ocasión de saltar en lugar donde tan buen convite halló, lo cual por ventura no hiciera si no viera venir la saeta. De esta misma manera, quien a las tentaciones resiste por actos de la virtud contraria al vicio de que es tentado, conviene saber, por buenas meditaciones y actos de voluntad de que nace aquella virtud, es como quien resiste con escudo, las cuales si fueren de tan poca fuerza y no bastantes a vencer la tentación, será herido aunque no tanto; y si las meditaciones fueren fuertes y grandes, defenderle han, mas no tanto que no siente el trabajo del golpe. Mas el que se quiere defender hurtando el cuerpo por los movimientos anagógicos, si el salto fuere perezoso y no bastare a le apartar de allí, cierto es que le podrá herir; y por tanto le aconsejamos al tal, que junto

con saltar se aproveche del escudo de buenas consideraciones; porque con desviar un poco el cuerpo y aprovecharse del escudo, como quien lo toma en soslayo, aunque no sea tan fuerte, le podrá defender; y esto haga hasta que sepa por mucho ejercicio saltar ligeramente.

El que ya sabe y está diestro en los tales movimientos anagógicos y se aprovecha de ellos para su defensa, no solamente no es herido mas ni aun siente el golpe; y lo que más es siente tanta dulzura en la unión de su Dios de que por aquel salto goza, que en gran manera ama a quien le tiró y piensa que le debe gracias antes que odio, pues le fué ocasión de tanto bien; el cual por ventura no obrara si no fuera por defenderse del daño que le quería hacer. Y este es el altísimo y facilísimo modo de vencer más que el primero. Alcánzanse asimismo lo cuarto por estos movimientos anagógicos en perfectísima manera todas las virtudes, porque, según sentencia del Apóstol, la caridad es muy paciente, es muy benigna, es muy humilde, cree todo lo que ha de creer y tiene esperanza, etc. (1), y por consiguiente todas las virtudes tiene virtualmente encerradas en sí. Pues así como ella tiene virtualmente a todas las otras virtudes, así los actos que engendran la caridad virtualmente engendran todas las otras virtudes. Pues como estos actos de amor de Dios y movimientos anagógicos ya dichos, sean propios actos de donde nace la caridad, síguese que por ellos se engendran virtualmente la caridad y todas las virtudes. Y cuanto sean engendradores y aumentadores de la caridad los movimientos ya dichos, parece por las palabras de S. Dionisio (2) que en la principal autoridad dicen que librado ya el afecto de lo que le puede enredar, y el entendimiento de toda cosa absoluta, que le puede ensuciar, como ya se declaró, el ánima por estos movimientos continuos en tanta manera es levantada y con tanta facilidad a su Dios ayuntada por amor, que no solamente cuando quiere lo puede hacer, mas sube a tanta perfección, que muchas veces cuando no mira, es por Dios llevada casi sin que ella obre nada y por eso dice: serás levantado. Porque aunque a los principios cuando comienza el ánima a obrar los movimientos, juntamente los obre ella con su virtud natural y la gracia que viene de arriba que la ayuda, mas después que por la gran continuación de ellos ya se alcanza la perfección, es tanta la gracia de amor que de arriba sobreviene, que mucho más operación hace en los dichos movimientos la gracia y favor recibida, que la virtud natural del ánima que se esfuerza a subir arriba.

Pues si tanta perfección alcanza la caridad por estos continuados movimientos ¿cuánta pensamos que será la de las otras virtudes, pues, como dijo el Apóstol, ella las contiene en sí, de ella reciben toda su perfección? cierto es que será tanta la de las otras, como fué la de la caridad, pues no tienen más de la que ella les diere.

La fe se certifica en tanta manera por la grande experiencia que de las cosas de ella siente el ánima, que parece que no le queda sino ver con los ojos; y aun es mayor su certidumbre que la que tiene el ojo corporal cuando ve una cosa tan grande como un buey delante

---

1 I ad Cor., XIII, 4.

2 MG. 3, 998-999.

de sí, según arriba se dijo. La esperanza se asegura por el gran amor que a su Dios tiene y con la gran certidumbre y experiencia de su bondad, que con el Apóstol está cierta, que ni muerte ni vida ni ángeles ni hombres ni lo presente ni lo futuro ni otra criatura es poderosa de la apartar del amor de Dios que en sí siente (1). Asimismo la oración con tanta atención y eficacia es ofrecida, como si realmente estuviese ante Dios y le viese cara a cara, cuanto en esta vida es posible; y así es de todas las otras virtudes. De manera, que se cumpla de verdad lo que de la Sabiduría se dice que vienen con ella todos los bienes y virtudes (2). Y que este modo así de resistir vicios como de alcanzar virtudes sea más perfecto, parece por esto; porque se obra por los actos de la virtud más perfecta que es la caridad, sin la cual todo es nada y con la cual lo nada es mucho. Es asimismo este modo más fácil de obrar; porque cierto es que más fácilmente obra el ánima el ejercicio en que siempre se ocupa sin interponer ni obrar otra cosa, que cuando se derrama en muchos y diversos. Y en esto, a mi parecer, padecen engaño algunos que piensan que para alcanzar cada una de las virtudes, es necesario alcanzarla por los actos propios de cada una de ellas, como en la verdad por solos los actos de la caridad virtualmente se alcancen todas en una manera más perfecta o más fácil, como está dicho.

Y el que dejándose de ejercitar en los actos que engendran la caridad, se ocupa en los que engendran las otras virtudes, padece dos yerros. El uno, que pudiéndose ocupar en acto de mayor perfección, se ocupa en el de menor, aunque el de la menor sea bueno. Y el otro, porque atendiendo a muchas partes, no puede tanto acudir a cada una de ellas, como si en sola una se ocupase, como ya es dicho. Y por los movimientos anagógicos no solamente se alcanza, como dicho es, la unión altísima de Dios por amor, mas también en tanta manera es levantado el entendimiento a la lumbre de conocimiento altísimo y verdadero, que todo lo que por humano ejercicio se puede conocer, es niebla y oscuridad en respecto de esto. Porque, según la sentencia de San Dionisio, aquella es la más alta, cierta y verdadera lumbre y conocimiento de las cosas divinas que viene en el entendimiento por medio de la unión afectiva y del anagógico movimiento. Y así, como muchas veces está dicho, lo primero es tocada del fuego del amor la alteza del afecto, en el cual tocamiento por la gran disposición que tiene estando libre de toda otra afección y desocupado de toda compañía del entendimiento que le querría estorbar, es unida con su amado, y luego de aquella unión por la gran propincuidad que con la luz divina, que mediante la voluntad el entendimiento alcanza, cáusase en él la sobredicha lumbre de altísimo conocimiento, con la cual luz muy claro conoce todo aquello que el afecto experimenta, y se le abre el ingenio para entender otros secretos grandes y escudriñar con discreción maravillas muy escondidas y soberanas, y creciendo los sobredichos movimientos, y por consiguiente la pureza del ánima, después que por muchos tiempos y años se ejercita, acontece, por la misericordia di-

1 Rom., VIII, 38. 2 Sap., VII, 11.

vina, que en tanta manera es levantado el afecto, que casi sale el ánima fuera del cuerpo por la fuerza y alteza de su levantamiento; en el cual le es comunicada en arrebatado aceleramiento de la manera que es posible llegar en esta vida a lo más cerca de la visión de la esencia divina, y es levantado el entendimiento a ver el rayo de las tinieblas divinas, esto es de la incomprensible luz, la cual por ser incomprensible, es llamada tiniebla, conviene a saber, en respecto de nosotros, que verla ni comprenderla no podemos, según aquello que San Dionisio dice, escribiendo a Timoteo: La divina escuridad es una luz inaccesible, la cual por ser tan excesiva es a nos invisible (1).

Y ya porque esta alteza de estos postreros levantamientos no puede ser habida sino por sola la influencia misericordiosa de Dios, dice San Dionisio en la autoridad susodicha, que se haga como es posible. Por lo cual, asimismo dice en el primer capítulo de los libros de los nombres divinos estas palabras: La sobresubstancial ciencia de la no conocida sobresubstancialidad, es necesario, que al mismo Dios, como a causa, se atribuya; el cual tanto comunica los rayos resplandecientes del conocimiento de sí mismo al ánima que trabaja por levantarse a las cosas celestiales, cuanto en la misma ánima el mismo Dios fuere conocido y unido por los rayos de las hablas afectivas que entre Dios y la tal ánima en los actos y movimientos del amor son experimentadas (2). Lo cual las palabras declaradas en suma, no quieren decir otra cosa, sino que solo Dios es el que enseña la doctrina de esta sabiduría, que se alcanza por ignorancia en la manera que es dicha; y tanto comunica al entendimiento de la luz del conocimiento de sí mismo, cuanto primero comunica de amor unitivo al afecto. Y nota que primero dice San Dionisio que nos levantemos y después dice que seremos llevados (3), porque en los levantamientos primeros de esta unitiva sabiduría obra la fuerza natural y también la gracia; más en esta suprema operación en la cual se comunica la visión divina, cuando el ánima es arrebatada y algunas veces enajenada, sin saber si está en el cuerpo o no cuando el rapto es verdadero, no llega la virtud natural a poderle causar, que sola la virtud y pureza sobrenatural es la que obra, y allí es levantada sin medio alguno, y la parte intelectiva y la afectiva en ellas mas propiamente son dichas recibir que obrar por sí mismas, porque no hacen más de disponerse para recibir el amor y conocimiento que Dios les comunica.

Pues por ser estas cosas tan grandes, concluye San Dionisio en loor de esta sabiduría y dice, queriéndola alabar, que es irracional, lo cual dice, porque ni la razón la alcanza a comprender ni de la razón se aprovecha para la experimentar, pues que es sobre toda razón. Asimismo la llama amente, que quiere decir sin mente o entendimiento; porque cuanto puede le quita y corta de sus ejercicios. Es también ignorante y boba, porque su proceso parece como de hombre abobado, que así llamamos al que está de su entendimiento enajenado y transportado. Pues alabándola, dice, a esta sabiamente ignorante y boba sabiduría (4), decimos con toda confianza que ella es causa de toda razón,

---

1 MG. 3, 1074. 2 MG. 3, 587. 3 MG. 3, 998-999. 4 MG. 3, 867.

entendimiento, prudencia y sabiduría; de ella procede todo sano consejo. todo verdadero y alto conocimiento y prudencia, y brevemente, en ella son encerrados todos los tesoros de sabiduría y ciencia. Y porque el modo de proceder de esta sabiduría va fuera del que comúnmente los letrados enseñan en las escuelas, les parece a algunos esta no ser cosa inteligible; mas a la verdad su modo de proceder y orden es sapientísimo, pues que la fuerza del amor es la que más cierto y más derechamente lleva el ánima a su Dios, como al fuego le lleva su ligereza a su esfera; lo cual sola la experiencia con toda claridad certifica. Porque si uno ninguna cosa supiese pensar de Dios, mas solamente dijese muchas veces afectuosamente levantando cuanto pudiese el afecto: ¡Oh Señor! ¿cuándo te amaré?, ¿cuándo me juntaré contigo? o otras semejantes palabras afectivas; yo te certifico que muy más presto se hallaría inflamado, que si muy profundamente se pusiese a pensar los celestiales secretos.

Y porque la doctrina de San Dionisio puede parecer a los no experimentados dificilísima como a los experimentados sea certísima, porque miradas las potencias que tenemos para ajuntarnos a Dios y gozar de él, es mucho más lo que de él podemos amar con la voluntad que lo que de él podemos entender con el entendimiento; y amándole, nos aprovechamos y merecemos más y trabajamos menos, y nuestros servicios son a él más aceptos, y con todo esto, nosotros, como desatinados, queremos más con demasiado trabajo de estudio andarle siempre buscando por conocimiento, con el cual nunca le podemos hallar tanto como conviene emplearnos en aquel; que si no le amamos en esta vida por nuestro mal lo hallaremos en la otra. Finalmente, en el fin de la sobredicha autoridad, nos amonesta con mucha instancia que la doctrina de esta sabiduría no la manifestemos a los sabios hinchados de este mundo, si quitada la hinchazón de su soberbia no quisieren humillarse a los ejercicios de la vía purgativa; y por eso dice: Mira que ninguno de los indoctos sabios de este mundo oiga estas cosas. Y lo mismo amonesta en el fin del libro de los Nombres de Dios, diciendo: Comuniquemos las cosas santas a los santos (1), según el mandamiento de Dios y quitémoslas de los ojos de los indoctos, que por no las alcanzar las escarnecerán y huirán de oirlas; y en esto a ellos mismos haremos mucho provecho, estorbando que por su soberbia no impugnen a Dios y merezcan más pena, porque midiendo con su ciego saber lo que de Dios está escrito y queriendo penetrarlo todo con su propio ingenio y comprender lo que, resistiéndolos Dios, no pueden alcanzar, y quedándose de fuera, piensan ser falta de la luz lo que es falta suya, y escarnecen lo que no alcanzan, y por consiguiente a Dios que lo comunica a quien quiere; los cuales, si con el estudio que pusieron en adquirir las ciencias, quisiesen amar a Dios y hacer los actos y ejercicios ya puestos, verían cuán presto se hallarían perfectos en el amor divino, que se vieron medianamente sabios en algunas de las ciencias que estudiaron; que a un carpintero diestro en su oficio, después de ya experto dice ser verdad lo que primero contradecía sin saber qué era.

1 MG. 3, 983.

ITINERARIO

DE LOS CAMINOS DE LA PERFECCIÓN

En que se ponen las tres vías, Purgativa, Iluminativa y Unitiva y se declara la Mística Teología de San Buenaventura, ordenada por el Padre Maestro Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, de la Orden de Ntra. Señora del Carmen.

PROLOGO

Vias tuas Domine demonstra mihi, et semitas tuas edoce me (1), decía el real profeta David pidiendo a Nuestro Señor le enseñase los caminos y sendas para el cielo y para la perfección; y pues somos peregrinos mientras en este mortal cuerpo estamos, y nuestro camino es al mismo paradero que deseaba David, no será sin fruto la doctrina que de esto se escribiere. Que aunque sea fácil esta divina teología para los ejercitados en ella, es dificultosa para los que no la experimentan, como refiere San Dionisio (2) que decía San Bartolomeo de la teología de la oración. Divinamente la escribió el glorioso San Buenaventura, pero porque tiene algunos vocablos oscuros y dificultosos de entender, me pareció convenía hacer este breve discurso, en el cual pretendo, demás de declarar la doctrina de este Santo, apuntar con la mayor claridad, brevedad y resolución que pudiere los caminos y sendas principales que el alma ha de buscar para ir bien encaminada, y los estorbos y estropiezos que la impiden para no ir adelante. No trataré a la larga y de propósito de estos puntos, porque tengo escrito de ellos en otros libros, y porque sólo pretendo enseñar el modo de tratar con Dios y poner una suma breve de toda la perfección.

---

1 Ps. XXIV, 4. 2 MG. 3, 999.

CAPITULO PRIMERO

EN QUE SE TRATA DE LA TEOLOGIA MISTICA: QUE SEA, QUE SIGNIFICA ESTE NOMBRE, Y CUANTAS MANERAS HAY DE MISTICA TEOLOGIA.

Teología, nombre griego, se dice de Theos, que quiere decir Dios, y logos, que es lo mismo que palabra, razonamiento, ciencia o razón. Y llámanse razón los pensamientos y deseos del libre albedrío, cuando van reglados con la voluntad de Dios; que eso es vivir conforme a razón. Mística, es lo mismo que misteriosa, alta y excelente, secreta o escondida; y así mística teología quiere decir ciencia de Dios misteriosa y secreta. Es nombre usado de San Buenaventura y de todos los doctores eclesiásticos y sagrados y de San Dionisio Areopagita que escribió de ella un libro. Tres maneras hay de mística teología, o en tres significaciones se toma este nombre.

Qué significa este nombre Teología Mística, y qué sea.

La primera, el conocimiento y todo lo que trata un alma con Dios, desde que sale de pecado mortal hasta que llega a la cumbre de la perfección para la cual camina, así los discursos de oración como los actos de virtudes y todos los buenos pensamientos y buenos deseos.

Tres significaciones de mística teología.

La segunda, el conocimiento de Dios que se alcanza por las criaturas, cuando quitando las imperfecciones y faltas que en ellas conocemos, venimos en una noticia secreta y oscura de quién es el Criador. Conocemos ser falta en el hombre ser mortal, en el cielo ser finito, etc. y llamamos a Dios inmortal, infinito, etc. Y llámase teología mística a diferencia de otra que se llama simbólica; en la cual conocemos al Criador por los bienes y perfecciones que vemos en la criatura, atribuyéndolos a Dios en perfectísimo grado. Conocemos que un rey es poderoso en algunas cosas, llamamos a Dios poderoso en todas, diciéndole omnipotente. Difieren estas dos teologías, mística y simbólica, en lo que se diferencia la escultura y pintura; que en la escultura se forma la imagen de bulto, quitando y desbastando rajas y partes del madero, la pintura hace la imagen añadiendo colores sobre la tabla que se pinta.

Teología mística, y simbólica en qué difieren.

La tercera significación de teología mística es un soberano conocimiento de Dios que viene al alma unida y nace y se deriva del amor; y es como un resplandor de la divina luz que resulta de la caridad. Llámala San Dionisio divinísima y altísima cumbre (1). Porque así como un espejo cuando está cerca del sol forma dentro de sí la imagen del sol, y de aquella imagen así formada y entrañada en el espejo resultan en él ciertos rayos y resplandor de luz, con que el mismo espejo no sólo se ve sino que alumbra otros lugares oscuros, así el alma, que es como un espejo, cuando se ha limpiado muy bien por la vía purgativa y llegado al sol divino por la vía iluminativa, y recibe en sí misma la figura de Cristo por la unitiva; de esta unión le viene aquel

---

1 MG. 3, 998.

divino resplandor que se llama teología mística. Pues cuando aquí decimos que en la teología mística hay tres vías, tomámosla en la primera significación, repartiendo todo el trato del alma con Dios en tres vías, o tomamos este nombre en la tercera significación, poniendo tres vías o caminos por donde camina el alma para llegar a este resplandor y cumbre de perfección.

CAPITULO II

DE LAS TRES VIAS, PURGATIVA, ILUMINATIVA Y UNITIVA; QUE SEAN, SU ORIGEN, Y COMO SE CAMINA POR ELLAS.

Vía es lo mismo en latín que camino, y llámase vía la distancia que hay del pueblo de donde partimos al pueblo donde vamos. Nuestra alma parte, o por mejor decir, se aparta del pecado, y después de esta vida llega a la gloria; y estando en ella, camina a la perfección, que es el supremo bien que puede alcanzar viviendo. Camina con dos pies, que son entendimiento y voluntad; los pasos que da son pensamientos y deseos. Y en toda esta distancia desde el pecado a la perfección, hay tres vías o caminos más dificultosos de entender y obrar que el camino de la culebra sobre la piedra y de la nao sobre la mar y del águila cuando sube al cielo, de que hace mención el sabio Rey (1). La primera vía o camino se llama purgativa, porque en ella se purga y limpia el alma del pecado y alcanza pureza. La segunda, iluminativa, con que se alumbra el alma de la ignorancia y alcanza luz. La tercera, unitiva, con que sale de la frialdad y tibieza de corazón y alcanza el fin de amor, que es unir y juntarse con Dios. Es la vía purgativa como la que hace la culebra sobre la piedra, cuando deja el cuero viejo y se remoza. La iluminativa, como la que hace la nao sobre las aguas de la sabiduría, y la unitiva, como la del águila cuando sube a lo alto de la perfección, porque en el discurso que el alma lleva en esta vida lo que pretende es pureza, luz y amor.

Pies del alma. *Tres vías.* *Fin del alma.*

Y para mayor declaración de esto y del origen de estas tres vías, se advierta, que así como Dios es uno en esencia y tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y antes que criase las almas estaban todas en él como está la casa en la mente del artífice antes que la fabrique, y allí las almas estaban con pureza, porque eran la misma esencia purísima de Dios, según aquellas palabras de S. Juan: Lo que se hizo en él era vida, y estaban entendidas y alumbradas con la luz infinita de Dios, pues que el Verbo divino, que es el Hijo, procede del Padre por vía de entendimiento y conocimiento de su esencia y de las criaturas; y también estaban amadas con el mismo amor con que el Padre e Hijo amándose espiran el Espíritu Santo; y cuando Dios crió las almas, las ordenó para el fin de la gloria, la cual consiste en tres partes; la primera, pureza, que según dice San Juan: Ninguna cosa manchada entrará en la gloria (3); la segunda visión

El origen y raíces de las tres vías; primera raíz. *Segunda raíz.* *Tercera raíz.*

---

1 Prov., XXX, 19. 2 Joan., I, 3-4. 3 Apoc., XXI, 27.

de la divina esencia, y la tercera, fruición y gozo en el amor, de aquí es que a nuestra alma racional criada de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y que antes que la criase, estuvo en su esencia por pureza, luz y amor, y la crió para alcanzar la gloria donde hay pureza, vista de Dios y gozo de amor, dió el Señor tres potencias, memoria, entendimiento y voluntad. Y porque de su naturaleza son flacas estas tres potencias, las fortalece con tres sobrenaturales virtudes, esperanza, fe y caridad, mediante las cuales virtudes camina para alcanzar la verdadera y suma pureza, la luz y el amor. Y los caminos o vías por donde camina se llaman purgativa, con que se alcanza la pureza, confiando en Dios con memoria de los pecados pasados, y se viene a gozar de la pureza del cielo y a juntar con Dios Padre en suma pureza; la segunda iluminativa, con que se alcanza la luz, fortificando el entendimiento la fe para llegar a ver la divina esencia, mediante la luz del Verbo divino que es el Hijo de Dios; la tercera, la vía unitiva, con que se adquiere el amor y se perfecciona la voluntad con la caridad de Dios, y llega el alma a gozarse con él en amor de quien fué amada en el Espíritu Santo. Y este es el origen y raíces de las tres vías.

Cuarta raiz.

Quinta raiz.

El hombre que vive en estado de gracia, ejercita tres vidas, conviene a saber, vida activa, con que hace obras de virtud, principalmente las de la penitencia con que se purifica; vida contemplativa, empleándose en considerar y conocer las cosas divinas; vida unitiva, que es vida de amor. Estas tres vidas son comparadas a Marta, María Magdalena y María Virgen. También es de advertir que todos los que sirven a Dios, están en buen estado, y son tres estos estados, conviene a saber: estado de principiantes, de aprovechantes y de perfectos, así como en la gramática hay menores, medianos y mayores. Pues discurriendo de estas vidas y estados a las vías, la vía purgativa corresponde, por la mayor parte, a la vida activa y al estado de los principiantes; la vía iluminativa es de los de la vida contemplativa y de los aprovechantes; la vía unitiva de los que viven con vida perfecta y están en estado de perfectos.

Tres vidas.

Tres estados de almas que sirven a Dios.

Pero es mucho de notar que estas tres vías no son de tal manera apartadas la una de la otra, que el que va caminando por la vía purgativa, no participe también de la iluminativa, pues es imposible que vaya haciendo penitencia de pecados el que no considerare la gravedad de ellos y la grandeza de Dios ofendido, y esta consideración pertenece a la vía iluminativa, y la contrición es por Dios sumamente amado, que es de la vía unitiva, y así se van mezclando las demás vías entre sí.

Cómo se camina por estas vías.

También se advierta que estas tres vías y caminos no son como otros caminos continuados, en los cuales quien ha de llegar al uno ha de haber caminado y pasado toda la distancia del otro, que no es menester que quien ha de entrar en la vía iluminativa, haya pasado toda la vía purgativa; ni el que entra en la unitiva, que haya andado toda la iluminativa, porque a los principios de la vía purgativa se ejercita el alma considerando que es obra de la iluminativa, y en la iluminativa ama, y en la unitiva contempla y se purifica, etc. Finalmente se advierta, que una cosa es caminar por donde el alma se guía ayudada de Dios, otra es por donde lleva Dios a las almas que él

quiere y como quiere; porque el ordinario por donde las almas caminan, es haber andado buen espacio en la vía purgativa antes de entrar en lo bueno de la iluminativa. Mas Dios no guarda muchas veces el orden en hacer mercedes, sino que de repente lleva a San Pablo desde el ser perseguidor de la Iglesia, hasta lo supremo de la vida iluminativa dándole tanta luz en el rapto con que vió cosas tan altas y escondidas, *quae non licet homini loqui* (1). Y a la Magdalena desde el estado de grandes pecados la sube en la vía unitiva tan alto, que *dilexit multum* (2). Pero para claridad de la doctrina, apartaremos las unas vías de las otras, tratando primero de todo lo que hay en la vía purgativa, y luego de la iluminativa y finalmente de la unitiva.

CAPITULO III

DE LAS NUEVE JORNADAS DE LA PERFECCION, CONVIENE A SABER: PENITENCIA, MORTIFICACION Y RECTITUD, FE, MEDITACION, CONTEMPLACION, CARIDAD, UNION Y TEOLOGIA MISTICA O REVERBERACION DE LA DIVINA LUZ. DECLARASE QUE SEAN Y EN QUE PARTES SE DIVIDAN.

Vias tuas Domine demonstra mihi (3): enséñame, Señor, tus caminos, que mi deseo es ir al cielo y llegar a la perfección, y he menester saber el camino por donde tengo de ir. Como Cristo Jesús es camino, verdad y vida (4), el mismo enseña estos caminos en el interior del alma que trata de salvarse y perfeccionarse, y en lo exterior por medio de los doctores, confesores, predicadores y maestros de espíritu, a quien S. Basilio llama guías de los caminos del cielo (5). Muy buena guía hizo San Dionisio Areopagita, que trató de estas tres vías, y San Buenaventura en muchos de sus tratados, como en el que llama *Dieta salutis*, y en la *Teología Mística*; la Madre Teresa en su libro que llama *Camino de Perfección*, y otros muchos autores, y yo, aunque indigno, querría con la mayor brevedad y claridad que pudiese, dar noticia a las almas de los caminos, jornadas, mansiones, leguas y millas por donde se va a esta ciudad de Jerusalén de la perfección.

Suma de todo lo que se ha de tratar.

El que enseña el camino no se detiene en nombrar las heredades, prados, huertos, ríos, fuentes y montes que hay por el camino, que eso sería nunca acabar; sólo dice, en tal camino hay tantas jornadas, leguas, millas, etc., y a tal legua hay tal barranco o estropiezo, habéis de echar por tal parte, etc. Así haré yo, que declararé en todo este tratado. La vía purgativa tiene tres jornadas. La primera se llama penitencia y en esta hay tres mansiones: contrición, confesión y satisfacción, y cada una de ellas tiene tres leguas, la contrición que llaman pequeña, la más grande y la mayor; la confesión ha de ser entera, con lágrimas y propósito firme de nunca más pecar: la satisfacción tiene otras tres jornadas, conviene a saber, la penitencia impuesta por el confesor, la restitución y las asperezas del cuerpo.

Partes de la vía purgativa.

1 II ad Cor., XII, 4.
2 Luc., VII, 47.
3 Ps. XXIV, 4.
4 Joan., XIV, 6.
5 S. Basil., lib. VI, *in Exam.*

La segunda jornada de la vía purgativa es la mortificación, y esta tiene tres partes, conviene a saber, mortificación del cuerpo, en la cual se mortifica el vestido quitando las galas con la modestia, el sentido huyendo de la distracción con el recogimiento, la lengua, quitando la parlería con el silencio. La segunda, mortificación del apetito y sensualidad, en la cual se quita la vanidad con el conocimiento propio, el amor propio con el propio aborrecimiento y se mórtifican las pasiones con la resistencia. En la tercera, que es mortificación del espíritu, se remedian las ilusiones con el examen y dar parte de la oración sin encubrir nada; la obstinación y porfía en su modo de proceder en el espíritu con el rendimiento y la arrogancia y complacencia de su oración con la humildad.

La tercera jornada de la vía purgativa es la rectitud y observancia de las leyes y mandatos de superiores; y hay tres maneras de leyes y mandatos o consejos que se han de guardar. La primera, ley natural; la segunda, los dos principios de todas las leyes; la tercera, los diez mandamientos de la ley. La segunda manera de leyes que se han de observar son tres: los mandamientos de la Iglesia, las leyes positivas seglares y las obligaciones del estado de cada uno; finalmente, las leyes superiores y divinas como las de las religiones, las obras de caridad y misericordia y los consejos del Evangelio. Con la observancia de estas leyes en obras, palabras y pensamientos, mortifica el alma la rebeldía, descuido y relajación, y viene a vivir con rectitud. Estas son las tres primeras jornadas de la vía purgativa.

La vía iluminativa tiene otras tres jornadas por donde se camina a la soberana luz. La primera es la doctrina y ciencia natural; esta se alcanza con la lectura de buenos libros, como es la Biblia, los Doctores sagrados y otros autores devotos. Lo segundo, se adquiere esta luz y ciencia natural de los maestros, buscando buenos predicadores, buenos confesores y buenos maestros de espíritu. Finalmente, la tercera parte o mansión de esta primera jornada se llama estudio; y estudia bien quien bien y continuamente lee, quien oye buena doctrina y quien tiene experiencia de cosas.

La segunda jornada de la vía iluminativa se llama fe y meditación. Y para aprovechar en la luz, procure de meditar según la fe que tenemos quién es Dios, sus atributos, misterios y obras; lo primero quién es Cristo y sus misterios y qué ha hecho con nosotros; lo segundo, medítase quién es el hombre, la excelencia del alma, sus potencias, sus obras interiores y exteriores para alcanzar conocimiento de sí. Lo tercero se medita para alcanzar luz los cuatro paraderos, muerte, juicio, infierno y gloria, la gravedad de los pecados y la miseria de la vida humana.

La tercera jornada de la vía iluminativa se llama contemplación y espíritu con que se alcanza la luz soberana y divina, y esta es en tres maneras, conviene a saber: la luz dada en la oración, cuando en ella se guarda atención interior y vienen conceptos universales y eficacia en la luz de lo que se contempla, y esta es la primera parte o mansión de esta jornada. La segunda se llama presencia de Dios, que es en tres maneras: presencia imaginaria, presencia intelectual y presencia unitiva. La tercera parte o mansión es la luz dada por el

Espíritu Santo en sus dones intelectuales, de entendimiento, consejo, sabiduría y ciencia.

La vía unitiva tiene otras tres jornadas: la primera es la caridad dividida en amor de Dios, amor del prójimo y amor de los enemigos. La segunda unión dividida en tres partes: la primera, actos unitivos, la segunda unión con Cristo, la tercera, vida del alma. La tercera jornada es la teología mística dividida en actos anagógicos, silencio interior, tiniebla divina, aniquilación total, éxtasis y raptos. Esta suma y epílogo universal he puesto al principio para que después procedamos con más claridad, tratando en particular de cada una de las vías y de sus partes.

VÍA PURGATIVA

CAPITULO IV

EN QUE SE COMIENZA A TRATAR DE LA VIA PURGATIVA, Y SE DECLARA SU PRIMERA JORNADA, QUE ES LA PENITENCIA DIVIDIDA EN CONTRICION, CONFESION Y SATISFACCION.

Qué sea penitencia.

El que parte o se aparta del pecado mortal para caminar a la perfección, la primera jornada que ha de andar es la penitencia; que esta es el crisol donde se afina la plata y el oro, quitando la escoria del pecado, como se colige de Isaías (1); la agricultura que despedrega la tierra del alma y escarda las malas yerbas para dar buen fruto, como dice Jeremías (2); medicina con que sana el alma enferma en pecados y lavatorio con que se limpia de la sangre de las ofensas divinas en que se revolcaba, como se colige de Ecequiel (3); vuelo del águila espiritual (4), con que se renueva, mediante el calor que recibe con el amor, bajando al estanque del agua fría del temor y contrición con que se caen las plumas viejas de los pecados, y salen los cañoncitos nuevos de buenos propósitos, y donde la culebra deja el cuero viejo de la mala vida, haciendo fuerza para entrar por los agujeros de la piedra que es Cristo (5) y quedar remozada. Es la segunda tabla después de nuestro naufragio en que nos salvamos, y el primer principio y primera jornada de este camino que hemos de andar para nuestra salvación; y así como ha sido Dios ofendido por obras, palabras y pensamientos, así en esta jornada hay tres mansiones, partes o distancias, llamadas contrición, confesión y satisfacción, y en cada una tres leguas divididas en sus millas, como iremos declarando.

Tres partes de la penitencia.

Contrición.

Qué sea contrición.

Es la contrición dolor de la voluntad por haber ofendido a Dios amado sobre todas cosas del mundo. Y digo dolor de la voluntad, que no es necesario que sea del cuerpo, como dolor de la cabeza, etc.,

---

1 Isai., I, 25.
2 Jerem., I, 10.
3 Ezech., XVIII, 21.
4 Ps. CII, 5.
5 I ad Cor., X, 4.

ni dolor del apetito, como el que siente una madre que se le ha muerto su hijo, que llora con ternura, aunque si hubiese este dolor no es malo, sino dolor de la razón, que es aborrecimiento del pecado cometido, enojo e indignación contra el pecado y no querer haberle hecho con tristeza de haberle cometido, como tiene un avariento cuando pierde su hacienda, un soberbio cuando le afrentan y quitan su honra. Y digo dolor de los pecados por ser ofensa de Dios; porque el que se duele del daño o le pesa de apartarse de la ocasión del pecado, como la mujer que se aflige y llora por haberse ausentado su galán, y con solas esas lágrimas se viene a confesar, no trae buena contrición.

Qué sea este dolor de corazón.

Tres maneras hay de contrición: la primera, pequeña, flaca e ínfima; esta es en dos maneras: a la primera llaman los teólogos *attritio, existimata contritio,* que es dolor y no por ser el pecado ofensa de Dios, y aunque no es verdadera contrición, el alma piensa que lo es, y ésta con el Sacramento pone en estado de gracia. Otra contrición hay flaca, que llega a ser verdadera contrición, pero es muy pequeña, tibia y fría; esta suerte de contrición es de principiantes. La segunda manera de contrición es mayor que ésta, cuando el alma ve que ha ofendido a Dios y le pesa y siente con mayor dolor el haber pecado, y ésta es de los aprovechantes. La tercera, que es de los perfectos, es fervorosa, grande y perfecta, como tienen los siervos de Dios que le aman de todo corazón.

Tres maneras de contrición.

Nace de ordinario la contrición de la consideración de quién es Dios ofendido, y de la gravedad y fealdad del pecado y de los daños que de él se siguen, como haber perdido la gloria, la gracia y otros bienes temporales e incurrido en pena de infierno, enemistad de Dios y de sus santos y otros muchos daños, como infamias, pobrezas, etc., que del pecado suelen nacer.

Principios de la contrición.

Quien quisiere caminar adelante, huya de tres barrancos y lazos que en esta primera parte de este camino suele poner el demonio. El primero es para los escrupulosos, que como no sienten lágrimas y ternuras sensibles, paréceles que no tienen contrición de sus pecados, y andan turbados, afligidos y melancólicos, y suelen caer en una desesperación que les impide el caminar adelante. El segundo, un engaño de muchos que viendo que tienen gran tristeza y lágrimas por el daño que les causó el pecado, se aseguran pareciéndoles que es verdadera contrición, mas quédales allá dentro el deseo de volver al pecado que confiesan, como el que se hubiese acuchillado y le duelen las heridas y causan tristeza, mas quédale dentro del corazón el deseo de venganza. El tercero, de los que están caídos en alguna ocasión de pecado mortal, que aunque se duelen y arrepienten de los pecados, no se arrepienten ni duelen ni salen de la ocasión, y así se quedan siempre en pecado mortal, como los amancebados y enemistados, etc.

Tres estorbos que impiden el camino de la gracia.

Confesión.

Después que el Señor sanó los leprosos, mandó que se fuesen a mostrar a los sacerdotes (1), dando por esto a entender que habién-

1 Luc., XVII, 14.

dose puesto el alma en gracia por la verdadera contrición, es necesario confiese sus pecados ofreciendo al Señor los becerros de sus labios, que dice el Profeta (1) en sacrificio, y mostrándole el rostro de su conciencia, que le es muy agradable, como dice el Esposo (2).

Tres condiciones de la confesión. Entereza.

Para que la confesión sea válida ha de tener tres condiciones: la primera, que sea entera, sin que se deje de confesar ningún pecado ni circunstancia grave. En esta parte caen muchos por tres barrancos que aquí estorban el camino: El primero es la vergüenza, que por no sufrir afrenta en descubrir algún pecado o la malicia de él o el número de los pecados, dejan algunos de confesarse enteramente. El segundo barranco es el temor, que por miedo que no les manden restituir o apartar de la ocasión del pecado o que descubriéndose les venga algún daño, callan algunos sus culpas en la confesión. El tercero es negligencia, que por no examinar bien su vida y pensar las faltas que han hecho, la confesión no es entera.

Dolor.

La segunda condición es que sea con dolor y arrepentimiento de haber ofendido a Dios, como hemos dicho en la contrición. La tercera con propósito firme de nunca más tornar a pecar, porque el que confiesa y lleva en el corazón de en acabando de confesar, tornar a pecar o de no salir de las ocasiones o no restituir o satisfacer para salir del pecado, no lleva firme propósito de nunca más pecar. Aquí tropiezan algunos escrupulosos que viéndose flacos en el resistir a las tentaciones o llenos de pasiones fuertes o de malas costumbres, con que tornan luego al vómito, piensan que cuando se confiesan no tienen propósito firme pues luego tornaron a caer, y que las confesiones que han hecho no han sido válidas y querrían les dejasen hacer muchas confesiones generales. Pero aunque este tal conozca su flaqueza y poca perseverancia, no por eso deja de tener propósito de no pecar cuando se confiesa, y esto basta, que por eso mandó el Señor a San Pedro que no solamente absolviese del pecado siete veces sino setenta veces siete (3). Otros caen más miserablemente en esta parte, dejándose de confesar y quedándose en sus pecados hasta que se enderece en ellos, por decir que para qué han de confesar pues, luego han de caer en los mismos pecados, y con este engaño se han endurecido muchos.

Trece condiciones de la buena confesión.

Las otras condiciones de la buena confesión, cuando no son algunas de estas tres o causa de ellas, son buenas, pero si alguna falta, no por eso deja la confesión de ser válida. Cuentan los sagrados doctores dieciséis. La primera, que sea sencilla y sin dobleces. La segunda, humilde y sin soberbia. La tercera, pura y no mezclada con historias impertinentes y pecados ajenos. La cuarta, a menudo y no muy de tarde en tarde. La quinta, desnuda y no ataviada de palabras retóricas artificiosas. La sexta, discreta y no ignorante. La sétima de buena gana y no por fuerza. La octava, vergonzosa y que no se vaya saboreando en los pecados que dice. La nona, secreta, que al confesor obliga el secreto a gravísimo pecado, y los penitentes no hay

1 Osee., XIV, 3.
2 Cant., II, 14.
3 Matth., XVIII, 22.

para qué hagan conversación de lo que confiesan. La décima, de presto y con resolución. La undécima, con ánimo y no descaecidamente. La duodécima, echándose la culpa del pecado y no disculpándose. La decimatercia, yendo el alma aparejada para obedecer. En todas estas trece es bueno llevar cuidado que no falte por alguna de ellas una de las tres que hemos dicho, entereza, dolor y propósito firme de nunca más pecar.

Satisfacción.

Así como pecamos con pensamientos, palabras y obras, así hacemos penitencia con la contrición que está en el pensamiento, con las palabras de la confesión y con las obras de la satisfacción.

Tiene la satisfacción tres partes. La primera, la que llaman penitencia impuesta por el confesor y conviene cumplirla, porque algunas veces por menosprecio, descuido y olvido se deja de cumplir. Partes de la satisfacción.

La segunda parte de satisfacción es la restitución, porque no se perdona el pecado si no se restituye lo que por él se ha quitado. Quien debe hacienda, honra o salud de alma o cuerpo, procure restituir pagando la hacienda que debiere, volviendo por la honra que quitó, de la manera que pudiere; y si hubiere dañado a su prójimo en la vida o salud o en el alma induciéndole a pecar, restitúyalo de la manera que le mandare el confesor, que hay muchos que por falta de restitución se condenan. La tercera parte de la satisfacción es las asperezas del cuerpo, vigilias, oraciones y limosnas en que el alma se ejercita, habiendo hecho penitencia para que Dios le perdone y con ellas va satisfaciendo las penas que debe en purgatorio, ejercitándose para no tornar a pecar y mereciendo gloria, y así es bien que se hagan con obediencia o consejo de médico y confesor, porque no sean dañosas a la salud; con discreción y prudencia, porque sean durables; y con espiritu y gracia divina, para que sean meritorias. Esta jornada de la penitencia que hemos dicho, es la principal de la vía purgativa y en que más suelen tropezar los pecadores, y donde más fuerza pone èl demonio para hacer caer, de la cual en otras partes hemos escrito largo.

CAPITULO V

DE LA SEGUNDA JORNADA EN LA VIA PURGATIVA, QUE ES LA MORTIFICACION CON QUE EL ALMA PURGA Y EXPELE DE SI LAS DEMASIAS INTERIORES, EL AMOR PROPIO Y LAS PASIONES DEL APETIO, LA PRESUNCION Y SOBERBIA Y OTROS GUSTOS INTERIORES DEL ESPIRITU.

Mandaba el Señor en la vieja ley que todos se circuncidasen, si querían no ser borrados del libro de la vida (1); era la circuncisión figura de la mortificación de que vamos hablando, con la cual el alma

1 Gen., XVII, 14.

Qué sea mortificación.

se poda de las ramas viejas, purga de los malos humores y afina de la escoria y se limpia del polvo y lodo, si quiere dar buen fruto, vestir agradablemente a su esposo, tener su merecimiento fino y alcanzar salud para poder caminar adelante en estas vías de Sión, y llegar a la solemnidad del perfecto amor divino, unión del alma y teología mística. Que hay muchos que contentos con sólo andar la jornada de la penitencia, se descuidan de caminar en esta segunda jornada, y ya que no pierdan la gracia, pierden mucho aumento de ella y los inefables gustos y regalos que hallarían en el camino espiritual.

Mortificación exterior de tres maneras.

Tres maneras hay de mortificación, que son como tres leguas de esta parte de la vía purgativa. La primera, mortificación exterior; esta quita todas las demasías exteriores que pueden ser estorbo para ir a lo más perfecto, y así como estas demasías son de tres maneras, atavíos del cuerpo, gusto de los sentidos, demasías en la lengua, así la mortificación exterior es de tres maneras. La primera, de las galas y atavíos que hacen daño por el escándalo que causan en otros o por la sensualidad a que mueven, o el tiempo y dinero que en ellas se gasta que podría servir para otros negocios de Dios.

Atavíos, y sus daños.

Sentidos desenfrenados.

Segunda manera de la mortificación exterior es de los sentidos, refrenando los ojos de vistas dañosas, el oído de palabras ociosas, el gusto de comer y beber demasiadamente, que estorba y embaraza al espíritu; el olfato de olores delicados que despiertan los apetitos y el tacto de cualquier deleite que sea incentivo de deshonestidad; que con este modo de mortificación se alcanza la modestia, recogimiento, ayuno, abstinencia y templanza, virtudes tan agradables a Dios y tan necesarias para el camino de la perfección. Cuando Dios quiere hablar al corazón de su Esposa, llévala a la soledad (1), sácala de Ur de Caldea, para darle las divinas visiones, como sacó a Abrahán (2); y de Egipto para escribir su ley con los dedos en el corazón, como sacó a Moisés (3); de Samaría, para subirle al monte, como Elías (4), y de la casa de su padre y parientes, como a Jacob (5), para que alcance el desposorio de las dos vidas, activa y contemplativa, como él alcanzó a Lía y Raquel; y esta renunciación verdadera de todo lo superfluo de los sentidos es verdadero camino de la perfección.

Mortificación de la lengua.

La tercera manera de mortificación exterior, que no es menos necesaria que las demás, es refrenar la lengua, porque, según se dice: el que pensare que es religioso y no refrena su lengua, de este tal vana es la religión (6). Conviene, pues, quitar juramentos, maldiciones, murmuraciones, mentiras, calumnias, chismerías, palabras vanas o provocativas, pues de cualquiera palabra ociosa que los hombres hablaren, han de dar cuenta en el día del juicio (7).

---

1 Osee., II, 14.
2 Gen., XI, 31.
3 Exod., XXXIV, 1.
4 III Reg., XIX, 8.
5 Gen., XXVIII, 2.
6 Jacob., I, 26.
7 Matth., XII, 36.

Mortificación interior.

La más principal y verdadera mortificación de todas es la de los apetitos, con que se refrena la sensualidad, degüella el amor propio y tienen a raya las pasiones y se evitan muchas ocasiones y peligros de pecar y pecados veniales, que de la falta de esta mortificación suelen nacer. Esta mortificación se hace con el examen de conciencia, en el cual examinamos el estado de nuestro interior y las pasiones y apetitos que más nos dañan para ir cercenando lo superfluo. Lo segundo, con el aborrecimiento propio que degüella el amor desordenado de nosotros mismos. Lo tercero con la resistencia a nuestras demasías, haciéndonos fuerza como pudiéremos, pues los que no se la hicieren, siendo valerosos soldados, no arrebatarán el reino de Dios.

Examen de conciencia.

Aborrecimiento propio.

Resistencia.

Y así como tenemos tres maneras de enemigos interiores, que son como tres barrancos en que tropiezan las almas que van por este camino: el primero se llama amor propio desordenado, padre de las desordenadas pasiones, amor, aborrecimiento, deseo, retiramiento, alegría, tristeza, temor, atrevimiento, esperanza, desesperación y la ira; el segundo enemigo es la vanidad con que el hombre se desvanece preciándose sin razón de su linaje, letras, hermosura, hacienda, dignidades, valentía y honra, con que hace torres de viento; el tercero, la mala inclinación natural que mueve a soberbia, avaricia, ira, gula, lujuria, envidia y pereza que nos quedó como rastro del pecado original, así esta mortificación interior de que vamos hablando mata el amor propio y la demasía de las pasiones con el propio aborrecimiento; derriba las torres de la vanidad con el conocimiento propio y de su bajeza; y con el examen continuo de la conciencia se van examinando las malas inclinaciones y peleando contra ellas. Ya que del todo no podamos en esta vida, hagamos todo lo que pudiéremos contra ellos.

Amor propio.

Pasiones.

Vanidad.

Mala inclinacion.

Siete pecados.

Con esta mortificación se evitan los pecados veniales, que suelen ser en dos maneras: unos que se llaman *ex imperfectione ritus*, que dejan de ser mortales por no tener tanta deliberación y consentimiento del libre albedrío, como los pensamientos detenidos pero no consentidos de matar un hombre, o por falta de no ser materia grave, aunque sea consentido, como hurtar una cosa poca. Otros pecados veniales hay que llaman *ex objecto*, como mentiras jocosas, palabras ociosas, etc. Quien no pusiere diligencia en apartarse de los pecados veniales cuanto pudiere, no sentirá en si el olor divino del bálsamo del espíritu que se destruye por las moscas (1) de los pecados veniales que en ellos caen y se mueren.

Pecados veniales.

También con esta mortificación evita el alma los peligros y ocasiones de caer en pecados. Y estas ocasiones son en dos maneras: unas se llaman ocasiones remotas y apartadas, como ir donde hay gentes que se pueden mirar, etc., otras más cercanas y allegadas co-

Ocasiones.

1 Eccles., X, 1.

mo ir en casa de alguna mujer donde suele haber peligro de pecar; y estas ocasiones una vez son más flacas, otras más fuertes. Quien quisiere, pues, caminar adelante, huya de estas ocasiones.

Ociosidad. No menos aprovecha esta mortificación interior para salir de la ociosidad dañosa que es polilla del espíritu. Hay obras ociosas, palabras ociosas y pensamientos ociosos; llámanse palabras ociosas, las que no aprovechan para el bien de sí mismo o para la honra de Dios o provecho del prójimo; porque el verdadero siervo del Señor ha de procurar estar siempre ocupado, porque el demonio no halle puerta para entrar a combatirle.

De la mortificación íntima y del espíritu.

Demasías del espíritu. Así como las demasías del sentido y las del apetito estorban y se han de mortificar, así estorban también las demasías del espíritu: que son unas sabandijas tan agudas que se entran hasta lo más íntimo del corazón, las cuales podemos reducir a tres. La primera, gustos y regalos espirituales, impertinentes y peligrosos, como el que gustando en la oración, dejase por aquel gusto de acudir a las cosas obligatorias; y la que llaman amargura del corazón, que es una demasiada tristeza que distrae de la presencia de Dios e impide los actos interiores del amor divino. La segunda, conceptos impertinentes y demasiada especulación con la cual dejan muchas veces las almas de ejercitarse en los actos del amor de Dios y del prójimo, que es lo que más conviene. La tercera, apetito y deseo de visiones y revelaciones, profecías, hacer milagros y semejantes cosas sobrenaturales que suelen ser principio de vana gloria y peligro de caer en ilusiones.

Gustos.

Amargura del corazón.

Especulación.

Deseo de visiones.

Reparos. Para quitar estas tres demasías del espíritu, aprovecha mucho esta mortificación íntima de la cual nacen tres reparos de estos daños interiores. El primero, tratar su espíritu, declararse y dar parte a personas espirituales que les pueden dar luz y no confiarse de sola su sabiduría. El segundo, rendimiento y obediencia a los confesores y padres espirituales. El tercero, humildad profunda, nunca confiando de sí ni asegurándose con su propio espíritu. Con estos tres reparos se alcanza la victoria contra las demasías del espíritu, que han hecho gran daño a muchos para no ir adelante en los caminos de Sión de la vida perfecta.

CAPITULO VI

DE LA TERCERA JORNADA DE LA VIA PURGATIVA, QUE ES LA VERDADERA OBSERVANCIA DE LAS LEYES, NATURAL, DIVINA Y POSITIVA CON QUE EL ALMA SE LIMPIA DE LA TRANSGRESION, RELAJACION Y MENOSPRECIO, Y ALCANZA LA RECTITUD, BONDAD Y UNIVERSAL JUSTICIA.

El que ama, dijo el Señor, guardará mis mandamientos, y mi Padre y yo le amaremos y vendremos a él y haremos morada en su corazón (1). En estas palabras se contiene el camino derecho de la perfección del alma que comienza con deseo de servir y amar a Dios, y viendo que los estorbos para llegar a lo sumo de este amor son los pecados mortales o veniales, públicos, secretos y ajenos, que suelen nacer de los sentidos y pasiones, púrgase lo primero con la penitencia que es la primera jornada de esta vía purgativa; luego lo segundo darse a la mortificación, que es la segunda jornada, y lo tercero procura con toda instancia guardar sus leyes, con que se purifica y limpia de la relajación y menosprecio con que las suelen algunos quebrantar faltando de la voluntad divina en que consiste todo nuestro bien. Para mejor acertar el camino de esta tercera jornada de la vía purgativa, dividamos todas las leyes en tres maneras de leyes.

La ley natural.

Tres maneras hay de ley natural. La primera, la que se llama luz de la razón con la cual nuestro entendimiento es alumbrado a conocer estos dos principios: *Recede a malo, et fac bonum* (2). Apártate del mal y haz bien; de esta luz nacen dos principios naturales El primero: que hay Dios, a quien se debe reverencia; el segundo, lo que no quieres para ti no quieras para otro, que por otro nombre se llama amar a Dios y al prójimo. De estos dos principios nacen los diez mandamientos de la ley natural. Del primero, que es amar a Dios, con el pensamiento, creyéndole, esperando en él y amándole, nace el primer mandamiento. De amarle con la palabra el segundo, que es no jurar su santo nombre en vano. De amarle con la obra el tercero, que es santificar las fiestas empleándolas en obras de su servicio, como oir misa, etc. Del segundo principio, que es amar al prójimo y no querer para otro lo que no quiero para mí, manan los otros siete mandamientos. Porque si yo no querría que mis hijos me deshonrasen y que nadie me quitase la vida, la mujer, la hacienda ni la honra ni que pretendiese o desease quitarme la mujer y la hacienda, razón es que yo honre a mi Padre, que no mate, no fornique, no hurte, no levante falso testimonio ni desee la mujer

Luz natural

Mandamientos de la ley de Dios.

1 Joan., XIV, 23. 2 Ps. XXXIII, 15.

ni las cosas ajenas, que son los diez mandamientos. Y el siervo de Dios que desea caminar por camino derecho, no se aparte a una mano ni a otra de estos mandamientos de la ley, sino medite en ellos de día y de noche (1), y procure con todas sus fuerzas purgar y limpiar las faltas que en la guarda de ellos tuviere por obras, palabras y pensamientos, ahora sean obras acabadas, comenzadas o pretendidas, y palabras claras, disimuladas o señas y pensamientos consentidos, delectaciones morosas y pensamientos detenidos, porque en el rigor que pusiere en quitar estas faltas, está el camino de su perfección.

Hay en cada mandamiento tres cosas que considerar. La primera, lo que llaman privativo, que es lo malo que nos mandan apartar; lo segundo, lo positivo, que es lo bueno que nos mandan seguir; lo tercero los peligros y circunstancias que nos pueden hacer caer. Pongamos por caso, en el quinto mandamiento de no matar, se nos manda no quitar la vida al prójimo, que es lo purgativo; procurar su vida y salud, que es lo positivo y apartarnos de las ocasiones de matar. Pues quien quisiere ir aprovechando en esta vía, quite de sus obras, palabras y pensamientos cualquier daño que venga en la vida o salud del prójimo. Y para más perfeccionarse, procure, con la mayor diligencia que pudiere, el bien de la vida y salud de sus prójimos; y lo tercero, apartarse del lugar, tiempo, compañías y las demás circunstancias que le pueden ser ocasión de matar, y ni aconseje ni mande ni ayude a otro para que mate; y las demás, que se llaman causas morales, que de estas y las circunstancias suelen nacer los pecados ocultos y ajenos tan dañosos a las almas.

Ley divina.

Los mandamientos de la Iglesia.

Llámanse ley divina los cinco mandamientos de la Iglesia, como oir misa, ayunar, confesar, comulgar y pagar diezmos y primicias. Demás de esto, redúcense a la ley divina las obras de misericordia y consejos evangélicos. Procure pues el siervo de Dios que quisiere caminar camino derecho, examinar en sí las faltas que en la observancia de cualquiera de estas cosas tiene, nacidas de su mal hábito y costumbre o de sus pasiones y apetitos o de la ignorancia, y váyase purificando en quitar de sí estas faltas, si quiere llegar a la perfección.

Ley positiva.

Leyes de la Religión.

Las leyes que nos ponen los hombres como ministros e instrumentos de Dios, cuando son justas, se llaman ley positiva; y de estas podemos contar tres maneras. La primera, todas las reglas, constituciones, estatutos y actos de las Religiones y los mandatos de los Superiores de ellas, con que se pretende la perfecta obser-

1 Josue., I, 8.

vancia en la obediencia, castidad y pobreza, que son los tres votos a que se reducen todas las leyes de los religiosos. La segunda, todas las leyes eclesiásticas, que las principales de ellas se escriben en el derecho canónico, donde también se contienen todas las ceremonias que los ministros del altar están obligados a saber y guardar para cumplir con sus oficios. La tercera, las leyes civiles y las obligaciones del estado de los seglares, como las leyes de los jueces, escribanos, etc., y todas las obligaciones de cualquier estado, etc. Y así conviene que cada uno mire en las faltas que cae y se enmiende.

Cánones.

Leyes civiles.

Es de tanta importancia esta verdadera guarda de las leyes natural, divina y humana, y el purgarse y limpiarse el hombre de los defectos y faltas de ella, que aunque no tuviésemos otro ejercicio y cuidado, bastaría este solo para alcanzar la salvación y perfección; y bien sabe esto el demonio, pues tanto cuidado pone en que caigamos en el olvido, negligencia y menosprecio de guardar las leyes; y así me parece ser necesario para contra estos tres estropiezos y barrancos en que cada día caemos, poner tres reglas. La primera, contra la ignorancia y olvido de las leyes tenga cada uno un libro pequeño en que estén recopiladas las leyes y obligaciones de su estado y lea en él muy a menudo, pues manda el Señor que no se aparte el libro de la ley de nuestros ojos y boca, sino que meditemos en él de día y de noche, y tengo por más provechosa esta meditación que de cualquier otro misterio que se nos ofrezca meditar. La segunda regla, contra la negligencia es examinar cada uno muy bien su modo de proceder, y de las faltas que ordinariamente hace en las leyes haga un cuadernico y vaya siempre procurando quitarlas. La tercera, contra el menosprecio piense muy de veras y con mucha atención que por las leyes se nos manifiesta la voluntad de Dios, y como esta sea tan infinita como es el mismo Dios, en ninguna cosa puede ser el alma más agradable al Señor que en cumplir sus leyes, deseando con esto hacer la voluntad de Dios, y que ninguna ley hay pequeña, pues se encierra en el cumplirla tan gran bien como es dar contento a su Criador y hacer su voluntad, y esta es la última jornada de la vía purgativa.

Reglas contra el olvido negligencia y menosprecio de las leyes.

VÍA ILUMINATIVA

En la cual camina el entendimiento para alcanzar la luz con que la voluntad se mueva al amor de Dios, unión y perfección. Divídese en tres jornadas, que se llaman doctrina y sabiduría natural, fe y luz de meditación, contemplación soberana y luz sobrenaturalmente infundida.

CAPITULO VII

EN QUE SE TRATA DE LA DOCTRINA Y CIENCIA NATURAL CON QUE EL ALMA ALCANZA LUZ, LEYENDO EN BUENOS LIBROS, OYENDO A BUENOS MAESTROS Y ESTUDIANDO CON SU PROPIO ENTENDIMIENTO Y DISCURSO, QUE ES LA PRIMERA JORNADA DE LA VIA ILUMINATIVA.

Libros buenos.

Leed y escudriñad, dice el Señor, las escrituras (1), porque ellas son las que dan testimonio de mí. Los libros son de tres maneras: unos malos y dañosos, como los que enseñan o mueven a pecar por los malos ejemplos y doctrinas que relatan, y éstos nunca han de venir a las manos de los siervos de Dios, como libros de caballerías, de amores, etc., que harto daño han hecho en la Iglesia, perdone Dios a quien los escribió, y si algunos los pueden leer son los predicadores y confesores, para que sepan por ciencia los vicios y pecados que hay en el mundo, de que no tienen experiencia, para poderlos reprender, como el boticario que busca víboras o escorpiones para hacer su triaca. Que el mancebo y simple doncella que no sabe maldades del mundo, no hay para qué deprenda hechicerías de encantamientos, sensualidades y amores, venganzas y soberbias que es lo que ordinariamente tratan los libros que llaman de caballerías. Hay otros libros que podemos llamar curiosos, como historias que sirven de entretener el tiempo y saber cosas necesarias para la vida humana; y estos en tanto hacen daño en cuanto embarazan y ocupan el entendimiento, que sería mejor emplearse en las cosas de Dios, pues la vida del hombre es un soplo en comparación de la eternidad, y lo que acá granjeáremos con amor de Dios allá gozaremos eternamente con mayor abundancia de gloria.

Libros malos.

Libros curiosos.

Libros santos.

Hay tercera manera de libros buenos y santos, y de estos podemos nombrar tres suertes. La primera, los de la teología escolástica, que nos enseñan y declaran los misterios de nuestra fe. La segunda, la filosofía moral y declaración de la Sagrada Escritura, con que

1 Joan., V, 39.

se enriquece nuestra voluntad de luz para bien obrar. La tercera, libros devotos y espirituales que tratan de oración y espíritu y dan luz al entendimiento para el amantísimo trato con Cristo. Y estos son también de tres suertes. Unos que tratan de la teórica de la oración y escriben las reglas de ella, como los que los antiguos Padres del yermo escribieron, cuales son, las Epístolas de San Antón a los Arsenoitas, los libros de Isaac, Isaías y Doroteo, abades de Siria, y otros muchos antiguos. Y de los más modernos, San Bernardo, San Buenaventura, Lorenzo Justiniano, Santo Tomás, Fray Luis de Granada, etc. Otra manera de libros espirituales hay que van mezclados de teóricas y reglas y devociones adquiridas por solo el ejercicio de la oración, por ser escritos por autores que no supieron letras e hicieron reglas de lo que pasaba en su espíritu, como lo que escribe santa Brígida, santa Catalina de Sena, la Madre Teresa de Jesús, etc.

Libros devotos de tres maneras.

Los que enseñan reglas de oración.

Y entre estas dos maneras de libros espirituales, para los letrados es más importante la primera, para los que no lo son suele dar más luz la segunda. Porque quien habla por experiencia escribe los conceptos con mayor luz, abatiéndolos y aplicándolos a lo que pasa en los entendimientos de los que no saben letras. Verdad es que estos libros suelen tener algunos términos no usados, antes contrarios a los términos y manera de hablar de las escuelas, de donde toman ocasión los letrados a decir mal de ellos. Y así los libros que me parece hacen más al caso para deprender la teórica de oración, son los que escriben los letrados que juntamente supieron letras y tuvieron ejercicio de oración, como San Bernardo, San Buenaventura, Santo Tomás, etc. Hay otra tercera manera de libros espirituales que no tratan de reglas de oración, sino recopilan los conceptos, devociones y motivos de las almas para amar a Dios, sabidos por oración, como el *Soliloquio* de San Agustín, el libro llamado *Contemptus mundi*, etc. Y estos suelen hacer gran fruto con la luz que despierta al amor divino y enternece la voluntad.

Libros más necesarios para la oración.

Maestros espirituales.

Tiene la voz cierta fuerza y energía escondida, como dicen los filósofos, que es más provechosa para la luz que lo que se lee en los libros; porque el maestro espiritual oye las dudas del discípulo, responde a ellas e imprime la doctrina con más eficacia, lo cual no hacen los libros. Tres maneras hay de maestros. Lo primero, predicadores que enseñan desde el púlpito. Estos se busquen de los que hablan al provecho del alma y dan luz al espíritu, porque hay muchos que siguiendo las doctrinas menos espirituales dejan los espíritus secos. Lo segundo, confesores y cuando se pudiere hallar tal confesor que juntamente absuelva de los pecados y encamine el espíritu a la perfección, es lo mejor. Lo tercero, maestros o guías del espíritu, que llamamos así a los que, aunque no sean confesores, pueden guiar el alma en el mejor modo del proceder del espíritu. Y en todos estos tres géneros se escojan los

Predicadores.

Confesores.

Condiciones de los buenos Maestros. Letras.

que tuvieren tres condiciones. La primera, letras, porque con ellas se asegura mucho la vida espiritual. Y, como dice San Jerónimo, la santa simplicidad para si solo aprovecha, y cuanto edifica con el ejemplo de la buena vida tanto daña no sabiendo guiar las almas y hacer resistencia a los contrarios, Y han hecho gran daño en la Iglesia de Dios algunos muy espirituales y devotos sin letras, porque quieren llevar a todos por el mismo camino que ellos van o por no entender los términos con que hablan, enseñan errores, de que se siguen no pequeños daños y disensiones entre gente espiritual. La segunda, espíritu y devoción, porque con solas las letras no se entiende bien este camino; antes letrados indevotos han hecho mucho daño y estrago menospreciando las mercedes grandes que Dios suele hacer a las almas humildes, como no las experimentan, y poniendo muchas veces mácula, dolo y escrúpulo en lo que es muy seguro y aventajado. La tercera, experiencia y que hayan sabido cómo proceden otras almas y ellos mismos hayan pasado por muchas cosas de oración, que de esta manera irán más acertados en los consejos que dieren.

Estudio y discurso natural.

Devoción. Tres maneras de estudio.

No solamente los libros y los maestros aprovechan para dar luz en esta primera jornada de la vía iluminativa, sino también el estudio y discurso del propio entendimiento y es lo que más hace al caso. Este estudio se hace de tres maneras: La primera, cuando leemos en los libros, ir despacio y con atención penetrando lo que se lee y haciendo cuenta que el libro es la boca de Dios que nos está enseñando, y tomar de lo que leemos lo que más nos conviene y dejar lo que no nos hace al caso. La segunda, cuando oímos hablar a los predicadores, confesores y maestros, recibamos lo que nos dicen como de la boca de los que son enviados de Dios para nuestra doctrina. La tercera, de todo lo que viéremos y oyéremos, tomemos luz para nuestro aprovechamiento, moviéndonos por las criaturas al conocimiento del Criador, y hagamos cuenta que todo este mundo es un libro grande en que leemos por las letras de las cosas visibles el conocimiento de las invisibles y la sempiterna virtud y divinidad de Dios, como dice San Pablo (1). Y para que este estudio nos aproveche, guardemos tres avisos. El primero, escoger los libros, maestros y consideración de las cosas naturales que más nos pueden hacer al caso. El segundo, hacer memoria de los puntos que más nos mueven, y si fuere necesario escribirlas brevemente para que no se nos olviden. El tercero, ir con mucho cuidado coligiendo y discurriendo de unas cosas en otras que sean de nuestro provecho; como de las cosas universales saquemos las particulares que nos tocan a nosotros; y de lo que vemos u oímos en nuestro prójimo, lo que a nosotros puede suceder.

1 Ad Rom., I, 20.

CAPITULO VIII

DE LA SEGUNDA JORNADA DE LA VIA ILUMINATIVA, QUE ES LA MEDITACION QUE NACE DE LA FE. VA DIVIDIDA EN TRES PARTES: LA PRIMERA, LA MEDITACION DE LA DIVINIDAD DE DIOS Y DE CRISTO Y SUS MISTERIOS. LA SEGUNDA LA MEDITACION DE NUESTRA PROPIA ALMA, DE SUS POTENCIAS, VIRTUDES Y FALTAS. LA TERCERA, MEDITACION DE LOS SIETE PRINCIPIOS DE BIEN VIVIR.

Meditación de Dios.

Dos fines de la meditación: amor de Dios y humildad.

Así como toda la máquina de este mundo se mueve sobre los dos polos, ártico y antártico, así toda la máquina interior del espíritu se gobierna por meditación de dos cosas: quién es Dios y quién soy yo, que esta era la continua meditación de San Francisco. De la meditación de quién es Dios, nace la caridad, madre de todas las virtudes; y de la meditación de quién soy yo, nace el aborrecimiento propio y humildad con que se conservan y aumentan todas las perfecciones. Y porque los Santos que escriben meditaciones, de ordinario las reducen a siete según los siete días de la semana, llevando nosotros este estilo podemos dividir las meditaciones de Dios en las de siete atributos o virtudes suyas, de cuya meditación nace todo nuestro bien; y estas son ser Dios infinito, inmenso, eterno, incomprensible, omnipotente, sabio y misericordioso. Puédense también meditar los siete artículos de la divinidad, cada uno un día de la semana. El domingo, ser Dios uno, el lunes, ser Padre, el martes, ser Hijo, el miércoles, ser Espíritu Santo, el jueves, ser Criador, el viernes, ser Salvador, el sábado, ser Glorificador. También lo tercero se pueden por el mismo orden meditar los siete artículos de la humanidad de Cristo o sus siete misterios, que ordinariamente escriben los Santos. Lunes, el lavar de los pies e institución del Santísimo Sacramento, martes, la oración del huerto, miércoles, los azotes, jueves, el *Ecce homo,* viernes, la cruz, sábado, el descendimiento de la cruz y soledad de la Virgen, domingo, la resurrección como en otras partes habemos escrito.

Los siete principales atributos de Dios.

Meditación de quién es el hombre.

Potencias.

Esta meditación se puede dividir en otras tres partes y cada parte en siete, según los siete días de la semana. La primera parte, en la meditación de las potencias y de sus operaciones, que son memoria, entendimiento, voluntad, apetitos y sentidos; obras, palabras y pensamientos, examinando muy despacio en qué estado están todas estas potencias y actos en lo que toca a la guarda de la ley de Dios, que este es principio de gran luz para el conocimiento propio.

Obligaciones.

La segunda parte de la meditación, es de todas las obligaciones que el alma tiene para ver cómo las guarda, según que lo tratamos

Sacramentos.

arriba hablando de la observancia. La tercera, de los siete Sacramentos de la Iglesia, meditando en ellos y sacando de esta meditación lo que el alma ha de hacer para su aprovechamiento. De esto compuso un maravilloso tratado la gloriosa Sta. Gertrudis, en esta forma: El domingo se considera el bautismo y todo lo que en él pasa con que el alma renueva su vida. El lunes, la confirmación con que se fortifica contra las tentaciones. El martes, la penitencia con que llora los pecados de la vida pasada. El miércoles, el Sacramento del Altar con que se procura unirse con Cristo. El jueves, el matrimonio, ahora sea el matrimonio carnal, si fuere casada, o el matrimonio espiritual con Cristo, si es persona religiosa, con la cual meditación procura vivir bien según su estado. El viernes, el Sacramento del orden, con que el que fuere sacerdote hace bien su oficio. El sábado, la extremaunción, para que considerando los pecados veniales e imperfecciones y procurando quitarlos, como si estuviese al punto de la muerte, se purifica más de cada día.

Meditación de los siete principios de bien vivir.

Acuérdate, dijo el Señor, de tus postrimerías y eternamente no pecarás (1). Estas postrimerías son cuatro: muerte, juicio, infierno y gloria, a las cuales podemos añadir otras tres que también hacen mucho al caso para no pecar, conviene a saber, las miserias de la vida presente, los pecados de la vida pasada, las intolerables penas del purgatorio por faltas pequeñas, y por los días de la semana se pueden guiar estas meditaciones según cada uno hallare más provecho.

CAPITULO IX

DE LA TERCERA JORNADA DE LA VIA ILUMINATIVA LLAMADA ESPIRITU Y CONTEMPLACION, DIVIDIDA EN TRES PARTES, QUE SE LLAMAN LUZ DE ORACION, PRESENCIA DE DIOS Y CUATRO DONES DEL ESPIRITU SANTO.

Luz de oración.

A los que han caminado por la segunda jornada que hemos dicho de la meditación, lleva Dios a otra más alta y soberana luz que es el fin y remate de la vía iluminativa. A esta podemos llamar espíritu o contemplación, que de ordinario es más sobrenatural que la pasada; y la primera parte de ella es la luz que Dios da sobrenaturalmente en la oración. Esta luz y dádiva sobrenatural es en tres maneras. La primera se llama atención interior, que es cuando mira el alma de hito en hito sin apartarse ni divertirse de algún concepto sobrenatural que la va inflamando en el amor de Dios. Porque esta asistencia sosegada y quieta, sin andar vacilando en

Luz sobrenatural.

Atención interior.

1 Eccli., VII, 40.

diversos conceptos, suele ser principio de todo el bien espiritual; algunos la llaman contemplación, otros quietud de espíritu, otros morar dentro de sí, otros centro del corazón, otros atención interior o centro de la voluntad; llámese como se llamare, que cuando el alma llega a esta primera parte de esta jornada, ha andado mucho camino para la luz sobrenatural.

Abundancia de conceptos.

La segunda parte de esta luz y oración se puede llamar preñez o abundancia de conceptos; que es cosa maravillosa de ver cómo en un abrir y cerrar de ojos, cuando se llega a este estado, descubre Dios tantos conceptos y luces soberanas que no se pueden contar; como quien habiendo subido una cuesta arriba, llegando a la cumbre del monte, descubriese una nueva región donde ve en un campo grande innumerables ríos, fuentes, prados, etc. En esta grandeza y abundancia de luz se descubren algunas veces muchos puntos muy altos de teología que por su discurso y meditación no pudiera alcanzar; como se ve en algunas mujeres que con esta luz han escrito altísimas cosas, así de ciencias naturales como sobrenaturales, como Santa Catalina mártir, santa Hildegardis, etc. Y a los que son estudiantes, como a Santo Tomás de Aquino, San Agustín, etc., les viene luz de grandes doctrinas o declaraciones de la Sagrada Escritura, trazas de sermones, etc.

También con esta luz parece que se entienden muchas cosas de los negocios del mundo y sucesos y el estado de muchas almas, y aunque al principio no las particulariza el entendimiento, cuando recibe esta luz queda como preñado de muchos conceptos que después va discurriendo en particular, y suele acaecer de una luz de estas en alguna materia poderse escribir un gran libro y libros, y que dure todo un año el discurrir sobre ello.

Mayor claridad y eficacia.

La tercera parte de esta luz de oración es la mayor claridad con mayor peso y eficacia con que se entiende el mismo concepto que antes se sabía. Acaece venir en este modo de oración este pensamiento: Dios es misericordioso: el cual concepto antes estaba más oscuro y menos eficaz; y después que viene en la oración con esta nueva luz y peso, mueve de tal manera la voluntad, cuanto va de lo vivo a lo pintado, por la mucha claridad con que resplandece y la fuerza que hace el alma. Y para esto es de gran provecho perseverar mucho tiempo en la oración, que al que persevera nunca le faltan de estas soberanas luces.

Presencia de Dios.

Traía yo, dice David, a Dios siempre en mi presencia (1), y en ella andaba el Profeta Elías cuando juraba: Vive el Señor, en cuya presencia estoy, y se les promete a los recabitas por Jeremías en premio de su gran pobreza, que nunca de ellos faltará, quien ande en la presencia divina (2).

---

1 Ps. XV, 8.
2 III Reg., XVII, 1.

Presencia exterior.

Del Santísimo Sacramento.

De las imágenes.

Tres maneras hay de presencia de Dios; la primera, exterior y corporal. Esta es cuando se ve el Santísimo Sacramento con los ojos del cuerpo, y juntamente el alma, reconociendo ser Dios, se humilla y le adora y reverencia. Porque cuando se mira este divino Sacramento sin estos divinos efectos interiores, como le ven los que están en pecado mortal y los indevotos, etc., no es esta soberana luz de que aquí hablamos. También esta luz exterior es de las imágenes, cuando las miramos con viva fe, como si mirándolas y hablando con ellas, hablásemos con el mismo Dios. No porque entendamos que en la tabla o piedra hay divinidad como adoraban los gentiles los ídolos, sino porque son medios que nos llevan a Dios haciendo eficacia en nosotros la imagen pintada que vemos, como si fuese una revelación sobrenatural, y esta manera de presencia es muy buena, muy segura, muy provechosa y muy meritoria, porque va fundada sobre la fe nuestra de la adoración de las imágenes, tan aborrecida de los herejes de estos tiempos, y es más segura que adorar la imagen que vemos con la revelación; porque en aquella hay duda si se ha el demonio trasfigurado en ángel de luz a quien adoramos, y en la imagen no hay sino certidumbre que no es demonio. Y cuando Dios da este conocimiento en la adoración de las imágenes, es una gran merced que hace a las almas que lleva por este camino. Otras veces la presencia exterior es de alguna cosa sobrenatural revelada, como cuando Moisés vió la zarza que ardía y no se quemaba y hablaba en ella con Dios (1).

Revelación exterior.

Tres maneras de presencia interior imaginaria.

Fabricada.

Dada.

Asistencia interior de Dios.

Palabras interiores.

La segunda manera de presencia de Dios es la interior e imaginaria, cuando no se ven las cosas fuera de los ojos sino dentro de la imaginación, que acaece aunque los ojos del cuerpo estén cerrados, y esta es en tres maneras. La primera, formada por la misma imaginación, cuando ella con atención forma dentro de sí la imagen y figura que quiere traer presente. La segunda, dada sobrenaturalmente, como cuando sin que la imaginación trabaje en hacer figura, se viene dentro de ella alguna figura viva y eficaz que en un punto se pasa algunas veces como un relámpago, mas siempre deja rastro de mucha doctrina y entendimiento y mucha moción a la voluntad. La tercera es la asistencia interior de la imaginación o palabras interiores, que suele acaecer sin que la imaginación tenga figura ninguna parecerle que siente la presencia y asistencia de Cristo dentro de sí, que le mueve a la atención, reverencia y espíritu. Y unas veces le hablan allá dentro palabras interiores formadas y claras con tal delicadeza y sutileza que parece las va escribiendo Dios con su divino dedo en la tabla de piedra de nuestro corazón, como escribió la ley de Moisés (2). Y acaece a las veces ser palabras latinas, que el que no sabe la lengua no las entiende; mas declarándoselas quien la sabe, halla en ellas avisos de mucha importancia, y suelen venir algunas veces palabras de la Sagrada Escritura que contienen en sí doctrina provechosísima para el alma. Otras veces acaece sin oirse palabras interiores ni exteriores formadas, parecer que Dios le hace señas en lo interior

---

1 Exod., III, 2. 2 Exod., XXXII, 15.

acordándole algunos negocios, que después cuando el alma vuelve sobre sí, puede con palabras decir mucha doctrina y escribir grandes avisos y conceptos.

La tercera manera de presencia de Dios es la intelectual, cuando sin que haya figura exterior representada a los ojos del cuerpo ni cosa de las que hemos dicho en la imaginación, el entendimiento recibe luz, doctrinas y conceptos espirituales y divinos, como acaecía a los Profetas algunas veces. Y esta presencia intelectual suele ser de tres maneras. La primera, cuando levantando los ojos del cuerpo a lo visible y creyendo por viva fe que Dios está en todo lo criado por esencia, potencia y presencia, como si fuese alma del mundo, que así le llamaban los filósofos, con los ojos del cuerpo vemos las criaturas; el alma está en presencia de Dios conocido por el entendimiento, de la manera que cuando hablamos con un hombre, aunque no veamos sino su cuerpo, estamos en la presencia de su alma, a la cual tenemos respeto. La segunda, cuando en los mismos hombres, como en imágenes vivas y figuras de Cristo, miramos a Cristo y le reverenciamos y amamos en el prójimo, y por esta causa llama San Pablo a nuestro cuerpo y sus partes miembros de Cristo (1). La tercera, cuando en nosotros mismos traemos a Cristo y andamos unidos y juntos con él, haciendo las obras, diciendo las palabras y teniendo los pensamientos que Cristo haría, diría y tendría si estuviese en nosotros mismos y en nuestro lugar, como el representante que se viste las vestiduras de rey y representando su figura, hace las obras y meneos y dice las palabras que diría si fuese el rey. Y esta manera de presencia de Dios que llaman unitiva, es la más excelente y provechosa de todas.

Tres maneras de presencia intelectual.

Dones del Espíritu Santo.

La tercera parte de esta última jornada de la vía iluminativa contiene los dones con que el Espíritu Santo alumbra nuestro entendimiento. El primero se llama don de sabiduría, con que el alma recibe luz de las cosas sobrenaturales y del cielo con gusto y regalo. Porque *Sapientia,* que es la sabiduría, quiere decir *sapida sciencia,* sabrosa ciencia. Acaece en tres maneras: la primera, cuando le parece al alma que es llevada al cielo y allí conversa y comunica con los Santos, gozando de la presencia divina. La segunda, cuando parece que la meten en otra región de mayor luz que la que antes tenía, y le dan noticia de conceptos altos y sobrenaturales que nunca había entendido, con gran gusto y regalo del corazón que entiende aquellos misterios. La tercera, cuando en un mismo concepto que el alma entiende le descubre el Espíritu Santo tantas razones, conveniencias y congruencias que parece le satisface y quita todas las dudas, dificultades e ignorancias que le podrían venir. Pongamos caso que está uno pensando, si le estaría bien ser religioso; viénele luz

Dones del entendimiento.
Sabiduría.

Tres maneras de sabidurías.

1 I Ad Cor., VI, 15.

que si, con tantas razones, que según dice San Gregorio (1) no podría ya con seguridad de buena conciencia repugnar a la vocación del estado de Religión.

Entendimiento.

El don de entendimiento, porque *Intellectus,* quiere decir *intus latens,* es una soberana luz que da el Espíritu Santo con que descubre tres cosas: la primera, todo el estado interior de la propia alma, conviene a saber, sus potencias inclinaciones, faltas, imperfecciones, etc. Que parece entra una antorcha o hacha encendida dentro del corazón que alumbra todos los rincones de él, y es de gran fruto para la perfección esta luz, y quien a esta no llega procure ejercitarse en examinar su conciencia, entrando en cuenta consigo mismo para estar prevenido el día de la cuenta. La segunda cosa que alumbra este don es las conciencias de los prójimos, porque parece que tratando con ellos se ven sus almas, las condiciones que tienen y las faltas que cometen. La tercera, da luz de los sucesos y del estado del mundo, que parece se le descubren al alma los lazos y enredos que en él hay, como los veía San Antón, y los paraderos de muchos negocios que se tratan, y la solicitud que los demonios tienen para hacer daños universales. Y hace esto tanta impresión, que querría salir el alma que recibe esta luz, dando voces por esas calles avisando de lo que a él le avisan, como si acaeciese, que estando un hombre a una ventana de un aposento viendo las fiestas que se hacen en la plaza con alegría en compañía de otros muchos, le llevasen solo a otra ventana, de donde le mostrasen que sus enemigos están matando a sus padres y hermanos y otras cosas muy diferentes de las que en la otra ventana veía, que le hacen querer dar voces, como las que dió el hijo del rey Creso de Lidia, aunque era mudo, cuando vió que unos soldados iban a matar a su padre. Así acaece abrirse una ventana allá dentro del interior con que se ven las ofensas que en el mundo se hacen al Padre Eterno, los estragos que los demonios hacen en las almas, los lazos que les tienen puestos, con que querría, como otro Anani, salir dando voces como el salió cuando le mostraron le destrucción de Jerusalén.

El don de la ciencia es una luz sobrenatural con que el alma sabe las virtudes que más le importan para su salvación. Y hay algunos que aunque ignoren los términos de la filosofía moral, podrían ser maestros y predicadores de ellas, y principalmente enseña esta ciencia la guarda de la ley de Dios, según aquellas palabras de David: Bienaventurado, Señor, es el varón, a quien tú enseñares y mostrares la guarda de tu ley (2).

Consejo.

El don de consejo es la luz con que Dios declara a las almas los caminos más derechos de su salvación y perfección; los medios que se pueden tomar para ir aprovechando, los estorbos y estropiezos que pone el demonio para hacer caer o detenerse en la carrera a los que habían de ir corriendo para alcanzar la corona. Esta es la ter-

1 S. Gregor. *in Pastorali.*
2 Ps. XCIII, 12.

cera parte de esta jornada de la vía iluminativa, y porque de las otras cosas sobrenaturales que acaecen en el entendimiento unido, tengo de tratar en la tercera jornada de la vía unitiva, doy fin con esta a la vía iluminativa.

VÍA UNITIVA

Que contiene tres jornadas, conviene saber: la primera, de la caridad de Dios y del prójimo; la segunda, de la unión con Cristo y la tercera, de la Teología mística.

CAPITULO X

DE LA PRIMERA JORNADA DE LA VIA UNITIVA QUE CONTIENE EL AMOR DE DIOS, EL AMOR DEL PROJIMO Y EL AMOR DE LOS ENEMIGOS.

Amor de Dios.

Es el amor de Dios principio de todo nuestro bien, consumación y fin de las perfecciones; y así como Dios es alfa y omega (1), principio y fin, así el divino amor, aunque en grado imperfecto, es principio de todas las vías y caminos de la perfección, y en grado perfecto es el fin de todas ellas. Pero para más claridad le hacemos principio de esta primera jornada. Y porque de él hay mucho escrito, solo apuntaré tres cosas: la primera, los principios de donde nace el amor de Dios; estos son tres. El primero, la consideración de quién es Dios y de todos sus atributos y perfecciones, como ser Dios, infinito, omnipotente, etc.; y los bienes que tiene que nos mueven al amor, como ser nuestro padre, esposo, hermano, etc.; los oficios que con nosotros usa, que todos nos guían al amor y temor, como ser nuestro maestro, juez, etc. La segunda consideración es de lo mucho que Dios nos ama, que el ser amado es principio de amor. Y porque en Dios no hay más de un amor como no hay más de una esencia, y este amor es el mismo amor infinito con que espira el Espíritu Santo, de aquí se sigue que infinitamente nos ama cuanto es de su parte, y que por mucho que le amemos nunca llegamos a lo que se le debe de amor. La tercera consideración de donde nace el divino amor es de los muchos y grandes beneficios que de su divina mano hemos recibido, cuales son los beneficios de la naturaleza, como cielo, elementos, etc., los de la Iglesia, como los sacramentos y los de la gracia, como inspiraciones, perdón de pecados, etc., hasta darnos su propio Hijo y su vida, pues murió por nosotros en cruz. Estas tres raíces y principios del divino amor se contienen en aquellas tres palabras: *Diliges Dominum Deum tuum* (2). Por-

Lo que nos ama.

Los beneficios que hemos recibido.

---

1 Apoc., I, 48. 2 Matth., XII, 37.

que decir *Deum,* nos significa quién es, *Dominum,* los beneficios y dones que nos ha dado, *tuum,* el amor con que nos ama.

Cuántas maneras hay de amor de Dios.

La segunda parte del divino amor contiene las divisiones, especies, partes, miembros y diferencias que hay en el amor de Dios, que serían innumerables, si de todas tratásemos; sólo quiero apuntar tres. La primera, divídese el amor de Dios en amor tierno y amor apreciativo, que por otro nombre se llama *amor amicitiae et amor concupiscentiae,* amor de amistad y amor regalado. En el amor apreciativo fué excelente San Pedro, que por esa causa le encomendó Dios sus ovejas; en el amor tierno, San Juan, discípulo a quien amaba Jesús, que durmió en su pecho (1). Del amor apreciativo nace la observancia de la ley, el padecer trabajos por Cristo, la fortaleza y celo y la perseverancia en el servicio de Dios hasta el fin. Del amor tierno, los gustos y regalos de oración, los fervores de espíritu, la paz interior y consuelos espirituales.

Primera división.

Segunda.

Divídese lo segundo el amor según los actos de la voluntad en la intención con que se hacen las cosas por solo agradar a Dios: la elección o escogimiento con que dejando todas las cosas del mundo y dando de mano a todas las criaturas, escogemos a solo Dios o a las mismas criaturas por Dios; el imperio, con el cual todas las cosas que hacemos y los ejercicios de las virtudes las manda el amor y nacen del amor como de principio; el consentimiento, con el cual nuestra voluntad, repugnando a los pensamientos malos, consiente en los buenos; el uso y ejecución de los buenos propósitos que entonces se ponen por obra, cuando el amor venciendo las dificultades sale con la obra que en el buen pensamiento se deseaba.

Tercero.

Grados de amor.

Divídese lo tercero el amor en sus grados, porque al principio es menos fervoroso, luego va creciendo más, finalmente es impetuoso y grande. Nueve grados de amor pone Santo Tomás en su opúsculo de *Dilectione Dei et proximi,* que si los hubiéramos de decir aquí, se pudiera hacer un gran tratado.

Tres efectos del amor.

Virtudes.

Frutos del Espíritu Santo.

Lo tercero se divide el divino amor en los efectos, fines y frutos que de él se siguen. Estos, aunque son innumerables, contemos tres. El primero se llama merecimiento, con que el alma que ama merece mucha gloria, mucha gracia y aumento del mismo amor. Porque cuando se hace una obra por pequeña que sea, como fué el dar limosna de dos minutos (2), alcanza el ánima, que movida por amor de Dios hiciere aquella obra, más merecimiento que el que sin amor de Dios ofreciese al templo muchos talentos. El segundo efecto del amor divino es las virtudes, porque quien ama a Dios por darle gusto, cree todas sus palabras, confía en él, sufre sus trabajos etc.; y entonces las virtudes son perfectas, cuando nacen de la caridad. Tiene lo tercero el amor por frutos los del Espíritu Santo, conviene a saber, gozo, paz, paciencia, perseverancia, bondad, benignidad, mansedumbre, piedad, fe, modestia, continencia y castidad de que escribe

---

1 Joan., XIII, 23.

2 Luc., XXI, 2.

el Apóstol San Pablo (1). Asimismo son efectos del divino amor los afectos del alma enamorada de Dios, que se llaman júbilo, gozo, paz, embriaguez, desmayo, muerte y fuego de amor, celo y devoción, éxtasis y rapto, entrañamiento en Dios y la divina unión de que en otras partes hemos escrito largamente, como en el libro intitulado *Corona de doce estrellas*, y en nuestro *Dilucidario del verdadero espíritu* a que me remito. Afecto.

Amor del prójimo.

El que dijere, dice San Juan, que ama a Dios a quien no ve y no ama a su prójimo a quien tiene presente, miente y no dice verdad (2). Y aunque el amor de Dios sea más principal que el del prójimo, por ser el del prójimo más dificultoso y que encierra en sí el amor de Dios, con razón le ponemos por segunda parte de esta primera jornada. Este amor del prójimo es en tres maneras. La primera, amor natural, cuando vamos juntando y levantando al amor de Dios el amor que teníamos a las criaturas, y amando al prójimo por Dios, que llaman los santos, según los *Cantares* de Salomón, vino adobado (3); y este es de mucha importancia para la salvación y perfección, como el amor que tiene una madre a su hijo, el marido a su mujer, un amigo a otro, etc., que aunque por razón de la ley natural de parentesco y sangre, hermosura y otras buenas partes o beneficios recibidos se mueve el corazón a amar a aquel prójimo, entrando también Dios a la parte de este amor y viendo el alma que es agradable a Dios que aquella criatura sea amada en él, crece el mismo amor natural y el amor divino asienta mejor, porque ya halla hecha la cama del amor natural; que así como hay cuatro maneras de fuego, conviene a saber, fuego celestial, fuego elemental, fuego material, como el que se hace de la leña, y fuego infernal, y así como el fuego elemental y material suele subir a lo alto, mas el infernal siempre se queda en su centro, así hay cuatro maneras de amor del prójimo, amor divino, amor natural, amor sensible bueno y amor torpe y deshonesto. El amor sensible bueno y el natural, aunque si el alma se descuida puede bajar y hacerse amor torpe, pero si tiene cuidado de quitar las pasiones e imperfecciones, se puede levantar y hacerse amor divino y santo, como cuando un padre ama a su hija con amor natural, y un hombre ama a una mujer hermosa sin mala intención de pecar con ella; si este amor se mezcla y junta con el amor de Dios, y toma el alma motivo de más amar a Dios, porque crió tal hermosura, vuélvese amor divino. Tres maneras de amor del prójimo.

La segunda manera del amor del prójimo es el celo de la salvación de su alma. Este nace de considerar la excelencia que tiene porque el alma es imagen de Dios, el su gran precio y valor, pues fué comprada y redimida por la sangre de Cristo, y de la lástima de ver que se pierda y arda para siempre en el infierno criatura tan perfecta.

1 Ad Galat., V, 22, 23. 2 I Joan., IV, 20. 3 Cant., VIII, 2.

La tercera es amor del prójimo en Dios, por Dios y para Dios, que éste propiamente es amor divino. Nace lo primero de considerar que lo que Dios más ama en esta vida es al hombre, pues murió por él; lo segundo, de considerar y mirar al prójimo como a una imagen viva de Cristo, si es hombre, y si mujer, como a imagen de la Virgen María. Y así como nos aficionamos a una hermosa imagen no para ensuciarla ni destruirla sino para respetarla, reverenciarla y quererla porque nos trae a la memoria al Señor cuya imagen es, así cuando vemos al prójimo como a imagen de Dios, le hemos de amar con puro amor. Lo tercero nace de considerar al prójimo como si fuese un trono de la Santísima Trinidad, en quien Dios está, pues está en todas las cosas criadas y principalmente en nuestras almas por esencia, presencia y potencia. Y donde está Dios está toda la Corte celestial acompañándole: o nace de considerar que el prójimo es relicario o custodia donde está el Santísimo Sacramento. Y así como quien ve la silla o el trono real, se le levantan los ojos al rey que en él se asienta, y ama al trono y a la silla por el rey que allí está, así ama el siervo de Dios al prójimo por esta causa con amor divino, levantando el corazón al amor de Dios.

Amor de los enemigos.

Cristo nuestro bien, que entiende mejor que nadie en qué consiste la perfección del alma, la puso en amar a los enemigos cuando dijo: Amad a vuestros enemigos, etc. Sed perfectos (1). Y así este camino del amor de los enemigos, que es la tercera parte de la primera jornada de la vía unitiva, es el más claro y el más derecho para el cielo, aunque más dificultoso a los que vivimos en esta vida, llenos de pasiones y de miserias de Adán.

Tres maneras hay de enemigos. La primera, los que nos hacen y han hecho o dicho o querido mal, que el agravio nos incita contra ellos. La segunda, los que han agraviado o agravian a nuestros parientes o amigos. La tercera, los que no son de nuestro humor y condición que de balde y sin porqué nos son aborrecibles.

A cualquiera de estas tres maneras de enemigos podemos amar de tres maneras. La primera, no haciéndoles mal ni diciendo mal de ellos ni deseándoles consentidamente mal, sufriendo con paciencia las persecuciones, contradicciones y agravios que nos hacen, y a esto estamos obligados por la ley de Cristo nuestro Señor. La segunda, rogando a Dios por todos nuestros enemigos, y aunque si faltásemos de esto no pecaríamos como pecamos y faltamos en lo primero, es esta una oración tan agradable a Dios, que por ella se alcanzará cuanto quisiéramos pedir, principalmente el perdón de los pecados, pues pedimos al Señor nos los perdone como nosotros perdonamos a los que nos ofenden. Y aunque esta oración sea con sequedad, contradicción del apetito y haciéndonos mucha fuerza a los principios, después la hacen muy suave y gustosa los grandes bienes que por ella experimentamos que se alcanzan. La tercera, que es

1 Matth., V, 44, 48.

la más dificultosa de todas y de más merecimiento, es cuando no solamente no hacemos, decimos ni queremos mal a nuestros enemigos y rogamos por ellos en nuestras oraciones, sino que actual y positivamente les hacemos buenas obras, decimos de ellos buenas palabras y con el corazón los amamos, deseamos y queremos bien, movidos con las razones que arriba dijimos en el amor de los prójimos.

Y en esta parte del amor de los enemigos tiene el demonio puestos muchos lazos, y hay grandes barrancos y estropiezos, con engaños, cautelas y razones falsas que nacen de nuestro amor propio. Porque unos dicen que no puede ser esto, otros que están obligados a volver por su honra y hacienda y no pueden sin agraviar al enemigo, otros se engañan con celo falso de que lo hacen por el servicio de Dios y bien de la república y castigar los malos; pero el que pone los ojos con verdad en Cristo que dió la vida, rogó y amó a sus enemigos, todas estas falsas razones atropella y pone en este camino toda su fuerza para subir a la perfección, imitándole en que primero que de otros se acordó de los que le crucificaban, diciendo al Padre Eterno: *Pater, ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt* (1).

Excusas para no amar los enemigos

CAPITULO XI

EN QUE TRATA DE LA UNION, DIVIDIDA EN TRES PARTES O JORNADAS. EN LA PRIMERA SE TRATA DE LOS ACTOS HEROICOS Y UNITIVOS, QUE SON POR DONDE SE SUBE A LA VERDADERA UNION. EN LA SEGUNDA, DE LA UNION VERDADERA, Y EN LA TERCERA, DE LA VIDA EN CRISTO, QUE ES LA CUMBRE Y LO SUPREMO DE LA UNION DONDE SE HALLA EL AMOR SERAFICO.

Actos heroicos unitivos.

Llegará el hombre al corazón alto y será el Señor ensalzado, dice el real Profeta (2). Esta subida del alma es por actos unitivos, heroicos y grandes del entendimiento y voluntad, conviene a saber, soberanos pensamientos y encumbrados deseos que el alma tiene por donde sube a la unión.

Pensamientos y deseos se llaman actos interiores y movimientos del alma, y para que procedamos con más claridad y entendamos la doctrina de San Buenaventura, dividamos estos actos y movimientos en tres maneras. La primera llamemos actos de amor y conocimiento de Dios; la segunda llamemos actos unitivos o heroicos; la tercera llamemos actos anagógicos o movimientos anagógicos. Estas tres maneras de actos difieren como más y menos perfectos; porque los primeros son los que proceden de nuestro entendimiento y voluntad, ayudado con la divina gracia, y son más remisos y flacos. Los segundos son más eficaces y fuertes y que disponen y guían para la unión. Los terceros son los que nacen de la misma unión de quien

1 Luc., XXIII, 34. 2 Ps. LXIII, 7, 8.

trataremos después en el capítulo de la mística teología. Y aunque hacemos esta diferencia de nombres para más claridad, llamando a los primeros actos de caridad, a los segundos actos unitivos, a los terceros movimientos anagógicos, todos tres se llaman actos de caridad, pues encienden o nacen de la caridad y actos unitivos, pues disponen o nacen de la unión y movimientos anagógicos, que en griego quiere decir movimientos altos.

Primera manera de alcanzar actos heroicos.

Sube, pues, el alma lo más alto que puede y con la mayor eficacia y a lo más que puede desear, no contentándose con bajos deseos y pocas cosas sino deseando y entendiendo lo más que puede, y porque las palabras declaran muchas veces nuestros pensamientos y deseos, quiérolos reducir a tres maneras de tres palabras. La primera, lo que dice San Pablo: *Quoniam ex ipso et per ipsum et in ipso sunt omnia, ipsi honor et gloria in saecula saeculorum. Amen* (1). Que quiere decir, porque de él y en él y para él son todas las cosas, a él sea dada la gloria y honra en los siglos de los siglos, amén. En esta autoridad hay cinco palabras: La primera, *ex ipso,* que significa quien ora; porque cuando el alma se pone en oración, considera que el que ora y de quien salen estos pensamientos y deseos es Cristo que está dentro de sí, y así al punto que se pone en oración, hace cuenta que su propia alma llena de pecados e indigna de hablar con Dios, se ausenta de allí y en su lugar entra Cristo para orar, pensar y desear, y ya los pensamientos y deseos son como los que tuviera Cristo; de manera que en este Cristo que está orando en mí, considero cinco cosas que son como aquellos cinco panes con que Cristo hartó las compañías y sobraron los doce canastillos (2). Y porque pan en griego quiere decir todo, llamemos a estas cinco cosas cinco todos. El primero, toda la divinidad en Cristo, que es toda la divinidad de Dios con todos sus atributos. El segundo, toda la humanidad de Cristo con todas sus potencias, llagas y merecimientos. El tercero, la Virgen María con todos sus pensamientos, palabras y obras. El cuarto, todos los ángeles del cielo. El quinto, todos los santos y justos del cielo y de la tierra. De estos cinco todos contenidos en Cristo, en cuya persona el alma pide y desea, nacen unos divinos clamores tan impetuosos y eficaces, que como actos grandes y heroicos de la voluntad pueden alcanzar todo cuanto pidieren y levantan el alma a la soberana unión.

Los cinco todos que se consideran en Cristo.

Clamores del alma.

In ipso; la segunda palabra de San Pablo nos declara a quién hemos de pedir, con quién hemos de hablar, pensar y desear, que es el mismo Cristo, principalmente en el Santísimo Sacramento. El cual considerado en el cielo o en el altar o en nosotros mismos, contiene los mismos cinco panes o cinco todos que arriba dijimos. Con quién hablamos, conviene a saber, la divinidad, la humanidad, la Virgen, los ángeles y los santos, y cuando esta divina masa de estas cinco cosas se considera dentro de nosotros, y que el mismo Señor es el que pide a sí mismo y él mismo es a quien se pide con aquella soberana unión, crece tanto la confianza en nuestros pensamientos y

1 Ad Rom., XI, 36. 2 Joan., VI, 1-3.

deseos, que los actos de la voluntad y entendimiento que de allí proceden se pueden llamar altísimos y heroicos.

Per ipsum; la tercera raíz de estos divinos actos contiene los méritos de Cristo, él mismo pone delante al mismo Cristo para alcanzar todo lo que quisiere de sí mismo. Y así olvidada el alma de sus buenas obras para no confiar en ellas, y de todos sus pecados para que no la abatan ni desanimen, pide a Cristo, *per ipsum*, que quiere decir, por quien es Dios y por las excelencias divinas, y lo segundo, por los merecimientos y pasión, obras, palabras y pensamientos que tuvo y tiene Cristo; lo tercero, por todos los merecimientos y virtudes de la Virgen María; lo cuarto, por los de los ángeles; lo quinto por los de los santos y justos. Porque así como todas estas cosas, conviene a saber, divinidad, humanidad, Virgen, ángeles y santos están en Cristo, así se juntan en él todos los méritos. Los cuales méritos son tan grandes, que levantan sumamente el espíritu y suélese decir también de palabra: *Protector noster aspice, Deus, et respice in faciem Christi tui* (1). Amparo y Señor Dios nuestro, míranos y óyenos no por nuestros merecimientos sino por los de tu Hijo Cristo Jesús, en quien están todos los merecimientos y razones de confiar que le ponemos delante.

Sunt omnia; la cuarta raíz de los actos heroicos es no contentarnos con pedir pocas cosas sino todo aquello que se entiende que quiere y puede darnos Dios, y todo lo que pedirían y desearían Cristo Jesús en cuanto Dios y hombre, su Madre y todos los ángeles y santos y justos de la tierra. Porque el que pide es infinito y a quien se pide es infinito y el medio porque se pide son infinitos méritos, y así no se contenta el alma con menos que con estos cinco todos. Y esta manera de pedir harta y satisface al corazón; aunque a la verdad, después que la ha propuesto a Dios, así en común, revuelve a los particulares que ha menester, como al bien de la Iglesia, a la salvación de su alma, etc. Y los más ordinarios deseos particulares son las siete peticiones del Padrenuestro que muchas veces hemos declarado.

Ipsi honor et gloria; la quinta raíz de los actos heroicos es para quien se pide. Porque el alma olvidada de sí ya no pide nada para sí sino todo para Dios, conviene a saber, su honra y gloria, y que Dios Cristo y la Virgen, ángeles y santos, sean honrados, glorificados, amados y servidos como merecen, etc. Y como el fin de la petición y el Señor para quien se pide es tan alto, los actos son altísimos. Con este modo se edifica la ciudad de Jerusalén de quien dice David: *Jerusalem quae aedificatur ut civitas cuius participatio eius in idipsum* (2), como quien dice, la edificación de Jerusalén, nace de Cristo, en Cristo, por Cristo y para Cristo. Y esto basta en cuanto a esta primera parte de cómo se llega a los actos heroicos.

La segunda manera de llegar a los actos heroicos se contiene en los tres panes que el amigo pide a su amigo para su convidado, diciendo: Préstame tres panes (3). Estos tres panes son tres todos que

Tres universales peticiones.

---

1 Ps. LXXXIII, 10. 2 Ps. CXXI, 3. 3 Luc., XI, 5.

el alma pide y desea, contenidos también en estas palabras: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto.* El Padre, como Criador es glorificado y honrado con que todas las criaturas alcancen todos los bienes temporales y espirituales que tienen menester para vivir y salvarse. El Hijo, como Redentor, se glorifica con que todas las obras y misterios de la Redención sean conocidas y estimadas y se aprovechen de ellas los hombres como conviene, y así el alma, cuando da gloria al Hijo, desea que como Redentor sea conocida su ley evangélica y guardada y estimada como conviene, y sus Sacramentos, su Vicario, el Papa, y su Iglesia Romana, etc., sean reverenciados y obedecidos, y que todo el mundo se aproveche y salve mediante la sangre de Cristo aplicada en los sacramentos y distribuída por las llaves de Pedro. El Espíritu Santo, a quien se atribuye la gracia y el amor, es honrado con que todas las almas vivan en estado de gracia y alcancen virtudes y se perfeccionen como Dios quiere. Y así en estas tres palabras: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto,* se contienen los tres altísimos deseos de los actos heroicos que el alma puede hacer para subir a la unión.

Camino de actos heroicos. **Quince altísimos deseos.** El tercer camino de estos mismos actos heroicos se declara en estas tres palabras: Jesús, María y José. En la primera de Jesús se contienen quince altísimos deseos de cinco cosas, en cada una tres, conviene a saber, de Dios, de Cristo, de la Virgen María, de los ángeles y de los santos. A cada una de estas desea el alma tres bienes. El primero que sea quien es, como es querer y desear que Dios sea Dios; que Cristo sea unido con la Divinidad, que la Virgen sea Madre de Dios, que los ángeles sean bienaventurados y que los santos sean santos. El segundo, que estos cinco tengan las virtudes y perfecciones que tienen; el tercero que gocen de la gloria que poseen. Y porque el alma cuando ama quiere bien, y querer bien es desear bien para el amado, y esto es el mayor bien que puede desear, y porque el desear bien a quien no le tiene y le falta lo que se le desea es sin condición, como cuando yo deseo la gloria eterna, si con condición ninguna, digo: Señor, quiero mi gloria, dádmela; mas cuando el bien que deseo le tiene la persona para quien le deseo, entonces le deseo con condición, como cuando deseo que el que es rey sea rey, no le deseo el reinado absolutamente sino con esta condición si no fuera rey y en mi mano estuviera darle el reino que tiene, se lo diera de muy buena gana, etc.; de la misma manera cuando deseamos a Dios que sea Dios, de dos manera lo deseamos. La primera, alegrándonos de que Dios sea Dios y dándole gloria porque es Dios. La segunda condicionalmente, diciendo: Señor, si vos no fuérais Dios y en mi mano estuviera daros el ser Dios, de muy buena gana os le diera, conforme aquello que decía San Agustín: Señor, si yo fuera Dios y vos fuérais Agustín, yo os diera el ser de Dios y me quedara con el ser de Agustín: y estos son los altísimos actos y heroicos de amor en que se ejercita el alma y por ellos sube a la soberana unión.

Unión del alma con Cristo.

Porque he escrito muy largo en otra parte de esta materia, solamente diré aquí con resolución tres puntos acerca de la unión. El primero qué cosa sea unión; es una junta del alma con Cristo, así como cuando en una nube entran los rayos del sol, que se pone arrebolada y parece el mismo sol, o como cuando el sol entra en un espejo, que dentro del espejo y junto con él está el sol y causa como otro sol pequeño que está dentro, o como cuando el hierro ardiendo tiene dentro de sí al fuego que está hecho un fuego, sin la dureza, frialdad y oscuridad que antes tenía cuando era hierro frío. Y así como el arco de Joas, que tomaba Eliseo con su mano para tirar las saetas hacía un solo tiro de Eliseo y Joas (1), así el alma unida con Cristo hace un deseo y un pensamiento que nacen de Cristo en el alma.

Qué sea unión.

Esta unión se divide lo primero en unión que viene con arrobamiento y enajenación de potencias, y en unión despierta y sin rapto, que es cuando la misma alma ejercita juntamente con Cristo los pensamientos y deseos.

Dos maneras de unión.

Esta unión despierta y ejercitada, unas veces es de sola la voluntad, cuando esta se conforma con la voluntad de Dios y se renuncia en ella queriendo lo que Dios quiere y aborreciendo lo que aborrece, y esta es la unión esencial y que hace al caso, aunque las demás potencias estén rebeldes; otras veces se une también el entendimiento con el de Cristo, cuando el alma no admite pensamiento consentido indigno del pensamiento que Cristo tuviere, y digo consentido, porque los primeros movimientos no están en nuestra mano. Lo tercero, se suele también unir la imaginación y apetitos, cuando después de mucha mortificación están sujetos a lo que la razón ordena. Lo cuarto se unen las palabras con las de Cristo, cuando el alma procura no hablar palabra que Cristo no hablara. Lo quinto y último, se unen las obras nuestras con las de Cristo, cuando el alma procura hacerlas semejantes a las que Cristo hiciera, si estuviera en la edad, estado y salud en que la persona está. Y aunque es verdad que mientras estamos en esta vida, no se puede caminar tanto que se llegue a lo último de esta jornada de la unión, mientras más fuerzas pusiéremos en caminar a ella, mayor perfección alcanzamos.

Unión de las potencias del alma. Renunciación del alma en Dios. Buenos pensamientos. Rendimiento de los apetitos. Buenas palabras. Buenas obras.

Cinco géneros hay de unión de que hemos tratado largo en otras partes. El primero, unión de semejanza, que propiamente es imitación de Cristo. El segundo, unión de cercanía, que es traer el alma cerca y presente a Dios donde nace la presencia de Dios. El tercero, unión de apegamiento con Cristo, cuando el alma se arroja en sus divinos brazos, de donde nace la confianza. El cuarto, unión de conversión mediante el fervor de la caridad, de donde nace el trueque divino que el alma hace con Cristo, cuando toma las cosas de Cristo como propias suyas y sus cuidados arroja en el corazón de Cristo. El

Cinco géneros de unión con Cristo. Imitación. Presencia de Dios. Confianza. Trueque del alma con Cristo.

---

1 IV Reg., XIII, 16.

Vía del alma.

quinto, unión de vida, cuando vive en Cristo de que diremos en la última parte de esta jornada.

El alma que pretende esta unión y que goza algo de ella, tiene la oración que llaman en nombre de Cristo, y alcanza todo lo que quiere y llega al gozo cumplido, según aquellas palabras del mismo Señor: En verdad os digo que todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre, lo alcanzaréis; hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis para que vuestro gozo sea cumplido (1). Este pedir en nombre de Cristo acaece de cinco maneras. La primera, cuando pedimos lo que pidiera Cristo, que son las cosas que convienen a nuestra salvación y él nos enseñó a pedir con siete peticiones en el Padrenuestro. La segunda, pedir al Padre Eterno como enviados y mensajeros de Cristo. La tercera, pedir lo que nos conviene a nosotros porque redunda en honra y gloria de Cristo. La cuarta, sin acordarnos de nosotros ni pedir nada para nosotros, pedir para solo Cristo, como procuradores suyos, olvidándonos de todas estas cosas propias. La quinta, pedir como si Cristo pidiera en nosotros y fuésemos el mismo Cristo que pide representando su misma persona, como hace el representante que vestido de vestiduras reales dice las palabras y hace las acciones que hiciera y dijera si fuera el mismo rey y esta propiamente se llama oración unitiva.

Vida en Cristo.

Vía del alma, qué sea y sus partes.

Lo supremo de la unión y la cumbre de la oración que algunos llaman contacto de la divinidad, centro del alma, alteza de amor, amor seráfico, contiene tres partes. La primera podemos llamar morar Dios en el alma, y para declararla es bien traer a la memoria aquellas palabras de San Juan: El que me ama a mí, guardará mis mandamientos, y mi Padre le amará y yo le amaré, y vendremos a él y haremos morada en su corazón (2). En estas palabras es de notar que el principio de esta vida en Cristo es el amor con que el alma ama a Dios, el medio, que Dios ame al alma, y el fin, que Dios venga a morar en ella. Vienen las tres personas divinas, Padre, Hijo y Espíritu Santo a morar en el alma que vive en Cristo, enriqueciéndola el Padre con pureza, fortaleza y firmeza, el Hijo con luz, atención a la oración vocal y presencia de Dios, el Espíritu Santo comunicándole más amor de Dios, amor del prójimo y amor de los enemigos en más abundancia que antes tenía. Y al tiempo que estas tres divinas personas vienen, se abren en el alma tres puertas. Una en la memoria, por donde entra el Padre, mediante tres ejercicios de la propia alma que nacen de la memoria, cuales son: el primero, la penitencia que nace de la memoria de los pecados pasados; segundo, la mortificación de la memoria, de las pasiones e imperfecciones presentes, y el tercero el hacimiento de gracias que nace de la memoria de los beneficios recibidos. El entendimiento abre también otra puerta y quita tres cerraduras con tres consideraciones: la pri-

Las tres puertas que se abren en el alma para entrar las divinas personas.

1 Joan, XVI, 23, 24.

2 Joan, XIV, 23.

mera, consideración de Dios y de las cosas divinas para adorarlas; la segunda, conocimiento de las virtudes y perfecciones para seguirlas; la tercera, consideración de los pecados y faltas para evitarlas. La voluntad abre también su puerta con tres determinaciones de tres buenas vidas, conviene saber, vivir bien para consigo mismo, para con el prójimo y para con Dios. Cuando estas tres puertas se abren, nacen de allá dentro del alma como tres ríos, uno de cristal con que se llega a la pureza levantada; otro de luz con que el alma alcanza la luz que llaman inaccesible y otro de fuego donde llega al amor seráfico. Y esta morada de las tres divinas personas en el alma es la primera parte de la vida en Cristo.

Los tres ríos que manan.

La segunda es la transfiguración, transmutación o transformación del alma en Cristo, cuando levantada sobre sí como sobre un divino monte de Tabor mucho más de lo que ella puede alcanzar a entender ni obrar por sus fuerzas, el rostro de su entendimiento se pone más resplandeciente que el sol, porque no sólo recibe rayos de luz para quedar resplandeciente en sí sino también para alumbrar a otros, las potencias se ponen blancas como la nieve así como las vestiduras de Cristo en la transfiguración se pusieron blancas. Porque todas ellas cesan de mal obrar y se emplean en buenos actos y se halla el alma como si viviese entre los Santos del cielo, con la conversación celestial y vida bienaventurada que luego diremos.

Conversación celestial que sea.

Es esta bienaventurada vida y conversación celestial una imitación de la vida eterna, y lo más supremo a que el alma puede llegar en esta vida. Porque así como el cuarto elemento del fuego es como el cielo empíreo, llamado cielo de fuego y es lo supremo de esta región elemental, que está inmediata a la luna, así esta vida celestial de la tierra de que hablamos, es lo más parecido que hay a la vida de la gloria del cielo y lo supremo de esta vida mortal.

Doce cosas en que se parecen los bienaventurados de la tierra a los del cielo.

Hallamos que en la gloria eterna los bienaventurados gozan de doce partes que tiene la bienaventuranza; y de otras que se les parecen, gozan los que llegan a esta suprema cumbre de la vida en Cristo: primero, los del cielo ven la esencia de Dios que se llama visión beatífica; estos bienaventurados de la tierra, aunque no ven la esencia divina, suben a lo más alto de la contemplación: segundo, los del cielo aman a Dios con gozo que se dice fruición; éstos llegan a un grado de amor que todo les es gozo y alegría, porque se conforman en cualquier suceso que les venga con la voluntad de Dios, y nada les da pena de lo que ven que Dios quiere y hace: tercero, los del cielo poseen a Dios con seguridad que llaman los teólogos *comprehensio*; éstos, aunque no puedan tener seguridad, porque no la hay en esta vida, de no poder tornar atrás y pecar, pero con la perfecta caridad se expele de ellos de tal manera el temor, como dice San Juan (1), que viven en los tabernáculos de confianza y riquísimo descanso, que dice Isaías (2). Y así como los del cielo gozan de tres coronas, conviene a saber, corona de mártires, de vírgenes y confesores, así los que llegan a esta cumbre, alcanzan tres premios

---

1 I Joan, IV, 18. 2 Isai., XXXII, 18.

que se parecen a los de las tres coronas. El primero, no sentir los trabajos por los muchos actos de paciencia que han hecho en la vida pasada que es como la corona de martirio. El segundo, no sentir tantas tentaciones ni movimientos de la carne que se les da por haber guardado mucho tiempo y con mucha fuerza la castidad. La tercera, el gozo de ver que se conviertan almas a Dios, que es semejante a la corona de los confesores. Y así como en el cuerpo del bienaventurado hay cuatro dotes que se llaman: impasibilidad, sutileza, claridad y ligereza, así parece que alcanzan los de esta vida en Cristo, aun en el mismo cuerpo, tales disposiciones, que viven con salud que les nace del contento de la oración, y sienten ligereza para las obras de la virtud y una sutileza y claridad en si mismos, que les parece que ya son otros de los que eran. Y así como los bienaventurados tienen en sí plenitud, hartura e hinchimiento de todos los bienes y gustos posibles, así a estos les parece que todo les da gusto y contento lo que Dios hace o permite y gozan del henchimiento de alma, que es el más excelente de los gustos y regalos espirituales. Y finalmente viven en compañía y conversando con los santos del cielo, aunque moran acá en la tierra, que hemos llamado conversación celestial.

CAPITULO XII

EN QUE SE TRATA DE LA TERCERA JORNADA DE LA VIA UNITIVA, QUE SE LLAMA MISTICA TEOLOGIA. DECLARASE QUE SEAN MOVIMIENTOS ANAGOGICOS, NIEBLA Y OSCURIDAD DIVINA, SILENCIO INTERIOR Y TOTAL ANIQUILACION DEL ALMA, Y FINALMENTE EXTASIS Y RAPTOS.

Pregúntase cuál sea primero, lo supremo del amor, o lo supremo del conocimiento.

En la bienaventuranza de la gloria lo primero es la visión de la divina esencia, y en ella consiste lo esencial de la bienaventuranza que no la fruición y deleite del amor; mas en esta vida, cuando se llega a lo supremo y última jornada de la vía unitiva, primero es lo supremo del amor y la unión del alma con Cristo, que lo supremo de la luz y conocimiento. Porque como estamos en estado de merecer con los actos del amor y voluntad, merecemos más que con los del entendimiento. Y así aunque ponemos por última jornada de esta vía a la mística teología y cumbre del conocimiento, no queremos decir que sea de mayor mérito que el amor y la unión, mas escribímosla al cabo de todo porque nace de la misma unión y es efecto de ella. Muchos se han engañado leyendo este libro de San Buenaventura de *Mística Teología* y el de Dionisio Areopagita, pensando no ser buena doctrina poner primero a la unión que al conocimiento, y llamar a la unión principio y causa de la suprema luz, y hacer al conocimiento efecto, fruto y fin de la unión. Porque dicen que, según todas las reglas de buena filosofía, el conocimiento precede el amor, *nihil volitum quin praecognitum,* que es decir, que no se quiere cosa que no sea primero conocida. Y, según dice San Agustín, bien podemos amar a lo que aborrecíamos pero no lo que nunca conocimos. Para res-

ponder a esta duda se advierta que hay dos maneras de conocimiento y luz. La primera, obrada por el mismo entendimiento ayudado con la fe o con la ciencia natural y con el discurso, meditación y contemplación de donde nace el amor; el cual juntamente con el mismo amor va aumentando la luz hasta que llega la voluntad a lo supremo del amor que es la unión. Otra manera hay de conocimiento que nace de la misma unión y viene al entendimiento, sobrenatural y divinamente, cuando el alma está unida y no antes. Y este conocimiento y luz se llama mística teología. El ejemplo es claro; para poner al espejo de cara al sol y que se imprima en él la figura del sol, es menester alguna luz con que se vea el espejo y se vea el sol, y veamos cómo aplicaremos el espejo al sol; mas después de impreso el sol en el espejo y unido con él, de esta unión nace en el espejo un nuevo resplandor que antes no tenía, con el cual queda el espejo más resplandeciente y envía de sí rayos que deslumbran y ciegan la vista de los ojos a quien dan; y muy diverso es este segundo resplandor de aquel de la primera luz con que aplicamos el espejo al sol. De la misma manera acaece en el alma, que es como un espejo en quien se imprime y con quien se une Cristo Jesús, que primero con la luz de que hemos tratado en toda la vía iluminativa y en los actos unitivos de que hablamos en el capítulo pasado, el alma se une y junta con Dios, y esta es la primera luz; mas después de unida, resulta en el alma un divino resplandor de más alto conocimiento que se llama por San Pablo *divina sapientia*, y por San Dionisio *mística teología*, y los actos del entendimiento que de ella nacen llama San Dionisio movimientos anagógicos, y porque este nombre acto anagógico quiere decir acto subido o levantado derivándole del verbo griego *anagogin*, que quiere decir subir a lo alto; algunos llaman movimientos anagógicos a los actos heroicos y unitivos de que hablamos en el capítulo pasado, mas para ir con más claridad llamemos movimientos o actos anagógicos a este conocimiento de la teología mística, al cual se reducen las visiones, revelaciones y profecías. No porque sea necesario que todos los que tienen visiones, revelaciones y profecías hayan llegado a la unión del alma con Cristo, antes suele acaecer que pecadores, como Balaam y Caifás, han tenido revelaciones y profecías, sino porque estas maneras de conocimiento son tan altas, que quiero tratar de ellas en este lugar reduciéndolas a estos movimientos anagógicos.

Dos maneras de conocimiento.

Qué sea mística teología.

Qué se llamen movimientos anagógicos.

Visión, propiamente hablando, es del sentido de la vista exterior de nuestros ojos; y porque es tan clara y manifiesta la vista exterior, se llaman visiones las mercedes sobrenaturales que Dios hace a las almas, cuando descubre con figuras lo que les quiere enseñar. Estas visiones son de tres maneras. La primera, visiones exteriores, como la zarza que vió Moisés; la segunda, visiones interiores e imaginarias, como las del Apocalipsis de San Juan; la tercera, visiones intelectuales, que también se llaman profecías, como las que tuvieron los profetas. Revelar quiere decir quitar el velo o descubrir alguna cosa, como cuando una imagen está tapada con un velo, que quitándola el velo de delante, se ve la imagen; y según esto podemos llamar revelación a la misma visión, cuando Dios da a entender al que tiene la vi-

Visión, qué sea.

Tres maneras de visiones.

Revelación.

sión, lo que significa, como las del Apocalipsis de San Juan, que Apocalipsis en hebreo quiere decir revelación, y porque San Juan entendía lo que significaban sus visiones, se llaman Apocalipsis o revelación. Mas cuando Faraón veía las vacas gordas y flacas (1) y Nábucodonosor la estatua (2) y no entendían lo que significaban, podemos decir que tenían visiones, y lo que significaban aquellas visiones de las vacas y estatua se reveló a José y Daniel que les declararon sus visiones.

Profecía qué sea.

Profecía es lo mismo que visión o revelación de cosa oculta y escondida. Y estas son de tres maneras, conviene a saber, profecías de pretérito, como la de Moisés cuando vió la creación del mundo, profecías de presente pero en diverso lugar, como cuando Eliseo que veía Giezi tomaba los dones de Naaman Syro (3), aunque estaba ausente de donde Eliseo le podía ver, profecía de futuro, como la que dice Isaías (4): una Virgen concebirá y parirá un hijo, etc., aunque es verdad, que los santos y las divinas letras muchas veces llaman a lo mismo, visión, revelación y profecía.

Silencio interior, tiniebla divina y aniquilación total.

Así como para introducirse la forma del fuego conviene que de todo punto falte la frialdad, así para que el alma llegue a esta soberana y divinísima ciencia y a este supremo resplandor de la divinidad, conviene que cese de todos los actos interiores y exteriores, que las potencias del alma hacen con sus propias fuerzas. Esta cesación de actos se llama silencio profundo; no queremos decir que el entendimiento deje de entender y la voluntad deje de amar, porque si eso fuese no sería obra meritoria, sino que aquella luz última que recibe el entendimiento después de la unión, no le viene ni la alcanza por su consideración y discurso sino por estar la voluntad unida con Dios.

Silencio profundo.

Niebla interior.

La niebla interior u oscuridad divina es un deslumbramiento y ceguedad que viene al entendimiento cuando llega a tan alto grado de entender, que penetra no ser Dios tan bajo que el entendimiento le puede alcanzar en esta vida, sino otra cosa más excelente y más alta que ha menester lumbre de gloria para verle; como si un hombre entrase en una sala donde ve muchas alhajas y supiese de cierto que hay otra sala más adentro donde hay mayores riquezas, y en medio de estas dos salas hubiese un callejón oscuro, y este hombre con la codicia de ver las riquezas de la segunda sala, saliese y dejase la primera; pero no pudiendo llegar a ver la segunda, porque tiene cerrada la puerta, se quedase en el callejón oscuro, teniendo en más estarse en aquella oscuridad porque está cerca de la segunda sala, que no gozar de la luz con que veía los trastos de la sala primera; así nuestro entendimiento después de haber entendido de Dios y de las criaturas lo que puede alcanzar por sus fuerzas naturales, discurso y meditación, cuando llega el alma a estar unida con Cristo, de aquella

Comparación de la divina oscuridad.

---

1 Gen., XLI, 2.
2 Dan., II,
3 IV Reg., V, 26.
4 Isai., VII, 14.

unión le nace un deseo de querer ver con mayor luz otras cosas de Dios más altas y más excelentes; pero como no puede alcanzar a verlas en esta vida, sin que llegue en la otra a estar alumbrado con la lumbre de gloria, quédase en aquella oscuridad y tiniebla juzgando que Dios es infinitamente mayor de lo que el hombre puede alcanzar a entender, y por esa causa dice San Dionisio: *Caligo divina est inaccessibilix lux* (1). Corresponde esta divina oscuridad al rendimiento de la fe que tiene el alma, cuando sabiendo que no puede alcanzar por sus propias fuerzas los misterios de la fe católica, se ciega y rinde a no los querer escudriñar ni entender sino creerlos a pie juntillas, como dicen. Aniquilación total es cesar la voluntad de todo punto de querer cosa que no sea Dios, olvidando y dejando todas las criaturas y arrojándose en los brazos de solo el Criador, y así dice: *Deus meus, et omnia; dilectus meus mihi, et ego illi* (2). No quiero decir en esta doctrina que el alma aparta la voluntad del amor de la Virgen María y de los Santos y del cumplimiento de la ley divina, aunque esté unida con Cristo, sino que después de estar así unida, a todas estas cosas y a todos los prójimos ama y conoce dentro del mismo Dios y en Dios y para Dios. Porque así como en la esencia del Verbo Divino están las ideas de todas las criaturas, resplandecientes en la misma esencia divina, y del conocimiento de ellas y de su esencia el Padre engendra al Verbo, y estas criaturas cuando están idealmente en Dios, son la misma esencia de Dios, así en esta soberana cumbre de conocimiento y unión del alma con Dios, las criaturas que antes se conocían en sí y se amaban en si y por sus particulares bienes, ya de ahí adelante se aman en Dios y se conocen en el mismo Dios. Como si estando un espejo redondo en mitad de un aposento adonde hay muchas personas y muchas cosas que pueden mirar mis ojos, apartase yo los ojos de ellas y los volviese a solo el espejo para mirarlas en él, que viéndolas allí, aunque sea un perro muerto y hediondo, representado en el espejo es amable, y da gusto a la vista y no tiene el hedor, horror y bajeza que tiene cuando le veo y toco en el suelo; y así no solamente la Virgen María y los Santos son amables mirándolos en Dios, pero aun mis enemigos mirados y amados en Dios y para Dios, no me son aborrecibles.

La divina oscuridad es luz inaccesible.

Dios mío, y todo mi bien. Mi amado para mí, y yo para él.

Cómo entiende Dios las criaturas en su esencia. Ideal.

Comparación.

Extasis y raptos.

A esta altísima teologia mística se reducen las éxtasis y raptos verdaderos, en los cuales hay tres cosas. La primera, un profundo sueño y abstracción del conocimiento de todas las cosas criadas, cuando el alma se va saliendo por la consideración de las mismas criaturas y entrando en este divino sueño, porque conociéndolas, se eleva a mayor conocimiento del Criador, y sube tanto que pierde de vista las criaturas, como quien se echa a dormir, que poco a poco le van faltando los sentidos; y esto propiamente se llama éxtasis que es salir el alma de sí. Lo segundo es el rapto, cuando sin que el

Extasis, qué sea.

Rapto.

1 Dion., *De Myst. Theol.* 2 Cant., II, 16.

alma vaya considerando las criaturas ni saliendo y levantándose por ellas a la consideración del Criador, en un instante se halla levantada, abstraída y arrebatada en la altísima consideración de Dios, como acaeció a San Pablo cuando iba a Damasco (1). La tercera, que se suele hallar en el rapto y éxtasis, es la alienación de sentidos, cuando quedan del todo enajenados y sin ejercitar sus operaciones, que ni los ojos ven, ni el oído oye, etc. Y digo que se suele hallar en el rapto, porque no es necesario para que sea verdadero rapto o éxtasis que los sentidos se enajenen, como acaecía en los raptos y éxtasis de Cristo Nuestro Señor y de la Virgen María, que aunque se levantaba altísimamente su conocimiento y cesaba de la consideración de las criaturas, no por eso perdían los sentidos ni se les enajenaban. Pero porque hemos tratado muy largo de esta materia, basta lo dicho para entender estas tres jornadas de la vía unitiva y las partes de cada una, y dar fin a este *Itinerario de la perfección*, con que se entenderá mejor el tratado de la *Teología Mística* de San Buenaventura.

Alienación de sentidos.

En los raptos, o éxtasis de Cristo, y de la Virgen María no había alienación de sentidos.

En el Dilucidario, parte II.

1 Act., IX.

DE LA ORACION MENTAL

Y DE SUS PARTES Y CONDICIONES

DE LA ORACION MENTAL

Y DE SUS PARTES Y CONDICIONES

PROLOGO

Son tan dulces las palabras interiores que el alma habla con Dios en la oración, que el Esposo las compara al panal de miel y al incienso, diciendo en los *Cantares*: Tus labios, Esposa mía, son como el panal que destila miel y el olor de tus vestiduras como olor del incienso (1). Llama incienso a los buenos pensamientos que los ángeles del cielo ofrecen delante del trono de la divina bondad con el fuego del amor en el incensario del corazón humilde, presentando a este Señor nuestras peticiones y deseos. A esta virtud de la oración llama San Juan Crisóstomo alma de nuestras obras, porque les da el ser, vida y merecimiento, mediante la caridad que en la voluntad enciende. El mismo Santo la llama muro de la ciudad de nuestra conciencia, cimiento del edificio espiritual, lastre del navío de la gracia, nervios del alma, agua en que viven nuestras potencias, que son como peces en el estanque de la conciencia, arma para pelear contra los enemigos invisibles y leña con que se enciende el fuego del amor de Dios. Y así como el cuerpo sin alma se corrompe, la ciudad sin muros es saqueada de enemigos, el navío sin lastre se trastorna en la mar, el cuerpo sin nervios no tiene fuerza, el soldado desarmado fácilmente es vencido y los peces fuera del agua quedan en seco y se ahogan, y sin leña no se enciende fuego; así también nuestra alma, batida con tanta artillería de tentaciones, oprimida de nuestras malas inclinaciones y cercada de tantos vicios, si la iración le falta, muy a peligro está de ser saqueada, y puede con razón temer que se caiga el edificio de su aprovechamiento y quede inquieta e inconstante, y vacilando entre las ondas del mundo, a peligro de ahogarse y perder el aliento de espíritu, quedándose apegada a la tierra de sus apetitos hasta llegar a perecer miserablemente en su amor propio. Si quisiésemos decir excelencias de la oración y tratar de ella de propósito, sería menester escribir un libro grande. Mas, pues, tantos autores antiguos y modernos tan excelentemente de ella

---

1 Cant., IV, 11.

escribieron, como San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Bernardo, San Buenaventura, Lorenzo Justiniano y otros muchos, no me atrevo sino sólo a hacer una recopilación breve de lo que algunos han escrito de la oración mental y de sus partes, con avisos para introducción de los que comienzan a seguir este camino, resumiendo en pocas palabras lo que está escrito en copiosos tratados, que sea una breve luz de lámpara encendida para guiar por las dificultades u oscuridades, que a los que comienzan este camino se suelen ofrecer. Procederé con la mayor brevedad y claridad que pudiere, a honra y gloria de Nuestro Señor Jesucristo, de la Santísima Virgen del Monte Carmelo y en aprovechamiento de las almas.

CAPITULO PRIMERO

QUE COSA SEA ORACION MENTAL Y QUE SE REQUIERE PARA ELLA. DICESE EN SUMA CUANTAS SON SUS PARTES.

Según escriben los Santos, oración es hablar con Dios o levantar el corazón a Dios o presentar a Dios nuestros deseos. Es la oración en dos maneras: una vocal, otra mental. La vocal es cuando habla la boca y juntamente atiende el corazón a las palabras; porque cuando habla solamente la boca y no atiende el corazón a lo que dice, propiamente no es oración; y si lo es, será oración desatenta, de la que se queja Dios por el profeta Isaías, diciendo: Este pueblo con los labios me honra, mas su corazón lejos está de mi (1). Oración mental es cuando callando la boca, habla el corazón con Dios a quien tiene presente en lo interior, y es la vida y espíritu de la oración vocal.

Quien quisiere bien orar, procure tres cosas: La primera, pureza de conciencia. La segunda, quietud y sosiego de espíritu. La tercera, rectitud de intención. La pureza de conciencia es necesaria, que según dice el Señor por Isaías: Si levantaren sus manos llenas de sangre de maldad, apartará sus ojos y no los oirá (2). Para guardar esta pureza procure el alma tres condiciones; la primera, vivir de manera que no se le acuerde pecado mortal que no haya confesado clara y enteramente, de suerte que entienda que por temor ni vergüenza no los ha dejado de confesar todos, y declarar todas sus circunstancias necesarias en la confesión; y si no los hubiere confesado, tener intención de confesarlos con la claridad y entereza que conviene, que muchas almas hay que no tienen quietud en la oración; y si miran la raíz de esta inquietud, hallarán que no se han declarado como conviene en las confesiones pasadas por miedo o por vergüenza. La segunda, que antes de entrar en la oración, haga un breve examen de todos los pecados, ahora estén confesados ahora no; y tenga dolor, contrición y arrepentimiento de ellos, con propósito firme de confesar a su tiempo los que no hubiere confesado. La

1 Isai., XXIX, 13. 2 Isai., I, 15.

tercera, que diga la confesión general al principio de la oración o alguna oración vocal, como el *Paternoster* y *Avemaría*, o la antífona *Veni, Sancte Spiritus*, para con ella pedir a Dios esta pureza que tan necesaria es para entrar en la oración.

Por quietud y sosiego de espíritu entiendo, que el alma vaya desembarazada de los negocios, cuidados y pensamientos que en la oración le pudieren perturbar, huyendo lo más que pudiere de estas hijas de Jerusalén (1), que son las criaturas de quien se queja la esposa, que la despiertan al mejor tiempo que duerme el sueño dulce de quietud en los brazos de su amado, cerrándoles la puerta para negociar a solas con el Señor, que lleva el alma a la soledad para hablarla al corazón (2), y habérselo a puerta cerrada metido en la cueva de Elías (3) y volando con las alas de águila, que el mismo Señor dió para huir del río del tráfago y de los cuidados mundanos que el dragón demonio lanza por la boca. Por esta causa dice el real Profeta: Vacad y veréis cuán suave es el Señor (4); y declara el glorioso San Anselmo. Si quisiéreis ver, busca quietud, y para ella pospón y deja los negocios, y entonces gustarás de la dulzura de la oración. Para ganar esta quietud procura tres cosas.

La primera, haga cuenta que por aquella hora o tiempo que se determina de rezar, ninguna otra cosa tiene que hacer, dilatando todos los cuidados para otros tiempos y ocasiones; y pues cuando se echa a dormir o se sienta a comer, cierra la puerta a los demás negocios y ejercicios, dando aquel tiempo al sustento de su cuerpo, no será mucho que para dar de comer el manjar celestial a su alma y descansar del trabajo ordinario que dan las criaturas, se desembarace de las ocupaciones y cuidados.

La segunda, si tuviere algún negozuelo forzoso a quien de necesidad haya de acudir al tiempo de la oración, procure dejarle hecho antes de entrar en su recogimiento, porque después con ocasión de la presteza que requiere aquel negocio, no le saque el demonio del oratorio haciéndole quebrar el hilo que llevaba comenzado.

Lo tercero, estime en más aquella hora, tiempo y obra de hablar con Dios, que ninguna otra del mundo que por entonces se le pudiera ofrecer. Pues a la verdad ningún negocio hay más importante que acordarse de Dios, tratar de su salvación, llorar sus pecados, reconocer su miseria, ejercitar las virtudes, pedir a Dios mercedes, granjear perfección, merecimiento, perseverancia y gloria, que es lo que en la oración se negocia.

La rectitud de intención es que se mueva el alma a la oración por el fin más excelente que pudiere. Algunos lleva la costumbre o temor de ser reprendidos de sus prelados; a otros la hipocresía y vanagloria; a otros la curiosidad de querer saber en la oración puntos delicados o algunas cosas altas de profecías y revelaciones. También los gustos y regalos espirituales y gozar de aquel contento que de ellos redunda, mueve a otros a la oración. Y quien por estos fines

---

1 Cant., II, 7.
2 Osee., II, 14.
3 III Reg., XIX, 9.
4 Ps. XLV, 11.

se moviere, gastará el tiempo sin provecho y podrá ser que dé en algún peñasco de ilusión, donde se pierda y quede anegado en mitad de la navegación sin llegar al puerto de la perfección donde había puesto la proa de su aprovechamiento.

Los fines que ha de procurar llevar, son tres: el primero, para alcanzar de Dios por medio de la oración perdón de sus pecados, victoria contra las tentaciones, mortificación de sus apetitos y fortaleza para pelear contra sus enemigos; el segundo fin, para alcanzar de Dios gracia, merecimiento, virtudes, perfecciones y perseverancia, en hacer su voluntad; el tercer fin, por la honra y gloria de Dios, porque él quiere ser conocido, temido, adorado, amado, glorificado y reverenciado de sus criaturas, que le dan gusto y contento en ello. Y aunque en todas las obras de virtud se ejerciten estas cosas, más particular ejercicio de ellas hay en la oración donde se hace oficio de ángeles del cielo.

Y aunque es verdad que el Espíritu Santo inspira a donde quiere (1) y mueve al alma y la lleva por el orden que le parece, y así no puede haber mejor orden que el que Dios interiormente pone en la conciencia del que ora, con todo eso los Santos contaron siete partes de la oración mental, que puestas por su orden aprovechan a enderezar y encaminar este ejercicio al que comienza, y cuando el que ha días que se ejercita en oración se hallare seco y sin espíritu, vuelva con humildad como novicio a irse disponiendo por las mismas partes y caminos por donde comenzó, y con esto no volverá atrás, antes se conserva y entretiene hasta que Dios acuda con la luz y suavidad; que cuando hay ésta y plenitud de la voluntad en la caridad, no es menester guardar esta orden, sino dejar las velas tendidas al viento del Espíritu Santo y navegar con la mayor velocidad posible en el aprovechamiento del amor.

Tiene, pues, la oración mental siete partes, las cuales los autores llaman preparación, lección, meditación, contemplación, hacimiento de gracias, petición, conclusión o epílogo, de las cuales trataremos en particular en los capítulos siguientes.

CAPITULO II

DE LA PREPARACION, EN LA CUAL SE DEBE PENSAR QUIEN ES EL QUE ORA PARA GANAR HUMILDAD Y CONTRICION; QUIEN ES DIOS CON QUIEN SE HABLA PARA GRANJEAR REVERENCIA Y TEMOR; QUE ES LO QUE SE HA DE TRATAR CON DIOS PARA BUSCAR ORDEN Y ATENCION.

Así como el que quiere dar una música primero templa el instrumento para tañer bien y se entona para bien cantar; y quien quiere ir a caza, apareja su arco, aljaba y flechas; y para hablar con el rey, quien con él quiere negociar se prepara y piensa lo que le ha de decir; así el alma cuando quiere entrar en la oración, es bien

1 Joan., III, 8.

que temple la vihuela de su conciencia, apareje sus deseos y se prepare para hablar con su Dios, y aperciba lo que ha de hacer en la oración.

Esta preparación ha de tener tres condiciones. La primera, pensar atentamente quién soy yo que me atrevo a hablar con Dios, trayendo a la memoria mis pecados, considerando mi bajeza, inconstancia, poca virtud y poco merecimiento; de aquí nace el conocimiento propio, y de él la humildad y contrición, que son las primeras piedras sobre que se asientan todos los bienes espirituales, y sin ellas todo este edificio de la oración va fundado sobre falso.

La segunda es pensar quién es Dios con quien yo voy a hablar, y de aquí nace la reverencia, temor o amor que es menester llevar en la oración. Y es de advertir, que pues entre otras excelencias que la oración tiene, una de ellas es ser medicina de nuestras pasiones, para que curemos la que de presente más nos atormenta, y para que alcancemos victoria contra aquel vicio en que el apetito en aquel tiempo que vamos a la oración está más desenfrenado, hemos de pensar de Dios según aquel atributo que más conviene para nuestro bien, y hemos de considerar en Dios aquella virtud y excelencia divina, que hemos menester para adquirir en nuestra conciencia la virtud que nos falta, según el viento de la pasión que en ella corre y la tentación que más nos aprieta. Porque si estamos atribulados, es bien que nos acordemos que Dios es sumamente misericordioso para confiar en él; si tibios, que es suma bondad para amarle; si tristes y melancólicos, que es nuestra gloria y nuestra bienaventuranza para alegrarnos; si indevotos, que tiene majestad infinita para que la reverenciemos; si desaprovechados, que tiene infinita justicia para que le temamos, etc. Por no guardar esta diversa consideración de las excelencias divinas, han perdido algunos mucho fruto de oración. Porque acaece ir con melancolía y no saber considerar a Dios sino riguroso y castigador; y con esta consideración se va acrecentando más el temor y desconfianza haciendo ponzoña la oración que había de ser medicina. Y si le considerasen misericordioso, amoroso y humilde, recibieran ánimo y aliento sus espíritus atribulados, perdiendo aquella desconfianza que les aniquilaba. Y de la misma manera, si llegan a la oración indevotos y atrevidos, considerando a Dios misericordioso y perdonador, toman más atrevimiento que si le consideran omnipotente, riguroso y castigador; la cual consideración les refrenará con el temor, y los moverá a la devoción y reverencia y respeto que se debe a este Señor.

La tercera condición es disponer lo que hemos de tratar con Dios, según que los tiempos, ocasiones y estado de nuestra conciencia lo requiere; y de aquí nace la atención y orden en la oración, el cual orden no es malo, pues dice el sabio que las cosas de Dios tienen orden (1); porque pensar que sin hacernos fuerza y sin llevar apercibimiento, convenga ponernos a orar para sólo esperar lo que viniere, muchas veces vendrá el demonio o nuestro amor propio, me-

1 Sap., XI, 21.

lancolía y propio juicio, y hablarán en lo interior de la conciencia con nosotros y echaremos mano de estas hablas interiores engañosas, gastando el tiempo en examinar y escudriñar o dar crédito a lo que es ilusión, sensualidad o melancolía con mucho menoscabo de nuestro aprovechamiento. Y aunque es la verdad que el espíritu de la oración es don dado graciosamente de la mano de Dios y desciende de arriba del Padre de las lumbres (1), no es bien que piense nadie que ha de ser de mejor condición para recibir dones espirituales el negligente y que no se dispone, que el diligente y curioso en disponerse para recibirlos, con condición que no confíe en su industria y artificio sino sólo en la divina misericordia.

Porque así como la gracia, aunque es don de Dios y no se puede alcanzar por nuestras fuerzas, con todo eso es necesario que se disponga el alma con la penitencia para recibirla, así el espíritu de la oración, aunque sea don del cielo, le da Dios a las almas que se disponen.

Es de notar, que hay algunas personas que están ya tan ejercitadas y aprovechadas en el espíritu, que al punto que se ponen a orar se hallan en la divina presencia con interior sentimiento y arrojan la voluntad al amor, gastando en amar a Dios la hora de la oración y aun todo el día. A éstas no les aconsejamos que dejen su estilo de oración y que tornen a seguir esta orden y guiarse por estos puntos que aquí van declarados, sino caminen sin volver atrás con la regla y orden del fuego encendido de amor. Que quien enseña a tañer vihuela, aunque da reglas para saber poner los dedos en los trastes, el que es ya músico y está enseñado, no es necesario que mire estas reglas ni a los trastes para poner los dedos, sino que taña con libertad, gusto y desenvoltura, pues ya está experto en el arte; pero el que comienza, si no se guiare por reglas y fuere mirando cómo pone los dedos tañendo poco a poco, no llegará a ser músico perfecto.

También es de advertir que si comenzando por este orden a meditar quién soy yo y quién es Dios, le detuvieren el espíritu levantándosele y comunicándole allí el henchimiento de sus deseos que pretende, no es bien romper aquel hilo por ejercitar todas las demás partes de la oración que quedan, que no es este negocio que se ha de tomar por tarea ni a destajo. Mas cuando cae de aquel espíritu y se halla seco y distraído, con entrar en otra nueva parte de la oración se torna a recoger. Como si estando en la preparación, meditación o contemplación, no halla espíritu, pasa a la petición o hacimiento de gracias con que tiene en qué ocuparse y poder bien gastar su tiempo, sin que salga ocioso y desaprovechado.

---

1 Jacob., I, 17.

CAPITULO III

DE LA LECCION, Y QUE CONVIENE QUE CON ATENCION Y RESPETO ESCOJA LO QUE MAS LE HICIERE AL CASO PARA SU ESPIRITU.

Así como el contrapunto presupone el canto llano, y quien predica toma un tema que después declara diciendo sobre él las doctrinas y puntos que se le ofrecen, así quien ha de tener oración, después de haberse apercibido y preparado para entrar en ella, conviene que lea en algún libro para que teniendo en la memoria los conceptos que lee, pueda el espíritu contrapuntear con la meditación; y quien no leyere u oyere leer, por lo menos, acuérdese de algún punto oído otras veces sobre que pueda meditar, que esto sirve de lección.

Quien quisiere acertar procure tres cosas en la lección. La primera, atención, poniendo mucho cuidado en percibir muy bien lo que se va leyendo, y para esto no se determine luego a meditar sobre el primer punto que oyere perdiendo la atención a los demás, sino esté atento a todos los que se leen, porque después, de donde no piensa, se causa la devoción; y no ha de ser muy larga la lección sino breve y de cosas substanciales, graves y compendiosas.

La segunda, oiga o lea con respeto las palabras haciendo cuenta que se las va diciendo el mismo Dios, porque de esta manera vendrá a hacer más caudal de ellas en lo interior de su alma, y moverse mejor a la devoción que pretende.

La tercera, escoja y eche mano de aquel punto o puntos que parece le han de hacer más fruto cuando los meditare; porque cuando con atención se va oyendo lo que se lee, siempre parece que está dando golpes el corazón que atienda a tal y tal punto; que es como si me estuviesen diciendo allá dentro que tengo de hallar encerrado un tesoro, si cavo allí con la meditación y perseverancia. Eche, pues, el alma mano y siga en la meditación aquellas palabras que oye y más le mueven, y no se apremie a meditar solamente sobre lo que entonces se lee, sino quede con libertad para que si en la meditación de otro paso hallare más fruto y tuviere ya cebado su espíritu de otras veces, acuda a ella como a la mina donde tiene cierta su riqueza, y prosiga la meditación de las consideraciones que más le muevan, no obstante lo que ahora de nuevo va leyendo y oyendo. Como si leyéndose la meditación de la gloria, halla más fruto en considerar a Cristo crucificado y se le pone delante esta meditación con aprovechamiento, deje la consideración de la gloria que leía, y eche mano del punto de la cruz que de nuevo le dan, así como quien va a caza y saltan muchas liebres, aquella sigue que le parece que ha de matar, dejando de correr tras las demás, y si tiene la caza segura y cierta, no la deja por la incierta y dudosa.

Es de notar que hay muchos que no tienen talento, cabeza ni habilidad para hacer meditaciones y discursos, y suele darles Dios excelentísima contemplación con quietud interior y recogimiento; y estos tales, si se ponen en la oración y comienzan a querer meditar a

fuerza de brazos, como no aciertan, salen desabridos y desconfiados de poder alcanzar oración. Y porque no todas veces al principio que van a orar viene el espíritu de la contemplación, quietud y devoción que se procura, hanse hallado bien algunos de ellos con tomar un libro y estarse recogidos leyendo despacio y con sosiego, y en la misma lección les levanta el Señor el espíritu a contemplación altísima sin que preceda otra ninguna meditación.

Entre lo que es bien leer para meditar, lo que más hace al caso son los Evangelios y Divina Escritura, los mandamientos de Dios, artículos de la fe y toda la doctrina cristiana, las reglas y constituciones del estado de cada uno, la declaración de la ley de Dios, según aquellas palabras: No se aparte el libro de la ley de tu boca, sino meditarás en él de día y de noche (1). Porque si tuviésemos ejercicio de meditar cada día un mandamiento de Dios con la declaración de él o algún punto de nuestra regla para irnos perfeccionando en la guarda de las leyes, presto llegaríamos a vivir con rectitud, que es el fin que en la oración deseamos. También son buenos los libros que mueven los afectos de nuestra alma, como los que tratan de la pasión de Cristo y de los cuatro paraderos, muerte, juicio, infierno, gloria y la gravedad de pecados, miseria de la vida humana, repartiendo entre mañana y tarde diversas meditaciones. Muchos Santos antiguos y modernos escribieron libros para meditar, como el glorioso San Agustín, San Bernardo, San Anselmo, San Buenaventura, Santa Gertrudis, *Contemptus mundi,* y muchos devocionarios se han impreso; y para ir las meditaciones por los días de la semana, fray Luis de Granada y fray Pedro de Alcántara y otros autores escriben muy a propósito.

CAPITULO IV

DE LA MEDITACION Y DE SUS PARTES Y CONDICIONES.

Meditación se llama el discurso del pensamiento y entendimiento para persuadir a la voluntad alguna virtud; como si meditamos en Cristo crucificado y se pone en el pensamiento la grandeza y bondad de este Señor, y luego discurre y piensa que, si siendo Dios tan excelente como es, el amor le puso en la cruz con los mayores trabajos que se pueden pensar, la prueba del amor será padecer trabajos; y así luego viene a la voluntad gana de padecer cruz y trabajos o consuelo con los que tiene y padece. Decimos ser discursos para persuadir, porque cuando no se lleva por fin mover la voluntad a la virtud o ejercicio de ella, más propiamente se puede llamar estudio que meditación.

Tiene tres condiciones la buena meditación. La primera, que sea pura y libre de pensamientos impertinentes. Y aunque esta pureza y libertad sea algunas veces dificultosa de alcanzar, porque como el de-

---

1 Josue, I, 8.

monio sabe el fruto y provecho de la oración, acude a estorbarla con diversidad de cuidados y pensamientos, pero para esta pureza aprovecha procurar andar entre día en la presencia de Dios, porque presto se recoge el que nunca se derrama, y hacernos al principio de la oración la mayor fuerza que pudiéremos, peleando como Abrahán, cuando apartaba y ojeaba las aves que le estorbaban el sacrificio (1); y cuando más no pudiéremos y nos viéremos muy acosados, digamos a Dios algunas palabras con la boca, ayudándonos entonces de la oración vocal, o pidamos a Dios nos quiete el espíritu y mande a los vientos de nuestros vanos cuidados se sosieguen para que cese la tempestad y naveguemos con tranquilidad de oración. Y aunque algunas veces se hace del dormido y nos deja caer en la tormenta para que le despertemos y acudamos a él desconfiando de nuestras fuerzas y no atribuyendo el fruto de la oración a nuestros talentos, siempre despierta cuando le llamamos, y envía serenidad en el corazón o mayor fruto de merecimiento con la perseverancia.

La segunda condición es que sea sosegada, no haciéndonos fuerza en la cabeza para tener lágrimas cuando hay sequedad, ni queriendo a fuerza de brazos los sentimientos del espíritu que deseemos, sino que con sosiego y paciencia procuremos entender bien las palabras que vamos meditando. Y es aquí de advertir que muchas personas se engañan teniendo por principal fin los sentimientos y gustos del apetito, y piénsanlos adquirir con el trabajo de la meditación, y si no lo hacen, se condenan por indevotos y tienen por tiempo perdido el que gastan, y se levantan y dejan la oración. Otras ponen toda su fuerza en que la imaginación fabrique interiormente imágenes y semejanzas de lo que se pretende meditar; y si por falta de la cabeza no las pueden fabricar, desisten de la oración poniendo toda la fuerza en aquellas imágenes, no entendiendo que para que sea meditación verdadera, no es necesario que haya imágenes interiores, bastan las buenas razones que el entendimiento hace para persuadirse. De la manera que un negocio temporal va uno pensando lo que le conviene, juntando unas consideraciones con otras hasta caer en la cuenta y resolución de él, sin que sea necesario fabricar las imágenes en el pensamiento de aquel negocio sobre que discurre, así también en el negocio del alma sin ser menester hacerse fuerza a la cabeza, puede ir considerando sus cosas y las de Dios, guiándose a los bienes eternos sin imágenes ni sentimientos interiores.

La tercera, que sea repetida, no contentándonos con una y otra vez considerar el punto que vamos meditando, sino que perseveremos en traerle a la memoria y presentarle al entendimiento muchas veces, que no dejarán sus aceros, con los muchos golpes, de sacar centellas de buenos deseos que se prendan en la yesca de los buenos propósitos para encender el fuego del amor divino que buscamos.

---

1 Gen., XV, 11.

CAPITULO V

DE LO QUE SE HA DE IR MEDITANDO EN LOS DIAS DE LA SEMANA Y LAS VIRTUDES PRINCIPALES QUE SE HAN DE EJERCITAR SEGUN LO QUE SE MEDITA.

Aunque cada uno puede meditar según le guiare su espíritu y sacar de cualquier contemplación fruto de aquellas virtudes que más le hacen al caso, pero es bien que los nuevos en esta dificultosísima ciencia, sean encaminados por orden y concierto, y que vayamos deletreando con ellos el espíritu hasta que por sí tengan suficiente caudal. Y porque el fin de la oración es la virtud y vida perfecta, será bueno según las siete meditaciones de la semana, colegir las virtudes en que se han de ejercitar cada día. Para principio de lo cual es de saber que así como hay siete días en la semana, hay siete principios de bien vivir y siete principales misterios de la vida de Cristo y siete virtudes principales, que son principios de las demás, y siete principales puntos de las reglas de las Religiones.

Sábado en la noche.

El domingo, comenzando a contar desde la meditación del sábado en la noche, se medita la gloria de los bienaventurados, conviene a saber: el deleitoso lugar de la bienaventuranza en que hemos de morar, el gran numero que hay de bienaventurados, y la compañía y conversación tan deleitosa que con ellos hemos de tener; el inefable bien que será ver claramente la divina esencia amando y gozando de Dios sin peligro de perderle; la gloria de nuestros cuerpos con sus cuatro dotes, claridad, sutileza, impasibilidad y ligereza.

Domingo por la mañana.

El misterio de la Resurrección de Cristo; el librar los Padres del Limbo; el aparecerse a la Virgen y a la Magdalena y a sus apóstoles y discípulos, y su Ascensión soberana a los cielos. Sácanse de estas meditaciones espíritu de amor, fe y esperanza, viendo por ellas cuán bueno es Dios y lo que nos tiene aparejado en el cielo y cómo nos redimió, especialmente acudiendo a la comunión con que se enciende más este fuego, pues es bien que cada domingo comulgue quien no celebra y es religioso. Colígese de aquí obediencia; porque si amamos a este tan buen Dios, queriendo hacer su voluntad, esa es la del prelado que es el arcaduz por do viene la voluntad de Dios.

Domingo en la noche.

Se considera los beneficios recibidos de la mano de Dios, que son los beneficios de la creación y conservación y los de la redención y los beneficios particulares, sacando en limpio que somos nada; pues cuanto

tenemos es beneficio recibido de la mano de Dios, y de nuestra parte sólo tenemos nada y pecado.

Lunes por la mañana.

El lavar de los pies a los apóstoles, la humildad que Cristo en esto mostró y la institución del Santísimo Sacramento, y que siendo quien es, quiere venir a ponerse en las manos de un pobre y pecador sacerdote que le consagra; engéndrase en nuestra alma de estas consideraciones el espíritu de humildad, viendo que somos nada, y el buen ejemplo que tenemos en Cristo arrodillado a los pies de sus discípulos, especialmente a los de Judas.

Para guarda de la orden sacamos compostura exterior, como es no alzar los ojos vanamente, ni decir palabras vanas ni hacer otras desenvolturas que son principio de pensamientos deshonestos.

Lunes en la noche.

Se meditan los pecados, así los de la vida pasada como los que de presente cometemos, el número y gravedad de ellos. Considérase contra quien pecamos, que es Dios; quien peca, que es una criatura vil que tantos beneficios ha recibido de Dios; qué cosa es pecar, que es matar, cuanto es de nuestra parte, a Dios; y con qué facilidad y por qué niñerías pecamos, habiendo Dios hecho tales castigos por el pecado, especialmente el que hizo en las espaldas de su Hijo unigénito.

Martes por la mañana.

La oración del huerto y sudar Cristo sangre por mis pecados, dejarse prender, atar las manos y llevar con afrentas a las casas de los jueces. Gana de aquí nuestra alma espíritu de contrición y dolor de pecados, viendo cuan malos son, y aspereza y deseo de penitencia, abrazando con grande alegría la aspereza de vestido, ayuno, mala cama y lo demás.

Martes en la noche.

Se considera en las miserias, brevedad, engaños, incertidumbre y bajeza de esta vida y de las cosas del mundo.

Miércoles por la mañana.

De los misterios de Cristo consideramos el ser escupido su rostro bendito, los azotes, cardenales, llaga de las espaldas; el olvido que los suyos tuvieron de él; el ser entregado en manos de sus enemigos. Guía esto al espíritu del aborrecimiento propio y desprecio del mundo y deseo de trabajos y alegría con los que hay; todo lo cual hace una verdadera paciencia y deseo de la pobreza verdadera de la Religión, desechando cualquiera cosa del mundo y el deseo de ella.

Miércoles en la noche.

Se ha de meditar en la muerte, la preparación y señales de ella, la agonía y arrancamiento del alma, el enterramiento y corrupción del cuerpo.

Jueves a la mañana.

La coronación de espinas, el *Ecce homo,* el llevar la cruz a cuestas por la calle de la Amargura. Gana el alma una gran reverencia y temor a Jesucristo y diligencia en su servicio, especialmente cuando le representan el *Ecce homo,* diciendo: *Ecce homo.* Mira, hombre, lo que he hecho por ti. Gánase también silencio, viendo que se ha de morir y cuán pocas palabras habló el Cordero en todos estos pasos.

Jueves en la noche.

Se ha de meditar en el juicio final y las señales que a él precederán; la venida del Juez, el dar la cuenta y la temerosa sentencia.

Viernes por la mañana.

De los misterios de Cristo, el desnudar al Señor la túnica pegada con la sangre y tornarle a poner la corona, los golpes de los clavos, el descoyuntamiento de los miembros y las congojas que tuvo viendo la dureza de aquella gente; el dolor de su Madre, el ser desamparado de sus discípulos, y la angustia viendo perderse el precio de su sangre por el olvido que había de haber en muchos cristianos. Granjéase de aquí celo de almas viendo lo que pasó el Señor por ellas; y cómo nos holgaremos el día del juicio de ver alguna al lado derecho por nuestra causa. Para la Religión, encerramiento en la celda y clausura, que nace de no querer otra cosa sino oración y estudio para hacer fruto contra los pecados; y si le diere alguna gana de distraerse, con estas consideraciones se mitigará.

Viernes en la noche.

Se medita en el infierno, discúrrese por las penas de los sentidos poniendo en cada una la mayor que pudiere imaginarse, y aquella pena terrible de daño que es apartamiento de Dios. Considérase en cada cosa de éstas el lugar, la eternidad, compañía, crueldad, etc.

Sábado por la mañana.

De los misterios de Cristo el expirar el Señor en la cruz y bajar al limbo, la llaga del costado, el descendimiento de la cruz, el llanto de la Virgen y de la Magdalena y de S. Juan, y el oficio de la sepultura. Granjéase devoción muy particular con la Virgen, que es principio de muchas virtudes, haciendo cuenta que la hemos menester para valedora

porque no vayamos al infierno, y que la hallaremos a buena coyuntura al pie de la cruz para recibirla por Señora y quedar por sus esclavos, y la imitación verdadera de las virtudes de esta Señora.

En estas cosas dichas de los días de la semana se han de guardar tres condiciones que importan para entenderlas y ejercitarlas. La primera, que la meditación se lea en fray Pedro de Alcántara o en la recopilación de fray Luis de Granada, que allí están estos puntos muy bien dichos, y leídos con atención, queriendo ganar espíritu de las virtudes puestas en cada uno, se le ofrecerán otras consideraciones y meditaciones. Siga cada cual lo que Dios le diere, que mi intención no es más que enderezar para el principio de estos ejercicios.

La segunda, que la meditación del día ayude a acrecentar la virtud granjeada el día de antes, y así ha de ir hoy aumentando el espíritu de ayer y ganando otro de nuevo. Pongo ejemplo. El lunes consideramos los beneficios recibidos y la cena; auméntase la humildad del lunes, y de nuevo hácese principio de contrición para el martes,, de manera que en cualquiera de los días siguientes hasta el último, se va acordando el espíritu del ejercicio de las virtudes pasadas.

La tercera, que para ganar nueva virtud de un día, no sólo aprovecha la meditación de aquel día sino también la virtud adquirida el día pasado, antes eso es lo principal, y así la virtud que se engendra de nuevo, como nace de otras virtudes y especialmente de la caridad, que por eso la ponemos el domingo la primera, comenzando de ella, es más firme y fija y más meritoria. Por ejemplo: Señor, Dios mío y Padre mío, yo te amo porque eres Dios y me redimiste, y deseo hacer en todo tu voluntad; esta voluntad es que yo me humille; pues quiero mi abatimiento viendo que todo lo que tengo es beneficios de Dios, el cual se humilló por mí, hasta arrodillarse ante los pies de Judas, y más sabiendo que soy nada. ¡Oh, nada, que quieres amar a Dios!, ¿cómo le has ofendido tanto que le hiciste sudar sangre por tus pecados?, ¡oh, malditos pecados!, pésame de haberlos hecho, pésame en el alma de haber pecado contra un Dios tan bueno, siendo yo nada; yo me condeno a no tomar cosa gustosa en esta vida, sino trabajos y afrentas, pues pequé siendo yo tan vil; y habiendo pecado contra un Dios tan bueno, ¿cómo pareceré ante él sino temblando mucho? Temo a este buen Dios y quiero por él trabajos, pues tanto le ofendí, siendo yo tan ruin y él tan bueno que merece ser amado. Pues ¿en qué me emplearé para aplacarle que sea más provechoso que en ganar almas? Ganar almas quiero y poner los medios de estudio y oración que conviene. Mas siendo yo tan ruin y habiendo ofendido a Dios, que no osaré parecer delante de él a solas ¿a quién llevaré por madrina y abogada sino a la Virgen mi Señora? etc.

De la misma manera que se van enlazando estas virtudes, se van enlazando las meditaciones; unas veces subiendo desde la última hasta la primera, otras veces bajando, para que con este ejercicio se haga una alma diestra en la batalla contra los demonios. Y es de notar que las meditaciones del día en que hemos de ejercitar alguna virtud, comienzan por las de la noche del día antes, así como la fiesta entra a vísperas; y así el domingo que es de ejercicio de amor, entra el sábado en la noche por la consideración de la gloria.

CAPITULO VI

DE LA CONTEMPLACION Y DE SUS PARTES.

No me parece a propósito del intento que llevamos, detenerme en declarar qué sea contemplación, examinando con rigor de letras la doctrina de ella según lo que escriben los filósofos y teólogos, sino proceder para instrucción de almas que comienzan, y llamar contemplación al detenimiento que hace el pensamiento en alguna cosa que se contempla, y a la aplicación de la voluntad cuando con asiento y quietud la quiere y desea. Hacemos diferencia de la meditación a la contemplación, en que la meditación procede con discurso del entendimiento que va moviendo la voluntad; mas en la contemplación está conociendo atentamente el entendimiento con la luz que ya tiene adquirida, y estáse ejercitando la voluntad en el acto del deseo que ya tiene adquirido, como quien anduviese mirando muchas imágenes que hay en un aposento y reparase en alguna de la cual por algún rato no quita los ojos, y se está aficionando a su hermosura; así el entendimiento cuando medita va discurriendo por muchos conceptos y coligiendo unos de otros, y ésta es meditación; mas cuado se detiene en alguno en que halla luz y la voluntad se afervora en él, ésta llamamos aquí contemplación.

Muchas almas comienzan y acaban la oración en ella sin que preceda meditación ni discurso: otras están muchas horas y aun lo más del día en ella con una sosegada presencia de Dios, gozando y amando de tal suerte, que se quejan de las hijas de Jerusalén, que son los cuidados, porque les despiertan; otros al cabo de la hora que han gastado en meditar, tienen algo de ella, y aún a veces se les va el tiempo en pelear con pensamientos impertinentes, y acaece que en un abrir y cerrar de ojos, les viene una luz y un ímpetu que les es de provecho para vivir bien muchos días y aun toda la vida. De cualquier manera que el alma saque fruto, siempre se ha de alegrar y nunca deje de perseverar en la oración, que donde menos se piensa hay mayor ganancia.

Tres partes suele tener la buena contemplación. La primera, que sea humilde, quiero decir, que aquel buen deseo que viene y aquel gusto o luz interior que le dan, le reconozca por don y merced de Dios, dándole gracias por habérsele dado, y siempre se tenga por indigno de cualquier bien; y cuando no le tuviere sino que le llevaren con sequedad dejándole con sus meditaciones y discursos, no se aflija y congoje ni quede descontenta, como si la debiera algo y no la pagaran, porque en mano de Dios está hacer lo que quisiere de su hacienda, antes quede con humildad reconociéndose por indigna de cualquier quietud y merced de espíritu, y teniendo en mucho que le consientan estar allí hablando con Dios, pues merecía estar ardiendo en el infierno según sus culpas y pecados. La segunda, que sea segura, que es ser acertada en el mayor aprovechamiento del espíritu. Porque

suele haber gran engaño en tener por más alta contemplación a la más baja y por más segura la más peligrosa, por más santa la más engañosa y por más delicada a la que nos hace perder más tiempo.

Para declarar bien esto es necesario saber, que aquella contemplación es más excelente que más humilla y purifica la conciencia, y causa en ella mayor amor y temor de Dios y guarda de su ley y ejercicio de virtudes; y la que de esto se desviare, aunque tenga cosas que parezcan más altas y más extraordinarias y que parezcan más milagrosas, como visiones, revelaciones, sentimientos y cosas semejantes, es la menos buena y la más peligrosa.

La tercera condición de la buena contemplación es que sea en manera de diálogo y coloquio, donde algunas veces el alma hable con Dios, otras veces calle y esté atenta esperando las palabras interiores y escondidas que suelen venir en este profundo silencio, atención y presencia de su Señor. Porque almas muy habladoras y que no quieren oir, sino hablárselo todo, suelen salir secas de la oración. Y es bien advertir, que muchas veces nuestro deseo o el eco y zumbido de los pensamientos que otras veces hemos tenido, se suelen venir en este tiempo a la consideración sin llamarlos, y piensan algunos que son palabras de Dios y danles crédito quedándose engañados con su amor propio.

CAPITULO VII

DEL HACIMIENTO DE GRACIAS Y DE SUS CONDICIONES.

Mándanos el Apóstol orar con hacimiento de gracias (1); el cual es un reconocimiento de los beneficios recibidos de las manos de Dios, cuando le damos gracias y loores por ellos, y es bien que antes que le pidamos mercedes nuevas, reconozcamos las antiguas que hemos recibido, porque a los agradecidos comunica sus bienes, y el desagradecimiento seca la fuente de la misericordia. El hacimiento de gracias conviene que tenga tres condiciones. La primera, que sea concertado o seguido: que quiere decir, que salga del mismo espíritu de la contemplación que llevamos, y la vaya continuando para que no se quiebre el hilo de espíritu; y aunque podemos dar gracias a Dios por muchos beneficios, que comencemos por aquel que más corresponde a lo que íbamos contemplando; como si meditando los tormentos del infierno, y movidos al temor de ellos, comenzamos a dar gracias a Dios porque nos ha librado de tan insufribles penas. La segunda, que ayude a ganar fruto en el mismo espíritu que se llevaba, aumentando y confirmando los propósitos ganados en la misma oración; como si dijésemos: Va el alma en la consideración de las penas del infierno con espíritu de temor y llega a dar gracias por haberle librado del infierno, y luego acuérdase de los demás beneficios, como es haberle Dios criado y redimido, etc. Y en la consideración de estos beneficios

1 I ad Timoth., II, 1.

dando gracias por ellos, acuérdase estar más obligado al servicio de Dios y merecer más pena que otro ninguno por la ingratitud que tiene a quien tanto debe y tan poco corresponde; y va aumentando con esto el mismo espíritu de temor que llevaba en la voluntad sin salir de él.

Porque refiriendo los beneficios, nos podemos mover a amor por vía del agradecimiento; a confianza, por la consideración de la gran benignidad de Dios; a temor, por la memoria de nuestra ingratitud a tantos beneficios. Pues lo que digo es que si vamos ganando una virtud de estas, la vayamos aumentando con el hacimiento de gracias, enderezándole a la misma virtud y no dejándonos descuidadamente llevar a otros deseos, de suerte que perdamos el afecto que queríamos ganar, y aunque cualquier virtud que sacamos de la oración es buena, mas de no proseguir una, nos nace quedar imperfectos y detenidos a la mitad del camino de nuestro aprovechamiento. La tercera condición es, que sea principio de confianza para entrar en la petición; porque quien pide a Dios mercedes con confianza, ninguna cosa se le negará, y es buen principio para entrar en la petición, engrandecer la confianza con la memoria de estos beneficios; como si el alma fuese diciendo: Muchas gracias te doy, Señor, porque me criaste y redimiste y por los demás beneficios particulares etc.; pues quien tanto ha recibido de Dios ¿qué le pedirá que ahora no lo alcance? Pídote, Señor, esto y esto, etc. Y como comienza la petición con la memoria de las mercedes recibidas, entra con ánimo, fervor y confianza a pedir, teniendo por cierto que ninguna cosa le negará Señor tan liberal.

Los beneficios de que se ha de dar gracias a Dios, aunque son innumerables, puédense reducir a tres géneros y en cada género siete. El primero contiene los beneficios de la creación, el segundo, los de la redención, el tercero los otros beneficios particulares.

Beneficios de la Creación.

El primero, haber criado los ángeles que nos guarden. El segundo, los santos con quien eternamente nos gocemos. El tercero, los cielos que nos alumbran. El cuarto las yerbas, piedras y metales que nos aprovechan. El quinto, los elementos que nos sustentan, que son fuego, aire, agua, etc. El sexto, los brutos animales de que nos servimos. El séptimo, habernos criado Dios a su imagen y semejanza, el alma con todas sus potencias y el cuerpo con sus sentidos y facultades, etc.

Beneficios de la Redención.

El primero, el beneficio grande de la Encarnación. El segundo, el deseo y amor que tenía Cristo de salvarnos. El tercero, las penas y trabajos que para esto padeció hasta morir. El cuarto, la ley evangélica que nos dió tan suave y provechosa. El quinto, los siete sacramentos que nos dejó. El sexto, la gracia y virtudes que por su divina misericordia alcanzamos. El séptimo, la gloria y bienaventuranza que esperamos.

Beneficios propios y particulares.

El primero, haberme criado Dios con tales talentos del alma y salud y otros bienes del cuerpo. El segundo, haber sido bautizado y criado entre cristianos y gente de razón y que conoce al Señor. El tercero, haberme dado tantas inspiraciones y llamado tantas veces. El cuarto, la vocación al estado de la Religión o a otro estado que tuviere. El quinto, los oficios, habilidades y otros muchos aparejos para ganar mucha gloria. El sexto, todas las buenas obras que he hecho, que son beneficios de Dios. El séptimo, los males y peligros de que me ha librado, así de los que sabemos como los que no sabemos ni podemos saber.

De todos estos beneficios se han de dar gracias, por cuatro respetos: el primero, porque son ellos buenos en sí; el segundo, porque son buenos para mí; el tercero, porque Dios los hizo; el cuarto, porque los conserva; como de haberme criado el cielo, doy gracias viendo cuán bueno es y cómo me aprovecha alumbrándome, y porque ahora le está conservando.

CAPITULO VIII

DE LA PETICION Y DE LAS PARTES QUE DEBE TENER.

Llegamos a la oración como pobres a pedir limosna a un gran Señor, rico de misericordias, como enfermos para alcanzar salud del verdadero médico de nuestras almas, como hambrientos a pedir pan al que abriendo su mano llena a todos de bendición (1), y como criaturas miserables y destituídas de todo bien, a su Dios y Criador. Y así la principal parte de la oración es la petición, la cual si lleva las condiciones que conviene, nunca deja de alcanzar lo que se pretende ni vuelve vacía; y muchas veces alcanza más de lo que pidió.

Tres son las principales partes de la petición para que sea cual conviene. La primera, humildad y confianza, que no es otra cosa sino que el que pide reconozca su indignidad, poco ser y valor, y que no merece alcanzar merced alguna, antes merece castigo por atreverse a hablar con rey de tan soberana majestad, siendo él criatura tan mala y llena de abominaciones; pero considerando que dice el Señor que cualquiera cosa que pidiéremos al Padre Eterno en su nombre, la alcanzaremos, junto con esta humildad viene la confianza, con la cual nos alentamos a pedir lo que quisiéremos, teniendo por cierto que lo alcanzaremos, por ser Dios quien es, y tener tanto deseo de hacernos bien, y que antes que demos voces, nos oirá, y antes que le llamemos nos vendrá a buscar (2), y con esta certidumbre nos atrevemos a pedir cosas grandes y nos avergonzamos de pedir cosas pequeñas a un Dios tan grande; porque si miramos a lo que merecemos, ninguna cosa somos dignos de alcanzar; si a lo que Dios quiere y puede darnos,

---

1 Ps. CXLIV, 16.

2 Isai., LXV, 24.

como su bondad es infinita, no tiene término en hacer mercedes, y cuanto el alma abriere la boca del deseo en la petición, tanto alcanza de mercedes. De aquí se sigue cuán enfadosas sean para Dios las almas apocadas y ruines que se contentan con pocas cosas, y aun esas van dudando si las alcanzarán o no. Pues a la verdad, para un Señor tan liberal, agravio le hacemos en pedirle poco, aunque para lo que merecemos, merced nos hace su Divina Majestad en no echarnos al infierno.

La segunda parte de la petición es que sea eficaz y que vaya con fervoroso y encendido deseo de alcanzar lo que pedimos. Porque pidiendo fría y tibiamente, parece que nuestra misma tibieza y flojedad merece no ser oída, mas pidiendo con importunación, eficacia, perseverancia y fervor ¿qué cosa habrá que no la alcancemos? ¿Quién de vosotros, dice el Señor, llega a la media noche a su amigo y le dice: Amigo, préstame tres panes, que tengo un amigo convidado, etc. (3), y está importunando en pedir que aunque parezca que se detiene el amigo y se excusa de no le abrir, aunque no sea más de por la importunación, no le dé todo lo que pidiere? El amigo para quien pedimos es Cristo Jesús, que si nos enseñásemos a no pedir cosa para nosotros, sino todo para su honra y gloria, de otra manera nos aprovecharía la petición. El amigo a quien pedimos es el Padre Eterno. Los tres panes que le pedimos, son estos tres deseos. El primero, que Jesucristo Nuestro Señor y amigo sea conocido, servido, amado, honrado y glorificado en todo el mundo y de todas las criaturas en tanto grado y con tanta perfección como él merece. El segundo pan, que todas las almas se salven. El tercer pan, que mi propia alma adore y glorifique a este Señor, empleando todos sus pensamientos, palabras y obras en lo que fuere más agradable a su divina bondad y que cualquier obra que hiciere, por pequeña que sea, vaya hecha con aquella intención de ánimo, pureza de conciencia, fervor de espíritu, eficacia de voluntad y con todas las demás circunstancias que pueden ser más agradables a este soberano Señor. Quien se diese a pedir estos tres panes con perseverancia, eficacia, fervor e importunación ¿qué habría en este mundo que no alcanzase? Pero como pedimos muchas veces cosas de la tierra, o guiados por el amor propio lo que nos da gusto, no nos espantemos no ser oídos, y aun es misericordia de nuestro buen padre negarnos algunas veces lo que pedimos, porque sabe muy bien que nos conviene que no se nos conceda. Como si un niño pidiese con eficacia a su padre alguna cosa que tiene ponzoña, mayor bien le hace en negársela que en concedérsela.

La tercera parte de la buena petición es que vayamos ejercitando con actos interiores las virtudes que pedimos. Como si pedimos fe, hagamos acto de fe; y si pidiéremos humildad, acto de humildad reconociendo nuestra bajeza y deseando ser abatidos; porque cuando juntamente se ejercita la virtud y se pide, fácilmente se alcanza. Esto se nos enseña en el Evangelio de San Marcos,, cuando dijo el padre de un endemoniado: Creo, Señor, remedia mi incredulidad (2). Y si

---

1 Luc., XI, 5-6. 2 Marc., IX. 23.

así dijésemos nosotros: humíllome, Señor, dame humildad; deseo padecer trabajos, dame paciencia, etc., fácilmente alcanzaríamos lo que pedimos. Y porque nos conviene en gran manera saber las cosas que es bien que pidamos, y para que quien comienza a tener oración sepa pedir y juntamente ejercitarse, me pareció en el siguiente capítulo recopilar siete septenarios de cosas que el alma ha de pedir en la oración y en que se ha de ejercitar pidiéndolas, las cuales ha de procurar alcanzar con todas sus fuerzas.

CAPITULO IX

DE UNA RECOPILACION DE LAS COSAS QUE HEMOS DE PEDIR A DIOS Y EN QUE NOS HEMOS DE EJERCITAR PARA EL APROVECHAMIENTO DE NUESTRA ALMA.

Lo que cada uno ha de pedir en la oración se lo acordará la necesidad que es buena maestra de mendigar; pero porque más ordenadamente vaya pidiendo, será bueno reducir lo que ha de pedir a método y orden. Todas las cosas que es bien que pidamos se pueden reducir a siete septenarios. El primero contiene siete por quien hemos de pedir. El primero, por el mismo Dios, y le pedimos su honra y gloria. El segundo, por el aumento de la fe católica y de la Iglesia y por la conservación y feliz estado de ella. El tercero, por el brazo eclesiástico que es el papa, cardenales, obispos, arzobispos, religiosos, sacerdotes con los demás obreros de la viña del Señor para que sean fieles ministros. El cuarto, por el brazo seglar, que son los reyes y príncipes cristianos, los ministros de la república y de la casa y ejércitos de los reyes y los demás seglares. El quinto, por nuestros padres e hijos espirituales, que son los confesores o penitentes, prelados y súbditos, predicadores y oyentes, maestros y discípulos, de suerte que el confesor ruegue por su penitente y el penitente por su confesor, etc., y por sus encomendados. El sexto, por sus padres carnales, hermanos, parientes, amigos y bienhechores, y los padres por sus hijos, etc., y los que en cualquier manera nos favorecen. El sétimo por los enemigos así de obra como de pensamiento. Es aquí de notar que cuando pedimos por estos siete órdenes de gentes, en las cinco postreras hemos de entender vivos y muertos, y también que para ellos pedimos todo aquello que para nosotros habemos de pedir.

El segundo septenario contiene las siete peticiones que nos enseñó el Señor en el Paternoster. La primera, la honra y gloria de Dios que se contiene en estas palabras: *Sanctificetur nomen tuum.* La segunda, nuestra gloria: *Adveniat regnum tuum.* La tercera, la gracia: *Fiat voluntas tua.* La cuarta, los tienes temporales y sustento en esta vida: *Panem nostrum quotidianum.* La quinta, perdón de pecados: *Dimitte nobis debita nostra.* La sexta, victoria contra las tentaciones: *Et ne nos inducas in tentationem, etc.* La sétima, salud y buenos sucesos temporales y espirituales y librarnos Dios de todos los peligros y mal: *Sed liberanos a malo. Amen.*

El tercer septenario contiene otras siete cosas necesarias para ha-

cer la voluntad de Dios. La primera, que nos dé gracia para guardar bien sus mandamientos. La segunda que nos dé gracia para seguir sus consejos. La tercera, que nos dé gracia para ejercitar las obras de misericordia. La cuarta, para cumplir con las obligaciones de nuestro estado y oficio. La quinta, para que guardemos bien nuestras reglas, leyes y estatutos. La sexta para que empleemos los talentos y potencias de nuestra ánima en solo Dios. La sétima, para que cumplamos bien los mandamientos de nuestros superiores.

El cuarto septenario contiene las siete virtudes principales que hemos de pedir. La primera, fe con que perfectamente creamos y confesemos a Dios. La segunda, esperanza con que seguramente confiemos de su divina misericordia. La tercera, caridad con que ardientemente le amemos. La cuarta, prudencia con que atentamente consideremos lo que hubiéremos de hacer, guiando los medios a su fin. La quinta, justicia con que vigilantemente nos guardemos de no hacer mal a nadie, y dar a cada uno lo que le pertenece. La sexta, fortaleza con que animosamente resistamos a los cotrarios de la virtud. La sétima, templanza con que recatadamente tomemos no más de lo que hubiéremos menester para servir a Dios.

El quinto septenario contiene siete virtudes y puntos de nuestra regla, que son los que se ejercitan en los siete días de la semana según arriba dijimos. La primera, perseverancia en el amor de Dios y obediencia perfecta. La segunda, humildad, deseando el abatimiento propio y desprecio por la honra del Señor y castidad perfecta con compostura del hombre exterior, para que no haga cosa que le cause vanos pensamientos. La tercera, contrición, pesándonos de haber pecado y abominando lo que es ofensa de Dios con propósito de nunca más le ofender y de abrazar la aspereza de la Orden. La cuarta, paciencia en los trabajos y menosprecio del mundo y de las cosas gustosas de él y pobreza perfecta. La quinta, temor de Dios; y ha de ser el temor filial, que es andar en su presencia con respeto, confusión y miedo de apartarse de él y silencio; que si es perfecto, es no hablar entre día sino cosa necesaria y con voz baja y humilde. La sexta, celo de almas, que es tristeza de los pecados ajenos con deseo de que todos se salven y también recogimiento en la celda. La sétima, devoción con la Virgen, que es deseo de quererla imitar y agradar, y trabajo de manos para imitarla.

El sexto septenario contiene siete principios de perfección que el que los ejercitare sentirá gran aprovechamiento de espíritu; y aunque hay otros muchos, los principales son éstos. El primero, andar en la presencia divina. El segundo, ejercitarse en actos de virtudes interior y exteriormente. El tercero, cuando viniere alguna tentación responderle con acto contrario de otra virtud, como si viene deseo de alabanza humana, hacer un deseo de desprecio propio. El cuarto, poner actual intención en todas las obras cuando las comenzáremos. El quinto, añadir deseo de mayor virtud a cualquier obra. El sexto, vivir fuera del mundo, haciendo cuenta que lo que se ve es Jesús crucificado y su Madre y almas redimidas por su sangre, y con esta consideración cerrar los ojos a todo lo demás. El sétimo, perfecta unión con Cristo, que es hacer cuenta que ya no tiene otro ser sino el de Jesucristo; y que

las obras que hiciere han de ser suyas y dignas de que Cristo las hiciera, si tuviera el estado, edad y oficio que ahora tiene el que pide.

El sétimo septenario es en que pedimos a Dios que enderece a sola su honra y gloria estas siete cosas y las una y junte consigo. La primera, las potencias del alma, que son memoria, entendimiento y voluntad, imaginación, apetitos, sentidos y palabras. La segunda, las obras que ordinariamente hacemos, cuales son orar, oir o decir misa, estudiar o trabajar de manos, confesar o confesarse u oir la palabra divina, comer, dormir y la recreación. El tercero, pedir al Señor que gastemos bien el tiempo, teniendo repartido el día según diversas partes. El cuarto, pedir al Señor que en todo lugar le sirvamos trayendo repartidas, según diversos lugares, las obras que habemos de hacer. El quinto, pedir a Dios que todas las personas con que tratáremos salgan edificadas y movidas de nuestra conversación y ejemplo. El cuarto, pedir que de cuanto viéremos, saquemos provecho para nuestra edificación, contemplación y buen ejemplo, de la manera que la abeja saca miel de todas las flores; para que después de recogidos en la celda como en una espiritual colmena, la labremos con la perseverancia y quietud de la oración. El sétimo, aumento de virtudes, pidiendo al Señor que nos dé su gracia para que siempre vayamos aprovechando de virtud en virtud.

Estas son las cosas que hemos de pedir, reducidas a estos siete septenarios, los cuales no solamente sirven para la petición sino también para examinar la conciencia y para ir haciendo por ellas actos de deseos y propósitos.

CAPITULO X

DEL EPILOGO O RESOLUCION, EN EL CUAL BREVEMENTE SE HACE EXAMEN DE LA ORACION Y MEMORIA DE LAS PALABRAS QUE HAN HECHO MÁS EFICACIA AL ALMA Y SE RESUELVE PONERLAS POR OBRA.

La sétima y última parte de la oración mental se llama epílogo o recopilación; en la cual se hace memoria de lo que se ha tratado y principalmente de lo que más eficacia hizo en la conciencia y se determina el alma de ejercitar aquellos deseos que ha tenido. Este epílogo es principio del examen de conciencia y regla del aprovechamiento. Y así como cuando dos amigos se han hablado largamente en un negocio, ya que se quieren apartar se resuelven en los puntos más esenciales, diciendo el uno al otro: al fin, Señor, quedamos resueltos en esto y en esto, etc., pues yo lo voy a poner por obra y para eso haré tal y tal cosa, etc., así el alma después de haber estado hablando algún tiempo con Dios, ya que se acaba la oración, se resuelve en lo más esencial que ha tratado, y hace memoria de aquellos puntos que le han hecho eficacia en el deseo y propone de ejercitarse en ellos. Como si habiendo pensado en el misterio de la cruz, le hubiese hecho fuerza el gran amor con que Cristo padecía y desease padecer por él con amor, refiere en la memoria este padecer con

amor, y resuélvele en amar y padecer, y luego acuérdase de sus trabajos, si algunos tiene, haciéndosele gustosos los que le eran desabridos y se arroja y determina de mostrar el amor que tiene a Dios en padecer cosas grandes, poniendo delante los trabajos que le pueden venir, si no los tiene, para hacerlos después dulces, cuando le vinieren, y determinándose de hacer obras agradables a su Señor.

En este epílogo haga el alma tres cosas: La primera, un breve examen de la oración que ha tenido para que si se viere distraído, proponga de enmendarse en la oración del día siguiente, y si hallare alguna cosa que sea necesario comunicar con el maestro espiritual, se acuerde de ella para preguntársela, y al fin vaya examinando el modo de la oración que lleva para ir cada día aprovechando más.

Lo segundo, haga memoria de aquellas palabras que mayor eficacia le han hecho en la oración para acordarse de ellas al tiempo de la necesidad y traerlas siempre en la boca y corazón, por remedio contra sus pasiones. Antiguamente usaban los padres del yermo escribir estas palabras en un libro pequeño, que llamaban *Nómina*, porque no asentaban más de algún nombre con que se acordaban de aquel concepto que más les movió, y traíanle consigo o colgado al cuello para que entre día, cuando les venían las tentaciones, leyendo en él y refrescado el espíritu que en la oración tuvieron, resistiesen a los pensamientos malos. Porque vemos por experiencia que algunos libros hay compuestos de estas palabras y conceptos de oración, son de grandísima eficacia para la voluntad, como las *Meditaciones* de S. Agustín, las de San Bernardo, los *Soliloquios* de San Buenaventura, el libro de *Contemptus mundi* y otros semejantes. Aunque esto del escribir puede tener peligro de curiosidad en algunos y de que la oración se les vaya tornando estudio, pero en otros será necesario escribirlo, porque suele ser de gran fruto para otras almas, especialmente cuando son letrados y doctores a quien Dios da aquella luz.

Lo tercero, haga determinación y propósito firme de poner por obra lo que en la oración le han dado a entender, arrojando con el mayor fervor y devoción que pudiere la voluntad en la virtud a que por entonces se viere movido, y haciendo muchos actos de ella. Y procure guardar entre día el mismo ejercicio de los actos, que de esta manera se irá aprovechando; y no solamente proponga vivir como conviene en aquel particular, sino brevemente haga propósito de vivir bien toda la vida. Y principalmente proponga las obras buenas que ha de hacer en aquel día refiriéndolas todas al Señor, que comunica el querer y perfeccionar, según la buena voluntad y amor que nos tiene (1).

De esta resolución toma principio el examen de conciencia que se ha de hacer al mediodía, porque después de haber examinado las faltas y descuidos cometidos hasta aquel tiempo, torna a la memoria los puntos en que se resolvió en la oración de la mañana para ver cómo los ha ejercitado; y si se hallare negligente en ellos, arrepiéntase, castíguese y procure en lo restante del día salir con lo que propuso.

---

1 Ad Philip., II, 13.

CAPITULO XI

DE LAS DOCE MANERAS QUE HAY DE CONTEMPLACION Y COMO SE HA DE HABER EL ALMA EN ELLAS.

Para mayor declaración de esta doctrina, y quietud, luz y desengaño de muchas conciencias, me pareció necesario poner en este capítulo algunos efectos de la contemplación declarándolos con la mayor brevedad que pudiere, y diciendo la seguridad o peligro que en ellos se halla. No me detendré en esta materia, porque la tengo escrita largamente en el libro del *Examen de los espíritus* y en el *Dilucidario.*

Nacen de la contemplación doce efectos principales a quien podemos llamar, atención interior, admiración, compasión de los dolores de Cristo, ejercicio de actos de virtudes, engrandecimiento y estima de las cosas del servicio del Señor, unión, sabiduría, gustos y regalos, ímpetus de espíritu, visiones y revelaciones, éxtasis y arrobamientos, pelea sensible con demonios.

Atención interior.

Atención interior llamamos una presencia de Dios, conociendo su infinita bondad, majestad y misericordia y las demás perfecciones; la cual levanta el alma sobre sí y la pone atentamente contemplando las cosas de su Señor; y cuando así está atenta, no osa rebullirse ni quitar los ojos de aquel divino espectáculo, con la cual atención se va poco a poco encendiendo y afervorando y como penetrándose toda de luz y deseos, recibiendo la abundancia que de la divina presencia le nace; y es tan grande el ímpetu que algunas veces aquí se ofrece, que no pudiéndolo sufrir, prorrumpe en actos interiores, grandes y fervorosos, o en palabras tiernas y amorosas que dice. Y si se hiciese un poco de fuerza a estar en esta atención perseverando por algún tiempo en ella, sin duda sería grande su ganancia, y ésta en dos maneras. La primera, cuando la misma se dispone para ella haciéndose fuerzas para entrar dentro de sí, y desechar cualesquier pensamientos que la estorben. La segunda, cuando se la dan sobrenatural y graciosamente sin que al alma le cueste trabajo.

Admiración.

Admiración es un espanto y pasmo interior de las grandezas que el alma ha considerado en Dios y en las obras de Cristo, que la dejan como pasmada y atónita de cosas tan excelentes; y con esta admiración se va levantando, encumbrando y subiendo a cosas mayores y se aparta del trato de las criaturas y de algunas menudencias que congojan y suelen dar pena a la conciencia; viene después de ella una luz y desengaño que querría salir por las calles dando voces a todo el mundo, que conociesen la grandeza de este Señor, que merece ser conocido y adorado de todos.

Compasión de Cristo.

Compasión de Cristo es cuando contemplando la pasión, se le declara interiormente la grandeza y aspereza de los dolores que Cristo padeció y la hermosura y delicadeza de su amado; y por medio del amor se enternece y siente lo que padeció, y viénele un derretimiento interior y una ternura tan grande, que si las lágrimas exteriores de los ojos y la suavidad que de la misma ternura nace no sustentasen la fuerza del espíritu, se causaría mucho daño en la salud del cuerpo. Viene muchas veces con esta ternura a caer en la cuenta de la gravedad de sus pecados, pues fueron la causa por que Cristo murió; arrepiéntese de ellos, teme y purifícase y enciéndese más en amor.

Ejercicio de actos interiores.

El ejercicio de actos interiores es tener pensamientos consentidos y deseos de las virtudes, a las cuales con la contemplación se movió; y como si se hallase en la ocasión de la obra, se ejercita interiormente en ellas. Como si estando en contemplación de la cruz de Cristo, le viniese deseo de morir por él, hace cuenta que se ve en la ocasión y se determina a padecer la muerte ejercitándose en el acto interior del martirio. Esta manera de contemplación nace muchas veces de considerar las virtudes de Cristo; y es muy segura y provechosa, porque así como las virtudes se pierden cesando de los actos, así se conservan y se aumentan con el ejercicio de ellos; y así como un pensamiento consentido de pecado mortal lleva el alma al infierno, así un pensamiento consentido de virtud es meritorio de gloria; y cuando le pareciere que está seca y no puede hacer estos actos como querría, dígalos de palabra, porque lo que dice la boca y no repugna el corazón, lo quiere la voluntad.

Engrandecimiento.

Engrandecimiento llamamos al peso y caudal grande que el alma hace de las cosas divinas, teniendo cualquiera por tan grande que todo lo demás desprecia y tiene en poco en comparación de ella; nace del conocimiento de la grandeza de Dios y de la bajeza y poco ser que todo lo criado tiene en su respeto; y como sabe que la voluntad divina es tan grande como el mismo Dios, cualquiera obra, por pequeña que parezca con que se cumpla esta divina voluntad, la engrandece de tal manera a su alma y la sube a tan alta cumbre y estima, que se determina a dar la vida y mil vidas que tuviera por hacerla y por no faltar en ninguna cosa, por pequeña que parezca, de esta divina voluntad, haciéndole a ello fuerza el amor apreciativo, que inclina a querer dar el mayor gusto y contento que pudiere a su Criador. Y también considerando esa misma infinidad y grandeza de las obras de Cristo, contempla la pasión con otra manera de afecto que antes contemplaba, haciéndole tal impresión cualquier cosa de este Cristo, que le hace derretir en lágrimas. Y considerando esta misma grandeza en el Santísimo Sacramento y que es verdadero Dios, le nace un respeto y amor admirable al altar y a todas las cosas eclesiásticas

que pertenecen al culto divino. Y de la misma manera entendiendo que en cualquiera criatura está Dios por esencia, potencia y presencia, a cualquier criatura tiene gran reverencia en su corazón y queda considerando que en sí misma hay un abismo de miseria, sin osar levantar los ojos a nadie. Este camino es muy seguro y provechoso por donde se han alcanzado muchas virtudes y perfecciones.

Unión.

Unión se llama una junta y liga entre el alma y Cristo, cuando después de haber contemplado su grandeza, se resuelve en no querer ni desear otra cosa sino lo que Cristo hiciere en ella, y ya no es otra su petición sino de la honra y gloria de Cristo, haciendo cuenta que está aniquilado y deshecho, y que en su lugar entró este Señor que vive dentro de sí; y con esta unión obra el alma todas las obras, dice las palabras y tiene los pensamientos que Cristo hiciera, dijera y tuviera, conforme al estado, talento, salud y edad y oficio que la misma tiene. Y como para Dios cualquier cosa es pequeña por grande que parezca, siempre entiende que hiciera obras muy más altas y perfectas, pues que Cristo obra en ella, si la malicia y bajeza propia no se pusieran de por medio para estorbarlo; y así por grandes obras que haga, siempre le parecen pequeñas y nunca se contenta de nada; y las faltas por pequeñas que sean, le parecen grandes, y con esto siempre anda atribulado y afligido, ejercitándose en la contrición y dolor de las faltas que comete y de las buenas obras que por su culpa deja de hacer o de la imperfección y negligencia con que las hace.

De esta manera de contemplación nace la profundísima humildad, fervorosa caridad y la diligencia y perseverancia; y esta unión es fin, cumbre y paradero de toda la contemplación, a la cual había llegado el Apóstol San Pablo, cuando dice: Vivo yo, mas ya no yo, porque vive Cristo en mí (1).

Sabiduría de contemplación.

Sabiduría en la contemplación llamamos cuando vienen al alma grandes y delicados conceptos acerca de los misterios más principales de nuestra fe, como de la Santísima Trinidad o Encarnación, etc., o una gran luz y doctrina de virtudes y perfecciones. Esta manera de oración en cuanto descubre virtudes y perfecciones para que se vaya perfeccionando la conciencia, siempre es buena, pero en cuanto declara conceptos especulativos, altos y delicados, no la tengo por muy segura en entendimientos rudos y de poco valor; porque hasta que vayamos al cielo donde habemos de ver a Dios y conocer altísimos secretos en la esencia divina, más nos importa amarle y temerle, obedecerle y guardar perfectamente su ley y mandamientos, que andar gastando tiempo en la especulación de delicados conceptos, pues nos basta el conocimiento de la fe, y es alguna manera de atrevimiento querer saber las cosas de ella con más luz de la que Dios nos quisiere dar. A quién le vi-

---

1 Ad Gal., II, 20.

nieren estos conceptos delicados, haga lo que hace el que ve el sol de hito en hito, que acabando de cerrar los ojos, le quedan llenos de diversos colores, ruedas y espejados, las cuales nunca se para a contar sino queda diciendo: Válgame Dios y cuán grande es la luz del sol!, así ha de quedar el alma diciendo: ¡Oh, bendito sea Dios, y cuán grande es su sabiduría! Y cuando viniese a hombres letrados y redundase provecho en sus almas y en la Iglesia de Dios con la doctrina que reciben y dejan escrita, como en Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura y los sagrados doctores, es muy buena y segura contemplación; mas en mujeres o gente ruda, más querría que el fin de la contemplación fuese virtud que no sabiduría, que muchas veces no les sirve de más que de ensoberbecerlas o hacerlas perder tiempo en examinar si aquella doctrina es segura o peligrosa.

Gustos de oración.

Gustos y regalos son los contentos, ternuras, suavidad, dulzura y alegría que nace de la contemplación; hay entre otros los que se llaman júbilos, alegría espiritual y embriaguez del espíritu.

Júbilo es una alegría y gozo interior de la conciencia que nace de la consideración de las cosas divinas y no permanece mucho tiempo en el alma, y es como unas risadas interiores del apetito gozoso con la redundancia del espíritu que está en la voluntad. Bienaventurado, dice el Profeta, el varón que sabe qué cosa sea júbilo (1). Y en otra parte: jubilad a Dios todas las gentes, cantad, regocijaos y saltad de gozo (2). Cuando el júbilo se sabe disimular y no se pone en él la felicidad de la oración, sino que el alma está tan contenta cuando se le dan como cuando carece de él y la llevan por sequedad, no tiene peligro la conciencia, antes se alienta, conforta y anima con él, y se quita el espíritu triste que seca los huesos (3); mas cuando no sabe disimular los júbilos, y con ellos hace exterioridades con que se hace aborrecible y da ocasión a que la murmuren, y pone en estos gustos y ternuras interiores su felicidad dejando la oración cuando la faltan, puede ser engañada de aquel demonio falso, traidor, que removiendo los humores del cuerpo y apetito da por una parte gozos sensibles que parecen júbilos, y por otra parte siembra doctrina ponzoñosa y engañosa en lo que más importa.

Alegría espiritual es una paz y seguridad de la conciencia que quieta lo interior y pone alegría en lo exterior, trae el rostro alegre, grave y compuesto y el espíritu pronto y contento en el servicio de su Señor. Nace este afecto de la presencia de Dios cuando amorosamente mira al alma, y del conocimiento de la hermosura de la virtud. De ella habla el real profeta David, diciendo: Alegraos en el Señor y regocijaos los justos y gloriaos todos los de recto corazón (1), y así vemos que todos los siervos de Dios de ordinario andan alegres y que el espíritu de la Virgen era de alegría como ella canta en el «Magnificat»: *Exultavit spiritus meus* (2); y ningún peligro puede

1 Ps. LXXXVIII, 16.
2 Ps. XCVII, 4.
3 Prov., XVII, 22.
4 Ps. XXXI, 11.
5 Luc., I, 47.

haber en esto sino es alguna demasía, por la cual el servicio de Dios sea tenido en menos.

Embriaguez del espíritu es un afecto impetuosísimo del alma que ciega la prudencia humana para las cosas del mundo, y descubre la excelencia del servicio de Dios, dejando la conciencia como embriagada y fuera de sí con el demasiado gusto del espíritu. De esta embriaguez habla el santo Patriarca Job por estas palabras: Mi vientre está como lleno de mosto, sin respiradero, que rompe tinajuelas nuevas (3). Llama aquí Job al libre albedrío vientre, porque concibe los buenos deseos de la inspiración divina; dice que está lleno de mosto, sin respiradero, porque de la manera que acaece al que entra en la bodega del vino cuando está hirviendo con el grande ímpetu del tufo, que ocupándose los sentidos y cerrándose los poros y caminos por donde viene la virtud, cae como embelesado y sin sentido, así acaece al que entrando en algún gran conocimiento de Dios, queda tan lleno de impetuosísimo deseo de servirle, tan grande que se olvida de todo lo demás que no fuere Dios. Acaece con el espíritu a los muy contemplativos lo que con el vino a los que lo beben, que así como algunos que beben vino les sustenta y alegra, mas no les quita el juicio, porque lo beben aguado y moderado; otros hay que beben puro y demasiado, en tanta manera que los vapores gruesos que suben del estómago a la cabeza les ocupan las potencias y quedan borrachos, sin saber pedir ni desear otra cosa sino vino, así acaece que hay algunas almas que tienen oración, pero es con espíritu moderado y aguado de otros pensamientos, que unas veces es meditación con discursos del entendimiento, y otras, aunque sea contemplación sin discursos, no es muy fuerte; y a estas tales provecho les hace la oración, porque les sustenta la virtud, consume las frialdades y tibiezas y trae alegres y contentos en el servicio de Dios.

Pero hay almas a quien el Esposo mete en la bodega del vino (4), dándoles un conocimiento puro y grande de su infinita bondad con un impetuosísimo afecto de desearle agradar y servir, con lo cual les abre los ojos del desengaño a solo este soberano deseo, y se los cierra al engaño de los cumplimientos mundanos, trazas, prudencias e industrias para las cosas de acá, quitándoles los sentimientos que otros suelen tener de las afrentas y cosas semejantes, y quedan como embriagados y como ignorantes en las cosas del mundo, y aciertan perfectamente en los negocios de Dios. Dice más el mismo Job, que este espíritu rompe las tinajuelas nuevas, porque al principio en almas no experimentadas suele hacer daño la demasía, así al alma como al cuerpo, porque se les olvida de comer y dormir, y se les quita la gana de ello donde vienen a perder la salud; y hace daño al alma, porque algunos se suelen olvidar de las obligaciones de su estado y oficio dejándose llevar con la demasía de este espíritu, y si Dios no les tuviese de su mano pónense algunos a peligro de hacer cosas, que ya que en sí no sean malas, excusándoles la ignorancia, podrían ser estropiezo para que otros cayesen.

---

1 Job., XXXII, 19. 2 Cant., I, 3.

Impetus.

Impetus y fuerza del espíritu son unos fortísimos deseos que con ímpetu y eficacia mueven el corazón al fervor, devoción, celo, desmayo, fuego interior del espíritu y muerte de amor.

Llamamos fervor un ímpetu de la voluntad que nace de deseos muchas veces repetidos del servicio de Dios. De este decía el apóstol San Pablo: *Spiritu ferventes.* Conviene disimular el fervor y callar la boca, porque no se salga la grosura de la devoción del alma cuando anda fervorosa, porque acaece que por hablar mucho y descubrir su espíritu con aquel fervor que tiene, se halla después seca y desabrida, así como cuando hierve la olla es necesario tener cuidado no se salga la grasa.

Devoción es un ímpetu de la voluntad con que ponemos a Dios por fin de todo lo que hacemos, siquiera vaya con gustos y regalos siquiera no. Dícese de este verbo, *Voveo,* que quiere decir prometer, porque el que tiene este ímpetu, propone con tanta fuerza que parece que promete; pero no son promesas ni votos, sino propósitos eficaces, y a mi parecer, mejor se deriva del verbo *Devoveo, es,* que quiere decir maldecir, porque es frase hebrea y también española, que todas las veces que proponemos algo con gran ímpetu, se propone echándonos maldición, si no lo cumpliéremos, y con aquella maldición se declara la firmeza del propósito; como se colige de aquellas palabras de David: *Si oblitus fuero tui Jerusalem, oblivioni detur dextera mea. Adhaereat lingua mea faucibus meis, si non meminero tui* (1). De mi me olvide yo, si me olvidare de ti, Jerusalén, la lengua se me pegue al paladar si no me acordare de ti.

Celo es un pesar, ira y enojo que nace de amor, por ver que no es servido y reverenciado Dios Nuestro Señor como merece, con deseo de que todo el mundo le adore, sirva, ame y reverencie. De este decía el Real Profeta David: El celo de tu casa me comió (2). Este celo cuando se junta con el amor y la prudencia es muy provechoso, porque va granjeando servicio de Dios sin hacer daño a las almas; pero algunas veces faltando el amor de Dios y la ciencia, quédase celo indiscreto, y suele hacer harto daño con juicios temerarios, murmuraciones, rencores, enemistades y otros grandes peligros que del celo indiscreto nacen, como se colige del Apóstol.

Desmayo de amor es un regaladísimo descaecimiento que nace en el alma amorosa de la presencia y abrazo de su amado, con el cual pierde todas las fuerzas y desmayada cae a los pies del Esposo, abrazándole dulcemente, faltándole las fuerzas para otra cualquier cosa que no sea amar; y algunas veces suele enflaquecer las del cuerpo tanto, que no hay ayuno ni penitencia que así ahile, adelgace ni enflaquezca como el mismo amor. Es necesario tener cuidado de guardar la salud y fuerzas para servir con ellas al Señor, como hacía el real profeta David cuando dijo: *Fortitudinem meam ad te custodiam* (3). Para servirte, Señor, guardo yo mi fortaleza. Este desmayo tenía la esposa en los Cantares cuando dice: *Fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo* (4). Sostenedme con flores, sustentadme con man-

1 Ps. CXXXVI, 5, 6.
2 Ps. LXVIII, 10.
3 Ps. LVIII, 10.
4 Cant., II, 5.

zanas que me desmayo de amor. Llama flores los ejemplos de los santos y manzanas los deseos de padecer trabajos por Cristo, que son fruto del árbol manzano de quien dice el mismo: Debajo de un manzano te resucité (1), porque cuando el alma así está, ninguna otra cosa le da gusto y consuela sino deseo de trabajos, imitando en esto a los santos que los padecieron por Jesucristo.

Fuego de amor es un abrasamiento interior que tiene el espíritu con el deseo de Dios, tan grande, que parece le está quemando el corazón con impaciencia de ver que no se cumplen sus deseos. De otro jaez es este fuego, que otro que nace en el apetito de algunas almas muy deseosas de gustos y regalos espirituales, el cual redunda algunas veces en sentimientos del cuerpo hasta caer en algún atrevimiento contra la castidad; porque ese fuego es muy torpe, aborrecible y escandaloso y que nace de humores que se despiertan con cualquier amor, aunque sea bueno, en cuerpos flacos y mal inclinados, o procúrale el demonio para entibiar la conciencia con tentaciones, o para poner miedo en algunas almas y hacerles que dejen la oración, o para salir con alguna sensualidad engañosa por donde se pierda todo lo ganado en el espíritu. Mas este fuego de que hablamos es más interior, espiritual y divino, porque abrasa el alma y enfría el apetito, enciende el espíritu y entibia el fuego de la carne, quema la conciencia y destruye la sensualidad, y es principio de castos pensamientos, que el espíritu de Dios es casto.

De la muerte de amor escribe la esposa en los *Cantares* diciendo: Fuerte es el amor como la muerte y duro su deseo como el infierno, sus llamas son como llamas de fuego y mucha agua, ni todos los ríos del mundo no bastan a apagar la caridad (2). Háblase aquí de este afecto de quien vamos tratando, el cual es un ímpetu tan fuerte, tan grande y tan extraordinario, que parece que muere el alma por amar y servir y verse con Dios; es como un puñal que se mete por el corazón y le acaba la vida por darla por su amado; es como un verdugo que aprieta la soga del deseo y ahoga con tanta fuerza, que no la deja resollar ni se sabe decir, pues no se puede sufrir. Debía tener este afecto la gloriosa Santa Angela de Fulgino, cuando decía que el mayor tormento que sintió en su vida era *Suspendium animae*, que es tener el ánima ahorcada de su Dios, que está muriéndose y ahogándose con este deseo que de Cristo su Esposo tiene. Bien da a entender las palabras sobredichas de la esposa la fuerza de este espíritu, pues la compara el Esposo a la muerte y al infierno y al fuego que ninguna agua puede apagar.

CAPITULO XII

EN QUE SE PROSIGUEN LOS DOCE AFECTOS DE LA CONTEMPLACION. TRATA DE LAS VISIONES Y REVELACIONES, EXTASIS, ARROBAMIENTOS Y APARIENCIAS VISIBLES DE DEMONIOS.

Porque no sé si saldrá tan presto a luz lo que he escrito en el libro de *Examen de espíritus*, y en otro libro llamado *Dilucidario*,

1 Cant., VIII, 5. 2 Cant., VIII, 6.

y porque sé la necesidad que hay de tener noticia de estas materias en los tiempos de ahora, y de dar alguna luz a los que comienzan a tener cosas extraordinarias del espíritu, demás de lo que en el capítulo pasado escribí, digamos ahora de las visiones, éxtasis y peleas visibles con los demonios.

Visiones y revelaciones.

Visión propiamente se llama el conocimiento de la vista; y por que es el más excelente y conocido entre todos los sentidos exteriores, todo género de conocimiento se llama visión, y así cuando preguntamos a uno si conoce alguna cosa, le decimos: ¿No veis esto? etc. Pero en este lugar por visión y revelación entendemos el conocimiento sobrenatural que Dios suele dar de alguna cosa escondida, como las profecías y visiones de los Profetas.

Doce maneras de conocimiento se hallan en nuestras almas; las seis de ellas naturales y ordinarias y las otras seis sobrenaturales y extraordinarias que llamamos aquí visiones. Hablemos primero de las naturales; para lo cual es de saber, que así como hay tres principios de conocer: el primero es el sentido exterior, el segundo, la imaginación, el tercero, el entendimiento, así hay tres maneras de conocimiento natural, conviene a saber: conocimiento del sentido, conocimiento de la imaginación, que algunos llaman pensamiento, y conocimiento del entendimiento. El conocimiento del sentido es como cuando veo una imagen pintada en una tabla; el de la imaginación, quando acá interiormente estoy pensando en alguna cosa ausente, como un Cristo crucificado de quien formo imagen interior; conocimiento del entendimiento es más interior y espiritual noticia de cosas, aunque no se vean con imagen exterior ni interior, como cuando estando mirando al crucifijo o imaginándole en lo interior, entiendo la bondad de Dios y el gran amor con que padeció. El conocimiento del sentido es en dos maneras. La primera, cuando vienen las semejanzas de fuera, como cuando veo la imagen que está fuera de los ojos u oigo el sonido que viene de fuera de mis oídos. La segunda, cuando las especies o semejanzas se producen dentro del órgano, como cuando después de haber visto al sol, veo dentro de los ojos unas ruedas o espejados, etc., o tengo dentro de mis oídos algún sonido o zumbido que me suena en ellos y no viene de fuera. El conocimiento de la imaginación es en dos maneras. La primera, cuando percibe o forma alguna imagen interior. La segunda, cuando va juntando o apartando aquellas mismas imágenes, unas con otras, que se llaman vulgarmente pensamientos. El del entendimiento es en otras dos maneras. El primero, conocimiento práctico, que llaman los teólogos, cuando lo que se conoce podemos nosotros ponerlo por obra y lo vamos conociendo para obrar, como cuando conozco alguna virtud y la voluntad se mueve a ejercitarla. El segundo llaman especulativo, y es cuando conozco lo que no puedo obrar o sin intención de poner por obra lo que conozco, como cuando entiendo la grandeza de Dios o el misterio de la Santísima Trinidad, etc., o como el que estudia la doctrina de pecados o virtudes solamente por saber. Estas son las seis maneras naturales y ordinarias de conocer; aprovecha haberlas

puesto para declarar las extraordinarias y sobrenaturales; las cuales son de la misma manera que las naturales, aunque el principio donde proceden sea diverso.

Pues hablando en suma, las visiones o conocimientos extraordinarios son tres: la primera, visiones corporales; la segunda, visiones imaginarias; la tercera, visiones intelectuales. Las corporales son en dos maneras: la primera, exteriores y que vienen de fuera, como cuando Moisés vió la zarza (1) y Abrahán los ángeles (2). Y esto unas veces acontece porque milagrosamente hace Dios aparecer las mismas cosas delante de los ojos, no habiendo disposición natural para estar entonces presentes como cuando Eliseo vió a Giezi (3) y San Pablo en el rapto a Cristo (4). Otras veces cuando forma el Señor, por ministerio de los ángeles, del aire o de otra cosa, algún cuerpo que represente lo que se ve, como la zarza que vió Moisés. Otras veces pone Dios en los ojos tales especies y semejanzas, que sin que haya cosa alguna fabricada fuera, parece que se ve y siente aquello mismo que se sintiera por especies exteriores, como acaece a los bienaventurados en el cielo, que les criará Dios tales especies en el gusto, que parezca que comen los más sabrosos manjares del mundo sin que coman nada.

Todas estas se llaman visiones corporales exteriores porque las especies están fuera del órgano. Hay otra manera de visiones corporales interiores, cuando así como el sol por la fuerza con que hirió los ojos, dejó hallá dentro de los órganos y nervios ópticos por donde viene la vista, ruedas y espejados, así también Dios pone dentro de los mismos órganos del sentido semejanzas de cosas que se ven sin venir de fuera el objeto, y así acontece representársele a una persona un muerto aunque esté a oscuras, y por más que cierre los ojos, no deja de verle, que es señal que no estaban las especies fuera del órgano.

La visión imaginaria acaece de muchas maneras. La primera, cuando en la imaginación se representa una figura sin que la misma imaginación la fabrique; la cual se aparece con tanta presteza, delicadeza, sutileza y tan al vivo figurada, que difiere de la que nuestra imaginación fabrica, en lo que se diferencia el sol impreso en el espejo con los rayos del sol pintado en una tabla con pincel y colores; porque la imagen del sol impreso es más natural y echa de sí resplandor, imprímese en un instante y parece que está allá entrañada dentro del mismo espejo, mas la imagen del sol pintado es más tosca, tárdase más en pintar, está fuera de la tabla y no lanza aquellos rayos como el que se imprimió en el espejo. De la misma manera, acaece estar un alma en oración, y sin que su imaginación fabrique nada, venirle en el interior una figura de Cristo con tanta velocidad como un relámpago, y con tanta hermosura y perfección, que aunque después la procure fabricar la imaginación, no acierta a fabricarla tan hermosa, y trae rayos de tanta eficacia que muchos días y aun años no se quita el motivo que aquella figura causó en el alma, y parece que se metió tan adentro que penetró hasta el interior: lo cual es muy diferente en la figura que la misma persona imagina de Cristo por vía

1 Exod., III, 2.
2 Gen., XVIII, 2.
3 IV Reg., V, 26.
4 Act., IX, 3-7.

ordinaria y natural de la imaginación; que esa es más grosera, menos eficaz y menos hermosa. La segunda manera de visión imaginaria llamamos palabras interiores, que sin oirlas en los oídos de fuera, parece que le están escribiendo en el interior del alma palabras formadas con gran sutileza y delicadeza, quietud y silencio, y aunque percibe las palabras, no es en el oído de fuera, sino muy más adentro; y acaece muchas veces ser palabras latinas, las cuales no entiende quien las oye, mas comunicadas después con los confesores recibe de ellas gran fruto.

La tercera manera de visión imaginaria es cuando ni se ve figura, ni se tienen palabras, sino que se siente una asistencia interior que consuela, anima, esfuerza y favorece, y sin palabras ni figuras, y más interior y delicadamente le están animando y abrasando en Dios. Acabada esta asistencia y cercanía, queda el alma llena de conceptos y deseos que después entiende y desea. De todas estas manéras acaece la visión imaginaria.

La visión intelectual práctica es un altísimo conocimiento de virtudes y perfecciones que viene al entendimiento, cuando en un instante le descubren una luz, con que entiende muchas cosas para su aprovechamiento, como si se descubriese una mina en la cual cavando después poco a poco, se sacan grandes riquezas de virtudes de que se podrían escribir muchos libros.

Visión especulativa es una luz interior de misterios altísimos que Dios suele dar a algunas almas, que con solo un acto de conocimiento se le descubren más excelencias de conceptos, que si mucho tiempo gastara en estudios. De la manera que acaece a quien sube por una cuesta arriba, que va mirando las yerbas y fuentes que hay en la cuesta, una a una, pero llegando a la cumbre, levanta los ojos y de una vez se le descubren nuevas tierras, gran multitud de campos, valles, montes y ríos, lo cual ve a bulto y en montón, y con sola aquella ojeada tiene noticia de más cosas que con mucho tiempo que ha gastado en mirar las yerbecillas; de la misma manera acaece que irá alguno estudiando particulares conceptos por los libros de los cuales saca alguna ciencia, pero puesto en oración otras veces, se le levanta el entendimiento a una tan alta cumbre donde le dan noticia de tantas cosas, que tiene después bien que escribir, haciéndole el Señor merced de mucha sabiduría, como le debía de acontecer a San Agustín, Santo Tomás de Aquino y otros santos Doctores.

Las tres maneras de conocimiento natural tienen por principal causa al sentido, imaginación y entendimiento; porque los crió Dios con fuerzas naturales para estos conocimientos naturales, mas las visiones y conocimientos sobrenaturales, aunque se hagan y causen en el sentido, imaginación y entendimiento, como estas potencias no tengan fuerzas para ellas, tienen por causas principales otros principios de fuera. Y casi todas pueden nacer de tres principios. El primero es Dios, ora sea obrándolo inmediatamente o por medio de sus buenos ángeles. El segundo, el demonio. El tercero, alguna causa natural oculta. Pongamos ejemplo en la visión corporal. Cuando San Juan veía en el *Apo-*

calipsi el cielo abierto y la mujer vestida del sol (1), esta visión era de Dios. Cuando los nigrománticos, brujas o hechiceros hacen parecer presentes las cosas ausentes, es visión del demonio; y cuando a un frenético o melancólico se le antojan visiones y fantasmas, es esta visión de humor o de causa natural oculta. De aquí se sigue que no por sólo ser visión extraordinaria se ha de tener y creer por cierta y averiguada verdad, pues puede nacer de esas tres causas; y es de fe que Satanás se suele transfigurar en ángel de luz (2).

Extasis y arrobamientos.

Ya hemos tratado de las visiones, digamos ahora de los éxtasis y arrobamientos, que es undécimo efecto de la contemplación. El éxtasis llaman los hebreos *Tardemach*, que quiere decir sueño profundo; los griegos le llaman *Anagoge*, que quiere decir salida o vuelo del alma; en latín se dice éxtasis o sueño. Llámase sueño porque así como el que duerme tiene cerradas y ocupadas las potencias con los vapores que suben del estómago al cerebro, y por esta causa no desciende al sentido la virtud y movimiento para sentir, y descansa el cuerpo y los órganos, así en el éxtasis cesan las potencias de obrar. Pero es esta la diferencia, que cuando dormimos, impídense las potencias con los vapores que suben del estómago a la cabeza, que atajan los caminos por donde ellas obran, mas en los éxtasis suspéndense las potencias porque acuden todas a favorecer al alma que está turbada con lo que pasa en lo alto de su porción superior, y como no tiene fuerza para resistir al ímpetu sobrenatural y para juntamente acudir a los sentidos, falta de darles virtud por favorecer a la razón. Hay también esta diferencia, que cuando dormimos, el entendimiento y voluntad no obran concertadamente, porque les faltan los instrumentos para obrar que son los sentidos, mas en el éxtasis el entendimiento y la voluntad están mejor ocupados que nunca, porque aunque les faltan los sentidos, como es Dios Nuestro Señor el que está obrando, dales más luz y amor, que cuando van conociendo y amando por la vía ordinaria. Llámase subida o vuelo del alma, porque ella sube más de lo que pueden sus fuerzas naturales, dejando desamparadas todas las potencias. Dícese rapto, porque hace fuerza y arrebata al corazón para subirle más alto de lo que naturalmente puede subir. Esta es la causa porque se llama con esos nombres; y allí definiendo la podemos decir. Que éxtasis es un profundo sueño del alma, en el cual el entendimiento y voluntad están velando, y ocupadas en tan excelente y alta obra, que desfallecen todas las demás potencias y quedan como dormidas.

Extasis es un retiramiento del alma a su más escondido retrete de la porción superior para recibir las altísimas influencias del cielo, dejando desamparados los sentidos de la virtud natural que les solía dar. Extasis es una oración de recogimiento, en la cual recoge todas sus fuerzas para poder recibir la soberana luz sin deslumbrarse, y el fuego que le envían del cielo sin abrasarse, dejando vacíos los sen-

---

1 Apoc., XII, 1 2 II ad Cor., XI, 14.

tidos de sus operaciones. Extasis es un olvido del alma de todo lo que solía acordarse por atender a la operación altísima sobrenatural, que la saltea y roba el conocimiento natural. Extasis es una turbación divina, en la cual se recoge toda la sangre del alma, que es la virtud de todas las fuerzas naturales, al corazón de la porción superior, quedándose fríos todos los demás sentidos; y así como en una gran turbación se quedan los pies y manos fríos, porque la sangre se recoge al corazón, así en la turbación sobrenatural que nace de la eficacia grande de algunos soberanos conceptos, se quedan los sentidos sin virtud para obrar, recogiéndose toda al entendimiento y voluntad. Y de la manera que si a un rey que tiene en su palacio diversos porteros y oficiales que guardan las puertas de los aposentos y entienden en su servicio, le viniese una nueva de gran turbación o le sobreviniese un súbito y no acostumbrado temor o alegría, o se le quemase el aposento donde reside, todos los criados acuden allá dejando las puertas abiertas y los oficios desamparados, así acuden todas las potencias y sentidos con su virtud natural a lo superior de la razón, cuando le viene algún gran espíritu o se abrasa con algún ardentísimo fuego de amor, lo supremo del deseo donde reside. De todas estas maneras se declara qué sea éxtasis, y hablamos aquí del verdadero y del mayor de todos que acaece con alienación de sentidos.

Quien más excelentemente habló de los éxtasis fué el santo Patriarca Job, en el capítulo cuarto, a donde se hallan estas palabras: *Porro ad me dictum est verbum absconditum, et quasi furtive suscepit auris mea venas susurri ejus. In horrore visionis nocturnae, quando solet sopor occupare homines; pavor tenuit me, et tremor, et omnia ossa mea perterrita sunt; et cum spiritus me praesente transiret, inhorruere pili carnis meae; stetit quidam, cujus non agnoscebant vultum, imago coram oculis meis, et vocem quasi aurae lenis audivi. Nunquid homo Dei comparatione justificabitur? aut factore suo purior erit vir? Ecce qui serviunt ei, non sunt stabiles, et in angelis suis reperit pravitatem; quanto magis hi qui habitant domos luteas, qui terrenum habent fundamentum consumentur velut a tinea, etc.* Quiere decir: Demás de ésto, a mí me dijeron una palabra en secreto, y como a hurtadillas recibió mi oído las venas de su zumbido y susurro: en el horror y espanto de la visión de la noche, cuando suele el profundo sueño ocupar los hombres, y quedé sin gota de sangre, y temblando todos mis huesos, y como delante de mí pasase el espíritu, espeluzáronseme los cabellos de mi cabeza, y púsoseme delante de los ojos una imagen que no conocía su rostro, y oí una voz como de un aire muy delicado que me dijo: ¿Por ventura el hombre, si se compara con Dios, será justo y el varón será más puro que su Criador?, aun los que le sirven no son estables, y en los ángeles halló que tachar y reprender; cuánto más los que moran en casas de barro que tienen los cimientos de tierra, serán consumidos como de polilla, etc. Estas palabras declaran muy al vivo el principio y el medio y el fin del éxtasis. Porque el principio es la palabra de Dios que habla al alma en secreto, y pues son secretos de Dios, deben ser altísimas palabras; o, ya que sean las mismas que ha hablado en la Sagrada Escritura, dícelas con altísima manera y haciendo un nuevo y no acostumbrado

peso y eficacia en la conciencia. Como si dijese el Señor en lo interior del alma: infinitamente soy bueno, ámame etc., viene esta palaora con una fuerza y soberana grandeza que la hace rendir del todo, como si viese una cosa la más nueva del mundo; y porque de esta manera de decir tan alta usa Dios con sus muy amigos, por eso se la dice en secreto.

Y es de notar que el alma no oyó siempre palabras claras sino como un susurro o zumbido, el cual no es palabra que va al oído formando voz, sino como si escribiesen allá dentro aquel concepto. Y dice que el oído interior oye a hurtadillas, porque parece que le hurtan y le hacen fuerza para que oiga, o porque, cuando va a oir estas palabras, parece que va a hurtar, porque va con un silencio y quietud muy grande y como no asegurándose; lo cual no acaece en el modo de entender ordinario, que el alma va asegurada y entra en sus conceptos como en hacienda propia. Dice más adelante, que el alma oye las venas del zumbido; porque entiende también a qué propósito le dicen aquellas palabras y de dónde nace el decírselas; estas palabras así dichas son principio del éxtasis. Y el medio de ella es un horror de la visión de la noche y el sueño que ocupa los hombres. Este sueño se dice en hebreo, *Tardemach,* que es el éxtasis de quien vamos hablando. Y dícese que ocupa los hombres, porque con la fuerza que hace, deja las potencias naturales embarazadas, y entonces dice que tiemblan los huesos y se espeluzan los cabellos, por el espíritu que pasa delante del alma.

No se puede en el mundo declarar mejor aquella turbación divina de quien hablamos arriba; y así como si anduviesen ladrones en el retrete del rey, y él diese grandes voces de temor, acuden allá todos los criados y queda la casa sola, así hacen acá los sentidos todos, cuando delante de nuestra alma, que es espíritu, pasa otro espíritu que la espanta y atemoriza. Y es mucho de notar que dice que no le conoció el rostro, como dando a entender que no entiende el alma claramente si es Dios o demonio, quien hace aquella novedad, y así siempre ha de estar sin asegurarse; y si alguna seguridad puede tener, ha de ser en lo que le dicen y no en el modo con que se lo dicen. Declara lo tercero el fin del éxtasis diciendo, que oyó un aire delicado, etc. Suele ser manera de hablar de Dios en la Sagrada Escritura, como se ve en aquello de Elías, que después de haber pasado el fuego, aire y torbellino, dice que se oyó un silbo como de aire delicado (1), y allí venía Dios nuestro Señor. Este aire delicado es una quietud y suavidad interior que traen consigo las cosas sobrenaturales cuando son de Dios, que parece que ellas mismas aseguran y quietan. Y lo que dijeron estas palabras fué humillar y hacer temer el alma, viendo que aún los ángeles no están seguros delante de Dios (2), y es la mejor señal de todas para saber cuándo el éxtasis es bueno, que redunda de ella humildad y temor. Esto basta para en cuanto a la declaración de estas palabras.

Y en el capítulo treinta y tres, dice el mismo Job: Una vez habla Dios y no repite dos veces lo mismo; en la visión de la noche,

---

1 III Reg., XIX, 11, 12. 2 Job, IV, 18.

cuando suele caer el sueño profundo sobre los hombres, entonces abre los oídos de los varones, y enseñándoles los instruye con doctrina, para convertir al hombre de los pecados que hizo, y líbrale de la soberbia, etc. (1). En estas palabras se declara que para que el éxtasis sea bueno, conviene que las palabras que allí se oyen, sean las mismas de la Sagrada Escritura o las que ya Dios tiene dichas a su Iglesia; y eso quiere decir: una vez habla Dios: las cuales, aunque las sepan los letrados, para aquella alma que las oye en el éxtasis quizá son nuevas y nunca oídas, y aunque las supiese ya, pónelas Dios en el éxtasis con tal peso y eficacia, que hacen un nuevo fruto en el espíritu. Y decir que aparta al hombre de los pecados que ha hecho y le libra de la soberbia, es dar a entender que el éxtasis verdadero purifica y humilla al que le tiene; y así los verdaderos éxtasis se hallan en almas fervorosas, puras, humildes y dadas de veras al servicio del Señor, que los reciben con seguridad y sosiego, y no los desean, piden ni andan buscando y con ellos acrecientan más la caridad, pureza y humildad.

Pero muchas veces acaece no ser los éxtasis verdaderos; porque algunos hay que son sueño natural, como suele acaecer en algunas personas que puestas en oración, cansadas de trabajos del cuerpo y desvanecidas las cabezas, se quedan entre duerme y vela, medio pensando, medio soñando algunas cosas buenas que comenzaron a pensar en la oración, y después imaginan que aquel sueño es éxtasis verdadero.

Otras veces acaece que el mal humor grueso e incitado con la fuerza del espíritu, se sube a la cabeza y acude al corazón y ocupa los poros, haciendo la alienación de sentidos semejante a la que suele acaecer en el éxtasis, como en algunas enfermedades de las que los médicos llaman de los catalépticos; y quien esto ve, y aun la misma persona que lo padece, juzga ser arrobamiento; mas el poco fruto que redunda, da a entender ser antes enfermedad que excelencia de oración. Otras veces permite Dios que el demonio revuelva los humores del cuerpo y cause falsos arrobamientos, para hacer que el alma así arrobada deje de cumplir algún precepto que la obligaba a pecado mortal, o crea alguna cosa contra la fe o en perjuicio de la república, por la cual causa llama San Vicente Ferrer rabiamientos a los éxtasis o arrobamientos que son de esta suerte, y por esta razón conviene mirar con gran diligencia el fruto que viene del éxtasis para juzgar si es verdadero o falso el que se tiene.

Pelea con los demonios.

Ya que habemos dicho de los éxtasis, digamos de una manera de contemplación de algunas almas que visiblemente tienen pelea con los demonios y de ellos dicen que son atormentadas. La verdad es que muchas veces es melancolía o imaginación y flaqueza de cabeza, que les causa algunos dolores en el cuerpo y algunas engañosas visiones, ayudando a ello el temor, y como ignorantes piensan que es de-

---

1 Job, XXXIII, 14-17.

monio. Pero como este león rabioso busca todos los medios para hacer daños (1), y ve que no puede derribar algunas conciencias aventajadas con la ordinaria pelea de tentaciones interiores, acomete con visiones horribles y espantosas, como peleaba con el glorioso San Antón, según cuenta San Atanasio; y unas veces forma figuras en el aire, que incitan a sensualidad; otras procura con visiones espantosas poner perturbación para que cese el alma de la oración, y no se atreva a entrarse a solas en su recogimiento; y cuando más no puede, como ve que no hace daño en lo interior, véngase en atormentar el cuerpo, permitiéndoselo Dios para coronar con mayor corona de gloria al que valerosamente peleare. Acontecido ha a personas muy santas y muy castas ser acometidas del espíritu deshonesto por cuatro partes. Lo primero, por vía de pensamientos e imaginaciones torpes; lo segundo, por razones engañosas para pecar; lo tercero, por batallas de la misma carne; lo cuarto y último, por estas visiones de cosas deshonestas, causadas de los demonios que se veían con los ojos del cuerpo. Es fácil cosa pelear contra el demonio cuando el siervo de Dios tiene ánimo; y no le debe perder por más acosado que se vea, pues Dios no permite que nadie sea tentado más de cuanto tiene las fuerzas para resistir (2).

CAPITULO XIII

DE ALGUNOS ENGAÑOS QUE EN ESTAS COSAS DE LA CONTEMPLACION SUELEN ACONTECER Y ALGUNOS AVISOS NECESARIOS.

Heme detenido en declarar en los dos capítulos pasados los doce efectos que la contemplación suele causar en el alma, para en este capítulo poder ser más breve en recopilar algunos avisos y engaños que suelen acontecer a los que se dan a ella, colegidos de lo experimentado y de lo que los sagrados Doctores han escrito.

El primer engaño es de algunos que tienen siempre por cosa sobrenatural, buena y segura los efectos extraordinarios de la contemplación, como son las visiones, revelaciones y raptos, estimando en mucho las personas que los tienen. Engáñanse éstos, porque siendo de fe que Satanás se transfigura en ángel de luz (3), es de fe que puede haber engaños; y así es bien que se prueben los espíritus para ver si son de Dios (4). Esta prueba se hace por la fe y caridad; y quien en estas virtudes se viere menos aprovechado, aunque tenga más visiones, revelaciones o milagros, será menos perfecto y menos segura su oración. Muchos dirán, dice el Señor, en el día del juicio: Señor, en tu nombre no profetizamos, hicimos milagros, y lanzamos demonios?, etc. A los cuales responderá: apartaos de mí, obreros de maldad, que no os conozco, etc. (5).

---

1 I Petr., V, 8.
2 I ad Cor., X, 13.
3 II ad Cor., XI, 14.
4 I Joan., IV. 1.
5 Matth., VII, 23.

El segundo engaño es de estos mismos que desprecian a quien Dios no lleva por este camino extraordinario, teniendo en poco y menospreciando su oración como cosa ordinaria y natural, y diciendo que la contemplación de éstos procede de su propio ingenio y entendimiento, que no les ha dado Dios don de oración. Estos se engañan, porque el que con mirar una imagen del Crucifijo o ponerse en la iglesia delante del Santísimo Sacramento o con su ordinaria meditación, llegare a tanta caridad y unión como el que tiene visiones y revelaciones, será tan aprovechado, y aun va por camino más seguro, pues va por el ordinario y conocido; y a la verdad, no se ha de mirar por dónde, sino dónde vamos a parar en la oración. Como si uno entrase a hablar con el rey por la puerta de su palacio subiendo por las escaleras, y entrándose por las salas hasta llegar al trono real, y allí negociase tanto como otro a quien llevasen milagrosamente por la ventana del retrete donde está el rey, o el mismo rey le fuese a buscar a su casa, haciéndole más particular regalo; tan aprovechado sería el uno como el otro, y va con más seguridad, habiendo pasado su negocio por los porteros y oficiales del rey que no de esotra manera. Porque quien le llevase por la ventana, le podría dejar despeñar, o el que le viene a hablar con el hábito real, puede ser que sea tirano que viene a engañarle y no el rey. De la misma manera el que entra por la puerta de la fe y sube por las escaleras de la meditación y contemplación ordinaria y natural al trono de la caridad y deseo de hacer la voluntad de Dios, o habla y se encomienda a una imagen de Cristo, como la Iglesia lo acostumbra, o va al Santísimo Sacramento del altar a pedirle mercedes, va más seguro; y si alcanza tanta gracia, no hay para qué tenerle en menos que el que entró por la ventana del éxtasis llevándole arrobado, sin pasar por la escalera de la meditación y contemplación ordinaria, o le viene a hablar el rey en la revelación y visión; especialmente si éste en su corazón no teme de estos modos extraordinarios, y se tiene por indigno de estos particulares favores, y desprecia al pequeñuelo, a quien Dios no dió talentos para grandes contemplaciones.

El tercer engaño es de estos mismos que desean y piden ternuras, regalos, visiones, revelaciones, arrobamientos y semejantes cosas extraordinarias; y como el alma más aprovechada es la que desea más amar y padecer, muy de ordinario este deseo de cosas preciosas y gustos en la oración, lleva alguna mezcla de amor propio o soberbia escondida; y por esta causa permite el Señor que en lugar de las visiones y revelaciones que piden, les vengan ilusiones y engaños, por donde pierdan en una hora lo que habían ganado trabajando en mucho tiempo.

El cuarto engaño es de los que se ven secos y sin gustos y regalos y dones sobrenaturales, que ellos dicen, y dejan la oración, pareciéndoles pierden tiempo, y se salen desabridos y quejosos de que no les den los gustos o dones que deseaban; y si estos, cuando así se ven, con humildad y paciencia tornasen a su meditación por los caminos ordinarios que ellos saben, volverían a entrar en espíritu, y por lo menos por la vía ordinaria llegarían al ejercicio de virtudes e irían aprovechando.

El quinto engaño es de los que teniendo alguna visión o revelación de cosa particular no necesaria para Dios, de tal manera la creen y obedecen que luego la ponen por obra, como si fuese cierto ser mandamiento divino, y tienen mucho escrúpulo de tardarse o ser negligentes en obedecerla. Estos tales se engañan, lo primero creyendo a su propio espíritu; engáñanse lo segundo en creer que están obligados a poner por obra el mandamiento de la revelación, porque siendo de fe, que Satanás se transfigura en ángel de luz (1), lo más ordinario no hay certidumbre bastante que sea mandamiento de Dios lo que le revelan, de suerte que haya escrúpulo si no le pusiere por obra. Y así como si una desposada quedase encerrada en su casa por mano de su esposo, el cual se lleva la llave del aposento, y después el mismo esposo quisiese entrar por el tejado y no por la puerta, aunque la esposa no le admitiese, diciendo, si sois mi esposo no teneis necesidad de entrar por lugar extraordinario, pues tenéis la llave de la puerta, no se enojaría el esposo con ella ni lo tomaría a mal, especialmente si el no admitirle naciese de reconocimiento de humildad y de temor de no ser engañada de otro; de la misma manera, aunque sea Dios el que habla en la revelación o visión particular, si el alma no la admite con temor de no ofenderle siendo engañada del demonio, con humildad y reconocimiento de que no merece cosas sobrenaturales, no se tendrá el Señor por ofendido.

Sexto engaño es de algunas personas que van por contrario camino del que hemos dicho, juzgando cualquier cosa sobrenatural por ilusión y engaño. Estos tales murmuran de las almas espirituales, atribuyendo a su entendimiento y midiendo con sus fuerzas naturales los afectos de la oración, de donde se sigue que como no llegan ellos a cosas altas, paréceles que no las hay en otras almas, y las que las cuentan dicen que son engañosas. Sería bien que leyesen el camino por donde Dios llevó sus santos, y las mercedes tan soberanas que les comunicó en la oración, y se reconociesen por indignos de tales mercedes; pues por más letrados que sean, si no viven con tanta pureza ni se ejercitan en tanto tiempo en oración, ni conservan aquel amor encendido que las almas a quien Dios da semejantes dones, no los alcanzarán.

Dicho hemos seis engaños; digamos ahora otros seis avisos para los que siguen vida espiritual. Sea el primer aviso: por cualquier camino de contemplación que Dios llevare, ahora sea natural y ordinario ahora sobrenatural, va bien encaminada, si saca fruto de caridad, humildad, pureza y guarda de la ley. Y por cualquier camino que vaya, va mal encaminada, si saca por fruto de la oración algún pecado o cosa mala. De aquí se sigue, que ninguno se debe asegurar viendo que le lleva Dios por caminos sobrenaturales; ni tampoco debe temer, aunque vaya por ellos, si saca de la oración aprovechamiento en la virtud; ni es bien que ponga toda su eficacia en mudar estilo de oración sino alcanzar el fin que pretende, sea cualquiera el camino por donde le guiaren.

---

1 II ad Cor., XI, 14.

El segundo, las cosas que sabemos en la oración puede ser en tres maneras. La primera, conformes a la fe y buenas costumbres; lo segundo, contrarias de cualquier manera, a la misma fe y costumbres; lo tercero, cosas dudosas y particulares; si son conformes a la fe y a las buenas costumbres, creámoslas no porque nos lo dice la revelación sino porque ya lo sabíamos por fe; si son contrarias, siempre las tengamos por ilusión y engaño, y en ningún caso nos mudemos a hacer ni creer cosa contra lo que sabemos por fe y conocimiento claro de la Iglesia, por más revelaciones y visiones que haya que nos digan que son buenas. Si son dudosas y medias, como acaece en algún caso particular, no las creamos ni dejemos de creer hasta consultarlas con quien las entiende o con la prudencia, experiencia y conjeturas humanas.

Tercer aviso: Ninguno se asegure con su propio espíritu, ni deje de comunicar y preguntar a sus padres espirituales lo que no entendiere o supiere de cierto y por la fe ser de Dios, aunque se lo digan en lo interior del alma. Porque acaecerá que el demonio le diga verdades santas y buenas por muchos años y tiempos, para hacerle que se asegure y crea a su propio espíritu, y después que le tiene ya asegurado con lo que en su espíritu pasa, y que persuadido lo crea sin preguntar, echarle el lazo de la ilusión, y en una vez pierde todo cuanto ha ganado toda la vida.

Cuarto aviso: Cuando está el alma bien empleada amando y conociendo, persevere en aquel acto sin volver a examinar por entonces lo que va haciendo, porque este revolver sobre sí para examinar lo que entonces lleva, con hacer memoria de ello, corta el hilo de la oración y quedase seca, desabrida y sin provecho. Examine después de la manera que le ha ido, y mientras durare el espíritu, prosiga en él sin volver atrás.

Quinto aviso: Quien quisiere ir muy seguro en todas estas cosas espirituales, dése lo más que pudiere a la humildad, que ella es el lastre que tiene firme el navío de nuestro espíritu y la que asegura todos los caminos de la oración.

Sexto aviso: Siempre procure el modo de oración más seguro, meritorio y más sabido, y vaya llevando la intención al mayor aprovechamiento en la honra y gloria de Dios.

Estos seis avisos importan para la oración: parecióme ponerlos en este capítulo para avisar a los que siguen contemplación; porque hay tantas ignorancias en este caso que mientras con más claridad y resolución estas cosas se escribieren, de mayor provecho entiendo que han de ser.



VIDA DEL ALMA

VIDA DEL ALMA

Libro que trata de la imitación de Cristo y de los grandes frutos espirituales del que vive y obra con amor de Dios y de los medios por donde esta vida se alcanza.

PROLOGO

Al religiosísimo Padre Prior de la Cartuja de Bruxelas.—Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, Carmelita.

Ego sum via, veritas et vita (1), dice Nuestro Señor Jesucristo, religiosísimo Padre, en que nos da a entender que el que quisiere ir camino derecho a la gloria y en esta vida a la perfección, no siga otros pasos que los de Cristo Jesús. El que desea aprender verdadera doctrina, atienda a la que el Señor nos enseñó en obras y palabras; y quien quisiere para su alma vida de gracia, de espíritu y de gloria, imite lo más que pudiere en obras, palabras y pensamientos la vida de Cristo, en quien, como dice el real Profeta, está la fuente de la vida (2).

Ocasión de escribir este libro.

Los días pasados en presencia de vuestra paternidad y de otros siervos de Dios de los más sabios y experimentados en cosas de espíritu, que se hallan en esta ciudad de Bruselas, traté muy a la larga sobre un modo de oración mental que algunos enseñaban, en que decían que lo más perfecto de oración, lo más alto del espíritu, la cumbre y perfección a que el alma puede llegar en esta vida, es la oración unitiva, inmediata y pasiva con aniquilación total de todos los actos interiores y exteriores de las potencias y niebla interior. Y llámanla unión inmediata porque en ella se une y junta el alma con Cristo sin medio de ninguna criatura; llámanla pasiva, porque dicen que el alma padece y recibe y no hace ni obra cuando está en esta unión; dicen que es con aniquilación total porque las potencias están suspensas y aniquiladas, sin obrar cosa alguna interior ni exterior, y dicen que está el alma en una niebla y oscuridad divina, porque deslumbrada con la soberana luz que entonces recibe, no entiende ni ve y carece de toda luz.

Doctrina peligrosa en cubierta con perfección.

1 Joan., XIV, 6. 2 Ps. XXXV, 10.

Llama imperfección a lo que juzga no ser suma perfección.

Y poniendo en este grado de unión la perfección del espíritu, llaman imperfección a la oración vocal, a la meditación, al discurso con que el alma conoce a Dios, mediante las criaturas, a la adoración de las imágenes, al poner por intercesores los santos, andar a romerías y semejantes ejercicios espirituales que las almas buscan para merecer. Y discurriendo con esta doctrina más adelante, pareciéndoles que se han de dejar las imperfecciones por lo más perfecto, aconsejan que dejen la oración vocal y la meditación, etc., por tener más tiempo para oración mental; y para que dejando estos ejercicios exteriores, como imperfectos, se puedan entrar en aquella manera de unión como hizo Moisés cuando subió a lo más alto del monte, dejando a la falda a los hijos de Israel y se entró a hablar con Dios a solas en una soberana niebla, etc.

Doctrina herética.

Aunque entonces dije muchas razones contra esta opinión y escribí una breve *Apología* contra ella, que irá impresa al cabo de este libro, y tengo escrito acerca de esta doctrina de la unión largamente en mis libros, así en el *Dilucidario del verdadero espíritu,* como en la *Lámpara encendida,* y en el de la *Mística Teología,* con todo eso me pareció estar obligado a escribir este libro, intitulado, *Vida del alma e imitación verdadera de Cristo,* en que declaro, que la suma perfección no consiste en esta unión inmediata con dejación de las operaciones del alma, sino en el obrar con imitación a Cristo, cuando las obras y ejercicios espirituales se hacen con pureza de conciencia y nacen del verdadero amor de Dios; y para ir en ello con más claridad voy discurriendo por los principales misterios de Cristo en veinte capítulos declarando en cada uno el ejercicio espiritual que corresponde al misterio.

Título del libro.

Intento del autor.

División del libro.

Recíbalo vuestra paternidad con aquella sinceridad y ánimo que se lo ofrezco, y encomiéndeme a Nuestro Señor como haré yo a vuestra paternidad en mis oraciones y sacrificios.

CAPITULO PRIMERO

EN QUE SE TRATA DEL PRINCIPIO DE LA VIDA DEL ALMA Y DE LA PERFECCION, QUE ES EL AMOR DE DIOS. DECLARASE QUE SEA Y SUS TRES PRINCIPIOS, SU ENTEREZA Y LA TOTAL ENTREGA DEL ALMA. QUE SEA AMOR DEL PROJIMO EN DIOS Y LAS SEÑALES Y EFECTOS DEL VERDADERO AMOR DICE SAN PABLO.

Vivo ego; *jam non ego*; *vivit in me Christus* (1). En estas palabras se contiene el principio, fin y medio de la perfección. El principio es el amor de Dios; el medio la total aniquilación de sí mismo, y el fin la unión con Cristo. *Vivo ego*: llámase vida el amor, porque según San Juan: El que no ama está en muerte (2); y porque esta vida de amor nace del Santísimo Sacramento que es prenda amorosa, dice el mismo Señor: El que me comiere a mí, vivirá por

1 Ad Gal., II, 20. 2 I Joan., III, 14.

mí (1). Cómo se haya de amar, decláralo el mismo Señor, diciendo: *Diliges Dominum Deum tuum, ex toto corde tuo, ex tota anima tua, ex tota fortitudine tua, et proximum tuum sicut te ipsum* (2). En decir aquella palabra: *Diliges* y no decir *amabis*, da a entender que Dios nos manda lo activo y el movimiento del libre albedrío para el amor, que es lo que está en nuestra mano, con la divina gracia, y no nos manda lo pasivo ni las ternuras, gustos y regalos de amor, que da Dios a quien quiere y como quiere; porque eso pasivo más propiamente le llama amor, que es pasión, y este otro amor activo se dice *dilectio*, como quien dice *ex duobus electio*, de dos cosas escoger una; que es decir, de la criatura y del Criador escoger y echar mano del Criador y dejar la criatura, aunque sea amargo al apetito; como el enfermo que echa mano de la purga porque le ha de sanar, aunque se haga fuerza en el beberla y deja el agua fría que le ha de dañar, aunque se le vayan los ojos tras ella.

Qué diferencia hay entre diligere y amare.

Dominum Deum tuum. En estas tres palabras se ponen las tres raíces del amor de Dios: la primera, los muchos bienes, beneficios, gracias y mercedes que nos ha dado como Señor, que lo mismo es decir *Dominus* que *dans munera*, el que da dádivas. La segunda, ser Dios quien es; porque es nuestro Padre, hermano, esposo, amigo, rey, Señor, bueno, omnipotente, hermoso, sabio, verdadero, misericordioso, etc., y finalmente Dios, que por ser infinito encierra en sí todo el ser amable. La tercera, lo mucho que Dios nos quiere; que llamarle *tuum*, es decir que es del todo suyo, y se le ha entregado por amor bajando del cielo a la tierra, dándole su sangre y su vida, y como a suyo lo puede comer en manjar; y así con este amor instituyó el Santísimo Sacramento. *Ex toto corde*; para que el amor sea el que debe, no se ha de dar a Dios parte del corazón, del entendimiento ni del deseo sino todo; porque aunque en esta vida no se puede alcanzar esto, llegando al fin del amor, hasta que en la otra venga el amor perfecto, de quien dice San Pablo: Cuando viniere lo que es perfecto, cesará lo que es en parte (3); llama perfecto el estar entregada toda el alma y todas potencias, actos y pasiones en Dios, como lo están en los bienaventurados: llama *ex parte*, el conocer y amar a las criaturas, que mientras estamos en carne, no puede ser menos; pero no es imperfecto el amor de ellas y su conocimiento cuando va encaminado para Dios; y así no dijo San Pablo: *Evacuabitur quod imperfectum est*, sino *quod ex parte est* (4). Y la perfección de esta vida consiste en procurar desechar todo conocimiento y amor de las criaturas que no mueven y guían al alma a mayor conocimiento y amor de Dios.

Las tres raíces del amor de Dios.

El conocimiento y amor de las criaturas, no siempre es imperfección.

Dice Cristo: *Et proximum tuum sicut te ipsum*, porque según dice San Juan: El que dijere que ama a Cristo que no ve, y no ama a su prójimo a quien ve y tiene delante, miente por la boca y no dice verdad (5). Porque el verdadero amor de Dios no consiste en hablar con lenguas de hombres y ángeles, en revelaciones, visiones y pro-

El amor verdadero en que consista.

---

1 Joan., VI, 58.
2 Matth., XXII, 37-39.
3 I ad Cor., XIII, 10.
4 Ib.
5 I Joan., IV, 20.

fecías, ni en hacer milagros, aunque sean que se pase un monte de un cabo a otro, ni en hacer grandes penitencias, aunque sea dar el cuerpo para que arda; ni en hacer grandes limosnas, aunque dé toda su hacienda a pobres; que todo eso sin caridad, ni es nada ni vale nada, como dice el Apóstol: que la caridad verdadera es tener paciencia en las tribulaciones, sin aborrecer los enemigos que persiguen; mostrar benignidad con los hermanos, no andar con soberbias, arrogancias y emulaciones, no hacer las cosas sin fin de agradar a Dios; huir de la ambición; no se irritar ni indignar, no se alegrar del mal o pecado de nadie, holgarse con la verdad (1) y que se la digan, aunque sea reprendiéndole sus faltas, y finalmente creer con fe viva, esperanza verdadera y sufrimiento perfecto, hasta llegar por este principio del amor al fin de la perfección que deseamos.

CAPITULO II

DEL MEDIO DE LA PERFECCION, QUE ES LA ANIQUILACION TOTAL DE SI MISMO, RENUNCIACION DE SUS COSAS Y HUIR DEL HOMBRE VIEJO Y EXTERIOR CON LA MORTIFICACION VERDADERA Y PERFECTA.

Jam non ego. Para entender bien esta palabra se advierta que este yo, soy dos: dos hombres, dos partes diferentes; dos regiones diversas y un compuesto de dos contrarios; tengo dos vidas y dos maneras de ser. Porque lo primero tengo en mí el Adán viejo con sus vicios y concupiscencias, y lo segundo el Adán nuevo con que soy y vivo en Cristo (2). Según el viejo Adán, siento en mí una ley contraria a la ley de mi razón, que me lleva cautivo a la ley del pecado. Y así cuando miro con uno de mis dos ojos al cielo, que es con el ojo de la razón, voy bien; cuando vuelvo el otro a la tierra, mirando lo que quiere la sensualidad, voy mal, pues siendo imposible, como dice un santo, mirar juntamente al cielo y a la tierra, es necesario que este viejo hombre se corrompa y muera, para que el nuevo se renueve de día en día (3). No puede haber vida sin muerte que preceda y sea término de donde partimos; como si de occidente queremos caminar hacia oriente, conviene dejar a occidente. *Generatio unius,* dicen los filósofos, *est corruptio alterius*; cuando una cosa comienza a vivir y a ser, otra se ha de corromper y morir. Pues si quiero vivir en Cristo, conviene que ya no viva yo, y llamo yo a mi hombre viejo, porque como dice el Concilio Arausicano: El hombre no tiene de su cosecha sino pecado y mentira.

La generación de una cosa es corrupción de otra.

Cuál amor de las criaturas sea amor propio.

En este mi yo se encierra el conocimiento y amor de las criaturas, porque en el otro yo está el conocimiento y amor del Criador. Estas criaturas son en tres maneras, unas malas, otras indiferentes y otras buenas. Las malas tengo de dejar si quiero unirme con Cristo; y estas malas son los pecados, que quien no los dejare, no llegará a la

1 I ad Cor., XIII, 4-8.
2 II ad Cor., IV,16.
3 Ad Rom., VII, 23.

unión ni aun a la gracia. Las indiferentes, como el comer, dormir, etc., estas tengo de dejar y aborrecer si me pusieren a peligro de apartarme de Dios y entibiarme de la caridad, y querer las criaturas así, es amor propio, contrario de la aniquilación y mortificación perfecta; pero sí quiero y amo estas criaturas por Dios, en Dios y para Dios, ya este no es amor propio sino amor de Dios. Y aunque no me aparte de ellas quitando de ellas el gusto que no es peligro, ni entibia en mí el amor de Dios, no voy fuera de la total aniquilación; pues que mientras vivo en esta vida, así como mi alma no se puede apartar del cuerpo, mi conocimiento y amor no se puede apartar de las criaturas. De donde se sigue que amarlas y tomarlas por medio para subir a las cosas invisibles por las visibles, como dice San Pablo (1), no es imperfección, sino perfección.

La tercera manera de criaturas, cuyo conocimiento y amor podemos llamar vida activa, es las que de suyo son buenas y santas, como las imágenes, y conocer a Dios por las criaturas, discurso en la meditación, romerías, entender en obras de misericordia y penitencia y otros ejercicios corporales, que tomados sin la piedad y caridad, sino a secas, dice San Pablo, que son de poco provecho; mas que la piedad y caridad aprovecha mucho, y haciéndolas con la caridad y actual fin de agradar a Dios son de mucho fruto (2). Estas obras de vida activa, si se mezcla con ellas algún pecado, falta o imperfección, son malas, no por sí sino por el pecado que se mezcla, como el manjar blanco o la miel mezclada con tósigo es veneno. Así como las obras buenas mezcladas con pecado se vuelven malas; dar limosna a una mujer pobre por pecar con ella es pecado, y la disciplina por vanagloria, la romería por distracción, etc., y no son buenas; pero si se aparta el tósigo del pecado y se hacen con buen fin, son buenas; como si se da la disciplina para mortificar la carne, la limosna por caridad, etc., y entonces son perfectas y en ninguna manera se han de dejar, y quien las llamase imperfecciones y las quisiese quitar, es hereje; así también cuando estas mismas obras se hacen sin falta ni pecado, pero no con tanto espíritu, fervor y caridad como se podrían hacer, no son imperfecciones sino menos perfecciones, y no se han de quitar, porque con ellas se ejercita el alma y dispone para el amor de Dios. Y de aquí se sigue, que así la aniquilación total es quitar del alma todo lo que es pecado, falta o imperfección, purgando las obras buenas e indiferentes de este tósigo que las puede dañar, y entonces no vivo yo, cuando las he mortificado, aunque las haga y piense en ellas, sino vive Cristo en mí por medio de las buenas obras; en que se han engañado algunos llamando aniquilación total y unión a la abstracción sola del entendimiento, cuando no piensa en ninguna criatura sino en Dios, y al amor inmediato de la voluntad, cuando no quiere ninguna criatura, ni mala ni buena, ni con mal fin, ni con buen fin, sino solo a Dios apartado de todas las criaturas.

Obras buenas mezcladas con pecados se vuelven malas.

Nótese mucho este punto contra los herejes de nuestros tiempos, que porque algunos hacen estas obras mal hechas las quieren quitar del todo de la Iglesia.

Aniquilación, qué sea.

1 Ad Rom., I, 20.

2 I ad Timoth., IV, 8.

CAPITULO III

EN QUE SE COMIENZA A TRATAR DE LA UNION CON CRISTO Y SE APUNTAN LOS MODOS DE LA ORACION UNITIVA.

Vivit in me Christus. Antes que Dios me criase, vivía yo en el Verbo Divino, según aquellas palabras de San Juan: Lo que se hizo en él era vida (1), y después que Dios me crió y me dió ser de alma y cuerpo, estoy compuesto de estas dos partes; la una es visible y la otra inteligible; para volver a gozar de la vista y amor de la divina esencia, en la cual yo estaba conocido y amado antes que Dios me criase, es necesario un medio que participe de mi naturaleza criada y de aquel Verbo Divino donde yo estaba con las ideas esenciales de las criaturas antes que las criase. Este medio entre mí y Dios, y este divino injerto de estos dos árboles, Dios y hombre, es Cristo; y para que yo viva eternamente y en vida perfecta, conviene que me haga una cosa con este Cristo y él viva en mí, y esta se llama unión con Cristo. Y el Verbo Divino se puede considerar de dos maneras: la una antes que encarnase, cuando estaba en las entrañas del Padre Eterno; la otra, cuando encarnó en las entrañas de la Virgen María y se hizo hombre, y después de hecho hombre obró muchos misterios, que por más claridad de la doctrina podemos reducir a doce: conviene a saber: Encarnación, Nacimiento y Circuncisión; Bautismo de San Juan, Tentación del desierto, predicación de su Evangelio, milagros, Transfiguración, Pasión, Muerte, Sepultura, Descendimiento al limbo, Resurrección, Ascensión al cielo; así la unión del alma con Cristo se puede considerar en dos maneras: la primera, unión con sola la divinidad, que es del todo espiritual, secreta, invisible y apartada de todo acto interior, exterior, que corresponde a la unión que el Verbo Divino tenía con el Padre antes que encarnase. La segunda, unión con Cristo encarnado imitando el alma sus virtudes y perfecciones. Y esta segunda manera de unión se divide en otras doce que corresponden a los doce misterios principales que hemos dicho haber obrado Nuestro Señor Jesucristo en el mundo.

Dos maneras de unión.

Doce misterios de la vida de Cristo.

Cualquiera de estas dos maneras de unión con Cristo tiene dos modos. Al primero podemos llamar activo, que es cuando nuestro libre albedrío obra juntamente con la gracia para juntarse con Cristo, siquiera vaya por vía de meditación o de contemplación o hablando vocalmente. Y para proceder con más claridad, a este modo de union activo quiero llamar imitación de Cristo porque así lo llaman los santos. El segundo modo es pasivo, cuando no nace de la obra de nuestras potencias, sino que Dios le da y el ánima le recibe por haberse dispuesto para llegar a tan alto fin. El ejemplo es claro del sol que yo pinto con colores en espejo, o el sol que se imprime en el mis-

Dos modos de unión.

Unión activa, que es imitación de Cristo.

Unión pasiva, e infusa.

1 Joan., I, 4.

mo espejo de los rayos del sol del cielo, no haciendo yo más en aquella impresión que aplicar el espejo al sol. Este modo pasivo, como no está en nuestra mano, aunque podríamos declarar los frutos y provechos que de él nacen en el alma, más provechosa será la doctrina, tratando de la imitación de Cristo y del modo activo, porque juntamente enseñamos al alma cómo se ha de disponer, y declaramos los frutos y excelencias del modo pasivo de unión.

Para que vaya la doctrina con más claridad se advierta, que así como en Cristo se consideran tres cosas, la humanidad sola, la divinidad sola, y Cristo todo, que es la humanidad y divinidad juntas y unidas; y en el hombre se puede considerar el cuerpo por sí, el alma por sí y todo el hombre cuando está junta el alma con el cuerpo; el cuerpo del hombre y la humanidad de Cristo no es mala; el alma del hombre y la divinidad de Cristo es mucho mejor, pero todo el hombre y todo Cristo es lo sumo; así hay tres maneras de unión pasiva y de imitación de Cristo. La primera, imitación de su santísima humanidad, obras, palabras y pensamientos, y esta es muy buena; porque no hizo cosa Cristo que no fuese perfecta. La segunda, imitación de su santísima divinidad, en cuanto el alma puede imitarle, y esta levanta el espíritu mucho más y causa las virtudes heroicas. La tercera, unión con la divinidad y humanidad de Cristo juntas, y esta es la suma y total y más alta y perfecta para los que estamos en esta vida. La imitación de sola la humanidad que va por vía de meditación, dispone y aprovecha en gran manera; la de la divinidad es por vía de contemplación y hace mayor fruto; la tercera es por vía de entrega total del alma en Cristo, y es la perfectísima. A la primera corresponde la vida activa y la vía purgativa, y es el estado de principiantes; a la segunda, la vida contemplativa y la vía iluminativa, y es estado de aprovechantes; a la tercera, la vida perfecta y la vía unitiva, y es estado de perfectos. Este aviso es muy importante para desengañar algunos que dicen que es dañosa para la contemplación la meditación y discurso de los misterios de Cristo. Y engáñanse estos, porque este es el principio por donde comienzan las almas, y nunca se ha de quitar a los principiantes.

Tres maneras de imitación de Cristo.

Los que dicen que les estorba la meditación de Cristo, puede ser que sean algunos, que caminando por la vía iluminativa, sienten más fruto en la contemplación de la divinidad infinita; y si dejasen aquel modo y volviesen a la meditación de sola la humanidad, volverían atrás. También se engañan los que ponen lo supremo y más alto del espíritu en sola esta contemplación y elevación del alma a sola la divinidad, que mucho más alta y soberana es la contemplación de la humanidad junta con la divinidad, levantando el corazón a una infinita grandeza encerrada en cualquier obra o palabra de Cristo; y esta contemplación e imitación es la más alta del alma mientras está en esta vida, y la que hemos de procurar y de quien tengo de tratar en este libro.

También es de advertir que en nosotros hay tres ocupaciones, que corresponden a estas tres uniones. La primera ocupación es de las cosas exteriores cuando va sin espíritu, como la adoración de las imágenes, andar en romerías, conocer las criaturas, obras de pe-

nitencia y de misericordia, etc., cuando va secamente hecho y sin actual intención y espíritu; y esta ocupación, cuando no va mezclada con pecado, no es mala ni imperfecta ni se ha de quitar, así como el cuerpo del hombre y la humanidad de Cristo consideradas a solas no es mala ni imperfecta, hase de procurar perfeccionar juntando con ella el espíritu. La segunda ocupación es de sola la razón y libre albedrío, entendimiento y voluntad, cuando cesando de todas las operaciones exteriores, y algunas veces interiores, pone el alma los ojos en sola la divinidad de Cristo; y esta ocupación es mejor que la primera. Pero la tercera, que es la más alta y perfecta, es cuando juntamente obramos lo exterior y tenemos el espíritu levantado al interior; vemos la imagen y levantamos el espíritu, hablando con aquella imagen, como si hablásemos con el mismo Dios representado en la imagen. Dámonos una disciplina, y juntamos con aquel pequeño dolor el propósito firme de padecer mil muertes para la mayor honra y gloria de Cristo. Y en esta tercera y altísima ocupación consiste todo nuestro bien, que la primera es como Marta turbada, la segunda, María Magdalena ociosa; la tercera, María Virgen, ni turbada ni ociosa, sino que en cualquier ministerio que hiciéremos, levantemos el espíritu a lo supremo de la divinidad como hacía la Virgen cuando trataba con Cristo.

CAPITULO IV

DE LA UNION DEL ALMA QUE PROCEDE DE LA MEDITACION DE SOLA LA HUMANIDAD DE CRISTO Y LA IMITACION DE SUS MISTERIOS PARA COMPONER EL HOMBRE EXTERIOR.

Dice Isaías: Que levantará Dios la señal en las naciones y que puso a Cristo por capitán y maestro en las gentes (1). Y así como mandó a Moisés que hiciese el tabernáculo según el modelo que le mostró en el monte, así quiere que sus siervos miren y consideren con atención las obras, palabras, pensamientos y trabajos que Cristo hizo, padeció, habló y pensó, para que de allí tomen la regla de cómo han de obrar, padecer, hablar y pensar. Así como una maestra que enseña a labrar, pone delante el dechado de donde la discípula saca su labor, contándole en el dechado los puntos que después ella ha de labrar con su aguja, o como un pintor que hace un retrato del sol pintándole en el espejo con pincel y colores, así el alma pone delante de la consideración a Cristo y los puntos de sus acciones, e imitando a este sol de divina justicia, labra en su conciencia y pinta la labor y figura más conforme a Cristo que puede. Esta manera de imitación han enseñado todos los Santos que han escrito de la imitación de Cristo y es muy buena y provechosa, aunque vaya con alguna sequedad y haciéndose fuerza el alma para tener atención. Y unas veces dividen los misterios de la pasión en siete por los días de la semana; otras

Los mysterios de la pasión de Cristo.

1 Isai., V, 26.

veces en quince por el rosario de la Virgen; mas podránse reducir a doce como tocamos arriba. Y no quiero detenerme en esto, porque son innumerables los autores que de estas meditaciones han tratado, y son tan provechosas, que siempre que el alma las considera, halla frutos diversos y de gran aprovechamiento.

Doce virtudes principales que se coligen de la imitacion de los misterios de Cristo.

Bien podríamos reducir las virtudes principales que son menester para la perfección en doce, según los doce misterios que propusimos, coligiendo de cada misterio una virtud. De la Encarnación del Verbo, el amor de Dios; del Nacimiento y deseo de salvarnos con que nació, el amor del prójimo; de la circurcisión, la mortificación de nuestras demasías; del bautismo, la renovación de nuestra vida; de la tentación en el desierto, la fortaleza contra nuestras tentaciones; de la predicación de Cristo, el modo con que hemos de enseñar a nuestros hermanos; de los milagros que obró, cómo nos hemos de ejercitar en obras heroicas; de la transfiguración, la oración mental; de la pasión, el sufrimiento de nuestros trabajos; de la muerte de Cristo, el morir nosotros al mundo; del sepulcro, el recato con que hemos de vivir para huir las ocasiones; de la Resurrección, hacer actos de contricción procurando siempre resucitar en vida de gracia; de la Ascensión a los cielos, cómo hemos de levantar el espíritu a la conversación celestial.

De la regla de Cristo crucificado.

Obediencia.

Pobreza.

Un santo de los del Yermo, pidiéndole un su discípulo regla y constituciones para bien vivir, le puso un crucifijo en las manos, diciendo que aquella era su regla en que había de leer y guardar las virtudes religiosas; la obediencia, con ver a Cristo obediente hasta la muerte y muerte de la cruz (1), la pobreza, mirarle sin tener en qué reclinar su cabeza, teniendo las vulpejas cuevas y las aves nidos (2); la castidad, viéndole tan ajeno de deleites y gustos que lo llama Isaías varón de dolores (3); el recogimiento, poniendo los ojos en los clavos con que ni sale de un lugar ni le dejan mover; la oración vocal, oyendo sus clamores grandes y lágrimas con que fué oído del Padre Eterno (4); la mental, viendo los suspiros con que se encomendaba y nos encomendó al Padre; el capítulo y corrección de culpas, considerando cómo sin haber cometido ninguna, está delante del Padre Eterno padeciendo penitencia por las nuestras; el ayuno y abstinencia, gustando de su hiel y vinagre; el silencio, considerando cómo sin abrir su boca se deja llevar como cordero a la carnicería (5); la disciplina de cinco mil y tantos azotes, etc., y por este camino todas las demás virtudes que se mandan en las reglas y constituciones de las Religiones se aprenden de Cristo crucificado con esta imitación de su santísima humanidad. Así como aquel árbol de la ciudad santa de Jerusalén llevaba doce frutos (6), así coge el alma otros doce del árbol de la cruz, meditando e imitando lo que Cristo padeció, que los llaman los santos con estos nombres: meditación, porque no hay otra mejor que con la memoria de Cristo; admiración, porque se es-

Castidad.

Recogimiento.

Oración vocal.

Mental.

Capítulo.

Ayuno.

Disciplina.

Los doce frutos de Cristo crucificado.

1 Ad Philip., II, 8.
2 Matth., VIII, 20.
3 Isai., LIII, 3.
4 Ad Haebr., V, 7.
5 Isai., LIII, 7.
6 Apoc., XXII, 2.

pantan los cielos de ver a Dios morir; compasión, que mueve mucho ver a Cristo padecer; temor, porque si en el árbol verde de Cristo tanta venganza toma Dios de mis pecados, en el seco de mi mismo que los cometí ¿qué pasará? (1); esperanza, que anima mucho ver a Cristo padecer tanto por salvarme; contrición, porque me pesa de haber ofendido a Dios y que mis pecados le hayan puesto en la cruz; amor de Dios, que es razón que ame a quien tanto por mí padeció; amor del prójimo y celo de las almas, por quien Cristo murió; agradecimiento de tan soberano beneficio, como fué morir Dios por darme vida; alegría, viendo que el Señor tan de veras quiere mi salvación, pues muere por salvarme; finalmente unión con Cristo, metiéndome dentro de él para sufrir mis trabajos y dolores en su compañía.

CAPITULO V

DE LA UNION E IMITACION DE LA DIVINIDAD DE CRISTO, Y DE LA DEIFICACION DEL ALMA CUANDO ESTA EN ESTA MANERA UNIDA.

Qué sea unión con la divinidad.

Hemos dicho que así como en Cristo hay humanidad y divinidad, y todo Cristo, que es la humanidad junta con la divinidad en el supuesto divino, así hay tres maneras de oración y de vida espiritual y unión con Cristo. La primera, unión con sola la humanidad de que arriba tratamos; la segunda, de sola la divinidad de la cual trataremos en este capítulo. Esta unión e imitación de la divinidad de Cristo es un levantamiento del alma en una grandeza que dilata el corazón para virtudes muy heroicas. Y pues el Señor dice: que el que le ama y es su ministro estará dondequiera que él esté (2), y según la divinidad Cristo está en la esencia del Padre Eterno, el alma alumbrada con viva fe, fortalecida con esperanza y abrasada con amor, no se contenta con menos que con subirse a las entrañas del Padre imitando al Verbo divino lo más que puedan sus fuerzas; y ve con los ojos de la contemplación, que por acto infinito de entendimiento el Padre Eterno engendra al Verbo, y que el Verbo con el Padre por infinito amor espira al Espíritu Santo, y con esta luz deja todas las cosas criadas y la consideración y amor de ellas, y sube a la consideración y amor de solo Dios, desnudándose y aniquilando en sí todas las cosas que no fueren Dios. Y como esta luz es tan alta y soberana, deslúmbrase con ella el alma, y queda como ciega en unas tinieblas u oscuridad divina, que aunque entonces no entiende nada sujetándose a la fe, después le quedan innumerables ideas de grandes e innumerables conceptos, como están las ideas en el Verbo Divino, que llama David: Resplandores santos (3).

Cómo se junta divinidad.

Principio de la aniquilación y peregrinación del alma cuando se aparta de la criatura para ir al Criador.

Tinieblas divinas.

Soberana luz.

De manera que en este modo de imitación y unión se hallan tres partes: La primera, aniquilación y negación de todo lo criado; la se-

1 Luc., XXIII, 31.
2 Joan., XII, 26.
3 Ps. CIX.

gunda, niebla u oscuridad divina; la tercera, abundancia de soberana luz e innumerables conceptos. Y así como Dios es infinito, omnipotente, inmenso, eterno, inefable, incomprensible, de infinita sabiduría, bondad, justicia y misericordia, padre y criador, rey y Señor de todo lo criado, infinitamente verdadero y glorioso, así el alma imitando en cuanto puede los atributos divinos, se esfuerza a no contentarse con cualquiera amor de Dios, sino que querría crecer en sumo y grande amor, y buscar a Dios en todo lugar como si fuese inmensa y en todo tiempo como eterna. Parécele que todo lo puede en aquel que le conforta (1) imitando a Dios en ser omnipotente, y entra en una grandeza incomprensible e inefable, que ni ella sabe qué es ni lo sabría decir a nadie; crece, según su capacidad, en sabiduría, bondad, rectitud, justicia y misericordia con los hermanos, pareciéndole que hasta entonces no ha sido nada ni ha hecho cosa buena, y procura, como padre de todos, acudir a todos los prójimos, huye de todo engaño y mentira, y finalmente quédase en un centro, que es como gloria, con quietud, contento y paz inefable.

Imitación de los doce atributos divinos.

Dos maneras hay de esta unión con la divinidad de Cristo, según arriba tocábamos; la primera, la que llaman activa, que el alma se procura con su meditación, así como el pintor que pinta el sol en el espejo con su pincel y colores. A esta, para más claridad, pongamos por nombre imitación de la divinidad de Cristo; la segunda, que algunos llaman pasiva, es la que viene del mismo Dios en el alma dispuesta con pureza, luz y amor, sin que ella trabaje con la meditación para formar en sí esta semejanza e imitación de la divinidad, como cuando el sol se imprime en el espejo, que la mano del pintor no hace más de tenerle quieto, limpio, claro y con su respaldo de acero, donde reverberen los rayos del sol para imprimirse y hacer el mismo sol su semejanza y figura. Llamemos a esta segunda deificación del alma, que nos da ocasión de este nombre el gran Dionisio, que llama a los que este modo de oración tienen *deiformes*.

Dos maneras de unión con la divinidad.

Imitación de la divinidad de Cristo.

Deificación.

Para mayor declaración de esto y de toda esta doctrina, pongamos dos ejemplos, uno de San Epifanio y otro de San Cipriano. Dice San Epifanio (2), que así como un hombre que estando en un aposento vuelve las espaldas y quita los ojos de todo lo que en él hay, y se va a una ventana a mirar el sol, y mirándole, queda deslumbrado de sus rayos y como ciego, pero después ve dentro de sus ojos innumerables espejados y ruedas de diversos colores, así el alma cuando vuelve las espaldas al conocimiento y deseo de todo lo criado, y se va a contemplar y amar sólo la divinidad de Dios, queda deslumbrada con una divina oscuridad y niebla que llama Dionisio *divina caligo* (3); mas cuando está así, no pierde nada de conocimiento y luz, antes le quedan innumerables conceptos de muchas cosas, especialmente de las que son necesarias para su salvación. De esta manera es la imitación de la divinidad de Cristo, porque ya el alma se va por sus pies a la ventana de la contemplación de la divinidad.

Dice S. Cipriano (4) que así como quien va de noche por un camino,

1 Ad Philip., IV, 13.
2 MG. 42, 351.
3 MG, 3, 999.
4 S. Cypria., *De oper. Christi.*

que súbitamente le da en los ojos un relámpago del cielo que le deslumbra, mas con la gran luz del relámpago ve muchas cosas en el campo por donde caminaba, como árboles, fuentes, montes, etc., que con la oscuridad de la noche no veía, así acaece, que en un momento, sin que el alma se ponga a considerar e imitar la divinidad de Cristo, el mismo Dios le envía un relámpago de luz que le deslumbra; pero aunque le ciega, le enseña y da luz de muchos conceptos que antes no sabía. De manera, que ahora sea en la imitación de la divinidad, ahora sea en la deificación del alma, se hallan tres cosas. La una, dejar las criaturas, que llaman aniquilación total; la segunda, oscuridad divina; la tercera, grandeza y multitud de conceptos que se llama luz inefable.

Aniquilación, oscuridad divina, luz inefable.

Efectos de la unión con la divinidad.

Los efectos que hace este divino relámpago en el alma y esta divina imitación de la divinidad son excelentes, porque levanta el espíritu, engrandece el corazón, ensancha la capacidad de la conciencia y dispónela para ser morada de las personas divinas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que según dice el Señor: *ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus.* Vendremos a él, y haremos morada en su corazón. Las causas, raíces y principios de donde nace esta imitación de la divinidad y esta deificación del alma, no son bien entendidas de muchos; en suma, a mi parecer, son tres: pureza del alma, amor de Dios y atención interior; y acerca de esta atención y qué sea, hay gran dificultad; porque a algunos les parece que es dejamiento y cesación de todos los actos exteriores e interiores de los sentidos, entendimiento y voluntad, y que no puede llegar el alma a esta aniquilación, oscuridad y luz sin cesar de todo conocimiento y acto de voluntad.

Tres causas de la imitación de la divinidad y deificación del alma.

Qué sea atención interior.

Esta opinión en cuanto habla del alma que está ya suspensa, elevada, iluminada y absorta en Dios, es verdadera, porque así como si ya el sol está impreso en el espejo con sus rayos, no hay para qué la mano le pinte con colores y pincel; si ya los ojos están mirando por la ventana la luz, no hay para qué abrir la ventana para ver al sol, así también si el alma está absorta en Dios y tiene aniquiladas todas sus potencias y operaciones exteriores e interiores, y está llena de luz dada del cielo graciosamente, no hay para qué vuelva atrás, haciendo actos de entendimiento y voluntad para disponerse a llegar a este abrazo divino.

Doctrina de la dejación y suspensión del alma, las dificultades que tiene.

Condénase en el Concilio Vienense.

Mas los que enseñan esta doctrina diciendo, que el alma que quisiere alcanzar la unión con Dios, conviene que cese de todos los actos de entendimiento y voluntad, y se quede dejada, suspensa, ociosa y sin hacer nada esperando esta unión, y que por este camino Dios se la dará, a mi parecer, se engañan por las razones siguientes: La primera, porque ha sido error de los herejes que llaman alumbrados y dejados, y de los begardos y beguinas enseñar esa manera de proceder, que es estar sin hacer nada, esperando las iluminaciones sobrenaturales; y éstos no hacen caso del merecimiento de la gracia y de la operación del albedrío. Y si bien miramos en ello, el principal engaño de los luteranos y principalmente de los herejes llamados puritanos, es quitar el merecimiento de la gracia y las obras del libre albedrío, y dejarlo todo a lo pasivo y al merecimiento de la

pasión de Cristo con sola la fe, diciendo: *sola fides sufficit.* La segunda, porque la experiencia nos ha enseñado que las almas a quien algùnos maestros de espíritu llevaban por ese camino, han sido muy poco aprovechadas, porque cuando hacían fuerza en quedarse suspensos, les venían pensamientos malos, y toda la hora de oración se les pasaba en resistirles, y así salían sin ningún provecho y con desabrimiento, y aun dejaban el ejercicio de la oración mental por cosa inútil; mejor les fuera ejercitarse en la meditación de la pasión de Cristo, y hallándoles Dios bien ocupados y en buenos pensamientos y deseos, más presto les da la luz y unión que cuando los ve ociosos y esperando la gracia sin hacer actos de merecimiento; porque como dicen los teólogos, con los actos merecemos y no con los hábitos. La tercera, porque es un género de arrogancia, soberbia y vanagloria ponerse un hombre sin hacer nada a esperar la luz y unión, como si la mereciere, teniéndose por sujeto capaz de recibirla, de la manera que sería atrevimiento vano ir un hombre al rey con una caja vacía a que le meta en ella la joya de piedras preciosas, que suele dar por regalo y merced a sus muy queridos y privados, sin hacerle ningún servicio más que recibir. Harto más bien encaminado va el que al principio de la oración se tiene por indigno de cualquier bien, y le parece que le basta, y aún le hace Dios muchas mercedes en dejarle poner allí de rodillas, y que pueda decir un *Paternoster* con la boca o levantar los ojos a una imagen pintada; al que así se humilla, Dios le ensalza en la oración (1). La cuarta, porque es yerro en la teología mística querer llevar un maestro espiritual a todos los otros por el camino que Dios a él le lleva, pues los caminos del espíritu son diversos.

Podrá ser que un alma esté tan aventajada y tan bien ejercitada en el espíritu, que poniéndose en ese modo de suspensión, Dios le haga mercedes; pero el otro que está lleno de pasiones, tentaciones, inquietud, desasosiego y perturbaciones, poniéndole en ese camino, se perderá; mejor es ponerle en ejercicio más bajo y que toque la tierra, como el gallo, que para cantar más alto, abate las alas al suelo (2). Y así un maestro espiritual de nuestros tiempos que pone un ejercicio, que él llama altísimo para la contemplación más perfecta, que es quitar todas imágenes y actos interiores y exteriores, y dice que dando un suspiro al principio, se sentirá el alma mudada, etc., no me parece que acierta en encaminar a otros por ese camino; podría ser, que a él le haya Dios llevado por allí. Y a los que cita de San Dionisio, que escribiendo a Timoteo, dice estas palabras: Tú, amigo Timoteo, si quieres las visiones, deja con fuerza las obras de los sentidos y las operaciones intelectuales y todo lo que hay, para que te puedas levantar a la unión, etc. (3); no es a ese propósito, porque allí habla San Dionisio del alma que ya está absorta y unida, como se colige del principio del mismo libro de *Mística Teología,* donde dice (4): Trinidad sobresubstancial, etc., guíanos a la cumbre lucidísima y eminentísima,

1 Luc., XVIII, 14.
2 Fr. Bartolomé de Saluzo, lib. *Del paraiso de los contemplativos,* cap. XXI.
3 MG, 3, 998. 4 MG, 3, 998.

donde se descubren los misterios de Dios en una oscuridad resplandeciente que deslumbra al alma, etc., y va diciendo después: Tú, Timoteo, deja las operaciones, etc., claro está que habla con los que están ya sobre esta cumbre del monte y no con los que llegando a la falda y estando en el valle, quieren comenzar a subir.

Atención interior, qué sea.

Dice que la atención es una de las tres causas, raíces y caminos de esta unión divina; porque ha de procurar el alma que la quisiere alcanzar, no ser muy habladora, ni andar discurriendo por muchos y diversos conceptos, conforme aquellas palabras del Señor: *Orantes, nolite multum loqui* (1), sino fijar los ojos del entendimiento en aquel concepto que más le suele mover, y arrojar el ímpetu de la voluntad lo más que pudiere a renunciarse en la voluntad divina, estando atenta a lo que Dios le hablare, según aquellas palabras: Oiré lo que habla Dios en mí; porque habla paz en sus siervos y en aquellos que se convierten al corazón (2), y esto es lo que aquí llamo atención, y otros lo llaman buscar a Dios dentro de sí mismo, recogimiento del alma, silencio interior, entrar dentro del centro del corazón y cosas semejantes; mas basta ya esto cuanto a este punto.

Cuando oréis, no habléis muchas palabras.

CAPITULO VI

DE LA IMITACION DE CRISTO ENCARNADO EN LAS ENTRAÑAS DE LA VIRGEN, Y DE LA UNION Y JUNTA DE NUESTRAS OCUPACIONES, EJERCICIOS Y MINISTERIOS CON EL ESPIRITU, DE DONDE NACE LA VIDA DE CRISTO DEL ALMA UNIHA POR AMOR.

Para entender de raíz la altísima doctrina de este capítulo, quiero proseguir en el ejemplo de San Epifanio con esta consideración. Hagamos cuenta que el servicio de Dios es tañer un arpa de diez cuerdas, que si el son es destemplado, la música no es buena; mas si teniendo los dedos en las cuerdas, pongo los ojos en el libro del punto para conformar las consonancias, es música agradable. No puedo mirar al libro ni a las cuerdas sin luz; esta luz es en dos maneras, una de la candela, que es luz oscura, otra, del sol, como cuando se abre una ventana por donde entre esta luz; y entonces estoy muy bien ocupado, porque veo la luz del sol, y con aquella luz veo el libro del punto y las cuerdas del arpa, y estoy dando música a mi rey, y mejor le sirvo que si dejase el arpa de las manos y quitase los ojos del libro del punto y me fuese a la ventana por sólo ver la luz del sol.

Las diez ocupaciones del servicio de Dios comparadas a las diez cuerdas.

Esta arpa es el servicio de Dios, que, entre otras muchas, podemos poner en ella diez cuerdas, como las del *Psalterio* de David, que decía: *In decachordo psalterio psallam tibi* (2). La primera cuerda es la observancia de los mandamientos de la ley; la segunda, la oración vocal; la tercera, la meditación y discurso del entendimiento; la cuarta, la participación de los Sacramentos, como confesar, comulgar, etc.; la quinta, el ejercicio de las obras de misericordia con los pró-

---

1 Matth., VI, 7. 2 Ps. LXXXIV, 9.

jimos, así espirituales como corporales; la sexta, las obras de penitencia, aspereza y mortificación para refrenar las pasiones, como cilicios, disciplinas, contrición, etc.; la sétima, las obras de la conservación de vida y salud, como comer, dormir, etc.; la octava, la adoración de las imágenes, intercesión y devoción de los santos, etc., la novena, andar en romerías y ganar las indulgencias; la décima, cumplir cada uno con las obligaciones de su estado, como el religioso ir al coro, el casado sustentar su casa y familia, etc. A estas diez cuerdas quiero reducir todas las demás ocupaciones de esta arpa del servicio de Dios. Si estas cuerdas se tocan desentonadamente, la música es mala, no porque las cuerdas sean malas sino por el mal movimiento de los dedos; que la oración vocal sin atención no es buena, y el adorar las imágenes, como si en el palo o piedra de ellas hubiese divinidad, es idolatría; el ir a consolar la viuda con título de obra de misericordia y peligro de sensualidad, etc., es mala música, no porque estas ocupaciones sean malas ni imperfectas, sino por falta del libre albedrío que usa mal de ellas.

Las buenas obras mal hechas no son buenas.

Para que esta música sea buena, conviene con los ojos del entendimiento mirar el libro del punto de la razón natural. Y cuando la luz con que esta razón natural se mira no viene por medio de la fe y oración, sino por la luz del juicio humano, es hacer la música con luz de candela, como en las virtudes morales que ejercitaban los filósofos gentiles y ahora ejercitan los herejes; mas cuando se abre la ventana dentro del alma y viene la luz del conocimiento de la fe de la humanidad y divinidad de Dios, y del deseo de agradarle y servirle, mirando con esta luz a los puntos en el libro de la razón y a las cuerdas de nuestras ocupaciones, entonces el servicio de Dios está perfecto, el alma está llena y ha llegado a lo sumo y más alto de la perfección. Porque ve la luz del sol con el espíritu, tiene la imitación de la divinidad y la deificación que hemos dicho, y juntamente ve la razón y pone manos a la obra, que esto es más perfecto que dejar las ocupaciones virtuosas por irse solo a ver la luz del sol. Con esta doctrina entiendo aquellas palabras que se dicen de San Martín: *Oculis ac manibus in coelum semper intentus, invictum ab oratione spiritum non relaxabat* (1), como quien dice: Tenía las manos en la obra, los ojos en el cielo y el espíritu en Dios. A este modo de vivir llamo lo sumo de la perfección, vida unida de amor, vivir Cristo en mí, imitación verdadera de Cristo, así de su humanidad, como de su divinidad, vivir con espíritu, incorporarnos en Dios y verdadera imitación de Cristo encarnado.

Hechas las buenas obras con sola la luz de la razón natural, no son perfectas.

Cuando se hacen con luz de la fe y del espíritu, son perfectas.

Imitación de la Encarnación de Cristo, qué sea.

Cuando el Verbo Divino bajó del cielo a las entrañas virginales, por obra del Espíritu Santo se formó y organizó un cuerpo de lo más apurado de la sangre de la Virgen María, y se crió un alma por obra del Espíritu Santo, y al tiempo que se juntó esta alma con el cuerpo, en lugar del ser y vida que había de resultar de esta unión y junta de alma con el cuerpo, el Verbo Divino dió el ser y vida, mediante la unión hipostática, a este cuerpo y alma; y

1 Sever. Supic., in *Vita Sancti Martini.*

así quedaron en una persona dos naturalezas, conviene saber, humana y divina. De la misma manera, el alma unida por amor y mediante la devoción e imitación de la Virgen, junta sus ocupaciones, que llamábamos las cuerdas del arpa, y las organiza procurando que vayan bien hechas, y luego las junta con la razón, que es como el alma de Cristo; pero no contenta con eso, junta la luz de la oración y el deseo actual de dar gusto a Dios con estas mismas ocupaciones, y ésta es vida perfecta y vivir yo en Cristo y vivir Cristo en mí, que decía San Pablo. Confieso que es más dificultoso hacer esto que dejar todas las ocupaciones y que asomarse a la ventana a sólo ver la luz de la divinidad, como hacen los que son solamente contemplativos, y muy mucho más que hacer estas mismas obras sin espíritu, como las hacen los que solamente tienen la vida activa; pero por eso es lo más perfecto que abraza lo uno y lo otro, como Magdalena, que significa la vida contemplativa, es más perfecta que Marta, en quien se entiende la activa; pero María, Virgen, que abraza entrambas a dos vidas, activa y contemplativa, es mucho más perfecta que las dos hermanas. En esta manera de vida no se halla la aniquilación total ni la caligo u oscuridad o tinieblas divinas que dijimos que acompañaban a la imitación de la divinidad de Cristo, no hay tantos gustos, regalos, quietud, sosiego y paz espiritual como en ella, porque de necesidad se han de poner los ojos en lo que se hace, y ha de haber actos de voluntad y entendimiento y luz; pero aunque aquello parezca más alto, no es lo más perfecto para nosotros mientras estamos en esda vida, hasta que vayamos a la otra donde veremos la esencia de Dios y le amaremos con todas nuestras fuerzas y corazón, etc., y por eso dice el Apóstol San Pablo: que cuando viniere lo que es perfecto, cesará lo que es *ex parte* (1), y no porque en este mundo sea *ex parte* la vida activa y cõntemplativa junta, como algunos declaran.

También es mucho de advertir que es nuestra alma tan flaca, que no puede estar siempre en esta tercera manera de unión y vida espiritual, sino que unas veces se ejercita sólo en la vida activa y hace los ministerios de Dios sin espíritu, otras veces se va a sola la contemplación y deja las otras ocupaciones, y variando de una y otra manera como no ofenda a Dios, siempre está bien ocupada y mereciendo, y todo es bueno y santo, pero uno más perfecto que otro.

CAPITULO VII

DE LA RENOVACION DEL ALMA UNIDA, Y DE LA IMITACION DEL NACIMIENTO DE CRISTO JESUS.

Como niños recien nacidos, dice el Apóstol, apetece leche y no manjar duro (2); y a los siervos de Dios llama el Espíritu Santo, nueva criatura, porque cada día renuevan su espíritu, su conciencia, sus pensamientos y deseos, y dicen con David: Señor, ahora comienzo, esta es mutación de la mano derecha del poderosísimo Señor (3). Que

1 I ad Cor., XIII, 10. 2 I Petr., II, 2. 3 Ps. LXXVI, 11.

así como Cristo Jesús nació quedando María virgen, con suma virginidad y pureza, y nació desnudo y en un pobre portal de Belén, con suma pobreza, abandonado y despreciado del mundo, que aún no quisieron recibir a su Madre en un mesón donde a nadie falta posada, y fué puesto en un pesebre entre un buey y un asno, que conocieron, como dice Isaías, a su poseedor y el pesebre de su Señor (1), así el alma nace de nuevo y se renueva de día en día (2). Pero este espiritual nacimiento en Cristo, renovación de espíritu y comenzar vida nueva, es de dos maneras: la primera, cuando Dios la da graciosamente y el alma la recibe y se ha en ella pasivamente, que, como decíamos, es como cuando se imprime el sol en el espejo con sus rayos; la segunda, cuando el alma por vía de su meditación y actos de la voluntad, imitando el nacimiento de Cristo, deja la vida vieja y comienza otra nueva, disponiéndose con los ejercicios que diremos.

Mi intento en toda esta obra es tratar de entrambas a dos maneras, y en cuanto a esta imitación del nacimiento, se puede llamar la primera, nacer Cristo de nuevo en nuestras almas, y se declara por este ejemplo. Cuéntase del ave fénix, que es una y sola, y cuando se ve vieja, pesada y enferma, junta pajas y leña, y con el movimiento de sus alas enciende fuego, quémase en el, vuélvese ceniza y de aquella ceniza vuelve a renacer otra vez, nueva y remozada. Nueva comparación del alma unida es esta ave, o la del águila, de quien dice David: *Renovabitur ut aquilae inventus tua* (3). Porque ser una la fénix se da a entender la unión de donde nace esta nueva vida; y el discurso que lleva el alma para alcanzarla, es juntar primero la leña de las meditaciones, de donde se enciende el fuego del amor de Dios, según aquellas palabras: *In meditatione mea exardescet ignis* (4). En este fuego se abrasa toda el alma y se deshace y queda hecha ceniza, así como fué cieno de lo que Dios crió al hombre en el paraíso; de este deshacerse, aniquilarse y olvidarse de todas sus costumbres viejas y cesar de los movimientos malos de su apetito, nace comenzar una nueva vida, de quien dice el Apóstol: Que nos vistamos un nuevo hombre (5), y como mudada por la mano derecha y fuerte del Señor, comienza de nuevo a vivir.

Renovación del alma en la imitación del ave Fénix.

Con mi meditación se enciende el fuego.

En esta renovación, sin saber ella cómo ni de qué manera, se halla con una nueva pureza, quiero decir, con unos deseos sobrenaturales, fuertes, firmes y fervorosos de no hacer de allí adelante pecado, por cuantas cosas hay criadas; y lo segundo, se halla con una desnudez y deseo de no tener otra cosa sino a Dios, despreciando y echando del corazón todas las riquezas, y dice: El Señor es la parte de mi herencia y de mi cáliz, que él me restituirá los bienes y heredad de la gloria para que fuí criado (6). A estas tales almas el mundo las desecha y aborrece como desecharon a Cristo cuando iba en las entrañas de su Madre y no la dieron en el mesón aposento, mas con este desprecio, pobreza y pureza, alcanza el alma un contento inefable y una compañía con los ángeles y una paz interior, que parece

1 Isai., I, 3.
2 II ad Cor., IV, 16.
3 Ps. CII, 5.
4 Ps. XXXVIII, 4.
5 Ad Ephes., IV, 24.
6 Ps. XV, 5.

canta con ellos: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus, etc.* (1), y reclinada en el pesebre de su estado en compañía y devoción de la Virgen y de su esposo José, ve que comienza a vivir con sinceridad de espíritu, semejante al asna con obediencia perfecta, semejante al buey que estaban al pesebre.

Esto pasa en lo interior del alma unida cuando recibe los bienes espirituales de la renovación y se halla devota y enriquecida de espíritu; mas cuando se halla seca y que no le viene ni le dan esta gracia, sino que ella se la quiere buscar para servir a Dios, y quiere pintar en sí este sol con los colores de sus meditaciones y con la mano de su libre albedrío, procede en la imitación del nacimiento de Cristo por el orden siguiente. Imitando al águila cuando se renueva, que habiendo volado a lo alto a donde recibe calor, se abalanza en algún estanque de agua fría, de donde le nace caérsele las plumas viejas y nacerle cañones nuevos, y así lo primero por donde comienza el alma a renovarse es por la penitencia, haciendo una verdadera confesión de todos sus pecados, si no la hubiere hecho, y así la contrición y penitencia interior es principio para alcanzar pureza, que esto es, como nacer de María, Virgen. Luego, lo segundo, busca desprecio de la hacienda, desechando la avaricia, que es la raíz de todas maldades (2), y si el mundo le despreciare y tuviere por loco y vomitare de sí, no se le dé nada que el ámbar más precioso es vómito de la ballena; antes procure despreciar al mundo, tener él en poco y aborrecer los humanos, y pretenda la gloria de Dios y la paz de su alma; dése a la obediencia y sinceridad de espíritu, que con esto sembrará sobre el agua, como dice Isaías, con el pie del buey y con el pie del asno.

Renovación cuando se imita al águila.

Es muy acertada regla para vivir bien, cuando el alma por la mañana despierta, decir y pensar muy de veras: Ahora nazco al mundo, a la noche me tengo de morir, no me queda más de este día para hacer penitencia de mis pecados y granjear la gloria, pues todo el tiempo que hasta ahora he vivido ha sido tiempo perdido y mal gastado.

Qué se ha de hacer para alcanzar la renovación.

CAPITULO VIII

DE LA VERDADERA Y PERFECTA MORTIFICACION DEL ALMA UNIDA EN IMITACION DE LA CIRCUNCISION DE CRISTO NUESTRO BIEN.

Así como cuando entran los rayos del sol en el aposento abriéndose la ventana, que alumbran los más escondidos rincones y descubren las telarañas, pajas y polvo y hasta los más mínimos átomos del aire, así cuando entra la luz sobrenatural en el alma unida por amor, se descubren en la conciencia los pecados pasados, las faltas e imperfecciones presentes, las pasiones desordenadas, las malas inclinaciones y las más mínimas ocasiones de ofender a Dios; y dale al

1 Luc., II, 14.

2 I ad Timoth., VI. 10.

alma tan gran pena verse tan llena de impurezas, estorbos y estropiezos, que si la humildad no consolase, algunos vendrían con esta luz en desesperación de no poder ir adelante, viendo que nunca se acaban de enmendar; mas esfuérzanse con la misericordia del Señor que conocen, y su amor y bondad, y procuran ir quitando aún las extremas sombras de faltas con una verdadera y perfecta mortificación, para que, como dice el gran Dionisio, llegando a recibir el Santísimo Sacramento: *Extremas rerum imagines purgatas habeant* (1). Esta divina mortificación no va poco a poco, como la mortificación que el alma se procura con sus ejercicios espirituales, sino que de una vez con el cuchillo de piedra, *petra autem erat Christus* (2), hace un firmísimo propósito, de no hacer de allí adelante cosa, decir palabra ni tener pensamiento que no hiciera, dijera o tuviera Cristo, estando en el estado, salud, edad y obligaciones que él esta. Y esta circuncisión espiritual y divina mortificación del alma unida, es de soberano fruto para ir adelante caminando a la perfección.

Tengan purgadas aún las más mínimas sombras de las imperfecciones del alma.

La piedra era Cristo.

Mas en las almas principiantes que no han llegado a recibir este bien de la mortificación dada del cielo, conviene que haya gran ejercicio de mortificar lo exterior del cuerpo, lo interior del apetito y lo más íntimo del alma y espíritu, quitando los estorbos del amor de Dios por las reglas de la mortificación que en otras partes hemos escrito. Porque así como no aprovecha la comida al cuerpo lleno de malos humores, si no se purga, así no aprovecha la oración ni la comunión al que no procura mortificar sus pasiones y demasías. Hase de escardar la tierra, como se colige de Jeremías profeta, si queremos tener buen fruto (3); y de aquí es que hombres hechos a su voluntad y que no se hacen fuerza contra sus desordenados apetitos, aprovechan poco en el camino espiritual.

CAPITULO IX

DEL BAUTISMO DE CRISTO Y DEL DON DE LAGRIMAS, ASI LAS DE CONTRICION COMO LAS DE COMPASION Y DEVOCION CON QUE AL ALMA SE LE ABRE EL CIELO INTERIOR Y RECIBE CONSUELOS DIVINOS Y DONES DEL ESPIRITU SANTO.

Bautizó el glorioso San Juan Bautista al Redentor del mundo en el río Jordán. Nacía este río de dos fuentes, llamadas la una *Jor* que en hebreo quiere decir agua, y la otra *Dan*, que quiere decir juicio; y abrióse el cielo y descendió el Espíritu Santo en figura de paloma.

Cuando el alma amorosa puesta en oración, acompañada con conocimiento y juicio de los misterios divinos, recibe el agua de la gracia y misericordias del Señor con ternura, dulzura y suavidad, como las palomas rociadas con leche, que residen cerca de las abundantes

1 MG, 3, 439.
2 I ad Cor., X, 4.
3 Hierem., I, 10.

corrientes de agua (1), que dice la Esposa, de estas dos fuentes, *Dan*, que es la luz, juicio y conocimiento en la oración, y *Jor*, que es el agua de la gracia, consuelo, regalos y ternuras, mana el río Jordán de las lágrimas. Que cuando en ellas el alma se bautiza, se le abre un cielo interior dentro de su conciencia y baja la inspiración divina, que es como paloma enviada por el Espíritu Santo.

Los dos manantiales de las lágrimas.

Cielo interior.

Lágrimas de contrición de donde nacen.

Tres maneras hay de lágrimas: la primera, lágrimas de compunción o contrición que nacen del juicio, conocimiento, luz y memoria de los pecados pasados, de las faltas presentes, de la flaqueza en el resistir, de la abundancia de pasiones, fuerza de los apetitos, inconstancia en los buenos propósitos y ocasiones en que el alma se va metida para caer cada día. Del conocimiento de todas estas cosas, dando Dios la luz en la oración, y de la gracia divina que enternece el alma y deshace las durezas interiores, nacen las lágrimas de compunción como las de San Pedro, de quien dice San Clemente (2), que acordándose de haber negado a Cristo, manaban de sus ojos y corrían con tanta abundancia que tenían hechas señales y regueros en sus mejillas, o como las de Santa Pelagia, que aunque primero fué deshonesta, después de convertida a Dios, derramaba tantas, que le pusieron por nombre Pelagia, como quien dice: *pelagus lachrymarum*, mar de lágrimas. Las lágrimas de compasión nacen del conocimiento de la pasión de Cristo y de los dolores y compasión de la Virgen, tormentos de los mártires, de las persecuciones y calamidades de la Iglesia, y de ver cuánta multitud de almas se condenan y cuán pocas se salvan. Las lágrimas de devoción nacen de una divina ternura interior que da Dios graciosamente, cuando envía su palabra interior que derrite los hielos, y sopla el viento del Espíritu Santo, con que manan y corren las lágrimas de devoción en el alma, como dice David.

Lágrimas de San Pedro.

Santa Pelagia.

Lágrimas de compasión.

Lágrimas de devoción.

Cualesquiera de estas tres maneras de lágrimas es de mucho fruto; las primeras, porque purifican la conciencia; las segundas, porque despiertan el temor; las terceras, porque encienden el amor. Y así como se abrió el cielo cuando el Señor se bautizaba, así en medio de estas lágrimas, vienen algunas veces tan grandes consuelos, tan soberana luz, tan fuertes y firmes propósitos y tanto deseo y gana de servir a Dios, que bien parece desciende sobre ella el Espíritu Santo en figura de paloma, y la toma como paloma para hacerla volar con ligero vuelo a los agujeros de la piedra y caverna de la cerca de las llagas de Cristo (3). Pero es menester algunas veces divertirse dejando la oración y acudiendo a ministerios de la vida activa, porque las demasiadas lágrimas suelen hacer daño a la salud enflaqueciendo la cabeza. Cuando el alma no tuviere este don de lágrimas, procure ejercitarse lo más que pudiere en la imitación del bautismo de Cristo y haga las cosas siguientes.

Ejercicio para alcanzar lágrimas.

Memoria de los pecados.

La primera, traiga a la memoria sus pecados, la gravedad y multitud de ellos y la bondad de Dios ofendido; y aunque sea sin lágrimas sensibles y con sequedad, y aun algunas veces con sola la boca,

1 Cant., V, 12.
2 S. Clemens, in *Itinerario*.
3 Cant., II, 14.

diga: Pésame, Señor, de haberos ofendido. Lo segundo, busque confesor devoto, como Cristo fué a San Juan; porque, según dice el glorioso San Agustín, por más santo que uno sea, todo el tiempo que le durare la vida, ha de hacer penitencia; y no se desconsuele si no tuviere lágrimas sensibles, que muchas veces suelen proceder del humor del cuerpo las que se derraman por los ojos, y valen más las del corazón. Lo tercero, no deje la meditación de la pasión de Cristo, aunque algunas veces no halle en ella sensible compasión ni ternura. Lo cuarto, pida a Dios gracia y espíritu y que se le abra el cielo interior y alcanzar perdón de sus pecados. Con esto no dejará de hallar gran provecho perseverando en su oración. Confesor devoto.

CAPITULO X

DE LA FORTALEZA QUE DA DIOS AL ALMA CONTRA LAS TENTACIONES DEL ENEMIGO, CUANDO HABIENDOSE RENOVADO CON PUREZA, MORTIFICADO Y BAÑADO CON LAGRIMAS, HUYE DE LAS OCASIONES Y SE DA AL AYUNO, ORACION Y ESPIRITU.

Tengo por muy engañosa manera de vivir la de algunos que, entregándose al comer y beber y a los gustos y regalos del cuerpo, y buscando para el espíritu visiones, revelaciones y delicados conceptos, pasan muy sosegadamente su vida, sin quejarse de que son tentados, como dicen que lo hacen los herejes puritanos y otros herejes antiguos. Porque el verdadero siervo de Cristo no dejará de tener pelea mientras le durare la vida sobre la tierra, pues fue tentado su capitán; es tan desvergonzado, insolente y atrevido el demonio, que, como dice el mismo Job, sórbese los ríos de la gente mundana, y no se maravilla, espera que el Jordán, que es Cristo, después de bautizado en el río Jordán, le entre por la boca (1). Lo que hace al caso es que el que se llega al servicio de Dios, esté con temor y apareje su alma para la tentación, como dice el Sabio (2). Mala señal es vivir vida sensual, sin tentaciones.

Grande es la fuerza del demonio en acometer a los que ve que siguen oración y espíritu, muchos carros de fuego, y gigantes rodean al Giezi de los religiosos; mas no se descuida el Señor de comunicar fortaleza sobrenatural a los que con amor se procuran unir con él, con la cual dicen: *In te inimicos nostros ventilabimus cornu* (3). Si se levantaren contra mí todas las batallas y poderíos del mundo, no los temeré; porque mi Cristo está a mi lado derecho para que no me hagan volver el pie atrás; una cosa sola pediré al Señor, que siempre more yo en su casa todos los días de mi vida (4), y con oración y espíritu me dé fuerzas para resistir a las tentaciones del enemigo. Que es cosa maravillosa que así como con el fuego se abrasan todas las espinas, así con el amor de Dios en las personas espirituales que viven en Cristo, se deshacen

---

1 Job., XL, 18.
2 Eccli., II, 1.
3 Ps. XLIII, 6.
4 Ps. XXVI, 3, 4.

todas las tentaciones, como declaran unas palabras del profeta Isaías, que dice: las espinas congregadas serán abrasadas con fuego (1).

Y porque el demonio también acomete a los principiantes que no han llegado a esta alteza de oración, para hacerles caer en pecados o estorbarles el camino de la vida perfecta, el que quisiere no ser vencido, imite a Cristo en su tentación guardando los avisos siguientes: El primero, así como Cristo primero se bautizó que entrase en la batalla con el demonio, procure el que quisiere vencer, confesar y comulgar a menudo, lavando su alma las más veces que pudiere, aunque se vea flaco y muy tentado; que la pureza es la primera arma de esta batalla espiritual. Porque hay muchos que viendo su flaqueza y recias tentaciones, dejan la frecuencia de los Sacramentos y se dejan estar caídos por ser desconfiados. El segundo, huya de las ocasiones, y busque soledad y recogimiento, así como Cristo fué llevado al desierto. El tercero, dése a la oración y espíritu, teniendo sus horas concertadas en ella, que con esta espada se deshacen los lazos de Satanás. El cuarto, ayune y absténgase de comidas y bebidas y otros deleites carnales, pues Cristo ayunó cuarenta días sin tener las pasiones y flaquezas que nosotros tenemos, que es imposible que los hartos de vino dejen tener incentivos deshonestos; pues dice el Espíritu Santo: *Nolite inebriari vino, in quo est luxuria* (2). Lo quinto, entienda las cautelas del demonio, que muchas veces con título de necesidad o de conservar la salud, entra relajando poco a poco la virtud hasta hacer dar una gran caída, que, aunque no parecía nada comer un poco de pan quien había ayunado cuarenta días (3), quería el demonio y deseaba saber de cierto por el milagro que le pedía hiciese, si era Dios, para estorbar su muerte en la cruz e impedir la redención del linaje humano. Lo sexto, huya de cosas extraordinarias y que parezcan milagrosas, y de tentar a Dios, poniéndose a peligro de ofenderle; pues el Señor respondió: *Non tentabis Dominum Deum tuum* (4). Finalmente, procure el siervo de Dios de no se dejar llevar de la avaricia, raíz de todo mal, como dice el Apóstol, aunque le prometan todos los reinos del mundo, para que caiga; que haciéndose un poco de fuerza, saldrá vencedor, pondrá los demonios debajo de sus pies y gozará de la compañía de los ángeles en la bienaventuranza.

Avisos contra las tentaciones.

No os embriaguéis con el vino, que en él hay lujuria.

CAPITULO XI

DEL CELO DE LAS ALMAS Y DE LA IMITACION DE LA DOCTRINA Y PREDICACION DE CRISTO JESUS.

Vino el Redentor del mundo, como dice San Lucas, para dar ciencia de salud (5); y parece imposible quien de veras le amare, dejar de estar herido del celo de la salvación de sus prójimos y del

Efectos del celo.

1 Isai., XXXIII, 12.
2 Ad Ephes., V, 17.
3 Matth., IV, 1-4.
4 Ib., 7.
5 Luc., I, 77.

deseo de darles luz para que atinen al camino de la gloria. Este celo llevaba a los apóstoles y doctores sagrados y a otros santos volando como nubes por toda la tierra (1). Este sacaba a Elías y a otros profetas y ermitaños de sus cuevas y ermitas, y les hacía levantar del reposo de su oración para buscar las almas que vino a buscar el buen Pastor, que dejó las noventa y nueve ovejas por una perdida (2), para abrevarlas con el agua de su doctrina y repastarlas en los campos de las divinas letras. Este mismo celo trajo a los monjes de los yermos a morar en las ciudades, queriendo ayudar con sus confesiones y sermones a los fieles en compañía de los obispos y curas, a quien les toca el predicar y confesar de oficio. El alma herida del divino amor, unida con Cristo crucificado, que dió su vida y derramó su sangre por la salud de todas las almas del mundo, no puede dejar de dar voces interiores como Raquel, diciendo a su Esposo Cristo: *Da mihi liberos, alioquin moriar* (3): Señor, dadme hijos espirituales y que yo gane almas para vos, y que vaya predicando por el mundo vuestra santa fe, que me muero, y el celo de vuestra honra y gloria y del bien de vuestra casa e Iglesia me come las entrañas.

Es tan grande este ímpetu en algunos, que, si pudiesen, andarían dando voces *per villas et castella praedicantes ubique* (4). Mas es menester refrenar el celo y que vaya *secundum scientiam*, como dice el Apóstol (5), porque hay muchos que por no tener las partes y talentos que para el ejercicio de la conversión de almas se requiere, no hacen fruto, antes hacen odioso el espíritu, y poniéndose ellos a peligro de distracción, padecen detrimento en sus almas, y ¿qué aprovecha al hombre, aunque gane todo el mundo, si su alma padeciere detrimento? (6).

El que quisiere aprovechar con su predicación y doctrina, imite a Cristo y siga sus pisadas. Que así como Cristo en treinta años calló, con que era la infinita sabiduría del Padre Eterno, estando recogido con su Madre la Virgen y su padre José, así primero que salga uno para aprovechar y dar fruto a otros, aprovéchese a su alma, ganando gracia y virtudes con el recogimiento. Y así como Cristo estuvo toda la noche en oración (7), cuando convirtió y llamó a sus apóstoles, así primero que salga a predicar, tenga oración en que trate con Dios lo que ha de decir en el púlpito, y se ejercite en las virtudes que ha de predicar, que entonces salen buenos los sermones y son de provecho. Y así como Cristo siempre predicaba doctrina para bien de las almas, que aun sus émulos decían de él: Maestro, sabemos que sois verdadero y enseñáis el camino de Dios con verdad, no hacéis caso de cosa del mundo, ni sois aceptador de personas (8), así el verdadero predicador evangélico guarde las mismas condiciones que Cristo; su doctrina sea verdadera y nunca enseñe errores, mentiras, fábulas ni doctrinas inciertas. Deje de gastar todo el tiempo en enseñar teo-

Lo que se ha de hacer para aprovechar con el celo.

1 Isai., LX, 8.
2 Luc., XV, 4.
3 Genes., XXX, 1.
4 Matth., IX, 35.
5 Ad Rom., X, 2.
6 Matth., XVI, 26.
7 Luc., VI, 12.
8 Matth., XXII, 16.

logías y conceptos delicados, y enseñe el camino de Dios; pues, como dice San Basilio, es su oficio guiar los caminantes al cielo (1). Y este camino enséñele con verdad, sinceridad, llaneza y no con vanas retóricas; que aun los areopagitas mandaban que nadie les hablase con proemios y figuras; y esta letra griega tienen puesta en la puerta de su areópago: *sine prooemiis et figuris,* que quería decir, sin proemios ni figuras retóricas. No lleve, por fin, el interés, gloria del mundo, estimación propia ni otro fin temporal, sino sola la gloria y honra de Dios y la salvación de las almas. No haga aceptación de personas en los oyentes, sino que una vez puesto en el púlpito, advierta que representa la persona de Cristo. Esta y otras muchas cosas, que se pueden leer en el *Pastoral de San Gregorio,* guarde quien quisiere hacer fruto con su doctrina y ejercitar bien el celo de las almas.

CAPITULO XII

DE LAS VIRTUDES HEROICAS E IMITACION DE LA VIDA Y MILAGROS DE CRISTO.

Magnanimidad, qué sea.

Todo lo puedo en aquel que me conforta.

El que creyere en mí, dice el Señor, hará las obras que yo hago y aun otras mayores (2). Estas palabras nos dan ánimo para poder escribir del gran ánimo, valor, magnanimidad, alteza de pensamientos y grandeza de deseos que da Dios a sus siervos unidos con él en la oración amorosa. Que aunque sean y se reconozcan por nada, teniendo a Cristo dentro de sí, como se dice de los valientes que tienen un león en el cuerpo, pueden decir que tienen un Dios en el alma, y que *omnia possum in eo qui me confortat,* como dice San Pablo (3). Esta magnanimidad piensan algunos que es contraria a la humildad, y no es sino hija de la humildad verdadera y enemiga de la pusilanimidad y humildad engañosa. Porque el verdadero humilde, reconociendo de sí que es nada, y, como dice un Concilio, que no tiene de su cosecha sino pecado y mentira, y que habiéndose unido y transformado en Cristo, todas sus obras, palabras y pensamientos ya nacen de Cristo que gobierna y asiste en su alma, según aquellas palabras: *Omnia opera nostra operatus est in nobis Dominus,* y siendo, como Dios es, infinito, cualquiera cosa, por grande que parezca, para él es poca, de aquí le nace un brío y ánimo divino para emprender las más altas empresas que puede, y tener en poco todas las que hace por grandes que parezcan. La humildad falsa y engañosa, que más verdaderamente es pusilanimidad, hace que el hombre ponga los ojos en sus fuerzas y talentos, y con ella mida sus deseos y pensamientos, y como las ve tan flacas, pierde el ánimo para emprender cosas grandiosas: pero ya va sobre falso fundamento de pensar que puede algo, y no se acuerda de aquellas palabras que dice Job, que funda Dios la tierra sobre el nada (4); dando a entender que todo

---

1 MG, 29, 118.
2 Joan., XIV, 12.
3 Ad Philip., IV, 13.
4 Job., XXVI, 7.

buen espíritu se funda sobre esta profundísima humildad con que el hombre se tiene por nada; y de ahí nacen los grandes deseos y altos pensamientos.

Y en cuanto a los milagros de Cristo, verdadera es su palabra, que sus siervos pondrán las manos sobre los enfermos y los sanarán, darán vista a ciegos, etc. (1). Y desde el principio de la Iglesia Católica ha habido y habrá por quien Dios haga milagros y maravillas. Mas a quien Dios diere esa cruz, no se tenga por más bienaventurado, sino procure que su nombre esté escrito en los reinos de los cielos (2), como dijo el Señor por San Lucas; y procure hacer milagros invisibles de los que son escondidos a los ojos de los hombres, más que no milagros visibles que levantan a estima y loa de santidad a los que los hacen. Llamo milagros invisibles, lanzar demonios de las almas de los prójimos con la oración, doctrina y buen ejemplo y de su propia conciencia, resistiendo a todas sus pasiones y tentaciones: hablar nuevas lenguas diciendo palabras fervorosas y edificativas; quitar serpientes de malas costumbres arraigadas en su alma y en las de sus hermanos, y que no los dañe la ponzoña mortífera de las malicias del mundo; dar salud de gracia, consuelo y espíritu en aquellos sobre quien pusieren sus manos, y tomar a cargo de los encomendar a Dios; y finalmente, semejantes obras milagrosas con que las almas sanan y resucitan para la vida eterna. Llamo cruz al hacer milagros, porque aunque de ordinario el alma a quien Dios se los da, la tiene ya bien fundada en la humildad, con todo eso hace tanta fuerza el viento de las alabanzas humanas, que querría tener más la candela de mi espíritu encerrada en la linterna del olvido del mundo, y las brasas del amor de Dios cubiertas con la ceniza de la memoria de la muerte y con las afrentas de esta vida y un estado en lo exterior mediano y no aparente a los ojos de los hombres, que andar en lenguas de corredores que me loen y estimen y me vengan a buscar, como a persona que tiene visiones y revelaciones y hace milagros; porque entonces la luz de mi candela estaría más bien guardada y las brasas de mi corazón más bien encendidas.

Milagros, cómo se han de tomar.

Qué sean milagros invisibles.

CAPITULO XIII

DE LA TRANSFIGURACION DEL ALMA AMOROSA, Y POR LOS CAMINOS Y MEDIOS QUE SE ALCANZA ESTA DIVINA IMITACION DE CRISTO TRANSFIGURADO EN EL MONTE TABOR.

Después de seis días tomó el Señor consigo a San Pedro, a Santiago y a San Juan, y subióles a un monte alto, y allí se transfiguró; su rostro se puso más resplandeciente que el sol, y sus vestiduras más blancas que la nieve, y aparecieron Moisés y Elías hablando con El; vióse una nube resplandeciente que les deslumbró; y oyóse una voz en la nube, que decía: Este es mi Hijo muy amado; obe-

1 Marc., XVI, 18. 2 Luc., X, 20.

decedle (1). El camino que puede tomar el alma para hacerse deiforme, como dice San Dionisio, que es endiosarse y transfigurarse en Cristo, es éste. Lo primero, pasen seis días: el primer día es reconocer sus pecados y mala vida pasada; el segundo, rogar a Dios le dé gracia y fuerzas para hacer verdadera penitencia; el tercero, buscar un buen confesor con quien quede satisfecho, y amigos que rueguen a Dios que haga una conversión verdadera; el cuarto, contrición cual conviene; el quinto, confesión entera; el sexto, satisfación. Por estos seis escalones sube, y estos seis días pasan antes de llegar a la cumbre de la escala del cielo y al sábado del descanso y perfección del espíritu.

Tres virtudes.

Después de esta penitencia verdadera, ejercítase en los tres actos de las virtudes principales, fe, comparada a Pedro, esperanza, a Santiago, y caridad, a San Juan; y procura subir con ellos al monte e ir siempre aprovechando en las virtudes. De aquí le nace la luz del desengaño, que parece se le abren los ojos para ver la mala vida que llevaba y atinar al camino de su salvación, que eso quiere decir resplandecer el rostro como el sol; con este desengaño procura purificar su alma y todas sus potencias, que son como las vestiduras que se ponen blancas como la nieve; trata luego de buscar buenas compañías, pláticas santas y conversaciones devotas huyendo de las que le pueden hacer pecar, así como aparecieron con Cristo Moisés y Elías; y con esto remata todos sus deseos en el amor, adoración, imitación y obediencia de Cristo Jesús, que es en lo que consiste la vida perfecta, pareciéndole que oye la voz del Padre Eterno que le dice: Este es mi Hijo muy amado, obedecedle.

Aprovechamiento de vida.

Frutos de la penitencia.

Pureza.

Buenas compañías.

Imitación de Cristo.

Transfiguración sobrenatural.

Los efectos sobrenaturales, raros y misteriosos que Dios hace en las almas que de veras le aman, son innumerables; y cualquiera de ellos no se sabe explicar con palabras ni lo entiende sino quien lo recibe, porque es aquel maná escondido, piedra preciosa y nuevo nombre de quien dice San Juan: *Quod nemo novit nisi is qui accipit* (2).

Transfiguración del alma, qué sea.

Entre otros, hay uno de los más principales que no lo sabría llamar con nombre más propio que transfiguración del alma. Porque así como la nube recibiendo los rayos del sol, queda arrebolada y transformada en el sol; el hierro, aunque sea duro y frío, con el fuego queda hecho fuego; y la pera cocida en azúcar queda azucarada; y cuando un representante se viste vestiduras reales, hace la figura de un rey; así el alma cuando recibe los del sol Cristo Jesús, el calor del fuego abrasador, Dios Eterno (3), y se entrega toda a la dulzura del suavísimo amor, y se viste de Cristo uniéndose con él, queda transformada y transfigurada en Cristo. De qué principios nazca esta transfiguración y con qué medios se alcance, qué efectos deje en el alma, ninguno nos lo pudo enseñar mejor que Cristo transfigurado.

Medio de la transfiguración.

Trabajos.

Después de seis días, dice el Evangelio; y así como este número de seis significa trabajos, pues en seis días trabajó Dios criando el mundo y al sétimo descansó; seis días en la semana son de trabajo, el sétimo descanso; seis años mandó el Señor sembrar la

---

1 Matth., XVII, 1-6.
2 Apoc., II, 17.
3 Deuter., IV, 24.

tierra, y que el sétimo la dejasen descansar, etc., así esta maravillosa transfiguración del alma, aunque la da Dios como quiere y cuando quiere, lo más ordinario es venir después de algún gran trabajo, afrenta e infamia, padecida por Cristo, así como la gloria viene después de los trabajos de esta vida, y la gracia habiendo precedido la penitencia, y la salud después de la purga amarga, que es como el consuelo con que Dios limpia las lágrimas de los ojos con sus benditas manos a los que hace llorar (1) con alguna gran persecución. Y también cuando él quiere animar a un siervo suyo, para padecer algún gran trabajo por él, previénele con bendiciones y dádivas de dulzura (2); como se transfiguró su Hijo antes que entrase en la batalla de su pasión.

Podemos también declarar por los seis días las seis partes de la oración mental, que se llaman preparación, lección, meditación, contemplación, hacimiento de gracias y petición. Porque quien quisiere alcanzar dádivas y regalos espirituales, persevere lo más que pudiere en la oración, que con la oración perseverante todo se alcanza.

Oración mental.

A esta oración perseverante se siguen tres divinos efectos que son principios de la transfiguración del alma. El primero se llama fe viva y fervorosa, que es creer lo que antes creíamos con una nueva eficacia y afecto que nos mueve a poner por obra las cosas de la fe, y es tan diferente esta fe de la fe muerta, como quien ve un león vivo o le ve pintado, y esto se da a entender en el subir Cristo con Pedro al monte. El segundo efecto es pureza levantada, que es un deseo eficacísimo de no ofender a Dios mortal ni venialmente, que nace de la fe viva semejante a Santiago, cuyo nombre en hebreo significa el que desarraiga; porque con esta pureza pretende el alma quitar de sí todos los pecados y sus raíces. El tercero se dice amor seráfico o amor de serafines, alto y encendido, que corresponde a San Juan. De estos tres maravillosos principios ganados con perseverancia en la oración y con los trabajos, se sigue la divina transfiguración del alma en la cual se hallan las partes siguientes. La primera, así como el rostro de Cristo se puso resplandeciente como el sol, así al alma transfigurada en Cristo le viene una nueva luz y un nuevo resplandor de la divinidad en la porción superior, que no se puede declarar en particular cómo es, más de que aumenta tanto la certidumbre de la fe, que aunque no llegue a evidencia, que esa no la puede haber en esta vida, cobra el alma tanta seguridad de ser verdad lo que la fe de la Iglesia Romana enseña, que no le queda rastro de duda en su corazón. Y esta misma luz sobrenatural y resplandor del sol divino en el rostro de la porción superior del libre albedrío, descubre particularísimos y delicadísimos conceptos y altas doctrinas de los misterios de la Santísima Trinidad y Encarnación; aun las personas idiotas que nunca han estudiado, que si ellas supiesen declararlo con palabras, podrían escribir libros de mucha doctrina. Y algunas veces les declara palabras de la Sagrada Escritura en altísimos sentidos y con gran provecho, como cuenta Sta. Ildegardis de sí misma, es-

Fe viva fervorosa.

Pureza levantada.

Amor seráfico.

Partes de la transfiguración del alma.

Resplandor de la divinidad.

---

1 Apoc., XXI, 4.

2 Ps. XX, 4.

cribiendo al papa Eugenio (1). Otras veces les pone delante el camino de su salvación y las sendas de la perfección por donde han de caminar, con tanta claridad, que, como dice San Juan: No tienen necesidad, que nadie las enseñe, que la unción del Espíritu Santo les enseñará toda la verdad (2). Y también les descubre los pecados, faltas, tentaciones, y peligros, así de sus propias almas como de los del mundo, como cuando vió San Antón, saliendo transfigurado en una oración de estas, los muchos lazos que el demonio tenía echados para condenación de las almas, según refiere S. Atanasio en su *Vida* (3).

Deseo de pureza.

El segundo efecto significado en ponerse las vestiduras más blancas que la nieve, es un deseo de vivir con tanta pureza como vive un ángel del cielo, en todas sus potencias, obras, palabras y pensamientos, que las potencias se significan por las vestiduras. Y así como la nieve enfría, y, como dice Job (4), tiene en sí encerrados grandes tesoros, así en este efecto de la transfiguración se halla un alma sin tantos incentivos, centellas y estímulos de la carne que en otro tiempo le solían dar gran pena, y le parece que es otro hombre, y que ya su cuerpo no es de carne sino de metal de cielo; y si esto durase mucho tiempo conseguiría la paz, seguridad y quietud rica y opulenta que dice Isaías (5).

Familiaridad con los santos.

El tercer efecto parece que se halla el alma entre los santos del cielo así como Cristo se halló entre Moisés y Elías; y aunque no los ve con los ojos del cuerpo, siente dentro de sí tanta familiaridad con ellos, que cualquiera cosa que les pidiere, tiene por cierto alcanzará. Verdad es que algunas veces tiene el alma visiones interiores o exteriores, cómo y cuando Dios es servido de dárselas.

Niebla divina.

Confianza.

El cuarto efecto semejante a la nube resplandeciente que deslumbró a los apóstoles, es una niebla interior, una oscuridad divina y un taparle Dios los ojos deslumbrándole con soberana luz para que no vaya adelante ni camine desbocadamente en el conocimiento, curiosidad y deseo de saber, y se quede el alma firme en la fe y segura en la confianza, cubierta con el velo de la humildad, y no quiere saber más de lo que conviene saber, como dice San Pablo (6). Y esta nube, nieve, niebla y oscuridad divina no es de menos fruto que los efectos pasados, porque en ella habla Dios al corazón (7) y enciende más el fuego del amor, que antes iba tasado y medido y al paso del conocimiento; mas cuando llega el alma a esta nube, la voluntad deja al entendimiento, como Moisés dejó a Arón, y se mete por la niebla adelante para más amar con todas sus fuerzas y fortalezas.

Voz y habla interior.

El quinto, óyese la voz del Padre Eterno que dice: Este es mi Hijo muy amado (8), porque le dan interiormente noticia muy particular de Cristo y de sus grandezas, unas veces oyendo voces formadas dentro de sí, otras veces parece que le escriben allá dentro del alma los conceptos con una sutileza y delicadeza tan grande, que aunque se siente, no se sabe decir ni escribir cómo sea.

---

1 ML. 197, 145.
2 I Joan., II, 27.
3 MG. 26, 938, 958.
4 Job., XXXVIII, 22.
5 Isai., XXXIII, 20.
6 Ad Rom., XII, 3.
7 Osee., II, 14.
8 Matth., XVII, 5.

Finalmente, lo que resulta de esta divina transfiguración es un entrañable amor a Cristo, y un intenso deseo de servirle e imitar sus obras, palabras y pensamientos: dénosla Su Divina Majestad. Amén. Amor a Cristo.

CAPITULO XIV

DEL DOLOR Y TEMOR DEL ALMA UNIDA, IMITANDO LA ORACION DE CRISTO EN EL HUERTO, DONDE SUDO GOTAS DE SANGRE.

El mismo sol con los mismos rayos que alumbra, consuela, calienta y fructifica en la tierra, también saca de ella las exhalaciones que subiendo a la suprema región del aire, se encienden y se hacen relámpagos y rayos; y otras veces levanta vapores, que con el frío de la media región, se cuajan en nubes que se deshacen en agua, nieve o granizo que, bajando y regando la misma tierra, la hace dar mayor fruto; así el mismo Cristo Jesús con los rayos de sus divinas inspiraciones con que alumbra, consuela, purifica y anima al alma y la transfigura en sí, como decíamos en el capítulo pasado, algunas veces levanta del corazón deseos fervorosos del servicio de Dios, que se vuelven relámpagos y rayos de ímpetus y fervores, los cuales, aunque consuelan, atormentan, y aunque animan, deshacen y desmenuzan el corazón como si fuesen rayos. Otras veces levanta tales consideraciones y pensamientos, que cuajándose en la media región de la imaginativa, se congelan en nubes de temor y dolor, de donde mana el agua de las aflicciones y tormentos interiores, que ya que no sean tan grandes que causen el sudor de sangre que causaron a Cristo, tienen por efecto la verdadera contrición, el celo de las almas, la compasión de la pasión de Cristo y de lo que padecieron los mártires y el temor y recato para no apartarse del Señor ni ofenderle, que no es de menor fruto en las conciencias que la luz y consuelos divinos. Y porque con más claridad escribamos lo que pasa en el alma cuando Dios da graciosamente este temor y dolor a las personas unidas con amor, digamos por el camino que el alma puede imitar a Cristo para con su meditación alcanzar temor, que es principio de la sabiduría (1) y dolor de contrición que es madre de la gracia.

Lo primero, así como Cristo salió al huerto de Getsemaní y se puso en oración al Padre Eterno, así el alma tenga cada día un rato de oración mental, buscando lugar solitario y apartado del tráfago e inquietud que suele distraer. Cuáles son los principios del temor.

Lo segundo, en esta oración piense muy despacio en todos sus pecados de la vida pasada, la gravedad, muchedumbre y daños de ellos, y todas las faltas e imperfecciones de la vida presente; la poca enmienda que ha tenido, las malas costumbres que le hacen fuerza y convidan a que torne a pecar, y los pecados ocultos y ajenos que le pueden condenar, la flaqueza que tiene en resistir a las tentaciones, la poca obediencia a las divinas inspiraciones, la dureza de su co- Oración con soledad. Memoria de pecados y miserias.

1 Prov., IX, 10.

razón para el bien, la inclinación para el mal, la inconstancia en los buenos propósitos, la facilidad en caer en algunas faltas, el perdimiento de tiempo y otras innumerables miserias, que si se meditan con verdadera atención, es imposible dejar de temer y afligirse el alma; mas esta tristeza, pues es según Dios, *salutem stabilem operatur* (1).

Obra salud permaneciente.

Consideración de los muchos que se condenan.

Lo tercero, a esta consideración de las propias miserias se llegue la memoria de las muchas almas que se condenan en el mundo, de gentiles, judíos, moros, herejes, apóstatas y malos cristianos; y pues la compasión de ver tanta multitud arder en los infiernos hizo al Señor sudar gotas de sangre, con este celo y dolor acuda al mismo Señor para que ponga remedio.

Los dolores de Cristo y de los mártires.

Lo cuarto, considere los dolores de la pasión de Cristo y de los mártires y el poco fruto que hace y hará en algunos la sangre derramada del Salvador, muévase por aquí a compasión, que de estas consideraciones mana el temor y dolor.

Tres maneras de temor.

Este temor es en tres maneras: la primera, temor servil, y lo principal de este temor es de las penas del infierno y purgatorio; el cual para los nuevos y que comienzan el camino del espíritu, es de mucha importancia; y así cuando tienen algún dolor o trabajo, acuérdense cuán mayores y más intolerables son los del infierno; y es a propósito llegar alguna vez el dedo al fuego y, viendo que no se puede sufrir aquel dolor por un solo momento, moverse a temor del fuego eterno. La segunda manera de temor se llama filial; que es temer de apartarse de Dios, de darle disgusto y tenerle por enemigo. La tercera se llama temor reverencial; que es el respeto y reverencia que se debe a Dios como a Criador universal de todas las cosas, infinito, inmenso y omnipotente, etc. El dolor del corazón se divide en otros tres: contrición, compasión y celo de las almas, con los cuales el alma fructifica en amor de Dios y del prójimo, imitando a Cristo que, sin haber cometido pecado alguno, por los nuestros vino en tan gran dolor y tristeza, que sudó gotas de sangre.

Tres maneras de dolor.

CAPITULO XV

DE LA PACIENCIA EN LAS TRIBULACIONES Y DEL DESEO DE PADECER QUE NACE DE LA CONSIDERACION E IMITACION DE LA PASION DE CRISTO.

Los mordidos de las venenosas serpientes, mirando en la serpiente de metal (2) que Moisés colgó de un palo, sanaban de las llagas y mordeduras; y los que se vieren desconsolados, atribulados, afligidos y perseguidos, pongan los ojos en Cristo crucificado y en su pasión, si quieren alcanzar consuelo y remedio para sus tribulaciones y trabajos. Porque ninguna aflicción y desconsuelo pueden tener los hombres, que no la haya padecido Cristo en más subido grado, sufriéndolas con toda perfección por nuestras culpas y pecados.

1 II ad Cor., VII, 10. 2 Núm., XXI, 9.

Podemos a estas mordeduras y tribulaciones reducir a doce: tres del cuerpo, que son: La primera, las enfermedades y dolores; la segunda, cansancios y desfallecimientos; la tercera, hambre y sed; y quien algo de esto padeciere, medite los dolores de Cristo crucificado, que como dice por el profeta Jeremías: Todos los que pasáis por el camino de esta vida, considerad y ved si hay dolor que se iguale a los que padezco (1). Los que se hallaren cansados, vean a este Señor llevar la cruz a cuestas, no para descansar sino para ser en ella enclavado, después de haber pasado toda la noche en vela, padeciendo oprobios y bofetadas en la casa de Caifás. Quien sintiere hambre y sed, consuélese con la de Cristo, que quejándose de que tenía sed, le dan a beber hiel y vinagre (2).

Doce maneras de tribulaciones. Dolores. Cansancios. Hambre y sed.

Otras tres tribulaciones exteriores hay, que son éstas. La primera, afrentas, infamias, calumnias y persecuciones que llegan a la honra; y de estas ¿quién padeció más que Cristo que fué perseguido y calumniado de los fariseos y de aquellos que, cuando estaba en la cruz, le decían: *Vah! qui destruis templum Dei* (3). La segunda, pobreza, la cual si apretare, pongan los ojos en Cristo crucificado, que no tenía sobre qué reclinar su cabeza, teniendo las vulpejas del campo cuevas y las aves nidos (4). Y si por verse desnudos y desamparados del mundo, que es la tercera, se afligieren, vean a Cristo desnudo en la cruz y recibirán consuelo.

Afrenta. Pobreza. Desnudez.

Estas seis maneras de tribulaciones son exteriores; otras seis hay interiores; tres del alma y tres del espíritu, que no suele dar menos pena que las exteriores que hemos dicho. La primera de las interiores es la tristeza, melancolía y aflicción de ánimo; la cual en algunos es tan grande, que parece se pone el corazón entre dos piedras y llega a ser como regostaduras del infierno, según dice San Marcos Eremita (5). Quien así viere, acuérdese de la tristeza que Cristo padeció, pues se queja diciendo: Triste está mi alma hasta la muerte (6).

Tristeza.

La segunda, son temores, escrúpulos y sequedad de corazón, aunque los escrúpulos en los otros hombres nacen lo más ordinario de la ignorancia, que no la hubo en Cristo, pero la tribulación del temor no le faltó, pues le hizo sudar gotas de sangre; y pues se queja al Padre Eterno diciendo: Dios, Dios mío, ¿por qué me desamparaste? (7), y de ningún otro dolor se queja, de creer es que ninguna sequedad de alma sea de tanta congoja como este desamparo de que Cristo se queja. Suelen lo tercero, afligir demasiadamente a algunas almas devotas las tentaciones, especialmente la que llaman espíritu de blasfemia, que es de unos pensamientos abominables, horrendos y pegajosos de cosas heréticas y blasfemas, que le parece al alma que no los puede desechar de sí, porque los demonios ponen fuerza en ellos, no tanto para el consentimiento como para perturbar el espíritu. Quien así se viere, acuérdese de las palabras que dijo el Señor: Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas (8); dando a enten-

Temor. Tentaciones.

1 Thren., I, 12.
2 Matth., XXVII, 34.
3 Marc., XV, 29.
4 Matth., VIII, 20.
5 S. Marcus Eremit., *De lege spir.*
6 Matth., XXVI, 38.
7 Matth., XXVII, 46.
8 Luc., XXII, 53.

der que había dado Dios mano y permitido a los demonios, que llama tinieblas, para que pusiesen contra él todo su esfuerzo interior y exteriormente; y si el santo patriarca Job fué tan afligido por haber dejado Dios a Satanás que le atormentase, aunque le reservaba la vida, ¿qué sería lo que padeció Cristo del ímpetu y malicia de los demonios, pues no a uno solo sino a muchos les concede que ejecuten su poder, hasta llegar a ponerle en cruz sin reservarle la vida?

Otras tres cruces y tribulaciones hay del espíritu, que se llaman cruces divinas, porque aunque son penosas, son muy provechosas y meritorias. La primera es el ímpetu de amor; y este fué tan grande en Cristo estando en la cruz, que, como dicen algunos santos, este ímpetu y el dolor le arrancaron el alma de las carnes, que de solas llagas no muriera tan presto. La segunda cruz interior se llama celo de las almas, que aprieta mucho en personas devotas, pero a ninguno tanto apretó como a Cristo, pues dice por su Profeta que el celo de la casa de Dios le comió las entrañas (1). Finalmente, suelen algunos ser muy atormentados con un cierto desmayo que les hace descaecer, viendo lo mucho que Dios merece y lo poco que es servido en el mundo. Este desmayo tenía la esposa cuando pedía flores y manzanas (2), que son fruta del árbol manzano de la cruz de Cristo, que como sabía mejor que nadie lo que el Padre Eterno merecía ser amado y servido, y las muchas ofensas que los hombres le hacían y habían de hacer, a ninguno apretó tanto este desmayo de amor. Y así, pues en el Señor se hallaron todas estas penas y tribulaciones en grado más subido, no hay mejor remedio para ellas que poner los ojos en Cristo crucificado, y considerar su pasión por el orden que los libros devotos la escriben, sacando por fruto el consuelo en las tribulaciones y animarse para padecer por Cristo.

Amor impetuoso.

Celo.

Consuelo.

Es cosa maravillosa en las almas unidas por amor ver el gusto y consuelo que les redunda de sus cruces que algunos padecen, como se vió en aquel discípulo de San Bernardo, el cual con un insufrible dolor de estómago que padecía, tenía tan gran contento y alegría, que no se hallaba un momento sin él y pedía a Dios no se le quitase. Otros hay de estos mismos que desean y piden las cruces, dolores, afrentas y trabajos con tanto ímpetu, como desean los avarientos el oro, los soberbios la honra y los flojos el descanso; y Dios, que sabe muy bien la ganancia que en esto hay, les suele cumplir sus peticiones y algunas veces en tanta abundancia de tribulación, que ya les pesa de haber pedido cruz. Mas este deseo y petición nunca es dañosa, que nunca permite el Señor que nadie sea tentado más de lo que puede llevar (3).

Pedir cruces.

1 Ps. LXVIII, 10.
2 Canc., II, 5.
3 I ad Cor., X, 13.

CAPITULO XVI

DE LA MUERTE DE AMOR EN HONRA E IMITACION DE LA MUERTE DE CRISTO, Y DE COMO SE HAN DE HACER LAS OBRAS CON ESPIRITU PARA SER MAS MERITORIAS.

A mí, dice el Apóstol, mi vida es Cristo y la muerte ganancia (1). Aunque aquí habla de la muerte corporal en los que viven en Cristo por gracia, pues por ella alcanzan la gloria, también esta muerte ganancIosa significa la muerte del amor. Piensan algunos que esta muerte de amor es la alienación de sentidos, cuando un alma estando arrobada cesa de todas las operaciones y queda como muerta: otros llaman muerte de amor a un gran ímpetu de servir a Dios que atormenta el alma. Mas, a mi parecer, quien mejor nos declaró la muerte de amor fué el Espíritu Santo en los *Cantares* por estas palabras: Fuerte es el amor como la muerte, duro y penoso como el infierno; sus lámparas son como lámparas de fuego y de llamas, y muchas aguas no apagarán la caridad ni los ríos la desharán (2). En las cuales palabras pone cinco propiedades de la muerte de amor: la primera, que es un ímpetu del corazón fuerte, que el que ama flaca y tibiamente no llega con fuerza a morir de estos amores de Cristo; la segunda, que es penosa, porque atormenta ver lo mucho que Dios merece y lo poco que le amamos, y verle ausente sin poderle gozar; y por esta causa dicen algunas almas, que mueren porque no mueren; la tercera, que abrasa como un fuego; la cuarta, que alumbra como la llama, y por eso se llama lámpara, porque tiene luz y fuego; la quinta y última y que aquí más hace al caso, es que el agua y ríos de los cuidados y ocupaciones temporales, no deshacen ni apagan el amor de Dios, cuando es verdadero. Y para entender esta última propiedad de raíz se advierta que fué muy diferente la muerte de Cristo de la de los demás hombres del mundo. Los otros hombres cuando mueren, se aparta el alma del cuerpo y el alma queda viva porque es inmortal, y si sale en buen estado, lleva tres vidas, la natural, la de gracia y la de gloria; si en el mal estado, lleva muerte de pecado y muerte de infierno con el ser y vivir eternamente en tormentos de donde nace todo su desconsuelo, porque quisiera morir y acabar de una vez; mas el cuerpo queda sin vida, frío, pesado, hediondo y se llena de gusanos, y al fin se deshace y convierte en tierra.

Qué sea muerte de amor.

Propiedades de la muerte de amor.
1. Fortaleza.
2. Pena.
Madre Teresa de Jesús.
3. Es encendida.
Es resplandeciente.
Que no se apaga.

En la muerte de Cristo fué de otra manera, porque el alma quedó con estas vidas, vida y ser de gracia y vida que fué vida de Dios, porque quedó con el ser de Dios, y como dice Aristóteles, el vivir en los vivientes es el ser (3). Que así como el capitán que desenvaina la espada, no deja de las manos la vaina ni la hoja, así la divinidad del Verbo, aunque se apartó el alma del cuerpo en la muerte de Cristo,

1 Ad Philip., I, 21.
2 Cant., VIII, 6-7.
3 Arist., lib. *De anima.*

quedó unida con el alma, dándole ser de Dios, y también quedó unida con el cuerpo, dándole ser y vida de Dios, y por esa causa creemos que Dios fué sepultado y Dios bajó al limbo.

De esta muerte de Cristo mana en el alma unida por amor una gran excelencia; y es que la vida contemplativa es más meritoria, cuando está juntada con la vida activa, porque por estar juntas estas dos vidas, tienen más amor a Cristo los que las saben juntar; y si acaso se aparta la vida activa de la contemplativa, por ser tan absorta la contemplativa, que no tenga fuerzas para juntamente obrar, y ser tan embarazosa la activa, que no deje lugar al entendimiento para contemplar, entonces en las almas unidas por amor, la vida contemplativa es perfecta, meritoria y amorosa, y también lo es la vida activa; porque es semejante al cuerpo de Cristo, cuando estaba en el sepulcro, que quedó unido con la divinidad, aunque apartado del alma, y así aunque era cuerpo muerto por estar apartado del alma, quedaba con vida de Dios, por estar unido con la Divinidad.

Las obras de la vida activa, comparadas al cuerpo de Cristo, son en dos maneras: unas que no estorban la contemplación, como era el hacer cestillas, en que se ejercitaban los ermitaños antiguos, cavar la tierra, barrer la casa e hilar la rueca, etc., y esta manera de vida activa es más aparejada para estar junta con la contemplación, y como decíamos, el que ejercitando estas obras juntamente contempla, tiene vida de espíritu, y se comparan sus obras a Cristo vivo, cuando tenía alma, que estaba junta con el cuerpo, antes que se muriese. Hay otra segunda manera de vida activa que requiere atención, cuando ejercita sus obras, como escribir, leer, estudiar, hacer obra curiosa, etc., y porque cuando estas obras se hacen no puede haber juntamente contemplación, son como el cuerpo muerto de Cristo, apartado del alma. Pero para que estas obras tengan vida en Cristo y sean meritorias y de espíritu, hácense las diligencias siguientes: la primera, antes de comenzarse, proponga la intención actual de hacerlas por agradar a Dios; la segunda, de cuando en cuando haga alguna oración jaculatoria con que se levante el corazón a Dios; la tercera, lo más que pudiere ser, de las mismas obras procure sacar buen afecto en la voluntad, como quien estudia o lee procure sacar de ello algún fruto y doctrina para su aprovechamiento. Y de esta manera, no quedando amor propio en las obras de vida activa o en las de la contemplativa, muere el propio afecto y propio juicio y queda el alma sola con el amor de Dios, y esta, propiamente hablando, se llama muerte de amor.

Vida activa que no puede admitir contemplación.

CAPITULO XVII

DE LA PROFUNDA HUMILDAD, PRIMER FUNDAMENTO DE LA VIDA EN CRISTO, EN IMITACION DEL SEPULCRO Y BAJADA DEL SEÑOR AL LIMBO.

No sin causa dice Job: Que Dios fundó la tierra sobre la nada (1), dando a entender, que la humildad es principio de toda la vida de amor, y sin ella no se conserva el buen espíritu. Por causa de esta virtud ensalzó el Padre Eterno a Cristo, porque se humilló hasta la muerte, y muerte de cruz (2), y mientras más profunda fuere en la humildad, más firme y más alto se levanta el edificio de la vida espiritual.

Humildad, qué sea.

De ninguna muestra ni dechado podemos sacar mejor labor para la perfecta humildad, que de Cristo muerto, porque su cuerpo fué sepultado y cerrado en el sepulcro con una piedra, y su alma bajó a los infiernos y sacó las almas de los santos padres. De las dos cosas que tiene el alma, la primera, las obras exteriores, y la segunda, la contemplación interior, quien quisiere ser verdadero humilde, las exteriores que pertenecen a la vida activa, que son como el cuerpo de Cristo, sepúltelas, entiérrelas, cúbralas y no las ande pregonando con trompeta, como hacen los hipócritas, y si diere limosna, no sepa su mano izquierda lo que hace la derecha (3); que por este camino se conservará y esconderá del viento de la vanagloria. Es verdad, que en personas públicas que están puestas para dar ejemplo en la Iglesia de Dios, conviene muchas veces que las obras se hagan públicamente para que otros tomen buen ejemplo, y viendo las buenas obras glorifiquen al Padre celestial, que está en los cielos (4), y que por esconder el talento fué condenado el mal siervo; mas los que hacen las obras públicas con ese fin de ganar almas, no pretendiendo ninguna alabanza ni favor humano, no van mal encaminados. Antes son dignos de gran reprensión los que se avergüenzan de confesar a Dios delante de los hombres, que Cristo Jesús se avergonzará de confesarlos delante del Padre Eterno (5), como hacen algunos que con título de huir de la vanagloria, no quieren comulgar donde les vean, y no es por ese buen fin, sino por huir de una cierta infamia que da el mundo a los siervos de Dios llamándolos hipócritas.

Cristo muerto, figura de profunda humildad.

Esconder las obras buenas exteriores.

Vergüenza mala, qué sea.

Y así como el alma de Cristo bajó a los infiernos, así la consideración más importante para alcanzar la humildad profunda, es una confusión de sí mismo, con que el alma no pudiéndose sufrir y acordándose de las ofensas que ha hecho a Dios, se querría hundir debajo los abismos sin osar levantar los ojos a cosa buena. Y con esta misma consideración, cuando baja al abismo de la nada, trayendo a la memoria que de nuestra cosecha somos nada y valemos nada, y que todo el bien que tenemos son beneficios recibidos de la mano de Dios,

Consideración baja de sí.

Tres maneras de humildad.

1 Job., XXVI, 7.
2 Ad Philip., II, 8.
3 Matth., VI, 3.
4 Matth., V, 16.
5 Matth., X, 33.

por los cuales estamos obligados a servirle más, en lo cual siempre faltamos, se humilla con una perfectísima y santísima humildad, que se hallaba en Cristo y en su Madre la Virgen en quien no había habido pecado alguno. Hay otra tercera manera de bajar a los infiernos con la consideración, que es, acordarse de los pecados de la vida pasada y entender que cualquier pecado mortal es peor que las penas del infierno, porque peor es el mal de la culpa que el de la pena. Lo cuarto baja el alma al infierno, cuando considerando sus pecados pasados, las faltas presentes, la ingratitud de los beneficios recibidos, etc., se tiene por una nata de la mayor abominación que hay en el infierno; y de aquí le nace el verdadero aborrecimiento propio, desconfianza de sí mismo, sufrir las afrentas, huir de las honras y dignidades y otros innumerables bienes que nacen de la humildad profunda.

CAPITULO XVIII

DE LA RESURRECCION DE CRISTO CON CUYA IMITACION EL ALMA SE CONVIERTE A DIOS Y HACE VERDADERA PENITENCIA.

Cuán necesaria sea la penitencia.

Siete veces al día cae el justo (1), y es nuestra naturaleza tan flaca, las ocasiones tan grandes, las pasiones tan fuertes, los demonios tan diligentes, que no solamente en pecados veniales pero en otros más graves suelen caer algunos de los que estaban más ejercitados en la virtud y espíritu, y así bienaventurado el que siempre anda temeroso (2), que aunque sea más espiritual que David, más sabio que Salomón y más fuerte que Sansón, si se descuida, una mujercilla le hará negar a Cristo, como hizo a S. Pedro: El que está en pie, dice el Señor, mire no caiga (3); pero si cayere, refugio tenemos en la penitencia y conversión. Y aunque no caiga ni cometa pecados de nuevo, el hacer penitencia verdadera de los pecados de la vida pasada, pues sabemos de cierto haberlos cometido y que no podemos tener certidumbre de ser perdonados, es uno de los medios más importantes para vivir en Cristo. Y así aconseja San Agustín, que ninguno por santo que le parezca que sea, deje de ejercitarse siempre en la penitencia, porque una vez u otra atinará a la verdadera contrición y conversión del alma, con que se salve y salga de pecados ocultos y ajenos que tienen a muchos en el infierno.

Qué tal haya de ser la verdadera penitencia y conversión, ninguno nos lo enseña mejor que Cristo resucitado. Porque así como cuando resucitó tornó a la vida y venció la muerte, así el alma que hace verdadera penitencia, sale de la muerte del pecado y alcanza la vida de gracia: levántate tú, que duermes, y resucita de los muertos, y alumbraráte Cristo, dice el Apóstol (4). Levántate, gloria mía, resucita psalterio y vihuela (5), dice el Señor al alma por el Real Profeta.

---

1 Prov., XXIV, 16.
2 Prov., XXVIII, 14.
3 I ad Cor., X, 12.
4 Ad Ephes., V, 14.
5 Ps. LVI, 9.

Lo que se ha de hacer para resucitar de veras a la gracia y ejercitar la verdadera penitencia y conversión, nos lo enseñó Cristo resucitado en las veces que se apareció antes de subir al cielo. Porque, según se colige de los evangelistas, se apareció diez veces, en que podemos significar las diez cuerdas de este Psalterio que dice David, que se levante, con las cuales se confiesa y glorifica el Señor; y son diez maravillosos ejercicios para hacer verdadera penitencia. Lo primero se apareció a la Virgen María, su Madre; y así el primer paso que ha de dar quien quisiere hacer verdadera penitencia, es invocar la Virgen, pedirla le alcance este don de penitencia y tomarla por devota. Aparecióse a la Magdalena, lo segundo, la cual herida de amor, le andaba buscando, y así procure el alma en imitación de esto, un verdadero deseo de agradar a Dios y de amarle, que el amor de Dios es verdadero principio de la conversión; y aunque sea como pudiere, haga algunos actos de amor de Dios. Lo tercero se aparecio Cristo a San Pedro que lloraba el pecado de haber negado a Cristo; y así procure la verdadera contrición, acordándose de la gravedad de sus pecados, y de cuántas veces ha negado a Cristo, por cosas tan poco importantes como un deleite sensual y un mínimo interés. Lo cuarto, así como Cristo se apareció a las tres Marías, procure examinar muy bien sus obras, palabras y pensamientos. Lo quinto, así como se apareció Cristo a los discípulos que iban a Emaus (1), hablando de su pasión y de lo que aquellos días había acaecido en Jerusalén, medite en la pasión y muerte del Señor que es de mucha importancia. Lo sexto, aparecióse a Santiago el Menor, de quien dicen que propuso de no se desayunar hasta verle resucitado. Ayune algún día para que el Señor mediante el ayuno le de gracia para hacer penitencia. Lo sétimo, aparecióse a los discípulos y más de cincuenta hermanos que iban a Galilea, y Galilea quiere decir transmigración. Procure quien quisiere hacer verdadera penitencia, dejar las ocasiones y apartarse de las pláticas y lugares donde suele tornar a caer, que hay muchos, que, aunque se confiesen, se quedan en las mismas ocasiones de pecar, por donde su confesión no es verdadera. Lo octavo, así como se apareció a los discípulos que estaban pescando, cuando le dieron a comer del pez y panal de miel, es importante para la verdadera penitencia y conversión hacer algunas limosnas. Lo nono, aparecióse a los discípulos cuando Tomás metió la mano y los dedos en el costado y llagas de Cristo; es gran bien para la conversión y penitencia verdadera acudir a las cinco llagas, que tienen tal virtud, que mediante ellas, da Dios espíritu para verdadera penitencia. Finalmente, así como se apareció Cristo a los apóstoles que estaban en oración, cuando subió a los cielos, procure perseverar el alma en la oración, que de ella se saca luz para la verdadera conversión y penitencia.

Diez ejercicios para hacer penitencia.

1 Luc., XXIV, 15.

CAPITULO XIX

DEL VUELO Y SUBIDA DEL ALMA Y DE LA ESCALA INTERIOR Y CONOCIMIENTO Y AMOR DE CRISTO POR LAS CRIATURAS EN IMITACION DE SU SANTISIMA ASCENSION A LOS CIELOS.

Piensan algunos que la más perfecta manera de oración unitiva es la que ellos llaman inmediata, que es subir a Dios conociéndole y amándole sin el medio de las criaturas, y aún se atreven a decir, que conocer a Dios por las criaturas con discurso y por el medio de las imágenes e intercesión de los santos, es imperfección. Quitar estos medios de la Iglesia Católica es parte de la herejía de los luteranos, begardos y beguinas y de otros herejes condenados por los Concilios. La verdad es, como hemos dicho arriba, que cuando el alma está ya en el fin y está unida con Cristo, no hay para qué quitarse de aquella unión y bajar de aquel altísimo estado en que está para tornar a las criaturas, así como Cristo, habiendo subido a sentarse a la diestra del Padre Eterno, no tornó a bajar a la tierra para subir otra vez; mas pensar que el alma que está en este mundo metida en carne mortal, cuyo conocimiento depende de la imaginación y sentidos y de la obra del entendimiento, y cuya inclinación es a las cosas de esta vida, pueda unirse y juntarse con Cristo inmediatamente y subir a esta divina unión sin el medio de las criaturas u sin pasar por el conocimiento de ellas, es dificultosísimo y camino muy peligroso, como quien quiere subir a lo alto sin escalera. Cuando el alma esté en el cielo gozando de Dios, entonces se une y junta con la divina esencia con sola la lumbre de gloria; mas mientras está en esta vida mortal, tiene menester de las criaturas para levantar el entendimiento y el afecto al consentimiento y amor de Dios; y decirla que cese de la operación de todas las potencias y que queden en suspensión, sin hacer nada y en solo lo pasivo, no lo tengo por camino seguro ni doctrina verdadera.

Las cosas invisibles de Dios, dice San Pablo, se conocen por las criadas y su sempiterna virtud y divinidad (1); vanos son, dice el Sabio, los hombres que no tienen ciencia de Dios, y de las obras criadas que vieron, no entendieron quién fué el artífice (2). Mercurio Trismegisto, en el principio de su *Pimandro*, dice estas palabras: Púseme yo a pensar las cosas naturales y levanté los ojos del entendimiento a las sobrenaturales, adormeciéronseme los sentidos, y parecióme que vi a Pimandro, mente de la Divina Sabiduría, etc. (3). Este es el camino ordinario del espíritu que aquí pone Mercurio. Lo primero, pensar en las cosas naturales, y lo segundo, levantar de ellas el entendimiento a las obras sobrenaturales, y con la fuerza y eficacia del corazón se vienen lo tercero, adormecer los sentidos, cesando de sus

Camino seguro de levantar el espíritu.

---

1 Ad Rom., I, 20.
2 Sap., XIII, 1.
3 Mercur. Trismeg. *in Pimand.*

operaciones, y así, lo cuarto, llega el alma a Pimandro, que podemos comparar a la unión inmediata con Cristo.

Este divino modo nos enseñó el mismo Cristo en su Ascensión; porque subió a la cumbre del monte Olivete, de allí, penetrando los elementos, llegó al primer cielo de la luna, y pasando los siete planetas, entró por el cielo estrellado y por el primer móvil y por el cristalino, y después al cielo empíreo y subió hasta la diestra de Dios Padre. El mismo camino lleva el alma para subir a lo supremo de la unión, que de lo que ha visto por los sentidos y percibido en la imaginación, sube al entendimiento y después a la voluntad donde se une con Cristo por amor.

Escala espiritual de San Dionisio.

Dos escalas del entendimiento.

La escala de Jacob por donde suben estos ángeles de los conceptos y bajan las inspiraciones al alma, que vulgarmente se llama escala espiritual, de quien hace mención San Dionisio Areopagita, es en dos maneras: una, escala del entendimiento, y esta es en dos maneras: la primera se llama simbólica, vulgarmente llamada teología simbólica, y esta es cuando subimos de las criaturas levantando los bienes y perfecciones que hallamos en ellas al conocimiento del criador; veo que el sol es hermoso y resplandeciente, y voy subiendo en el pensar qué sería si fuese doblado más hermoso y resplandeciente, y si fuese infinitamente más, etc., y entonces concibo y entiendo que eso que es infinitamente hermoso es Dios, aunque ya se pierde de vista tanta hermosura y resplandor. De esta manera se quedó elevado el glorioso San Buenaventura comiendo en la mesa del rey de Francia, habiendo puesto los ojos en la hermosura de la reina doña Blanca, su mujer.

Mística.

La segunda escala se llama teología mística, que es cuando conocemos a Dios por las criaturas, quitando todas las imperfecciones de las criaturas, y que quede sola la perfección de Dios. Veo un hombre y paréceme muy bien, pero hallo que es mortal, que tiene fin, que es pequeño, que tiene cuerpo, etc.; voy discurriendo con este conocimiento y diciendo entre mí: cuánto más bueno fuera este hombre, si no fuese mortal, si careciere de fin, etc., y así vóile figurando como infinito, inmortal, etc., y por este camino voy sacando la infinidad, inmortalidad y las demás perfecciones de Dios, y voy conociendo a Dios. Difiere esta escala mística de la simbólica, en lo que difiere la pintura de la escultura, porque en la pintura voy añadiendo colores, como en la simbólica añado perfecciones, y en la mística voy bastando y quitando rayas del madero para figurar la imagen y estatua del bulto que quiero esculpir, y estas dos escalas son las del entendimiento.

Dos escalas de la voluntad.

Escala de amor.

La voluntad tiene otras dos escalas semejantes a éstas. La primera, amar a Dios, subiendo a este amor por el amor de las criaturas; veo una mujer hermosa y ámola, o un hombre sabio y quiérolo bien, etc., voy con aquel amor aficionándome más y como diciendo entre mí: si fuese doblado más hermosa, doblado más sabio, doblado más le amaría, y si cuatro doblado, etc., hasta el infinito, y así subiendo todo lo que puedo con el afecto, se llega por el amor de las criaturas al amor de Dios. Este modo declara muy bien San Anselmo sobre aquellas palabras del salmo: Gustad y ved, cuán suave es

el Señor, diciendo cómo se sube del gusto y amor de las criaturas al gustoso amor del Criador.

Escala de aborrecimiento de las criaturas.

La segunda escala del amor es por el aborrecimiento de las criaturas, huyendo de todo lo que en ellas nos aparta de Dios. Pongamos por caso: amo a mi padre o a mi madre, etc., veo que me embaraza este amor el corazón, voy aborreciendo y desechando de mí este afecto, y en lugar de mi padre y de mi madre, poniendo en mi corazón al Señor; y así me hago la fuerza que puedo hasta quedar en el puro amor de Dios. Esto es lo que dijo el Señor: El que viniere a mi y no aborreciere a su padre y a su madre y aún a su misma alma, no es digno de mí (1). Por esta vía sube el alma más segura al amor de Dios aborreciendo todas las criaturas, no porque quiera mal a nadie, sino porque en comparación de Dios, no quiere a ninguno, y después engolfada en este amor de Dios, torna a amar a las criaturas en el mismo Dios, y así se camina a la unión y vida perfecta.

CAPITULO XX

DE LA HARTURA Y SATISFACCION DEL ALMA Y CENTRO DEL CORAZON EN HONRA Y GLORIA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR EN EL SACRAMENTO DEL ALTAR, SEGUN LA DECLARACION DE ESTE NOMBRE PAN, QUE EN GRIEGO QUIERE DECIR TODO.

Quien no hubiere gustado algo de la hartura de que hemos de tratar en este capítulo, no le entenderá de raíz, ni yo sabré escribir como ello es, pero diré, como supiere, bosquejando en borrón lo que deseo, que el Espíritu Santo pinte con vivos colores de experiencia en el alma que esto leyere. Hállase un afecto interior en las almas muy enamoradas de Cristo que perseveran mucho tiempo en oración con pureza, luz y amor, que se puede llamar hartura del alma y centro del corazón; y llámola hartura, porque así como si llegase un hombre hambriento a una mesa muy abastecida de manjares y vino, y comiese y bebiese a toda su voluntad, queda harto y contento y no le da pena el hambre con que antes venía, así los bienaventurados de esta vida, que tienen hambre y sed de justicia como dice el Señor, que es un encendido deseo de agradar a Dios, cuando algunas veces llegan al Santísimo Sacramento quedan hartos, satisfechos y contentos, y reciben plenitud y henchimiento en la conciencia por un inefable modo. Y así como la piedra que baja de lo alto, cuando llega a su centro se quieta, sosiega y satisface porque ya ha alcanzado su fin, y lo mismo el fuego cuando sube a su esfera, así el alma subiendo con la consideración a lo alto o bajando con la fuerza del ímpetu a buscar a Dios, llega a tal fin y estado, que parece que ha alcanzado su centro y esfera, y por esta causa llamo a este efecto hartura del alma y centro del corazón.

---

1 Luc., XIV, 26.

Qué sea esta hartura es muy dificultoso de entender, porque pocas almas la consiguen mientras viven en esta vida penosa, donde su bienaventuranza es hambre de justicia; y, como dice el Real Profeta, hasta que yo me vea en la gloria no estaré harto (1); porque allí se ve y alcanza el último fin, que es la esencia divina y en ella todas las cosas, como en un lucidísimo espejo, y se comprende y abraza Dios sin miedo de perderse, y se ama con gozo y fruición eterna, y de este centro del alma redunda en todas las demás potencias, así de los sentidos como de los apetitos, tal satisfacción y henchimiento de todos bienes que se pueden desear, con que quedan hartos y contentos. Y acá en esta vida, aunque no se ve la esencia de Dios, ni se posee con seguridad ni se ama con gozo cumplido, porque somos frágiles y hay muchas cosas que llorar, pero es tan alto el conocimiento de Dios, nacido de gran fe, tanta la seguridad de no perderle que nace de gran esperanza, y tan gustoso el amor que tiene origen en la ferviente caridad, que esta soberana luz, seguridad y gozo harta y satisface al alma y la hinche sus deseos, y es como una sombra y un dibujo o por mejor decir, un resplandor de la hartura de la bienaventuranza.

Hartura de la gloria.

Hartura de esta vida.

Aunque esta hartura tiene muchos manantiales, el principal de todos es el Santísimo Sacramento del Altar, recibido como conviene, con pureza, consideración y amor. Y así como Cristo en el Sacramento es el que harta el alma y se llama pan, y este nombre de pan en griego quiere decir todo, así este todo que hinche al alma y la pone en su centro y causa esta hartura, es el Santísimo Sacramento del Altar. Porque de las divinas letras, cuyo autor es el Espíritu Santo, mejor que de otra parte podemos tomar luz para declarar las cosas del espíritu verdadero, quiérome guiar por cinco lugares de la Escritura, donde se ponen cinco números de panes, para declarar cinco modos de esta hartura, pues, como dice Isaías: ¡Ay de vosotros los que gastáis vuestra plata y no en panes, y vuestro trabajo y no en hartura (2).

El Santísimo Sacramento principio de esta hartura.

Leo en las divinas letras un pan, tres panes, cinco panes, siete panes y doce panes, entre otros lugares que se habla de pan; veo que Cristo en el Sacramento está en especie de pan, y que los antiquísimos egipcios, antes que la idolatría corrompiera sus altísimos conceptos, llamaban a Dios pan, pintándole con cabeza de hombre, cuerpo de cielo estrellado y piernas de cabrón, dando con esta jeroglífica a entender, que Dios contiene en sí la perfección de todas las naturalezas; la de la naturaleza racional, que son ángeles y hombres, era figurada por la cabeza humana; los cielos, que son incorruptibles, figuraban por el cuerpo lleno de estrellas, y la naturaleza corruptible de los elementos y cuerpos mixtos que de ellos se componen, era figurada por las piernas de cabrón. De aquí colijo que este pan que da hartura es el Santísimo Sacramento; y esta hartura viene por cinco modos divinos, y se puede adquirir por las cinco consideraciones siguientes: La primera, hay un pan, en el cual pe-

1 Ps. XVI, 15. 2 Isai., LV, 2.

Un pan, qué sea.

dimos a Dios, diciendo: Danos, Señor, nuestro pan cotidiano (1), que aunque aquí se entiende por pan el sustento corporal, o los medios espirituales o temporales que hemos menester para conseguir el fin de nuestra salvación, podémoslo declarar místicamente de un modo de oración que tienen las almas que viven por amor, en la cual ninguna cosa entienden sino a Dios y a Cristo y al Sacramento, que es una misma cosa, y en él, por él y para él quieren todas las cosas criadas, diciendo: *Dilectus meus mihi, et ego illi* (2): *Deus meus et omnia,* no quiero otra cosa sino a Dios, que para mí es el todo y todas las cosas quiero en él. Y como ya se han resuelto en no querer más que a Dios y a su divina voluntad, ningún suceso les da pena sino sólo el pecar, porque todo lo demás o Dios lo hace o Dios lo permite, y así Dios lo quiere; y como ven que Dios lo quiere y se cumple su voluntad, todo les da gusto. Si se ven honrados dan gloria a Dios, y mediante aquella honra, procuran dilatar su santo nombre; si afrentados, alégranse con la humildad, viendo que los hombres conocen su bajeza; si están enfermos y con dolores, dales gusto el padecer por imitar a Cristo en la cruz; si sanos, andan contentos para poder trabajar en servicio de Dios, y así de lo demás. A este modo de primera hartura parece que llamó el Señor ojo simple, cuando dice: Si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo será resplandeciente (3), dando a entender que cuando el alma pone el ojo del corazón, que aunque sean dos, conviene a saber, entendimiento y voluntad, que son los dos ojos del libre albedrío, en este modo de hartura se hacen una misma cosa porque no quieren ni entienden sino a solo Dios, y entonces todas las demás obras, que aquí llama el Señor el cuerpo, son resplandecientes, porque van bañadas con este amor, y ninguna cosa da pena, porque el corazón está en su centro.

Mi amado para mí, y yo para él.
Dios mío, y todas mis cosas.

Tres panes pide el amigo, diciendo: Amigo, préstame tres panes. En estos tres panes se encierran tres todos, en que el alma se resuelve para vivir como conviene para consigo mismo, para el prójimo y para con Dios. Porque para consigo procura de vivir con tanta pureza, que todas sus potencias sean morada digna de Dios; para con el prójimo ama, quiere bien y hace el bien que puede a todos los prójimos, sin querer ni desear mal a nadie, tratando los amigos con benevolencia, gusto y amor, y sufriendo los enemigos con paciencia, sufrimiento y amor; para con Dios quiere todo lo que puede ser gloria y honra de Dios, y con esto queda llena en todos sus buenos deseos. Y así como considera al Santísimo Sacramento en tres partes: la primera, en su misma persona; la segunda, en cualquiera de sus prójimos; la tercera, en el cielo o en el altar, así cuando llega a la oración, hace tres partes, Dios, que está en mí, a quien considero que es el que ora; Dios que está en el altar o en el cielo, a quien oro y pido mercedes; y Dios que está en el prójimo, para quien las pido. Y como estos tres todos es un mismo Dios, parécele al alma que ninguna cosa negará Dios a sí mismo, pidiéndola el mismo Dios

La oración de los tres panes.

1 Matth., VI, 11.
2 Cant., II, 16.
3 Matth., VI, 23.

para sí mismo, y así pide con tanta satisfacción y hartura, que un momento de esta oración es más provechoso que mucho tiempo que se gaste en otras, y suele decir con San Pablo: *Quoniam ex ipso, et in ipso, et per ipsum sunt omnia* (1), como quien dice: todo lo que pido, quiero, deseo y entiendo, nace de Dios y es por Dios y para Dios. Dé el mismo Señor a entender a quien esto leyere este divino círculo con que se edifica la ciudad de Jerusalén, que quiere decir vista de paz, la cual *aedificatur, ut civitas cujus participatio ejus in idipsum*, y cuando se dice *cujus*, es como quien dice del *ejus*, a el *in idipsum*, para él, porque esta oración viene de Dios, a Dios y para Dios.

Los cinco panes que el Señor tomó en sus manos y multiplicó, como dice San Juan, son cinco todos, que se hallan en el Santísimo Sacramento, conviene a saber, todos los santos del cielo, todos los ángeles, la Virgen María con todas sus potencias, obras y pensamientos, Cristo Jesús con todos sus merecimientos, la divinidad de Dios con todos sus atributos y perfecciones; y así como este mundo está fabricado de tal manera, que el cielo empíreo tiene dentro de sí al sol, el cielo del sol al de la luna, el de la luna al elemento del fuego, el del fuego a los demás elementos y el mundo es un cuerpo redondo, así cuando levanta los ojos al Santísimo Sacramento, considera la divinidad de Dios, significada por el cielo empíreo, y dentro de ella al sol, Cristo Jesús; y en él a la luna que es la Virgen María, como reina de todos los ángeles; y después de ella a los ángeles y a todos los santos del cielo y criaturas de la tierra. Hecha esta consideración, pone dentro de sí esta máquina de estos cinco todos o cinco panes, y ya no pide ni desea ni contempla como si sola su alma pidiese y desease y contemplase, sino como si dentro de ella todas las almas criadas y todos los santos del cielo, todos los ángeles, la Virgen María, Cristo Jesús y toda la divinidad de Dios pidiese, contemplase, amase y desease, y a quien pide fuese a todos los cinco orbes divinos ya dichos y pide para los mismos cinco. Y con la revolución y círculo de estos cinco, a cinco y para cinco le nace una plenitud, henchimiento y hartura inefable.

El Santísimo Sacramento se figura en el mundo.

Con siete panes y unos pocos y pequeñuelos peces, dió el Señor hartura a cuatro mil hombres (2). Estos siete panes significan siete propósitos universales y siete peticiones con que el alma se harta, no contentándose con menos cuando está unida por amor, que así como un anillo de oro que tiene un vacío o concavidad para encajar en él un diamante de tres puntas, si en aquella concavidad o vacío metiesen un granito de arena, no queda harto y satisfecho y agradable el anillo, así nuestra alma, que, como dicen los filósofos, tiene en sí una centella de divinidad y es criada para Dios, no está harta ni satisfecha hasta que por todos los medios que puede, no desee llegar a Dios y juntarse con él, metiéndole en la capacidad de su deseo, y ninguna criatura, que en comparación de Dios es un granito de arena respecto del diamante de tres puntas, que significa a Dios con sus divinas personas, la harta, quieta y satisface. Esto dice San Agustín en

Siete panes son siete propósitos universales.

1 Ad Rom., XI, 36.

2 Marc., VIII, 20.

estas palabras: *Fecisti nos Domine ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te* (1): Criástenos, Señor, para tí, y nuestro corazón siempre estará inquieto hasta que llegue a ti. Es verdad que nuestras fuerzas son cortas, y la carne es flaca, mas el espíritu está pronto (2), y el deseo del hombre puede caminar muchas más leguas que lo que pone en ejecución. Y cuando el alma mide sus deseos con las fuerzas que tiene, y puesta en oración no desea más de aquello que puede obrar, según su estado, edad y complexión, aunque reconoce su poco poder, no queda satisfecho su deseo; mas cuando olvidándose de sus pocas fuerzas, remitiendose a Dios, camina con el deseo lo más que puede, ya entonces come de estos siete panes con que recibe hartura.

El primero, apartarse de todos los pecados mortales, diciendo así: Señor, propongo de aquí adelante de apartarme de todos los pecados mortales y no cometer ninguno de ellos, aunque pierda toda mi hacienda, honra y vida. El segundo, procuraré evitar todos los pecados veniales; el tercero, apartaréme de todas las ocasiones de pecar; el cuarto, todas mis obras pretendo hacer por vuestra honra y gloria; el quinto, que todas mis palabras sean compuestas, provechosas y verdaderas; el sexto, que todos mis pensamientos sean santos; el sétimo, propongo de padecer por vos todos cuantos trabajos vos quisiéredes, y si fuere vuestra voluntad, martirio y muerte. Estos son los siete propósitos y siete deseos que hartan al alma. Y aunque es verdad que da gran pena ver que nunca los cumple como querría, y que en saliendo de la oración los quebranta, consuélase reconociendo su flaqueza y pide a Dios fuerzas para cumplirlos. Y pues sabemos que con el pensamiento consentido y con el deseo se merece, no hay para qué deje el alma de ejercitarse en estos siete propósitos grandes, comiendo de estos siete panes o siete todos.

Las siete peticiones del Pater noster.

Los mismos siete panes son siete peticiones grandes que hartan al alma. Porque como trata con Dios infinito, para quien cualquiera cosa es poca, no se contenta con menos de pedir todo cuanto ha menester y todos los hombres. Estas peticiones son siete, y ninguno las supo enseñar mejor que Cristo en el *Paternoster*. La primera, pido Señor que tu nombre sea santificado, para que todos glorifiquen a Dios, pues tu nombre es Dios, y que todos los hombres sean santos, pues también te llamas hombre; que el nombre de Cristo, que significa Dios y hombre, sea honrado, y que todos adoren este tu nombre y todos los demás nombres tuyos, y nadie le jure en vano. La segunda, pido, Señor, tu reino; el reino de la gloria, el reino de la gracia y el reino del espíritu. La tercera, hágase tu voluntad declarada en los diez mandamientos de la ley de Dios y cinco de la Iglesia y en todos tus consejos y en los mandatos de los superiores. La cuarta, dadnos nuestro pan, pan del Santísimo Sacramento, que es el todo; y pan de todos los medios espirituales que hemos menester para salvarnos; y pan de todo el sustento temporal necesario para vivir. La quinta, perdónanos todos nuestros pecados, los manifiestos, los ocultos y los ajenos. La sexta, no nos dejes caer en la tentación

---

1 ML, 32, 661.

2 Matth., XXVI, 41.

del mundo, del diablo y de la carne. La sétima, líbranos de todo mal; del mal del infierno, del mal del pecado y todas las desgracias temporales, etc. Con estas siete peticiones para sí y para todos los hombres del mundo, hinche el alma sus deseos. Y así considero que hay un no sé qué entre el *Paternoster* y la verdadera oración mental, que las almas bien encaminadas nunca le querrían quitar de la boca y del corazón.

Dos maneras de personas por quien se ha de rogar.

Los doce panes de la proposición que mandaba el Señor poner sobre el altar, significan doce suertes de todas las personas por quien hemos de rogar y a quien hemos de desear bien. Lo primero, por todos los gentiles, herejes, infieles y judíos, que se reduzcan a la Iglesia; lo segundo, por todos los pecadores, que se conviertan; lo tercero, por todos los príncipes eclesiásticos, que gobiernen bien la Iglesia; lo cuarto, por todos los reyes y príncipes seglares, que vivan con unión y paz, y se salven ellos y sus reinos; lo quinto, por todos los nobles y señores y gente constituída en estado grande, que den buen ejemplo; lo sexto, por todos los predicadores y doctores, que den luz de salvación; lo sétimo, por todos los confesores, que adminisrren como conviene el Sacramento de la Penitencia; lo octavo, por todos los religiosos, que se reformen; lo nono, por todos los eclesiásticos y que llegan al altar, que comulguen bien; lo décimo, por todos los jueces y justicias eclesiásticas y seglares y sus ministros, que hagan bien su oficio; lo undécimo, por todos nuestros padres, parientes, amigos, bienhechores, encomendados y enemigos, así vivos como difuntos, y por todos los que tenemos obligación de rogar, que alcancen los bienes temporales y espirituales que desean; lo duodécimo y último, por nosotros mismos, que Dios nos dé todo lo que hemos menester; y aquí puede particularizar cada uno sus necesidades y deseos. Para que estas cosas no se olviden, es muy buena regla de memoria ir acordándose por las doce heridas de Cristo; conviene a saber, el sudor de la sangre, los azotes, la corona de espinas, el descoyuntamiento de los huesos, cardenales del rostro, los ojos sangrientos, la boca amargada con hiel y vinagre, y las cinco llagas de manos, pies y costado; y porque de esto he tratado más largo en otras partes, no diré ahora más.

Infieles. Pecadores. Eclesiásticos. Reyes. Nobles. Predicadores. Confesores. Religiosos. Los que comulgan. Jueces. Parientes. Nosotros mismos.

Satisfacción con la misa.

Así como del Santísimo Sacramento del Altar viene al alma la hartura y satisfacción que hemos dicho, así también le viene de la misa, cuando se oye o celebra, porque hartura es satisfacción. Así como si a un hombre hambriento le ponen una mesa llena de buenos manjares, come de ellos lo que quiere hasta que quede harto, así acaece que el alma unida con Cristo, mientras más le crece el amor, más se le aumenta el deseo y la hambre de hacer las obras mayores, padecer mayores trabajos y recibir las mayores dádivas que pudiere por Cristo; y como todas las cosas criadas no llegan a henchir este vacío y deseo, siempre se queda el alma hambrienta; mas en la misa se le pone una mesa y banquete delante con los mayores manjares que le pueden hartar.

Primeramente desea el alma ofrecer a Dios sacrificio agradable, reconociéndole por Dios a quien se debe sacrificio, y no se harta con otro sacrificio. Todas las naciones del mundo hacían sacrificios a sus

dioses; los egipcios sacrificaban espigas a la diosa Isis, como cuenta Heliodoro, los escitas, caballos, al dios Marte, como refiere Herodoto, los atenienses, como dice Pausanías, mezclaban trigo y cebada, y llegaba un buey a comer de ello, el cual sacrificaban; los tebanos sacrificaban estatuas de sus hijos y mujeres, como se colige de Alejandro ab Alexandro, los griegos, dos partes de ovejas, unas blancas y otras negras, como dice el mismo autor, los romanos una cordera coronada, y, finalmente, los hebreos, los corderos y becerros de que hablan las divinas letras, y con estos sacrificios quedaban ellos satisfechos. ¿Pues qué tiene que ver todo esto con el altísimo sacrificio del Altar, Cristo crucificado, tan infinito como el Padre Eterno, que ofrecemos a Dios en la misa?, y así dice el bienaventurado San Marcial (1): El sacrificio que ofrecemos en la misa no es hombre ni ángel, sino el mismo Dios, de quien dice el profeta Malaquías, que se le sacrificará sacrificio limpio (2).

Lo segundo, el alma herida del amor de Dios desea hacer por él la mayor obra que puede; y no se puede imaginar obra mayor, que la misma obra que Cristo hizo en la cruz, pues con ella redimió el linaje humano. Esta obra hace el sacerdote cuando celebra la misa, y por eso se llama Cristo sacerdote eterno según el orden de Melquisedec (3). Porque así como el Sacramento del Altar no se diferencia de Cristo crucificado en otra cosa más que en la forma y especies sacramentales, que en lo demás es el mismo Cristo, así el sacrificio de la misa no difiere de la obra de la redención que hizo Cristo, más que en la forma con que se hace, porque no es sangrienta como fué aquélla; y por esta causa dice el papa Alejandro: no hay obra mayor en el mundo que el sacrificio de la misa, en la cual se ofrece al Padre Eterno el cuerpo y sangre de Cristo (4).

Lo tercero, desea el alma unida con Cristo padecer por él las mayores afrentas, dolores, tormentos y muerte que pudiere, que estas penalidades son las manzanas de la cruz, que solamente hartaban a la esposa desmayada de amor, cuando decía: Sustentadme con flores, fortalecedme con manzanas, que me desmayo de amor (5), y desea que estas pasiones, dolores y trabajos, sean agradables a Dios, y viendo que en la misa se ofrecen al Padre Eterno todas las afrentas, dolores y trabajos de Cristo, y que no hay cosa más agradable a Dios para remisión de los pecados que ofrecerle esta muerte y sangre, haciendo el alma lo que es de su parte para incorporarse con ella; de aquí es que con la misa, en la cual se ofrecen al Eterno Padre todas las pasiones y muerte de Cristo por nuestros pecados, se harta y satisface, y así decía el papa Julio escribiendo a los obispos de Egipto: con la pasión y muerte de Cristo se deleita Dios y se nos perdonan los pecados.

Lo cuarto, desea el alma recibir de Dios el mayor beneficio, la mayor merced y la mayor gracia que se pueda pensar, y cuando está hambrienta con este deseo, ninguna otra cosa sino Dios la satisface y

---

1 S. Martial, epist. III ad Burdeg.
2 Malach., I, 11.
3 Ps. CIX, 4.
4 Alexan. Pap., epist. 1.
5 Cant., II, 5.

sabe que en la misa recibe a Dios que le da el Padre Eterno en el Santísimo Sacramento; con esta dádiva hinche y harta sus deseos, porque es el mismo Dios que recibió la humanidad de Cristo cuando se unió con la divinidad, y la Virgen María cuando le concibió, y los santos en la gloria que se unen con la divina esencia. Así se harta el alma, cuando recibe a Cristo en el Sacramento que se consagra en la misa, según aquellas palabras de Zacarías, ¿cuál es la cosa más buena y más hermosa que Dios puede dar? Respondió el mismo Profeta: El pan de los escogidos, y el vino que engendra vírgenes (1).

Finalmente, no hay vasallo ninguno ni criado, súbdito ni amigo que no guste de hacer un buen presente y dar una buena dádiva a su señor, a su amigo y a su rey, y como el alma ve lo que merece Dios y lo mucho que se le debe, querríale dar todo el mundo, si pudiese y fuese suyo, y cuando en la misa ve que lleva al Padre Eterno por dádiva y por presente a su Unigénito Hijo y todos sus merecimientos, muerte y pasión, y que no hay don ni presente que le sea más agradable, con esto se harta y satisface, pues como dice el Real Profeta: Lo que agrada a Dios sobre todas las demás cosas es el becerrito nuevo, cuando tiene cuernos y uñas (2), y llámase con este nombre Cristo crucificado, coronado en la cabeza con espinas y con los clavos en manos y pies.

Esta, pues, es la hartura del alma y centro del corazón, y para que no se os olvide y rematar toda esta obra de la vida del alma con buen gusto, resumámosla en la oración siguiente.

Oración.

Señor mío Jesucristo, dame tu amor, aborrecimiento de mi mismo, y que mi alma ande unida con tu santísima humanidad y divinidad, y que todas mis obras se hagan con espíritu, que cada día me renueve y mortifique en mis pasiones; dame don de lágrimas, fortaleza contra las tentaciones del enemigo, celo de las almas, virtudes heroicas, y transfiguración en tí; concédeme, Señor, tu temor y dolor, paciencia en mis tribulaciones, y que muriendo de amor, alcance profunda humildad, y si cayere, que al mismo punto resucite, como verdadero penitente; dame que suba yo a ti, levantando mi espíritu lo más alto que pudiere, hasta alcanzar verdadera hartura de mis deseos, con la cual no quiero otra cosa sino a ti, y a tu voluntad.

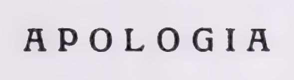
Dame, Señor, que la cumpla, haciendo lo que soy obligado para conmigo mismo, para contigo, y con mis prójimos. Concédeme, Señor, todo lo que pedirían, estando dentro de mi alma todos los hombres de la tierra, los santos del cielo, todos los ángeles, tu santísima Madre, tu humanidad y tu divinidad, que aunque miserable, confiado en tu divina misericordia, propongo de no hacer pecado mortal, procuraré abstenerme de los veniales, huir las ocasiones y emplear en ti todas mis obras, palabras y pensamientos, padeciendo, por no te ofender y servirte, los tormentos y muertes de los mártires. *Pater noster qui es in*

---

1 Zachar., IX, 17.

2 Ps. LXVIII, 32.

coelis, etc., (dígase el *Paternoster*). Todo esto te pido por todos los infieles pecadores, príncipes, eclesiásticos y seglares, nobles, predicadores y confesores, y todos los que llegan al altar o gobiernan tu Iglesia, por todos los religiosos y por todos mis encomendados vivos y difuntos, y que en esta vida me concedas tu gracia, y después la bienaventuranza de la gloria.



APOLOGIA

APOLOGIA

Contra algunos que ponen la suma perfección en la oración unitiva inmediata con aniquilación total del alma con que siembran doctrinas mal sonantes y peligrosas contra la santa fe católica romana.

A Don Juan de Quintanadueñas Bretigni. Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios.

He leído las proposiciones que vuestra merced me dió para examinar, de las doctrinas malsonantes que con título de mayor perfección dicen algunos que profesan espíritu, y habiendo comunicado las mismas con el ilustrísimo y reverendísimo Señor Arzobispo de Malinas y con el deán, pastor de Santa Catalina y con el prior de la Cartuja y guardián de los capuchinos, aunque de esta materia tengo mucho escrito en mis libros, *Dilucidario del verdadero espíritu,* en la *Lámpara encendida,* y en el *Itinerario sobre la Teología mística* de San Buenaventura, para hacer lo que debo y satisfacer a los deseos de los siervos de Dios, responderé con esta *Apología,* que se divide en tres partes.

PRIMERA PARTE

DE LOS DOCE PUNTOS QUE ENSEÑAN LOS AUTORES DE ESTA DOCTRINA DE LA UNION INMEDIATA. PONDRE LAS MISMAS PALABRAS QUE SE ME DIERON POR ESCRITO QUE SE CONTIENEN EN LAS DOCE PROPOSICIONES QUE SE SIGUEN.

La primera, que la suma perfección y vida perfecta del alma consiste en la unión inmediata con Cristo, cuando sin medio de ninguna criatura y con aniquilación total de todos los actos interiores y exteriores, se junta con la verdad increada, que es Dios, con todas sus fuerzas, y que sola una petición y oración se ha de hacer, y esta es que Dios nos dé esta unión.

Segunda, que la oración vocal es imperfección y ejercicio de niños, y que se ha de dejar por tener más tiempo para la contemplación.

Tercera, que el que dice el oficio divino, aunque le tenga de obligación, hace oración imperfecta, y que la ha de dejar para más contemplar.

Cuarta, que el rezar el rosario de Nuestra Señora y otras oraciones particulares a los santos se ha de dejar, porque los santos se entristecen de la honra que se les hace.

Quinta, que celebrar misas en honra de los santos es imperfección, y que, aunque el sacrificio de la misa no es imperfecto, las oraciones y peticiones que en él se hacen son imperfectas; y aconsejan que no se hagan decir misas a los santos.

Sexta, que la meditación y el conocer a Dios por las criaturas y todos los ejercicios de los sentidos interiores y exteriores y todas las operaciones intelectuales del alma, y todas las demás cosas sensibles e inteligibles son imperfectas, y que se han de dejar y entrar con exceso de espíritu, como cuando Moisés entró en un silencio caliginoso. Y que la madre Teresa de Jesús no había llegado a la mayor perfección, porque dice en sus libros que se ha de buscar a Dios por sus criaturas, y ser falta de humildad querer ser María antes de haber trabajado con Marta, y contra esta doctrina de la madre Teresa alegan lo que dice el Señor: Conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, no vendrá a vosotros el Espíritu Santo (1).

Sétima, que servir a Nuestra Señora y a los santos es imperfección y amor propio.

Octava, que también es imperfección y amor propio andar romerías.

Novena, que también lo es ganar indulgencias y que cuando Su Santidad las da, se conforma con la petición y demanda que le hacen los imperfectos.

Décima, que es imperfección y amor propio rogar un hombre por su salvación.

Undécima, que es gran abuso querer hacer alguna obra buena con esperanza de recompensa, y cuando dice el Real Profeta David en sus salmos: Incliné mi corazón para hacer tus justificaciones por la retribución y premio (2); habla con los imperfectos.

Duodécima, que el adorar las imágenes es imperfección y pintarlas es hacer idolillos, y aconsejan que no se pinten.

SEGUNDA PARTE

EN QUE SE PRUEBA QUE ESTAS DOCE PROPOSICIONES SON FALSAS Y MAL SONANTES, PERJUDICIALES Y PELIGROSAS CONTRA LA FE CATOLICA, ESPECIALMENTE EN LAS TIERRAS Y TIEMPO DONDE CORRE LA HEREJIA DE LUTERO Y CALVINO.

No es de poca consideración el resistir a esta mala doctrina, porque aunque los que la siembran se excusen con decir que las entienden en sentido católico, y que no quieren decir mal de la oración vocal, misa, indulgencias, etc., sino que no es tan perfecto como estar el alma absorta y unida con solo Dios, porque esta unión es el fin

1 Joan., XVI, 7.

2 Ps. CXVIII, 112.

de caridad, y se rinden y sujetan a la corrección de la Iglesia y de los superiores y doctores que más entienden; con todo eso contra semejante doctrina, que sembraban los herejes llamados begardos y beguinas, se congregó el Concilio Vienense, en tiempo de Clemente VII, y los que se llaman alumbrados y dejados se condenan por herejes; porque ponen entre otros errores toda la esencia de la perfecta oración y merecimiento en quedarse el alma suspensa, dejada y sin hacer actos interiores o exteriores, y con este título de mayor perfección apartan las almas devotas de los principales misterios de nuestra fe.

Y en cuanto a lo que dicen estas doce proposiciones, que es imperfección la oración vocal y la misa, etc., y que consiste toda la perfección en la oración unitiva y aniquilación total, digo que son falsas, erróneas y mal sonantes. Y si hubiera de disputar contra ellas de propósito, fuera menester escribir un gran libro de doctrina católica contra los herejes, como los que han escrito contra ellos los santos antiguos, San Agustín, San Jerónimo, San Ireneo, San Epifanio y los demás, o los doctores más modernos, cuales son Waldense, Castro, Belarmino, Eckio, Cocleo, y los demás que han escrito contra los herejes de nuestros tiempos. Mi intento en esta segunda parte de mi *Apología* es probar brevemente, que estas doce proposiciones, como suenan y por el daño que pueden hacer en las almas, están condenadas y reprobadas en la Iglesia Católica.

La primera, que dice que la suma perfección es la unión inmediata con la aniquilación total, en estas o semejantes palabras está condenada en el Concilio Vienense. Y la razón contra ella está clara, porque en esta manera de unión, por la mayor parte, el alma no hace ni obra, sino solo recibe y padece, y el merecimiento consiste en acto y obrar y no solamente en recibir y padecer, y más perfecto es el merecimiento de la gracia que cualquier otra cosa espiritual, por grande y perfecta que parezca.

La segunda, que dice ser imperfecta la oración vocal y la petición, es expresamente contra Cristo Jesús, que es el mejor maestro de espíritu de cuantos ha habido ni habrá en el mundo, y enseñando a orar a sus discípulos, dice: *Cum oratis, dicite: Pater noster, etc.* (1), aquel decir *dicite* es oración vocal, y de Cristo se escribe que oró al Padre vocalmente, diciendo: Padre, perdonadlos, etc. (2), y en el huerto: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (3); y pues la mejor oración y más perfecta que hubo en el mundo fué la de Cristo en el huerto y en la cruz, herejía es llamar imperfecta a la oración vocal.

Cuando oráis decid Padre nuestro.

Aconsejar que se deje de rezar el oficio divino es expresamente contra el Concilio Lateranense, en tiempo de Inocencio III, y contra todos los demás Concilios que mandan a todos los sacerdotes y religiosos o que tengan renta eclesiástica, rezar las horas canónicas, y si las dejasen de rezar los que tienen obligación, pecan mortalmente, aunque las deje por estar en la contemplación unitiva que estos autores dicen, y de Cristo se escribe, que habiendo cantado el himno, sa-

---

1 Matth., VI, 9.
2 Luc., XXIII, 34.
3 Luc., XXII, 42.

lió al huerto, etc. (1), y no es perfección cometer pecado, quebrantando sus mandamientos, pues, como dice el mismo Señor, *si quis diligit me, mandata mea servabit, etc.* (2).

La cuarta, el rosario y oraciones particulares que se dicen a los santos y el honrarlos, no los entristece sino antes se alegran con ellas, y dejar de hacerlo se condena en el Concilio Tridentino por herejía (3), y esto aconseja el Espíritu Santo por Job, cuando dice: Llama si hay quien responda y encomiéndate a algún santo, etc. (4).

La quinta, quitar las misas y llamar imperfectas las oraciones de ellas, es la porfía de Lutero, como se ve en el pestilencial libro que hizo de *Abroganda missa privata*; y todos los cánones y Concilios antiguos (5), y todos los que han compuesto misas, como Santiago el Menor en Jerusalén, San Juan Evangelista en Asia, San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Gregorio y los demás ordenaron las misas con oraciones vocales y peticiones.

La sexta, que la meditación y el discurso del entendimiento y conocer a Dios por las criaturas se haya de dejar, es expresamente contra aquello de David: En mi meditación se enciende el fuego (6), que quiere decir, el amor de Dios; y contra lo que dijo San Pablo: Las cosas invisibles de Dios se conocen por las criaturas (7); y primero lo había dicho la divina Sabiduría por estas palabras: Vanos son los hombres en quien no se halla la sabiduría de Dios y de las obras que ven no discurren a entender quién es el Criador (8), y así quien quita este modo de conocer, es vano y soberbio, queriendo subir de primer voleo a la cumbre de la unión, sin subir por los escalones de la meditación y conocimiento de las criaturas. Y cuando el Señor dice: Conviene que yo me vaya para que el Espíritu Santo, etc. (9), no quiere decir que Cristo impide el verdadero espíritu, que antes con la presencia y unión de Cristo se alcalza, sino que subiendo él al cielo, enviaría su Espíritu Santo, y la doctrina de la madre Teresa de Jesús es muy buena y sólida. Y aunque ella dice de sí que tuvo muchas veces oración unitiva, nunca afirma que la meditación sea imperfecta.

La sétima y octava, el servir a Nuestra Señora y a los santos es cosa perfectísima y verdadero amor de Dios, que no le ama quien a su Madre y a sus santos no sirve, y lo contrario está condenado en el Concilio Efesino contra Nestorio, y en el Tridentino contra Lutero. También está condenado el decir mal de andar romerías y visitar los templos, altares y lugares santos. Y si fuera amor propio e imperfección no visitaran la Virgen y su Hijo el templo de Jerusalén desde su pueblo de Nazaret, como mandaba la ley que se visitase (10).

La novena, las indulgencias son santas, y quien las gana no

---

1 Marc., XIV, 26.
2 Joan., XIV, 23.
3 Conc. Trid., sess. 25, *De invocat. et venerat. sanctorum.*
4 Job., V, 1.
5 Conc. Trid., sess. 22.
6 Ps. XXXVIII, 4.
7 Ad Rom., I, 20.
8 Sap., XIII, 1.
9 Joan., XVI, 7.
10 Luc., II, 42-50.

hace cosa imperfecta, como prueban los Concilios y sagrados cánones y las predicó Cristo declarando aquellas palabras de Isaías: Predicad medicina a los contritos de corazón e indulgencia a los cautivos (1).

La décima, rogar un hombre por su salvación no es oración imperfecta; pues el Señor enseñó este modo de orar en el *Paternoster*, diciendo: *Adveniat regnum tuum* (2).

La undécima, no es abuso hacer obras buenas con esperanza de recompensa ni habla David con los imperfectos, pues el Señor pone premio a los que le sirven, y la esperanza en Dios es santa, junta con la fe y obras, no como les parece a los herejes condenados en el Concilio Tridentino (3), que dicen que con sola la fe sin obras nos podemos salvar.

La duodécima, los que llaman idolillos a las imágenes o no las adoran, están condenados en el Concilio Niceno, contra los iconomacos, donde se trata muy a la larga de esta materia, como también en el Concilio Tridentino y en otros Concilios.

Es el demonio tan astuto y malo que cuando ve que no puede introducir la herejía en gente devota y espiritual por medio de la torpeza, sensualidad y pecados, como en Lutero y otros herejes, busca título de perfección y mayor espíritu para engañar y derribar con su cola las estrellas del cielo de los contemplativos.

TERCERA PARTE

EN QUE SE DECLARAN LAS CAUSAS POR DONDE SE ENGAÑARON LOS MAESTROS DE ESPIRITU QUE HAN SEMBRADO ESTOS ERRORES. PROCURASE SABER EN QUE SE FUNDABAN LOS AUTORES DE ESTA MALA DOCTRINA Y AVERIGUASE QUE EN TRES RAZONES.

Teologia Germánica.

La primera, por un libro espiritual, que se llama *Teología Germánica*, que anda impreso en lengua flamenca y latina, y comienza por aquella autoridad de San Pablo: *Cum venerit quod perfectum est, evacuabitur quod est imperfectum.* Que quiere decir: cuando viniere lo que es perfecto, cesaría lo que es imperfecto. Y este libro declara esta autoridad a este propósito, que llama lo perfecto la suma unión del alma con Cristo, e imperfecto a todo lo que no es esta unión, y por este camino va tratando de la perfección del alma, y, aunque el libro dice buena doctrina en su discurso, el declarar la autoridad de San Pablo de esta suerte, no me pareció bien, porque San Pablo no dice: *Evacuabitur quod imperfectum est,* sino *evacuabitur quod ex parte est* (4), que quiere decir: cesará lo que no es el todo; y el sentido de aquel lugar de San Pablo no es decir que sola la unión sea perfecta y los demás ejercicios del alma, como la oración vocal y meditación, etc., sean im-

Verdadero sentido de la autoridad de San Pablo.

1 Isai., LXI, 1.
2 Matth., VI, 10.
3 Conc. Trid., sess. 6.
4 I ad Cor., XIII, 10.

perfectos, sino que allí habla San Pablo de la diferencia que hay de esta vida a la vida de la gloria; y dice, que cuando estuviéremos en la gloria, cesarán, con el perfecto amor de Dios y visión beatífica que allá se tiene, lo que no es el todo sino la parte, como es la fe, la esperanza, etc. Mas dado que hablase San Pablo de la unión perfecta con Cristo, y que diga que cuando un alma totalmente está unida y absorta en Cristo, entonces cesa de la oración vocal, meditación, romerías, etc.; no llama imperfectas estas cosas que estos llaman imperfecciones, sino llámalas *ex parte*, que quiere decir que no son la perfección total. Que así como en el hombre hay tres cosas: la primera, el cuerpo solo antes que se le infunda el alma; la segunda, el alma sola, criada de Dios, considerándola antes que se infunda en el cuerpo, y la tercera, el alma y el cuerpo todo junto que componen todo el hombre, y está claro que el cuerpo solo, cuando se va formando y organizando antes que viva con el alma, no es el todo ni es tan perfecto como el alma, y el alma sola, aunque es más perfecta que el cuerpo, no es tan perfecta como todo el hombre compuesto de cuerpo y alma, lo que es perfecto del todo es el alma y cuerpo junto; de la misma manera, la oración vocal, meditación, romerías, etc., a secas, sin el actual amor de Dios y unión con Cristo, no es lo más perfecto; ni la unión sola sin el ejercicio e imitación de Cristo, aunque es más perfecta que sola la oración vocal, etc., no es tan perfecta como cuando se junta el actual amor de Dios con el ejercicio exterior y la imitación de las obras de Cristo en el alma unida; pero porque hemos de tratar más a la larga de este punto, baste ahora esta razón para la autoridad de San Pablo.

La segunda razón con que se han engañado estos maestros de espíritu, es ésta; entre las virtudes la mayor es la caridad, como dice San Pablo (1), y lo sumo de la caridad dicen que es la unión inmediata con Cristo, con la total aniquilación de los actos interiores y exteriores y de las potencias del alma, luego lo sumo de las virtudes de toda la vida espiritual es esta unión. Y esto prueban por aquel capítulo primero de la *Mística Teología* de San Dionisio (2), donde ruega a la Santísima Trinidad, que le lleve y guíe a la cumbre lucidísima y eminentísima, en la cual los invariables misterios de la altísima teología, sabiduría de Dios y contemplación se enseñan en lo oculto de un silencio interior, con que queda el alma ciega y deslumbrada con la clarísima niebla, en que se descubren los más delicados conceptos. Y ruega a Timoteo que para subir a esta cumbre, deje todos los actos interiores y exteriores de la voluntad y entendimiento, etc.

En qué se engañan estos maestros de espíritu.

De aquí arguyen, luego esta manera de oración unitiva que dice aquí el divino Dionisio, que es la soberana cumbre de las virtudes, es la perfección. Porque perfección se llama lo sumo a que el alma puede llegar; y si esta es la perfección, luego todo lo que esto no fuere o a esta cumbre no llegare, como la oración vocal, meditación, etc., es imperfección; y Dios nos manda dejar las imperfecciones para ser perfectos, luego hemos de dejar la oración vocal y la meditación,

1 I ad Cor., XIII, 13.

2 MG. 3, 998.

etc., para llegar a la perfección; y con esta razón se convencen, especialmente, que toman ocasión de algunos libros espirituales que parece van por esta doctrina.

Pero esta razón falta en tres cosas: la primera, en llamar la cumbre de la caridad y la perfección y lo más alto y excelente de todas las virtudes a esta unión inmediata y caliginosa, porque no es esta la suma de las virtudes, y esto se prueba claramente por dos razones. La primera, porque hablando de la caridad dijo el Señor: que el amor de Dios es igual con el amor del prójimo (1), y el verdadero amor del prójimo consiste en hacer obras por el prójimo, porque obras son amores, etc. Estas obras no las hace el alma en aquel tiempo que está así unida, sino estando despierta y ejercitando los actos de las potencias. Pero para mejor entender esta doctrina se advierta, que estos actos y ejercicios exteriores se pueden hacer en dos maneras. La primera, a secas y sin acto interior del amor de Dios, y entonces no son tan perfectos como solo el acto de amor de Dios y la unión inmediata de que habla San Dionisio. La segunda, cuando se hacen con actual amor de Dios, y entonces téngolos por más perfectos que esta unión inmediata. Y esto pruebo; lo uno, porque son más meritorios, pues el mérito consiste en obrar y hacer, y no en solo padecer y recibir; y en aquella unión inmediata el alma padece y recibe, y no obra con las otras potencias, ya que digamos que la voluntad esté amando y deseando, que es obrar. La segunda, porque si fuera lo más perfecto estarse siempre el alma unida con Dios, con esta cesación de actos y no ejercitarse en actos interiores de amar y entender a Dios, y en los exteriores de padecer y hacer por las almas, Nuestro Señor Jesucristo, cuya alma siempre estuvo en la suma perfección y nos la enseñó, hubiérase estado toda la vida en aquella unión inmediata, sin ejercitarse en predicar, padecer, y obrar, etc.

La unión caliginosa no es lo sumo de todas las virtudes.

Las obras de caridad de Dios y del prójimo son más perfectas que son los deseos y que la cesación de actos.

El mérito consiste en obras.

La segunda razón con que se prueba no ser la perfección aquella unión inmediata, sino hacer obras con actual deseo de agradar a Dios es ésta. El apóstol San Pablo que sabe más de perfección que estos maestros espirituales, cuando dice que hablar con lenguas de ángeles, tener revelaciones, hacer milagros, etc., sin caridad, no vale nada (2), declarando qué sea la caridad, no dice que la caridad es estarse el alma unida con Dios cesando de todos sus actos, sino tener paciencia en sus trabajos, usar benignidad y misericordia con los prójimos, etc. De esta doctrina colijo cuán engañados van algunos, que con título de mayor perfección se abstienen de hacer fruto en las almas, y se meten en los desiertos y juzgan a distracción ejercitar el celo de los hermanos, cuando su profesión y vocación no les mande este retiramiento y encerramiento como a los cartujos, que en tal caso cada uno siga la vocación a que Dios le llamó, porque Cristo, que fué el más perfecto, no se metió en un rincón, sino que *circuibat per loca et castella, etc.* (3), hasta dar la vida por la salvación del mundo.

Engaño de los que tienen por menos perfección el celo de las almas que la quietud y sosiego de la propia conciencia.

Lo segundo en que falta esta razón es esto; que ya que ponga-

1 Matth., XXII, 39.
2 I ad Cor., XIII, 1.
3 Matth., IX, 35.

mos que la unión inmediata es la perfección, o que digamos que sea más perfecta que los ejercicios exteriores, oración vocal, romerías, etc., llamar imperfecciones a la oración vocal y a estos ejercicios es falsa doctrina, peligrosa y muy mal sonante. Porque uno es no ser una cosa tan perfecta como otra o ser menos perfecta que otra, y otro ser imperfecta; diversa cosa es no ser tan bueno un hombre como otro y ser malo. El ejemplo es claro, la plata no es tan buena como el oro, y no por eso los reales de plata es mala moneda. Cuando Dios crió al mundo se dice, que: *Vidit cuncta quae fecerat et erant valde bona* (1), y con todo eso una esencia es mejor que otra, como el hombre es más perfecto que el caballo, etc. Pues, como dicen los filósofos: *Species sunt sicut numeri*; el cuerpo no es tan bueno ni tan perfecto como es el alma, pero no es malo ni imperfecto, el cuerpo es bueno, etc, es menos perfecto que el alma; el alma es mejor y más perfecta que el cuerpo, pero el alma y cuerpo juntos, cuando el cuerpo vive por el alma y el alma es sustentada por el cuerpo, es lo sumo perfecto. De la misma manera, la oración vocal sola y sin la mental no es tan perfecta como la mental, pero no es imperfecta, aunque actualmente no esté junta con la mental, la mental sola es más perfecta que la vocal sola; pero lo perfectísimo es la vocal con la mental; como cuando está el alma con actual acto interior de glorificar a Dios, y entonces juntamente dice el oficio divino y oye o celebra su misa. No llamo aquí oración vocal a solas la que es distraída y desatenta, que esa ya es imperfecta, sino a la que no procede del afecto interior que tienen algunas almas cuando rezan vocalmente.

Las imperfecciones que se apegan a los ejercicios exteriores del alma, no son de su esencia, que bien se pueden y deben quitar.

Lo tercero, se engañan estos en llamar imperfección de la oración vocal y al andar romerías, etc., porque algunas veces se suelen juntar con estos ejercicios algunas imperfecciones, como con la oración vocal, la desatención, con las romerías, la distracción y ponerse a peligro quien va a la romería por ver mujeres, etc.; que una cosa es el diamante fino, otra es la tierra que se le pega; y no porque haya escoria entre el oro, el oro deja de ser oro y el diamante fino diamante, aunque tenga tierra; lábrese y quítasele la escoria, pero no se eche a mal el oro ni el diamante. Procure el que reza vocalmente tener atención, y el que va a la romería, guardar recogimiento, quitando las imperfecciones de la distracción y divertimiento, pero no se quite la oración vocal ni la romería; como hacen los herejes, que porque de algunos religiosos o religiosas católicos, saben que viven deshonestamente, dicen ellos mal de todas las religiones, y quieren que se quiten los votos y que todos se casen; quítense las imperfecciones de los ejercicios exteriores, pues no son de su esencia, sino accidentales, pero no se quiten los ejercicios exteriores ni se llamen imperfectos.

El camino para llegar a la unión son los ejercicios exteriores.

Lo cuarto, se engañan en decir que para llegar el alma a la unión, ha de dejar la oración vocal y la meditación y quedarse ociosa y sin hacer nada, antes para llegar a la unión ha de caminar por la oración vocal y por la meditación y por conocimiento de las criaturas; y quien dejare estos ejercicios por meterse de primer voleo en la unión, nunca llegará a la unión ni tendrá buen espíritu. Cuan-

---

1 Gen., I, 31.

do Moisés en la cumbre del monte se metía en la niebla a hablar con Dios, ya había caminado por sus pies subiendo al monte, que de otra manera no se metiera en la niebla. Quien enciende fuego con eslabón y pedernal, después de encendido el fuego no da golpes, pero para que se encienda el fuego se han de dar los golpes, que ese es el medio de encender el fuego; y así para llegar el alma a la unión inmediata y a la divina niebla que dice San Dionisio, ha de haber caminado con la meditación y ejercicios del alma, y dado golpes de actos interiores y exteriores, si quiere fuego del verdadero espíritu.

La tercera razón con que estos maestros espirituales se han engañado es ésta: la vida en Cristo es la suma perfección, y no se puede vivir en Cristo sin morir primero a nosotros mismos, según aquellas palabras de San Pablo: Vivo yo, mas ya no vivo yo, que vive Cristo en mí (1). Esta muerte de este mi yo, a la cual también llama San Pablo ganancia cuando dice: Mi vivir es Cristo, y el morir ganancia (2), no es otra cosa que cesar de todos actos interiores y exteriores, y la unión inmediata con Cristo sin medio de ninguna criatura; luego en esta unión consiste la perfección total, y para alcanzarla ha de procurar el alma de cesar de todos los actos interiores y exteriores y dejar la oración vocal, peregrinaciones, etc. Este argumento pide que declaremos cuál sea la vida en Cristo y la perfección del alma unida, y por este fin he escrito este libro intitulado de la vida en Cristo y perfección del alma unida, a que me remito, donde trato más a la larga de esta materia.

---

1 Ad Gal., II, 20.

2 Ad Philip., I, 21.

ESPIRITU Y MODO DE PROCEDER EN LA ORACION

ESPIRITU Y MODO DE PROCEDER EN LA ORACION

que ha llevado desde el año de 1580 hasta el de 1590, dividido en diez materias (1).

CAPITULO PRIMERO

DEL TIEMPO Y MANERA DE ORACION, DE LA LUZ QUE EN ELLA RECIBEN LOS DESEOS, IMPETUS Y TERNURAS QUE LE COMUNICAN.

§ 1.º

Del tiempo que se gasta en la oración.

Aunque querría estar todo el día en oración mental, porque ninguna cosa tanto enriquece y satisface como la prolija y perseverante oración, el tiempo dedicado para este ministerio es desde media noche hasta cerca de la mañana. Porque las ocupaciones no estorban, el silencio convida, la quietud aprovecha, y parece que muy diversamente se comunica el Señor en la oscuridad de estas horas que en otras, y queda todo el día desembarazado para los negocios que se ofrecieren, que bien medido con lo que se gasta en el oficio, misa, rosario, devociones y oraciones jaculatorias, si se hubiese de tomar parte del día para la oración, pocas horas se podrían gastar en ella. No se entiende que sea tan regular este tiempo que no se mude conforme a la disposición del cuerpo y ocasiones que se ofrecieren; pues la mejor regla para perseverar en la oración es acomodarse cada uno de suerte que ni se pierda la salud ni las obligaciones del estado que tiene.

§ 2.º

De las diez maneras de luz interior.

De la manera de oración y luz que se le comunica, no es dificultoso de entender, porque nunca desea ni pide ni tiene cosas sobrenaturales de visiones, revelaciones, pues, pudiendo llegar a la perfección por el camino natural, no hay para qué buscar medios so-

1 Así titula el P. Gracián este trabajo suyo.

brenaturales para declarar Dios su voluntad, ni para qué buscar revelaciones, pues se le puede declarar por el camino ordinario, y cuando Dios diere cosas extraordinarias y sobrenaturales haga lo que fuere servido.

Hablemos, pues, lo primero, de las maneras que tiene de recibir la luz, que son muchas. La primera, algunas veces le dan como un recogimiento interior, no porque pierda ningún sentido, sino que se pone atenta, como si la asiesen del codo para hablarla, y estando en esta atención, a la cual ayuda la soledad y oscuridad, suele venirle en lo interior una luz de doctrina, no luz sensible ni imaginaria sino intelectual, como si dentro del mismo centro del alma abriese un libro donde con una sola mirada leyese lo que le dicen y percíbelo sin discurso, y algunas veces es una sola palabra o un solo concepto que despierta el entendimiento para que vaya discurriendo por mucha doctrina y conceptos, que aunque el propio ingenio después la fabrica, vese que va ayudado de otra fuerza mayor. Como si una mujer casada estuviese esperando a su marido que venga de la guerra con sobresalto, si se le han muerto en la batalla, y estando con este miedo viene un hermano suyo de la mesma guerra que había ido en compañía de su marido, herido, huyendo y lleno de sangre, y dícele sólamente ¡ay!; de aquel ¡ay! colige ella todos los sucesos de la guerra; y cuando ella los va contando con lágrimas, el mensajero va condescendiendo y añadiendo palabras, hasta que de lo que ella y el mensajero dicen, se hace un cumplido razonamiento que se puede escribir concertadamente, y ella se determina a entregarse al llanto y viudez, etc. De la misma manera acaece en estas razones comenzadas del espíritu; que aunque las palabras sean breves, queda el alma hablando doctrinas muy largas y provechosas, y si se escriben solas las palabras que se oyeron, no serían de gusto ni eficacia para otras almas sino para quien las recibe, pero si se escribe todo el razonamiento, es de provecho para otras conciencias. Y así me pareció escribir aquí las doctrinas enteras que se me acordaren, aunque es imposible acordarse del todo, porque algunas veces el alma va discurriendo despacio y pocos puntos y repetidos, que se puede hacer de ellos memoria y escribir, mas otras habla tan apriesa y tantas cosas, que no hay memoria ni lugar de escribir en un año lo que se dice en una hora, especialmente cuando la segunda manera acaece, que ni habla ni le hablan, sino que el espíritu levanta los ojos del entendimiento como a un gran campo y desde alguna alta cumbre, donde se le descubren innumerables cosas vistas a bulto y en monton; que si después se parase a particularizarlas contando lo que vió, habría menester mucho espacio de tiempo para acabarlas de decir, y estas dos maneras de hablas son muy ordinarias en esta alma.

También tiene comúnmente otras maneras de hablas interiores, porque algunas veces acaece que estando el Esposo, a su parecer, cerca de sí con la cercanía, asistencia y unión que después diremos, parece que le habla alguna palabra que suele ser tan preñada de conceptos, y hace tan gran motivo y eficacia en el alma, que tiene bien que contar después, y habría menester tiempo para los escribir; estas palabras pocas veces se le olvidan. Y también en la misma pre-

Atención interior.

Visión intelectual, qué cosa sea.

Palabras de la cercanía de Dios.

sencia, sin oir palabra que el Esposo hable, sólo mirándole al rostro, parece que ve en él tal denuedo y semblante, que con sola esta vista colige muchas cosas que le pudiera decir. Otras veces acaece estarse el Esposo en esta presencia quieto, callando y como mudo, que ni habla ni hace señas al corazón, mas como el alma allí le ve, despiértase a hablarle las palabras que más eficacia le suelen hacer, y a estas palabras responde el Esposo palabras dulcísimas, que despiertan el corazón y encienden el fuego del espíritu, y otras estando en esta misma presencia, el alma enmudece y no osa levantar los ojos, ni resollar ni arrojarse a querer ni entender nada, sino quédase abatida, confusa y callando, aunque no puede sufrir mucho tiempo aquel silencio, que parece que reventaría, y así prorrumpe en un gran ímpetu de alabanzas o de amor con que descansa algo, y válele más aquel poquito de silencio que muchas horas de parlería, y aquella resplandeciente tiniebla que muchos rayos de luz.

Mirada del Esposo y luz que se colige de su semblante.

Respuestas del Esposo.

Impetu después del silencio interior.

Otras veces, puesta en la oración, se halla perturbada con diversidad de pensamientos y batallas de las pasiones, y entonces da gritos al cielo, acogiéndose a pedir y desear cosas grandes y ciertas, como la mayor gloria de Dios, conocimiento de Cristo y cosas semejantes, y con aquellas voces parece que callan los estruendos de sus pasiones, y queda quieta y comienza a entrar en su oración con paz y sosiego. Otras, sin tener perturbación de pasiones y otras perturbaciones que le contradigan, se halla tan bronca, pesada, olvidada y tan ciega, que se admira de verse así, y entra como puede, aunque sea diciendo el *Paternoster* u otras palabras y reconociendo su misería, y cuando no se cata, se halla metida en la miel, y admirada de ver tantas diversidades de caminos por donde el espíritu es guiado en la oración. Todas estas maneras y otras muchas que hay son más interiores que la imaginación. Pero acaécele también proceder con la fábrica de la imaginación en la presencia de Jesucristo, como en el *Ecce-homo* u otros pasos de la pasión, y va discurriendo por aquella figura interior que tiene, de donde saca sus conceptos que le aprovechan para bien vivir.

Clamores interiores.

Gusto después de indisposición y ceguedad.

Hablas con visiones imaginarias.

Algunas veces le hace más eficacia que todo esto la vista real del Santísimo Sacramento o de alguna imagen, y con aquel conocimiento del sentido obra la voluntad, de donde con mucha seguridad se aprovecha el espíritu, porque se afervora en la devoción del Santísimo Sacramento, que es cosa de que gusta en gran manera, y así todas las veces que puede tener oración delante del altar donde este divino pan está, lo procura y se aprovecha.

Visión real del Santísimo Sacramento o imagen.

Hanla enseñado que por cualquier manera de oración que la voluntad se mueva a la caridad y humildad va bien, y que hay muchos engaños de gentes que toda su atención y perfección ponen en la diversidad de estos modos de oración, olvidados del fin a que todos van a parar, y también que son más seguros los caminos más interiores y espirituales que los exteriores y sensibles, como es el de la vista de los ojos y oir con los oídos, etc.

Por cualquier camino que se vaya al amor y humildad se va bien.

§ 3.º

De la doctrina que se comunica en la luz interior.

Estos son los más ordinarios caminos con que recibe la luz interior que Dios le da; digamos ahora de qué cosas recibe esta luz y qué conceptos le vienen al entendimiento.

Puntos de Teología.

Primeramente decláransele muchas cosas de la Sagrada Teología, como son, conceptos acerca del misterio de la Santísima Trinidad y conveniencias de la Encarnación de Nuestro Señor y otros puntos; aunque esto no es muy ordinario, que antes huye de esa manera de luz, porque no se torne la contemplación estudio, y cuando se ve con ella, ejercítase en actos de amor por no meterse en las delicadezas de las letras, y a la verdad no son cosas que no sepa por otras vías, como de estudio y lectura de libros, aunque se pone el entendimiento más hábil para entenderlas cuando se leen en las divinas letras y en los libros que tratan de estos misterios.

Pasos de la Biblia entendidos.

Viénesele también muchas veces a la memoria algunos salmos y versos de ellos, o palabras de los *Cantares* o pasos de los Profetas con su declaración, y lo que muy de ordinario le acaece es, habiendo de hacer algún sermón o razonamiento para enseñar otras almas, ponérsele la traza de lo que ha de decir, de suerte que aunque no particularice por la memoria los conceptos llevando aquella traza y concepto preñado, acaece después al tiempo de hablar, ir particularizando la doctrina con mayor gusto suyo y de los que oyen que si fuera estudiado de muchos días en solos los libros.

Doctrina de virtudes.

La más ordinaria luz que tiene es de la doctrina de virtudes y perfección necesarias para su alma, y aunque no haya palabras, ponérsele con claridad los caminos por donde será bien caminar a la mayor perfección, que si hubiera hecho memoria de las cosas que de esta suerte ha recibido y las tuviera escritas, pudiera hacer un gran libro de lo que le han comunicado.

No se descubran pecados de otros.

Algunas veces se barrunta en los penitentes lo que callan.

Nunca le dicen y declaran pecados de otras almas en particular, antes le han avisado que Dios no es amigo de andar descubriendo pecados de unos a otros, sino muy raras veces y para algún gran fin, pero por la ciencia, experiencia y conjeturas le ha acaecido muchas veces, tratando con algunas personas que era necesario le dijeran todos sus pecados, insistir en que habían hecho algunos que se negaban, y después de haber porfiado con ellos le dijesen la verdad, hallar ser así como barruntaba, no teniendo en esto otra luz más de el sobresalto del corazón que suele hacer tanta fuerza, que parece pone certidumbre de los pecados escondidos que se niegan en la confesión, de la manera que acaece al ballestero que ha tirado para matar alguna caza, aunque no vea el golpe que hizo, quédale una cierta suavidad en la mano que parece le asegura haber acertado a la caza, y por el contrario si el tiro erró, quédale un cierto desabrimiento que le causa en el corazón temor de haber errado, pero nunca en lo uno ni en lo otro se asegura hasta llegar a ver la presa. De la misma manera, parece le dan unos golpes interiores que le aseguran de que quien le declara sus pecados, hace su deber o finge y encubre min-

tiendo y negándolos, y en haber aprovechado de esta manera de salvación de muchas conciencias que con otros no se declaraba bien, le ha hecho el Señor grandes mercedes.

Imperfecciones de almas muchas veces se las ponen delante, y como si viese lo que pasa en el otro espíritu diría los tropiezos en que estropiezan, los lazos que el demonio les tiene puestos, y los engaños y ceguedades de su entendimiento para no caminar a la perfección, y con atrevimiento se los dice como si los supiera de cierto, y las más veces halla ser verdad lo que imaginaba, mas nunca se asegura con tanta certidumbre que quede con más luz que de sospecha eficaz. Verdad es que esta manera de luz más propiamente la atribuye a la ciencia y experiencia que a los efectos del espíritu. Luz de imperfecciones ajenas.

Otras veces acaece darle de una vez mucha doctrina moral de virtudes, de la cual, si escribiese, podría componer libros, y es con sola una ojeada del entendimiento que descubre campo para poder discurrir despacio, de la manera que acaece al que subiendo por una cuesta arriba llega a una cumbre de donde se descubre un gran campo con muchas fuentes, prados, arboledas, etc. Con sola aquella ojeada podría tener después que contar, declarando con muchas palabras lo que vió de una sola vista. Ojeada de luz para doctrina moral.

De la misma manera se le descubren enredos en toda la república y lazos del demonio y engaños que tiene puestos en ella y en todos estados, lo cual algunas veces le da tanta pena, que parece querer el alma reventar, según lo que siente, viendo los peligros y daños y la falta del remedio para la repugnancia de las voluntades protervas. Luz de lazos universales.

Y de algunas comunidades y congregaciones o religiones también se le descubren los lazos y engaños que el demonio pone para derribarlas o relajarlas y desacreditarlas, que no es cosa que le da poca pena, especialmente cuando es en parte que toca, y esto baste para en cuanto a la luz interior que viene al alma de la parte del entendimiento. Caidas de Comunidades.

§ 4.º

De los deseos y modos de proceder la voluntad.

En lo que toca a los afectos y deseos y modo de proceder con la voluntad y apetitos, aunque en esta parte no hay seguridad ni perseverancia, porque cuando parece que está el cielo del libre albedrío más sereno, a deshora se levantan tales nublados y tan súbitas tempestades que la misma alma se admira de sí misma y cae en la cuenta de la poca confianza que se ha de tener de la bonanza interior, mas lo ordinario del proceder de su espíritu es de la manera siguiente.

Lo primero, ha muchos tiempos que le han comunicado una paz interior, con la cual de ningún suceso se perturba, y aunque por el presente, cuando le viene la mala nueva, siente algún movimiento interior que redunda en turbación de la misma sangre, facilísimamente vuelve sobre sí y se torna a quietar, porque muchas veces le han Paz interior.

Dos corazones.

avisado que el alma ha de tener dos corazones, el uno como interior y el otro como más exterior; el interior siempre ha de estar de una suerte, aparejado para Dios, sin que ningún suceso del mundo se le atreva a entrar dentro del retrete donde este corazón está, y que con el exterior cumpla con los negocios de acá afuera, entristeciéndose con los que se entristecen y alegrándose con los que se alegran, mostrando según los sucesos lo que la prudencia y discreción manda, tristeza o alegría, ira o paciencia, mas siempre el corazón interior, por estar fijo en la confianza, ha de estar quieto e inmóvil despreciando las cosas de acá fuera y teniéndolas en tan poca estima, que por ningún suceso de ella caiga de su paz y serenidad. Muchas veces recela si esta demasiada paz es imperfección de insensibilidad, pero entendiendo que no le hace daño al alma, no se desconsuela con ella.

Perturbación con los pecados.

Cuando le sucede algún pecado o cosa en que el alma pierda, entonces parece que entra en el corazón interior la perturbación y la descompone, y esta aflicción se siente tan diversamente que las otras tristezas de cosas temporales, cuanto va de lo vivo a lo pintado; mas aunque esta aflicción es grande, no perturba demasiadamente, porque luego el alma se acoge a la contricción y amor, con que queda en paz sosegada y humillada, y hanle dado a entender que no deja de haber grandes tentaciones del enemigo para descomponer el espíritu con la demasiada perturbación, que nace de las las faltas, y que es industria de Satanás con esta perturbación, bautizada con nombre de contrición, hacer que las almas cesen en sus ejercicios espirituales que llevaban comenzados. Esta paz le aprovecha para asistir en la presencia de Dios al tiempo de su oración hablando con él llanamente, sin hacer mucha eficacia que le perturbe, examinando si tiene bueno o mal espíritu o si va bien por este camino interior o por el otro, de que muchas almas se suelen perturbar, porque por cualquier camino que proceda, como llegue a la unión que desea de quien después diremos, siempre queda con paz y seguridad.

Nunca han de quitar los ejercicios espirituales.

Trato llano y quieto en la oración.

Deseos grandes.

Su ordinaria manera de deseos son grandes y levantados, no contentándose con menos que con desear todo aquello que al Padre Eterno diere contento, enderezado para la mayor honra y gloria de Jesucristo, su Hijo, y querría imitar en los deseos a Jesucristo, que le parece serían que el Padre Eterno fuese glorificado, agradado y servido tanto cuanto merece, y que todos los hombres se salven, con determinación de dar la vida por cualquier cosa de éstas, porque querría que sea en que el Padre Eterno sea más glorificado, aunque bien ve que de otra manera tendría estos deseos Jesucristo; mas cuanto al objeto que es desear lo mismo, querríale imitar, y algunas veces tiene escrúpulo de esta manera de deseos, pareciéndole que son comunes y universales, y que no particularizarlos de las cosas propias que ha menester su alma para irlas procurando y pidiendo, y que así quedará desaprovechada, pero hánsele quitado, diciendo que cuando el alma, por acordarse de las cosas que convienen a Jesucristo, se olvida de las suyas propias, y por poner ímpetu de las de la honra de Dios, anda remisa en lo que a ella le conviene, y por pedir para Dios deja de pedir para sí, entonces va más acertada

Deseos de Jesucristo.

No hay que hacer escrúpulo de olvidarse de sí y sus cosas por acordarse de las de Jesucristo.

la oración, porque toma la mano Jesucristo haciéndose procurador para pedir y alcanzar todo lo que el alma ha menester pedir y desear para sí misma y para todos sus amigos, y como Jesucristo sabe mejor lo que le conviene, y lo puede mejor alcanzar que la propia alma, asegúrala en que hace su negocio cuando se olvida de sí y se ocupa y entiende en el de Dios.

De aquí le nace no tener escrúpulos, y muchas veces se le olvida de encomendar a Dios algunas personas o algunos negocios que se le han encomendado, gastando el tiempo en estotros deseos universales de la mayor gloria de Dios, porque ya tiene hecho su concierto con Jesucristo, que todo lo que le encargaren otros para que les pida en la oración, lo pida y alcance el mismo Jesucristo del Padre Eterno, y porque él no pierda el tiempo descendiendo con su pensamiento a particularidades, y lo deje de emplear en deseos grandes, y con esta orden entiende que cumple mejor con las almas a quien ha prometido de pedirles algo, que no si se detuviese en sus negocios. Verdad es que las más veces en los mismos deseos universales de la mayor honra y gloria de Jesucristo y gusto del Padre Eterno se acuerdan los particulares de las criaturas; pero desciende el alma a ellos, no por la parte que tienen del bien de la criatura, sino por la parte que tienen de la gloria de Dios, y llevando por principal objeto este deseo común, con gran presteza pone el corazón en muchas cosas particulares, y si lo hubiera de poner en cada una de por sí, gastara mucho tiempo e hiciera menos, haciendo, como si digamos, habiendo deseado con mucho ímpetu la gloria de Dios por ser él quien es, baja los ojos a las criaturas, y entonces dice el corazón: ¡Señor, gloria y honra tuya es que yo sea humilde, casto, puro, que fulano sea perfecto, que tal negocio sea de esta suerte, etc., y discurriendo por todas las cosas que se le acuerdan, en un instante las pide y desea todas, representadas en el deseo de Dios, como se ven con solo un mirar de ojos muchas cosas representadas en un espejo por más distantes que ellas estén entre sí. ¡Oh, si se entendiese bien esto, qué de tiempo se ahorraría y qué acertada iría la oración de muchos!

Deseos particulares encarados en la mayor gloria de Dios.

También en cuanto a este punto le han avisado que es gran engaño aferrarse el corazón con cualquier deseo particular, por más bueno y santo que parezca, como hay algunas almas que se aferran con el deseo de penitencia, u otras con el deseo de comulgar a menudo, otras de convertir almas, otras del recogimiento o entrar en religión, etc., olvidadas de la eficacia en el mayor deseo de la mayor gloria de Dios, porque de este modo de espíritu particularizado se siguen muchos daños; el primero, que el alma no emplea su deseo en lo mejor y mayor, sino en lo particular y en lo menor; así como quien tuviese solos diez ducados y pudiese comprar con ellos todo el mundo, o el tesoro escondido en el campo o la preciosa perla, sería ignorante si lo gastase en sola una alhaja de casa, así lo es quien teniendo su talento de entendimiento y voluntad con que ha de pensar y desear tan limitado y tan poco tiempo como es el de esta vida, si le emplea en particulares deseos, pudiéndolo emplear en todo lo que fuere mayor honra y gloria de Dios. El segundo, porque esta manera de deseos particulares no dejan de tener inquietud y perturbación de

Engaño es poner toda la eficacia en algunos deseos particulares.

espíritu, que en no cumpliéndose lo que el alma desea con tanta eficacia, queda inquieta y afligida. El tercero es, porque suelen por esta causa suceder muchos engaños, que muchas veces el amor propio trabuca el juicio y hace entender que es mayor bien lo que menos nos cumple. Pero nunca el amor propio persuade al alma que desee la mayor honra y gloria de Dios y el abatimiento propio, ni en este deseo puede haber engaño ni peligro alguno.

§ 5.º

De los deseos y la fuerza y eficacia con que vienen.

Fuerza. Dicho habemos de los deseos, digamos ahora de los ímpetus, los cuales suelen venir con tanta fuerza, que parece que arrancan el alma de las carnes, porque como son compañeros de los deseos y los deseos son universales, conviene a saber, de la mayor honra y gloria de Dios, los cuales ve el alma que no se le cumplen, porque se le ponen delante todos los pecados del mundo que son contrarios a la gloria de Dios, y aunque todos se quitasen, ninguna cosa satisface de todo cuanto se hace en lo criado que sea algo en comparación de lo que Dios merece, cáusanle en el corazón estos ímpetus mezclados con un dolor del corazón, que sale de muchos manantiales. (Dolor.) El primero del conocimiento de la grandeza de Dios y de lo mucho que merece su infinita bondad, y de las obras que hizo por los hombres y los dolores de su pasión; lo segundo, del ímpetu de sus deseos; lo tercero, de la poca esperanza que tiene de que estos deseos se cumplan, el cual dolor, como verdugo cruel, le atormenta el espíritu, como cuchillo, le atraviesa el corazón, y como fuego le abrasa las entrañas, y si mucho durase, parecería imposible poderse con él conservar la vida, y sin duda no debe de haber cosa que más aflija, atormente, gaste y consuma las fuerzas, así interiores como exteriores, de las almas a quien Dios da estos ímpetus.

Infierno de amor. Con la experiencia de este dolor se entenderán aquellas palabras de los *Cantares*: fuerte es el amor como la muerte, duro es el celo y emulación de la honra y gloria de Dios como el infierno; sus lámparas como llamas de fuego, etc. (1); y porque no debe de haber dolor en lo criado que a él se parezca, le compara la esposa al infierno. Verdad es que este glorioso infierno y suavísimo dolor dura poco, y cuando dura algún tiempo, témplase la pena de él con el henchimiento de bienes que entonces experimenta el corazón y con la cercanía de Dios que siente en sí la misma alma de donde viene, que aunque mirando este dolor por un lado parece penoso infierno, mirándole por el lado del henchimiento y cercanía, es deleitosa gloria, y teme el alma más que la muerte verse un punto apartada de él, y es cosa milagrosa verse juntamente padecer en un penosísimo infierno, y deleitarse en un gloriosísimo paraíso y desear que nunca se acabe. (Enchimiento de espíritu.)

Gustos interiores y otros. Cuando está el alma con este dolor, hace cosas de loca, unas

1 Cant., VIII, 6.

veces da gritos interiores; otras parece que se quiere enojar con el Padre Eterno, porque sabiendo su divina bondad cuánto merece su hijo Jesucristo, no ordena cómo todas las criaturas le glorifiquen en el grado que merece ser glorificado; otras llama a todos los santos y ángeles del cielo para que le ayuden a alcanzar esta gloria de Jesucristo; otras convoca todas las criaturas de la tierra, y como si hablase con ellas, persuádeles que glorifiquen a este Señor; otras desea que baje fuego del cielo contra todos los que le ofenden; otras desea así la vida por este divino Esposo, y con este deseo de morir, parece que tiene algún alivio el corazón, aunque luego revuelve viendo cuán poco vale su vida para conseguir con ella la grandeza de su deseo, y así ofrécela por la más mínima cosa que sea agradable a su Dios, y después de cansado con esta pelea interior, no pudiendo sufrir el peso de esta divina lucha de Jacob, arrójase para descansar en los brazos de su Amado, buscándole el corazón por la llaga del costado, y allí le parece se queda dormida con un suavísimo refrigerio, y aun algunas veces se duerme el cuerpo y descansa un poco. Hay tantas cosas en estos ímpetus y vienen de tantas maneras, que por mucho que se diga no se acaban de contar. Con esto poco se podrá entender algo de lo mucho que había de decir.

efectos que nacen de la eficacia de amor.

§ 6.º

De las ternuras de espíritu y de dónde nacen.

Vengamos ahora a las ternuras y gustos, los cuales no son muy ordinarios en esta alma, ni la llevan por ese camino ni por el camino de visiones, raptos, revelaciones ni cosas sensibles; antes le dan a entender que le haga Dios misericordia en no darle estas cosas sensibles y extraordinarias de espíritu, sino llévale por un camino llano, claro e interior, y que proceda con su paz y grandeza de deseos e ímpetus, aprovechándose de los talentos naturales y letras para lo que le pudieran comunicar con revelaciones, y entiende que es gran misericordia que le vaya el mismo Dios quitando los tropiezos que le serían los regalos para caer en soberbia, a que se siente inclinada, y que siempre esté dudosa y temerosa de sí misma; y con todo eso muy de ordinario en la oración tiene ternuras, suavidades y dulzuras interiores y espirituales, especialmente cuando recibe los abrazos invisibles de Jesucristo, y cuando siente amparo que viene al alma de la cercanía del Padre Eterno, y también con la cruz suele sentir al tiempo que con ella se abraza gran suavidad, y que le parece que excede a todas las dulzuras y suavidades de los deleites perecederos del mundo. Otras veces con la imágenes siente gloria y consuelo, porque como se junta en lo interior el conocimiento de lo que la imagen representa y en lo exterior lo visible, hácese una suave mezcla, especialmente si son imágenes del Crucifijo o de Nuestra Señora, con las cuales guarda aquel resguardo como si fuesen lo mismo que representan, reprimiendo algunos ímpetus que de la suavidad del espíritu nacen. Otras veces con las mismas almas viene tanta ternura amándolas porque las ama Jesucristo, que si la

Ternuras de donde nacen.

Abrazos de Jesucristo.

Cercanía de Dios.

Gusto de las imágenes.

Amor a las almas.

prudencia y discrección humana de los hombres no estuviesen de por medio, se avalanzaría a muchas demostraciones de este amor que tuvieron los santos. Pero ahora no convienen por estar muy crecida la malicia y sensualidad, y así desea a muchas personas a quien ama tiernamente verlas con solas las almas sin cuerpos para gozar de la suavidad de este amor sin peligro y malicia, y admirase del artificio interior que tiene el espíritu, porque mientras más crece esta espiritual suavidad y amor, más se olvida y aparta el corazón del amor torpe y se va purificando más el alma. También se admira de la torpeza de algunos ingenios de hermanos, que son tan hombres, que no acaban de entender que puede haber mucha ternura en el amor del espíritu, sin que haya amor torpe de carne.

Conviene que haya recato.

Una de las cosas que más ternura le causa es considerarse como esposa de Cristo, entregándose toda al Esposo y dándole consentimiento a que haga de su alma todo lo que quisiere, como dice la Esposa en los *Cantares*: Ven, Esposo mío, salgámonos al campo, y allí te daré mis pechos (1), entendiendo por ellos el entendimiento y voluntad. La causa de la ternura de este amor debe de ser porque el amor del Esposo, como es amor de hermano, es amor fuerte, y el de la esposa, como es de mujer, es amor tierno, y así por gozar de esta ternura teniéndose por esposa, se entrega toda a Jesucristo abrazando la cruz de Cristo consigo mismo do la tiene entre sus brazos, mas lo ordinario es amar con amor de Esposo, teniendo por esposa la voluntad divina figurada por la misma cruz con el ímpetu de morir en ella. Mas como este amor fuerte no da tanto gusto, busca para la suavidad el amor tierno de esposa, figurando la cruz como si fuese su Esposo crucificado.

Desposorio con Jesucristo.

Esposo Jesucristo y el alma esposa.

Esposa la divina voluntad y el alma esposo.

Es particularmente aficionada su alma al Padre Eterno, y aunque en lo que toca al respeto, reverencia y amor, igualmente tiene afición a las tres divinas personas, porque sabe que son un mismo Dios; pero como las divinas personas son distintas, unas almas tienen un no sé qué más de particularidad con una persona divina que con otra, como tenía la madre Teresa de Jesús con el Espíritu Santo, y así esta alma la tiene con el Padre Eterno; a él va con sus quejas, cuenta sus trabajos, pide favor y gracia porque Jesucristo Nuestro Señor parécele que es lo mismo que la misma alma suya y que está dentro de sí y ella dentro de él, y así la particular afición va a parar al Padre Eterno.

Particular afición al Padre eterno.

También tiene particular devoción con Nuestra Señora, y con esto en Nuestro Señor Jesucristo, y como si fuese el mismo, acude al Padre que haga y a la Madre que alcance todo lo que ve que es gloria y honra de Jesucristo.

A la Virgen.

Suelen las almas tener alguna particular palabra que la traen como tema por donde casi siempre comienzan su oración. Esta persona trae esta palabra de ordinario, que es de San Lucas: Amigo, préstame tres panes (2); en ella ha hallado mucho consuelo, mucha doctrina y mucho recogimiento, y serían innumerables si se hubiesen de escribir los

Particular palabra *amice commoda mihi tres panes.*

1 Cant., VII, 11, 12. 2 Luc., XI, 5.

misterios que en estos tres panes se le han descubierto, y vase declarando algo en los capítulos que se sigue, donde también particularizaré este modo después.

CAPITULO II

DEL CONOCIMIENTO PROPIO Y HUMILDAD Y CONTRICION, QUE ES EL FUNDAMENTO DE TODO EL EDIFICIO ESPIRITUAL.

Los dos pies del alma; conocimiento propio y conocimiento de Dios; aborrecimiento propio y amor de Dios.

Casi todas las veces que se pone en la oración, pone por ante de este banquete el pensamiento de su vileza, y entrando dentro de sí misma antes que entre en el abismo de la grandeza de Dios, porque le han dado a entender que tanto cuanto se humillare tanto más la levantará Dios, y cuanto más se tuviere por pobre tanto más la enriquecerán, y que todo el camino espiritual se anda con dos pies, el uno es el amor de Dios y el otro el abatimiento propio; estos nacen del conocimiento de quién es Dios y quién soy yo, y han de ser iguales, porque de otra suerte irá cojeando el espíritu; y muchas veces le han dicho que si quiere llevar seguridad, tanto cuanto tiempo gustare en conocer quién Dios y su grandeza, gaste en conocerse a sí y su propia bajeza, y tanta cuanta fuerza pusiere en desear la honra de Dios y en procurar darle gusto y contento en todo, y que en todo el mundo sea adorado, estimado, reverenciado y servido, tanta ponga en desear para gloria de Dios sus afrentas, procurar sus disgustos y descontentos, y que todo el mundo le desprecie, desestime y abata; y casi siempre le advierte que en el punto que no procurare llevar iguales estas dos riendas en la mano de su intención, no irá camino derecho su conciencia, sino que torcerá hacia la presunción, descuido, vanidad y soberbia, o hacia la desconfianza, escrúpulos, amargura de corazón y pusilanimidad del alma.

Cuanto más crece la luz más descubre la bajeza de su alma.

Espantándose un día de cómo quería Dios que estos dos conocimientos fuesen a igual paso en el alma, pues que en Dios hay una infinidad de bienes y riquezas que conocer, y el alma es baja criatura, y son tan desiguales cuanto va de lo finito a lo infinito, fuéle respondido que el conocimiento de Dios tiene esta propiedad, que mientras es mayor y mayores bienes se ven en Dios, más se descubre la miseria de las criaturas y se deshacen los que parecían en ellos bienes, y se echa de ver su bajeza y miseria, y así es imposible que un alma vaya aprovechando por vía de oración en el verdadero conocimiento espiritual de Dios, sin que también vaya aprovechando en el conocimiento de sí misma, y que vaya creciendo la caridad, sin que juntamente se aumente el aborrecimiento propio.

En el alma hay profundidad de miserias.

Diéronle también a entender que así como en Dios hay una profundidad infinita de bienes, excelencias y perfecciones, la cual no se puede penetrar ni comprender del todo, así en el alma que ha pecado, hay una profundidad inmensa de males, miseria y trabajos que no acaban de ver los ojos legañosos del amor propio, y recibió esta doctrina con una luz tan clara, que le quedó allanado el entendimiento en que igualmente hiciese instancia en conocerse a sí y conocer a

Dios, aborrecerse a sí y amar a Dios, y con una firmeza grande se le sentaron en el corazón las verdades siguientes.

1. Siempre se ha de ir creciendo en el propio abatimiento

La primera, así como por mucho que un alma conozca de grandezas de Dios y por mucho que le ame, siempre queda qué conocer y qué amar, y mientras más va conociendo y amando, se le abren más los ojos y se le alienta el corazón para mayor conocimiento y amor, así mientras más va conociendo su bajeza y aborreciéndose más, se dispone el alma más para descubrírsele sus pecados y la gravedad de ellos y para más aborrecerse y menos confiar de sí.

2. Siempre se ha de perseverar en él.

La segunda, así como toda la vida se ha de perseverar en el amor de Dios, sin que el alma llegue a término a donde diga que ya no puede más amar, porque el amor dilata la capacidad del espíritu, como si un agua tuviese virtud de ensanchar el vaso donde cae, que mientras más agua se recibe mayor se hace la capacidad del vaso, de la misma manera tiene el conocimiento de sí y aborrecimiento propio esta propiedad, que nunca se llega término donde el alma se satisfaga.

La tercera, que aunque el corazón aborrece pedir y desear nada para sí, sino todo lo que pide es para Dios, de esta sola hacienda quiere propiedad, que es desear conocerse y ser abatida, afrentada, despreciada y muerta por Dios, y suele dar tan gran gusto este deseo como el del amor, sin parecerle que se gasta tiempo, aunque toda la vida se detenga en él.

Verdad es que halla por experiencia que mientras más fuerza y tiempo pone en esto, sin saber cómo ni por qué camino, más la suben al más alto conocimiento y amor de Dios, al cual entiende y ve por experiencia que no se puede caminar por el camino de la sabiduría, diligencia y fuerzas humanas tan bien y tan fácilmente, y cuando busca la causa de esto, no sabe responder otra razón sino admirarse con Jesucristo, diciendo: Confiésote, Padre, Señor del cielo y de la tierra, que escondiste estas cosas altas de tu conocimiento y amor a los sabios y prudentes del mundo y las revelaste a los pequeñuelos. Así es ello, Padre, porque así te ha dado gusto, etc. (1). De las cuales palabras recibió un día una luz muy clara que le declaró, que el gusto de Dios es hacer mercedes inefables a los más humildes, y se determinó desde entonces de poner para ser humilde todos los medios que pudiese.

§ 2.º

Continuo deseo de humildad.

De esta luz y doctrina se siguen en el alma tres dolores y trabajos interiores; el primero, un continuo llanto y aflicción, viendo que no alcanza esta humildad y desprecio de sí mismo que pretende, porque cuando le han engolosinado con la dulzura que nace de ella, hállase tan hambrienta de ser humilde como se halla deseosa de la dulzura que nace del conocimiento y amor de Dios, a las cuales dos hambres ningún manjar hay acá en la vida que satisfaga.

---

1 Matth., XI, 25.

El segundo, la pena que le dan las faltas e imperfecciones que hace, y el sentimiento e impaciencia que tiene si le tocan a la honra, y de los movimientos de vanagloria que le vienen y los regalos del cuerpo y cosas semejantes, que, aunque por el tiempo que están en el alma, ciegan el corazón y no dan pena sino gusto sensual, después cuando se quita aquella tiniebla que causaba el deleite, y viene la claridad del espíritu acompañada con el deseo del abatimiento propio, córrese y afréntase tanto de haber tenido aquellas malas sabandijas, y dala tan gran disgusto y pesar haberles dado entrada en el corazón, que querría se abriese la tierra y la tragase. Pena de las faltas.

Auméntase este dolor con dos cosas; la primera, con la poca esperanza que tiene de la enmienda, reconociendo su soberbia e inconstancia; la segunda, con una confusión que de aquí nace, que no sabe si va bien encaminada, y si su espíritu es bueno y sus deseos verdaderos, porque por una parte ve que con la luz interior, cuando está en la oración, desea con gran fuerza el ser abatida, y después siente la afrenta si le abaten, y de aquí le parece que todo el negocio de su alma va borrado, pues no concuerda lo que tanto desea con lo que continuo hace.

El segundo dolor que de este conocimiento le viene es una confusión que tiene cuando le afrentan, que no sabe si responder o volver por sí o dejarse culpar y condenar en los falsos testimonios y malicias que los hombres le levantan; por una parte parécele que está obligado a volver por sí, porque es gloria de Dios, y porque siendo persona pública, el descrédito e infamia va a parar en perjuicio de las almas a quien había de aprovechar con la buena opinión, y porque siempre la verdad se ha de decir, y callarla es dar lugar a que prevalezca la mentira que es contraria de Cristo, que es infinita verdad; y pónesele para esto muchas veces delante los ojos aquellas palabras de David: *Nisi quod lex tua meditatio mea est, tunc forte periissem in humilitate mea* (1). Señor, si no pusiera yo los ojos en tu ley para no ofenderte dejando perder tu honra y prevalecer la mentira, condenárame con mi humildad; y así le acaeció, andando en estos debates de pensamientos, haber de responder a ciertos falsos testimonios que se le levantaban, y dábale gusto que la verdad se supiese y los maliciosos quedasen afrentados y las malicias deshechas; mas por otra parte como el alma desea con tanta fuerza las afrentas, y cuando le vienen ve que hace fuerza para salir de ellas y gusta de que su honra vaya adelante, parécele que todo su espíritu es engañoso, principalmente porque no se persuade que el volver por sí sea teniendo respecto a la honra de Dios y a la verdad y provecho de las almas sino a su propia soberbia, por el orgullo que trae en su defensa y el gusto que le da cuando sale con ella y disgusto cuando queda abatido y afrentado.

El tercer dolor y aflicción de espíritu que de aquí nace es ver que se regala el cuerpo y gusta de la comida, y le da disgusto el frío, calor y cansancios, porque le parece que todo es falso cuanto deseo tiene de trabajos y abatimientos propios, pues huye de sufrir

---

1 Ps. CXVIII, 92.

un poco de frío, etc., y una vez andando con esta aflicción, consultó este punto con una persona muy espiritual, la cual encomendándolo a Dios, dice que le respondieron: dile que es tan grande el amor que yo tengo a las almas, que a los que trabajan por salvarlas, les bendigo la comida que comen, la cama en que duermen, y el vestido que visten y los demás regalos que para conservar la salud por este fin reciben; son los hombres amigos de hacer lo que todos hacen, y no contentarse ni reconocer su flaqueza; unos me agradan haciendo mucha penitencia y humillándose de ver que hacen poco fruto en otras almas, y otros haciendo fruto en otras conciencias, y humillándose con la confusión de la poca penitencia que hacen; y avísale que con todo eso nunca deje al cuerpo hacer costumbre ordinaria de cualquier regalo por mínimo que sea, sino que los regalos sean a tiempos y no continuos de suerte que sirvan a la sensualidad. Estas palabras dice esta persona le respondieron, y para que más claramente se entienda esto de la humildad, pongamos uno de los coloquios interiores que suele el alma tener con su amigo, en el cual se declaran los medios por donde se alcanza el propio conocimiento.

§ 3.º

Amigo, préstame tres panes para convidar a mi Esposo que viene a mi alma y está llamando a la puerta para entrar y cenar con ella, y sé que le agrada mi humildad y abatimiento, no me apartaré de aquí hasta que me des los tres panes. Los tres panes con que le puedes convidar son los siguientes: el primero, conocimiento de ti, el segundo desprecio ante los hombres, el tercero, abatimiento y confusión propia delante de Dios. Que así como tu alma para obrar bien ha menester guardar rectitud para consigo, para con el prójimo y para con Dios, así para cimiento y fundamento de este bien obrar has de procurar abatirte delante de ti y del prójimo y de Dios. Abatiraste contigo mismo reconociendo en ti tres cosas: la primera, que eres nada, pues a la verdad cuanto es de tu parte nada eres, y ahora cincuenta años nada eras, y lo que es nada, nada puede, nada vale y en nada se ha de estimar; haz todo tu asiento y firmeza sobre esta nada, y levantarás un gran edificio mientras más en él ahondares. La segunda, reconoce y acuérdate de haber pecado, y pon ante los ojos la multitud de tus pecados, la gravedad de ellos y la ofensa que con ellos has hecho a Dios, y añade esto al ser nada para que de veras te humilles. La tercera, conoce de ti que nunca te enmiendas, y que no respondes a las inspiraciones divinas y no tienes perseverancia en los buenos propósitos; con cualquier hermano, sea seglar o ora sea religioso, de cualquier estado que sea, siempre que le vieres, guárdale respeto como a hijo de Dios, imagen de Jesucristo y redimido por su sangre, y procura, acordándote de estas tres grandezas que tiene, hablar y asistir delante de él como está el labrador delante de su rey o el alma devota delante de un crucifijo; no pretendas de nadie otra cosa sino desprecio, abatimiento y deshonra. Así como los soberbios apetecen que los hombres los estimen, ensalcen y honren, no quieras recibir otra cosa de los hermanos sino trabajos, daños y persecuciones, y cuando esto apetecieres de veras, y si te viniere, lo abrazares con

muho gusto, entiende que vas aprovechando, y no perderás la paz interior que pretendes para con Dios. Guarda la reverencia, temor y humildad, que todas las veces que te veas en su presencia en la oración o delante del Santísimo Sacramento o de alguna imagen, reconociendo su infinita bondad, te confundas y le tengas respeto interior y exteriormente; procura también guardar siempre en tu corazón temor, conviene a saber, teniéndole como a padre agraviado que te puede quitar tu herencia, temblando de él como de juez riguroso y enojado que te pide cuenta de tus delitos, y recelándote de no darle disgusto en ninguna cosa; sé humilde con Dios, poniéndote en presencia suya como una vil hormiga delante de una infinita majestad, o como un pobre desnudo ante la suma riqueza, o como la hediondez de todas las criaturas en presencia de la inmensa gloria. Esos tres panes te doy, mételos bien en tu corazón.

¡Oh, Señor mío! qué pocas palabras habláis, pero qué de artificio llevan, qué luz tan grande descubren, qué eficacia hacen en el alma, qué campo abren para poder ir discurriendo mil siglos en la profundidad de luz que declaran. Fijad, Señor, en mi corazón estos tres panes, no me aparte yo un punto de ellos, que bien siente mi alma el provecho que de ellos me ha de venir.

¡Oh, Soberano Padre!, qué nueva luz he sentido en este punto con que se me han abierto los ojos a entender que soy la más vil criatura que hay en el cielo y en la tierra y en los infiernos; en el cielo, porque no amo como los bienaventurados; en la tierra, porque no agradezco las más que he recibido en mayor abundancia de cuantos en ella hay y no respondo a las divinas inspiraciones, que si a cualquiera de los turcos los diérades, ya fuera santo; y en el infierno porque no padezco ni tengo trabajos como los condenados, antes huyo de los dolores del frío y hambre. etc., mereciendo padecer más que los que están en el infierno.

¡Oh, Cristo mío!, reconozco haber hecho los mayores daños que criatura en el mundo, pues cuanto es de mi parte, he muerto muchas veces a Cristo por mis pecados, escandalizando la Iglesia con mi mal ejemplo, y destruído mi Religión con mi poca observancia ¿qué hiciera un matador del hijo del rey, si anduvieran tras él por prenderle? ¿Dónde se escondiera un heresiarca que hubiera hecho daño en la iglesia, si la inquisición le buscara?, pues habiendo yo sido muy peor, ¿dónde me esconderé?, ¿quién me defenderá? ¡Oh, si se abriese la tierra para tragarme! Pero, ¡ay! no estaré seguro porque si me subiere al cielo, allí estás, Dios mío, agraviado de mí. Si descendiere al infierno, allí te hallo, castigando pecadores; si tomare alas para volar allende el mar, tu mano me llevará y tu diestra me sustentará. No hallo otro refugio adonde acudir ni otro lugar donde me esconder, si no es esa llaga de tu costado. Abreme, Señor, esa iglesia, que viene tras mí la tu justicia, y si fuera de ese sagrado me cogen, sin duda pereceré; y tú, alma mía, no salgas un punto de esa caverna de la cerca del costado de Cristo que andan revoloteando muchos halcones de demonios para despedazarte, cuando fuera de ahí te hallaren, y no es ese mal lugar, no te va mal con el calor de la sangre de esas entrañas; estáte queda escondida huyendo del castigo y gozando

deleite. ¡Oh, Señor mío!, que así como van muchos alguaciles y porquerones tras un malhechor, y él va huyendo a la iglesia, así siento que van tras mi alma para prenderla y echarla en los calabozos de los infiernos todos los ángeles y santos del cielo, todas las estrellas y todos los elementos y las criaturas que en ellos moran y todos los demonios de los infiernos, pues todos son soldados de este gran Dios de las batallas a quien yo he ofendido, y no solamente se mueven como ministros porque se lo manda su capitán, sino con la ira que llevan como interesados en el daño de la ofensa por haber yo agraviado a su capitán, son alguaciles que corren mucho; no me podré yo escapar por pies, ni habrá nadie que de ellos me defienda; solamente estando yo dentro de esa llaga de tu costado, estoy seguro, porque no te perderán el respeto. Abre, Señor, ese corazón, dame morada en ese tu pecho, déjame entrar en esa fuente de agua clara, que vengo como el ciervo sediento, acosado y mordiscado a buscar defensa, amparo y refrigerio.

Ahora caigo en la cuenta, Señor, que no es otra cosa mi alma sino un infierno abreviado, un epílogo y suma de todos los males que en el infierno hay, ¿cómo es posible que ninguna criatura me mire sin escupirme en la cara y aborrecerme, huyendo de mí como del infierno? ¿y qué caso hago de mí, pues soy infierno?, mas ¿cómo no huiré de mí, pues es bien que huya del infierno? Venid, Señor, a mí, pues bajastes a los infiernos, y no os desdeñéis de librar mi ánima de los tormentos de mis pasiones, del hedor de mis apetitos, de la oscuridad de mi ignorancia, del fuego de mi concupiscencia y de la frialdad de mi tibieza.

Caído he en la cuenta que los demás hombres tienen que llorar sus pecados y malas obras, y de las faltas que cometieron deben hacer penitencia. Pero yo estoy obligado a llorar lo que en mí parece virtud y lo que otros juzgan por buenas obras, porque siendo Dios el que las obra en mí, destruyo la bondad que habían de tener, y estorbo el fruto que habían de llevar mezclando en ellas de mi parte la resistencia a la fuerza que Dios pone con sus brazos, y así vienen a ser flacas, cortas, menguadas e imperfectas, no por falta de Dios, que si yo le dejase, perfectas las haría, sino por la mezcla de mi maldad; y de la misma manera con la tibieza y frialdad de mi corazón hielo el fervor que habían de tener como obras que proceden de Dios, que es fuego abrasador, y lo peor es que se me olvida de agradecerlas como los más singulares beneficios que Dios hace al alma, antes me las atribuyo a mí y me dan gusto, como si yo las hiciese, hurtando como ladrón la hacienda ajena, que es la gloria que había de dar a Dios porque las hace en mí.

¡Oh, Señor!, obra de aquí adelante en mí, conmigo y sin mí; conmigo para que yo reciba tus obras y ensanche el corazón y le disponga para mayores; y sin mí para que no las estorbe, resfríe, desagradezca y hurte. ¡Oh!, cuán malo es este yo que tengo acá dentro, que no solamente hace malas obras sino estorba las buenas que Dios en mí querría hacer.

Tú dices, Señor mío, que el que quisiere edificar una torre eche mano a la bolsa y cuente su moneda; yo querría edificar esta torre de la oración y espíritu; veamos qué caudal tengo. ¡Ay de mí, que

no hallo otro caudal sino resistencia a tu divina voluntad, inconstancia en los buenos propósitos, soberbia en toda mi vida, flaqueza en el resistir a las tentaciones, atrevimiento con que me pongo en las ocasiones, prontitud para hacer mal, sensualidad con que me voy tras los gustos, facilidad en dejar los buenos ejercicios, y soy falso y fementido a las palabras que tantas veces te he dado de servirte con otras innumerables faltas que en este punto se me descubren! Bien sé que si dejo de pecar es por falta de ocasiones y por tenerme tú con tu mano haciéndome fuerza para que no caiga, no por mi voluntad, deseos y ruin inclinación, de donde me nace un miedo y confusión que me atormenta, que no sé en el estado en que estoy, porque aunque no hallo pecados de que no me haya confesado, hallo vivas en mí las raíces del pecar y que nunca las quito ni desarraigo, y si no peco, es acaso, y no queda de mi parte sino de la tuya, y no hallo cómo confesar estas raíces, pues que de ellas nunca me enmiendo.

§ 4.º

De esta manera acaece muchas veces considerar el alma su bajeza, y cada día halla razones nuevas para humillarse y nuevas causas para abatirse, así como de la consideración de las cosas divinas se descubren cada día nuevas perfecciones en Dios, y cuando vienen los mismos conceptos que otros días ha meditado, siempre parecen nuevos, porque cada día se ven con nuevos colores y nuevos trajes y vestidos, que hacen fuerza en el corazón, el cual querría que nunca se le cayese aquel peso que le humilla, deprime y abate, mientras tiene la luz del conocimiento propio, como no se caen de la memoria las razones que tiene de su abatimiento. Pero como aquel afecto y peso de quien hablamos se olvida, siempre queda el alma congojada viendo que es soberbia, y como queda en la memoria la luz que la abatía estando en la oración, y el alma se ve soberbia, dale grandísima pena, pareciéndole ser digna de gran castigo, pues habiéndole dado luz de quien es no se acaba de humillar.

Así como en Dios hay tres personas divinas, Padre, Hijo y Espíritu Santo y todas tienen una esencia y es un solo Dios igualmente adorado, servido y amado, así en el propio conocimiento hay estas tres virtudes: contrición, humildad y mortificación, las cuales, aunque son tres, proceden de una misma raíz, tienen una misma sustancia y apetécelas el alma igualmente, y mirada cada una de por sí, comprende las otras como causas o como efectos; todas tienen un mismo nombre, que son aborrecimiento propio, de todas juntas nace la máquina interior, que es como cimbria sobre que se arma todo el edificio del espíritu, y estos son los tres panes que con mayor fuerza el alma desea y pide de continuo, de quien tiene tanta golosina y hambre, que ninguna otra cosa le satisface sino ellos o Dios en el alma, los cuales mientras más van creciendo, más hambre ponen de sí mismos, y si a secas se comiesen sin la fe, esperanza y amor, moriría el alma. Pero con la confianza se olvidan las penas que de ellos nacen, y con el amor se deshacen, y con la fe viva desaparecen, y al tiempo que estaba más angustiada con ellas, sin saber cómo ni por dónde, se halla levantada a unos inefables consuelos y grandeza de ánimo, que

se espanta cómo clamando de estas profundidades la oyeron tan presto y se halla tan cerca de Dios.

§ 5.º

Suele el Señor, que tan amigo es de la humildad del alma, darle la luz del conocimiento propio por ocasiones muy pequeñas. Estaba una vez esta persona mirando una pierna de un mosquito, y púsosela esta doctrina en el entendimiento: ¿ves esa pequeña y vil criatura?, pues todos los hombres del mundo ni todos los ángeles del cielo no bastan a comprender su esencia, ni todos los entendimientos criados penetrarán los misterios que en ella están escondidos, porque para conocerse la esencia de una cosa, conviene que se conozca la última diferencia esencial que la constituye y define, juntamente con el género de donde se compone su definición, que la hace diversa de todas las criaturas criadas y que puede Dios criar; luego esta vil criatura comprende en sí relaciones a todo lo que está criado y Dios puede criar, y pues solo Dios puede saber todo lo que puede criar, sólo Dios puede conocer todas las relaciones que hay en la diferencia esencial de ella, y por el consiguiente, conocer su diferencia esencial y su esencia. De esta doctrina bajó el alma los ojos a considerarse a sí como nada y pecado, y a conocer la profundidad de abismo y bajeza donde estaba, y la excelencia y cumbre de la pierna del mosquito, de donde se siguió un respeto y reverencia a aquella criaturilla, que le parecía grande atrevimiento levantar los ojos a mirarla, y subiendo de grado en grado de las criaturas menores a las mayores hasta llegar al hombre, y del hombre al ángel, y del ángel a Dios, cayó el espíritu en una profundidad viendo que había de comulgar y le había de meter en sus entrañas recibiendo el Santísimo Sacramento aquel día, que parece que desfallecía y se acababa la vida, y sin duda hiciérale mucho daño si no se alentara con el verso *De profundis clamavi ad te, Domine, Domine, exaudi vocem meam, etc.* (1), donde se le declararon muchos misterios.

De esta profundidad de abismo sube el alma derechamente a la unión con Cristo, de la cual diremos en el capítulo que se sigue; mas cómo se hace este salto tan grande no lo sabe ni le parece que lo puede saber. Pero de tres maneras ha experimentado esta inefable *anagoge* y subida; la primera, que a deshoras y sin saber cómo ni por dónde, estando el alma en esta bajeza, se halla metida en Cristo y Cristo en ella, que aunque no sea con los sentidos del cuerpo, parécele que le siente con más certidumbre que si con ellos le sintiese, y admírase de ver tan súbita mudanza, sin saber decir otra palabra sino *ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te* (2), no porque esta certidumbre le asegure estar en gracia, que antes pone más temor, porque ya sabe que su parecer es engañoso, y aunque le parezca que está Dios en ella, puede estar sin gracia de él.

La segunda, estando así el alma vacía, deshecha, aniquilada y

1 Ps. CXXIX, 1.

2 Matth., XI, 26.

despojada de sí y de todos los bienes y ya resuelta en que no ha de poder orar, ni pensar ni hacer cosa alguna, convida a Cristo que entre en su lugar a obrar dentro de ella, y el Señor que no tarda mucho, viene luego, y puesto en el corazón como en un aposento, desde allí habla con su Eterno Padre y le pide y desea muchas más cosas de las que el alma podría hablar, pedir y desear, y el alma quédasele mirando, porque aunque estos deseos y oración sea de la propia alma, atribúyelos todos a Cristo y ella quédase con sólo su nada y no ser, rogando que toda su maldad no estorbe lo que Cristo está allí haciendo, y cuando algo se distrae de la oración, repréndese por haber hecho volar al Esposo que asistía en ella.

La tercera, experimenta que mientras se va más vaciando y deshaciendo de sí, más va entrando en ella mayor licor divino que la cunde y penetra toda y la deja convertida en Cristo; en esta experiencia le declararon aquellas palabras del Apóstol que dice: *Exinanivit semetipsum, etc., propter quod et Deus exaltavit illum* (1).

Inane en latín quiere decir vacío y sin nada, y así *exinanivit* es quedarse sin nada y vacío de todo bien, y porque Cristo se estimaba como sin bien alguno, dice el apóstol San Pablo que le levantó el Padre Eterno; así experimenta el alma que mientras más se deshace y queda sin nada, más licor divino entra en ella que la penetra y convierte en Cristo, al cual por esta causa llama la Esposa aceite derramado; mas de qué manera esté el alma en Cristo y Cristo en ella y se haga esta inefable penetración, dirémoslo en otro capítulo.

CAPITULO V

DEL SALTERIO DE LAS DIEZ CUERDAS; CONTIENE UNA BREVE RECOPILACION DE LAS DEVOCIONES DE LOS MISTERIOS DE CRISTO Y DE LOS SANTOS DEVOTOS, Y DE LOS DESEOS MAS ORDINARIOS DEL CORAZON Y DE LAS VIRTUDES, MANDATOS, PUNTOS DE LA REGLA, OBRAS Y PRINCIPIOS DE BIEN VIVIR QUE MAS DE ORDINARIO SE MEDITAN PARA EL EJERCICIO ESPIRITUAL (2).

Para llegar a la cumbre del espíritu hay dos caminos: el uno podemos llamar camino sobrenatural y de parte de Dios, como es la gracia y del don de la oración y los dones naturales y las inspiraciones divinas, en lo cual ni puede el hombre poner orden ni concierto, porque Dios lo da a quien él quiere y como quiere, y hallarálos sin tasa y medida quien se dispusiere para los recibir, y cuando Dios sobrenaturalmente obra, déjese el alma llevar y no se aparte de sus divinos brazos, perseverando con humildad y amor en recibir los dones que le dieren, que más se anda de esta manera en un día que con la propia industria en toda la vida.

El segundo camino podemos llamar natural, que es de parte del hombre con lo que él se puede disponer mediante el favor de la gra-

1 Ad Philip., II, 7.
2 Faltan en el original de Consuegra los capítulos III y IV.

cia divina, y es en dos maneras, conviene a saber, meditación y ejercicio de virtudes, porque de la fe meditada y considerada nace luz y desengaño, la cual por vía ordinaria incita la voluntad al amor divino y ejercicio de virtudes, y con la perseverancia en este ejercicio se arriba a la perfección. Llamo meditación cualquier conocimiento natural que procede del mismo entendimiento, y cuando él se fabrica las especies inteligibles, ahora sea que vaya discurriendo de un concepto en otro, el cual discurso siempre se llama meditación, ora sea que se detenga en un solo concepto, repitiéndole muchas veces hasta sacar centellas, yéndole poco a poco penetrando con alguna quietud y atención interior, que llaman contemplación natural, que aun los gentiles la tuvieron, aunque no tan excelente como los cristianos, porque les faltaba la fe que hace cierto el conocimiento de las cosas sobrenaturales.

Ejercicio de las virtudes es hacer actos de ellas, ora sean actos exteriores ora interiores; llamo actos interiores, pensamientos consentidos y deseos de alguna virtud, aunque no se ponga por obra. Actos exteriores son el ejercitar por obra las mismas virtudes. Estos dos caminos son como los dos pies con que anda el alma y nacen del conocimiento y del afecto, y son también como el canto llano de esta soberana música interior, porque el camino sobrenatural, aunque se camine más eficaz, descansada y brevemente por él, pues llevan al alma en brazos ajenos, es como el contrapunto y canto de órgano, que sienta sobre este canto llano, del cual quiero yo ahora tratar brevemente dejando el contrapunto, y porque si hubiese de poner todas las meditaciones y ejercicios por donde han llevado a esta alma en muchos años de oración, sería nunca acabar.

Recopílase algo que sea como itinerario para guiar otras almas, y sea como un arte de canto llano para que se entonen hasta llegar al contrapunto, y porque una vez le vino al pensamiento en la oración aquel verso del real profeta David: Haréte, Señor, música en el salterio de las diez cuerdas, y parece que las más de las cosas que dice se le pusieron juntas, será bueno llamarle salterio de diez cuerdas y recopilación de todas sus meditaciones y ejercicios, particularizando los trastes por donde se enseñó a poner los dedos en este Psalterio y el modo que tenía en esto, guiando la doctrina con la mayor brevedad que pudiere.

Comenzó este ejercicio por la meditación, guiado por el libro de Fr. Luis de Granada y llevando el orden de la preparación, lección, meditación, contemplación y hacimiento de gracias, petición y conclusión, epílogo, gastando dos horas, una por la mañana y otra por la noche, y procediendo sencillamente con este ejercicio, contentábase con detenerse en algunos misterios de la pasión que le movían a devoción y ternura y ejercicio de las virtudes, y aunque algunas veces le venían gustos cuando se detenía en alguna consideración, siempre tuvo por principal fin de la oración adquirir virtudes y ejercitarse en ellas, según los días de la semana; el domingo en el amor de Dios, lunes, humildad; martes, contrición; miércoles, desprecio del mundo; jueves, temor de Dios; viernes, celo de las almas; sábado, devoción con la Virgen, concertando estos ejercicios con las meditaciones de la

mañana y de la noche que escribe el mismo Fr. Luis y Fr. Pedro de Alcántara.

Despues de haberse algún tiempo ejercitado en esta manera de meditación, comenzó a detenerse en la consideración de los atributos divinos, con lo cual el alma siente henchimiento y se levanta más el espíritu, y se afervora y entra con mayores fuerzas en el amor de Dios y del prójimo, y unas veces le movía la consideración de la infinita esencia de Dios, otras de su omnipotencia, etc. Vino a que en mucho tiempo no tenía meditación ni la podía tener si no gastaba la hora y horas en la atención de estos misterios de la divinidad. Pero cuando se veía sin gusto con ellos, tornábase a sus meditaciones ordinarias de la semana, y así gastaba su tiempo, hasta llegar a los modos de oración que hemos dicho en los capítulos pasados; y para que vayamos con más claridad, pongamos la recopilación de todos estos misterios por el orden siguiente:

Divídese este salterio en diez cuerdas, que son diez puntos de las cosas que hemos de meditar y en qué nos hemos de ejercitar: el primero de la meditación es quién es Dios y quién soy yo. Para quién sea Dios se ponen los atributos divinos y los misterios principales de Cristo. Para quién sea yo, los afectos y talentos y obras que cada día por la mayor parte hace y los deseos del corazón. Para principio del ejercicio de las virtudes las meditaciones y la intercesión de los Santos; lo que ha de hacer el alma es apartarse del mal y seguir el bien. Para apartarse del mal considera los pecados e imperfecciones ordinarias; para seguir el bien, procurar saber y guardar las obligaciones y estatutos de su Regla y ejercitarse en algunas obras de devoción; y así las diez cuerdas de este Psalterio son éstas: la primera, los divinos atributos, la segunda, los misterios de Cristo, la tercera, las meditaciones para las virtudes, la cuarta, los santos devotos, la quinta, las obligaciones para las saber y procurar, la sexta, los pecados, la sétima, los puntos de la Regla, la octava, los propósitos de sus devociones, la novena, los deseos, la décima, los talentos y obras.

Las consideraciones de la divinidad de Dios, que más eficacia le hacen y por dónde ha caminado, son las siguientes: la unidad y Trinidad de Dios, el ser Padre, Hijo y Espíritu Santo, el ser Dios criador, salvador y glorificador, amigo, juez y padre, su infinita esencia y majestad, sabiduría y bondad, omnipotencia, inmensidad, eternidad, hermosura, justicia y misericordia. Los misterios de Cristo por donde se ha guiado según los días de la semana, son: el lavar Cristo los pies a sus discípulos, institución del Santísimo Sacramento, la oración del huerto, los azotes, el *Ecce homo*, y considerarle crucificado; el descendimiento de la cruz y principalmente la sepultura, angustia y su omnipotencia y gloria cuando resucitó y subió a los cielos; y estas son las siete meditaciones de la mañana. Demás de esto, hale hecho gran fruto la meditación de Cristo en las entrañas de su Madre cuando encarnó y considerarle en sus brazos cuando niño, y la severidad suya cuando venga por Juez.

Las meditaciones de donde se coligen las virtudes que se meditan por la noche en la semana son: los beneficios recibidos de la mano

de Dios, la multitud y gravedad de los pecados, la brevedad de esta vida y miserias propias, la muerte, juicio, infierno y la gloria, el ejemplo de los buenos, así de los santos del cielo como de los justos de la tierra, la profunda y perseverante meditación de quién es Dios y quién soy yo, la multitud que hay de almas y el valor de ellas.

Sus santos devotos son: la sacratísima Virgen, los Angeles, San José, la Magdalena, San Francisco, el profeta Elías, San Pedro, San Pablo, San Jerónimo, Santa Febronia, vírgen y mártir.

Las obligaciones que tiene para procurarlas saber y ejercitar y hacer actos de muchas de ellas, son: los artículos de la fe, los mandamientos de la ley de Dios, los de la Santa Madre Iglesia, las siete virtudes, los siete dones del Espíritu Santo, los consejos evangélicos y frutos del espíritu, los siete principios de la perfección, las potencias y pasiones del ánima, los Sacramentos de la Iglesia.

Los pecados que continuamente querría evitar son éstos: soberbia y cualquier presunción y ambición, avaricia y cualquier interés criado, ira y todos sus movimientos, gula con los deleites de la comida, lujuria y todos los gustos sensuales, envidia y cualquier falta de caridad, pereza, negligencia y tibieza, la inconstancia en el bien y ser mudable, la pusilanimidad y temor humano, el faltar de la virtud por los respetos a las criaturas.

Los principales puntos de la Regla que profesa se reducen a la obediencia exterior e interior, castidad, honestidad y pureza, pobreza y desprecio de todo lo criado, oración mental con recogimiento, oficio divino y oir misa, abstinencia de comer carne y ayuno, el capítulo, corrección o examen de conciencia, el ejercitarse en algunos actos de virtudes y ejercicios de manos, el silencio, la humildad y paz; tiene hechos propósitos de sus devociones, demás de lo que reza por obligación, las cosas siguientes:

Gastar cada día tres horas de oración mental, leer tres capítulos de la Biblia, rezar la tercera parte del Rosario; tres Credos a la Santísima Trinidad; diez Avemarías y diez Padrenuestros a los santos devotos, repitiendo sus diez deseos; tres Avemarías a la limpia Concepción; cinco Padrenuestros y Avemarías a las cinco llagas; tres actos de contrición, uno cuando se levanta, otro al mediodía, otro a la noche, diciendo *tibi soli peccavi*; ciento cincuenta actos de resignación y deseo de la gloria de Dios, diciendo otras tantas veces *sanctificetur nomen tuum*; otras tantas de amor de Dios, repitiendo ciento cincuenta veces el verso del *Gloria Patri*. Y los deseos que más fuerza le hacen son éstos: que todos los infieles se bauticen, que todos los herejes se reduzcan a la Iglesia, que los pecadores se conviertan, que todos los imperfectos se perfeccionen, que los religiosos se reformen, que los difuntos descansen, que todos los amigos, enemigos y encomendados se salven, y para sí y para sus amigos pureza perfecta, amor de Dios, humildad, contrición y mortificación. Finalmente, considerar de sí que es nada y pecador, la obligación que tiene en cuanto hombre, y que es cristiano bautizado, sacerdote, confesor, predicador, religioso obligado a la vida activa y a la contemplativa; y las ordinariás obras que hace entre día son: vestirse, tener oración, rezar el oficio, celebrar misa, entender en los negocios, así de confesiones como de

otras cualesquiera, el estudio, el comer, tener alguna recreación, el examen de conciencia y el tornarse a acostar.

Estos han sido sus ejercicios toda la vida, los cuales le puso el Señor juntos delante del alma una vez, o los más de ellos, y le dió a entender que los recopilase y tuviese muy fijados en la memoria para los fines siguientes.

El primero, cuando el alma se siente seca y sin oración alguna, vuélvese a sus ejercicios y meditaciones como al principio, y así ni pierde tiempo ni deja la oración. El segundo, según tiene por experiencia, la prolija y perseverante oración es la que acaba de perfeccionar y alcanza todas las virtudes, y para quitar esta perseverancia, suele muchas veces el demonio y la sensualidad persuadir que no es bien gastar dos y tres horas juntas en la oración, sino que a cabo de media hora se acaba todo lo que tenía que hablar con Dios, y el demás tiempo quiere hacer en creyentes que es perdido. Pues para que no falte que tratar y quede perseverante en la oración, se pone delante esta selva y diversidad de conceptos, para que discurriendo ya por unas veredas ya por otras, no deje de entrar en alguna caza donde cebe su libre albedrío. El segundo, porque cuando Dios da los ímpetus del amor y deseos amorosos, acaece pasársele muchas horas y no hacérsele un instante, antes se queja de cuán velozmente corre el tiempo. Pero cuando no hay esa miel en el corazón, es de gran provecho ponerle una mesa abundantísima con mucha diversidad de platos, para que discurriendo por todos, se le abra el entendimiento y voluntad, la gana de comer de alguno y se le quite el hastío con que llegó a la oración. El tercer fin de este espejo espiritual es ejercitar el ímpetu cuando el corazón está movido, quiero decir, acaece moverse en la oración con un ímpetu de agradar a Dios; si este deseo se queda así en común, parece que el alma queda en el aire y no recibe tanta plenitud y satisfacción como cuando le va particularizando por los ejercicios y deseos aquí contenidos, como diciendo, Señor, yo os deseo agradar, procuraré ser agradable a vuestra divina esencia y dar el gusto que pudiere al Eterno Padre y servir a su Hijo porque le ama su Padre; agradecerle el haber encarnado por mí, y puéstose en una cruz; procuraré por darle gusto el granjear virtudes y ejercitarme en las obligaciones de mi Regla y devociones y quitar deseos, etc. Así como la miel o el azúcar comido a solas no sabe tan bien como cuando se mezcla con otras cosas, que de suyo serían desabridas si no se azucarasen ni hace tanto provecho al cuerpo, así estos deseos comunes y universales de agradar a Dios no salen tan bien ni hacen tanto provecho como cuando se van particularizando con los propósitos particulares y virtudes, y de lo uno y lo otro redunda la sabrosísima mermelada y conservas de la perfección.

El cuarto fin es parar, refrenar los excesos de los ímpetus interiores porque no hagan alguna sensible exterioridad de que después el alma quede corrida y afrentada. Porque no hay mejor manera de reprimir los ímpetus con aprovechamiento del espíritu, que trayéndolos por encima de los deseos particulares y que se empapen en ellos, y porque quitarlos del corazón ni es bien hecho ni fácil de hacer. Pues dejarlos estar de suerte que venga una persona a tener temblores

o arrobamientos o gemidos, o cosas que vean otros, y luego andar en boca de los hombres, suele ser traza del demonio para inquietar a la misma persona, y dar ocasión a que algunas traigan en la boca el lenguaje no con la reverencia que conviene.

El quinto fin para que sirve esta recopilación es para ponerla delante de los ojos y tomarse cuenta en su aprovechamiento o pérdida, confundiéndose de lo poco que camina y lo mucho que le queda por andar.

Otros innumerables fines hay que no quiero contar por particularizar en cada una de estas diez cuerdas. Este es espiritual salterio, el uso y modo que esta alma ha tenido para afervorarse y qué provechos se le han seguido de la perseverancia en ellos.

En la consideración de la Divinidad y atributos diversos ha procedido muchas veces según la escala de San Dionisio, que es ésta: si le da gusto o admiración algún hombre sabio o fuerte o hermoso, o cualquier otra perfección de alguna otra criatura, va acrecentando en su pensamiento aquella virtud y perfección, como si fuera doblado más sabio, o doblado más hermoso, o doblado más poderoso y rico, etc. cuánto mejor fuera procurar su amistad; y subiendo de esta manera en estima y precio, va creciendo en amor, hasta que llega a Dios, de quien conoce ser sumamente sabio, rico y poderoso, etc.

Con esta escala sube el alma a amar, temer y reverenciar a solo Dios como a cumbre de todos los bienes que le mueven en la criatura, aprovechándose de lo que las mismas criaturas habían movido el corazón. También por este camino viene a engrandecer las obras de Dios, de quien antes no hacía tanto caso, y a tenerles en la reverencia y estima que se les debe como a criaturas de Dios, porque resplandece en ellas la sabiduría divina; al hombre, por haberle hecho a imagen y semejanza de este Dios, y a los justos porque mora Dios con ellos, y a los sacerdotes porque son tesoreros del altísimo tesoro del Santísimo Sacramento, y perseverando con esta estima de la grandeza divina que en el Santísimo Sacramento está, viénele a cobrar gran reverencia y temor, y principalmente, como ve que la voluntad de Dios es tan grande como el mismo Dios, aunque sea muy pequeña la cosa en que se ejercite, tiene en más cumplirla que todo lo criado, y vase con esto perfeccionando en el amor apreciativo y en la reverencia a las cosas divinas y en la perfecta humildad. Porque todas las cosas ve tan grandes, que en alguna manera contienen en sí a Dios infinito, y él se reconoce por tan vil y miserable que le parece que no es digno ni aun de levantar los ojos a nadie.

Ni más ni menos, con la consideración verdadera de estas grandezas y el conocimiento de que Dios está en la misma alma por esencia, presencia y potencia, cobra una grandeza y señorío con que desprecia y tiene debajo de los pies todas las cosas dichas, en cuanto no le llevan a Dios, y con esta grandeza de ánimo viene a estado que ni teme ni estima sino solo a Dios, y aunque siempre queda humillado y abatido con la consideración de sus pecados, pero viendo que está dentro de sí la omnipotencia de Dios, cómo está el mismo Dios omnipotente dándole ser, no teme el poderío de los infiernos que contra él se levanten, y también sabiendo que Dios es infinita-

mente sabio y le gobierna, cierra los ojos a todos los sucesos sin que aflija ningún negocio, confiado en Dios, que por más dificultoso que sea, les sabrá dar perfecta salida. Con la bondad se anima viendo a Dios glorificador y salvador, confía considerándole criador de todas las cosas y se admira de la compostura y artificio con que las crió; con el Padre recibe amparo, con el Hijo luz, y con el Espíritu Santo fervor, y mientras más entiende la grandeza de Dios y sus divinos atributos, más se va fortificando en el amor.

Las principales meditaciones de los misterios de Cristo se contienen en el rosario que medita los días de la semana, y como siempre se contemplan, cada día vienen guisadas con diversas y nuevas dulzuras y sabor, y aunque el pan cotidiano y el sustento espiritual es la consideración de los misterios de Cristo, para que no den fastidio y siempre parezcan nuevos, los trae Dios cada día de su manera al corazón hambriento.

De dos maneras se pueden considerar: la primera, por vía de meditación ordinaria, la cual a los primeros es más especulativa que afectiva, porque no levanta tanto el espíritu como la luz que se da de las grandezas divinas; la segunda, por meditación viva y afectiva que mueve la voluntad mucho más que otra cualquier consideración; así como cuando ve un hombre un león pintado, aunque se deleita en considerar su fiereza y le mira los ojos y lo demás, etc., otra cosa es que ve el león vivo, que en solamente verle asomar, se perturba, mueve y altera y queda como sin sentido, y así acaece en estas consideraciones de la pasión de Cristo que a los principios, aunque se van meditando, discurre por ellos el entendimiento, y vase moviendo la voluntad como artificiosamente y no causan grandes afectos ni movimientos, sino un ordinario aprovechamiento del alma; mas después de haberse ejercitado algún tiempo en la contemplación de la divinidad y engrandecimiento en su corazón de las cosas divinas, tendrá otra segunda manera de contemplar las cosas de Cristo, que hace muy mayor eficacia que todas las demás contemplaciones, como si ya fuese ver león vivo. Diósele a entender esta doctrina por aquellas palabras que dijo San Pedro: Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo, y cayó en la cuenta de dónde nace esta diversidad de opiniones entre varones contemplativos, que unos tienen en más la quieta contemplación de la divinidad que no los misterios de Cristo, antes les parece que les distrae el discurrir por ellos; otros que dicen que al fin Cristo es nuestro camino, verdad y vida, y ninguno va al Padre sino por El, y así, salir de Cristo no es ir en lo más perfecto. Concuérdanse los unos con los otros con decir que la meditación seca y artificiosa de los misterios de Cristo no mueve tanto como el conocimiento que Dios da con algún sentimiento de sus grandezas; mas cuando estas mismas grandezas se contemplan en Cristo, Hijo de Dios vivo, con verdadero conocimiento y afecto dado por el mismo Dios, sin comparación va caminando el alma más segura, más firme y con más eficacia, y en esta segunda manera de contemplar a Cristo, en cualquier paso de la pasión o en cualquier misterio suyo, halla innumerables grandezas y parece, cuando así contempla, que todo está lleno de Dios, el entendimiento y la voluntad con la divinidad que entiende, y la imagina-

ción y apetito con la figura de la humanidad que está interiormente mirando; lo mismo acaece acerca de las imágenes que a los que van muy a los principios les mueven más, a los que van más entrando y gustando de la divinidad con algún recogimiento interior del alma parece que les distraen algo, pero a los que tienen ya más experiencia y ponen allí todas las potencias interiores y exteriores, muévenles más las imaginaciones que sola la intelectual consideración. Hale sido de gran fruto considerar a Cristo en las entrañas de la Virgen, y hacer los primeros actos que Cristo hizo cuando encarnó, que fueron dos, el primero, una determinación de hacer la mayor gloria del Padre Eterno, el segundo, un deseo de la salvación de todas las almas con obediencia de morir por ellas; y adorarle recién nacido en los brazos de la Virgen causa confianza y ternura viendo que se puede tratar como niño. En la oración del huerto ha hallado grandiosos tesoros, especialmente al tiempo que se siente con sequedad, porque procura ponerse con Cristo en el huerto, y decir al Padre Eterno aquellas mismas palabras de Cristo: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya (1). Con ellas entra por el camino de la unión de la voluntad divina, y aunque no tenga más oración de repetir muchas veces aquella palabra: *tua fiat,* aunque sea sin sentimiento alguno, se contenta y satisface.

En el misterio del *Ecce homo*, le ha hecho el Señor muchas mercedes, porque unas veces pone el rostro de Cristo afeado por escudo para contra la indignación del Padre Eterno, diciéndole *Ecce Homo, respice in faciem Christi tui.* Otras veces convida con lo mismo a los ángeles y santos del cielo, moviéndoles a que intercedan; otras veces pónele contra los demonios diciendo *Ecce Homo,* para cobrar y mostrar brío contra ellos. Otras, habla con los hombres, y rogándoles que no peguen y que miren aquel divino rostro cuál le han puesto los pecados; otras veces se convida a sí mismo para moverse y despertarse a contrición, temor y esperanza, diciendo: *Ecce Homo*; mira hombre pecador, cuál pusiste el rostro de Jesucristo con tus pecados, y porque de las mercedes que Nuestro Señor le ha hecho en los pasos de la cruz y del Santísimo Sacramento diremos después en particulares capítulos, baste esto acerca de estos misterios.

De las meditaciones de la noche con que el alma se mueve a la virtud ha sentido gran aprovechamiento, y suele proceder en ella de esta manera. En la de los beneficios divinos descubre su nada, entendiendo que todo cuanto tiene es beneficio dado de la mano de Dios, y haciendo fuerza en la considerar que es nada, desecha de sí todo lo criado, no queriendo otra cosa sino nada, y lo que vea en sí de bueno agradécelo como beneficio de Dios, dándole por ello gracias. Pero llora que cuanto es de su parte ha estorbado lo que Dios quería hacer en él, cuando puso aquel bien, como si dando gracias de ser religioso, si dejara hacer a Dios y no le estorbara con la resistencia, hubiera sido muy buen religioso, etc., y así por este camino de los mismos talentos y virtudes que el alma ve en sí, se confunde con humildad.

1 Luc., XXII, 42.

Hale hecho también fruto dar gracias a Dios por las persecuciones y trabajos como particular beneficio de Dios. Pues a la verdad son de gran merecimiento y libres de amor propio, reconociendo de ellos que son en quien el alma más se parece a Cristo y camino más cierto y corto para el cielo.

En la meditación de los pecados le ha dado el Señor grandes ternuras y regalos por vía de confianza, que es su camino más ordinario de proceder y descubriéndose algunas veces la gravedad de ellos, los grandes males que traen al alma, pues que son ofensas de Dios, que muriera por un solo pecado mortal, y dale tanto deseo que las almas no pequen y de apartarse de las ocasiones de pecados, que por esta vía ha sentido mucho provecho.

En esta consideración ha procedido algunas veces con una particularidad, y es que sintiendo el gusto que tiene Jesucristo en perdonar los pecados y cómo en esta obra se glorifica su bondad y se aprovecha el precio de su sangre, poniéndole sus pecados delante, en cierta manera gustara ver allí todos los pecados del mundo para que tuviera en qué se emplear la sangre de Dios, así como quien se encontrase con una clara fuente de tan extremada virtud, que cualquier paño por sucio que fuese, cuando le lavasen en ella, quedase más blanco que la nieve, en cierta manera gustaría tener muchos paños sucios que lavar por el gusto de experimentar el efecto de la fuente. No le ha sido de menor fruto la consideración de la muerte. A los principios procedía en ella con sola la meditación para moverse a temor, pero después procedió con ejercicio de esta manera; aprovechábase todos los días de la semana para el miércoles, cuando era la consideración de la muerte, como si aquel día en realidad de verdad hubiera de morir, dejando acabados todos los negocios que en aquel tránsito se requieren, y llegada la hora de la consideración, acordábase de cuando expiró Cristo, y hacía cuenta que moría con él dando tres boqueadas, con las cuales entregaba el alma al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y después consideraba el cuerpo como apartado del alma, frío, hediondo, asqueroso, pesado y lleno de gusanos y el alma como si estuviera en un desamparo o un desierto, esperando la determinación de su causa si sería enviarle Dios al infierno o al cielo, y como si le dieran de tiempo otra semana para hacer penitencia y obras meritorias, tornare de nuevo a vivir, metiendo aquel alma así desnuda de las carnes dentro de la llaga del costado de Cristo, y trayendo su cuerpo como arrastrando y atado con una cadena, enfadándose de haber de gastar tiempo en dar de comer y dormir a cosa tan abominable.

En la consideración del juicio también ha procedido de la misma manera que en la de la muerte, haciendo cuenta que está delante del Juez respondiendo a todos los cargos que le ponen según sus talentos e inspiraciones y ocasiones que ha tenido para servir a Dios, yendo por el orden de los mandamientos y obligaciones de su estado, y poniendo los ojos en aquellas cosas que no tuviera buenas respuestas, procuraba enmendarse. Esta manera de examen de conciencia en la consideración del juicio le dió el Señor a entender con unas palabras de Miqueas, que dice: yo te mostraré hombre, lo que es

bueno y lo que Dios quiere de ti, conviene a saber, hacer juicio, amar la misericordia y andar con solicitud en su presencia (1).

También la meditación del infierno le ha sido provechosa, especialmente juntándola con la experiencia de lo poco que sufre los dolores y trabajos de este mundo, y con la memoria de las penas y principalmente de la eternidad de ellas se ha procurado refrenar en los deleites. Pero dos cosas le han aprovechado mucho en esta consideración; la una considerar la pena que llaman de daño, que es el apartamiento eterno de Dios que tendrán los condenados, y poniendo por cosa insufrible este apartamiento, con duda de si ha ello de ser así o no, revuelve el alma con ímpetu a abrazarse de Dios y llegarse y juntarse a él lo más que puede, haciendo como una queja gozosa y llorosa esta razón; no sé, Señor mío, qué será de mí en la otra vida, si me habéis de apartar de Vos eternamente cuando vengáis como Juez riguroso, o juntar con Vos en el cielo; ahora que os tengo en el Santísimo Sacramento, manso y amoroso, no me quiero apartar un punto de vuestra presencia.

También del fuego del infierno considerado en el interior del alma por cierta vía, que es muy cierta, se enciende un fuego de amor de Cristo, que libra del infierno, que parece que se va fortificando con la consideración de aquel fuego, y así le ha sido muchas veces de grandísima ternura y consuelo esta consideración del infierno.

La consideración de la gloria de los bienaventurados, que consiste en conocer, ver y amar a Dios, de esta consideración le ha nacido el procurar de loar a Dios en la iglesia grande, como dice David: llamo iglesia grande un teatro redondo que la imaginación representa, lleno de asientos a la redonda, en los cuales están por su orden los Serafines, Querubines, Tronos, Dominaciones, Poderíos, Virtudes, Principados, Arcángeles, Angeles, Patriarcas y Profetas, Apóstoles y discípulos, Mártires, Confesores, Vírgenes, matronas y casadas, santos niños bautizados que murieron antes de uso de razón, cada estado de estos en su asiento, y el medio de esta iglesia grande y teatro redondo está lleno de divinidad de Dios, de quien todos gozan contemplando y amando. En el suelo está el monte Calvario, y en medio Cristo crucificado, y en el asiento y grada que está en el suelo están todos los cristianos; a la mano derecha, el estado eclesiástico, y a la izquierda, el seglar; pónese el alma dentro de esta iglesia, y como si todos le estuviesen mirando y él a todos, hace a su corazón centro de todos los ojos y deseos de bienaventurados, porque en él está Cristo a quien todos están adorando. De aquí nace una plenitud indecible y un gozo, y una seguridad y paz inenarrable, y una alta grandeza de pensamientos y deseos, porque donde quiera que vuelve los ojos, se halla dentro de este teatro y en la misma manera de oración, y no hace la diversidad de lugares perturbación alguna para que no se recoja las veces que quiere entrar dentro de sí; no digo que no haya sequedades y perturbaciones de pasiones, ímpetus de tentaciones, indisposiciones de cuerpo, pesadumbres interiores del alma y otros

---

1 Michae., VI, 8.

muchos estorbos de estos que impiden al espíritu la entrada, que sí hay y muchas veces, pero con gusto o sin gusto, con facilidad, o dificultad, y haciéndose muchas veces fuerza, procura de entrar dentro de este real palacio que considera en lo interior de su corazón, dándoselo el Señor a entender por estas palabras: el reino de Dios está dentro de vosotros. Gran eficacia recibe el corazón del ejemplo de los buenos, así leyendo vidas de santos y santas, como acordándose de cosas que hacen los justos que aún están en esta vida, y es de gran aliento esta consideración para cuando se va a descaecer el espíritu con los cansancios.

Muchas veces, al principio y entrada de la oración, olvidado de otras consideraciones y misterios, se queda diciendo con la boca: ¿quién sois vos y quién soy yo?, y acordándose de algún atributo de Cristo, como de su infinita esencia, y de sí mismo ser nada y sus pecados, ni acierta ni puede salir de allí, y quédase como en un silencio y recogimiento provechoso y un descanso agradable, y como en un pasmo y embelesamiento gozoso, que ni discurre ni puede discurrir ni aún se atreve a hacer acto de la voluntad por no perder aquello que tiene presente, como quien no se atreve a resollar por no ser sentido de alguna persona que da gusto su presencia, cuando entró a deshoras donde pensó que no le veía quien mucho la deseaba ver y gozar, y es de tal condición que, viendo que es sentido, huye luego y se ausenta. Esto que no sé yo ahora declarar, se le dió a entender en aquellas palabras de los *Cantares*: aparta tus ojos de mí, que me hacen volar (1); entendió cuando miramos a Dios, estando en esta suerte de quietud con alguna manera de acto que proceda de nuestro conocimiento, luego se aparta de este no sé qué que causa aquel gozo, y se va el amado volando y se queda el alma como sola y afligida de no haber gozado más tiempo de aquella presencia, empleándose en hacer actos unas veces más fervorosos que otros; mas cuando se está quieta sin resollar ni osar levantar los ojos a aquel Señor que siente estar allí presente, persevera más esta presencia, y vase llenando el alma de un licor y no sé qué, que no le podría sufrir mucho tiempo; y para descansar de aquella fuerza que se hizo deteniendo el resuello interior, prorrumpe en actos de amor y alabanza, diciendo algunas veces con ímpetu el verso:. *Gloria Patri, etc.* He dicho esto apropósito de que nace esta plenitud muchas veces de la consideración de quién es Dios y quién soy yo, en la cual le ha acontecido estar muchos días sin poder entrar en otra meditación alguna.

Acerca de los santos devotos es de advertir que de algunos de ellos se tiene la devoción como cosa necesaria, como a la Virgen; a otros por inclinación natural, como a los ángeles; a otros por la amistad de algunas personas, como a San José por causa de la madre Teresa de Jesús, que le fué muy devota; a la Magdalena quiere mucho por la penitencia que hizo y el levantado espíritu que tuvo; y leyendo una vez la vida y martirio de Santa Febronia, fué grande la devoción que la cobró por lo que padeció por Cristo; a San Pedro,

---

1 Cant., VI, 4.

por ser sacerdote, y a San Pablo por ser predicador, y a San Jerónimo por el nombre, a Elías por la Religión, a San Francisco por la observancia; y es de advertir que algunas veces comienza el alma a tener devoción con un santo por una ocasión de las que hemos dicho, y quédase la devoción dentro de las entrañas, y siente tal provecho con ella, que aunque se olvide aquella ocasión, hace fruto la memoria del santo. Procura a estos sus santos devotos darles gusto y contento en las virtudes a que ellos fueron más inclinados, pónelos por intercesores para lo que quisiere pedir, y como si fuesen unos amigos a quien encargase sus negocios, encarga a cada uno una virtud pidiendo se la alcance; y cuando ha caído en algún pecado contra aquella virtud, hállase confuso yéndolo a decir a aquel santo; y así a la Virgen tiene encargada la humildad, a San José la castidad, a la Magdalena la penitencia, a San Francisco la guarda de la Regla, a Elías el celo, a Sta. Febronia la paciencia, a San Pedro la misa, á San Pablo la predicación, a San Jerónimo el fruto de la Sagrada Escritura, a los ángeles la pureza del alma, y como quien se acompaña con sus amigos y los trae consigo, procura de traerlos presentes y que le vayan acompañando, unos de una parte y otros de otra, y cabe sí, al lado derecho, procura considerar al Padre Eterno, al izquierdo al Santísimo Sacramento y dentro de sí al Hijo divino, y luego suceden los santos como si fuese en un acompañamiento en que el alma siente provecho y consuelo.

Acerca de las obligaciones que el alma tiene para saber y procurar perfeccionarse en ellas, las más principales se pueden reducir a diez, conviene a saber: los artículos de la fe, que son catorce, los diez mandamientos de la ley, y los cinco de la Iglesia, las virtudes teologales y cardinales, conviene a saber, fe, esperanza y caridad, prudencia, justicia, fortaleza, templanza; y aunque todas las demás se reducen a estas siete, demás de éstas hay cinco en que desea con gran eficacia ejercitarse, conviene a saber: contrición, oración, perseverancia, humildad; las bienaventuranzas que procura para ejercitarse son éstas: pobreza de espíritu, mansedumbre, lloro, hambre y sed de justicia, misericordia, pureza de corazón, paz, paciencia. Los dones del Espíritu Santo son siete: don de sabiduría, don de entendimiento, don de ciencia, don de consejo, don de fortaleza, don de piedad, don de temor de Dios. Los frutos del Espíritu Santo son doce, según los cuenta el apóstol San Pablo; conviene a saber: caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fe, continencia, modestia y castidad.

Los siete principios de la perfección, son éstos: el primero, una determinación de no hacer ni estar en pecado mortal por ninguna cosa criada; el segundo, evitar pecados veniales; el tercero, huir de las imperfecciones; el cuarto, no hacer obra y no decir palabra ni tener pensamiento, si pudiere ser, que Cristo no tuviera si estuviera en su estado; el quinto, andar en la presencia de Dios según las cuatro maneras de presencia que son real, imaginaria, intelectual y unitiva; el sexto, hacer las obras con actual intención de gloria de Dios; el sétimo, juntar con una obra por pequeña que sea la intención de otra, la mayor que pudiere.

Las potencias y pasiones del alma son éstas: memoria, entendimiento y voluntad, apetitos y sentidos, el entendimiento y voluntad, que se llama la razón; hay dos partes que se llaman porciones, conviene a saber, la porción superior que percibe las cosas eternas, y la inferior que trata de las temporales. Los sentidos son en dos maneras, interiores y exteriores; los exteriores son: vista, oído, olfato, gusto y tacto; los interiores, sentido común, imaginación, fantasía, estimativa y memoria sensitiva. Los apetitos son dos, conviene a saber: irascible y concupiscible; en estos dos apetitos se encierran las once pasiones que son inclinaciones naturales que tiene el alma, las cuales ha de procurar apartar del mal e inclinarla al bien; las de la concupiscible son las de amor, aborrecimiento, deseo, huída de corazón, alegría y tristeza; las de la irascible se llaman esperanza y desesperación, temor, atrevimiento e ira. Finalmente los Sacramentos de la Iglesia se ponen por este orden: bautismo, confirmación, penitencia, eucaristía, extrema-unción, orden sacerdotal y orden de matrimonio. En todas estas cosas que hemos dicho se procede de muchas maneras y las guisa de diferente manera para recibir diversos frutos; lo primero, medítalas haciendo memoria de ellas y sabiéndolas como arancel por donde ha de salvarse; lo segundo, va haciendo actos y propósitos, como creyendo los artículos de la fe y cada uno en particular, proponiendo la guarda de los mandamientos de la ley, haciendo actos de virtudes interiores y exteriores y de las bienaventuranzas y dones del Espíritu Santo y de la manera que pueden emplearse las potencias y pasiones en Dios, y renueva los actos y propósitos que se hacen cuando se reciben los Sacramentos; este ejercicio es muy sano, seguro y provechoso, porque es el fin de toda la oración, y vase en estos actos mereciendo gloria, y alcánzanse las mismas virtudes con el ejercicio de sus actos interiores, así como se pierden dejando de ejercitarlas. Y si con las delectaciones morosas y pensamientos consentidos de pecados mortales el alma se condena y va al infierno, con las delectaciones morosas y actos consentidos de virtudes interiores ¿no había de merecer gloria? Lo tercero, va el alma por estas diez reglas como por un arancel, examinando lo que le falta en cada una, y entendiendo sus defectos para humillarse y purificarse. Lo cuarto, cuando hay algún ímpetu de espíritu con que se arroja el corazón a querer dar gusto a Dios, acabado el ímpetu y también cuando está en él, vale particularizando por todos estos actos, y este particularizar es de grandísimo provecho, porque queda el alma asentada en el bien vivir. Pongamos caso; está el corazón dando saltos de deseo de servir a Dios y hacer su voluntad pidiendo se la declare; entonces vienen al corazón todas estas virtudes y obligaciones como si el Señor dijese: mi voluntad es que, si se ofreciere, mueras por mi fe y que cumplas perfectamente mis mandamientos, etc., y a esta habla interior de Dios va respondiendo con los actos sobredichos, y hácese hábil para obrar cuando se ofrecen las ocasiones, ármase en lo interior del espíritu para los sucesos, y es importantísima cosa para la perseverancia y aumento de la gracia. No porque haya de discurrir por todas estas virtudes, que algunas veces se detiene en sola una, otras, aunque el alma quiera discurrir no puede porque la detienen en

algún deseo o pensamiento de donde no puede salir por entonces sin quedar con sequedad, y otras la llevan por los más de estos actos trayéndoselos a la memoria la misma alma con una quieta meditación, y de cualquier manera que obre actos de virtudes se gasta el tiempo con mucho provecho.

Acerca de los pecados es gran bien ir meditándolos en particular, y examinar por ellos su conciencia, recopilando en sí las malas inclinaciones que tiene para mortificarlas, y armándose para los vicios que siente le hacen guerra, y huir de las ocasiones en que pueda caer, y este es de los más importantes ejercicios de todos, para que tomando a pechos la empresa de su alma, procure de una vez desarraigar estas espinas, sacándolas de raíz, que de otra manera es imposible que venga a colmo la cosecha de las virtudes que quiere sembrar.

La guarda de las obligaciones del estado y estatutos de la Religión se pueden reducir a diez principios, conviene a saber, obediencia, castidad y pobreza, clausura en la celda y oración mental, oficio divino con la guarda de todo lo que pertenece al coro y ceremonias, ayuno y abstinencia de no comer carne, capítulo y examen de todo lo que pertenece a los castigos y penitencias de la Religión, ejercicio corporal, a quien se reducen todos los trabajos corporales que en la Religión se mandan, y ejercicio espiritual del alma, donde se entienden todos los actos interiores de virtudes y silencio, la humildad y paz, que así siendo uno súbdito como prelado ha de tener con todos los hombres, a donde van a parar las constituciones que hablan de que se acuda a los oficios bajos y humildes, y no apetecer títulos ni mayorías ni cosas semejantes.

En estos diez principios de la Regla guarda el alma el mismo modo de proceder que está declarado en las obligaciones de los mandamientos y ejercicios de virtudes, y ha sido de grandísimo fruto procurar de tener cualquier de estos estatutos en mucha estima, sin despreciar ninguna constitución ni mandato, por pequeño que parezca. No una sino muchas veces pensando y meditando en estas cosas de la Regla y Constituciones, le han dado luz de cuánto importa guardar estas leyes, mirándolas con ojos de espíritu y con el celo interior que ellas pretenden por fin, pues todas van a parar a perfeccionar la caridad, guiando a la unión y perfección, y no con ojos de carne, según sola la letra, porque de quererlas guardar a sola la letra, sin echar de ver el intento del espíritu, se sigue en algunas conciencias ignorantes grandísimos males y escándalos.

Declárase que hay tres suertes de religiosos; unos que, rompiendo el temor de Dios, desprecian las constituciones y estatutos de su Regla, o son descuidados y relajados en ella, y éstos hacen gran daño en la Religión, por el mal ejemplo que dan a los pequeñuelos; otros, por el contrario, que con el celo de guardar la Regla, no advirtiendo el espíritu que dentro de ella está encerrado, y en el intento del Espíritu Santo que es la caridad, suavidad y blandura con que Cristo lleva las almas, ponen tan indiscreta eficacia en la guarda exterior de la Regla, que atropellan el quebrantamiento de la ley de Dios, y dan principio a odios, rencores, inquietudes y escándalos de-

jando la del Señor suave y carga liviana, parece que quieren tornar a poner las ceremonias de la ley judaica, que era ley de corteza dura y sin piedad, y si estos vienen a ser prelados, en poco tiempo destruyen la Religión, porque de este modo de proceder se siguen intolerables inconvenientes y notables pecados contra la ley de Dios, porque los sujetos de los hermanos son flacos y miserables, y no todas las veces estan las pasiones tan mortificadas y rendidas, que si con título de guarda de ley, se da algún castigo y se aplica a tiempo o modo que no conviene, no les hagan caer en impaciencias, desesperaciones, odios, rencores y apostasía y otros muchos pecados más graves, y aunque los que tienen esta condición vean estos males, no se enmiendan de su modo, diciendo que esos inconvenientes se siguen sin culpa suya, porque su intento y oficio es hacer guardar la Regla.

Ofreciósele, encomendando a Dios las Religiones acerca de este punto una vez, el ejemplo del temple de una espada, que para ser bueno, ha de llevar hierro y acero, hase de meter en el fuego y en el agua, pero con tal tiento y proporción, que en cualquier cosa que de estas exceda, no queda de provecho; y así conviene dar a la Religión un cierto temple guardando proporción y término en las blanduras y asperezas.

Los deseos más principales son diez. El primero, que todos los gentiles se bauticen; el segundo que todos los herejes se reduzcan a la iglesia, o sean confundidos; el tercero que todos los pecadores se conviertan con verdadera penitencia; el cuarto, que los justos que están en estado de gracia se perfeccionen, el quinto, que todas las Religiones se reformen; el sexto, que todos los fieles difuntos descansen; el séptimo, que todos los bienhechores se salven; el octavo, pureza de conciencia; el noveno, continua mortificación y humildad; el décimo, amor y unión del alma con Cristo.

En estos deseos se cumple la oración, unas veces pidiéndolos a Dios, otras deseándolos con ímpetu, otras ejercitandose con actos interiores en el ministerio de ellos y pidiendo al Señor le emplee de su mano en cumplimiento de algunos, y en algún tiempo de oración no sale el alma de uno de estos, y en otro tiempo los corre todos por el pensamiento; cuando se halla en sequedades gasta su tiempo en pedir a Dios estas diez cosas. Otras veces estima en tanto cualquier cosa de éstas, que ofrece a Dios la vida y el alma por la más mínima ocasión que se ofreciese de servirle en ellas; procura con gran ímpetu las obras y los medios necesarios para su cumplimiento, y le ha hecho Dios muchas mercedes en arrojar su corazón con eficacia a cosas muy pequeñas, enderezadas a este fin, como desear que lo matasen para que su sangre aprovechase para ayuda de calafetear algún navío que vaya a conversión de gentiles, o para acicalar alguna espada que vaya contra herejes y cosas semejantes. Otras veces acaece, cuando el alma siente en sí la infinita misericordia de Dios y que le está convidando para pedirle mercedes en los ímpetus de corazón, pídele estas diez cosas sin contentarse con menos, pareciéndole que se hace agravio a un poder infinito y riqueza inmensa pedir menos.

Nacen estos deseos de la eficacia que el alma tiene de la mayor honra y gloria de Jesucristo, y como no se contenta que este Señor sea glorificado con sola su alma y aprovechamiento de su espíritu, arrójase el corazón a pedir y desear esta gloria de Cristo en todo lo que las criaturas pueden glorificarle, y así particulariza estos diez deseos universales, pasando por cada uno en la memoria los particulares y encomendando a Dios los que entienden en el misterio de cada uno. Es cosa maravillosa que cuando se trata con hermanos, por más principales y ricos que sean, se estrecha el corazón en pedir cosas grandes; mas cuando se le descubre la omnipotencia y bondad de Dios con quien trata, se afrenta de pedir cosas pocas y pequeñas, y así algunas veces si se ha detenido en la oración en pedir alguna merced para sí o algún particular negocio, parécele que ha perdido el tiempo no empleándolo bien; y aunque sea de corrida torna a poner y pedir y querer estos diez deseos, y por ellos comienza el *memento* de la misa, y en ellos se ejercita entre día.

De las nuevas que oye del buen suceso de ellos, se alegra, y a todo el mundo querría inducir a los mismos, dándole dolor que haya corazones ocupados en sus propias peticiones, que aunque sean buenas y espirituales, no satisfacen, no hartan ni hinchen el alma que desea con eficacia la mayor honra de Jesucristo. Nacen también estos deseos de ver derramada la sangre de Cristo Jesús, no solamente por su alma, ni por su ciudad ni por su reino, sino por todo el mundo, y de ver que actualmente Dios está deseando todas estas cosas y muchas más, y que merece su infinita bondad que todo esto se cumpla, y que ya que el hombre no tiene fuerzas para hacer nada, tiene el corazón capacidad para desear grandes deseos; sabe que con los buenos deseos se merece, y que es más seguro camino poner la eficacia en los deseos universales, que no aferrar el corazón en algún particular, o gastar el tiempo en apetecer cosas temporales, que no son nada, o regalos y gustos espirituales que no satisfacen, y espántase y aun aflígese de ver muchas almas que gastan su tiempo en pedir y desear menudencias, pudiendo emplearse en deseos grandes, según aquellas palabras del profeta Isaías. ¡Ay de vosotros, los que gastáis el dinero y no en pan y vuestra hacienda en cosas que no dan hartura! (1).

Conviene tener contados los ejercicios exteriores que son de devoción, porque si en algún tiempo el alma se entibia y olvida, vuelva a su arancel, poniéndolos por obra. Estos ejercicios exteriores sirven de dos cosas; lo primero, de devociones, que es bien que cada uno tenga para bien vivir; lo segundo, para penitencia de los pecados de toda la vida, procurando con artificio hacer en los mismos ejercicios memoria de todos sus pecados para que juntamente vaya haciendo penitencia y rezando sus devociones, porque traer escritos los pecados con término que se entienda, ni es cosa decente ni segura; pero traerlos siempre presentes, tenerlos escritos con alguna cifra que sola el alma se entienda, es de mucha importancia para poner en el principio de la oración la humildad que de la

1 Isai., LV, 2.

memoria de los pecados nace, y también para acudir a los pensamientos de vanagloria, que no hay mejor escudo en que se reciba que en la memoria de los pecados, y para cuando quisiere hacer confesión general tenerlos recopilados, y que no le cueste trabajo, que no es mal matalotaje para la hora de la muerte. Estas devociones y propósitos son diez: tres horas de oración mental cada día, que el determinarse a que no sea menos tiempo es de importancia, y como las noches están desocupadas y duerme poco, no le falta en ellas lugar para cumplir con esta devoción. Lo segundo, leer cada día tres capítulos de la Biblia, por lo menos, porque ya que hay negocios, teniendo este ejercicio como una devoción obligatoria, va continuando la lección de la Sagrada Escritura que tanto importa. El tercero, rezar la tercera parte del rosario; el cuarto, rezar tres credos a la Santísima Trinidad; la quinta, diez avemarías y diez *Paternoster* a sus santos devotos, refiriendo en ellos los diez deseos del alma; la sexta, tres avemarías a la limpia concepción de Nuestra Señora; la sétima, cinco padrenuestros y avemarías a las cinco llagas; la octava, tres actos de contrición cada día, diciendo *tibi soli peccavi*; la novena, ciento cincuenta actos de amor de Dios con *Gloria Patri*; la décima, ciento y cincuenta actos de deseo de la conversión de las almas para que sea Cristo glorificado, diciendo *sanctificetur nomen tuum*.

Hasta los filósofos antiguos entendieron ser doctrina bajada del cielo el conocimiento propio y ser principio de toda perfección. Este conocimiento propio comienza de entender perfectamente el hombre que no es nada, y si alguna cosa tiene de su cosecha son pecados y mentiras; cuando este conocimiento está firme en el corazón va todo lo demás del edificio espiritual seguro, y procurando con eficacia entender de sí esta nada, muchas veces se desnuda de todo el bien que en sí hay, atribuyéndolo a Dios como hacienda suya, y afligiéndose de las manchas y faltas que en ello pone de su parte; otras veces le acaece tomar una pajuela muy pequeña, y traerla delante de los ojos teniéndose así en menos cuenta, y de esta suerte va entrando en el conocimiento de las obligaciones que tiene sobre sí y lo que debe a Dios por los talentos y dádivas recibidas; como por haberle hecho hombre se siente obligado a guardar la ley natural y morir por no quebrantar uno de sus mandamientos; en cuanto cristiano, desea morir por la fe de Cristo y que se aumente y vaya extendiendo por todo el mundo; en cuanto sacerdote, procura hacer el oficio del altar imitando al espíritu que Cristo tendría cuando se sacrificó en la cruz; en cuanto a confesor, desea y procura hacer bien su oficio y cuando se le ofreciere, y no abstenerse del todo de él aunque le parezca que podrá ocupar el tiempo en otras cosas, y por ser predicador querría ocuparse en lectura de libros y de la Biblia lo que pudiese, y ejercitar el púlpito lo que pudiese con provecho, y como religioso, se examina con su Regla y Constituciones deseando no quebrantar ninguna, y como quien sigue vida activa desea hacer obras de caridad y penitencia y tener sus horas de oración mental con que cumpla con lo que debe, y es gran bien

que entienda cada uno en sus obligaciones talentos y afectos para examinar si corresponde con ellas.

Todas las obras que hace querría que llevasen por fin la presencia de Dios y consideración, y aunque muchas veces se olvida este fin y se van haciendo las obras acaso, para ir en este ejercicio ganando alguna tierra, es bien reducir las obras ordinarias a diez y procurar irlas haciendo con las consideraciones siguientes. Al tiempo que despierta tiene de costumbre hacer un acto de contrición de los pecados, y cuando se viste juntamente procura poner las virtudes con el vestido del cuerpo, que es, el hábito, la justicia y amor del prójimo, en la cinta, la castidad renovando el voto, en el escapulario, la mortificación y un acto de fe con rendimiento del alma a la obediencia de las inspiraciones divinas; hecha esta preparación para obrar, se pone luego a la oración, que en esto se requiere ir con intención de la gloria de Dios, provecho de sus hermanos y bien de su alma; en el decir de la misa llama a los santos que le acompañen, y determínase de morir por dar gusto al Padre Eterno, pero viendo que sin comparación le es más agradable lo que va a hacer que no su propia muerte, ésle de gran consuelo y regalo decir la misa, procurando en ella los ejercicios y meditaciones que acerca de ella están escritas; en los negocios, como escribir cartas, hablar con gentes, procura lo más que puede la presencia de Dios, pero procúrala a los principios, y va continuando como puede, y por lo menos haciendo algunas pausas con oraciones jaculatorias; al tiempo del comer le ha hecho Dios muchas mercedes con diversas consideraciones, unas veces, imaginando que los platos que vienen se los envía Cristo por presentes por mano de ángeles, y así los toma con agradecimiento; otras veces, como se va comiendo, va diciendo interiormente un *Gloria Patri*; algunas veces al tiempo del beber, hace cuenta que pone la boca en la llaga del costado de Cristo y hace memoria de la sangre del Señor; otras imagina que se van mojando los bocados en la hiel y vinagre de Cristo, con que se hace sabroso lo desabrido; otras, cuando va a comer algún bocado que sabe bien, se le deja en el plato para el ángel de la guarda, que es una penitencia disimulada y provechosa. Esto parece que dice el apóstol San Pablo; si comiéredes o bebiéredes sea a gloria de Dios; la recreación procúrase que no sea dañosa ni de donde nazcan escrúpulos, sino sana, gustosa y puesta la actual intención de ella; a los principios dejase llevar el alma de aquel tiempo ocioso y provechoso para la salud del cuerpo.

Cuando el examen de conciencia se sabe hacer, no es de menos aprovechamiento, y en él suele hacer estas tres cosas: la primera, hacer memoria de los pecados de aquel día; la segunda, examinar cómo ha puesto por obra los propósitos que sacó de la oración; la tercera, tornar a los mismos propósitos, renovándolos y levantando el espíritu a Dios. Puédese hacer esto brevemente y es de harto provecho. El desnudarse es con actual deseo de martirio, haciendo cuenta que se desnuda para padecer, y causa fervor en el alma y es principio de buena oración por la mañana; échase entonces en

la cama como quien se echa en la sepultura acordandose del paso de la muerte para estar siempre aparejado para ella.

Esta salterio de diez cuerdas es un espejo para componerse un alma en la perfección; un arancel de la vida perfecta y una suma de todo lo que se ha de creer, pedir y desear, cumplir y ejercitar; aprovecha para toda manera de personas que siguen oración, cuyo oficio es bien vivir y guarda de la ley según su modo. Para los principiantes, cuando puestos en oración no hallan que hablar con Dios, pueden ir haciendo actos interiores y meditando algunos puntos que aquí van, y aunque no sea sino hablándolos de palabra con Dios, será provechosa su oración y se enseñarán a perseverar en ella hasta que hallen provecho. Para los aprovechantes, porque aprenden virtudes y hacer actos de ellas; (es oficio de los aprovechantes que siguen la vía iluminativa, y aquí va sumada la luz que en la oración suele venir). Para los perfectos, porque cuando viene algún ímpetu de espíritu, porque no prorrumpa en alguna exterioridad sensible que sea notada, proponiendo la memoria de los puntos delante al entendimiento, cébase en ello el deseo, y sin perder provecho, se divierte, con el cual ímpetu se sosiega y el deseo se particulariza, que es gran bien para acertar a obrar.

La primera cuerda de este salterio contiene las excelencias de la divinidad que ha de contemplar, las cuales, repetidas en cualquier obra de Cristo, levantan el espíritu; y comenzando por alalguna de ellas, la oración se cobra atención, reverencia y amor. La segunda y tercera contienen las meditaciones de la semana, de mañana y noche, según escriben a la larga fray Luis de Granada y fray Pedro de Alcántara; aprovechan para los principiantes que llevando orden en la meditación de la semana, granjean la imitación de Cristo y ejercicio de virtudes.

La cuarta contiene los deseos del alma que nacen de los ímpetus de la oración, y continuamente se han de pedir a Dios porque no se gaste el tiempo en pedir cosas pocas o bajas; conviene tenerlas muy sabidas, porque al tiempo de la sequedad tratándolos con Dios, aunque sea de palabra, es de grandísimo fruto. La quinta contiene diez puntos de perfección que ha de procurar quien la desea procurando por alcanzar algunos. La sexta es toda la suma de la doctrina cristiana, la cual ha de estar siempre delante de los ojos, sabiéndose y ejercitándose y examinándose el alma por ella en la oración; el amor apreciativo se emplea en buscar la voluntad de Dios que está sumada en la doctrina cristiana.

La sétima contiene las obligaciones del estado, que es bien que estén presentes, porque con título de devoción no se falte a las obligaciones. La octava declara las obligaciones que uno tiene; demás, según el estado, tiempo y lugar que tuviere, es bien tenerlas recopiladas para el examen de conciencia. La novena contiene los santos devotos de cada uno para ponerlos por intercesores y rezarles alguna cosa. La décima contiene lo que es el alma, sus talentos y oficios para ver si cumple a lo que a ellos debe, y las obras ordinarias que hace cada día para procurar examinar cómo se hacen, y poner en ellas actual intención de servicio de Dios. Y así como de la

primera y segunda cuerda nace el conocimiento de quién es Dios, ésta última declara el de quién soy yo, y de este quién es Dios y quién soy yo procede todo el bien del espíritu.

Es de advertir que en las cuatro postreras, cada uno, según sus santos devotos, devociones, obligaciones de estado y oficios, ha de poner lo que le estuviere bien.

CAPITULO VI

DE LA COMPASION QUE EL ALMA TIENE DE VER A CRISTO CRUCIFICADO POR LA SALVACION DE LAS ALMAS Y DEL CELO DE LA SALVACION DE ELLAS QUE DE AQUI NACE.

Ha sido este corazón muy atormentado del celo de la salvación de las almas, y cada día va creciendo más en este deseo, y mientras más desastres, persecuciones y contradicciones padece por ocasión de él, más se va fortificando. Digamos tres cosas: la primera, de dónde le ha nacido este celo; la segunda, cómo está en el corazón; la tercera, algunos trabajos que por ejecutar algo ha pasado. La primera razón de dónde le vino este celo fué una gran devoción a los primeros actos que Cristo tuvo al punto que encarnó en las entrañas virginales, que le parece serían dos: el primero, un rendimiento perfecto de la voluntad de Cristo a la voluntad del Padre Eterno, con un encendidísimo deseo de procurar en todo su honra y gloria; el segundo, ofrecerse a morir por la salvación de las almas, de donde resultaría aquella obediencia de que dice San Pablo: fué obediente hasta la muerte y muerte de cruz.

En la consideración de estos dos actos de Cristo, procuró esta alma por mucho tiempo tener su oración haciendo cuenta que estaba en las mismas entrañas virginales con su Cristo, y ejercitábase en hacer los mismos actos de amor de Dios y celo de la salvación de las almas, y comenzaba su oración por estos dos deseos, y después la continuaba procurando acompañar a Cristo, imitándole lo más que podía en todo, y como todo lo que el Señor hizo en el mundo iba enderezado a nuestra salvación y morir por nosotros en la cruz, procuraba no salir de estos dos deseos y enderezar todas sus obras a estos dos fines. Y como nadie puede persuadir que la imitación de Cristo no sea lo más perfecto y seguro, porque él sabe por fe que Cristo es camino, verdad y vida, aunque veía que muchos, olvidados en alguna manera de ese celo, ponían toda la eficacia del corazón en el extremo del recato, encerramiento, despegamiento, penitencia y aspereza, nunca pudo arrostrar a esta manera de espíritu, no porque entendiese que esas virtudes no eran muy buenas, sino porque estimaba siempre en más el amor de Dios y del prójimo que la demasía de ellas; leyendo la Sagrada Escritura y todo lo que los santos escriben hallaba que todo va a parar a la guarda de los diez mandamientos de Dios, los cuales se encierran en dos, conviene a saber: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo, y aquella palabra como a tí mismo le apretó mucho tiempo el espíritu con la consideración de qué quisiera él, sintiendo lo que es el in-

fierno, si se viera ir camino de condenación y si gustaba que le dieran la mano para no caer, o que con título de quietud, recogimiento o recato le dejaran condenar, y no podía tener oscuridad esta luz ni aflojar de este deseo.

La más ordinaria meditación y que más provecho le hace es de Cristo en la cruz, y las más veces que se pone a adorarle en ella, le parece que le está convidando que le ayude a salvar almas por quien él murió en la cruz, con diversos motivos; porque unas veces parece que le oye hablar desde la cruz y que le decía: *sitio*, y que aquella sed es de infieles que vengan al agua del bautismo, de pecadores a la gracia, de imperfectos a la perfección y de religiosos relajados a la observancia; otras veces, parece que se le está quejando Cristo y pidiéndole ayuda contra los pecadores que le tornan a crucificar; otras, que le está mostrando las llagas y siente el dolor de ellas y le pide le ponga algún emplasto o ungüento que le mitigue el dolor, y que este ungüento es entender en la salvación de las almas cuyos pecados le hirieron; otras veces, parece que le convida que le siga hasta morir en cruz por ellas, como él murió, y que para esto atropelle cualesquier opiniones y dichos de quien no sigue este espíritu, pues el mismo Señor tuvo en poco las de los fariseos, y dásele luz para que entienda que quien no va por este camino no entenderá lo que el alma padece, que tiene atravesado el corazón con esta lanza del celo. Otras veces se le descubre el valor de la sangre derramada en la cruz, y el fin por que se derramó, que fué lavar los pecados del mundo, y ve que ahora está aparejada, sedienta y fervorosa para lavar los pecadores, y por otra parte infinidad de ellos que están sucios y asquerosos por no llegar a esta sangre, llora y suspira porque haya muchos que entiendan en traer pobres y heridos a este hospital de la Iglesia católica, o llevar de esta sangre a los más apartados en los reinos de los infieles para que se salven, y como ve que su oficio y talento se pueden emplear en este ministerio, muere de deseo de andar siempre en este ejercicio.

Acaecióle una vez, estando descuidado, parecerle que vió a Cristo en la manera de visión que arriba está dicha, coronado de espinas y muy llagado, que se venía a él como quien viene sollozando, cansado y pidiendo favor para contra los pecados, de la manera que si un amigo se hubiese acuchillado con sus enemigos y viniese muy herido de la refriega, sudando y sangriento y se arrojase en los brazos de otro su amigo, y sin hablar palabra le diese a entender cuál le habían parado sus contrarios, y parecíale que las puntas de la corona de espinas se le metían por el corazón, en que Cristo tenía reclinada la cabeza y que le atravesaba las entrañas aquel dolor agudo de las espinas, y aquella turbación de ver a su amigo tan afligido y maltratado, le causó entonces tan gran turbación de ver a su amigo Cristo así, e ímpetu y cólera contra los pecados, que se moría por acudir a quitar pecados y ocuparse en el ejercicio de la salvación de las almas, y deseaba consolar al Señor que tenía en sus brazos, amándole y abrazándole y apretándole consigo fuertemente, pero más crecía el dolor de las espinas y el ímpetu de ayudar a Cristo.

De aquí nació dentro en su corazón una batalla y refriega entre

el celo de las almas y el recogimiento, que lo tuvo mucho tiempo, porque el gusto que hacía la presencia de Cristo y el no dejarle de los brazos ni divertirse del actual amor, le causaba un deseo grandísimo de nunca apartarse de la oración y no entender en la salvación de las almas, ni gastar tiempo en estudios y negocios; pero la lástima de ver a su Señor llagado por ellas, y la cólera y deseo de su venganza contra los pecados, le inclinaban a dejar oración, quietud y recogimiento y aun el gusto de la gloria, si fuese necesario, para ayudar al Señor en aquel trabajo. Esta pelea se remató con dársele a entender que procurase, cuando anduviese entendiendo en negocios de almas y en estos ejercicios de celos de ellas, traer dentro de sí a Jesucristo crucificado.

Hay en esta alma grandísima afición al Padre Eterno, y muchas veces con grandes ímpetus se pone delante de él, pidiéndole declare su voluntadd en qué le podra más servir; parécele que el Padre Eterno le dice mostrando a Jesucristo en la cruz: *Hic est filius meus dilectus in quo mihi bene complacui* (1), y que le declara que si le quiere agradar, haga lo que pudiere para dar a conocer a Jesucristo crucificado y el valor de su sangre a todo el mundo.

Es devoto de esta palabra del «Paternoster»: *sanctificetur nomen tuum*, y suélela repetir muchísimas veces al día, entendiendo por *nomen* a Cristo y por *sanctificetur* que sea santificado, temido y reverenciado y amado en todo el mundo; de aquí le nace un deseo de que todos glorifiquen a Cristo, y suélense pasar muchos días que ni al tiempo de la oración ni después de ella deja esta palabra de la boca y estos deseos del corazón, con lo cual, aunque no tenga otros gustos y regalos en la oración, ni otra luz de cosas altas sobrenaturales ni otros discursos de meditaciones, le satisface tanto el espíritu en este deseo de la honra de Cristo y salvación de todas las almas en cumplimiento de la voluntad del Padre Eterno, que se olvida de las demás cosas y de otros efectos de oración, aunque sean las más altas y excelentes revelaciones del mundo, teniendo con sola esta palabra henchimiento y plenitud; y así propuso en un tiempo repetirlas tantas veces cuantos pecados hubiese cometido en toda la vida, contando con las cuentas del rosario las veces que dijese esta palabra; y hállase muy bien con este ejercicio, porque como el corazón vaya puesto en este deseo, por las calles o donde quiera que se hallare puede decir esta palabra entre sí y estarse su corazón en su centro, porque en esta palabra y deseo halla encerrados todos sus deseos, conviene a saber, que se cumpla la voluntad del Padre Eterno, siendo conocido su Hijo, y la del Espíritu Santo, que es ser amado el Padre en el Hijo y el Hijo en el Padre, y la del Hijo, que es la salvación de las almas por quien murió, y las de todos los santos y ángeles del cielo, que le parece sería lo mismo, y cuando se pone en la oración y se halla que no puede entrar en ella por sequedades, perturbaciones, acógese luego a decir su palabra *sanctificetur nomen tuum*, y quédaselas repitiendo muchas veces, con lo cual se quieta, y si le dan otra nueva luz, recíbela con

1 Matth., XVII, 5.

alegría, y si no, conténtase con gastar el tiempo de su oración con sola esta palabra.

Anda este deseo de las almas en el corazón al mismo paso que el deseo de la gloria de Dios, porque parece que es todo uno, y de esto le aseguró el Señor una vez con aquellas palabras que él respondió al fariseo, cuando le preguntó cuál es el mayor precepto de la ley, y respondió: amarás a tu Dios sobre todas las cosas, el primero; y el segundo, semejante a éste amarás a tu prójimo como a tí mismo; y es de advertir que aunque en la oración muchas veces tiene hablas interiores y luces intelectuales, de ordinario para el aprovechamiento de su alma o de otras almas y para el bien de la Iglesia, casi siempre le dan luz trayéndole a la memoria palabras de la Sagrada Escritura, en las cuales halla la declaración á propósito de la luz que le dan, y sin hacer ningún discurso ni fuerza, se le vienen a la memoria y la declaración de ellas, así de lo que enentonces se piensa como de otros lugares de la Sagrada Escritura. haciéndose una mezcla muy gustosa en el entendimiento. Pusiéronsele una vez estas palabras que Raquel dijo a Jacob: Dame hijos, si no moriréme (1), y con ellas le dió tal ímpetu de hijos de gracia y celo de las almas, que ni en mucho tiempo se le quitaron de la memoria las palabras ni los ímpetus del corazón.

Leyendo por estudio y curiosidad algunos libros de geografía que tratan de las diversas tierras, gentes y naciones que hay en el mundo, y viendo lo que vale un alma y los muchos millares de ellas que se condenan por no haber quien les administre el Evangelio, parece que se afligía demasiadamente no entendiendo cómo correspondía con la misericordia de Dios criar tantas almas, que él sabía se iban al infierno, y permitía se condenasen por falta de obreros. Pero cegó su entendimiento a la ordenación de la divina providencia, y parecíale que le respondía el Señor haber dado suficiente remedio para todos y para infinitos mundos que hubiera, con su sangre, ley y sacramentos, y que en la mano de los hombres estaba cumplir lo que él les mandó, de ir por todas las partes del mundo y predicar el Evangelio a toda criatura, pero replicaba el alma las palabras del apóstol San Pablo, diciendo: Señor, ¿cómo oirán si no les predican?, ¿y quién habrá que les predique si no los envían? Con esto se le puso delante la gran diligencia y cuidado que tienen los demonios de llevar almas al infierno, y la industria de los malos en pervertirlos, y la gran negligencia y descuido de los cristianos en procurar la salvación de la gentilidad, y principalmente las razones vanas e impertinentes con que muchos se atreven para impedir este fruto de algunos que profesan y pretenden agradar a Dios; con este motivo escribió un libro para afervorar las almas a la conversión. Gustaba de tener oración en un libro de mapas, yendo por todas aquellas tierras distantes con el deseo e imaginación, convirtiendo y bautizando almas, y rogando a Dios se abriese camino para ello.

Muy ordinaria meditación suya es estar puesto en la cruz de Cristo, crucificado con él, y decir las mismas palabras que Cristo

1 Gen., XXX, 1.

dijo, afervorando con cada palabra los deseos en que siente más fruto, conviene a saber, en aquellas palabras: Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen, desear y pedir perdón de los pecados para sí y para todos los pecadores; en la segunda: Mujer, ves aquí tu hijo, y al discípulo, ves aquí tu Madre, la devoción de la Virgen; la tercera al ladrón: de verdad te digo que hoy serás conmigo en el paraíso, la confianza en la misericordia divina; la cuarta: sed tengo, el celo de las almas; la quinta: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?, la queja amorosa de verse el alma apartada de Dios; la sexta: *consummatum est*, el arrojamiento de la voluntad a la mayor perfección; la sétima: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu, el abrazo interior de Cristo y el olvido de todas las cosas criadas y descuido de sí en todos sus trabajos, echándolos y arrojándolos en las manos del Señor.

Acaécele muchas veces, comenzando a decir estas palabras, detenerse en la primera pidiendo perdón para las almas y no acertar ni poder salir de allí. Sus continuos deseos se reducen a tres, conviene a saber, la mayor honra y gloria de Dios, la salvación de las almas y aprovechamiento propio, pureza, amor y humildad cristianas. De estos tres deseos se viene a hacer una mezcla que parece que todo es uno, y así, cuando la demasía de un deseo de estos estorba al otro, luego da en rostro aquella demasía porque la porción y armonía de todos juntos es la que hace más efecto; de aquí es que cuando el deseo de la pureza le viene, procura no tratar con nadie; refrénase este con el celo de las almas, y cuando el espíritu incita mucho a salir demasiadamente de casa a tratar almas, refrénale el aprovechamiento, y a todos ellos procura traer en el nivel necesario del deseo de la mayor gloria de Dios, que este deseo nunca es demasiado ni con ninguna cosa se refrena, antes siempre desea luz para entender cuál sea esta mayor gloria de Dios, y cuando ve que algunas almas con título de la pureza estorban a otras el celo, o con ímpetu del celo se ponen en peligro de la pureza, dale gran pena por ver que no entiendan esta armonía y que con razones vanas reprueben el afecto de la caridad.

Acaécele muchas veces sacar de la oración una luz clara y aun conocimiento grande de lo que vale un alma, y la estima en que se debe tener; porque unas veces le descubren ser criada a imagen de Dios; otras, ser el fin para que Dios crió las demás criaturas; otras, ser tan amada de Cristo que dió por ella su vida y sangre; otras, cuán agradable es al Señor querer mucho las almas; otras, parece que las ve como bañadas en la sangre de Cristo; otras, que las ve vestidas de Cristo crucificado, y como el corazón las estima en tan gran precio, parécele que es muy poco perder la vida porque alguna de éstas tenga siquiera algún buen pensamiento, y con esto no atiende al daño que pueden hacer los trabajos que por ellas se reciben; antes ha experimentado que mientras estos trabajos se toman con más fervor, menos daño hacen a la salud por ir sobrellevados con el gusto que se recibe en trabajar por salvar almas, y ha experimentado que la ociosidad y sufrir los ímpetus interiores, sin ponerlos en algo por obra, hacen mucho daño, demás del descontento

y desabrimiento con que deja el espíritu, y duele tanto cuando está con esta luz ver los daños que en estas almas hacen los demonios, tomando por medio la sensualidad y amor propio de los hermanos, que acaece descaecerse el corazón y condenarse a un perpetuo tormento viendo que se condenan muchas almas, y como sabe que se van tantas al infierno, quédale su llaga insanable.

Descúbrensele algunas veces los lazos que los demonios tienen puestos en muchos de los estados para impedir el aprovechamiento y destruir las virtudes, quitar la gracia, y sin querer saber cómo pasa ni sin advertir en ello, parece que oye lo que pasa en el consejo que los demonios hacen en el infierno, y los conciertos que de allá sacan para hacer daño en el mundo. No es esta vista con los ojos interiores ni exteriores del corazón, sino una noticia intelectual que pasa en un instante y penetra el entendimiento y se fija de tal manera en la imaginación, que cuesta grandísimo trabajo el desarraigarla, aunque el alma hace buenamente lo que puede en echarla de sí, porque no sea principio de algún juicio temerario y venga engañado por esta vía a emboscar el corazón en alguna malicia. Pero acaece, que junto con esta luz interior, se ven después los sucesos de los daños, por donde le da más crédito, y también por el modo por donde esta luz viene, que no parece que sale del entendimiento sino de la voluntad, ni la causa el conocimiento y la meditación sino el afecto y el amor.

De esta luz le nacen muchos y diversos afectos; unas veces un miedo de no se descuidar de su propia alma por el cuidado que le ponen las otras, otras, una compasión de los hombres viéndolos tan cercados de lazos y peligros; otras, un deseo de dar voces para que no caigan en ellos descubriéndoles el peligro que tienen delante; otras, una admiración de ver los diversos entendimientos que hay en el mundo, y con cuánta seguridad caminan algunos sobre las emboscadas, lazos y enramadas que les tiene puestas, sin echar de ver que se les hunde a cada paso el suelo falso y da en profundísimos barrancos, y con cuánto ahinco huyen de otras cosas teniéndolas por peligrosas, que o no son peligros o son de muy pequeñas caídas, y se dejan caer en lo que más habían de huir, y lo que más le admira es que la razón humana pone a veces tales razones contrarias a la luz interior de su espíritu, que parece que convencen.

Viene a sospechar si la luz de su espíritu es falsa, y no se confía de ella para emplearse en lo que podría conforme a lo que se declara en la oración, y quédase suspenso diciendo con el real profeta David, y quejándose del destierro de esta vida: ¡Ay de mí, que se me alarga este destierro y mi habitación es con los moradores de Cedar (1), que llamaban Cedar un montecillo lleno de zarzales, que así le parece que está todo en este mundo, lleno de dudas y oscuridades, y querríase ver en el cielo donde la luz y noticia está clara y cierta, que no hay la confusión que en esta vida; aunque a la verdad esta luz interior es tan conforme con la Sagrada Es-

---

1 Ps. CXIX, 5.

critura y a lo demás que se sabe por fe, y los indicios exteriores son tan evidentes, que no hay duda en los peligros que ve en el mundo, y así se deshace por decirlos a los hombres, y si se detiene parécele que es pusilanimidad, si dice algunos, avisando a algunas personas, teme no se sigan muchos daños, y descansa con hablar en común. También se le da luz de faltas e imperfecciones de almas, mas de pecados mortales pocas veces o ninguna, aunque le acaece muchísimas veces estando confesando venírsele pecados que preguntar y hacer instancia en que se descubran más los penitentes, pero aquella nace de la ciencia de la teología y las conjeturas de lo que oye. Lo que más le perturba es la cuenta que Dios ha de pedir de los talentos recibidos, y hallarse con muchos para este miministerio, principalmente para estudiar con facilidad en poco tiempo y hacer memoria de muchas cosas que otros han menester días. Pero no hace tanto escrúpulo de esto como de ofrecérsele en la oración muchas doctrinas importantes para la salvación de algunas almas, y que parece que le vienen ímpetus que se las diga y avise.

Con estos deseos de las almas comenzaba en un tiempo y proseguía sus estudios, consolándose de que ya el entendimiento se ocupaba en ellos, y si distraía de la presencia de Dios, no era tiempo mal empleado. Este mismo celo lleva al continuo ejercicio del predicar y confesar y estudiar para ello, lastimándole mucho ver cuán al revés del provecho de las almas toman algunos estos oficios, y así le acaece oir algunos sermones en los cuales se echa de ver que el predicador se va predicando a sí y no a Cristo crucificado, que le da mucha pena. Lo que más le atormenta en este caso es ver el celo que pone Dios en algunas mujercitas, y hombres idiotas y gente ignorante, y con cuánto cuidado procuran hacer provecho en la Iglesia, quedándose atrás los que lo tienen por oficio y profesión.

Por ejercitar mejor este celo y hacer más fruto con la edificación exterior buscó Religión de aspereza, y por este mismo celo quisiera ir encaminando a los con quien trata, y por perseverar en el mismo ejercicio no hace escrúpulo ninguno en aflojar de algún rigor de los que pueden quitar las fuerzas y salud, antes lo tendría muy grande de lo contrario, no porque entienda que no es muy agradable a Dios cualquier penitencia y rigor, sino porque sabe que las vocaciones son diversas y cada uno ha de poner los medios ordinarios para el fin que Dios le ordena.

De este celo le nació dar orden con que algunos fuesen a conversiones de gentiles a las partes de Etiopía y otras partes de las Indias, y poner en esto la diligencia posible, y hale acaecido, estando con estos deseos de almas, ofrecérsele a la imaginación algunas figuras que incitan a las conversiones. Una vez le pareció ver una ciudad murada, aunque de casas bajas y poblada de mucha gente, y por las puertas de ellas salían gran multitud de personas, así hombres como mujeres, a las cuales se echaba el agua del bautismo. De esta representación interior le nació por entonces tanto deseo de ir a parte donde pudiese ejercitar este ministerio, que, con el ímpetu interior que le atormentaba el corazón y por algunas contradiciones, que por llevar adelante este celo le acaecieron, padeció

grandes tormentos, porque aunque quiere desechar del corazón este deseo de almas, no puede, porque bien ve el entendimiento que no es malo desear que todas se salven. Acaece acordarse de algunas almas que sirven al Señor, y ser tan grande la ternura de amor que cobra el alma con ellas y los deseos fervorosos y encendidos de su salvación y su bien, que no lo podrá entender sino quien por ello hubiese pasado, y de aquí es, que los que se aman en Dios y por Dios, mientras más van deseando la gloria divina, más se van animando entre sí. Otras veces, estando en la oración, a deshora pónese delante alguna persona que hace distraer de lo que se va pensando, la cual le parece le está pidiendo la encomiende a Dios, y entonces, o la ofrece al Señor, o le pide algo por ella o se le viene al entendimiento alguna doctrina que le diga, y esto le acaece muy a menudo.

Hásele dado a entender cuán torcido camino es para llevar almas al cielo, tratarlas con rigor y aspereza, y cuántas más son las que quieren ir por amor que con rigor, y con la experiencia que de esto tiene y el modo que vió en Jesucristo y los Santos, está muy persuadido que es imposible guiar a la perfección, cuando no entendieren que les tiene amor y desea su salvación el que las trata. Porque como somos flacos y miserables que no vemos lo interior, sino que juzgamos por las muestras exteriores que vemos, por más celo que se tenga de mi salvación, si no se muestra amor, siempre me retraeré y no tendré confianza de quien me guía, y aunque en lo exterior finja obediencia y sujeción, en lo interior me queda obstinación y sequedad; muchas cosas le han acaecido en este género, acerca de almas que le han declarado sus conciencias y hechas confesiones enteras y dejado pecados y mal estado de vida por haberles tratado con blandura y amor, y en pocas ha experimentado lo contrario. De adonde se ha seguido ver cuánto más hace al caso ganar los corazones con caridad, que amedrentar los espíritus con rigores y guiar con industrias humanas, que, aunque es verdad que ha de haber de todo, universalmente hablando más almas se han convertido con amor que con rigor.

No puede sufrir el demonio este camino de la caridad y amor de los prójimos, y así busca todas las industrias e invenciones posibles para desacreditarle y hacerle olvidar. De lo cual se le descubrieron algunas trazas y entre ellas contaré algunas por el orden siguiente. Pone muy delante de los ojos y persuade muy de veras en los corazones de muchos, que la excelencia del espíritu de oración consiste en algunos sucesos que llaman mercedes sobrenaturales, como es, quietud interior, gustos y regalos, visiones, revelaciones, arrobamientos, ternuras y cosas semejantes, que van a parar más de veras al consuelo de la propia alma que a la gloria de Dios y aprovechamiento de las propias conciencias. Diósele a entender cuánta gana traía el adversario de embaucar las almas con esta invención para divertirlas del amor de Dios y del prójimo, que es lo fino y segundo de la oración. A otras persuade el adversario que el fin de la perfección es sola la penitencia, aspereza o recogimiento, y de tal manera mueve los corazones de estos a esta doctrina, y en el

trato de las almas pinta tales peligros, ocasiones y distraimientos y faltas de espíritu, que les hace en creyente ser todo uno, querer salvar almas y buscar peligros y desasosiegos, y por esta vía aparta a muchos de este camino de la caridad y celo, porque como es amigo de extremos, no querría que entendiesen los hombres que se puede tener medio en buscar la salvación de las almas y conservar el corazón recogido.

Diósele a entender a este propósito la diferencia que hay del amor tierno al amor apreciativo, y que en el tierno se hallan los gustos, regalos, quietud de espíritu, ternuras y otros efectos semejantes; mas quien ama a Dios con amor apreciativo, desea darle contento y hacer algo por él, y luego a este deseo se sigue querer encaminar almas a que le sirvan como a principal efecto, y aunque no despreció el amor tierno y sus efectos, tuvo desde entonces en mucha más estima el amor apreciativo y celo, y entendió ser este el camino más cierto, seguro y meritorio. La mayor industria que los demonios tienen para derribar este espíritu del celo de las almas es las opiniones de los hombres, contrarias a él, porque, como decíamos, hay muchas que ponen el fin de la perfección en el propio aprovechamiento, llamando aprovechamiento a sola la penitencia y clausura, y al celo de las almas desaprovechamiento y peligro, y allegando para esto muchas razones y autoridades de la Sagrada Escritura que harán turbar a quien con otras no les supieren responder. En este caso le han acaecido hartas contradicciones de personas que le habían de ayudar; vióse atormentado de dos contrarios; de la una parte, el celo de las almas, y de otra, el deseo de la sujeción y obediencia, no porque entendiese jamás que por ninguna cosa criada se ha de pecar y desobedecer, aunque sea por ganar todo el mundo para Dios, pues dice el mismo Señor: ¿Qué le aprovecha al hombre que gane todo el mundo si su alma padece detrimento? (1), sino por no poder sufrir que, por respetos humanos o por temor del qué dirán y por querer seguir opiniones, se deje de hacer fruto en las almas por quien el Señor murió en la cruz. Acaece, leyendo en la Sagrada Escritura, ofrecerse infinidad de lugares a este propósito declarados por los santos, los cuales le aseguran el camino del celo de las almas, y hacen cerrar los ojos y los oídos a razones y opiniones contrarias. Había en este caso muchas particularidades que decir, pero no es mi intención contar historias sino declarar este espíritu y manera de proceder.

---

1 Matth., XVI, 26.

CAPITULO VII

TRABAJOS Y PERSECUCIONES

DE LOS DESEOS DE PADECER POR CRISTO, TRABAJOS, ASI ESPIRITUALES COMO TEMPORALES, Y DEL FRUTO QUE EL ALMA SIENTE CON ELLOS Y COMO SE HA EN ELLOS AL TIEMPO QUE LE CONGOJAN. DE CUAN BUENA COSA SEA PADECER, Y LAS TRES MANERAS QUE HAY DE TRABAJOS. TRATASE DE LAS PERSECUCIONES DE LOS JUSTOS CUANDO AFLIGEN MOVIDOS POR FALSO CELO.

§ 1.º

Doctrina es muy sabida que todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo han de padecer persecuciones y trabajos, y que hasta ahora pocos han entrado en el cielo de la perfección y en el de la bienaventuranza sin pasar por este crisol y fragua, donde se afina y adulza el oro de la virtud, y pues nuestro capitán Cristo Jesús, fué más perseguido, nadie piense seguirle sin cruz, negándose a sí mismo y buscando el camino más estrecho, que es el de la vida, porque el ancho de los descansos es el derrumbadero para la perdición; y aunque a algunos de sus amigos les da el Señor regalos, consuelos espirituales, visiones, revelaciones, milagros, ternuras, gustos y semejantes efectos que nacen del amor tierno, y para bien de su iglesia les pone en oficios honrosos y permite que sean estimados y queridos, pero el camino de afrentas, infamias, calumnias, persecuciones y trabajos, padecidos con paciencia, celo, fortaleza y fervor, es al que más el alma se inclina con la inclinación de la razón, cuando está con luz interior que nace de la imitación de Cristo, o por parecerle que es el más seguro, o porque en sus continuas oraciones no pide otra cosa sino la mayor honra de Cristo, y serle más agradable, o por otras causas ocultas que el alma no sabe; y así el padecer ha sido en tanta abundancia, que podría decir con el apóstol San Pablo: De ninguna cosa nos hemos de gloriar; pero si de algo, gloriaréme yo en mis tribulaciones para que more en mí la virtud de Cristo (1). Qué tribulaciones sean las que ha padecido, quiérolas contar en este capítulo, tratando primero de las exteriores y luego de las interiores, declarando lo que se sabe de ellas por experiencia, y las armas y apercibimiento que Dios da para que con paciencia se sufran, y los provechos y frutos que de estas espinas de las tribulaciones como rosas hermosísimas resplandecen.

Dos maneras hay de trabajos, unos exteriores y otros interiores. Los exteriores son en tres maneras: unos que atormentan el cuerpo, otros que quitan la honra, otros que privan de la hacienda. De esta tercera manera de trabajos, que es pobreza, no ha experimentado, porque no ha tenido ni deseado hacienda ni tiene condición de dár-

---

1 II ad Cor., XII, 5.

sele nada de las cosas del mundo; antes en este caso ha vivido toda la vida con descuido de hacienda y contento de la pobreza, y fuérale penosísima cruz tener cuidados y gobierno de cosas temporales. De los trabajos del cuerpo tampoco ha padecido muchos; porque pocas veces ha padecido dolores agudos, enfermedades ni otras corporales aflicciones; solamente en este caso podemos contar muchos cansancios, vigilias, quebrantamientos del cuerpo, algunos dolores de cabeza y estómago, que suelen nacer del estudio y oración y cosas semejantes. Los trabajos en que principalmente ha padecido son contradicciones, afrentas, calumnias, injurias y cosas semejantes que militan sobre la honra y atormentan la imaginación con la confusión y vergüenza.

Acerca de las persecuciones es de saber, que unas veces persiguen los malos o los que están tenidos en mala reputación, y otras los buenos y que son tenidos por santos, que propiamente se pueden llamar peligros de falsos hermanos; alguna persecución ha tenido de gente distraída de quien ha sido murmurado y calumniado, pero ésta no da mucho trabajo, porque se trae consigo el consuelo interior viendo el alma que imita a Cristo, y como los malos no son creídos ni estimados, antes honran sus afrentas porque causan un cierto contento y crédito, y por esta vía suelen dar motivo de vanagloria.

Las persecuciones mayores, más trabajosas y más peligrosas son las de los mismos religiosos, falsos hermanos y de personas tenidas por santas y perfectas, cuando, permitiéndolo Dios por secretos juicios suyos, ahora sea movidos por falso celo, ahora sea con la repugnancia de condiciones, comienzan a perseguir, digo que son éstas mayores persecuciones, porque es mayor afrenta la que de aquí resulta, pues los buenos son creídos y los malos no, y cuando ellos persiguen ni delante de malos ni de buenos se puede alzar la cabeza sin gran vergüenza y empacho, y no hay defensa de ninguna manera, porque si publica su inocencia, desacredita la virtud de quien le persigue, y como el continuo deseo es la mayor honra y gloria de Dios, y el desacreditarse los justos sea con tanto perjuicio del bien de las almas, la herida que da en los contrarios para su defensa, primero le atraviesa a él el corazón. Demás de esto, cuando persiguen los malos que saben que hacen mal, una vez que otra se arrepienten del daño y restáurase el honor perdido, y puédense convertir al bien y hacerse amigos, y algunas veces por malos que sean, tienen lástima de quien padece, y con la luz del desengaño que les suele venir, cesan de la persecución, y el modo que en ella llevan es grosero y público y fácil de entender y resistir; mas cuando persiguen los buenos y justos engañados con celo falso, que piensan *obsequium se praestare Deo* (1), no hay esperanza de reparo; antes mientras más les crece la devoción, más se les aumenta el falso celo y más procuran llevar adelante el que piensan que es servicio de Dios, y no se arrepienten ni abren los ojos ni reciben nueva luz, por ser su ingenio y opinión incapaz de la razón contraria, y son las persecuciones es-

1 Joan., XVI, 2.

condidas y con un secreto y modos coloreados de virtud, y dicen unas palabras, al parecer, tan graves y tan santas fundando sobre alguna verdad con muchos encarecimientos, y echando mano de posiciones universales, juntando con ellas las sospechas que tienen en su corazón, las cuales afirman por tan ciertas, que el mismo que padece y sabe evidentemente ser falso lo que se dice, queda tan atajado que algunas veces se persuade a creer antes ser verdad la mentira de sus contrarios que no a ponerse contra ellos ni a responder a tales ni a tales razones y juicios temerarios que se le levantan; cuánto más quien está de fuera a quien no se puede dar cuenta de las particularidades, sin hacer agravio a la gloria de Dios y crédito de la virtud, y así con el callar del perseguido quedan fortificados en su falsa opinión, de que hay rencores y bandos entre los que parecen santos y de entrambos se pierde el crédito.

No entiendo que para este género de perfección haya otro remedio sino el brazo poderoso del Altísimo, que milagrosamente derribe de la opinión del que con falso celo persigue como derribó del caballo a San Pablo cuando iba contra Damasco, que bien debieron experimentar los cristianos de aquel tiempo lo que les hacía padecer con el falso celo de la ley. Lo que más atormenta a los que padecen en este género de persecución por mano de santos y falsos hermanos es ver el daño que resulta y los escándalos que se levantan, la ocasión que toman los malos para perseverar en sus revueltas con el ejemplo de los buenos, los pecados que de allí nacen, el tiempo que se pierde en andar en estas contiendas, la inquietud de los espíritus que de aquí se sigue y otras muchas cosas, de las cuales le parece al afligido que no está libre de culpa, porque aunque no la entienda decir, y le parezca que tiene razón, vése participante en la revuelta que es la fuente de donde vienen esos daños, y no sabe cómo salir de estos enredos, porque dejarse condenar sin causa, le atormenta el corazón viendo que se pierde gloria de Dios perdiéndose el fruto que pudiera hacer en la iglesia si no estuviera desacreditado, y cómo se revuelven afrentas de terceras personas que están sin ninguna culpa y ve que prevalece la mentira. Estas tres lanzas le atraviesan las entrañas y tienen colgado de los cabellos. Pues volver por sí no se atreve por los grandes daños y mayores .revueltas que de la defensa se siguen, y así llega el corazón a un ahogadero causado del aprieto interior del espíritu y de la afrenta y vergüenza de la deshonra que causa un tan insufrible tormento en lo interior y exterior del alma, que sólo quien lo padece, o por mejor decir, solo Dios lo puede entender.

De este modo de persecuciones ha tenido muchas desde muy tierna edad, y padecido afrentas tan graves y extraordinarias y tan publicamente dichas, que no sólo a oídos de gente popular sino de los más principales de la cristiandad han llegado las calumnias, y no como quiera dichas, sino predicadas algunas veces en los púlpitos.

§ 2.º

De las tribulaciones interiores que nacen de las persecuciones y afrentas.

Así como el alma excede al cuerpo y el espíritu es más principal que la carne, así los trabajos y aflicciones interiores exceden en gran manera a los exteriores, y son más dificultosos de sufrir y de remediar. Estos trabajos interiores son en dos maneras; unos proceden del mismo espíritu y son dones espirituales y efectos de amor y caridad; otros proceden de los trabajos exteriores y son turbaciones del corazón causadas de ellos. Contemos lo primero de esta segunda manera de trabajos, que alguno me lo agradecerá ponerla esta doctrina por orden, porque se consuele cuando se viere en ellos con la luz, y no le parezca que en solo su corazón se hallan, que para eso les da Dios a unos, para que sabiéndolos contar y sacar a plaza, los que los oyeren se animen, consuelen y aprovechen. Aunque estas turbaciones de que quiero tratar sean innumerables, y unas veces atormenta, una o dos, otras veces rodean muchas juntas el corazón y baten la paciencia, irán dichas por el orden que se me acordare.

Temor. La primera manera de turbación es el temor que viene de alguna persecución y trabajo que hace presente a todos los malos sucesos que pueden venir, y a veces la persecución no es nada, pero el temor hace discurrir en los trabajos posibles y futuros que de allí pueden suceder y causar, que los concibe el corazón ya como presentes, con lo cual se aflige de manera, que con sola esta tormenta de temer, ya le parece al alma que está anegada toda la navecilla. Levantan, pongo por caso, un falso testimonio, comienza el alma a discurrir con el temor en todos los daños, infamias y malos sucesos que de allí pueden venir, y va contando tantas desventuras de sí como si ya las tuviese presentes, que para reparo de esto fuese necesario dijese el Señor: bástale al día su malicia (1).

Desapercibimiento. La segunda es el desapercibimiento del trabajo y tomarle el alma desarmada; porque acaece haberse esforzado con mucha oración y providencia para trabajos que teme, y después de muy cansada de buscar los pertrechos y defensas interiores y exteriores para no caer, viene un trabajo tan nuevo y tan no pensado, y éntrasele la persecución por la parte de la muralla menos guardada y defendida, que parece que aposta andubo buscando Nuestro Señor un extraordinario suceso para dar el golpe en donde más le duela el corazón y menos apercibido esté de paciencia, y aquí es el peligro de perderla porque aprieta el trabajo presente, y desconsuélase el alma viendo que ha perdido su tiempo e ingenio en apercibir las defensas que no hacían al caso.

Conocimiento propio. La tercera es una junta y liga del conocimiento propio y humildad con las afrentas, calumnias y falsos testimonios; porque acae-

1 Matth., VI, 34.

ce al mismo tiempo que se ve una persona afrentada y que dicen mal de ella, darle Nuestro Señor luz en lo interior de su alma de sus pecados e imperfecciones, mostrándole la gravedad de ellos como suele, y como el corazón está tierno con la calumnia, y la luz del conocimiento propio es verdadera, derríbanle de tal manera que le atan las manos para volver por sí, y así se deja afrentar cerrando los ojos a toda la prudencia humana, y no admitiendo ninguna justicia para su defensa; antes anda buscando por entonces mayor afrenta exterior en pago de lo que entiende merece por haber ofendido a Dios, y el acíbar amargo de la calumnia a que no podía arrostrar, se le vuelve dulce conserva azucarada con la penitencia; pero luego falta aquel gusto con los daños que se siguen viendo que prevalece la mentira y queda de todo punto el corazón derribado. Quien no sabe lo que pasa allá dentro de las cortinas de las entrañas, y en lo exterior viere aquella persona muy turbada y afligida, juzgará que es por la afrenta exterior, y escandalízase teniéndole por soberbio, si no es amigo, y si lo es, viene a consolar, trayéndole a la memoria los pecados y agravándoselos para que vuelva en su ser por vía de humildad y penitencia, y lo uno y lo otro le acrecientan la pena, porque le parece que su soberbia es grande, condescendiendo con la opinión del enemigo, y la gravedad que él conoce de sus pecados y que le pone delante el amigo se engrandece con el mismo temor y confusión que de sí tenía, y así los que le llegan a consolar viéndole tendido en el muladar de su propio conocimiento, son los que más le desconsuelan y acrecientan la pena, y si Dios no dejase algún respiradero de confianza o se divirtiese el pensamiento con otros negocios y cuidados, muy cerca llegaría un alma a los despeñaderos de la desesperación.

Lo cuarto es la niebla y oscuridad con que Dios atormenta corazones. Es cosa maravillosa de ver que al tiempo que parece no es menester, da mucha luz de los tesoros escondidos que hay en los trabajos, y grandes ímpetus y ganas de padecer por Cristo, con muchos discursos y razones con que el alma se aperciba para cuando venga la cruz. Pero en viniendo el trabajo, se le levanta en lo interior un humo y niebla tan oscura, que se olvidan todas las razones, y ciégase en entendimiento y se le atan los pies y manos para discurrir, y no sólo no queda rayo de luz interior, pero aunque venga todo el mundo a consolarle y le digan todas las razones y profecías que escribieron todos los santos y profetas acerca de la paciencia, no le entran más que entrarían a un hombre fuera de sentido. Oscuridad.

La quinta es la compasión de ver padecer a los amigos por su causa; acaecía mil veces estar fuerte en la paciencia y alegrarse con las afrentas y persecuciones propias, como quien mucho las ha deseado, pero ve que los amigos y quien le quiere bien sienten ternísimamente sus trabajos; éntrasele aquel sentimiento de los amigos en las entrañas armado de agradecimiento, amor, ternura y compasión de verles padecer, y otras semejantes armas que ablandan y desmenuzan el corazón, de suerte que si pudiese por entonces consolar sus amigos y quitarles la turbación, no tendría cosa de mayor contento, pero ha de disimular por no darles mayor pena viendo **Compasión.**

que no siente o por no hacerles indignar, imaginando que tiene en poco su compasión; ya que quisiese no puede consolar a todos, y así por una parte o por otra se le sigue un gran desconsuelo.

Imaginación de si hay culpa.

La sexta y que más aprieto da es la imaginación de si hay culpa o pecado que causa aquella cruz, o esté escondido en aquel padecer, porque como se ve por una parte injuriar, afrentar y tener por culpado de gentes santas, y recela que su amor propio le encubra sus propios defectos, teme no haya culpas secretas de donde con razón tomen ocasión los maldicientes, y como no las halla el alma para enmendarse y arrepentirse de ellas, y no se osa disculpar conociendo su flaqueza, cae en una increíble confusión, con la cual anda tan perturbado y afligido, que se querría salir de esta vida por tener verdadera luz y estar seguro de no ofender a un tan buen Dios, y cuando esto aprieta, ningún otro consuelo halla sino el deseo de la muerte; mas con el recelo de si hay culpa escondida, témese la salvación, y así ese deseo no satisface con esta congoja. Repite muchas veces el verso del salmo: líbrame, Señor, de mis pecados escondidos, y de los ajenos perdona a tu siervo, de los que por su causa otros cometen (1).

Desconsuelo de la impaciencia.

La sétima es un desconsuelo interior de ver su impaciencia y experimentar que siente sus trabajos y el verse perturbado al tiempo de las turbaciones. Que es como un redoble de turbación a perturbaciones, impaciencia por impaciencias, cruz por cruces, y hiere más despiadadamente el corazón, que como al tiempo de la oración el alma desea padecer con Cristo con tanto ímpetu que ningún otro consuelo parece puede tener sino en la cruz, y después al tiempo que viene la cruz, siente la impaciencia y falta de sufrimiento puesto en las ocasiones, cae en la cuenta y viene a entender que toda su oración y virtudes eran fingidas, falsas y mentirosas, pues una pequeña cruz teniendo deseo de otras mayores le derriba, y piensa que todos sus propósitos son vanos y sin ningún fruto ni virtud, y como después de tanto tiempo gastado en ejercicio de oración se ve con tal desaprovechamiento, dale una increíble pena y tristeza, y no se congoja tanto de las afrentas como de ver que se congoja con ellas.

Ver la ceguedad del mundo.

La octava es un gran enfado de ver la ceguedad que hay en el mundo y las nieblas, engaños y dudas que hay; en qué será lo más acertado, viendo la contrariedad de opiniones entre gente santa, porque lo que a él le parece más perfecto a otros parece abominación, que querría salir de mundo tan ciego y enmarañado a la tierra de promisión donde resplandece la verdadera luz, y así con suspiros del corazón dice con el real Profeta: ¡Ay de mí, que se me alarga este destierro, y es mi habitación con los moradores de Cedar; que era un montecillo lleno de zarzales, como está este miserable mundo lleno de enredos, engaños y marañas.

Pertinacia del pensamiento que aflige.

La novena es la pertinacia del pensamiento de la misma cruz y trabajo, que se pone tan vivo y aterra con tal fuerza el corazón,

---

1 Ps. XVIII, 13, 14.

que parece imposible poderle desechar de delante por más fuerza que haga, que aflige y congoja de manera, que aunque no hubiese otro trabajo más de aquel trasudor que toma el alma para desechar este pensamiento, es una cruz intolerable, y donde quiera que va, se le pone delante. Si a la oración, allá se le representa para remover las pasiones de la ira y quitar la paz y quietud del espíritu; en la misa y oficio divino, para quitarle la atención; en los negocios, para cegarle el entendimiento a que no advierta para no darles expediente; cuando va a la mesa, halla que le quita el gusto de la comida; en la cama le quita el sueño. Finalmente es tan importuno este cuidado, que basta esta importunación para causar una cruz intolerable.

Vergüenza.

Lo décimo es la misma vergüenza y empacho que nace de las mismas afrentas, y especialmente cuando son casos vergonzosos, y este es tan intolerable tormento, que no osa levantar los ojos a ninguna criatura de pura vergüenza, que por huir de ella, aunque no hubiese otro premio en el mundo, dejaría todos los gustos, contentos, regalos y sensualidades de la tierra, y abrazaría todos los trabajos y tormentos posibles. Pues como ni goza de los deleites y padece la vergüenza más que si los gozase, atorméntase sin ningún refugio y sabe Nuestro Señor muy bien buscar las venas donde cada uno ha de recibir más empacho, y allí acude con lancetada y aun con lanzada.

Perplejidad.

La undécima es una perplejidad con que se halla acerca de los sucesos de los negocios, con la cual a cualquier parte que vuelva la cabeza y por cualquier camino que vaya, le sale al encuentro una intolerable cruz, que parece se la arman en todos los caminos, enredándose de tal suerte las cosas, que si sale con un negocio, espera un trabajo terrible, y si con el contrario, otro mayor. Esta perplejidad y verse el corazón cerrado y atajado por todas, mas sin poder rehusar cruz de una manera o de otra, es penosísima cruz.

Indeterminación en callar o hablar.

La duodécima es una duda e indeterminación en que el alma se ve metida en si responderá por sí volviendo por su honra o se dejará afrentar, peleando la verdad con la humildad, el deseo de padecer con el deseo de la gloria de Dios, y la rectitud con la mortificación interior; si responde por sí, acúsanle interiormente que no sufre ni tiene paciencia y que no ama la mortificación sino la honra, que no es humilde sino soberbio, y si no responde, tiene escrúpulo de que la mentira prevalezca y del agravio que se hace a terceras personas, y si es persona pública, del fruto que pierde la Iglesia con el descrédito de su doctrina, y como obliga a pecado mortal no dejarse infamar injustamente, nace una confusión y tormento intolerable. Si va a buscar luz de los amigos, unos le dicen que vuelva por sí, que es obligado, otros que sufra y tenga paciencia, dándole ejemplos de humildad; los enemigos, si calla, dicen que concede las culpas y que no osa salir a la defensa porque es culpado; si habla, dicen que ya ha descubierto su hipocresía y falta de virtud, pues tanto caso hace de su honra, y que tiene soberbia, y que de quien no tiene humildad se pueden creer cualesquier faltas; finalmente, andan jugando con el pobre corazón a la pelota sin que él pueda hallar un punto de reposo.

Temor de impaciencia.

La décima tercera es un vehemente temor de caer en impaciencia, porque como el alma se ve tan flaca y que en los trabajos suele caer y perturbarse, cuando se ve en ellos teme esta caída y perturbación y más pena le da este temor que todas las afrentas del mundo.

Tropel de muchos desconsuelos juntos.

La décima cuarta, acaece en el padecer al alma lo mismo que al perro cuando le sale uno o dos a morder y va de vencida, que acuden todos los perrillos de la calle y no hay gozguejo tan miserable que de la manera que pueda no le dé su bocado. Así acaece en lo que vamos hablando, que no se contenta Nuestro Señor de que acometan uno o dos trabajos, sino que al tiempo que parece que el corazón va de vencida con ellos, desata innumerables persecuciones interiores y exteriores que le van mordiscando y le llevan tan acosado y tan de vencida y con tanto ímpetu y furia, que si no se acogiese como el ciervo herido a la fuente de las aguas claras, dulces y frescas de la llaga del costado de Cristo Jesús, sin duda desfallecería y quedaría despedazado, y es cosa maravillosa que no siente algunas veces tanto las mordiscadas de los lebreles grandes con quien de propósito va peleando, cuanto los ladridos de los perrillos pequeñuelos que salieron de través.

Temor de pecar.

Y, finalmente, las turbaciones interiores que más afligen son las tentaciones y lazos que los demonios y malos hombres, sus ministros, ponen para hacer caer en pecados, porque se desea tanto su salvación y el agradar a Dios y el pasar esta vida con pureza, que las demás turbaciones que hemos dicho parece que andan por los arrabales; pero las que inducen a pecados, entran dentro del corazón y tocan en lo vivo, y estas de veras hacen perder la paciencia, como un ímpetu de sensualidad que en aquellos tiempos, sin saber cómo, se levanta, una cólera importuna, un deseo de venganza, un pensamiento de soberbia y vanagloria o de cualquier otro pecado, cuando se hace tan casero del corazón como si fuese muy provechoso, y finalmente, todas las tentaciones interiores que todas dan pena, y asimismo los lazos en los negocios o tales mandatos con preceptos que parece que necesitan a caer. Este género de turbación es de los que más inquietan, de la cual nos libre el Señor.

§ 3.º

De los trabajos espirituales y divinos.

Dicho habemos de los trabajos corporales y de las turbaciones interiores que de ellos nacen; digamos ahora de los trabajos espirituales y de la cruz interior, que aunque van muy mezclados de consuelos y causan grandes bienes y riquezas en el espíritu, no son los que menos afligen y atormentan, y aun son otros muchos y diversos, pero en honra y gloria de las cinco llagas contemos cinco principales que el corazón crucificado con Cristo siente y experimenta.

Amor intolerable.

La llaga del costado que abre las entrañas y traspasa el corazón, es el ímpetu del amor que un verdugo tan cruel y un tirano tan sin piedad, (aunque dulce y suave amigo) que atormenta y es insu-

frible dolor, y cuando éste ímpetu nace del amor apreciativo es un fortísimo deseo de la mayor honra y gloria de Dios, que parece que quebranta los huesos del alma, y deshace y atormenta sus miembros, y parece que arranca la vida sin ningún consuelo, y si alguno se tiene, es que nunca se afloja este tormento, porque en viéndose una vez el corazón ya herido, siente tal soledad, que no hay muerte que se iguale a carecer de tan dulce enemigo; si es ímpetu del amor tierno va penetrando con tal sutileza y delicadeza por todos los tuétanos y venas del alma, y hiere con tal viveza, ternura y dulzura en lo más interior de las entrañas, que matando, da vida, desconsolando, consuela y deja fuera de sí, aunque con soberana luz. Bien sabrán qué tormento sea este las almas que por él hubieren pasado, y quien experimentado no lo hubiese, no lo creerá, y por eso no quiero detenerme en decir más de su fortaleza.

La segunda llaga que corresponde a la de la mano derecha de Cristo es el celo y deseo impetuoso de la salvación de otras almas, cuando se ponen necesitadas de remedio delante de los ojos, y se representan al vivo los tormentos del infierno, que a muchos les están aparejados, si no se convierten; no sé declarar este tormento y dolor con otras palabras, sino acordando lo que siente una madre que tiene un solo hijo, cuando le dijesen que está condenado a muerte. Pues si el amor de Dios y el que por su causa se tiene a las almas por quien él murió, es más fuerte, más vivo y más tierno, descubra Dios a quien no lo ha experimentado lo que sentirá el alma a quien Dios le descubre la multitud de gentiles, moros, herejes y pecadores que están condenados para las penas eternas, habiendo por ellas Cristo Jesús derramado su sangre. De aquí nacen las locuras, las imprudencias, las demasías, que así las llaman los que no tienen celo, que se hallan en los que están heridos con esta yerba del amor de las almas, y el perder mucho tiempo del sueño y andar como turbados suspirando por ganar almas para Dios. Celo impetuoso.

En honra de la llaga de la mano izquierda pongamos el sentimiento que tiene el corazón de las ofensas y pecados que se cometen contra el Criador tan dulce, hermoso y primoroso, que pues este sentimiento causó en el mismo Señor el sudar gotas de sangre, no es mucho que haga trasudar al alma que bien le quiere. Sucede esta herida de esta manera; declárase en la oración lo que merece Dios ser servido, adorado y amado, y luego la gravedad de un pecado mortal, por pequeño que sea, y la injuria y ofensa que con él se hace a Dios, y cómo, si ello pudiera ser, muriera Dios de pesar de uno solo que hubiera en el munddo, y estando herido el corazón con esta herida de un solo pecado, acude entonces la memoria cargada con todos los pecados del mundo, y represéntalos al entendimiento con la gravedad que tienen; y si solo uno hiere y atormenta tanto ¿qué harán tantos millares de ellos como hay y ha habido en todo el mundo?, no puede el corazón sufrir tanto tormento, y así descaece diciendo con el real Profeta: *Defectio tenuit me pro peccatoribus derelinquentibus legem tuam* (1). Sentimiento de pecados.

1 Ps. CXVIII, 53.

Conocimiento propio.

La llaga del pie derecho es una luz del conocimiento propio con que se le representan al alma todas sus miserias, flaquezas, imperfecciones, peligros, inconstancias, rebeldías y pecados, y hállase metida dentro de sí misma con la misma pena y congoja que quien se hallase hasta la garganta anegado en un pozo profundo, hediondísimo, sucio y abominable, que querría dar gritos porque alguno le diese la mano y le sacase y librase de sí mismo, y como se halla tan cerca y aun dentro de sí y que es el mismo de quien querría huir, sin tener sustancia ni cosa buena, llora y atorméntase diciendo: *Infixus sum in limo profundi, et non est substantia* (1).

Dolor de sus pecados.

La llaga del pie izquierdo podemos llamar el tormento que nace de la consideración de los propios pecados que el alma ha cometido, los cuales por mil partes están despedazando el corazón, ya poniendo delante la ingratitud y ofensa que hizo contra Dios cuando las cometió, ya el temor de las penas del infierno a que de cierto sabe estar condenado, sin tener certidumbre de que haya alcanzado perdón, ya el recelo de tornar a caer, supuesta la poca confianza que de sí mismo tiene y la experiencia de su flaqueza; por estas y por otras ciento mil partes combate esta memoria y da tales golpes, que es menester particular fuerza de Dios para sufrir, aunque luego por vía de la confianza revuelve clamar, y abrázase dulcemente el corazón con amor de Cristo, perdonador de sus pecados.

Es cosa maravillosa de ver el tormento y dolor de estas cinco llagas del alma, y cuán más aguda, secreta, interior y viva es su herida que la de las penas, tribulaciones y trabajos que arriba dijimos, y qué engañados andan los hombres que no escudriñan las entrañas y lo interior y que solamente miran lo de fuera: porque acaecerá juzgar que la pobreza, afrentas, dolores y turbaciones traen al alma afligida, seca y mortificada, y será muy al revés, porque antes aquellos tormentos consuelan y untan las llagas y heridas causadas de estas cinco llagas y dolores espirituales.

Fuera nunca acabar, si dijéramos lo que en cada una de ellas pasa con los retruécanos del amor al temor y del temor a la confianza, del celo a la unión y del conocimiento y abatimiento al conocimiento y seguridad con Dios, de la contrición al amor y las mezclas interiores que aquí hay, que son tantas, que, aunque se sienten y están claras en el alma, para decirse y escribirse no se halla lengua ni pluma.

§ 4.º

De los reparos y defensas contra las tribulaciones.

Dicho habemos de los trabajos, así interiores como exteriores, así espirituales como sensibles. Digamos ahora de los reparos y trincheras que se suelen poner, para sufrirlos con paciencia, y con qué virtudes irá el alma resistiendo al ímpetu y batería de las tribulaciones.

1 Ps. LXVIII, 3.

Silencio.

Uno de los más excelentes reparos es el callar mientras dura la persecución, porque el camino para perderse en ella el espíritu es la lengua, así con decir palabras de ira como con las quejas que suele dar a los amigos buscando consuelo. Porque como salen de corazón lastimado que suele engrandecer las cosas, y como está ciega la razón que no sabe lo que dice, no tiene tiento en las palabras, suele deslizarse a murmuraciones sospechas y juicios temerarios, con que cae en otras emboscadas mayores y más peligrosas de huir que las que por vía de la persecución padecía. Esto nos enseñaba el real Profeta diciendo en sus trabajos: *Ego autem obmutui, et humiliatus sum, etc.* (1): yo enmudecí y humilléme, callé mis bienes y renovóse mi dolor. Estas palabras y el ejercicio de ellas le han sido de gran refrigerio en las persecuciones, porque con callar y humillarse acordándose de sus miserias y pecados, y olvidándose de sus bienes y renovando el dolor que nace de haber ofendido al Señor, muchas veces se apaciguaba interiormente y se escondía y libraba de mayores persecuciones.

Así como cuando se levanta una polvareda que no hay otro remedio sino cerrar los ojos y esperar que pase, porque el querer andar tras cada polvito es nunca acabar, perder el tiempo y no hacer nada, pero esperando y cerrando los ojos el mismo polvo se asienta, así le ha acaecido en todas sus polvaredas, que han sido muchas y las más de ellas de cosas que no tenían más ser que el polvo que lleva el viento. Con este mismo silencio se toma mayor venganza de los que persiguen. Porque como entonces tienen la suya sobre el hito, querrían que el perseguido replicase para tener de qué asir y perseguirle más, mas con el silencio desatinan y temen más el recambio del que calla y la defensa que puede hacer con obras, que no la herida que por entonces podrían hacer sus palabras.

Pedir mayores trabajos.

Ha experimentado demás de esto ser excelente reparo contra los trabajos, al tiempo que los tiene presentes, pedir otros mayores para más agradar a Dios, y aunque es verdad que el corazón va sin gusto y la razón sin luz para pedirlos, pero acometiendo en la oración con esta demanda, cierra los ojos, y haciéndose fuerza, al cabo de poca contienda en esta batalla, se halla consolado en los trabajos presentes y suele venir luz al entendimiento, que descubre ser regalos y mercedes de Dios y no trabajos, porque viene con esta luz un henchimiento de la voluntad con los mismos trabajos, cuyo contento excede a todos los gustos criados, y parece que con esta luz e henchimiento el alma va haciendo callos en el padecer, y se pone más fuerte contra las tempestades y más firme en sus buenos propósitos y deseos. No se engañe ningún pusilánime pareciéndole que cuando tiene trabajos y se está ahogando en ellos, si se hace fuerza a pedir mayores con sola la boca sin poder inclinar el corazón a que los pida y desee con sentimiento, que entonces miente y que es acto desaprovechado, pues andando tan perturbados los apetitos basta para muestra de que la razón desea más trabajos, que puede

1 Ps. XXXVIII, 3.

hacerse fuerza en decirlo por la boca, y crea por experiencia que de aquellas palabras que entonces se dicen a Dios, aunque sea de tan mala gana, redundan después innumerables bienes.

Cristo crucificado.

El universal refugio de todos los perseguidos es Jesucristo crucificado, según aquellas palabras del real Profeta: Darás voces a mí en el día de tu tribulación, oiréte y con esto me honrarás (1); y así es el mejor amparo en las tribulaciones, como se acoge el pollito en las alas de su madre y el flaco soldado se mete debajo del escudo o se ampara de la sombra del capitán fuerte. Es de tanto gusto y regalo este amparo y refugio y sombra que allí halla el alma después de haber pasado aquel temor de la noche, y saeta que vuela de día y tropel y demonio de medio día de los trabajos interiores y exteriores, que vale más uno de los deleites espirituales que entonces se reciben, cuando Cristo le limpia las lágrimas de los ojos, trayéndole su divina mano por el rostro atribulado de la conciencia, que todos los deleites y contentos que pueden dar las cosas criadas, y acaece con este gusto una cosa admirable. Que como el alma ve que Cristo Jesús a quien tiene por padre y madre, esposo, hermano, rey y señor, da tan dulces confites después de los azotes, revuelve con tan gran ímpetu a desear los mismos azotes, y aun mayores, que en lugar de quedar consolada de los trabajos que por entonces tenía, pasa de un extremo a otro, y queda afligidísima de ver que no los tiene ni merece mayores, y esta aflicción se acompaña con un ímpetu de deseo de trabajos que atormenta el corazón, mezclándose para mayor tormento una desconfianza propia de poderlos resistir si los tuviese, y un entender que todo su espíritu es falso, fingido y mentiroso, pues con tan pequeños trabajos se aflige deseándolos con tal eficacia mayores, y con la mezcla de estas tres cosas que digo, conviene a saber, ímpetu, conocimiento propio y desconfianza, se hace una herida en el corazón, que, aunque es muy dulce y provechosa, da intolerables tormentos; y es cosa maravillosa de ver cómo anda entonces revoloteando esta paloma de la conciencia alrededor de la abertura de la cerca de la llaga del costado de Cristo Jesús, ya metiéndose dentro sin quererse salir, amilanada y azorada con los trabajos, saliendo a desafiar los enemigos y cobrando nuevos bríos contra los infiernos, como suelen hacer los gozquejos, que, cuando están lejos de su casa, si les amenazan, van huyendo con gemido, pero cuando se ven dentro de ella, suelen salir a la puerta sin cesar de ladrar a quien les amenazó.

Decir gloria patri.

Digamos demás de esto un remedio fácil en que por experiencia se ha hallado grandísimo reparo mientras dura el ímpetu de la tribulación, que es estar repitiendo muchas veces el verso de *Gloria Patri et Filio et Spiritu Sancto,* sin dejarle de la boca por más remontado y herido que esté el corazón. Ofrecióse una ocasión de las más graves que ha tenido, que toda una noche le quitó el sueño, pero no dejando este verso de la boca, experimentó después con el suceso del timepo tantos frutos de aquel trabajo, y quedó este verso he-

1 Ps. XLIX, 15.

cho tan amigo del espíritu, que en cualquier ocasión le halla muy favorable, y cuando sin trabajos le repite, saca de él mucha luz y consuelo.

También se ha experimentado ser de gran provecho y reparo, al tiempo del trabajo desafiar al demonio e intentar obras grandes del servicio de Dios, o renovar los propósitos de obras heroicas, porque con esta manera de fanfarronería espiritual, aunque sea flaco el corazón, halla que le ayuda Dios a salir con las obras grandes, y los demonios temen viendo que les pierden el temor. Experiméntase demás de esto otros innumerables bienes, que ni se saben decir de palabra ni la memoria los sabe guardar para referirlos; esto es como quien está peleando, que cuando se ve encolerizado con alguna herida, el mismo dolor pone mayor cólera, brío y esfuerzo para revolver contra su enemigo y darle mayores golpes. De la misma manera cuando se ve el alma afrentada y perseguida y que el demonio ha salido con la suya en algún lazo que le armó, ya que en aquella mano salga perdidosa, busca otros propósitos e intentos y pone mano a otros negocios muy mayores, con que se desquita de lo que entonces perdió. Acaece, pongamos por caso, en un negocio del servicio de Dios y provecho de algunas almas, no haber podido salir con sus intentos, antes verse en aquel caso afrentado y abatido; acude entonces con cólera santa al deseo de la conversión de todos los gentiles, porque la sangre de Cristo consiga el fruto para que fué derramada, y procura dar algún paso en la ejecución de este deseo al de la reducción de los herejes o cosas semejantes, y como quien está pescando con caña en venganza de algún pez que le llevó el anzuelo, arroja la caña y sedal, y echa mano a una red para con una redada pescar mayores y mayor multitud de peces. Así le ha acontecido viéndose afrentado y desechado en algunas ocasiones de obras del servicio de Dios con que pudiera ganar almas, o aumentarlas mayor contento y gloria espiritual; en pago de aquella afrenta poner sus intentos y trazas en otras obras más universales y mayores; con esta manera de proceder ha experimentado verse empleado de la mano de Dios, y por más que los hombres pretenden meter la candela debajo del medio celemín y esconderle sus talentos debajo de la tierra, Dios le emplea en otras obras muy mayores y de mayor servicio suyo, escondidas a los hombres que quieren medir las cosas de Dios en el cartabón de la prudencia humana.

Intentar obras grandes.

Vienen en el tiempo de las necesidades algunos pasos de la Sagrada Escritura a la memoria, que son como un emplasto en la herida de la persecución, que curan, refrigeran y sanan y quitan todo el dolor de los trabajos. Tales fueron una vez aquellas palabras del Profeta: *Pro eo ut me diligerent detrahebant mihi, ego autem orabam* (1). En lugar del agradecimiento y amor que se me había de tener por tantos trabajos y persecuciones padecidos y tantas obras hechas por ellos, el premio que me daban y la remuneración de mis

Autoridades de la Sagrada Escritura que se vienen a la memoria.

1 Ps. CVIII, 4.

servicios y agradecimiento de tantos beneficios fueron murmuraciones, afrentas y malicias, tan grandes contra mí, como si hubiera destruíddo lo que edifiqué, y echado a perder lo ganado, y sido el mayor contrario y enemigo que han tenido aquellos de quien he sido tantas veces y tiempo padre y pastor. Pero yo dábame a la oración, y si antes gastaba en ella dos horas de tiempo, después doblé la parada, y por lo menos eran cuatro, y si antes me dejaba vencer de pensamientos, tibiezas o flojedades en el espíritu, después de la persecución he puesto los nervios en acrecentarla, etc. Con estas palabras del real Profeta se determinó a que por ningún caso, suceso ni ocupación dejará las horas determinadas para el espíritu y oración ni aflojar un punto de ellas, venga lo que viniere. Con este tesón y perseverancia se halla un tesoro de inestimable riqueza, y si acaso por estar el corazón turbado y el entendimiento oscurecido con el humo de la persecución no puede tener oración mental, acudiendo a la oración vocal de la manera que pudiere y continuando y porfiando en ella, al cabo de muchos golpes se sacan centellas, con que se enciende fuego que resiste al fuego de la tribulación.

Ocuparse en obras del servicio de Dios.

Una de las cosas que más hacen caer en la impaciencia y mayores daños hacen al tiempo de la tribulación es el estar pensando en los mismos trabajos, porque se desvanece la cabeza con ellos, así como quien estuviese mirando al agua del río donde teme anegarse, que es evidente cosa el caer, porque se turba la sangre con la eficaz aprensión del peligro presente. Por esta causa, para que se divierta el pensamiento, es muy saludable y experimentado remedio, al tiempo de la congoja ocuparse en obras y ejercicios que se olvide aquella pena, como en mucho estudio, predicar a menudo y semejantes obras que sean diversas entre sí y muy apartadas de las concernientes al trabajo y cruz que se padece, porque con esta ocupación no tiene lugar la imaginación que atormenta ni puede ser perseverante su batería.

Amor de los que persiguen.

Ningún maestro de espíritu pudo enseñar con mayor sabiduría, ciencia y experiencia cómo nos hemos de haber en los trabajos, como nos lo enseñó Cristo Jesús, que declarando en qué consiste la perfección, dijo estas palabras: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen; rogad por los que os persiguen y calumnían para que seáis hijos de vuestro Padre celestial que está en el cielo; sed perfectos, etc. (1); y así como quien viniese a una tierra por donde nunca ha andado ni hay a quien preguntar los caminos, porque todos son pasajeros caminantes, si se le ofreciese al Señor de la tierra que es el mismo que ha abierto los caminos, y le dijese: éste camino es el mejor, caminad por él, no tendría razón este caminante de turbarse cuando le hallase pedregoso, ni sería razón que hablase en buscar otros caminos, así acaece a quien no tiene las legañas del amor propio en los ojos, que aunque le enseñen otros muchos caminos por donde se puede llegar a la perfección, como es la penitencia con que se quitan los pecados, la aspereza con que se

1 Matth., V, 43-48.

mortifican las pasiones, la humildad que pone en lo seguro, el celo que granjea almas para Cristo, el recogimiento con que se huye de las ocasiones que pueden hacer caer, el silencio con que se recata de las palabras donde hay peligro, la obediencia, sujetándose al parecer ajeno por no caer en algún error siguiendo el propio, y así de las demás virtudes, por las cuales se puede caminar a la perfección, pues todas nacen de la caridad, y de una manera o de otra tienen por fin la unión del alma con Cristo, que es el tesoro escondido que buscamos; pero viendo que Cristo, nuestro bien, que es el verdadero camino, verdad y vida, con tanta caridad nos enseña que por este amor de los enemigos se parece el alma al Padre Eterno y llega a ser perfecta, y, que cuando él fué caminante, al tiempo que entró en el camino áspero de los trabajos y congojas de la cruz, primero que de otros se acordase, rogó por sus enemigos, diciendo: Padre, perdónales, que no saben lo que se hacen (1), no puede persuadirse a que haya más seguro y derecho camino para el cielo y para la perfección, que es al tiempo que se ve perseguido y afrentado, amar a quien le persigue y rogar por quien le calumnia, y conoce que es particularísimo regalo de Dios dar trabajos y persecuciones, porque tenga el alma por quien rogar. Esta doctrina bien se sabe decir y entender especulativamente, pero en llegar a la práctica está la dificultad. Porque como entonces los trabajos tienen la razón atada y ciega, y han desencadenado los apetitos y sentidos, los cuales, casi sueltos, se revelan y ponen en arma contra la razón y caminan a la derrota de la venganza y odio del enemigo, parece dificultosa cosa, y casi imposible por entonces, amar al enemigo, que solamente de tener las manos para que no le hagan mal, es gran hazaña, cuánto más refrenar la lengua y atar los deseos del corazón; y ya que a eso se llegue ¿quién será tan animoso que por entonces pueda amarlos y rogar a Dios por ellos? Lo que en este caso se sabe por experiencia es, que no hemos de pensar que a los principios de la cura hemos de hallar el refrigerio de la salud; contentémonos, cuando vamos a la oración perturbados, de palabra rogar a Dios por nuestros enemigos, y, aunque nos hagamos fuerza para ponerles en el corazón con disgusto y desabrimiento, luego Dios ayuda a los que se esfuerzan y acude a nuestros deseos, y estas mismas personas que nos parecían enemigos, que nos azotaban por hacernos mal, de ahí a poco se miran con ojos de maestros y ayos, que aunque nos parecen tristes, pretenden y quieren nuestro bien, y entendiendo de ellos que por aquel camino nos quieren llevar a la salvación, el cual a ellos parece derecho, aunque a nosotros parezca persecución, queda el alma agradeciendo sus buenos deseos e intentos con que nos quiere salvar, revuelve sobre sí y con recelo de perder en aquella persecución aquél camino, y que huir de ella es engaño de su amor propio y efecto de su soberbia, y lo que llamaba persecución, ve que no es más que una mortificación muy saludable, y medicina para curar sus engaños, reparar sus caídas y ponerle en salvo de sus peligros, y si

1 Luc., XXIII, 34.

todavía los que nos persiguen no tienen capacidad y entendimiento para que los tengamos por ayos y maestros, ni fuere posible persuadirnos a que nos quieren bien, porque las obras que nos hacen se ve evidentemente que no van enderezadas a nuestro provecho y salud espiritual, sino a su provecho y propio interés, tengámoslos en cuenta de azotes o vergascas, peines, cardas o crisoles, que aunque sean en sí irracionales, Dios los escoge por instrumentos para azotarnos en esta vida y no condenarnos en la otra, y para sacudir el polvo de la vanagloria de nuestras conciencias, y para que nos hagan salir el pelo de las virtudes, purifiquen y quiten la escoria de nuestros vicios, porque, a la verdad, no ha de mirar el herido la tienta y navaja del cirujano con malos ojos ni como enemiga, sino amarla, estimarla y regalarla como a instrumento de su salud. De la manera que nace esta luz de que aquellos que parecen enemigos no lo son sino ministros de nuestro bien, se acumulan otras razones muchas con que los venimos a amar aborreciéndolos tanto a los principios, como es considerar que son hijos de Dios, amados de Cristo, redimidos por su sangre, y semejantes riquezas que en ellos se nos descubren con la luz del desengaño que antes estaban encubiertas con la pasión. La mayor dificultad que hay en este caso es, qué haremos cuando tenemos obligación de defendernos de sus golpes, y reparar los daños que han hecho sus calumnias, volviendo por nuestra honra, si somos personas públicas, o si depende de ella alguna honra de Dios y de terceras personas; en este caso, para acertar, hagamos nosotros en nuestra defensa con razón y con espíritu lo que imaginamos que ellos hacen cuando nos persiguen, que es no quererlos mal. Pero amando a Dios, en honra y gloria suya volver por la verdad, de donde viniendo a desear que no se vayan al infierno con el pecado que cometen en la persecución que sin justicia nos hacen y que les escueza el golpe de nuestra defensa, más vale que en este mundo lo paguen que no que se condenen para siempre, y con este mismo amor procurar que en esta vida restituyan, aunque sea con alguna infamia suya, el daño que hicieron en nuestra honra, porque más obligados somos a amarles la vida del alma que la del cuerpo ni la honra ni la hacienda, y si por callar nosotros y sufrir con título de falsa humildad, ellos no salen del pecado, no cesando de la persecución injusta, somos cruelísimos en dejarles condenar. Verdad es que es delicada cosa cortar estas restituciones y apartarles de nuestro amor propio y aventar el grano del celo de la paja del deseo de la venganza y pretensión de nuestra honra, y es menester para esto mucho espíritu y juicio, mas el varón espiritual, como dice San Pablo, todo lo juzga, y ha acontecido estar juntamente con mucha entereza, buscando su defensa contra las calumnias con afrenta de los calumniadores y amando ternísimamente sus almas y rogando por su salvación a Dios.

Conocer las señales de la persecución y prevenir.

Suelen los marineros mirar en el tiempo las señales de las tormentas para amainar las velas, y aprestar los reparos y no hallarse desapercibidos de remedio después de levantada la borrasca, y la experiencia de haber muchas veces navegado, les hace maestros de conocerlas y así suele el alma tener algunas señales interiores de

la persecución y trabajo que se le quiere levantar, que son como unos escalofríos mensajeros y precursores de la calentura y trabajo que espera; estos son de muchas maneras; contaré aquí algunos de quien se tiene experiencia. El primero es el estado de los negocios y personas con quien trata, que bien descubre la razón natural y prudencia, qué persecuciones y trabajos le pueden suceder de tales negocios y en tal tiempo y tratando con la condición de tales personas. El segundo es el tiempo que corre, que parece hay temporadas que no perdona la persecución a gente de espíritu. El tercero es un recelo y temblor interior que viene a deshora, sin saber de qué, y dice el corazón con certidumbre como si ya viese el trabajo presente. El cuarto es unos eficaces ímpetus y deseos de trabajos con que se halla el alma sin buscarlos ni pretenderlos, con los cuales dice a su corazón ¿tanto os fatigais por padecer? pues aparejáos que cierta tenéis la persecución. El quinto es una extraordinaria paz y contento del alma con grandes fervores y gustos de espíritu, y en ser tan extraordinaria y tan grande, barrunta que sol que tan furiosamente hiere, él sacará presto agua. Otros semejantes precursores envía Dios cuando quiere dar trabajos, pues cuando el alma se viese con ellos y entendiese que son ciertos los toros, amaina sus velas, apareja sus pertrechos para defenderse, procura darse a la oración con mayor ímpetu, y armarse muy bien de paciencia y virtudes, como amenazado, para salir a la batalla, y entonces, como dice San Gregorio, menos hieren las heridas que se previenen y con más tolerancia sufrimos las contradicciones del mundo, cuando embrazamos el escudo de la previdencia (1) aunque, como decíamos arriba, acaece hurtarnos el golpe y acometiendo por un lado, revolver por otro algunas veces que nos desjarreta, y venirnos trabajos que nunca pensáramos habían de venir por nuestra casa. Por eso es bien armarnos siempre de todas armas y de todas las virtudes, como dice el apóstol, porque donde quiera que dé el golpe, halle resistencia; y no quiero contar más reparos para los trabajos, porque cuando Dios quiere, no hay reparo ninguno, y a quien él quiere con ellos ayudar, enséñale otros muchos. Estas son con lo que esta alma se ha defendido; quizá harán provecho a alguna conciencia que los quisiere ejercitar.

De los frutos y bienes que nacen de los trabajos sufridos con paciencia.

No hay lengua humana que pueda contar los bienes que vienen al alma mediante los trabajos, la hermosura de las rosas y flores espirituales que nacen entre las espinas de las persecuciones, la dulzura interior de la miel que labran las abejas de los que nos persiguen, encerrada en la aspereza del corcho de la paciencia, la suavísima fragancia del olor del algalia, ámbar y almizcle de las virtudes principales, ejemplares y heroicas que se causan en nuestra conciencia, cuando los hombres nos vomitan y echan de sí, y nos azotan y per-

1 ML. 76, 1259.

siguen y quieren meter debajo de la tierra; porque si miramos las divinas letras y lo que los santos escribieron, y aun declararon los antiguos profetas, no habrá cosa que más apetezcamos que ser perseguidos según el premio que da Dios a quien sufre la cruz con paciencia. Solamente quiero contar algunos frutos de trabajos experimentados para animar a quien lo leyere que no desfallezca cuando se viere perseguido. Cada uno contará lo que le sucediere, que ninguno de los trabajos hay que no experimente diversa cosecha en el verano de su espíritu de la sementera que hubiere hecho en él invierno de sus tribulaciones.

Levantamiento del espíritu.

El primer fruto que se ha experimentado es un levantamiento y excelencia del espíritu, y un señorío y grandeza causada de los trabajos, que sube y levanta a una tan soberana cumbre, que todo lo criado parece què tiene debajo de los pies. No se podrá creer cómo es esto, porque antes parece en la tela del juicio y prudencia humana que las calumnias, afrentas e infamias, deshonras y las demás persecuciones y trabajos habían de aniquilar, abatir y amilanar y volverla pusilánime, flaca y abatida. Pero es al contrario, porque así como el corcho que nada sobre el agua, mientras más agua van echando, más le van levantando, y así como a la mujer del *Apocalipsi* le dieron alas de águila para volar a la soledad preparada por Dios, así, mientras más afrentan y persiguen los hombres, más va levantando Dios el corazón al deseo de las cosas celestiales y grandezas de espíritu, y le va dando mayores alas para volar a lo más alto de la perfección y para no hacer caso de las cosas criadas, sino huyendo a la soledad, gozar de los misterios eternos que están escondidos dentro de los reales alcázares de su espíritu, nace esta grandeza de espíritu de ver cierto enfado y aborrecimiento de las cosas criadas, cuando ve los trabajos que por amor de ellas le vienen, que dando de mano a todas ellas, y reputándolas como a estiércol en comparación de enriquecerse con Cristo, despégase de todas el corazón y súbele a las cosas eternas, y como se va entrando por las entrañas del Crucificado, sintiendo en sí la bondad, dulzura y suavidad de los regalos del Criador, cobra tal señorío interior, que todo el bien que todo el mundo puede dar, tiene debajo de los pies, y no teme cualesquier trabajos y persecuciones que le puedan venir. Como acaece a un hombre ocupado en componer un aparador de vasos de vidrio, y si acaso se le quebrase uno que tenía en mucha estima, dale aborrecimiento a todos los demás, déjalos y éntrase en otras piezas más adentro donde halla riquísimos tesoros de oro, perlas y piedras preciosas, con las cuales está tan contento y enriquecido, que ya se olvida del vidrio que se le quebró, y no se le da nada que se le quiebren todos los que quedaran; así acontece al corazón, que andando ocupado en las cosas de acá, componiendo sus negocios según la prudencia humana, ofrécesele una notable afrenta, con la cual aburrido de todas sus industrias y de todo lo que pueden dar las criaturas, entra en el reino interior que tiene dentro de sí, donde descubre tales riquezas, que ya ni quiere salir de allí ni volver por sí ni hacer caso de todo lo criado.

El segundo fruto que el alma siente de los trabajos es la libertad, porque antes que suceda la afrenta, está el corazón atado a conservar la honra, afligese de los falsos testimonios, no se osa arrojar a negocios grandes por miedo de las persecuciones que se levantan a los atrevidos en Dios; mas como se ve afrentado y que por ninguna industria puede satisfacer al mundo, ni tapar todas las lenguas ni volver por sí, pierde la vergüenza y rompe con respetos humanos, vive a sus anchuras sin temor de la infamia que antes le atormentaba y corta las ataduras de sus cumplimientos, y dase de allí adelante a banderas desplegadas al servicio de su Criador en todo género de virtudes, apeteciendo la cruz con que le solían antes espantar, y el que no se atrevía a reprender un hermano, ni dar un consejo bueno a un hombre principal ni resistir a los que ofenden a Dios, cuando ve que no tiene ya honra que perder ni quiere nada de lo que el mundo le puede dar, vuélvesele el rostro como de un diamante, y atrévese a cocear los respetos humanos y pónese por muro en la casa de Israel, haciendo rostro a la guerra de los demonios en el día del Señor, como dice Ecequiel (1). Libertad de espíritu.

El tercer fruto de los trabajos es un gusto espiritual inefable que nace de los regalos que Dios hace al alma afligida, cuando se va a quejar a solo él, y se arroja en sus brazos llorando y pidiéndole consuelo, consejo y victoria; son tantos estos regalos y tales que Dios hace al alma y de tantas maneras, que sería dificultosa cosa particularizarlos; unas veces se siente una latitud y anchura del corazón, que parece que todo el mundo es poco en comparación de lo que el alma tiene y posee. De la cual dijo el profeta David: En la tribulación, Señor, me dilataste (2); otras veces siente una gran ternura y suavidad en la consideración de la pasión de Cristo, como se ve participante de ella; otras, júbilos, gustos interiores con una nueva presencia de Dios amorosa, afable y tierna, que parece le está limpiando las lágrimas de los ojos con su divina mano, sonriéndose de ver de cuán pocas cosas se aflige en comparación de las muchas que su divina bondad padeció en la cruz por salvarle, y esta sonrisa de Cristo Jesús penetra el corazón con tanta suavidad, y atraviesa las entrañas con tan agradables saetas de amor, que revuelve sobre sí, teniendo en poco los trabajos presentes y deseando otros muy mayores. Gusto inefable.

Lo cuarto que de los trabajos nace es una nueva luz y desengaño, según aquella palabras: *Vexatio dat intellectus* (3). Esta luz es de tanto fruto y provecho, así para las cosas especulativas como para las prácticas, que no se puede entender sino es con experiencia, porque parece que se abren unos nuevos ojos interiores que estaban antes cerrados, con que se ven todas las cosas que estaban escondidas, y las que estaban esparcidas se hallan juntas como en un espejo y puestas delante de los ojos, y así sin discurso ni detenimiento de tiempo parece que le declaran cien mil doctrinas, o por mejor decir, que sin Luz interior.

---

1 Ezech., XIII, 5.
2 Ps. IV, 2.
3 Isai., XXVIII, 19.

saber cómo, se las meten dentro del entendimiento. Finalmente, con los trabajos viene el escarmentar de no ponerse en los peligros y no andar con descuido ninguno, y no es así como quiera este escarmiento, sino que de cualquier cosa que no sea Dios, por más santa y segura que parezca, se recela y teme, y no se deja llevar sino de lo que entiende por fe serle más seguro, que es el servir y amar a un tan buen señor, y procurar guardar su ley con pureza y perfección (1).

CAPITULO VIII

DE LA DEVOCION DEL SANTISIMO SACRAMENTO Y LOS EFECTOS Y GUSTOS QUE EN LA COMUNION Y EN LA MISA RECIBE.

Así como quien ha experimentado diversos caminos, que se resuelve en caminar por el más breve y cierto, y quien ha gustado diversos manjares, echa mano de lo más provechoso y sustancial, así el alma, después de muchas diversidades de deseos y devociones, se resuelve en tres deseos, gloria de Dios, celo de las almas y propio aprovechamiento, y en tres devociones, conviene a saber, del Santísimo Sacramento, de Nuestra Señora y de la Cruz. Con la devoción del Santísimo Sacramento y la consideración de él, ha recibido mercedes inefables, de las cuales diré algunas, que todas es imposible; porque como se recibe a menudo y se procura el alma afervorar con él cada día, siente nuevos efectos y frutos en la comunión.

Estaba una vez rezando maitines, y acaso levantando la cabeza, le parece que vió una luz piramidal, como que le llegaba de sus ojos hasta el cielo. Es una manera de luz blanca y agradable que no hace daño a la vista, y esotra luz del sol en comparación de esta es grosera y tosca, y dentro de esta luz le parece que vió a la santa madre Teresa de Jesús como de edad de cuarenta y tres años, la cual estaba muy alegre y resplandeciente, y como si hablara con él, le parece le dijo estas palabras: «Los del cielo y los de la tierra seamos una cosa en pureza y en amor, nosotros gozando y vosotros padeciendo, y lo mismo que nosotros hacemos acá con la esencia divina, haced allá con el Santísimo Sacramento». Esto pasó en un instante, y de visión no hizo caso, porque pudo ser representación de la imaginación, que muchas veces sin fabricar nosotros los fantasmas, el desvanecimiento de cabeza o la reflexión de las especies sensibles

---

1 A continuación escribe el mismo P. Gracián:

"Esto se escribió hasta el año 1591 habiendo padecido algunos trabajos y afrentas; después desde este tiempo hasta el de 94 padeció otras muy más graves y pesadas, de las cuales y de los consuelos que con ellas vinieron está escrito un libro que se llama *Consuelos y desconsuelos del alma perseguida*, en el cual va declarado el *Apocalipsis* de San Juan.

"El año de 94 vino a estar en tierra de infieles cautivo, y de las cosas que allí sucedieron y en los trabajos interiores y exteriores que se vió, hay escritos unos diálogos que se llaman *Diálogos de Eliseo*".

conservadas en la fantasía u otras cosas naturales secretas que se hallan en nuestras potencias interiores, suelen representar semejantes figuras, sin que haya más misterio en ello de ser cosa natural escondida, y como arriba se ha dicho, está muy enterado que importa muy poco el modo por donde viene el conocimiento de algunas verdades, si las mismas verdades son conforme a la fe y hacen fruto y efecto en la conciencia, que no las admitiendo ni dando crédito por ser sabidas en oración sino porque son sabidas por fe, no puede hacer daño.

Pues lo que resultó de haber oído estas palabras fué quedarse tan impresas y arraigadas en el corazón, que aunque quisiera decirlas por otras, entendía no ser las mismas que oyó, y desde entonces parece se le abrieron los ojos a una nueva manera de respeto y reverencia al Santísimo Sacramento, como si cayera en la cuenta de la manera que se había de haber en la iglesia con este dulcísimo pan, y que así como los bienaventurados del cielo nunca se apartan de la vista de la divina esencia y dondequiera que van con el cuerpo, la contemplan, porque su bienaventuranza consiste en esta divina visión y en el amor que de ella les redunda, y cualquier otra criatura que entienden, es en la divina esencia como en un espejo que representa todo lo que hay, y si quieren y aman algo es dentro del mismo amor divino, así parece que se abrió campo al entendimiento y voluntad para que dejadas aparte otras devociones y meditaciones, todo su ejercicio fuese el amor y reverencia al Santísimo Sacramento y el conocimiento de la grandeza y majestad que en él está encerrado, y acudir a él con todos los negocios, sin que sea menester hacer fuerza a la imaginación para acordarse de Dios, sino que sea lo mismo mirar y hablar llanamente con Dios, hablando y mirando con este pan divino y traerle presente dondequiera que vaya, haciendo cuenta que la iglesia es de cristal transparente, y que no hay estorbo para verle de cualquier lugar, pues la fe quita los embarazos que se ponen delante del sentido. Parece que quedó el corazón con un descanso y contento como quien ha hallado un tesoro que mucho deseaba, y como si se le abriese una puerta para entrar en otra manera de vida y oración, y comenzar un nuevo género de espíritu, claro, llano, seguro y fácil, con el cual parece se le cerraron los ojos a toda la manera de proceder que antes tenía, y se descubrió un nuevo cielo acá en la tierra y unos nuevos tesoros, que, aunque se tenían entre manos, no se conocían, conque el alma queda tan enriquecida, que le parece no trocara un contento de aquellos por todos los gustos criados. Como quien tuviese mucha cantidad de piedras preciosas de inestimable valor en su poder, y no las conociendo las tuviese en ordinaria estima; cuando viene un lapidario que le da a entender el gran valor de ellas, torna sobre sí, no se harta de mirarlas y cesa de buscar riquezas y hacienda por otras partes remotas, viéndose tan enriquecido de sus puertas adentro. No de otra suerte le acaece cuando se descubren las riquezas que están encerradas en el Santísimo Sacramento, que abrazándose con él y poniendo toda la eficacia posible en el comulgar bien, y en tenerle la reverencia y recato que conviene, se olvida de otras muchas

devociones que antes le parecían de importancia. No se puede contar cómo es ésta novedad de que vamos hablando, porque todas las palabras son muy bajas para lo declarar, y aunque en las cosas sobrenaturales que parece huelen a visiones o revelaciones, siempre está el alma recatada y teme, no haciendo caso de lo que le viene y abrazándose con lo cierto, seguro y sabido por fe, de este suceso de oración quedó como con certidumbre y seguridad ser voluntad de Dios, que se diese a buscar con todas las fuerzas posibles estas cuatro cosas, conviene a saber: pureza del alma, amor de Dios, deseo de trabajos y paciencia en ellos y particular devoción al Santísimo Sacramento, no teniendo estas cuatro joyas en la reputación que antes sino en otra muy más alta estima, ni contentándose en buscarlas de cualquier manera, sino con tanta eficacia y tan alto grado, que cualquiera cosa que antes le parecía pureza, la tiene por baja en comparación de la pureza de los bienaventurados que pretende alcanzar, y cualquier amor le parece tibieza en comparación del amor que tienen los del cielo, y finalmente si los trabajos de acá en su modo han de igualar a los gozos de allá, hállase el alma afligida de no tener trabajos, y si de la misma manera hemos de usar acá con el Santísimo Sacramento, según nuestra fuerza, como usan los bienaventurados con la esencia divina en el cielo, pues es nuestro Dios en la tierra, grande es la falta que hay de la adoración, reverencia y amor que debemos a este divino pan, y descúbrensele las faltas que en estas cuatro cosas ha tenido y tiene, con que se abate y humilla con un modo innenarrable, y cobra alas y bríos de nuevo para comenzar de veras a servir al Señor.

Una vez considerando el amor que Dios nos mostró en el Santísimo Sacramento, le acaeció como si se abriera una puerta de donde saliera un gran campo, y se vieran muchos conceptos con luz interior, que le vino al entendimiento la declaración de aquellas palabras: El que come mi pan y bebe mi sangre, queda en mi y yo en él (1), dándole a entender en ellas, que siendo la unión el fin y la cumbre del amor, el haberse hecho Dios manjar fué para unirse con el alma de todas las maneras posibles, y pusiéronsele delante las maneras que hay de unión y cómo se encierran todas en la unión del manjar, y cómo con todas estas maneras de unión se une Dios con el alma de la manera posible, y para descubrir el amor se hizo manjar, y los frutos que vienen al alma que bien comulga, y de la manera que se ha de disponer para comulgar bien. Fué ésta noticia una plenitud de luz tan grande, que se podía escribir un gran libro de estos modos de unión; quedó impresa en el entendimiento la doctrina, y la voluntad quedó embriagada y satisfecha del amor que Cristo nos tiene y muestra en el Santísimo Sacramento al poder comulgar, y porque ni todo se podría escribir sin mucha prolijidad ni es bien pasar tan a secas que no se diga algo, recopílase brevemente lo que en esta intelectual luz le fué declarado.

Pusiéronsele delante los diez modos que hay de unión. El pri-

1 Joan., VI, 57.

mero, unión de semejanza, que es cuando dos cosas son semejantes entre sí, como dos paredes blancas; la segunda, unión de cercanía, cuando una cosa se llega a otra; la tercera, unión de apegamiento o aferramiento, cuando demás de esta cercanía, se traba o apega una cosa con otra, como cuando dos ceras blandas se juntan o algún garfio que se traba con alguna cosa blanda; la cuarta, unión de mezcla, como cuando los elementos se juntan en el mixto o los licores simples de que se hace algún ungüento se mezclan entre sí por virtud del fuego; la quinta, unión de accidente con sustancia, que es cuando la sustancia sustenta y da ser al accidente, como la blancura en la pared; la sexta, unión entre el entendimiento y lo que se entiende, que se llama *inter intellectum et intelligibile*, de quien Aristóteles, que se hace más uno de la materia y la forma; la sétima, unión de afecto, como se junta la voluntad con lo que ama; la octava, unión de vida, que es la junta entre el alma y el cuerpo, de donde resulta la vida; la novena, unión hipostática o personal, cuando dos naturalezas se juntan en una persona, la cual solamente acaeció en Cristo; la décima, unión esencial, cuando tres personas se juntan en una esencia, como es la unión de la Santísima Trinidad; finalmente la unión del manjar con el cuerpo que le come, que llaman los filósofos unión nutrimental, la cual parece que recopila en sí todas las demás uniones, porque el manjar para hacerse carne, vuélvese en color de carne, y así se hace semejante, tiene cercanía, que nadie come lo que está lejos, pégase al que le come, mézclase con el cuerpo y susténtase del cuerpo como si fuese accidente. Conoce quien come el manjar por el gusto y tiénele amor, que no hay cosa que más quiera un hambriento que el manjar; conserva la vida de la persona y sustenta la esencia, no porque propiamente haga unión hipostática o esencial, que, como decíamos, sola esta se halla en Cristo y en la Santísima Trinidad, sino porque sustenta el ser y la esencia. Toda esta doctrina es de filosofía, pero diósele a entender con una claridad grande, descubriéndosele en la misma filosofía muchos y diversos conceptos acerca de ella.

Puesta esta doctrina con la claridad que digo en el entendimiento y lo interior del alma con la luz intelectual ordinaria, parece que le decía el mismo Cristo: *Caro mea vere est cibus etc.* (1): mi carne es verdadero manjar y mi sangre verdadera bebida. Porque así como la unión del manjar encierra en sí y resume las demás uniones, y unión es el fin del amor, es tanto lo que yo te amo, que hice que mi carne sea verdadero manjar y mi sangre verdadera bebida para que comiéndome y bebiéndome tú, de la unión nutrimental que conmigo hicieses en el Sacramento, resultasen en ti todas las demás uniones, y yo te uniese conmigo, y llegases a mí de todas las maneras posibles; conviene a saber, con unión de semejanza, haciéndote semejante a mí en las costumbres y virtudes; con unión de cercanía, para que yo ande cerca de ti y tú me traigas siempre en tu memoria; unión de apegamiento, para que yo me pegue a tu corazón y tu corazón

1 Joan., VI, 56.

se ablande para pegarse con el mío; con unión de mezcla o mixtión, para que de mi carne y tu alma se haga una mezcla, mediante el calor de la caridad, y resulte que seas como un hombre endiosado y traigas a Dios entrañado en ti, así como de la mezcla de la pera y del azúcar resulta una conserva, que es pera azucarada o azúcar entrañado en la pera, y para que siempre me conozca y yo te conozca y andes en mi presencia, para que me ames y te ame, y seamos una cosa en amor, y lo que parecía más imposible y lejos de entendimientos humanos, que es llegar tú mediante mi Sacramento a unirte conmigo en algún género de manera de unión esencial, como estamos unidos mi Padre y yo. Con este artificio de hacerme manjar, se alcanza en alguna manera esta unión: *sicut missit me vivens Pater, etc.* (1). Así como mi Padre me envió y yo tengo vida por mi Padre, que recibo la vida de él por vía de la unión esencial, así el que me comiere a mí, vive en mí en cierta manera con esta unión. Este es el pan que bajo del cielo y en las entrañas de la Virgen se unió hipostáticamente con la naturaleza humana, y así cuando entra en las entrañas del que dignamente le come, aunque no se hace unión hipostática, conservase en una unión tan alta, que es lo que más se puede llegar a unión hipostática. El que comiere de este van, vivirá para siempre, porque este pan hace unión de vida. Aunque dicha esta dictrina así, parece que se declara algo, es muy de otra manera de lo que pasa en lo interior, y el gran campo que se descubre de luz en el entendimiento y el fuego que enciende en la voluntad.

Esta manera de visiones intelectuales trae innumerables bienes a la conciencia, los cuales se van después experimentando, y querría yo se me acordasen algunos para contarlos aquí. El primero, queda el entendimiento pronto y hábil para discurrir en cosas altísimas, que parece le quitan una torpeza natural que le apesgaba y deprimía hacia abajo, y le dan alas para subir a cosas altas. El segundo, pónensele delante mucha diversidad de doctrinas, que, aunque conocidas en montón y confusamente, si después se quiere reparar e ir particularizando en ellas, se pueden escribir tantas y tan altas cosas, que el alma se espanta de sí misma, como acaeció en esta luz que recibió.

Porque en la primera manera de unión de semejanza se le descubrió cuán agradable es a Dios la imitación de Cristo, y cuáles eran las virtudes en que más le había de imitar, y que la mejor manera de comulgar es procurando hacer lo mismo que hiciera Cristo si comulgara. En la segunda unión de cercanía, se le dió a entender el consuelo interior que tiene el alma con andar cerca del Santísimo Sacramento, y procurar no apartarse de él, y otros innumerables frutos que de esta cercanía redundan y la presencia de la excelencia de Dios. En la tercera, viene un cierto atrevimiento que el alma recibe con la comunión para entrarse dentro de Cristo, sin tener ya aquel encogimiento y miedo que antes tenía cuando trataba con Dios como con extravío y un desprecio de todo lo criado. En la cuarta, una riqueza interior que proviene de hallarse con los merecimientos de Cristo,

1 Joan., VI, 58.

como apropiados y entregados a su corazón para con ellos hacer un gran presente al Padre Eterno y ofrecerle un don muy agradable, que es lo que el alma más desea. En la quinta, mudar nueva vida todas las veces que comulga pareciendo sale renovado. En la sexta y sétima conoce cuán agradable es la contemplación y el amor, y en las demás una cierta excelencia interior que el alma siente viéndose tan favorecidda de Cristo, con que no hace caudal de todo el mundo, ni teme los poderíos de los demonios, y un inefable agradecimiento a aquel Señor de quien queda enriquecido; aunque esto sucede así, muy de otra manera sucede en el alma, y por entonces podríase escribir no sólo pliegos de papel, mas muchos libros de esto que ahora no se puede explicar con palabras, aunque las mas veces no queda en la memoria el orden de las particularidades, ni acertaría a darse a entender de la manera que pasa en lo interior, como quien ve el sol, que aunque no duda de los espejados y ruedas que vió, pero no podría contarlos ni dar noticia de ellos en particular.

El octavo y más principal bien de todos los que resultan de esta visión es quedar la voluntad muy aficionada al servicio de este Señor y agradecida al amor que le muestra en el Santísimo Sacramento, y por entonces ninguna cosa le satisfaría sino dar la vida por quien tantas mercedes le hace. Pero después se espanta de sí mismo, cuando está con aquella luz e ímpetus, viéndose tan trocado en tibieza, frialdad y desamor.

No se pueden las cosas que pasan en lo interior del alma dar a entender mejor que con comparaciones, y aun algunas veces groseras, como quien borda sobre el cordel tosco, que mientras fuere más grueso, más realza la bordadura, y acordarse de esta comparación basta para refrescar la memoria y tornar a renovar lo que pasó en su espíritu cuando le vinieron. Mas para declararlos a otros de suerte que quede satisfecho el corazón de quien las dice, no hay palabras que sean bastantes; pero como pudiere diré algunas, que es imposible contarlas todas, porque como cada día viene este pan al alma con nuevo gusto, cada día trae nuevas maneras de dar luz de su grandeza y de los efectos que causa en el corazón. Acaecen, así como en un estanque de agua sosegada cuando cae una piedra va haciendo muchas ondas, unas menores y otras mayores, así acaece en llegando el Santísimo Sacramento al corazón después de comulgar, parecer que salen muchas ondas, que si las llamamos nuevos pensamientos y deseos, no acertaremos a decir lo que es, porque son muy más delicados, interiores y sutiles; claro está que son deseos y pensamientos, pero los deseos y pensamientos que nosotros conocemos y que sabemos y que los fabricamos con nuestra industria en lo interior son tan groseros en comparación de estas que aquí llamo ondas interiores, como una pintura tosca en comparación de otra muy delicada.

Estas ondas parece que allá dentro del corazón van causando un fuego y una paz, una seguridad, un ánimo y un brío interior y otros muchos semejantes efectos, sucediendo unas a otras en un instante de tiempo, que el alma bien lo siente, pero no las acierta a decir, mas bien sabe que queda con ellas muy enriquecida en lo interior y en lo exterior, porque cuando llega una onda de éstas, parece que se vuel-

ve Jesucristo crucificado la persona que la recibe, y queda tan compuesta exteriormente y tan aplacados los apetitos, como si le hubiesen vestido una vestidura de Cristo, o como quien come un manjar de gran provecho y gusto, que, cuando se come, siente el sabor y después percibe la fortaleza y salud que de él redunda en el cuerpo. De la manera que fingen los poetas de algunos manjares encantados, que, cuando algún caballero herido los comía luego se sentía sano, fuerte y robusto, o por mejor decir el pan subcinericio de Elías con que sintió fortaleza para caminar cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, Oreb, el cual antes estaba flaco y descaecido, así quien come este divino manjar encantado y de este pan subcinericio, aunque cuando llegaba a la comunión iba flaco el espíritu, sale de la comunión este no se qué a quien llamo onda espiritual, que parece le transforma en Cristo, y queda fuerte y apto para cualquier obra de virtud.

Otra onda parece también que sale y llega más afuera, con la cual todo lo que se ve en el mundo, como el cielo y la tierra y el aire, se le figura al alma que está lleno de Dios, y así donde quiera que vuelve los ojos, se acuerda de él, y le tiene respeto y anda el alma rodeada por todas partes de Dios. Con esta segunda onda, penetrada en lo interior con la promesa de la asistencia de Cristo, cuando así se ve no querría salir a ver criaturas que le puedan distraer, ni hablar con ninguna persona del mundo por no perder la dulzura de aquellas divinas ondas que salen del centro del corazón, otras veces se representa esto mismo o cosa semejante de esta manera. Así como una rueda de cuyo centro salen muchos rayos, que se van extendiendo infinitamente y penetrando todo lo que se les pone por delante, de la misma manera parece que, en entrando el Santísimo Sacramento en el corazón, salen de allí unos rayos de divinidad que penetran toda el alma y lo interior y exterior, y la dejan como endiosada y vuelta en un nuevo ser, quedando una nueva luz en el entendimiento y un nuevo amor en la voluntad.

Otras veces acaece lo mismo al alma con el Santísimo Sacramento cuando entra en las entrañas que le acaece a una desposada cuando entra su esposo a morar en su casa con ella, que le toma ella de la mano y le lleva por todas las piezas y aposentos, mostrándole sus alhajas, que son pobreza, andrajos y miserias, y los aposentos son todas sus quiebras y ruinas, y va parlando con él sobre el reparo de todo aquello. Así acaece al espíritu, que le parece lleva por la mano al Santísimo Sacramento, discurriendo por todos los palacios, moradas y aposentos de la conciencia con él, mostrándole sus pobrezas y miserias para que las remedie.

Suele el alcaide de una fortaleza, cuando viene el rey, entregarle las llaves en señal de sujeción y dominio, y vanse juntos de pieza en pieza, abriendo todas las torres, aposentos y arcas para hacerle de ellas entrega. No de otra suerte, cuando entra Dios en el alma al tiempo de la comunión, suele salir el corazón al camino y entregarle las llaves de la libertad, discurriendo con él por todas las potencias, y abriendo las puertas y arcas de todos los deseos, poniéndole delante su libre albedrío como ya rendido y sujeto a todo lo que el Santí-

simo Sacramento de él ordenare. Como cuando entra un rey en la corte vestido de algún color y vestiduras de que todos sus criados quiere que anden preciándose de su librea, así acaece que en entrando el Santísimo Sacramento en el alma, como ve que las especies sacramentales son de color blanco, de figura redonda, de sabor de pan, que es un sabor común a todos los manjares, quiere luego ella hacer librea de pureza interior, que es la blancura de perfección, y la redondez de una prontitud a todo lo que se le ofreciere, y virtudes y voluntad de Dios apetece con encendido deseo, dándole particular gusto que también el cuerpo ande vestido de blanco, para en todo mostrarse criado de tal Señor.

Así como el sacerdote que lleva el Santísimo Sacramento en las manos en alguna procesión va con gran reverencia al Señor que lleva en la custodia, y todos cuantos le encuentran gusta que se arrodillen a Dios, así en acabando de comulgar, parece que pone el Santísimo Sacramento en el corazón como en una custodia, y el alma le está adorando allí y gustando que todos los moradores del cielo y de la tierra estén postrados adorando a aquel Señor que tiene en su pecho, y de esta reverencia que todos le hacen y la veneración que le tienen, nace en la propia conciencia una manera de devoción y atención muy extraordinaria con que se recoge interiormente dentro de sí con gran fruto de espíritu, y ha acaecido a algunas personas que saben de esta devoción, parecerles que ven en su pecho al Santísimo Sacramento y causar esto harto fruto; serían innumerables las comparaciones y efectos, si se hubiesen todos de decir.

Acaece también entrando Nuestro Señor Jesucristo en el alma al tiempo de la comunión, sentir interiormente un silencio y paz que no se sabe declarar cómo es, más de que así como en un teatro lleno de gente o en una iglesia donde se espera un sermón, cuando se comienza lo que se esperaba, se siente que se pone atenta toda la gente y se quieta y tiene puestos los ojos en el espectáculo que sale al teatro o en el predicador que sale a predicar, y aquel silencio y atención causa admiración, ánimo o turbación u otros efectos, de suerte que es silencio operativo, así al punto que se recibe el Santísimo Sacramento, acaece sentirse en lo interior del alma un silencio y atención de todas las criaturas, así del cielo como de la tierra, y de todas las potencias y sentidos de la misma alma, que parece que están todos mirando al Santísimo Sacramento, y que están admirándose de lo que obró en lo interior de las entrañas, y que están esperando qué motivos hace el corazón en el recibimiento de tan gran huésped. Esta atención causa una novedad en lo interior y tan extraordinarios efectos, que ni se sabrán decir ni se acabarían de contar en muchos pliegos de papel que se escribiesen. Bien se experimenta que no es cosa que se puede adquirir con meditación ordinaria, porque aunque otras veces quiere tornar a buscar esta atención con la golosina de los gustos y frutos de ella, y aunque traiga a la memoria todas las criaturas del cielo y de la tierra teniéndolas presentes, es una atención seca la que de esta manera se alcanza, y no se experimenta el fruto de que en la atención que vamos ha-

blando, la cual no se sabe dar a entender cómo es; plegue al Señor nos la dé a sentir.

Entre las mayores cruces interiores que hay en el alma, una es imaginar que hay muchos que reciben este divino pan en mal estado, y que se atreven a recibir el Santísimo Sacramento por respetos humanos y no como conviene; aprieta tanto esta congoja, principalmente cuando se acuerda de los infieles y herejes que persiguen este divino Señor, que no queda otro respiradero sino acudir al mismo, diciendo: *Exurge, Domine, judica causam tuam* (1). Nace de aquí un celo interior y una ira santa, un deseo de dar voces a todo el mundo y una impaciencia que no deja reposar, y finalmente otros innumerables efectos que entenderá bien quien lo hubiere experimentado. Estaba una vez quejándose delante del divino Sacramento de algunos trabajos y persecuciones que padecía y pidiéndole favor y remedio con gran aflicción de ver que prevaleciese la mentira, y parece que le decía el mismo Señor estas palabras, no porque se oyese nada a los oídos exteriores ni voz formada en lo interior, sino una luz al conocimiento, que declarada con las palabras compuestas por la misma alma, hacen este razonamiento, ¿de qué te quejas, pues mereces trescientos infiernos por haberme ofendido? Mira cuál me tratan a mí los hombres que soy de ellos.

Siendo: 1: desconocido, suma Sabiduría; 2: desagradecido, suma misericordia; 3: deshonrado, infinita Majestad; 4: desechado, infinita bondad; 5: desmentido, suma Verdad; 6: desangrado, vida de las almas; 7: desaprovechado, provecho de sus conciencias; 8: desacatado, rey infinito; 9: despreciado, riqueza inmensa; 10: despedido, quien busca su bien; 11: desamado, Amor infinito; 12: desestimado, adorado de los ángeles.

Y siendo quien eres ¿tienes atrevimiento a pedir bien alguno?; si me quieres bien, mientras estuvieres en la vida búscame en ti con estas doce *des*, y pues que los hombres a mí me las dan, déntelas a tí en mí y por mí, y no me busques sin ellas dentro de ti. De suerte que las *des* que en mi lloras, estimes que vengan a ti por las más soberanas riquezas que puedes tener.

De esta doctrina de las doce *des* quedó en el alma un nuevo conocimiento de Dios, porque en cada una se le representaron las mercedes que Dios hace a los hombres, y también le nació un nuevo y extraordinario deseo de trabajos y afrentas, que no solamente le dió consuelo en la aflicción que tenía, pero sucedióle un nuevo desconsuelo de no tener aquellas *des* como el alma por entonces las deseara.

Estando con un encendidísimo deseo de la honra y gloria del Santísimo Sacramento, y de amarle, adorarle y reverenciarle como conviene, púsosele delante esta doctrina que, aunque vino seca y como si fuera un concepto ordinario, en el fruto que dejó se puede entender muy cierto ser dada de la mano de Dios; y así como está escondido en las especies sacramentales, suele dar unas doctrinas escon-

1 Ps. LXXIII, 22.

didas por la vía ordinaria de la meditación sin ningún ropaje de muestras sobrenaturales ni gustos y afectos sensibles, que son de grandísimo provecho. Llamo muestras sobrenaturales, revelaciones, visiones u otras cosas extraordinarias de espíritu, y aunque es dificultoso dar a entender a los hombres del mundo esta verdad, de que estas doctrinas humildes son muchas veces más seguras, más claras, más ciertas y más provechosas que las otras que vienen con aplauso y excelencia espiritual, tiene por muy cierto ser así, y ama más este modo de proceder que el otro sensible, como arriba está dicho. Pues la doctrina fué ésta. Mira, así como en muchas formas consagradas no hay más de un Cristo que está en el cielo, e igualmente adoras cualquier Sacramento donde quiera que esté, ora sea en sagrario de oro o de plata o de palo, sin hacer diferencia en lo que se ve, pues la fe da a entender que cualquier hostia consagrada es verdadero Dios; así has de proceder en el amor de este Dios con los prójimos, entendiendo que en cualquier alma está Dios como el Santísimo Sacramento está en el sagrario, pues a la verdad está en todas las cosas por esencia, potencia y presencia, y está en las almas como en vivas imágenes y mora en ellas por amor, pues por ellas derramó su sangre, y el particular de cualquier alma, como es ser hombre o mujer, rico o pobre, señor o criado, amigo o enemigo y las demás diferencias que se ven, son como propiedades de la custodia y caja donde está este Sacramento, y en ti también está el mismo Sacramento como en una custodia. Considera, pues, que tú eres la más abominable y aborrecible cosa del mundo, y adora al Santísimo Sacramento que está en ti, afligiéndote que tan gran Señor esté encerrado en custodia tan vil, y con las otras almas procede de esta manera. Así como no miras de la calidad que es el sagrario, sino que igualmente adoras al Santísimo Sacramento que está dentro de cualquier sagrario, así nunca has de echar de ver las cualidades de la persona con quien tratas, ahora sean ricos o pobres, siervos o señores, etc., sino solamente has de pensar que está en ellas Dios, y reverencia a aquel Señor que anda en cualquier alma, humillándote y postrándote interiormente delante de él, sin que la diversidad de la persona te haga ensoberbecer con nadie. Y así como gustarías que el Santísimo Sacramento no estuviese en custodia de barro sino de oro, pero cuando le vieses en la custodia de barro, se van los ojos al Sacramento que allí está, con un eficacísimo deseo y ternura que aquel barro se volviese en oro, así cuando vieres almas de gente que está en pecado, reverencia al Señor que tienen dentro de sí, y desea eficacísimamente y con ternura que se vuelvan dignas moradas de Dios, pues tienen libre albedrío para ello y Dios quiere que todos sean santos, y en lo que toca a tu alma, pues en ella hay dos cosas, conviene a saber, sacramento y custodia, pues sabes que la custodia es la cosa más abominable de cuantas hay en el mundo y de lodo más hediondo y pestilencial, si amas al sacramento que está en tí y al que está en los otros, pues es el mismo Dios, ámale como a ti mismo y considérate por lo más abominable del mundo delante del Santísimo Sacramento que consideras en cada hermano, y así confúndete, avergüénzate y póstrate delante de cualquiera, como es bien se confunda

y postre la abominación delante de Dios, y por esta vía vendrás a entender el amor de los prójimos que Dios tanto quiere y la verdadera humildad que tanto ama.

Esta doctrina, aunque dicha humildemente al alma, quiero decir, sin muestras sobrenaturales ni gustos, sino así arrojada, fué de tanto fruto y provecho escarvando después en ella en muchos días, que no lo podré decir, así como si le arrojasen a uno una bolsa podrida y sucia, y después, abriéndola y desenvolviendo lo que en ella hay, hallase piedras preciosas de inestimable valor, y admirándose cada día más de las nuevas riquezas que halla escondidas en los bolsillos y escondrijos que había en aquella bajeza; así le acaeció en lo que vamos hablando, que a los principios parecía este un concepto ordinario nacido del mismo entendimiento y meditación, mas después se descubrieron en él innumerables riquezas. Verdad es que aunque en el modo y en la cosa parece ordinaria, tuvo un no sé qué al tiempo del recibirse, como si le asieran del codo y le avisaran que mirase que llevaba un gran tesoro, y así lo experimenta después en los efectos y luz que cada día se venían descubriendo en esta bolsa llena de riquezas, porque luego se le dió luz de que el efecto principal del Santísimo Sacramento y el principal fin porque quedó entre nosotros, fué para hacernos una cosa en Cristo, y por eso se llama *Sinaxis* en griego, y *Communio* en latín, y las especies sacramentales tienen esta propiedad de unión, pues de muchos granos de trigo se hace el pan y de muchos granos de uvas se hace el vino, y dióle un deseo entrañable de comenzar de nuevo a ejercitarse en el amor de los prójimos.

Lo segundo, se declaró cuánto agravio hacen al Santísimo Sacramento los que le reciben teniendo entre sí disensiones y enemistades, y con cuanta razón dijo el Señor, que el que viniere a ofrecer su don al altar y allí se acordare que su hermano tiene alguna queja contra él, vaya primero a reconciliarse con el hermano, y después ofrezca el don (1). Descubriósele lo tercero, la causa por qué muchos que comulgan a menudo, no van aprovechando, sino antes haciendo como costumbre de comulgar y volviendo atrás en el espíritu, y esta es la falta de humildad y de caridad con los prójimos; y cómo sin estas dos virtudes los demás aparejos que se hacen para la comunión no hacen al caso, y diósele a entender dos estados de personas, unas que con estado de pecado mortal están enemistados, ora sea porque están con deseo de hacer mal a sus prójimos, ora sea por el escándalo que dan al pueblo, aunque en lo interior no les quieran mal; y éstos cuando comulgan, pues comulgan en estado de pecado mortal, reciben el Santísimo Sacramento para su condenación, y es lástima que le van recibiendo y se van cegando más para no entenderse. Otros hay que ya que no estén en estado de pecado mortal por tener rencores y enemistades, pero no se disponen con la verdadera disposición que quiere Dios, que es caridad y humildad, y así aunque comulgan, no van creciendo en la virtud. Lo cuarto, se le descubrió la verdadera disposición que quiere Dios en los que comul-

1 Matth.. V, 23.

gan, que es amor entrañable para con Dios y conocimiento de su bajeza e indignidad y amor unitivo con los prójimos, trayendo a todas las almas en el corazón y metiéndose con ellas en las entrañas de Cristo al tiempo del recibir al Señor, y un respeto y reverencia a cualquier criatura, teniéndose por la más indigna de todas las nacidas. Lo quinto, pusiéronsele delante los trabajos, afrentas e infamias que padecía, y diéronle un particular gusto y regalo viendo no merecer otra cosa en esta vida. Lo sexto, aclarósele el mal estado de su alma y el poco aparejo de comulgar que había tenido en las demás comuniones pasadas por falta de esta disposición, y como acaece cuando meten una candela encendida en una casa oscura, que se descubren todas las telarañas e inmundicias que en ella hay, así se le descubrieron con esta nueva luz todas sus faltas y maldades. Finalmente, parece que le enseñaron un nuevo camino cierto y seguro del amor de Dios y del prójimo y de la humildad, en el cual se vió tan a los principios y tan en el *Abecé* de esta doctrina, que se desanimaba de poder llegar a lo que el corazón quería; y como quien sale de un engaño y comienza una nueva vida y halla un nuevo mundo con que olvida todo lo pasado que le pareció como sueño, así comenzó a entrar en esta nueva carrera del amor de Dios y del prójimo y de la humildad.

CAPITULO X (1)

DE LA PARTICULAR DEVOCION DE LA VIRGEN Y LA COMPAÑIA QUE EL ALMA TIENE CON ELLA EN LAS OBRAS QUE ENTRE DIA HACE, PRINCIPALMENTE EN EL REZAR EL OFICIO DIVINO.

§ 1.º

Si todos cayesen en la cuenta de los grandes bienes que vienen al alma que tiene particular devoción a Nuestra Señora, nadie se descuidaría en procurar aumentar y conservar esta devoción con todos los medios posibles. Porque dejado aparte que la devoción de la Virgen anima al espíritu, da fuerza contra los demonios, afervora el corazón, mueve a lágrimas, pone confianza, y en todos los trabajos y tribulaciones no hay mejor escudo de paciencia y por ella nos vienen todos los bienes de Cristo Jesús; y así como la virtud que viene del cuerpo a la cabeza es mediante el cuello, que así se llama en los *Cantares*; quien fuere muy particular devoto suyo experimentará particulares mercedes, como algunos santos sus devotos alcanzaron de ella particulares favores, como San Bernardo el rayo de leche; San Ildefonso, la casulla; San Juan Damasceno, restituirle la mano que le habían cortado; San Simón Stock, el escapulario, y todos los demás devotos suyos experimentan en lo interior particulares regalos de luz

1 En la copia se pasa del capítulo VIII al X.

en el entendimiento y consuelos en la voluntad, de los cuales quiero yo contar algunos en este capítulo.

Toda la vida tuvo esta alma particular devoción con Nuestra Señora, y dábale gran contento oir sus alabanzas, y mucho tiempo se deleitó en decir aquella palabra *Mater Dei*, dándole en ella Nuestro Señor luz de que una de las cosas de que más gusta la Virgen es que la llamen así. Y aunque las cosas que pasan en la imaginación no se pueden saber con certidumbre si son naturales o sobrenaturales, o si se pueden llamar visiones o no, porque acaece muchas veces representarse una figura hermosa o fea que nunca los ojos la vieron, y aquella figura puede ser que la forme allí Dios, o los ángeles o los demonios para mover la voluntad, pero lo más ordinario es que de las diversas fantasmas y especies que están guardadas en la fantasía, se compongan semejantes imágenes acaso y sin preceder discurso del entendimiento ni obra de la imaginación, y quien no entiende esta doctrina, como sabe que no pensaba en aquello sino que vino acaso aquella imaginación interior, suelen llamar visión interior; diré lo que le acaeció un día, que estando pensando en otras cosas descuidadamente, parece que se le puso en la imaginación allá en lo íntimo de ella una figura de una señora de más alto cuerpo que las ordinarias mujeres, vestida de blanco, con un rostro y manos hermosísimas, tan diferente de lo que son las otras mujeres y de lo que se puede pintar, cuanto lo es el sol vivo del pintado. Púsose esta figura con la velocidad que un relámpago, y quedo deseoso el corazón de tornarla a ver, engolosinado con el poco tiempo que la vió y afligido porque tan presto se ausentaba, porque si durara, parece un principio de gloria acá en la tierra. La figura luego se fué, pero quedaron dos rastros de ella que duraron mucho tiempo; el primero fué una particular devoción y ternura con Nuestra Señora y con sus cosas, y recibirla por madre y trabajar mucho en su servicio, acudir a pedirle licencia como a prelada, abstenerse de hacer muchas obras malas por sólo darle gusto y finalmente, un tenerla cerca y presente mirando sus obras, que le fué de gran provecho y le levantó a otro nuevo espíritu con particulares mercedes, favores y regalos, que ni se pueden contar ni hay memoria de ellos. El segundo efecto, que ya que la imaginación por más que trabaje no puede tornar a formar otra vez aquella figura como era, porque ve que es tan diferente la figura que pinta con la advertencia interior de la que se le puso delante, cuanto va de lo vivo a lo mal pintado, pero a lo menos, torna a la memoria las veces que quiere aquel vulto sin facciones formadas y la misma imagen en confuso, y hácele grande fruto, principalmente en el tiempo de las perturbaciones, como quien viese una cosa con un velo delante o desde lejos, que, aunque no particulariza las facciones, bien conoce que es la persona que vió. Y porque debe Nuestro Señor de querer mucho que la fe de las imágenes esté muy firme en los tiempos que ahora corren de luteranos que la persiguen, suele hacer ahora mercedes por medio de las imágenes como antiguamente hizo, que según refiere el Concilio Niceno segundo de Juan Evirato, llamado Sofronio, había un monje a quien una imagen de Nuestra Señora le hacía gran impresión, y envidioso el demonio de

ella, le persuadió que quitase aquella imagen de la celda, y él le dejaría de tentar, porque era muy perseguido de tentaciones. Comunicó esto con su confesor, y él le dijo que le sería de menos daño dar vuelta a todas las casas públicas de Egipto que quitar de la celda la imagen de Nuestra Señora. Este cuento leyeron los padres del Concilio y dióles gran gusto.

Así le aconteció con algunas imágenes de Nuestra Señora en quien tenía gran devoción, y recibiendo grandes bienes mirándolas, y como se va con aquellos deseos e imaginaciones de hablar con Nuestra Señora, como si estuviese viva, transportándose algún poco los ojos, ha acontecido parecerle que la ve el rostro alegre o mirarle con ojos vivos o hacer otros motivos de persona viva, lo cual mueve a mucha devoción y ternura, y poco hace al caso que sea antojo y lo que decíamos de la figura de la imaginación o que sea verdadera visión, si hace buenos efectos en el alma, mas siempre lo ha tenido por antojo.

Ha experimentado grandísimo provecho en procurar la presencia de Nuestra Señora y de Cristo Nuestro Señor, juntándolos los dos y teniéndolos por compañeros y ayudadores de todas sus obras, como si estuvieran a su lado; hacerles participantes de lo que hace, como en el rezar con ellos, celebrar con ellos y finalmente, andar siempre en su compañía. También la experiencia le ha dado a entender ser una muy particular y provechosa devoción rezar cada día tres Avemarías a la concepción de Nuestra Señora para la guarda de la castidad, y si con las imágenes muertas e interiores se aprovecha el alma, mucho más se aprovecha con las imágenes vivas, y así procura todas las veces que ve a mujeres, acordándose de Nuestra Señora según los diversos estados que tuvo, si niñas, acordarse de la infancia de la Virgen, y así en los demás estados. Este ejercicio no sólo causa aumentar la devoción con la Virgen, sino también evitar muchos inconvenientes y pensamientos, así de vanidades como de juicios temerarios que suelen venir por causa de mirar mujeres, porque mirándolas con estos ojos de devoción a la Virgen, cóbraseles un cierto respeto y reverencia que degüella los insultos de los demonios, que de mirarlas de otra manera se podrían seguir.

Entre las fiestas que más gusto le dan es una la Natividad de Nuestra Señora y el considerarla niña y tan enriquecida de bienes, así del entendimiento como de la voluntad, que ninguna otra criatura ni aun todas las demás juntas se le igualan, y el procurar criar esta niña con las virtudes y oración hace gran fruto en la conciencia. No menos fruto se siente en tener oración dentro de las entrañas de la misma Virgen como dentro de un oratorio divino, adornado y enriquecido de innumerables riquezas espirituales, y allí, como quien estuviese acompañando a Cristo al tiempo que encarnó y se ofreció al Padre Eterno, ofrécese al mismo Señor haciendo los mismos actos que Cristo haría, y como el alma se siente tan sucia e indigna de tan alto oratorio, hácese una mezcla de humildad y fervor que se experimenta ser principio de grandes bienes.

Causa tanto deleite en la boca y en el corazón el nombre de María, que para repetirle muchas veces se vienen a la memoria primores y delicadezas de este soberano nombre, y serían innumerables

si todas se hubiesen de contar. Pero de las que ahora se me acordaren, por las mismas letras del nombre iré haciendo una letanía de cosas y personas a quien se compara, que comienzan por las mismas letras de María.

María, que quiere decir señora en lengua siríaca, pues lo sois de todo lo criado, sedlo de mis deseos. María, que quiere decir amarga, alcanzadme amargura de corazón con verdadera contrición de mis pecados. María, que quiere decir estrella del mar, guiad los discursos de mi vida. María, que quiere decir mar abundante, alcanzadme abundancia de virtudes. María, según San Epifanio, quiere decir esperanza; en Vos, Señora, la tengo puesta y de Vos espero el bien que me puede venir. Manasés quiere decir olvido, dádmele vos, Señora, de todo lo que no fuere servicio de vuestro Hijo. Arám quiere decir escogimiento; entre todas las criaturas del mundo os escogió Dios por Madre, y para que me guiéis a vuestro Hijo os escojo yo por Señora. Roboan quiere decir anchura; con vos, Señora, se ensancha y dilata mi espíritu cuando se ve apretado. Jacob quiere decir luchador; con el esfuerzo que de vos viene, lucharemos con todos nuestros enemigos. Abiud quiere decir Dios es mi Padre, y a vos, Señora, tengo por Madre, que con tal Padre y Madre seguro estoy de alcanzar cualquier merced. Micol, mujer de David, defendió a su marido de la muerte; defended, Vos, Señora, este vuestro siervo del pecado. Abigail aplacó a David con las dádivas; aplacad Vos a Dios con los dones de vuestras virtudes para que no nos confunda. Rut, siendo pobrecita, vino a ser madre de los reyes de Israel por su misericordia y piedad; Vos, Señora, sois Madre del Rey de los reyes, usad con nosotros de misericordia. Judit cortó la cabeza a Holofernes y libertó su pueblo; destruid, Señora, nuestros enemigos y alcanzadnos libertad. Abisac, sunamitis, doncella muy hermosa y desposada con David, le calentaba siendo muy viejo; dad, Vos, Señora, calor a este mundo miserable, frío y sin devoción y envejecido en pecados. Margarita sois y perla preciosa de donde nos viene toda la devoción. Adamas y diamante fuerte en quien tenemos nuestra fortaleza. Rubí de precio inestimable de donde nos viene el fervor. Jaspe divino y fortísimo, alcanzadnos fe. Ametiste del color del cielo, interceded, Señora, para que nuestros deseos estén siempre en el cielo. *Mater electa*, escogida Madre de Dios, interceded por nos a vuestro Hijo. *Amica, amica patris,* amiga del Padre Eterno, hacednos amigos con él, mediante la pasión de vuestro Hijo. *Relicarium Spiritus Sancti,* alcanzadnos el fuego y espíritu para que le conservemos en nuestros corazones. *Jesu filii Mater,* seamos por Vos hijos de vuestro Hijo. *Amata Trinitatis,* seamos amados de la Santísima Trinidad por vuestra santísima intercesión. *Mirto arrayan,* árbol del amor, encended, Señora, nuestras voluntades. *Abíes,* aya alta y hermosa, alcanzadnos constancia en nuestros propósitos. *Rubus ardens,* zarza que ardía y no se quemaba que vió Moisés; entendamos, Señora, por vos los misterios divinos que en vuestras entrañas resplandecen. Jericó, rosa hermosísima donde se halla toda la fragancia de buen olor; tengamos, Señora, por Vos buen ejemplo de virtudes. *Altitudo cedri,* guiadnos a la soberanna alteza. Magnánima, sois ejemplo y camino de toda nuestra magnanimidad.

Afable y humilde, quitad, Señora, de nuestros corazones la soberbia y arrogancia. *Reverens,* a quien se ha de tener reverencia, ponedla en nuestras almas para con vuestro Hijo. Jocunda y alegre, quitadnos toda la tristeza, y ponednos espíritus de alegría. Amable de todas las criaturas, ámeos yo, Señora, con todas mis fuerzas. *Mare lachrimarum,* en la pasión de vuestro Hijo lloremos nuestros pecados. Abundancia de bienes, infundid, Señora, gracia en nuestras almas. *Referens in corde* las obras de vuestro Hijo, dadnos verdadera meditación de ellas y pensamiento de nuestra vida pasada. Intención recta tuvisteis en todo, dádnosla, Señora, para perseverar en el servicio de vuestro Hijo; ánimo puro para satisfacer. Mañosa fuisteis, Señora, en la pelea, enseñadnos a pelear contra el adversario. Animosa en la batalla, alcanzadnos ánimo contra el enemigo. Recatada en las ocasiones, véngamos, Señora, por Vos este recato. Invencible en los trabajos, haced que no nos venza el enemigo. Apercibida para las tribulaciones; seámoslo nosotros para nuestras tentaciones. *Magisterii corona.* Vos sois, Señora, la que coronasteis los confesores y maestros en la bienaventuranza con la laureola verde. No perdamos el fruto que de tratar con almas nos espera. *Adamantina Virginum laureola*; por Vos viene a las vírgenes la corona blanca de diamantes; alcanzadnos pureza para que la merezcamos. *Rubí, corona martyrum.* Colorada es la corona de los mártires hecha como de rubíes; por Vos, Reina del Cielo, la poseamos. Incomprensible visión de la divina esencia tenéis; os suplicamos que veamos en el cielo la divina esencia. *Amoris aeterni fruitio*; gozo de amor eterno en la gloria esperamos por Vos.

De esta manera se va el alma deleitando con el nombre de la Virgen, sacando del mismo nombre todos los conceptos de las perfecciones y virtudes que ha menester, y ejercitándose en lo interior del espíritu con actos interiores, diciendo estas palabras como a manera de letanía a la misma Virgen.

Es grande el fruto que hace de la devoción de las fiestas de Nuestra Señora, y tomándolas todas nueve juntas, y rezando cada día nueve Padrenuestros y nueve Avemarías a las nueve fiestas y ejercitándose en la consideración de los misterios de ellas, se hace una divina música a Nuestra Señora considerando en cada fiesta cinco cosas por el tenor siguiente. La Concepción de Nuestra Señora, en que se celebra ser la Virgen concebida sin pecado original, nos la pone la Iglesia madre de toda la pureza, y nos enseña que, si queremos alcanzar pureza, acudamos a esta Señora. Hemos de dar gracias a Cristo porque la preservó pura, y pedir pureza de nuestros pensamientos ejercitando y proponiendo el verdadero examen de conciencia.

En la Natividad la reconocemos por madre de todo lo criado, y que así como nació, vino con ella una nueva luz al mundo con consuelo y alegría inefable. Demos gracias a Dios porque nos la crió, y procuremos rectitud de intención en nuestros deseos, encomendándola que nos ayude al gobierno de casa y familia. En la Presentación al templo, donde vivió como religiosa, la reconocemos por madre de todas las Religiones; damos gracias a Dios que la presentó a su Eterno Padre, pedimos la perfección en la guarda de las obligaciones

de nuestro estado y oigamos bien misa y acertemos como conviene a celebrar los divinos oficios. En la cuarta fiesta, que es la Anunciación, reconoceremos a la Virgen como Madre de Dios; damos gracias a Cristo porque en ella encarnó y la escogió por Madre. Pedímosle caridad para con Dios y que nos alcance verdadera oración vocal y mental.

En la quinta, que es la Visitación de la Virgen a Santa Isabel en la cual la consoló, la llamamos madre de los desconsolados y afligidos; damos gracias a Cristo que la visitó, pedimos verdadero amor de los prójimos y que en todas las obras que hiciéremos del trato con ellas procedamos con el celo y pureza que Nuestro Señor quiere. La sexta fiesta de Nuestra Señora de la O se instituyó a honra y gloria de la virginidad de la Reina del cielo. Reconocemos a la Virgen por madre de toda castidad. Damos gracias a Cristo que la conservó y guardó virgen y pura. Pedímosle castidad y proponemos estar recogidos trabajando con nuestras manos quitados de ocasiones que nos puedan traer algunos pensamientos deshonestos. En la sétima fiesta, que es la Purificación, la reconocemos por madre de los pecadores. Damos gracias a Cristo que la purificó, pedimos penitencia y procuramos el verdadero ejercicio de obras penales. En la octava, que es Nuestra Señora de las Nieves, cuando se celebra aquel milagro de caer nieve en el tiempo de mayor calor, reconocemos a la Virgen por madre de todos los tentados, por quien nos viene el refrigerio en el tiempo que arde más el fuego de las tentaciones, y damos gracias a Cristo porque la honró, y pues la honro haciendo por ella milagros en el mundo, pidamos la resistencia contra las tentaciones y proponemos pelear contra los tres enemigos. En la novena, de la Asunción, cuando fué subida a los cielos, confesamos a la Virgen por madre de los bienaventurados, y damos gracias a Cristo que la coronó subiéndola sobre todas las criaturas. Pedimos perseverancia en la virtud y proponemos el ejercicio de todas las buenas obras.

Con esta devoción de meditaciones de las fiestas de la Virgen y todos los títulos que tiene de ser Madre, se afervora más el alma a su devoción, y como ve que le vinieron todos estos bienes por Cristo, redunda de aquí un particular amor a este Señor con hacimiento de gracias en que el alma se ejercita, que es de harto fruto para la caridad y para las virtudes principales que ha menester para salvarse, hallando presente a la Virgen en todas sus obras y ejercicios para que ninguna cosa se haga que no sea teniéndola por madre.

En la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, considerando atentamente cómo fué subida desde la tierra al cielo, subiendo sobre los cuatro elementos y sobre todos los cielos y planetas hasta llegar al cielo empíreo, se le han ofrecido grandes riquezas y provechosísimos conceptos de espíritu; unas veces dando gracias con cada uno de los cielos al Señor que coronó su Madre y a la misma Virgen que subió triunfante; otras sacando de allí todas las virtudes que una alma ha menester allí para subir al cielo; otras deleitándose en un soberano gozo de ver glorificada a la Virgen; otras poniendo en su corazón a los mismos cielos y subiendo por ellos a la misma Virgen, hacién-

dola señora de todo lo interior y de sus entrañas, y entregándole todos los pensamientos y deseos y lo interior de la voluntad, y porque serían cosas innumerables las que en este caso se podrían decir, solamente pondré aquí de la manera que pudiere la subida del espíritu por diez grados, que aunque pasa muy de otra manera la luz interior de lo que las palabras pueden decir, procuraré declarar algo de la manera que supiere, y para luz de esta doctrina pongamos algunos presupuestos.

El primero sea que por más levantado que esté un espíritu y puesto con Dios, cada día descubre más su bajeza y le vienen nuevos modos de levantar el corazón, porque parece imposible que siempre se esté en un ser, porque o pierde el espíritu o baja o se va levantando más, experimentando nuevas excelencias. Presupongamos lo segundo, que aunque estas cosas no vienen al alma por el orden que aquí se ponen, porque ninguno siente cuándo sube su espíritu o cuándo baja, ni las subidas espirituales vienen con el artificio que se pueden contar, pero después de haber pasado por el corazón, puede revolver a la memoria algo de lo que por sí ha pasado y poner la doctrina con orden aunque sin orden la haya recibido. Lo tercero, para que se entiendan estas subidas del espíritu, declaremos que demás de los cuatro elementos que hay en el mundo, conviene a saber, tierra, agua, aire y fuego, hay diez cielos que se llaman, el cielo de la luna, el de mercurio, el de venus, el del sol, el de marte, el de júpiter, el de saturno; éstos siete primeros son los siete planetas; luego es el octavo el cielo estrellado, el noveno el primer móvil, el décimo, el cielo que llaman cristalino, y sobre todos estos está el cielo empíreo, donde residen los bienaventurados; y así como la Virgen subió por todos estos cielos, así sube el espíritu en la oración por otros tantos grados de espíritu, y en cada uno de ellos se podía decir mucha doctrina de suerte que de esto se hiciese un gran libro, pero no es mi intento sino poner una breve recopilación de los cielos espirituales del alma, que para quien tiene experiencia bastará para entenderse, recibiendo luz de los modos que lleva y seguridad si va bien, y desengaño si va con peligro. Comenzaremos por los elementos por dar doctrina de la oración desde que se comienza hasta llegar a la oración de los que en ella van más aprovechados; todo lo que dijere será sabido por experiencia, aunque recibida en diversos tiempos.

Sube el alma de la tierra cuando en los pensamientos buenos que vienen al corazón con las inspiraciones divinas le comienza el Señor a dar luz de la bajeza de todas las cosas del mundo, y va entrando en el aborrecimiento de ellas, que de estos pensamientos se dispone a quererse ejercitar en oración y espíritu y huir de las cosas de la tierra; y aquel corazón va cerrado con el aborrecimiento del mundo y se quiere recoger a tener un poco de oración mental; luego acuden pensamientos deshonestos y se remueven las pasiones de la carne, con quien tienen pelea en el corazón los principiantes del espíritu, y es tanta, que muchas veces gastan la hora en pelear con ellos, porque acometen al tiempo que había de haber oración para perturbar el espíritu ya que no puedan derribar el alma. El tercer

grado de oración es cuando se va venciendo la vanidad, soberbia, propia estima, y teniendo en poco el qué dirán de las gentes y va el alma dejando el aire de la vanagloria y entrando en los tesoros de la humildad, que es la raíz y fundamento de todo espiritual edificio, y cuesta mucho tiempo determinarse el corazón a seguir de todo punto el camino espiritual cerrando sus ojos a su propia estima.

Después de haber vencido la afición del mundo, los pensamientos deshonestos y las imaginaciones vanas que impiden la oración, queda otro enemigo mayor con quien pelear, que es la impaciencia interior y la cólera y apresuramiento, que es como un fuego que no deja sosegar el espíritu, y éste véncese con la perseverancia y mansedumbre y con una verdadera determinación de no dejar el ejercicio del espíritu y el tiempo de la oración mental por todo lo del mundo, y así comienza a entrar la conciencia en el espíritu más levantado, aunque con muchas imperfecciones, que también se hallan en cada uno de los cielos que luego diremos. Pero no se pelea ya con enemigos de fuera sino del propio espíritu, y mientras el corazón va subiendo más arriba, va dejando imperfecciones y adquiriendo espíritu más alto. Declaremos el metal de cada grado de espíritu con las propiedades de cada uno de los cielos, tocando solamente lo esencial para que cada alma discurra dentro de sí en lo que conviene.

Por sus crecientes y menguantes es la luna señal e influye inconstancia, mudanza, alteración y variación en los sucesos humanos. El grado de espíritu atribuido al cielo del alma es un modo de oración inconstante, variable, lleno de diversidades y contrarias, porque unas veces anda el alma con grandes ímpetus, otras veces floja, unas con grandes fuegos y fervores, otras se ve tibia, ya gusta de ternuras, lágrimas y devociones, otras veces se ve seca. De esta diversidad nace el peligro de no perseverar en la oración y un cierto desconsuelo de no hallarse en un ser, y un temor de que viéndose tan sujeto a mudanzas, así como cae fácilmente del modo de espíritu que le da más contento, caerán también en pecados cuando venga la ocasión, y de esto se aflige de tal manera, que este temor hace perder mucho tiempo y espíritu, y es necesario esforzarse el corazón para subir de este metal de oración a otro más alto.

Porque a Mercurio se atribuye la mercancía, artificio e industria humana, podemos poner en este cielo una manera de oración artificiosa que, aunque no es mala, no satisface a la conciencia. En este modo de espíritu están los sentidos así interiores como exteriores despiertos, y las demás potencias del alma muy vivas y el entendimiento muy hablador y amigo de hacer discursos y razones. Todo esto sería bueno cuando no estorbase de recibir otras mercedes más soberanas. Porque, a la verdad, el más alto camino de oración es cuando el alma se hace más capaz para recibir mayores bienes y se ciega toda a la razón natural, abriendo los ojos con mucha humildad y sujeción a los resplandores divinos. No es este de quien vamos hablando mal espíritu sino muy bueno; pero aquella negociación e industria propia parece que en alguna manera tiene por fin el bien de la propia alma, y mientras en estas cosas nos tuviéremos a nosotros mismos

por fin de nuestros ejercicios, no iremos medrando tanto cuanto medraríamos si tuviésemos por fin sólo la honra y gloria de Dios.

Podemos llamar este cielo de venus a un modo de espíritu donde el alma se ejercita en actos de amor de Dios, moviendo como puede la voluntad a este amor. Esta oración es bonísima y muy segura; más así como es muy diferente el fruto que nace de la tierra muy labrada, estercolada, empapada de agua y holgada, del que nace de la tierra que siempre se querría estar cultivando y dando fruto y todo es bueno; así son diferentísimos los actos de amor que nacen de un corazón, cuando con sosiego y atención interior se está empreñando de muchas luces divinas, esperando con un cierto silencio y sosiego que le saquen a la carrera, y deteniéndose en salir a obrar de los actos de amor que nacen de la voluntad, que luego en poniéndose en la oración quiere correr y quiere hacer actos, movida en cierta manera con sus propias fuerzas, porque si tuviese paciencia y se estercolase muy bien con el conocimiento propio, y se labrase con el ejercicio de las virtudes, y empapase en agua de lágrimas de contrición, humillándose cuanto pudiese, produciría unos actos tan vivos, tan grandes y tan eficaces, que uno de ellos vale por ciento, como vale más la hora en que corre un niño llevándole en brazos de un gigante que le está llamando y se deja tomar en sus brazos, que diez horas que el mismo niño corra en sus mismos pies, sin querer esperar que el gigante le reciba.

Por la luz que el sol da al mundo y a todas las estrellas podemos llamar cielo de sol un modo de oración lleno de luz y desengaño, en el cual en un abrir y cerrar de ojos interiores se descubren en un instante tantos conceptos y pensamientos, así de las virtudes necesarias para la propia alma como para otras y tanta doctrina, que se ve bien por experiencia llamarse con razón Cristo luz del mundo y no andar en tinieblas quien le sigue con espíritu. Este es un altísimo estado de oración porque esta luz es de mucho fruto para la propia alma y para las otras conciencias; mas el corazón no se satisface con la luz del entendimiento como con las obras del amor en la voluntad. No hablo aquí de los conceptos especulativos, que más propiamente se puede llamar estudio que oración, sino de la luz interior recibida con el profundo silencio y quietud que va a parar al amor y a perfeccionar el alma, pero por más bueno que sea no satisface tanto como la misma perfección y unión de quien después diremos.

Atribuyen a este cielo la fortaleza y los ímpetus para las guerras y batallas, y así podemos nombrar aquí el estado de la oración de ímpetus, en la cual movida el alma con la luz de Dios y creciendo los deseos prorrumpe en tan grandes ímpetus, que algunas veces parece se desmenuzan los huesos y deshace todo el cuerpo, y si durasen, sería dificultoso conservar la salud. Pero al fin, como el trabajo es grande, se divierte el alma o se reporta, y con esto se puede vivir en el tiempo que corre oración impetuosa.

Atribúyese a Júpiter el imperio, mando y señorío, y la oración que corresponde a este cielo es una contemplación altísima y encumbrada, con la cual sube el alma sobre sí y sobre todo lo criado en un cierto señorío y grandeza, que todo lo que no fuere Dios y la

mayor honra y gloria suya pone debajo de los pies, y con este señorío va entrando en otra nueva manera de vivir, donde levantándose de la tierra, parece que quiere participar ya de las costumbres del cielo desestimando todo lo de acá. Y de aquí proviene una grandeza de ánimo y una majestad de deseos, que todo lo que puede hacer o padecer por Dios le parece poco, y a nadie teme ni de ningún trabajo hace caudal, y cualquier obra por grande que sea se atreve a emprender como sea agradable al Señor.

Dicen que este cielo influye la tristeza y melancolía, y que tiene poder sobre las Religiones y letras y todos los demás ejercicios que proceden del entendimiento; hablando a nuestro propósito podemos poner en este cielo una manera de oración más alta y más segura que las pasadas, en la cual comienza el alma por el conocimiento propio, y ahondando con él, viene a una profundísima humildad y deseo de afrentas, abatimiento y deshonras, y con la memoria de sus pecados entra en la buena tristeza de la contrición, y estando así confusa y abatida delante de Dios y sin osar levantar los ojos al cielo, porque se tiene por indigna de cualquier bien, y aun algunas veces se acusa por atrevida de poner la voluntad y amor en la majestad infinita de Dios, teniéndose por tan baja que el amor le parece atrevimiento, a deshora se ve, sin saber cómo, llevada y subida a una presencia y cercanía con el mismo Señor y siente dentro de sí un favor de la divina misericordia y una luz muy grande, acompañada de inefables riquezas celestiales y unos tan nuevos deseos y fervores, que nunca pudiera pensar, y de lo mismo que va recibiendo se va más humillando y se siente más obligado, y así dice con San Pedre: Apártate de mí, Señor, que soy pecador (1); y no parece sino que mientras ella más huye y se quiere más abatir y esconder de Dios queriéndose meter en el profundo del abismo con la gran confusión de su bajeza, la busca Dios con mayor fuerza y solicitud haciéndola mayores mercedes, así como los galanes con mayor fuerza aman y pretenden a las que más se retiran y esconden de ellos, y por el contrario se resfrían cuando ven los amores más desenvueltos de las que se convidan, y como el alma ve que mediante aquella humildad, confusión y contrición recibe tantos bienes, no querría salir de este modo de proceder en el espíritu.

Es donde están todas las estrellas que vemos, salvo las siete que hemos contado, que se llaman los siete planetas y están fijas en él como los nudos en la tabla. Hay una manera de oración en la cual llegando a cierto punto el corazón, con sólo un abrir y cerrar de ojos del entendimiento y con solo un acto de arrojarse de veras en los brazos de Cristo con rendimiento y confianza verdadera, resultan en lo interior tanta multitud de conceptos diversos y deseos de virtudes, que parece que con solo un mirar se ve todo lo que hace al caso para la salvación de su alma y de otras muchas, y con un solo desear se hace un acto de todas las virtudes y perfecciones; no se puede declarar bien esto cómo es sino por alguna comparación.

---

1 Luc., V, 8.

Así como quien hubiese visto muchas cosas en particular, y después llegase a ver un espejo donde están representadas aquellas mismas y otras innumerables, de la manera que los bienaventurados ven las criaturas en la esencia divina, así acaece que después de haber andado el entendimiento discurriendo por diversos conceptos, pónese en lo interior un concepto tan preñado y lleno, que da más luz en el entendimiento en un momento que el discurso en muchos años. No digo que con esta manera de entender se vea la esencia divina, que en este mundo nadie la puede ver, ni tampoco me atrevo a decir que cría Dios en el entendimiento especies universales como las que cría en los ángeles con que entienden muchas cosas particulares, sino sea de la manera que fuere, lo que digo es que se experimenta esta multitud de estrellas en un mismo concepto, y puestos delante todos los conceptos de las virtudes y perfecciones, como el alma se resuelve en buscar hacer la voluntad de Dios y buscar la mayor honra y gloria de Cristo, y en todos ellos resplandece la divina voluntad, con el mismo acto de amor se inclina a todas las virtudes juntas, y para hacer actos de cada una por si fuera menester mucho tiempo. Y de aquí es que viendo las riquezas de luz y deseos que provienen de esta resolución en la voluntad de Dios y atención a su divina presencia, no quiere ya el alma como antes andar buscando las virtudes en particular ni andar discurriendo por particulares pensamientos, sino procurar sola aquella atención y rendimiento donde lo halla todo junto con mayor luz y mayor fervor.

Este cielo no tiene estrella ninguna, y todo su oficio es un movimiento velocísimo de veinticuatro horas desde oriente a occidente, con el cual lleva tras sí todos los demás cielos y les hace mover en el mismo tiempo, demás del movimiento propio que cada uno tiene, porque aunque la carrera del sol sea en un año, y de la luna en un mes y del cielo estrellado en treinta y seis mil años, arrebátale el primer móvil y hácele dar vuelta en veinticuatro horas de oriente a occidente. Hay una manera de oración que podemos comparar a este cielo, que es una revolución interior del deseo de la gloria del Padre Eterno a la gloria del Hijo, y de la del Padre y del Hijo a la del Espíritu Santo, en la cual procede el alma de esta manera. Pónese en las entrañas de Cristo crucificado deseando todo lo que Cristo desearía, y como ve que Cristo desearía la gloria de su Eterno Padre y darle contento, y este deseo no sería de una sola virtud, ni de dos ni de la salvación de una sola alma o dos sino de la salvación de todas las almas y de todas las virtudes, así arroja el corazón a este deseo de agradar al Padre Eterno, y darle gusto y desear que todos se le den en todo aquel grado que el Padre Eterno merece, y llegando a encenderse con este deseo de dar gusto al Padre Eterno y hacer en todo su divina voluntad, parece que le pregunta cuál será su gusto y contento, y que el Padre Eterno le remite al mismo Cristo Jesús, diciendo que su voluntad es que Jesucristo, su Hijo, sea conocido, adorado y amado en todo el mundo, y como del amor del Padre al Hijo y del Hijo al Padre procede el Espíritu Santo, de este amor que el alma hace, procede una particular afición al Espíritu Santo, llevase esta revolución tras sí todos

los pensamientos y deseos particulares, y quien una vez las experitase, no querría salir de este modo de espíritu. Pero si no atina a tenerle tan vivo como cuando se le dan dice con la boca, *Gloria Patri et Filio et Spiritu Sancto,* y con esto se contenta o dice muchas veces en gloria del Padre Eterno: *Fiat voluntas tua,* y en gloria del Hijo: *Sanctificetur nomen tuum,* y en gloria del Espíritu Santo: *Adveniat regnum tuum,* por el cual el reino que está dentro de nosotros es el del Espíritu Santo y en nombre del Padre Eterno que pedimos que sea santificado es su Hijo y la voluntad que queremos se cumpla es la del Eterno Padre.

Es este cielo muy claro y quieto, que por eso le llaman de cristal; no tiene estrella ni movimiento ninguno y en él fueron criados los ángeles. Hay un modo de oración y espíritu que podemos comparar al cielo de cristal, cuando se detiene el alma en una presencia de Dios muy interior y espiritual con una luz sosegada y un quieto conocimiento de Dios vivo y un rendimiento de la voluntad a darle gusto en todas las cosas, de donde nace una soberana paz, quietud y serenidad increíble, que acaece estar puesto en ella el corazón, y aunque todo el mundo se hunda de contradicciones y sucesos, no le llegan al interior, ni despiertan de aquel suave sueño ni quitan aquella quietud y serenidad.

Es el lugar de los bienaventurados donde gozan de Dios con la visión de la divina esencia y la fruición y gozo del amor. Aquí se dice que está Dios, porque aquí está obrando las más altas maravillas, y aquí está la gloria de los santos entre los cuales hay diferencias. Porque aunque todos gozan de Dios y son bienaventurados, unos de ellos son mártires, otros confesores, etc., mas las señales de las heridas y llagas de los martirios no les causan dolor sino amor, porque toda su gloria consiste en entender y amar a Dios. El más alto y supremo modo de espíritu y más alta manera de oración es la de la unión del alma con Cristo. Esta unión en supremo grado es un rendimiento perfecto de todas las potencias a la voluntad divina y un trueque solemne que hace el alma con Cristo para que viviendo no viva ella sino Cristo en sí. En esta soberana unión se hallan muchos y diversos grados, porque unas veces hace el alma esta resolución con discurso, y otras sin ninguno se halla metido en ella, y unas veces con cegamiento de todas las potencias, otras con entereza y advertencia de ellas. Pero de cualquier manera que sea, si ella es verdadera unión, queda el alma con sólo el entender y amar a Dios, y todos los otros ejercicios que hace no se apartan ni son diversos de este amor, porque aunque se ejercite en buscar la pureza imitando a las vírgenes, y en ganar almas como los confesores y apóstoles, padecer trabajos con los mártires y dar limosna y hacer obras de caridad espirituales o corporales como los patriarcas y profetas, y finalmente, en asistir y glorificar a Dios como hacen los ángeles, en todas esas diversidades de virtudes está siempre en un ser en el entendimiento y amar, y no por los ejercicios diversos pierde la presencia de Dios, ni por la contemplación y amor deja de ejercitarse en diversos ministerios; así como todos los bienaventurados gozan de la gloria esencial que es ver y amar la esen-

cia divina, y aunque sufran tormentos y trabajos, le son agradables con el amor, antes algunas veces el mismo amor suele dar más tormento. Finalmente, es este un modo de oración que no se puede acabar de contar las riquezas que tiene escondidas y si las particularidades que aquí se podrían decir se escribiesen, sería menester hacer un gran libro de sola esta materia; basta haberlo apuntado. Acerca de todos estos cielos espirituales es de advertir, que unas veces mezcla el alma unos con otros, y en una hora mudará diversos modos de espíritu, otras veces se detiene en uno solo, no solamente una hora pero muchos días y meses, otras veces lleva un modo de espíritu por principal, que es el estado en que el alma está, aunque va mezclando los otros, y en todos ellos lleva por luz y por guía a la Serenísima Reina de los Angeles, a cuya gloria se ha escrito todo lo de este libro; ella y su divino Hijo con el Padre y Espíritu Santo sean glorificados en los siglos de los siglos. Amén.

FÉ DE ERRATAS

Pág.	Línea	Dice	Debe decir.
64	38	esté en rapto con libertad de libre albedrío, ama a Dios.	esté en rapto, con libertad de libre albedrío ama a Dios
71	38	también	tan bien
89-90	45-1	que su Iglesia	que es su Iglesia
101	12	moralmente	mortalmente
169	32	desbaratando	desbastando
303	6	El que ama	El que me ama
313	13	las criaturas; el alma	las criaturas; pero el alma
447	17	gustare	gastare

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

DILUCIDARIO DEL VERDADERO ESPIRITU

Páginas

Páginas

SEGUNDA PARTE

Páginas

Páginas

MISTICA TEOLOGIA

VIA PURGATIVA

VIA ILUMINATIVA

VIA UNITIVA

ITINERARIO DE LOS CAMINOS DE LA PERFECCION

Páginas

DE LA ORACION MENTAL
Y DE SUS PARTES Y CONDICIONES

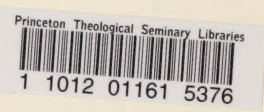
Páginas

VIDA DEL ALMA

APOLOGIA

Páginas

ESPIRITU Y MODO DE PROCEDER EN LA ORACION


Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01161 5376

